

4326



4326



HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.



HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS

HASTA FINES DEL AÑO 1808.

INCLUSA LA GLORIOSA GUERRA DE ÁFRICA.

POR

el Sr. D. Rafael Altamira y Solano, Catedrático de Historia en la Universidad de Madrid.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

Escrita por el Sr. D. Rafael Altamira y Solano, Catedrático de Historia en la Universidad de Madrid.



TOMO II.

MADRID.

Imprenta de Manuel Tello, calle de Duro, 10.

1888.

ESPAÑA.

Esta obra es propiedad de sus autores, quienes perseguirán ante la ley al que la reimprima, tanto en España como en los demás puntos á que alcance la ley de derecho internacional, según está prevenido por las reales órdenes relativas á la propiedad literaria.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS

HASTA FINES DEL AÑO 1860.

INCLUSA LA GLORIOSA GUERRA DE ÁFRICA,

POR

D. DIONISIO S. DE ALDAMA Y D. MANUEL GARCIA GONZALEZ.

TOMO II.

MADRID.

Imprenta de Manuel Tello, calle de Hita, núm. 5.

1860.



HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS

HASTA FINES DEL AÑO 1800.

INCLUSA LA GLORIOSA GUERRA DE AFRICA.

por

D. DIONISIO S. DE ALDAMA Y D. MANUEL GARCIA GONZALEZ.



TOMO II

MADRID.

Imprenta de Manuel Tello, calle de Hita, núm. 2.

1860.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

REYES DE ASTURIAS Y DE LEON.

AÑO 743 AL 756.

Llenos de bélico ardor y de noble entusiasmo caminaban gozosos los invictos vencedores de Covadonga, esperanzados en el ilustre caudillo que tantas muestras les tenia dadas de su pericia y valor. Habia por completo desaparecido el mortal disgusto que en aquellos fuertes varones causaba la vida inactiva que llevaban; porque á sus ojos quizá seria tan aparente calma tomada por indolencia. Frecuentemente los que están distantes de los compromisos y responsabilidad que el mando ó el poder llevan consigo, no encuentran rémora que contenga los violentos impulsos del corazón, á las veces harto perjudiciales, siquier sean nobles y loables; y dan sin temor rienda suelta á sus deseos, porque desconocen las ventajas y los inconvenientes de acometer cualquiera empresa.

No era posible creer que el valeroso Pelayo descansase en su pequeño reino sino porque comprendia muy bien cuán fácil era perder lo ya ganado, y las incalculables y fatales consecuencias, más que materiales morales, que hubiera producido para la santa causa de la restauracion semejante pérdida. El mismo Alfonso I impaciente y disgustado vivia; mas no por desaprobar tan prudente y necesaria conducta, sino porque las circunstancias se oponian al logro de sus deseos. Buena prueba es de esta verdad el no haber emprendido operacion alguna hasta que las mismas circunstancias le fueron favorables.

El año 739 subió al trono por muerte de Favila, y sin embargo permaneció tranquilo, á pesar de que no tenia que atemperar su voluntad á la agena. Acaso se ocuparia en proyectar conquistas y en calcular los medios de realizarlas, como se dedicó á aumentar, organizar y ejercitar sus huestes; empero no traspasó las montañas que dividen á Galicia de las Asturias, hasta el año 742: esto es, aguardó á que el poder musulman estuviese coartado por efecto de luchas civiles, de rencillas, de ambiciones, y por la ventajosa combinacion de circunstancias que en el tomo anterior quedan referidas.

No podemos consignar pormenores ni dar una idea detallada de las grandes conquistas de Alfonso I, porque los documentos antiguos que han servido de base á las modernas historias los omiten; pero si daremos cuenta exacta de todas ellas.

Rey de instintos guerreros, el sucesor de Pelayo y de Favila, extendió sus dominios de una manera verdaderamente prodigiosa. Llevó el sagrado pendon de la restauracion y de la independencia desde el mar Cantábrico hasta la tierra de Campos (Castilla la Vieja), y desde el Océano occidental hasta los Pirineos de Aragon. Su heroica carrera fué una marcha triunfal, más que una reconquista, y parece que no tuvo grandes obstáculos que vencer, ó fué mil veces más grande que los obstáculos mismos; porque apenas habia abandonado su retiro, cuando era dueño de Orense, de Tuy y de otros diversos puntos de Galicia. Entró en la Lusitania y tomó á Flavia, Viseo, Braga y Chaves: retrocedió despues, y se hizo dueño de Zamora, de Salamanca, de Simancas, de Astorga, de Osma, de Saldaña, de Sepúlveda, de Clunia y de Auca, y, como no ha mucho dijimos, llevó sus victoriosas armas hasta el Vidásoa, paseando sus temidos estandartes por Álava y Vizcaya, llegando hasta los limites de Aragon y hasta Guadarrama, talando y destruyendo los campos góticos (tierra de Campos).

Doloroso es por cierto que pudiendo consignar y asegurar tantas hazañas, no sea posible tambien describir una por una las circunstancias que acompañaron á tan grandes victorias. Imposible parece que los que escriben para legar los hechos notables á la posteridad, sean tan concisos ó tan indolentes, y más cuando se escriben tan memorables hechos.

No es posible que Alfonso dejase de luchar y reluchar con grandes inconvenientes para obtener tantos triunfos: pudiera haber encontrado apoyo en sus compatriotas, como indudablemente le encontraría; más viendo que se posesionaba de tanta ciudad y llegaba á poseer casi un tercio de la perdida península, ¿los invasores no opondrian resistencia presentando en campaña sus ejércitos?

Sábase, sin embargo, siguiendo á los más eruditos eseritores,

que el invicto Alfonso comprendió muy bien no sería posible conservar todo lo adquirido en tan vasta extensión sin otros elementos que aquellos con que á la sazón contaba. Es muy probable que su intención fuese hacer daño á los enemigos para debilitar sus fuerzas en general, sin dejar por esto de extender los propios dominios para aumentar y engrandecer la monarquía en el territorio en que era más posible y hacedero conservar lo adquirido. A fin de lograr lo primero desmantelaba las ciudades, talaba los campos, degollaba las guarniciones de enemigos, hacia esclavos y disminuía todo género de recursos, al mismo tiempo que para lograr lo segundo, llevaba consigo á los españoles de ambos sexos; y al quitarles de perecer por efecto de la escasez que resultaba de los destrozos que hacia, poblaba los territorios de Álava, Vizcaya y Cantabria, sitios que eran más inaccesibles á las invasiones de los agareños, y por lo mismo, más á propósito también para extender sus dominios.

En abono de esto puede asegurarse que si descuidó todo lo adquirido en el terreno distante del reino que fundara el heróico Pelayo, no hizo lo mismo con los puntos limítrofes á aquel. No limitándose en estos á adquirir, procuró conservar; y al efecto defendió las fronteras de entendida manera, haciendo erigir en lo más elevado de las montañas respetables fortalezas y seguros castillos, que tiempo adelante dieron nombre al reino de Castilla (Castella).

Después de haber terminado su gloriosas expediciones y extendido y fortificado su reino por los Pirineos desde Galicia á la Vasconia, incluyendo desde Asturias á León y Astorga, se dedicó á cuidar de los asuntos religiosos con tanto ahinco y desvelo, que desde entonces se le apellidó el *Católico*. Hizo restaurar unos templos y mandó erigir otros, contándose en este número el de Santa María de Covadonga, á donde fueron trasladados los restos mortales del gran Pelayo; de aquel héroe inmortal que supo con su gran corazón suplir la posibilidad, y que humilló en España por la vez primera á la orgullosa media luna.

Después de haber restituido todo su esplendor al culto católico y de haber repuesto en sus sillas á los obispos y prelados, hallándose en Cangas, pasó Alfonso I de esta vida á la eterna, después de diez y ocho años de reinado tan glorioso para su buena memoria como útil para la santa empresa de la restauración. Puede decirse que fiel á su sagrado deber, el católico Alfonso continuó dignamente la grande obra empezada por el memorable héroe de Covadonga. En la iglesia de este nombre por él fundada, y al lado de Pelayo su suegro, fué enterrado, entre sinceras lágrimas y dolientes ayes de todos sus súbditos y soldados (año 756).

que el rey Alfonso compendió muy bien su política con-
 servar todo lo adquirido en tan vasta extensión sin otros elemen-
 tos que aquellos con que á la sazón contaba. Es muy probable que
 un influjo insostenible daban á los caudillos para debilitar sus fuer-
 zas en general, sin hablar por esto de extender los pequeños dominios
 para aumentar y engrandecer la monarquía en el territorio en que
 era más posible y llevadero conservar lo adquirido. A fin de lograr
 lo primero desmantelaban las ciudades, talaban las campañas, destruían
 las fortificaciones de guerra, y destruían las escuadras y arsenales para
 llevarlos consigo á los españoles de ambos sexos, y al punto de
 perder por efecto de la escasez que resultaba de los despojos que
 hacían, poblaba los territorios de África, Yacaya y Cartagena, sitios
 que eran más convenientes á las invasiones de los árabes, y por lo
 mismo más expeditos también para extender sus dominios.

Fruela I.

AÑO 756 AL 768.

El alano de este nombre que se le atribuye todo lo ad-
 quirido en el territorio de África que tomara el nombre de
Yacaya, no hizo lo mismo que los árabes, sino que se limitó
 también en estos á adquirir, pero no conservar, y al efecto de-
 lantó las fortalezas de una manera, haciendo entrar en lo más
 elevado de las montañas españolas fortalezas y seguras ciudades
 que después cuando daban nombre al reino de Castilla (Castilla)
 después de haber destruido sus fortalezas, expediciones y exten-

A la muerte de Alfonso I habían ocurrido nuevas y sucesivas al-
 teraciones entre los caudillos de los hijos de Ismael, siempre turbu-
 lentos y cada vez más ambiciosos. El nuevo paraíso en que mora-
 ban había despertado en ellos la codicia, el deseo de goces, de place-
 res, y el inmoderado anhelo de mandar. Prolija por demás sería la
 enumeración de todos los sucesos que entre los jefes árabes ocurrían;
 por otra parte, no hace á nuestro propósito referir otros que
 los más directamente relacionados con la patria historia.

Continuaba Thaalaba, caudillo de los sirios, mandando en Córdo-
 ba por muerte de Baleg, cuando vino del África Abulkatar seguido
 de 15,000 hombres, hijos del Magreb, que eran enviados más
 que con el designio de aumentar las tropas invasoras de la ibérica
 península, con el objeto de librar el suelo africano de aquella terri-
 ble plaga que le afligia y perjudicaba con diarias sediciones y con
 continuas guerras.

Fuese que el nuevo caudillo llegase investido de suficiente auto-
 ridad y honrado con plenos poderes, ó que motu proprio deter-
 minase obrar activamente para cortar de raíz los grandes males
 que tanto daño hacían en España á la dominación de los árabes, es
 lo cierto que Abulkatar, para dar fin á las demasías del feroz Thaa-
 laba, le mandó aherrojado al África para que el emir decidiese de

su suerte, y despues se dedicó á investigar el origen de las disidencias, enemistades y disgustos de los caudillos agarenos.

No tardó mucho en comprender que todos aspiraban á poseer las más ricas comarcas y más fértiles y amenas campiñas, y que de este natural deseo procedian todos los grandes disturbios, tan graves como perjudiciales á la causa comun. Especialmente era mirado con más envidiosos ojos que otro alguno el poseedor de la bellissima *Vandalucia*, llamada así de los vándalos que la poseyeron, al decir de algunos, y segun sientan otros Andalucía, de *Andalos*, palabra árabe que significa occidental, y que, en efecto, era la provincia más occidental de todo su imperio.

Abulkatar trató de conciliar los extremos y procuró complacer á todos, determinando un nuevo reparto de territorios, y teniendo por norte y guía al hacerle el buscar con exquisito tacto y cuidado la mayor analogía entre el país que daba y aquel en que habian nacido los que eran destinados á poblarle.

En esta nueva y general reparticion terminó la pequeña soberanía de Teodomiro, el valeroso guerrero que salió antes que otro al encuentro de los infieles invasores; que se batió heroicamente cabe el Guadalete, y que detuvo ante las murallas de Orihuela la impetuosa y triunfal carrera del malogrado Abdelaziz. Cuando los bárbaros conjurados mandaron al califa de Damasco la alcanforada cabeza de este noble y valiente guerrero, el fuerte Teodomiro aprovechó aquella circunstancia para pedir al nuevo califa ratificase el solemne tratado hecho con el jóven y bizarro hijo de Muza, y logró en efecto su deseo. Mas Abulkatar, con el pretexto de atender al sosten de los nuevos colonos, no sintió el menor escrúpulo de romper aquel solemne pacto, imponiendo 27,000 sueldos de tributo al godo Atanaildo, que por muerte del memorable Teodomiro era señor de la comarca de Murcia: semejante infraccion fué subir el primer escabel para llegar al punto que se deseaba, desposeyéndole por completo. Esta es la última noticia que puede darse de aquel territorio conservado por el valor y la astucia del bizarro caudillo de Rodrigo.

En vano trató el enérgico Abulkatar de atraer á los caudillos agarenos y cortar las perpétuas rencillas: era, por otra parte, muy difícil complacer á todos, cuando no era posible hacer exactamente igual el reparto, y deseando casi todos una misma cosa; pero si bien algunos eran menos indóciles, bastaba un genio turbulento que diese la señal de sedicion, para que la discordia de nuevo demostrase su fatídico poder.

No faltó, en efecto, en tan crítica circunstancia un genio discolo y afecto á las revueltas y trastornos. Un jóven de probado valor, de natural inquieto y de notable astucia, fué el primero que se decla-

ró en abierta insurrección. Samail, que así se llamaba, buscó el general apoyo de todas las tribus, excitando la envidia y los celos de aquellas de muy hábil manera. Las hizo entender que Abulkatar había favorecido decididamente en la repartición á los hijos del Yémen de cuya tribu era, perjudicando notablemente á las demás. Habíales tocado á estos las bellísimas y feraces tierras de Sevilla, entre otras comarcas no menos hermosas y amenas; mas otros las habían obtenido también hermosas y productivas, como los de Damasco, por ejemplo, á quienes había cabido en suerte la poética Granada, la amena y rica vega que le está próxima, y la dilatada ribera del tranquilo Genil.

Sin grande esfuerzo logró Samail su deseo, como que trataba de insurreccionar á los que de suyo eran sediciosos y discolos. La guerra civil comenzó á enrojecer de nuevo el suelo de la ibérica península; y aun cuando no se sabe que los indígenas tomasen en ella parte, debe comprenderse cuánto padecerían, puesto que estaban á merced de los vandálicos invasores, feroces, sanguinarios y tiránicos en su mayor parte.

El resultado de la encarnizada lucha fué la destitución de Abulkatar; ocupó su puesto Thueba, yemenita también; el ambicioso Samail recibió en premio de haber allanado el camino á Thueba el emirato de Zaragoza, y continuando siempre la lucha, la carnicería, el irresistible y destructor desorden; se hizo naturalmente preciso buscar un remedio á tanto mal, y pensar en dar tregua á tanta desolación y tanto estrago.

Cierto es que un extremo toca en el opuesto: las tribus todas, cansadas de tanto sufrir, por efecto de un movimiento espontáneo se pusieron de acuerdo y decidieron formar un solo cuerpo y buscar una sola cabeza capaz de dirigirle, designando para ocupar este espinoso cargo á Yusuf-ben-Abderrahman, reputado por uno de los caudillos más valientes, hábiles y enérgicos.

Correspondió el nuevo emir á lo que de él se esperaba; enfrenó á los discolos; arregló la administración; reemplazó á los que mal gobernaban; hizo caminos; construyó puentes y organizó la estadística, dividiendo la España árabe en cinco grandes provincias, señalando como capitales á Córdoba, Toledo, Zaragoza, Mérida y Navarra, en la antigua Galia gótica.

Dícese que el walí de Sevilla, Ahmer-ben-Amrú, caudillo ambicioso como la mayor parte, é intrigante como pocos, hizo entender al califa que Yusuf trataba de declararse independiente, y aun se cita una carta de este que el activo y vigilante Ahmer logró interceptar, y que demostraba la certeza y exactitud de las precipitadas sospechas. Empero la autoridad del califa, á tan grande distancia, era poco menos que nula; tanto más, cuanto que el soberano árabe de

la invadida península habia de ser necesariamente el que más osado fuese, si poseia el arte ó el poder para tener á su devocion á los guerreros muslimes.

El único resultado que dió la descubierta conspiracion fué una nueva guerra, más obstinada, sangrienta y destructora que las anteriores; porque las tribus se dividieron de nuevo con mayor encono que nunca; los emires se declararon mutuamente enemigos, poniéndose cada uno al frente de sus huestes, y la devastadora tea de la discordia alumbró de nuevo el enrojecido y desgraciado suelo español.

Abreviando cuanto es posible la relacion de estos hechos tan intimamente ligados con la historia de nuestra cara patria, diremos solamente que talera el estado de la España árabe en el último período del glorioso reinado del gran Alfonso el Católico, y casi al subir al trono su hijo Fruela I, ya estaba fundado en la península el imperio árabe, siendo Córdoba el asiento de Abderrahman Ommiada, califa independiente ya de la córte de Damasco.

Era Fruela hombre de fuerte corazon, y en valor emulaba á su padre: no fué tan largo como el de Alfonso su reinado; empero ejecutó algunas cosas notables y dignas de referirse, demostrando muy buenas prendas, oscurecidas, sin embargo, por efecto de su genio, en demasia irascible y con exceso áspero.

De este rey se refiere que en los principios de su reinado invadieron los árabes las tierras de Galicia. Salió á enfrenar su arrogancia el bizarro Fruela, y los alcanzó en Portumium: trabóse la batalla, que fué de larga duracion, empeñada y dudosa; mas la victoria fué de los españoles, quedando sobre el campo los cadáveres de 54,000 agarenos. Antes de consignar esta cifra, que á primera vista parece exagerada, nos hemos dedicado escrupulosamente á buscar algun dato que diese márgen á ponerla en duda; pero la misma pérdida señalan cuantos han hecho antes que nosotros mencion de este glorioso combate.

Otros describiremos en que serán mucho mayores las pérdidas de los secuaces de la media luna, pérdidas que no se realizaban sin que fuesen grandes tambien las que experimentaban nuestros denodados guerreros; y aunque realmente parecen exageradas, debe tenerse en cuenta que aquellas horribles luchas lo eran á muerte, peleando cuerpo á cuerpo, con destructoras armas blancas, con buidos puñales, con ferradas y contundentes clavas, con mortíferas segures, con aceradas picas y matadores dardos. Si esto se considera, la aparente imposibilidad casi desaparece; y aun cuando existiese alguna exageracion, siempre resultaria un incalculable destrozo que no podia en aquella época ser atenuado por el arte, ni terminado fácilmente por efecto de hábiles negociaciones di-

plomáticas, ni por evoluciones repentinas de política ó de convención.

La citada célebre batalla tuvo lugar en el año 759; en el mismo, y en conmemoracion de aquella, dispuso Fruela se comenzase la edificacion de la ciudad de Ovetum (Oviedo), despues de haber sujetado con fuerte mano á los vascones, mal avenidos con la dependencia del reino de Asturias, y siempre deseosos de emanciparse de todo poder extraño para ellos.

Cuéntase que los principios de la nueva ciudad se debieron á dos piadosos sacerdotes, abad de Fromistano el uno, y el otro, sobrino de este, llamado Máximo. Parece que impulsados por su piadoso celo construyeron una ermita en las inmediaciones de un terreno denominado por los romanos *Lucus Asturum*, y que, llamadas por lo ameno del sitio y por el hermoso clima, paulatinamente fueron acudiendo muchas personas que hicieron sus rústicas y pequeñas habitaciones en derredor del modesto santuario. Sobre estos fundamentos hizo Fruela edificar la ciudad: las pobres viviendas se convirtieron en cómodas casas, la mezquina ermita en una grande iglesia dedicada al Redentor de los hombres y bajo su advocacion, siendo por entonces el principal templo de la nueva ciudad.

Atento Fruela al gobierno de sus pequeños estados, dictó una disposicion, entre otras, que le malquistó con mucha parte de sus súbditos, aunque no comprendemos por qué razon el pueblo la recibió con desagrado. Desde el reinado del inmoral Witiza continuaba en todo su vigor la práctica de contraer matrimonio los sacerdotes. El rey determinó abolir la ley dada por el monarca de funesta memoria, y no limitándose á disponer la referida abolicion para lo sucesivo, mandó que los anteriormente casados se separasen inmediatamente de sus mujeres.

Habia entre los ministros del altar muchos que, atentos al puntual cumplimiento de su sagrado ministerio y dedicados á la práctica de las virtudes, no se habian aprovechado de la disposicion que diera aquel monstruo coronado. Los que, en vez de esto, hacian vida contraria á la alta dignidad del sacerdocio, atentos á sus mundanas obligaciones, no pudieron recibir con agrado la disposicion de Fruela; mas no comprendemos en qué afectaba aquella al pueblo para que tan á mal la llevase. Á ella se atribuye una sublevacion en Galicia, que tomó instantáneamente tan grandes proporciones que le fué preciso al rey desplegar toda la energía de que era capaz, siéndole preciso para sofocarla completamente el derramar no poca sangre.

Á medida que el tiempo avanzaba, iba desplegando Fruela un carácter más irascible, y mayores recelos de perder el trono. Dos

rebeliones, inmotivadas sin duda, le hicieron entrever la posibilidad de que le arrebatasen el cetro.

Tenia un hermano llamado Vimarano, de irreprehensibles costumbres y de un carácter por el extremo dulce, afable y condescendiente. Su reconocida bondad le atrajo las generales simpatías, al paso que Fruela se enagenaba la voluntad de todos con su genio suspicaz, arrebatado y terrible. Las bellas prendas de Vimarano le hicieron crearse un partido entre los nobles, el pueblo y el ejército; pero un partido que no dió muestra alguna contra el rey, ni dió á entender, ostensiblemente al menos, que desease elevar á Vimarano al trono. Sin embargo de esto, fuese envidia producida por el cariño que á aquel profesaba todo el mundo, fuesen celos de poder, ó fuesen temores de perder el trono, es lo cierto que Fruela asesinó por sí mismo á su inocente hermano, afeando con este solo indeleble borron la página de su historia, que sin aquel hubiera sido brillante, ó digna al menos, ya que no fuese notabilísima.

Era á la sazón, como hemos ya dicho, muy poco querido el rey, y puede juzgarse cómo seria mirado por los que acaso le aborrecían antes de cometer el execrable crimen, despues de perpetrarle. El feroz é injustificable acceso de furor fué como la chispa eléctrica que instantáneamente recorre el espacio; tal como la que hace volar la oscura mina que se ilumina de pronto para dar luz á los destrozos que en el acto produce, ó como el aterrador terremoto que destruye edificios y arrebatá los hombres, soterrándolos misera y desgraciadamente.

Tal fué el efecto producido por la cruel accion de Fruela: el odio reprimido era la mina, que incendiada por la indignacion que produjera la villana y criminal accion, hizo que á guisa de impetuoso torrente que en su violento curso arrebatá árboles, barracas, puentes y personas, se desbordase la conjura, hasta entonces latente, á impulso de la cual el rey perdió la vida. Se dice que el primero á herirle fué Aurelio, primo hermano suyo; mas sea esto falso ó verdadero, consta que el rey fué asesinado á consecuencia del motin, hallándose en Cangas (año 768), habiendo reinado doce años escasos.

Aunque por entonces continuaba, puede decirse, siendo electiva la corona, lo era más por mera fórmula que por otra cosa, puesto que si bien seguian siendo electos los soberanos, jamás la eleccion salia de algunos herederos del rey que de fallecer acababa, á no ser en aquellos casos en que se pudiese recelar del sucesor, por defecto de edad ó por otras causas que se juzgasen perjudiciales é inconvenientes. En aquella sazón el pretexto para no elegir al legítimo heredero de Fruela seria quizá la temprana edad de Alfonso, hijo de

aquel y de una hermosísima jóven llamada Munia, llevada á Asturias por el rey al terminar la insurreccion de los vascones, y á quien hizo su legítima esposa.

Mariana dice que era hija de Eudon, duque de Aquitania, y no pudo ser así; porque Munia al casarse con Fruela tenia menos años de los que habian trascurrido desde la muerte de Eudon, y era, además, de la alcurnia ó linaje de los reyes independientes ó soberanos de Navarra, de quienes en el respectivo lugar nos ocuparemos.

Alfonso, hijo de Fruela, fué por fin desechado: acaso á la falta de edad se agregase el odio á la memoria de su padre, y la necia suposición de que á él se pareciese; como si no hubiesen ocurrido hasta entonces ejemplos de la existencia de muy buenos soberanos hijos de muy malos reyes, y de muy malos reyes hijos de excelentes soberanos.

Fuese el odio ó los amaños del ambicioso Aurelio los que presidieran á la eleccion, cierto es que fué preferido al hijo de Fruela su tio Aurelio, el cual, segun algunos, fué jefe de la popular conmocion y tal vez regicida. Era el nuevo rey, segun el Cronicon de don Alfonso el Magno, primo hermano del difunto Fruela, é hijo de otro llamado tambien Fruela, hermano de Alfonso I el Católico.

Antes de referir el corto y poco interesante reinado del nuevo rey, debemos llamar muy particularmente la atencion sobre el desechado principe Alfonso. Las contrariedades que experimentara y el impensado término de estas, prueban hasta la evidencia la funesta ceguedad de los mortales, y la manera con que la mano de la invisible pero inerrable Providencia guía y conduce los sucesos para que nada impida su realizacion.

Alfonso estaba predestinado para ser uno de los mejores soberanos; y sin embargo, la incapacidad humana, no una, sino varias veces que el trono estuvo vacante, desechó al excelente principe con una tenacidad sin igual. Llegó á reinar momentáneamente; y aun entonces descendió del trono, hasta que por fin la predestinacion tuvo efecto, la aversion se trocó en respeto y amor, y el magnánimo Alfonso dió ejemplo á los soberanos venideros de amor á la virtud, de munificencia, de ardor bélico y del mayor desvelo por la religion y por el bien de sus pueblos. Pero no anticipemos los sucesos y volvamos al reinado de Aurelio.

AÑO 768 AL 799.

AURELIO. El cariño que en un principio profesaban á Alfonso sus súbditos, era hijo más que de otro motivo de haber sido la causa de

la muerte del odiado Fruela; pero no concurría en él prenda ninguna que pudiera responder de la subsistencia de aquel infundado y aun inmerecido cariño.

Dice la historia de este rey, que no hizo cosa en paz ni en guerra que merezca mencionarse; y de él solo se cuenta que sofocó una sublevacion de los esclavos contra sus señores; empero no se dice qué esclavos fueron estos, y se supone debieron ser los árabes cogidos por Alfonso el Católico en sus gloriosas y memorables expediciones. Por lo demás, su reinado fué pacífico y tranquilo, más de lo que convenia á un rey que tenia sus dominios tan cerca de los que violentamente ocupaban los invasores, y euando la gloriosa restauracion tanto habia respectivamente avanzado, y tantos esfuerzos debia hacer para no estacionarse.

Aurelio, sin embargo, nada hizo en favor de ella: por el contrario, de él se dice vivió tan en buena armonía con los musulimes, que consintió en que algunas de las nobles doncellas de su reino se casasen con sarracenos, cosa que seguramente no hubiera consentido ninguno de sus antecesores, y que dió quizá márgen á que se creyese la vergonzosa fábula del tributo de *las cien doncellas*, cuyo hecho se atribuyó á Mauregato, y que tanto ha dado que hacer á antiguos escritores, que hasta en comedia la pusieron. Mas está tan desmentida como las diversas venidas de Carlo-Magno á España, las hazañas de Bernardo del Carpio, la visita de Rodrigo á la famosa cueva, y otras invenciones de este jaez, de las cuales solo debe hacerse mencion, sin entrar en detalles, para desmentirlas; porque los hechos de la historia deben estar absoluta y completamente descartados de toda exornacion y episodio que como positivo no conste, dejando la amenidad de aquellos hechos á los cuales no sea posible dársela, para las aventuras fabulosas creadas con el exclusivo objeto de embellecer los romances y novelas.

Corria el año sexto del reinado de Aurelio, cuando fué acometido de una enfermedad que le arrastró al sepulcro (año 774). De nuevo quedó el trono vacante: el hijo de Fruela contaba ya catorce años, y en edad tan temprana daba notorias muestras de virtud y talento. Sin embargo, sufrió un nuevo desaire: la eleccion recayó en Silo, yerno de Alfonso y esposo de Adosinda, hija de este.

Silo.—Año 774. No falta quien asegura que el nuevo rey se apoderó del trono casi violentamente, prevalido del poco afecto que al jóven Alfonso tenían los nobles; y en cierto modo, debian tenerle más que odio temor. En él solo veian al vengador de su asesinado padre, no al jóven virtuoso y magnánimo; y cuando la conciencia acosa y el temor ciega, ó se ve mal, ó por completo se carece de vista.

El nuevo rey era poco á propósito para serlo en circunstancias normales; mucho menos cuando el cetro español necesitaba ser empuñado por una mano vigorosa y diestra. De él solo se refiere que dió una batalla para sujetar á los gallegos que se habian sublevado, derrotándolos completamente en el monte Ciperio (Cabrero).

Su edad avanzada y el no haber tenido hijos en los muchos años que de matrimonio llevaba, le hicieron comprender que moriría sin heredero directo á quien dejar la corona. Al mismo tiempo su esposa Adosinda le instaba para que llevase á su lado al despreciado Alfonso, su sobrino, que á la sazón permanecía retirado en el monasterio de Samos en Galicia; y fuese por complacer á su esposa, ó por compadecerse del simpático príncipe, le hizo abandonar el retiro y le llamó á la córte, que se hallaba en Pravia, pequeña villa elegida por el rey para su residencia.

A pesar de haber reinado nueve años, nada hizo Silo que pueda consignarse en la historia, fuera de lo poco que hemos referido, y falleció en la citada villa, acaso confiado en que las injusticias hechas con el sobrino de su esposa iban á ser completamente reparadas (783).

MAUREGATO.—AÑO 785. Si tal creyó, le engañó su deseo y fué defraudada su postrera esperanza. Durante los últimos años del reinado de Silo, los nobles pudieron ver cuánto tenía de bello y recomendable el carácter del príncipe Alfonso, mas no lo comprendían; porque el amable príncipe desaparecía ante el perenne recuerdo del asesinato de su padre Fruela, y no podían creer que manejaría dignamente el cetro, porque preveían la real diestra ocupada en esgrimir la espada vengadora.

Debía, sin embargo, suponerse que muerto Silo, el trono iba á ser de Alfonso, puesto que la principal dificultad se había vencido: estaba en la córte; tenía participación en el gobierno, y había franqueado las puertas de la simulada prisión, que era lo que más imposible parecía. No obstante, sufrió un tercer desaire, para que más notorio fuese su triunfo, más visible la omnipotente voluntad de la Providencia, y más patente la ceguera de los que desechaban á un gran rey, posponiéndole á soberanos ineptos ó vulgares.

La reina viuda y algunos nobles de su parcialidad dieron sin vacilar el cetro al jóven Alfonso; empero los temerosos que no podían olvidar su poco envidiable cualidad de regicidas, lograron anular la elección para dar la corona á Mauregato, hijo bastardo de Alfonso I, habido en una mora de las que hiciera esclavas en una de sus gloriosas expediciones.

La anulacion no debió ser hecha sin ciertas escisiones, tumultos

y trastornos, puestó que Alfonso tuvo que abandonar la córte y refugiarse en Álava, acogiéndose á la proteccion de los parientes de Munia, su madre y esposa de Fruela.

A Mauregato se ha atribuido la ignominiosa idea del horrible tributo de las cien doncellas. Afortunadamente la historia no puede consignar con razon tan vergonzoso hecho, ni legar á la posteridad el nombre de un soberano bastante indigno para aceptar semejante villania. Acaso queriendo convertir en fábula la severa verdad que debe presidir á la historia, tratarian los que tal escribieron de inventar un hecho que diese algun nombre al reinado de Mauregato; mas si esta fué su intencion, pudieran haber adoptado más noble camino. Es cierto, sin embargo, que á no ser por ese repugnante é inventado episodio, nada se podria decir de Mauregato, tan inútil para el bien como para el mal, puestó que durante el reinado del bastardo de Alfonso I nada ocurrió, ni ventajoso ni adverso. A los seis años de haber empuñado el cetro falleció, habiendo hecho menos que Silo, porque ni aun insurrecciones tuvo que sosegar: murió sin que le acompañasen ni las lágrimas ni los improperios de sus súbditos, en el año 789.

El pequeño pero glorioso reino tenia la desgracia de no poseer dos ó tres soberanos seguidos que tuviesen el necesario carácter, talento y vigor para continuar la grande obra de Pelayo y de Alfonso I. Ni Aurelio, ni Silo ni Mauregato habian hecho nada en favor de la restauracion, fija y estacionada casi hacia treinta años, ó más bien desde la muerte de Alfonso, porque Fruela tampoco habia realizado hechos grandes y notables como su padre. Muerto el inútil Mauregato, parecia probable que el príncipe nuevamente proscrito, el jóven Alfonso que en tiempo de Silo habia demostrado su claro talento en asuntos de gobierno, fuese llamado para ocupar el trono, cuyo poder yacia en el mismo estado, sin adquirir un grado más de fuerza. El hijo de Fruela y nieto de Alfonso, el Católico ya contaba más de veintiocho años; no se encontraba por entonces una persona capaz de empuñar el cetro con la firme decision de aumentar su poder y de darle nueva aureola de gloria; empero antes que dar la corona al temido Alfonso, todo era preferible para aquella ilusa nobleza, la cual, decidida á hacerle el cuarto desaire, llamó de su retiro á Beremundo ó Bermudo, que tenia recibidas las sagradas órdenes y era diácono, traspasando la ley que prohibia ceñir la régia diadema al que hubiera recibido la tonsura.

BERMUDO I, EL DIÁCONO. Bermudo estaba casado: fuese por efecto de la costumbre introducida por Witiza, fuese que entonces la obligacion del celibato solo obligase á los sacerdotes, ó fuese que estuviera consentido el matrimonio á los diáconos que no ministrasen

el altar, es lo cierto que el nuevo rey estaba unido á Nunila, y que de ella tenia dos hijos, llamados Ramiro y Garcia, á pesar de la prohibicion de Fruela, que tal vez no alcanzaria á los diáconos.

Rara fué, en efecto, la decision de los electores al llamar á un hombre retirado de la córte, á quien puede decirse no conocian bastante, y de quien por su estado no debian esperar lo que al trono y al reino convenia. No obstante, la eleccion contra todo lo que debia esperarse, se realizó sin obstáculo; porque era el natural medio de que la Providencia, despues de probada la resignacion del despreciado Alfonso y de acrisoladas su paciencia y su virtud, queria servirse para elevar al real solio al proscribo.

Era Bermudo poseedor de un grande y noble corazon; generoso, magnánimo, ilustrado cuanto á la sazón era posible, y habiendo conocido todo el valor moral y material del desterrado principe, ciñó la régia corona con el único y exclusivo objeto de colocarla sobre las sienes del vigoroso jóven, en cuyo rostro reflejaban el valor y virtudes de Pelayo, de quien era biznieto, como hijo de Fruela I y nieto de Alfonso y de Hormesinda, hija del inmortal vencedor de Covadonga.

Una de las primeras providencias que dictó Bermudo fué para llamar á Alfonso á palacio y colocarle á su lado, dándole el mando de las tropas, con cuyo principal cargo le ponía en evidencia y posicion de dar á conocer lo que valia, y le colocaba en la mano las llaves, por decirlo así, de la única puerta que al trono conducia en aquellos tiempos.

El virtuoso Bermudo manifestó con su noble conducta muy claramente que no ambicionaba el trono; que si habia aceptado la oferta de los electores, fué con el único objeto de ceder el cetro á Alfonso tan pronto como este hubiese dado á conocer de lo que era capaz, y cuán distante estaba de abrigar en su noble corazon el menor resentimiento, ni de retener en su mente la más pequeña idea de venganza.

Del mismo modo que se lo propusiera lo realizó; y atento á la vida religiosa y propia de su estado más que á la mundana gloria, cedió la corona al jóven hijo de Fruela, de acuerdo con los electores, que ya habian conocido y evaluado las altas prendas del tantas veces desairado principe; y él se retiró á ejercer su sagrado ministerio (año 791).

ALFONSO II, EL CASTO.—AÑO 791. Antes de comenzar la narracion de los hechos que tuvieran lugar durante el reinado de este gran rey, debemos dar cuenta de un notable suceso, ocurrido muchos años antes. Habia tan poco que referir respecto de los anteriores reinados, que nos pareció inconveniente truncarlos, siendo de

suyo cortos y estando tan desprovistos de interés. Por otra parte, el hecho es demasiado importante para omitirle: así, pues, hemos preferido terminar los reinados de Silo, Mauregato y Bermudo, sin colocar entre ellos objeto alguno que los hiciese aparecer aun más insignificantes de lo que en realidad son, y colocarle antes de dar principio al del gran Alfonso II, cuya importancia es tal que nada puede perjudicarle.

Corría el año 777, cuando se presentaron á Carlo-Magno, rey de los francos, el walí de Zaragoza Ben-Marabi y otros musulmanes, para implorar su auxilio contra Abderrahman, emir de Córdoba; porque Carlo-Magno habia hecho tan célebre como temible su espada.

Hallábase el rey franco en la Germania, cuando los musulmanes aparecieron, despues de haber deshecho á los sajones, que recientemente se habian sublevado. Créese que para decidir al rey le ofrecieron los suplicantes algunas ciudades de España inmediatas ó poco distantes de los Pirineos; quizá aunque la oferta no hubiese sido hecha, la idea de conquista cruzaria rápidamente por la imaginacion de Carlo-Magno. De un modo ó de otro, el rey se decidió á otorgar el auxilio pedido; y despues de guardar las fronteras de Sajonia de modo que seguras quedasen y de reunir un florido y numeroso ejército, pasando el Loire y atravesando la Aquitania penetró en España por los bajos Pirineos, mandando otro cuerpo de ejército por el Pirineo Oriental.

Su entrada en la península ibérica se verificó sin la menor oposicion, llegando hasta Pamplona con tan tranquila indiferencia y tanta facilidad, que al verle caminar al frente de sus brillantes y lucidas huestes se hubiera creido que á un paseo militar se dirigia, antes que poder imaginar las siniestras intenciones que abrigaba.

Los árabes franquearon á Carlo-Magno las puertas de Pamplona; y creido de que el golpe estaba dado, comenzó á manifestarse tal cual era, talando cuanto encontraba en su camino hasta llegar á Zaragoza, en cuya ciudad no sucedió lo que en Pamplona: lejos de esto, las puertas permanecieron cerradas, y los hombres dispuestos á rechazar al que osado intentase penetrar en la ciudad. Puede juzgarse hasta dónde iria el furor de aquel soberano, al ver que además de negarse la ciudad á recibirle, se armaban todos los walíes del contorno reuniendo tal copia de gente, que el animoso Carlo-Magno temió; porque le arredró el número, y alejándose de Zaragoza determinó prudentemente regresar á la Galia de donde habia venido.

Hizolo en efecto, llevando consigo grandes riquezas y magníficos despojos adquiridos con las depredaciones y desmanes que su nu-

meroso ejército á mansalva habia cometido en su paseo, al parecer triunfal.

Tratando de retroceder el rey franco, mandó dismantelar los muros de Pamplona, adonde pasó desde Zaragoza, y se retiró con sus huestes tranquilamente, aunque con no poco bochorno, retrogradando por los mismos sitios y caminos que al venir hubiera seguido.

Caminaba el ejército en dos cuerpos dividido, el uno precediendo al otro, y en esta forma se internó en los desfiladeros de Roncesvalles, sitio tan célebre desde aquella memorable jornada. Marchaban ambos por entre unas angosturas limitadas á derecha é izquierda por ásperas montañas de tal elevacion, que parecian estar próximas al empuje; y por entre ellas pasara poco antes Carlo-Magno, que iba con el primer cuerpo á regular distancia del segundo.

En el centro de este iban los tesoros y preseas que inicuamente habian adquirido, y de él formaba tambien parte la flor de la franca nobleza; y cuando menos se podia esperar el menor y más insignificante ataque, acometen los montañeses vascos inopinadamente la retaguardia, sentidos sin duda de que dejasen salir libres é indemnes á los que habian venido con ínfulas de conquistadores y salian con merecida fama de bandoleros.

Los agresores hallábanse convenientemente colocados y escondidos entre las breñas, tomando los senderos y cimas de Ibañeta y de Altabiscar. Sus armas eran la hoz cortante, el chuzo destructor, la desgarradora horquilla, y sus instrumentos marciales el cuerno salvaje, á cuyos broncos ecos y entonando su himno de guerra, se desplomaron sobre los enemigos de España, tal como el águila cuya penetrante vista observa desde la inmensidad del espacio la codiciada presa, y biende impetuosa y rápida los aires para cebar en ella el corvo pico y clavar la inevitable garra.

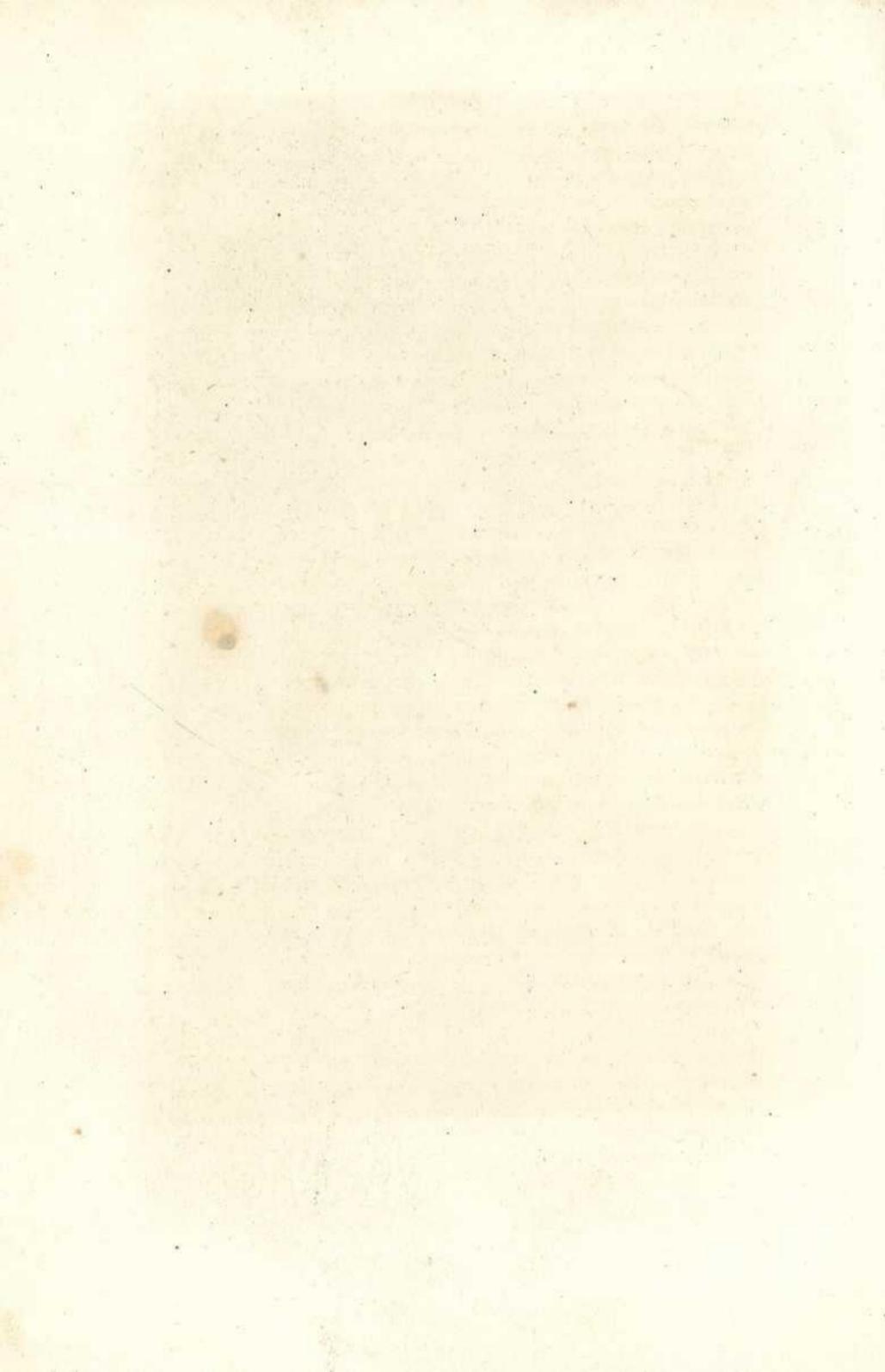
Escena terrible de horror y de desolacion sucedió á la brusca é inopinada aparicion de los selváticos y valientes montañeses. Las voces de estos que entonaban sus cánticos de guerra; el feroz y brusco sonido del cuerno aterrador; el fragor estridente de las armas que de continuo chocaban y se reducian á fragmentos; los punzantes gritos de los que sucumbian con muerte tan rápida como dolorosa; las enormes piedras que desde la cumbre de las montañas arrojaban los hijos de estas sobre los que en el llano peleaban, formaban un conjunto capaz de imponer pavor y conmover al más fuerte corazon, y no es fácil describirle de manera que pueda comprenderse tal como fué.

Para mayor desgracia de los acometidos, su mismo enorme número les sirvió de daño, no pudiendo desplegarse en un espacio relativamente tan estrecho, ni evitar el combate, ni el destrozo, ni el vencimiento. En Roncesvalles se deshizo aquel imponente y lucido



Lit. M. Sanchez, Puente de 15 y 16.

PASO DE RONCEVALLES.



ejército, perdieron los depredadores cuanto dinero y alhajas habían acumulado, y allí en fin perecieron los más notables guerreros, dignatarios y altos funcionarios de Carlo-Magno, que se retiró sentido del vencimiento y del desastre, y decidido quizá á respetar los límites que la naturaleza, sábia é inerrable como dirigida por la omnipotente diestra, ha señalado á las naciones.

Ya que hemos dado cuenta de la derrota que sufriera el ejército franco, antes de pasar á ocuparnos del reinado de Alfonso II, vamos á presentar á nuestros lectores el himno de guerra que decididos é impávidos entonaron los montañeses en la famosa jornada de Roncesvalles, cuya traduccion tomamos literalmente de un moderno y erudito escritor. Lo remoto de la época, el fuego de amor patrio que respira, su dominante idea de independencia, la venerable antigüedad, y mil otras razones, nos hacen esperar que será á nuestros lectores muy grato el verle. Se ha conservado milagrosamente hasta nuestros dias, bajo el nombre de *Altabizarem cantua* segun el Sr. Lafuente. Dice de esta manera:

«Un grito ha salido del centro de las montañas de los Eskaldunacs: y el Etcheco-Jaona (el caballero hacendado, el señor de casa solariega), de pié delante de una puerta, aplicó el oido y dijo: ¿Qué es esto? Y el perro que dormia á los piés de su amo se levantó, y sus ladridos resonaron en todos los alrededores de Altabiscar.

«Un ruido retumba en el collado de Ibañeta; viénese aproximando por las rocas de derecha é izquierda: es el sordo murmullo de un ejército que amenaza. Los nuestros le han respondido desde las cimas de las montañas; han tocado sus cuernos de buey, y el Etcheco-Jaona aguza sus flechas.

«¡Que vienen! ¡Que vienen! ¡Oh qué bosque de lanzas! ¡qué de banderas de diversos colores se ven ondear en medio! ¡Cómo brillan sus armas! ¿Cuántos son? Mozo, ¡cuéntalos bien! Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce, quince, diez y seis, diez y siete; diez y ocho, diez y nueve, veinte.

«¡Veinte y aun quedan millares de ellos! Seria tiempo perdido quererlos contar. Unamos nuestros nerviosos brazos; arranquemos de cuajo esas rocas; lancémoslas de lo alto de las montañas sobre sus cabezas: ¡aplastémoslos, aplastémoslos!

«¿Y qué tenían que hacer en nuestras montañas estos hijos del Norte? ¿Por qué han venido á turbar nuestro reposo? Cuando Dios hizo las montañas, fué para que no las franquearan los hombres. Pero las rocas caen rodando, y aplastan las haces: la sangre corre á arroyos; las carnes palpitan. ¡Qué de huesos molidos! ¡Qué mar de sangre!

» ¡Huid, huid! los que todavía conservais fuerzas y un caballo. Huye, rey Carlo-Magno, con tus plumas negras y tu capa encarnada. » Tu sobrino, tu más valiente, tu querido Roldan, yace tendido allá » abajo. Su bravura no le ha servido de nada. Y ahora, Eskaldunacs, dejemos las rocas, bajemos aprisa lanzando flechas á los fugitivos.

» ¡Huyen, huyen! ¿Qué se hizo aquel bosque de lanzas? ¿Dónde » están las banderas de tantos colores que ondeaban en medio? Ya » no despiden resplandores sus armas manchadas de sangre. ¿Cuántos » son? Mozo, cuéntalos bien. Veinte, diez y nueve, diez y ocho, » diez y siete, diez y seis, quince, catorce, trece, doce, once, diez, » nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno.

» ¡Uno! ni uno siquiera hay ya. Se acabaron. Etcheco-Jaona, ya » puedes retirarte con tu perro, á abrazar á tu esposa y tus hijos, » á limpiar tus flechas, á encerrarlas con tu cuerno de buey, á acosarte y dormir sobre ellas.

» Por la noche las águilas vendrán á comer esas carnes machacadas, y todos esos huesos blanquearán eternamente» (a).

He aquí el original cántico ó himno de guerra, agreste y rudo como los que le entonaron; enérgico é independiente como los vencedores de Roncesvalles. Ahora anudemos el quebrado hilo de nuestra narracion, para volver á ocuparnos del reinado de Alfonso II, quien despues de tantos años y desaires habia por fin subido al solio, merced al ilustrado, noble y modesto Bermudo.

Antes de que Alfonso II empuñase el cetro de Asturias, habian vuelto los árabes la vista á aquellos dominios en que no habia penetrado, puede decirse, la media luna. Corria el último año del reinado de Bermudo I, pero mandaba Alfonso el ejército, como en su lugar hemos dicho, cuando un ejército de 40,000 sarracenos se habia acercado á Astorga.

El soberano árabe era en aquella sazón Hixem I, hijo de Abderahman. Noble, generoso, instruido, se distinguia por su desprendimiento y por su ilimitada generosidad; y á pesar de su amable carácter y compasivo corazon, era fuerte en las lides y animoso en los combates. Habia, sin duda alguna, inmensa diferencia entre las diversas razas de que se componia el cuerpo general de los invasores: aun entre los ismaelitas ó agarenos, así llamados porque pretendian ser descendientes de *Ismael* hijo de Abraham y de la esclava *Agar*, y los que tuvieron por ascendientes á los feroces y crueles vándalos, existia completa diferencia, en ventaja ó favor de los primeros. Por esto se observaba en unos gran cultura, rasgos caballerosos, nobilísimas prendas, al paso que los otros se distinguian por su repugnante sevicia, reprobables vicios y completo vandalismo.

Hixem, cuya magnanimidad llegaba hasta el extremo de rescatar con dinero de su propio tesoro á los prisioneros, y que cuidaba de las viudas é hijos de los que en la guerra morian, como si prendas suyas fuesen, olvidaba su mansa condiccion y humano carácter cuando el deber le obligaba á empuñar las armas. Sus dos hermanos Suleiman y Abdallah, wali de Toledo aquel y este de Mérida, se proclamaron independientes y declararon á su hermano la guerra. Agotados por Hixem los medios conciliadores, la necesidad le obligó á apelar á las armas, y tomó á Toledo y venció á los rebeldes; empero tan pronto como obtuvo el triunfo se hizo más grande y notable por efecto del generoso perdon que otorgó á sus hermanos, no solamente olvidando todo resentimiento, si que tambien volviéndolos á su gracia como si en nada hubieran delinquido.

Dícese que terminados estos desagradables incidentes, pensó Hixem en avivar el fervor religioso, harto amortiguado entre los mahometanos; porque era fanático y supersticioso por el extremo. Acaso en tal determinacion tendria no pequeña parte la idea de distraer la atencion de sus súbditos, á fin de que no pensasen en conspiraciones ni en proyectos sediciosos. De un modo ó de otro, Hixem determinó hacer cruda guerra á los infieles (así llamaban á los cristianos); y para realizar su proyecto hizo proclamar en las mezquitas la guerra santa, llamando á las armas á los principales caudillos y á los *creyentes* todos.

De este modo se juntó brevemente un innumerable ejército que dividió en tres cuerpos, uno de los cuales mandado por Abdel-Wahid se dirigió á Galicia, siendo los otros dos destinados á los montes Albaskenses (montañas de la Vasconia) y á las Asturias.

Se presentó Abdel-Wahid (año 791) en Astorga, y entró por aquellas comarcas llevándolo todo á fuego y sangre; y de este modo llegó hasta Lugo, encontrándose despues con las tropas de Bermudo, mandadas por el príncipe Alfonso, que salieron á enfrenar su arrogancia. Poco puede decirse del resultado de este choque, debiendo comprenderse que la victoria quedó en balanzas, puesto que ambos ejércitos se apropiaron el triunfo, segun se infiere de la manera con que lo relatan los antiguos escritores de una y otra parte.

No sucede lo mismo respecto de otro combate ocurrido cuando ya llevaba el segundo Alfonso tres años de empuñar el régio cetro. Un nuevo y fuerte ejército agareno llegó á las Asturias, y no era posible que los descendientes de los memorables héroes de Covadonga sufriesen con paciencia tan inaudita profanacion; no podian consentir que la sacrilega planta hollase la cuna de la restauracion del imperio cristiano en España, sin que los profanadores experi-

mentasen un segundo descalabro que los hiciese comprender les estaba vedado el paso por aquel respetable terreno, santificado por el inolvidable triunfo de la sagrada cruz del Redentor sobre la media luna del falso profeta.

Afortunadamente un rey digno y animoso se sentaba á la sazón en el trono de los godos. Preparóse el bizarro Alfonso á castigar la osada insolencia de los musulimes; mas vió que, por desgracia, á pesar de haber hecho esfuerzos increíbles, su ejército quedaba siempre muy inferior en número al de los atrevidos invasores. No se arredró empero; rey de instintos militares, de esforzado ánimo y de corazón fuerte, quiso más bien exponerse á perecer con honra que á vivir sin honor; y apelando al ardid, emboscó buena parte de sus tropas cerca de Lutos (Lodos), nombre que perfecta y justamente cuadraba con el sitio así llamado, por ser fangoso y lleno de pantanos.

Con la parte restante de sus huestes dió frente á los enemigos, animó y entusiasmó á sus soldados, colocándose á su cabeza y lidiando con bélico ardor, como particular guerrero; y principiado el combate, dió alguna muestra de flaqueza y comenzó á perder terreno, cosa que no extrañó el caudillo musulime, atendida la visible diferencia que existía entre el número de combatientes que el rey Alfonso acaudillaba, y los que seguían al jefe agareno.

Este creyóse dueño de la victoria y de aquel territorio hasta entonces inaccesible; y deseando que aquella fuese tan completa como notable, quiso destruir á su enemigo de modo que le fuese imposible rehacerse.

Cuanto más se enardecían los musulmanes más se retiraban los cristianos, aunque siempre combatiendo y sin fuga, hasta que el rey logró atraer á aquellos á Lutos, cuyo terreno desconocían los enemigos, como todos los de aquellas comarcas. Entonces los semifugitivos toman decididamente la ofensiva; los emboscados españoles abandonan el sitio que los ocultaba; cada caballo era un rápido rayo; cada caballero un vendaval arrollador; cada hombre de armas la segur de la Parca; y rodeados y acosados y oprimidos los musulimes, haciendo un esfuerzo supremo se abren paso hacia Lutos, en donde perécen, unos enclavados en el espeso y pegajoso fango, otros atravesados por las silbadoras y mortíferas saetas, y otros, en fin, pisoteados y deshechos por los propios conmitones; quiza por un amigo; tal vez por un hermano.

Crónicas existen que fijan en 70,000 los ismaelitas que sucumbieron en aquel glorioso triunfo de los fuertes guerreros de la Santa Cruz: los mismos escritores árabes, sin marcar cifra alguna, ni ocultan que perdieron en aquella memorable jornada el rico botín y los cautivos, fruto de su cruel rapacidad, que consigo llevaban,



Lib. M. Sanchez, Huertas 16 y 18

BATALLA DE LUTOS.



ni dejan de decir que fué grande la carnicería que en los musulmanes hicieron los cristianos.

Ni aun el caudillo sarraceno, llamado Yussuf-ben-Bath, se salvó en la derrota: valiente y denodado, pereció en la ruda y terrible pelea, y el nuevo rey de Asturias adquirió gran renombre, alta prez y lauro inmarcesible (año 794).

Tan terrible pérdida hizo que por entonces no intentasen los mahometanos ninguna nueva expedición á un suelo para ellos tan fatal, que parecia estar predestinado para hacer sucumbir á los secuaces del Korán: los árabes no la sintieron tanto como debian, porque fueron indemnizados en la guerra de Narbona; aunque la pérdida de Lutos fué tan considerable, que se destrozó un grandísimo ejército y pereció un esforzado caudillo, práctico, inteligente, de esos cuyo reemplazo está siempre sembrado de dificultades.

Antes de continuar describiendo el reinado del hijo de Fruela, no podemos omitir las palabras que Hixem I dijo poco antes de morir á su hijo y heredero llamado Alhakem. Ellas son tales, que hoy mismo honrarian al soberano más ilustrado, cristiano, bueno y justo.

«Considera, hijo mio, le dijo, que los reinos son de Dios: él los da y él los quita á quien quiere. Dios nos ha dado por su bondad el poder que está en nuestras manos; démosle gracias por tan grande beneficio y hagamos su santa voluntad, que es lo mismo que hacer bien á los hombres todos, y muy en particular á los que están encargados á nuestra proteccion. Haz igual justicia á los pobres que á los ricos, y no consientas injusticias, pues son seguro camino de perdicion y ruina. Sé elemente y humano con todos los que de ti dependan, porque todos son hijos y criaturas de Dios. El gobierno de tus provincias no le confies sino á varones experimentados y justos, y castiga sin miramiento ni compasion á todo ministro que oprima tus pueblos. Sé tan firme como humano con las tropas, y cuando la necesidad te llame á las armas, haz que sean tus soldados los defensores del Estado, no devasadores: mas no les des motivo para que duden de tus palabras y promesas; tenlos siempre bien y puntualmente pagados. No dejes nunca de granjear el afecto y voluntad de tus súbditos; en el amor de los pueblos consiste la seguridad del Estado y del trono; en el miedo va envuelto el peligro, como en el odio la ruina positiva. Cuida mucho de los labradores que cultivando la tierra nos dan el sustento, y no permitas que los talen sus campos. En suma, haz de modo que te bendigau tus pueblos y estén contentos de tí, viviendo á la sombra de tu proteccion y bondad, para que disfruten seguros y tranquilos los goces de la vida. En esto consiste el buen gobierno; si así procedes, serás



«feliz y alcanzarás la fama del más glorioso príncipe del mundo.»

Después de haber fallecido Hixem I, continuaron (796) las guerras y sublevaciones entre los musulmanes; los tíos del nuevo emir, Suleiman y Abdallah, cuya vida años atrás perdonara Hixem, encendieron de nuevo la tea de la discordia, acaso confiados en los tiernos años y corta experiencia del nuevo emir Alhakem I. Este, que en vida de su padre y cuando apenas le apuntaba el naciente bozo había dado grandes pruebas de su precoz bravura, quedó vencedor en la lucha traidora é injusta de parte de los sublevados.

En tanto Alfonso II no permanecía inactivo: con la rota que á los agarenos dió en Lutos, les había impuesto un respeto que se asemejaba mucho al pavor; mas no era rey que se contentase con esto: necesitaba adquirir, conquistar; porque había comprendido hasta dónde se extendía la obligación de un descendiente de Pelayo y de Alfonso I, y deploraba que los sucesores de estos y antecesores suyos tan mal la hubieran comprendido y desempeñado.

En el año 797 entró con sus tropas por los campos de Lusitania, llegando hasta Lisboa, y tomando á los moros ricas preseas y magníficos despojos, regresó felizmente á pesar de lo muy atrevido de la empresa.

Dícese que Carlo-Magno celebró poco después en Tolosa una asamblea, con el objeto de preparar una segunda expedición á España; y aun se añade que estando celebrando aquella, llegaron mensajeros de Alfonso II con una cortés embajada y ricos presentes para el rey franco, por cuyo medio se estableció una liga cristiana entre ambos monarcas y Luis, rey de Aquitania, hijo de Cárlos.

Conveniente y por demás necesaria era esta liga en un tiempo desastroso para la cristiandad, á consecuencia del entronizamiento y progresos del islamismo. No hacia mucho tiempo habian sido anatematizados los iconoclastas, y había surgido una nueva herejía muy parecida á la de Nestorio; y la religion sufría hasta tal punto, que una tropa, ó banda más bien, de facciosos había arrojado de la sagrada silla de San Pedro á Leon III, á la sazón Pontífice, y el venerable sucesor del primer apóstol tuvo necesidad de dirigirse á Carlo-Magno (799), que á la sazón se hallaba en Sajonia, é implorar su favor. Diósele sin vacilar el católico soberano, haciéndole regresar á Roma apoyado en un respetable ejército.

De esta manera terminó el siglo VIII, reinando Alfonso II en Asturias, y Al-Hakem ó Alhakem I en Córdoba.

(a) Por no truncar la narracion de los hechos, hemos colocado al terminar el siglo VIII el texto literal del himno, tomado del autor en su lugar citado, creyendo complacer á nuestros lectores.

Dice así:



ALTABIZAREM CANTUA.

Oinbal aitua izauda
 Escualdunen mendeüen artelic;
 Eta etheco-jauna, bere atiaren aitcinian chutie,
 Idekitu beharrüac, eta errandu: norda hor? ;Cer nahi daniel?
 Eta chacurra bere nausiaren cinetan lo zaguena;
 Alt chatuda eta carasiz Altabizaren ingurniac beteditu.
 Ibanetaren lephuan harabostbat agercenda;
 Hurbilcenda, arrokkac ezker eta esquin iotcendi tuie lazic.
 Horida urrundic helduden armada bate burrumba.
 Mendüen capete taric guriec erepuerta emandiotc.
 Bere tunten seinuia adiaacinte:
 Eta etheco-jannac bere dardac chorocho tentu.

¡Herdurida! ¡herdurida! ;Cer lantzazco sasia!
 ;No!a cernabi colozeco banderas hoï en erdian agertceediren!
 ;Cer sinuitac at heratcediren hoï en armetaric!
 ;Ceubat dira? Haurza, condaïtceac ongi!
 Bat, büa, hirur, lau, bort, seit, zatzpi, sortzi, bederatzzi, hamar, ha-
 meca, hamabi,
 Hamahirur, hamalau, hamabort, hamasei, hamazazpi, hemeçortzi,
 hemeretzi, hogoi.

¡Hogoi eta milaca oraïno!
 Hoïen condactia deubora, gascia litake.
 Hurbildet çagun gure beso çai lac, errhotic alherabet çagun arroca
 herioc,
 Botha delçahum mendärem petharra bebera.
 Hoïen burven gaïneazaino.
 Leherdet çagun, herüoaz iodelçagun.

¡Cer nahiçuten gure mediataric norteco giçon horiec?
 ;Certaco icndira gere baakiaren maasterat?
 Jaungoïcoa mendiac endituïemar; nahi izandu hec giçonec ez pasatçia.
 Bainan arrohac biribicoïlca eroztcedira trupac leher candiluzte.
 Odola curruten badoha, haragi puscaç dardaran dande.
 ;Oh! ;ceubat heçur çarrascaç huac! ;Cer odolesco itsasua!

Escapa, escapa indar eta zaidi ditucnienac.
 Escapa hadi. Çarlomagdo errege, hire luma beltcekin eta hire capa
 gorla rekin.
 Ire ilobe maïtia Rolan çangarraba hautchet ila dago.
 Bere çangarthasuna ieretaco ez tuïcan
 Eta horai, Escualdunac, utzdiçagun arrhoca horiec.
 Ja usgiten fite igordelçahun queredardac escapa tcediren contoac.

¡Baduaci! ¡baduacia! ;Nunda bada lantzazco sasi hura?
 ;Nun dira hoïen erdian agericiren cernahi colozeco bandera hec?
 Ezta giçüago simistaric atheratcen boïen arma odolez bethetataric.
 ;Ceuba dira? ;Haura, condaïtceac ongi!
 Hogoi, hemeretzi, hemeçotici, hamazazpi, hamazei, hamabortz, ha-
 malaü, hamahirur,

Hamabi, hameca, hamar, bederatzi, zortzi, zatzpi, seit, bort, laü, hirur, boa, bat.

¡Bat! Ezta bihiric ageri gihüago.

¡Akhaboda! Etcheco-jauna, intaiten ahalcia cure Macurrarekin, Zure emaziaren, eta çure haurren bezarcat cerat, Zure darden garbitcerat, eta althacerat, cure tuntekin, eta gero heüen gainian et çalçat eta lociteat.

Gabaz archanuaç ienendira haragi pusca leherte horiec iaterat
Eta hezur horiec oro zuritu codira eternitatean.

Damos además el siguiente *canto guerrero de los cántabros*, conocido vulgarmente por la *Cancion de Lelo*, que ha sido publicada tal como la damos á continuacion por el Sr. D. Juan Ernesto Delmas, quien comentándola, dice:

Este canto es de una sencillez patriarcal. Lelo fué un jefe muy valiente y querido de los vizcainos. Los azares de la guerra le obligaron á tomar parte en una expedicion á un país extraño, y durante su ausencia, un jóven llamado Zara requirió de amores á su mujer Tota, y la sedujo. Volvió Lelo de su expedicion, y los dos amantes se concertaron para matarle; el crimen se descubrió y metió mucho ruido. La asamblea de los ancianos se reunió, y dispuso el destierro del país para siempre de los dos amantes. Ordenóse tambien que para honrar la memoria de Lelo y perpetuar el dolor de su muerte, todos los cantos nacionales empezaran por una lamentacion en su nombre. Hé aquí el canto y la traduccion:

Lelo! il Lelo,

Lelo! il Lelo:

Leloa! Zarac

Il Leloa.

Eromaco arotzac

Aloquin, eta

Bizcaiac daroa

Cansoa.

Octaviano

Munduco jauna

Lecobidi

Bizcaioa.

Itchassotatic

Eta leorrez

Imini desucu

Molsoa.

Leor celaiac

Bereac dira

Mendi tansaiaç,

Leusoac.

Lecu ironean

Gago-zanean,

Norberac sendo

Dau (gogo.)

Bildurric gutchi

Arma bardinaç;

Oramaia, zu

Guexoa!

(Oh) Lelo! muerto (ha) Lelo

(Oh) Lelo! muerto (ha) Lelo

(Oh) Lelo! Zara

ha muerto á Lelo.

Los extranjeros de Roma

quieren sujetar á Vizcaya, y

Vizcaya entona

el cántico de guerra.

Octaviano (es)

señor del mundo,

Lecobidi

lo es de Vizcaya.

Sea por la mar

y por la tierra

nos pone (Octaviano)

sitio (al rededor).

Los llanos y valles

son de ellos;

los bosques de los montes

las grutas, (de nosotros).

En punto favorable

estamos colocados;

cada una firme

tiene valor.

Poco miedo (tenemos)

con armas iguales;

carecemos de pan,

mal provistos estamos.

Soyac gogorrac
Badirituiz,
Narvu billotza
Surboa.

Bost urteco,
Egun, gabean
Gheldi bagaric,
Bochoa.

Gureco bata
Il badaguian,
Bost amarren
Galdoa.

Avec aniz, ta
Gu gutchi-taia,
Azquen indugu
Lalboa.

Gheure lurean
Ta aen errian
Biroch ain baten
Zamoa.

Ecin gheyago

Tiber lecu
Gueldico zabal
Uchin tamaio
Grandojo.

Si duras corazas
llevan ellos
los cuerpos desnudos
ágiles (son más).

De cinco años
noche, día,
sin ningun descanso
el sitio (dura).

Cuando uno de nosotros
matan ellos
cincuenta (de ellos)
perccen.

(Pero) ellos (son) muchos, y
nosotros poca tropa,
al fin hemos hecho
amistad.

En nuestra tierra
y en la suya
lo mismo se atan
los fardos.

Antes era imposible

La ciudad del Tiber
queda ancha,
Uchin.....
es grande.

Siglo IX.

AÑO 800 AL 843.

Necesaria y aun precisa era la liga que se celebrara entre Alfonso y Carlo-Magno, en una época en que tanto sufría la católica religión; mas tambien como medida política, era de tanta entidad como importancia.

Alfonso luchaba y no desistía de su propósito, fija su mente en la continuacion de la reconquista. Los innumerables enjambres de ismaelitas posesionados de casi toda España, eran bastante rémora para los grandes proyectos del magnánimo y bizarro Alfonso; y para evitar otros nuevos obstáculos, convenia infinito que los reyes cristianos estuviesen aliados y unidos, á fin de no robustecer más con sus particulares discordias el poder de la mahometana media luna.

Carlo-Magno habia ya entrado en España una vez; y aunque saliera sin duda muy escarmentado, la misma vergonzosa rota debia haber hecho surgir en su guerrera imaginacion la idea de vengar aquella, tomando prévia y oportunamente sus medidas á fin de que no se repitiese.

Era, por otra parte, muy conocido el ambicioso y conquistador genio del rey franco; y la prodigiosa extension que á sus dominios diera, mudamente lo decia, aunque todos quisieran ocultarlo. Esa misma extension y sus notables hechos le dieron tanta preponderancia y tal renombre, que en el año 800, al regresar de Palestina un enviado suyo que se habia dirigido á visitar la venerable iglesia

del Santo Sepulcro, trajo á su soberano un notable presente que le enviaba el célebre califa Haroun-al-Raschid, que consistía en el estandarte de Jerusalem, las llaves de la iglesia del Santo Sepulcro y de otras del Calvario, y un magnífico reloj de campanas, acaso el primero que hubo en el mundo de esta clase.

Aun no habia terminado el primer año del siglo IX cuando Carlo-Magno obtuvo la corona de Augusto, que le entregara el Sumo Pontífice Leon III. Esta ceremonia, que tuvo lugar en medio de un aparato imponente, magnífico y solemne, se verificó en el mismo dia de Navidad del año 800, y el rey franco restableció el imperio de Occidente, tan temible y temido en otro tiempo.

Todas las circunstancias que someramente hemos recapitulado son de suyo bastante fuertes á fin de probar de evidente manera las poderosas razones que Alfonso II tuvo para aliarse con el franco; porque si habia de poder entenderse con tantos enemigos como dentro de la península tenia, necesario era, sin duda, allanase con tiempo las dificultades que pudieran surgir fuera de aquella.

No obstante, los vasallos de Alfonso lo comprendieron de otra manera: aquellos hombres cuya mejor razon era la espada, y que contemplaban tan legal como justa la decision del hacha de armas, sintieron vivamente la alianza, porque no entendian de achaque de miras políticas.

La alianza entre Carlo-Magno, Luis y Alfonso, quedó absolutamente solemnizada, y esta noticia fué una verdadera señal de alarma para algunos nobles del reino de Asturias; su escrupulosa y susceptible independencia creyó entrever en aquellos pactos y amistad entre el descendiente de Pelayo y el vencido en Roncesvalles cierta dependencia, una especie de humillacion que no podian tolerar; y de aquí tuvo origen la fundacion de un partido que decidió arrancar al rey el cetro, y encerrarle en un convento.

Lograronlo como se lo propusieron, tanto más, cuanto que el soberano estaba muy distante de sospechar la inicua trama, como que su conciencia no podia hacerle adivinar que mereciese ser objeto de ella. A pesar de esto, aquella nobleza desatentada é intolerante encerró en el monasterio de Abelánica al glorioso vencedor de Lutos, y al que con tanta gloria suya como de España habia hecho, casi recientemente, la expedicion, tan gloriosa tambien, á la Lusitania (año 802).

Se ignora quién fué en su lugar elegido, ó si no se le dió sucesor, que parece lo más probable; porque poco tiempo despues, otra parte de la nobleza que tan perfectamente conocia cuánto perdia el reino con la destitucion de Alfonso; que comprendia cuán altas y relevantes eran sus prendas, y que le habia sido fiel y seguido á campaña, de pronto hizo la contrarevolucion, y puesto á la cabeza

de aquellos hombres decididos un esforzado godo llamado Theudo, fué el rey completamente vengado de la quinta ofensa que le hiciera aquella parte turbulenta de la nobleza, siempre inquieta y mal avenida con el orden, y saliendo del monasterio de nuevo ocupó el trono y empuñó el cetro (también año 802).

Al descender inmerecidamente del trono el segundo Alfonso, veía ya ampliados sus dominios más allá de lo que eran en tiempo de sus últimos antecesores. Poseía las Asturias; varios pueblos que hoy son de Leon y de Castilla; toda la Galicia hasta el Miño, las provincias Vascas y la Cantabria. El denodado y piadoso rey llegó á comprender que habiendo extendido sus dominios, dado gloria á su cetro y á su espada, era ya tiempo para su piedad de hacer alguna cosa en favor de la verdadera religion.

Por aquel tiempo ya habia hecho embellecer su córte, que lo era Oviedo, agrandando notablemente su perimetro, edificando palacios, regulares edificios, baños, públicos establecimientos, y todo aquello á que se extendian á la sazón los conocimientos arquitectónicos entre los godos.

Hecho todo esto, dirigió su vista investigadora hácia la iglesia del Salvador, que hiciera edificar Fruela, su padre, y dispuso que en ella se hiciesen notables reformas de tanta importancia, que reedificada la convirtió en un grandioso templo, en cuyo recinto dispuso é hizo llevar á cabo la creacion de doce costosos altares, dedicado cada uno de ellos á uno de los doce apóstoles.

Realizóse la solemne ceremonia de la consagracion con toda la imponente y severa pompa que caracteriza las ceremonias de la religion católica, asistiendo á ella todos los obispos refugiados en aquel cristiano reino; y convirtiendo el rey, de acuerdo con el jefe de la Iglesia universal, en basilica episcopal el antiguo templo del Salvador, ocupó aquella sede un noble godo llamado Adulfo, electo primer obispo de Oviedo por Alfonso II. (año 812).

Fueron también obras ejecutadas bajo el mando de este mismo soberano, el monasterio de San Pelayo, la iglesia de San Julian, la de San Tirso, la de Santa María del Rey Casto, y una capilla que servia de oratorio particular para el monarca en su mismo palacio, que aun subsiste, lo mismo que los anteriores sagrados monumentos, y que es hoy llamada la Cámara Santa y sirve de receptáculo á las reliquias y alhajas de la catedral.

A este propósito los antiguos cronistas refieren un hecho notable. El piadoso rey deseoso de regalar una alhaja en lo posible digna del sagrado objeto á que se la destinaba, y que desde luego lo fuese también del donador, acumuló cuanto metal precioso y pedrería pudo, con destino á la fabricacion de una cruz magnífica. Turbaba su ánimo y amenguaba su gozo el no encontrar ningun

artifice en sus dominios capaz de llevar á cabo la proyectada obra con el delicado primor y completa perfeccion que él deseaba.

Salía el monarca de oír misa una mañana y se le aparecieron de pronto dos peregrinos que se ofrecieron á ejecutar la anhelada obra, y el rey lleno de placer hizo se les dispusiese una cómoda habitacion dentro del mismo palacio, y que se les facilitase cuanto les fuese necesario y pidiesen. No mucho despues la curiosidad llevó varios nobles al improvisado taller, en el cual hallaron construida la riquísima y hermosa cruz; pero no encontraron los peregrinos. Este raro incidente dió márgen á que se dijese públicamente que aquellos eran dos ángeles; y es lo cierto que la riquísima cruz, de planchas de purísimo oro incrustadas de finísima pedrería, aun se venera hoy en la catedral de Oviedo, y hoy tambien, lo mismo que hace más de mil años, es conocida y llamada *la Cruz de los Angeles*, habiendo desde aquel momento elegido el piadoso rey para su escudo de armas una pequeña cruz, idéntica á la de la catedral, sostenida por dos ángeles.

Debemos ocuparnos ahora de otro prodigio que se dice ocurrido durante el reinado del segundo Alfonso, prodigio creído por unos, y por otros refutado. Nosotros, que á fuer de católicos no negamos, antes bien reconocemos y confesamos, el omnipotente poder de Dios para obrar sobrenaturales prodigios, porque fuera notable estupidéz, aparte de la sacrilega impiedad, no reconocer la omnipotencia del Supremo Hacedor que pudo crear los cielos, la tierra, los astros y cuanto existe animado é inanimado en la incomprensible y maravillosa obra de la creacion del universo, debemos limitarnos á referir el prodigio del modo que las antiguas crónicas le presentan.

Apenas se habia consumado la grande obra de la redencion del género humano, cuando al esparcirse por todos los países de la tierra los apóstoles para predicar el Evangelio, vino á España Santiago el Mayor. A pesar de esto, dicese que el santo discípulo de Jesus no murió en España, y que fueron sus restos mortales traídos por sus discípulos de la Palestina á España.

Casi habian trascurrido ochocientos años, y otros tantos habian tambien pasado desde que el cuerpo de Santiago yacia en las inmediaciones de Iria Flavia, en el territorio de Galicia, sin que se supiese con certeza en los principios del siglo IX el sitio en que los expresados restos estaban depositados, porque en tan dilatadísimo espacio de tiempo las crecidas malezas y la natural vejetacion le habian ocultado por completo.

Reinaba Alfonso II, cuando varias personas nada vulgares se acercaron al obispo Teodomiro para noticiarle que durante muchas noches consecutivas, habian observado en un bosque vivísimos

resplandores y rayos de clarísima luz, que parecían descender del cielo.

El mismo Teodomiro en persona acudió á observar é investigar la certeza que pudiera tener la peregrina noticia; y convencido de la realidad de lo que dicho le habían, dispuso se practicasen diversas escavaciones, en virtud de lo cual hallaron una capillita en cuyo pequeño recinto se veía un sepulcro de mármol, que encerraba, según las piadosas tradiciones, el cuerpo de Santiago.

El mismo Alfonso acudió con su córte desde Oviedo para ver por sí propio tan extraña maravilla; y en aquel sitio, llamado entonces *campus Apostoli* (campo del Apóstol), dispuso el monarca se edificase un magnífico templo. Algunos eruditos pretenden, con sobrado fundamento, que la ciudad de Santiago se llamó en otro tiempo hasta uno bien cercano *Compostela*, cambiando en esta palabra las de *campus Apostoli*. Alfonso II enriqueció la expresada iglesia, y por mediación de Carlo-Magno, alcanzó del Pontífice Leon III que la silla episcopal de Iria pasase á la recién edificada iglesia de Compostela (hoy Santiago).

A pesar de que el rey contaba ya una edad avanzada, no por esto se ocupaba menos de los asuntos del reino: porque era infatigable y activo, sin que el incesante caminar del tiempo disminuyese su actividad, ni debilitase sus facultades intelectuales, ni amenguase su vigor.

Dió una muestra de su bondadoso carácter, en favor de un caudillo árabe llamado Mohammed-ben-Abdelgebir. Este hombre atrevido, dependiente del emir de Córdoba, se había sublevado en Mérida; pero vencido por aquel, tuvo necesidad de colocarse fuera del alcance del irritado soberano árabe, y llegó á Galicia. El magnánimo Alfonso, que no vió en el perseguido fugitivo á un enemigo, sino á un vencido y desgraciado que demandaba un asilo y necesitaba socorro, le admitió benévolo, llevando su generosidad hasta el extremo de concederle un terreno no distante de Lugo, para él y para los mahometanos que le seguían (año 833).

Tocaba casi á su término el glorioso reinado de Alfonso II, cuando el infame y mal agradecido Mohammed llevó su perfidia é ingratitude hasta el punto de apoderarse del castillo de Santa Cristina sorprendiendo á los que le guardaban, que no podían recelar tamaña felonía de parte de un hombre tan obligado á ser leal con quien le salvara la vida. No es posible calcular hasta dónde se extenderían los ambiciosos proyectos del árabe traidor: tal vez presumiría quedar impune hallando su salvaguardia en la edad avanzada del rey, que á la sazón contaba ya setenta y ocho años.

Le engañó su esperanza, si pudo por su mal abrirla. El anciano rey, de juvenil corazón y fuerte brazo, no quiso confiar á

ningun caudillo la ejecución del condigno castigo á tan gran villanía. Puesto al frente de sus tropas se dirigió en busca de los sublevados, y muy en breve les arrebató el castillo. No contento con esto, hizo de modo que no pudiesen dejar de aceptar una batalla, de la cual muy pocos musulmanes escaparon con vida, contándose entre los muertos el mismo Mohammed.

Despues de este memorable hecho ningun otro ejecutó el bizarro Alfonso. Contaba ya cumplidos ochenta y dos años de edad y cincuenta y dos de reinado cuando ocaeció su muerte (842), sentida vivamente y muy llorada por todos; porque los soldados perdian un general invicto y valeroso; los súbditos, un padre; los ministros del altar, una firme columna de la Iglesia; los necesitados, un bienhechor magnánimo; y el reino todo, un celoso guardador de su honra y de su independencia.

Diéronle el renombre de *Casto*, con el que la historia le designa, porque, segun unos, aunque se desposó con la reina Berta no se consumó el matrimonio; segun otros, que se fundan en las crónicas de Lucas de Tuy, de Alfonso III y de otros escritores de antigüedad remota, no llegó á realizarse el desposorio, ó no vino de Francia á España la expresada señora, á la que supusieron francesa. De un modo ó de otro, es constante que mereció la fama que dió márgen al ya citado renombre, y alguno implícitamente dice que pudo hacer formalmente voto, como indican las palabras *con deseo de vida más pura y santa*, al manifestar que no hizo vida con la reina Berta.

El muy piadoso quanto valeroso rey fué enterrado en el panteon de la iglesia de Santa María, que él mismo habia fundado. En aquel panteon aun hoy se lee una inscripcion esculpida sobre una tabla de mármol, que da cuenta de estar en tan sagrado y respectable recinto guardados los restos de Bermudo I, el Diácono, sobrino de Fruela I, que fué hijo de Alfonso I, el Católico; de Alfonso II, el Casto, hijo del anterior; de Ramiro I, hijo de Bermudo el Diácono; de Ordoño I, hijo de Ramiro; de Alfonso III, el Magno, hijo de Ordoño; de García I, hijo de Alfonso el Magno; y los de las reinas Gilvira, esposa de Bermudo, y Urraca, que lo fué de Ramiro.

El sepulcro de tan glorioso rey, lejos de ser notable, es excesivamente sencillo; mas la grata memoria de Alfonso será tan eterna como el mundo. Hoy mismo se le consagra un solemne aniversario cada año, de igual modo que en tiempos remotos iban los monjes de San Pelayo y de San Vicente, sin faltar un dia, á rogar por el gran rey sobre su mismo sepulcro; porque la Iglesia le debió que pusiese en vigor su antigua disciplina canónica, así como el reino el esplendor de los buenos tiempos de la gótica monarquía, resta-

bleciendo muchas de sus leyes y promoviendo el estudio de los góticos escritos.

Antes de pasar á un nuevo reinado, debemos hacer una ligera reseña de los principales sucesos ocurridos en la parte de la España árabe, siempre que tengan íntima relacion con los que pertenecen á la gloriosa reconquista, sin pasar del término del reinado de Alfonso II, á fin de evitar toda confusion.

El centro del imperio árabe en España continuaba en Córdoba la magnífica, enriquecida á porfia por casi todos los emires, y muy espeacialmente por los omniadas ú omniaditas. Abderrahman I, de estos y de su linaje, fué por el extremo pródigo para embellecer su córte, haciendo construir hermosos palacios y bellísimos jardines; empero desplegó todo su opulento poder en la construccion de la mezquita mayor, que mandó hacer teniendo por modelo la de Damasco, aunque deseando sobrepujar en esta la magnificencia y el lujo de aquella, y con decidido ánimo de que fuese un templo musímicó que emulase á la gran mezquita de la Meca, país célebre entre los árabes por haber en él nacido Mahoma. Logró en efecto su deseo; y dícese que la nueva mezquita, que denominaron *Ceca*, dió origen al vulgar adagio de andar la *Ceca* y la Meca, á consecuencia de que tan célebres se hicieron ambas, que el mahometano peregrino que despues de visitar aquella no llegaba á esta, no se contaba que habia hecho sino á medias su devota y dilatada peregrinacion.

Como la importancia de la obra exigia mucho tiempo, no tuvo Abderrahman el gusto de ver realizado su deseo; mas sin embargo, durante su reinado se construyó la principal parte, desde el muro occidental hasta la undécima nave, y en la construccion se invirtieron más de 100,000 doblas de oro.

Hixem I, hijo de Abderrahman, dió felice cima al gran proyecto de su padre; y para más fácilmente lograrlo, destinó el quinto de los inmensos despojos que habia adquirido para costear los incalculables gastos de ereccion de la gran mezquita.

Esta tenia 600 piés de longitud, y de latitud 250, en la cual se comprendian treinta y ocho naves, así como en el largo se contaban diez y nueve de estas. Las naves todas estaban sostenidas en 1,093 columnas de esquisito mármol. Nueve puertas tenia al lado de Oriente, é igual número al de Occidente que estaban cubiertas de láminas de bronce de esquisito y primoroso trabajo, el que no era inferior á las que cubrian la puerta principal, cubiertas de purísimo oro. Dícese que durante la oracion estaba alumbrada por 4,700 lámparas; y aun ha habido escritor que ha legado á la historia la curiosa noticia del aceite y perfumes que en aquellas anualmente se consumian, llegando á 24,000 libras de aceite, y 120 de aloe y de ámbar.

Hemos querido dar una ligera noticia de este notable monumento artístico, así por su celebridad como por los respetables recuerdos que en su recinto encierra. En el mismo sitio que hoy ocupa la gran catedral, estuvo el famoso templo que los romanos edificaron á Jano; en él estuvo el que los godos erigieron á San Jorge, memorable por haber sido asilo de los heroicos godos y cordobeses que en él perecieron devorados por las llamas, cuya desgraciada y horrible ocurrencia dió al templo el nombre de *iglesia de los mártires*; en él estuvo la renombrada mezquita, que hoy es magnífica catedral, merced al piadoso celo de Fernando III el Santo.

A pesar del lujo y magnificencia que los últimos emires habian sabido desplegar para embellecer su córte, no dejaban por esto de tener fija su atencion en los asuntos de gobierno y en dar solidez y firmeza á su conquista. Necesitaban además estar muy vigilantes para conservar su poder, porque raro fué el emir que en mayor ó menor escala no tuvo que sostenerse contra la traicion y arrostrar la fatal guerra civil.

Sabido es ya cuánto molestaron á Hixem su dos hermanos Suleiman y Abdallah, y que, á pesar de esto, hizo el emir la guerra dentro de España y en la antigua Galla gótica; y no bien habia terminado la lucha entré los hermanos, cuando Said-ben-Hussein, wali de Tortosa, se sublevó contra el emir, de acuerdo con los francos, á fin de que las ciudades de Ausona, Gerona y Urgel negasen la obediencia al soberano árabe.

Por otra parte, los walis de Huesca, Barcelona y Zaragoza auxiliaban al caudillo musulme que guarnecía ó guardaba la frontera, los cuales unidos se habian apoderado de Zaragoza, y el caudillo habia proclamado su independecia y soberania.

Para cortar el mal, que amenazaba ser en muchas partes imitado, Hixem envió contra los rebeldes á Abu-Otman, á la sazón wali de Valencia, el cual en breve plazo derrotó á los sublevados, y, segun costumbre de los musulmanes, al dar parte de su triunfo al emir, le envió las cabezas de los traidores, en testimonio de su triunfo y para seguridad de que jamás volverian á sublevarse.

Esta grata noticia y la victoria sobre los hermanos del emir, casi simultáneamente se supieron; y fué tal y tan grande la alegría que ambas ocasionaran, que se celebraron en Córdoba grandes festejos públicos.

Entonces fué cuando Hixem I pensó en combatir contra los enemigos de su fé, del Korán, sin duda para distraer su gente de las conspiraciones y revueltas, más que por otra cosa; y entonces fué tambien cuando salieron los ejércitos musulmicos hácia Asturias y Galicia, y en Búrbia, no lejos de Villafranca del Bierzo, tuvo lugar la

accion que en su lugar hemos descrito, mandada ya por Alfonso II (año último del reinado de Bermudo I).

El otro ejército penetró en la Vasconia por los montes de Vizcaya, y Abdalá-ben-Abdelmelek llegó con el tercer cuerpo de su mando á la Septimania, talando, incendiando y degollando sin conmiseracion ni respeto á nada ni á nadie.

Grandes fueron los ricos despojos que pudo tomar el invasor, al cual avino bien que Carlo-Magno se hallara peleando contra los sajones, y su hijo Luis el Bondadoso, rey de Aquitania, en Italia, para sofocar una sublevacion de los naturales de Benevento; de manera que el feroz Abdalá solo tuvo por opositor al duque de Tolosa, Guillermo, que hizo inútiles prodigios de valor, aislado y con las escasas fuerzas militares de que podia disponer.

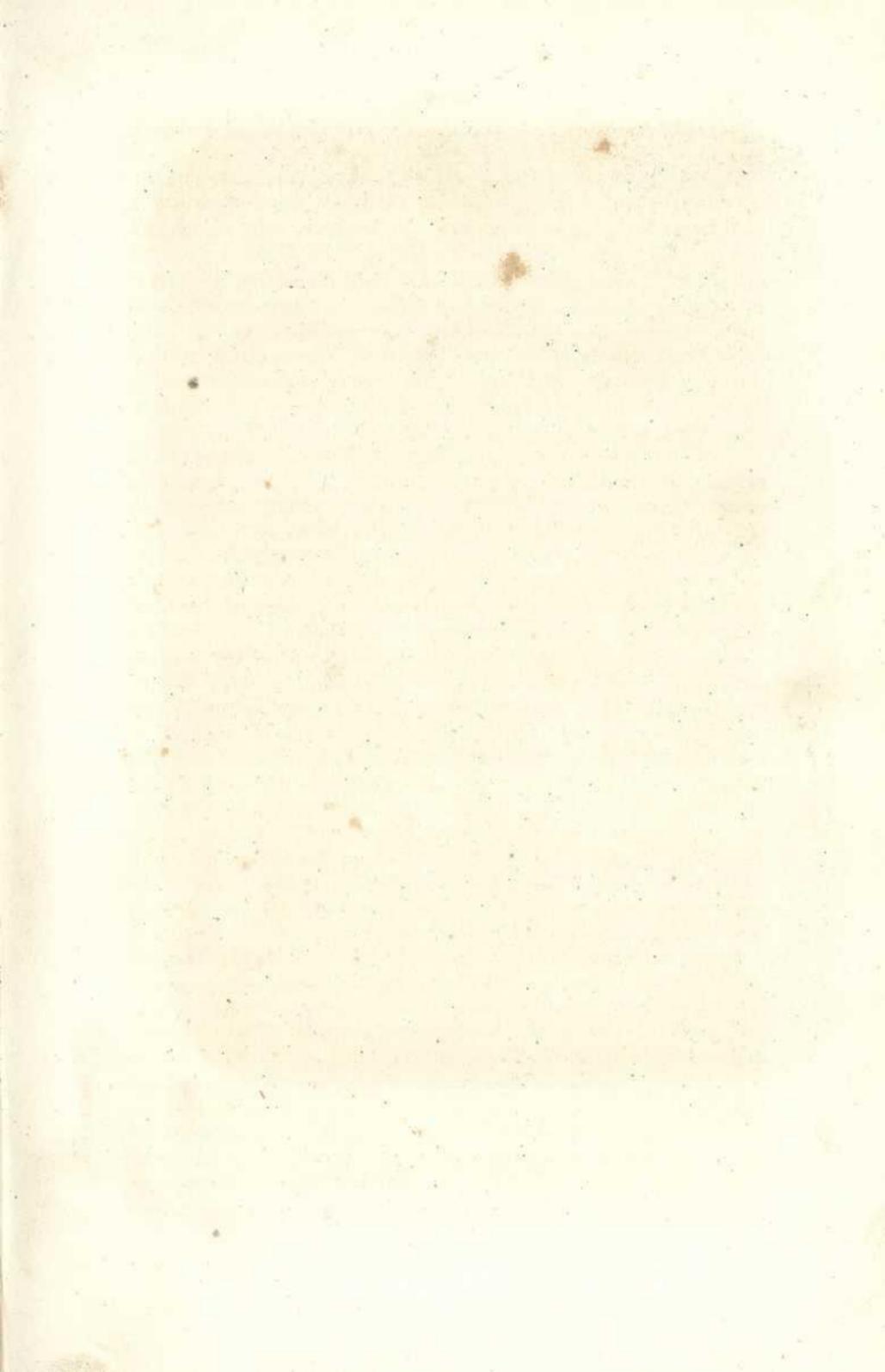
Por este tiempo fué cuando gozoso Hixem por la consecucion de tantos y tan repetidos triunfos, determinó dar cima á la grande obra comenzada por su padre, que hoy es una de nuestras mejores basílicas, y de cuyo interior colocamos aquí un exacto dibujo.

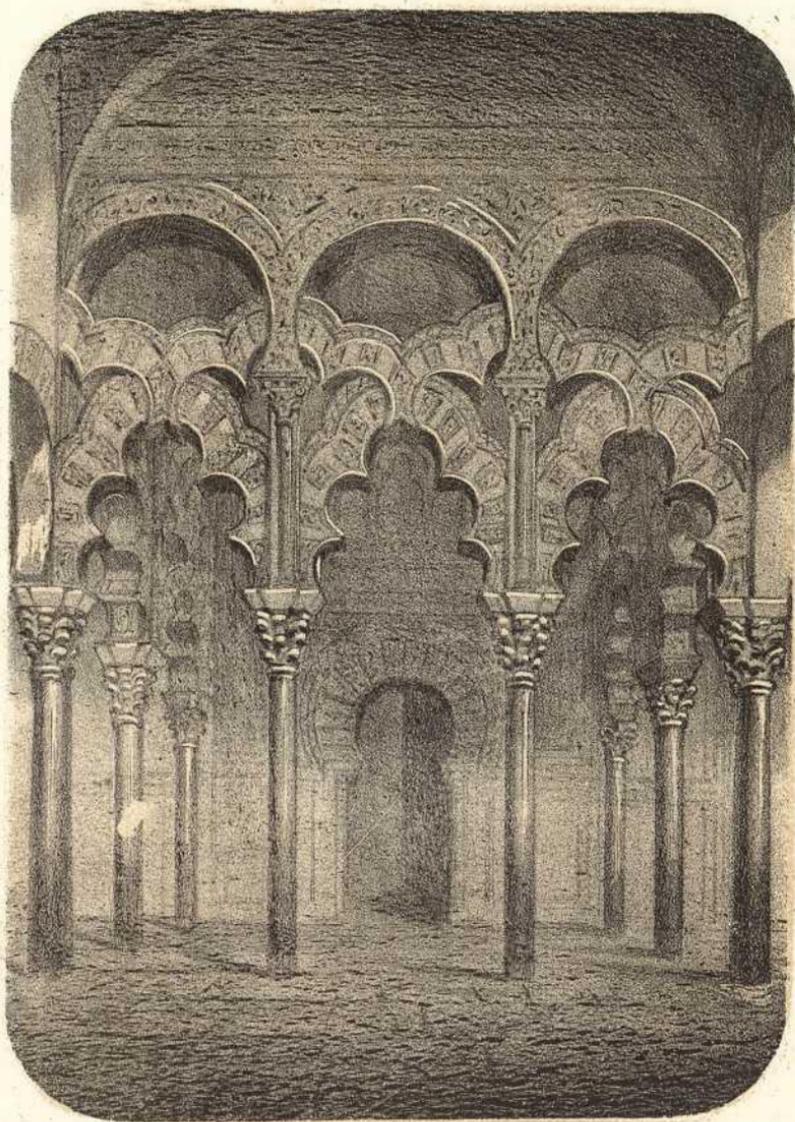
Un año despues (794) fué cuando el gran Alfonso II dió á los sarracenos la formidable rota de Lutos, vengando el rey de Asturias al franco soberano de los desmanes que en la Galia Narbonense ó la Septimania cometiera Abdalá con su ejército.

Llegó el último instante de la vida de Hixem (en el segundo tercio de Abril de 796), y por su muerte subió al solio su hijo Al-Hakem, tercer emir de los omniaditas; y los sediciosos hermanos del difunto, tios del nuevo emir, confiando quizá en la juventud de este, de nuevo levantaron el estandarte de la rebelion, Suleiman en Tánger, Abdallah, no lejos de Toledo. Este, de acuerdo con Obeida-ben-Amza, cadí de dicha ciudad, trató de extender y propagar la rebelion, en tanto que su hermano compraba la voluntad de los hombres más vagabundos y perniciosos, para formar en África legiones, con las cuales venia á España en contra de su sobrino; y no contento con esto, solicitó su hermano el apoyo de Carlo-Magno, á la sazón el más poderoso de todos los soberanos.

La sublevacion llegó á tomar respetables proporciones. El hijo de Carlo-Magno, Luis Pio, se apresuraba á invadir la España por el Pirineo Oriental; Abdallah se acercaba á Toledo; Obeida daba el grito de rebelion, y por sorpresa se hacia dueño del alcázar de dicha ciudad; Suleiman, seguido de numerosos enjambres de gente allegadiza, venal y perdida que reuniera en el Magreb, desembarcaba en Valencia.

El movimiento revolucionario fué sin duda alguna muy hábilmente combinado. Las fuerzas de Hixem tuvieron que distraerse hácia dos puntos diametralmente opuestos: la guerra amenazaba, puede decirse, de polo á polo, y el joven Hixem se veia abandonado de todos los





M.^o iii.^o

Pl. 5.^o Bóvedas 16 y 18.

INTERIOR DE LA GRAN MEZQUITA. (*hoy Catedral de Córdoba*)

alcaldes y jefes de las comarcas limítrofes de Toledo, excepto del de Talavera, llamado Amrú.

En tanto que Al-Hakem ponía sitio á Toledo y procuraba apagar el incendio que en España amenazaba devorar su poder, Luis el Piadoso, el rey de Aquitania, le quitaba á Narbona, y Abu-Tair tomaba á Gerona, Pamplona, Huesca y Lérida.

Veloz como el rayo partió el bizarro y jóven Hixem á apagar las voraces y propagadoras llamas, dejando á Amrú el encargo de rendir á Toledo. Él llegó brevemente á Zaragoza, y su juventud unida á su presencia, por demás simpática, tras él arrastraron á infinito número de musulmanes que en su favor tomaron las armas.

Brillantísima fué por cierto la campaña de Al-Hakem: pronto hizo huir á los francos ante sus huestes; no tardó en reconquistar las perdidas plazas de Cataluña y Aragon; y entrando triunfante en Barcelona y llegando hasta el Pirineo, le atraviesa y se presenta ante los muros de Narbona, en donde, si no excedió, igualó por lo menos á los más crueles, segun los destrozos que él y su ejército hicieron, talando, degollando, y reduciendo á los que sobrevivieran á la miserable condicion de esclavos.

Nuevos triunfos siguieron al de Narbona: Amrú habia tomado á Toledo y decapitado al cadí Obeida-ben-Amza, y Suleiman y Abdallah se habian internado en Murcia y en Valencia. Allí fué á buscarles Al-Hakem, llegando hasta Gingilia (hoy Chinchilla). Los rebeldes tíos del emir, cuando le vieron tan inmediato á ellos, quisieron huir de allí, pero tratando de dar un golpe de mano en Andaluca, tambien inútilmente; porque alcanzados por el emir, fueron destrozados y puestos en fuga, muriendo el altivo é indómito Suleiman de un flechazo que le atravesó el cuello, y sometiéndose Abdallah, como en tiempos de su hermano Hixem. A este fué por su sobrino concedido el que pasase á vivir en la residencia que eligiese, con una pensión de 1,000 mitcales de oro cada mes, y 5,000 más al terminar cada año, pidiéndole, sin embargo de la inusitada generosidad, á sus hijos para retenerlos como rehenes, puesto que las palabras y protestas de Abdallah merecian muy poca fé, como en su lugar correspondiente hemos visto.

En el reinado de Alfonso dimos cuenta de la gloriosa expedicion que este hiciera á la Lusitania, aprovechando el estado de agitacion y de revueltas en que se hallaba el imperio de los árabes; y ahora, como terminada la guerra entre el emir y sus rebeldes tíos quedó por entonces en paz la España árabe, debemos continuar la rápida ojeada, abandonando todavia al glorioso reino de Asturias. Debemos ir enlazando los diversos sucesos, sin salirnos, empero, del periodo que nos hemos propuesto, antes de volver al reino de Pelayo y al

reinado de Ramiro I. Ahora debemos hablar del origen de los célebres condes de Barcelona.

La liga que formaran Alfonso el Casto, Carlo-Magno y su hijo Luis, que momentáneamente costó el cetro al soberano de Asturias, no impidió que los príncipes francos continuasen acariciando en su mente los proyectos de conquista en España. Las alianzas de este género, rara vez carecen de una cláusula que deje campo abierto á la ruptura, sin faltar ostensiblemente á lo pactado, y haciendo, por el contrario, que la falta recaiga sobre el mejor cumplidor; ni en ellas toman parte todos con igual buena fé y equitativas miras. Además, la invasión que por entonces se proyectaba habia de comenzar por dominios que no eran de Alfonso II.

A consecuencia de los deseos ambiciosos de Carlo-Magno y de su hijo, un fuerte ejército franco penetró en España llegando hasta Gerona, que fué tres veces perdida, y otras tantas tomada alternativamente por musulimes y cristianos, en el corto término de algunos meses. A la toma decisiva de Gerona por los francos, siguió la de Manresa, Berga, Lérida y Solsona; y una vez dueños de ellas, comenzaron á fortificarlas, dando á entender sobradamente que no se trataba de una expedición destinada á hacer daño, á ocupar las tropas ó adquirir despojos, productos de las depredaciones y del merodeo, sino que se pensaba en formar y conservar nuevos dominios en la peninsula ibérica.

En otro tiempo, un moro principal de Barcelona, llamado Zaid, ofreció entregar á Carlo-Magno esta hermosa plaza; y cuando el jefe franco que en Cataluña mandaba le recordó la oferta, Zaid se negó á cumplirla.

Era forzoso tomarla: sin ella quedaba imperfecto en su principal miembro el grande y bello cuerpo que los ambiciosos soberanos de allende el Pirineo deseaban formar; empero la empresa era no poco delicada y expuesta, y se trataba, además, de ampliar la conquista y reunir un poderoso reino que se extendiese por la dilatada frontera, internándose lo bastante, ó mejor dicho, cuanto posible fuese.

Corria el año 801, y más que nunca se agitaba allende el Pirineo la grave cuestion de la conquista de Barcelona: despues de haber calculado maduramente la interesante y árdua empresa, se formaron tres grandes cuerpos de ejército y se dió principio á la grande obra.

Esperábase muy fuerte resistencia de parte de los defensores de la antigua Barcino, y en proporcion se prepararon los medios de ataque, sin perdonar ninguno, construyendo torres y aprestando toda clase de máquinas de guerra. Confiaban, sin embargo, los sitiados, á pesar de tan grande aparato, en el emir de Córdoba; mas no contaban con que dado que viniesen socorros, cuyo punto de partida es-

taba tan distante, con dificultad podrian pasar; porque uno de los tres cuerpos de ejército, acaudillado por Guillermo, duque de Tolosa, tenia tomados los caminos, siendo su centro entre Lérida y Tarragona. Esta, además, habia caído en poder de un caudillo agareno que se habia hecho jefe de un gran número de cristianos habitantes del Pirineo, con los cuales, el atrevido musulman, de muerte perseguia á sus correligionarios.

Sin embargo de la distancia, el bizarro y activo Al-Hakem no pudo permanecer impasible, y quiso auxiliar personalmente á los sitiados; empero retrocedió desde Zaragoza: tan difícil le pareció el oponerse con esperanzas de buen suceso ante el imponente y bélico aparato del ejército franco.

Este habia ya comenzado á jugar sin interrupcion los arietes y demás terribles máquinas; y la ciudad, á pesar de todo, se resistia, y el sitio se prolongaba, habiendo llegado los sitiados al horrible extremo de usar de repugnantes y nocivos alimentos porque carecian de los ordinarios y usuales. No faltaban algunos que deseaban la entrega de la ciudad; pero sus palabras eran desoidas, y prevalecia la opinion de Zaid, gobernador de la amenazada plaza, el cual llevó su decision y arrojo hasta el punto de salir de aquella para dirigirse en busca del emir Al-Hakem, seguro de comoverle y decidirle á prestar un apoyo vigoroso á los sitiados.

Todo fué inútil, y el fabuloso valor del caudillo agareno se estrelló contra la desgracia que en aquella empresa perseguia á los mahometanos. Envuelto en las nocturnas tinieblas, solamente acompañado de su gran corazon, salió el valeroso Zaid de Barcelona, caballero en su corcel, y caminando por aquellos sitios cuyo tránsito más practicable y menos expuesto era. Una irremediable fatalidad hizo que el caballo tropezase cuando ya estaba para franquear las líneas enemigas, y el relincho que el noble animal diera, alarmó al ejército franco: el valeroso Zaid, á pesar de la velocidad con que comenzó á caminar, fué hecho prisionero.

Este terrible golpe causó grande congoja á los que el remedio esperaban de la osadía de Zaid; el hijo de Carlo-Magno, Luis el Pio, habia llegado al campo con nuevo ejército; el crudo invierno, cuya proximidad era otra de las esperanzas de los afligidos sitiados, no habia hecho levantar el campo á los tercios francos; antes habian puesto por obra todos los necesarios preparativos para poder resistir la rigorosa estacion, decididos á sufrir cuanto preciso fuese antes que abandonar la empresa.

El continuo y acertado jugar de las formidables y destructoras máquinas logró por fin abrir algunas brechas, á favor de las cuales los intrépidos francos acometieron á los musulmanes, trabándose un sangriento combate con no menor destrozo de aquellos que

de los cristianos. No obstante esto, desvanecida toda esperanza de socorro; huérfanos los defensores de su intrépido caudillo; acosados por el hambre asoladora, y convencidos de que no hay humano poder que baste á hacer frente á la desgraciada suerte, tuvieron necesidad de capitular con los sitiadores, obteniendo humanas y decorosas condiciones; porque se les permitió la evacuacion de la plaza con armas y bagajes, y marchar á residir en el punto que libremente eligiese cada uno, de los que pertenecian á los en que los árabes dominaban.

Luis el Pio, rey de Aquitania, tomó posesion de la plaza; y al abandonarla poco tiempo despues, la dejó encargada á Bera, nombrándole conde. De este modo dejó de ser la bella Barcelona de los mahometanos, y tal fué el origen ó fundamento de su condado.

Ya se habia entregado Barcelona, cuando Al-Hakem pasó á Pamplona, cuyos habitantes pugnaban siempre por deshacer en mil pedazos el yugo musulmico, del mismo modo que se habian resistido á sufrir el de los godos, romanos, y cuantos sucesivamente les habian querido imponer. Como turbulentos é inquietos aparecieron más de una vez; empero era su noble afan de no ser oprimidos por los extraños, y su amor á la amada independenciamóvil que ponía en accion su denuedo y arrojo.

El emir de Córdoba continuó su expedicion orillas del Ebro y llegó á Tarragona, cuya ciudad aun continuaba en poder del atrevido moro que se habia de ella posesionado. Tomó Al-Hakem la expresada ciudad y persiguió á Bahul, el audaz poseedor de Tarragona, hasta Tortosa, en donde le quitó los medios de huir y le obligó á aceptar una batalla. El resultado de esta fué la destruccion de la hueste que seguía al rebelde agareno y la prision de este, á la que siguió, sin hacerse esperar mucho, su decapitacion. Un año despues de haberse realizado este suceso, tuvo lugar una espantosa catástrofe en Toledo.

Gobernaba la ciudad, antigua y brillante córte de los monarcas godos, Yussuf, hijo de Amrú, en ausencia de su padre; y su arrebatado carácter, origen de no pocos actos violentos y despóticos, dió márgen á un popular tumulto que puso en peligro la vida de Yussuf, y que fué calmado por la oportuna mediacion de algunos habitantes de la ciudad, personas de grande influencia y notoria autoridad entre los sublevados. Fuese temor del vengativo carácter del gobernador, ó deseo de resguardarle de la popular ira, es lo cierto que, á pesar de haberse apaciguado el imponente motin, Yussuf fué llevado á una fortaleza; y los que habian determinado esta medida hicieronlo saber al emir, presentándole reverentemente los motivos que les habian impulsado á realizarla.

Al-Hakem, despues de haber dado á Amrú la desagradable nue-

va, determinó que el arrestado Yussuf fuese trasladado á otro gobierno, á fin de libertarle de la triste posicion en que se hallaba y dejarle resguardado y á cubierto de sus perseguidores; determinacion que agradó infinito á Amrú, el cual propuso al emir su traslacion á Toledo, á fin de reemplazar á su hijo.

Así se verificó; el padre se hizo cargo de la ciudad, en tanto que el hijo salia sin oposicion para dirigirse á Tudela, cuyo gobierno le habia sido encomendado; y el vengativo Yussuf se encargó del de Toledo con el firme propósito de poner por obra su infame proyecto, dirigido á vengar á su hijo de terrible y funesta manera. La ocasion se le presentó muy en breve á la mano: si por efecto de una fatal casualidad, ó por el de una cruel combinacion entre Amrú y el emir, no es fácil decidirlo.

Marchaba (805) un cuerpo de brillantes y bizarros caballos mandados por el jóven Abderrahman, hijo de Al-Hakem, en direccion de la España oriental, y á su tránsito por las inmediaciones de Toledo, el hijo del emir fué instado por el pérfido Amrú á entrar en la ciudad para tomar algun descanso y aceptar el obsequio que el fiel súbdito le tenia preparado.

No rehusó el jóven caudillo la proposicion del gobernador de Toledo; entró en la ciudad y asistió al suntuoso festin que aquel preparara, y al cual préviamente habia invitado á todas las personas más importantes, sin olvidarse de los ciudadanos que habian tomado parte en el pasado tumulto y en la prision de su hijo. Dificilmente puede precaverse el leal de las asechanzas del traidor, cuando este no se ha mostrado tal cual es ni se han podido entrever las intenciones que abriga.

Lejos de prever la triste suerte que les aguardaba, fueron acudiendo á la invitacion las notables personas incluídas en el número de las que estaban designadas como víctimas de la feroz y sanguinaria venganza de Amrú. Conforme iban poniendo el pié en la mansion del walí eran aherrojadas, y trasladándolas á un sitio subterráneo, recibian inesperadamente la muerte. A la mañana siguiente, la horrible y repugnante vista de cuatrocientas cabezas separadas de los cuerpos, heló de espanto y aterrorizó á los asombrados vecinos de Toledo. Tal fué la venganza del cruel Amrú.

A medida que el tiempo avanzaba, iba en aumento la crueldad de Al-Hakem. Este emir, que en los días de su juventud mereció el renombre de *afable*; que derramó sinceras lágrimas al presentarle la livida y ensangrentada cabeza de su tio Suleyman, rebelde con él como lo fuera con Hixem su padre, cambió completamente de humano en feroz, y parecia que gozaba con la carniceria y el destrozo.

Malquistado con el pueblo, dió márgen con su conducta á que

se fraguase una conspiracion en la misma capital de sus dominios, aprovechándose de su ausencia; porque se hallaba en Mérida, en donde se habia sublevado contra él su primo Esfah, esposo además de la bella Alkinza, hermana de Al-Hakem.

Jamás falta un traidor en las conspiraciones; ó han de ser tan limitadas como poco importantes sus ramificaciones é inútiles sus resultados, ó deben figurar entre los conspiradores bastantes personas para que entre ellas no falte algun traidor, al cual jamás puede servir de disculpa el servicio que presta á quien defiende, si quiera sea á un poder legitimamente constituido. El doble papel que desempeña, y el abuso que hace de la confianza que en él se deposita, son títulos sobrados para merecer la general execracion y la universal y perpétua desconfianza.

Desgraciadamente para los conjurados, otro primo del emir, llamado Cassim, tomó parte en la bien preparada conjura, con deliberada intencion de dar á su pariente Al-Hakem dia por dia puntual y exacta cuenta de cuanto se trataba y disponia.

Avisado el emir del momento en que habia de estallar la insurreccion, se dirigió á Córdoba, en cuya ciudad entró la antevíspera del dia señalado. El desleal Cassim no se limitó á precaver la ruina de su primo; llevó su feroz sevicia hasta el extremo de entregarle una puntual relacion de los principales conjurados, cuyas cortadas cabezas, trescientas en número, le fueron presentadas, y de su órden horrorizaron á los habitantes de Córdoba, puestas á la pública espectacion al amanecer del inmediato dia.

Este hombre feroz y sanguinario renegaba abiertamente de su origen, y ni parecia descendiente de los dos omniadas que le precedieran, ni padre del jóven Abderrahman, cuyo dulce carácter tantas y tan buenas esperanzas daba á sus súbditos, aunque mezcladas con el justo y racional temor que en ellos despertaba el cambio de carácter observado en Al-Hakem, el cual tan aborrecido era como amado habia sido.

Continuaba la guerra más ó menos viva en todo el terreno conocido por Marca Hispana, situado allende el Ebro; y los francos se ocupaban de un nuevo proyecto. Siendo poseedores, como en efecto lo eran, de Barcelona, llevaban mal que los mahometanos fuesen dueños de Tortosa, plaza tan interesante por su situacion, como entonces provista y defendida.

Decidido Carlo-Magno á tomarla á cualquier costa, mandó á su hijo Luis dispusiese dos cuerpos de ejército, que habian demarchar inmediatamente contra Tortosa. De aquellos el uno iba mandado por el mismo rey de Aquitania: el otro iba acaudillado por el marqués de Gothia llamado Borrell, y con este iba Bera, conde de Barcelona.

El primer cuerpo se distinguió en el tránsito por sus depredaciones, y tomó á Tarragona que estaba desmantelada y desguarnecida, é incorporándose despues con el segundo, se puso el sitio á Tortosa; sitio que fué preciso levantar velozmente, porque acudiendo Abderrahman, hijo de Al-Hakem, que á la sazón se hallaba en Zaragoza, y el walí de Valencia, ambos unidos rompieron las líneas y dieron una gran batalla, causando enormes pérdidas á los franco-aquitianos, los cuales tuvieron que refugiarse en Barcelona, puestos en verdadera fuga (809).

En el siguiente año mandó hacer Carlo-Magno una segunda tentativa. Un jefe de su confianza, llamado Ingoberto, fué el encargado de dar sobre Tortosa un golpe de mano; empero sin ageno auxilio salió de la plaza Obeidalah, su gobernador, á rechazar á los francos, quienes tuvieron que replegarse á Barcelona de donde habian salido, sufriendo el mismo destrozo y usando de igual premura que en el año anterior.

Por entonces estaba sosteniendo Al-Hakem la guerra de Galicia que tan bizarramente mandaba Alfonso el Casto; por entonces tambien se verificó la memorable batalla de Lutos (Lodos y posteriormente Ledos, segun algunos), tan desastrosa para los musulmanes; y á la dificultad de sostener á un tiempo la guerra en Oriente y en Occidente, atribuyen la imprevista resolucion del emir de Córdoba, tan inesperada cuando acababa de obtener dos notabilísimas victorias cerca de Tortosa, que vamos á referir.

Hallábase en Aquisgran (Aix-la-Chapelle) Carlo-Magno cuando recibió una embajada del precitado emir, cuya mision estaba reducida á proponer y ajustar la paz con el emperador, la cual fué aceptada por este, probablemente con la decidida intencion de buscar un pretexto plausible para romperla; porque no era posible que tan súbitamente hubiera renunciado á sus grandes proyectos ambiciosos, toda su vida mantenidos y siempre tenazmente ejecutados. No falta nunca lo que con asiduidad y exquisito cuidado se busca; ni tampoco Carlo-Magno dejó de hallar la ocasion que buscaba, y una tercera expedicion mandada nuevamente por el rey de Aquitania, cayó sobre Tortosa.

Hacia bastante más de un mes que jugaban las poderosas máquinas de batir contra la amenazada plaza, cuando Obeidalah, su gobernador, propuso la entrega de esta al enemigo. Dicese que esta oferta fué falaz, y hecha solamente para procurar ganar el tiempo que se invirtiese en ajustar las condiciones; mas sea ó no como se ha supuesto, es lo cierto que Luis dió la vuelta á la Aquitania sin hacerse dueño de Tortosa, y que igual éxito tuvieron otras expediciones posteriores dirigidas al mismo objeto, de idéntico modo que fracasó otra, hecha en 812 contra la Vasconia española.

El mismo rey de Aquitania vino al territorio de los vascones, aquende el Pirineo, que ya, según autores de merecido crédito, comenzaba á llamarse Navarra; é internándose por San Juan de Pié de Puerto, llegó sin obstáculo á Pamplona. Sin embargo de haberse posesionado de la ciudad, y de haber organizado el país á la manera de la Marca Hispana, un ignoto y alarmante presentimiento le acosaba y le hacia perder la tranquilidad. Conocía el carácter valiente, decidido y enérgico de los navarros, y su aparente apatía era para él un malísimo augurio; la consideraba como un tupido velo que ocultaba las miras verdaderas de los que se dejaban imponer el extranjero yugo.

Tan convencido estaba Luis de que aquella extraña conformidad no era real y verdadera, que tomó la vuelta de Aquitania, pasando por Roncesvalles, de funesta memoria para los francos: mas teniendo muy presente aquel triste y sangriento recuerdo, tomó las más exquisitas y previsoras precauciones á fin de que el fatal suceso no se repitiese. No contento con haber hecho reconocer todos los desfiladeros y los montes por numerosos cuerpos de exploradores, colocó entre sus huestes á las mujeres y niños que iba aprisionando en su tránsito, seguro de que esta sola precaucion enfrenaria el arrollador ímpetu y denodado valor de los navarros.

Acaso los rápidos movimientos que hiciera Abderrahman tuvieran no poca parte en la premura del rey de Aquitania. El jóven príncipe agareno puso por obra una expedicion que fué para sus armas tan útil como gloriosa, quitando á los franco-aquitanijs una importante parte de la Marca Hispana, y recorriendo la Galia Narbonense.

Triste era por cierto la situacion de los indígenas que moraban en la expresada Marca, colocados en la terrible alternativa de optar entre uno de dos enemigos, ambos invasores y perjudiciales á su amada independencia. No obstante, entre los sectarios del falso profeta y los francos, la eleccion no podia ser dudosa, siquiera fuese por la íntima union que liga á los que profesan una misma religion, y porque en costumbres eran entre sí mucho menos desemejantes. Por esto sin duda gran número de españoles prefirieron vivir entre los francos, para huir de la musulmica dominacion.

Dicese que fueron muy cordialmente recibidos; empero andando el tiempo, vejados y oprimidos por los condes con fuertes contribuciones y tiránicos actos. Quejáronse amargamente de la insoporable pesadumbre de los impuestos, que obligaba á muchos á entregar lo que era á los unos indispensable para sus esposas é hijos, y á los otros para las más inevitables necesidades de la vida; y atendiendo Luis al justo clamor de los oprimidos, puso en vigor un edicto de su padre Carlo-Magno, dirigido á los que tan intencionalmente

abusaban de su poder contra inermes y laboriosos ciudadanos. No queremos privar á nuestros lectores de la lectura de este antiguo y curioso documento, que literalmente tomamos del erudito señor Lafuente:

«En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo; Carlos, »Serenísimo, Augusto, coronado por la mano de Dios, emperador »grande, pacífico, gobernador del imperio romano, y por la mise- »ricordia de Dios, rey de los francos y de los lombardos, á los con- »des Bera, Gaurelino, Gisclaredo, Odilon, Enmengardo, Ademar, »Laibulfo y Erlino.

»Sabad: que los españoles cuyos nombres siguen, habitantes de »los países que vosotros administráis, Martin, sacerdote, Juan, »Quintila, Calapodio, Asinario, Egila, Estéban, Rebellis, Ofilo, »Atila, Fredemiro, Amable, Cristiano, Elperico, Homodei, Jacinto, »Esperandei, otro Estéban, Zoleiman, Marchatello, Teodaldo, Pa- »raparius, Gomis, Castellano, Ardarico, Vasco, Vigivo, Viterico, »Ranvido, Suniefredo, Amaucio, Cazorellas, Longobardo y Zate, »militares; Obdesindo, Valda, Roncariolo, Mauro, Pascales, Sim- »plicio, Gabino y Salomon, sacerdotes, han acudido á nos, que- »jándose de las numerosas opresiones que sufrían de vosotros y de »vuestros oficiales inferiores. Y nos han dicho, así como lo atesti- »guan los unos de los otros á nuestro fisco, que ciertos jefes del »país les han arrojado de sus propiedades, contra toda justicia, »quitándoles el beneficio de nuestra investidura, del que han go- »zado hace treinta años y más; representándonos que eran ellos los »que en virtud de la licencia que les habíamos otorgado, habían »sacado estas tierras del estado de incultura. Dicen tambien que »muchas ciudades que ellos mismos edificaron les han sido quita- »das por vosotros, y que les sometéis á prestaciones injustas, que »vuestros oficiales les exigen violentamente y por fuerza. Por lo »tanto, hemos dado orden á Juan, arzobispo (de Arlés), nuestro de- »legado, de presentarse á nuestro muy amado hijo, el rey Luis, »para tratar con él de este negocio cuidadosa y minuciosamente. »Le enviamos, pues, á fin de que llegando oportunamente, y com- »pareciendo vosotros por vuestra parte á su presencia, arregle »cómo y de qué manera hayan de vivir los españoles. Hemos, no »obstante, ordenado expedir estas cartas, y os las despachamos, »para que ni vosotros ni vuestros oficiales subalternos impongais »por vosotros mismos censo alguno á los súbditos españoles, veni- »dos á nos de España con confianza, propietarios ahora de yermos »ó baldíos que les habíamos dado á cultivar, y que se sabe han cul- »tivado, ni permitais que ellos mismos se impongan ninguno, sino »al contrario, mientras nos sean fieles á nos y á nuestros hijos, lo »que han poseído durante treinta años, lo posean tranquilos ellos

«y sus herederos, y vosotros se lo conserveis. Y todo lo que hayais hecho vosotros y vuestros oficiales contrajusticia, si les habeis tomado algo indebidamente, lo restituyais al momento, si quereis obtener el favor de Dios y el nuestro. Y para que deis más entera fé á este escrito, hemos ordenado que vaya sellado con nuestro anillo.

«Dado el IV de las nonas de Abril, en el año de gracia de Cristo, XII de nuestro imperio, XLIV de nuestro reinado en Francia, y XXXVIII de nuestro reinado en Italia, en la V indiccion. Hecho felizmente en el palacio real de Aquisgran, en el nombre de Dios. «Amen.»

Dos años despues (814) falleció Carlo-Magno, contando cerca de cuarenta y siete años de su reinado en Francia, y de edad de setenta y dos. Tiempo adelante (817), el grande imperio se dividió entre los nietos de Carlo-Magno.

Prolijo por demás, y muy ageno de nuestro propósito, seria el enumerar los actos de feroz barbarie que ejecutaba Al-Hakem en sus dominios. Entre ellos figura en primer término un lamentable destrozo que mandó hacer, á consecuencia de haberse negado á pagar algunos un impuesto destinado á los sueldos de una nueva guardia que para su persona habia creado.

Los que fueron habidos por los delegados del emir, los vió al momento Córdoba empalados. Por desgracia, de entre la muchedumbre que acudió á presenciarse la horrible ejecucion, salió herido un ciudadano por uno de los individuos de la odiada guardia. Esto bastó para que el órden se alterase, tomando instantáneamente el motin colosales proporciones, comenzando por apedrear al soldado causante de la herida, y persiguiéndole despues y acosando á otros de quienes se habia amparado. El desórden subió tan de punto que el mismo emir cargó á los amotinados al frente de su guardia, causa, si se quiere, inocente de aquel trastorno.

Millares de desgracias se sucedieron rápidamente; tal destrozo hicieron en el pueblo los feroces esclavos de la guardia impulsados por el sanguinario emir. Algunos centenares que cayeron vivos en poder de Al-Hakem, fueron en el acto empalados; y el atroz espectáculo que presentaban más de trescientos infelices clavados en estacas, horrorizó al pueblo por espacio de cuatro días, no limitándose á esto el cruel emir, sino que permitió el saqueo y destruccion de todo el arrabal del Mediodía, cuyos habitantes en su mayor parte, la tomaron bastante activa en el motin, calculándose en más de diez y ocho mil los infelices que se vieron en la imprescindible necesidad de emigrar y hacer frente á terribles trabajos y persecuciones.

Despues de este suceso el carácter del emir se tornó de cruel en

sombrio, y pasó de sombrío á melancólico, teniendo momentos de vértigo, de enagenacion ó de demencia. Créese que sus crímenes agitando la muy lacerada conciencia le eran representados en su imaginacion, á consecuencia de lo cual era acometido por horrosos vértigos que le representaban con vivas imágenes las escenas más sangrientas de cuantas habia preceptuado, ó ejecutado por sí mismo; y el aterrador delirio que le acosaba á toda hora, y que más frecuentemente se reproducia á medida que el tiempo avanzaba, le ocasionó una fiebre que, lentamente en sus principios, y con más velocidad despues, aniquiló sus fuerzas y le arrastró al sepulcro, en 25 de Mayo del año 822, habiendo reinado veinte y seis años.

Subió al trono de Córdoba Abderrahman II, hijo de Al-Hakem, cuyo gran valor estaba muy probado desde los más tiernos años de su vida. En diversas ocasiones, como en su lugar hemos dicho, se cubrió de bélica gloria durante el reinado de su padre.

Ya en el trono, dictó medidas para llevar la guerra á las fronteras de Galicia, y dió nuevas muestras de su genio bélico, humano y dulce empero, tanto como su rostro, que las crónicas califican de hermoso, como de bello y esbelto su talle, y gentil é imponente su postura.

Poco tiempo llevaba de mando el cuarto omniada, cuando de nuevo se rebeló contra él el anciano Abdallah, hermano de Hixem el abuelo de Aderrahman II, á quien hemos visto dos veces vencido por el padre del nuevo emir. Poseia el inveterado y recalitrante rebelde un corazon tan juvenil como si no hubiera pasado aun de la febril y vigorosa primavera de la vida, de las ilusiones de la juventud, de los sueños ambiciosos de la edad viril; y depositaba toda su confiada esperanza en tres hijos que tenia, llamados Cassim, Obeidallah, y Esfah.

El jóven Abderrahman acudió á apagar el fatal incendio de la rebelion, y sitió en Valencia al turbulento Abdallah, quien no encontró en sus hijos, más cuerdos y mirados, aunque más jóvenes, el apoyo que se habia prometido. Estos y aquel se sometieron por fin al jóven emir, quien cedió al por tres veces arrepentido rebelde el señorío de Tadmír, que solo disfrutó casi dos años, pasado cuyo tiempo falleció.

No habia trascurrido mucho tiempo cuando Abderrahman tuvo que marchar á la Gothia, noticioso de una nueva irrupcion de los ambiciosos condes de la Marca-Hispana.

Era por entonces conde de Barcelona Bernhard, hijo de Guillermo conde de Tolosa, y sucesor de Bera, el cual se cree llevó la peor parte, así como se supone que la victoria coronó la empresa de Abderrahman II; mas como quiera que los escritores dedicados á

hacer exquisitas investigaciones, ampliadas por medio de su notable inteligencia y vasta erudicion, no han podido, sin embargo, aclarar la verdad de estos sucesos, de acuerdo con ellos diremos que las crónicas arábigas conceden al emir un grande triunfo y la posesion de Barcelona y de otras ciudades, pero que las cristianas no confirman la noticia.

Corría el año 823 cuando se preparaba una nueva invasion allende el Pirineo, que debia internarse en España por Roncesvalles, como la de Luis el Pio y Carlo-Magno su padre. Odiaban de muerte los vasco-navarros á sus perniciosos é inquietos vecinos, hasta tal punto, que en vez de imitar á los que en otro tiempo se colocaron bajo la proteccion y amparo de Carlo-Magno, prefirieron aliarse con Abderrahman.

Con grande gozo recibió el emir la embajada, y con no menor aceptó la propuesta alianza; y aun no habia terminado el año veinte y tres del noveno siglo, cuando la invasion se verificó. El ejército franco pasó los Pirineos, y hubiérale sido harto más conveniente haber respetado la muralla interpuesta por la naturaleza entre Francia y España; porque el resultado de la expedicion fué idénticamente igual al que tuviera la de Carlo-Magno. El mismo destrozo, igual carnicería, idéntica y completa derrota: hasta los caudillos del ejército invasor, el conde Aznar y el conde Eblo, quedaron en poder de los vasco-navarros, los cuales tuvieron la mayor y más principal parte en la memorable derrota, aunque se supone que los musulmanes tuvieron alguna, si bien muy inferior.

Sucedió á los acontecimientos antes narrados un periodo de tranquilidad y de sosiego, hasta que las excesivas prodigalidades de Abderrahman comenzaron á disgustar á cuantos tenian que subvenir con su laboriosidad á las inusitadas larguezas del soberano árabe. El pueblo estaba meditabundo y silencioso, experimentando la dureza del yugo y ocupándose de la manera de quebrantarlo, aunque los proyectos, por entonces, no rebasaban los limites del pensamiento, y ni aun á los labios salian. Al propio tiempo, el emperador Luis, hijo de Carlo-Magno, con escritos é intrigas procuraba sembrar la discordia de modo que diese completa por fruto una rebelion, dirigiéndose á Mérida principalmente.

Corría el año 826, cuando estalló una sedicion en la Marca Hispana. Los insurrectos, capitaneados por un godo llamado Aizon, se apoderaron de Ausona (Vich), dando á entender con esto cuán mal llevaban la dominacion de los francos. Abderrahman, que no podia ignorar las malas artes de que hacia uso Luis para perjudicarle, probablemente celebraria la noticia; por lo menos no vaciló en apoyar la rebelion, á instancia de Aizon, es verdad, pero mandando un escogido ejército, guiado por su tio Obeidallah, hijo de Abdallah.

Este género de revueltas, siempre satisface los rencores y pasiones de algunos, y da margen á venganzas, así como suele despertar casi extinguidas ambiciones. Existia un hijo de Bera, antiguo conde de Barcelona, que habia sido depuesto y desterrado; supo el movimiento; creyó que, por lo menos, podria vengar á su padre si se unia á los sediciosos; y este pensamiento le hizo ir á engrosar las filas de los sublevados, quienes hicieron prisionero á Bernhard, á la sazón conde de Barcelona, y despues de haber dejado por los campos un sensible rastro de talas y destrozos, se burlaron, puede decirse, de un importante ejército franco, que se dirigia á la Marca, y que venia acudillado por Pepino, rey de Aquitania, é hijo del emperador Luis.

En tanto, el disgusto que habia nacido contra Abderrahman iba velozmente en aumento, porque sus prodigalidades ni cesaban ni disminuian, ni los impuestos dejaban de aumentar, lejos de moderarse. Hacia largo tiempo que reinaba el descontento, como ya dijimos, y cuando un pueblo se encuentra en violenta posicion, por necesidad tiene que buscar el medio de mejorarla.

Es, sin embargo, muy sensible que aun en los momentos en que la necesidad unas veces, el patriotismo otras, los más nobles y generosos instintos no pocas, y otras causas tan justas y decorosas, hacen que un pueblo rebase los límites de su paciencia, no falte jamás algun malvado hipócrita que, adulando la pasión que domina, tome por auxiliares á los más desinteresados y probos, para que sirvan de ciegos instrumentos al logro de sus miras, ambiciosas unas veces, otras vengativas, y siempre reprobables é infames. En la Marca se unió á los insurrectos el hijo del conde Bera; y en Mérida, sublevada contra la autoridad del emir, Mohammed Abdelgebir, á quien Abderrahman habia quitado el destino que poseia en tiempo del anterior emir, y no seria, probablemente, depuesto sin motivo, atendido el excelente carácter de Abderrahman.

Mohammed, como hacen siempre los que se proponen lo mismo que él, aduló la pasión excitada en aquellos momentos y se hizo caudillo de los amotinados. Estos robaron, destruyeron, asesinaron á los empleados del emperador; pero pudo salvarse el walí, apelando con tiempo á la fuga.

Logró su propósito el emperador Luis, y fué tan á tiempo, que á la sublevacion de Mérida, punto donde con el mayor conato habia dirigido sus intrigas y excitaciones, debió únicamente el que Abderrahman en persona no fuese con una formidable expedicion contra la Aquitania. Tan creído tuvo que la expedicion se verificaria, que preparó un fuerte ejército mandado por sus hijos Pepino y Lotario; empero la horrorosa sublevacion de Mérida vino á interponerse, y tales y tan rápidos fueron sus desgraciados efectos, que el emir, desen-



tendiéndose de todo otro cuidado, se dedicó exclusivamente á cortar aquel mal de tan inminente peligro, y que pudiera muy fácil y velozmente propagarse; porque en casos análogos, tan difícil es tomar la iniciativa, como despues de tomada en un punto, es fácil secundarla desde otros.

El emir por el pronto mandó dirigirse contra la rebelde ciudad al wali Abdelrúf, seguido del ejército de Toledo y del de los Algarbes; mas el caudillo agareno encontró la ciudad guarnecida por 40,000 hombres, á quienes se habia repartido profusamente el dinero y las armas, abriendo sus arcas Mohammed y otros, que sin duda esperaban mucho del éxito del motin.

No tardaron demasiado los atrevidos sublevados en tener enemigos dentro de la ciudad; porque muy pronto comenzaron los hombres acaudalados á ser víctimas de la punible rapacidad de los que se insurreccionaban, porque el emir imponia excesivas contribuciones; esto es, practicaban lo mismo que reprobaban, queriendo santificar con los excesos del emir la rebelion, con la diferencia de que este los llevaba á cabo por los medios conocidos como legales, aunque usando de cierta arbitrariedad, y los revoltosos lo verificaban á mano armada y destrozándolo todo entre amenazas y golpes.

La causa más santa, cuando cuenta con defensores de semejante ralea, tiene de necesidad que sucumbir ignominiosamente. Las personas que eran víctimas decididamente de aquella desenfrenada muchedumbre, creyeron que era un mal infinitamente menor el pagar los impuestos, por excesivos que fuesen, que el tener dia y noche dentro de la ciudad un ejército armado de bandoleros, sin saber el momento en que á cada hombre honrado le tocaria ser su víctima.

Sus depredaciones y desmanes fueron infinitos; pero los pagaron bien, y de muy impensada manera. Una noche los sublevados se encontraron dentro de la ciudad con las tropas del emir, sin saber cómo ó por dónde allí habian aparecido. De una parte la conciencia que les recordaba tantos delitos; de otra la mala causa que sostenian, les hizo ponerse inmediatamente en fuga tirando las armas. Sin embargo, gran número pereció á manos de los ginetes del emir; otros pudieron salvarse huyendo de la ciudad; y de los cabezas de la sublevacion, el principal, Mohammed, llegó hasta Galicia, en donde pidió y obtuvo generoso asilo. Este es el caudillo árabe á quien acogió tan generosamente Alfonso II, y que correspondió con la más negra ingratitud hacia su protector, segun recordarán nuestros lectores.

Muy grata fué al emir la noticia de la pacificacion de Mérida; mas le duró muy poco el júbilo: otra rebelion no menos imponente, y en sus principios más desastrosa, estalló en Toledo, cuya duracion

no fué tan efímera como aquella, ni sus consecuencias de tan escasa importancia.

El jefe de la sublevación se llamaba Hixem-el-Atiki, que á favor del oro y de amaños se hizo dueño del alcázar, y con sus secuaces arrastró por las calles de Toledo á todos los ministros del emir, librándose el wali ó gobernador de una muerte segura, porque estaba á la sazón fuera de la ciudad.

Abderrahman mandó á su hijo Omeya al frente de un ejército, dirigido á domar á los insurrectos en unión con el wali. No obstante, Hixem no se arredró por esto. Puestos en armas y regimentados bajo banderas, salieron los de Toledo á encontrar al ejército del emir, el cual no fué muy favorecido por la suerte en los primeros encuentros. Tan dudoso estaba el éxito, que Adelfrúf, el pacificador de Mérida, se tuvo que poner en marcha hácia Toledo, seguido de numerosa y escogida hueste.

Cerca de tres años llevaban de luchar, sin que el ejército del emir obtuviese una victoria decisiva, hasta que Omeya, apelando al ardor, logró batir á los rebeldes no lejos del Alberche, á favor de una celada bien combinada y dispuesta. La mortandad fué horrorosa (832); mas la victoria no debió complacer al emir, por coincidir con una nueva rebelión de Mérida, tan pronto como se vió libre de Adelfrúf y de sus tropas.

El infame Mohammed, de nuevo introducido en la ciudad y despues de ser batido por Alfonso de Asturias, logró reunir más de 40,000 hombres. Fué, sin embargo, menos larga que la de los insurrectos de Toledo la resistencia, y Mérida volvió á poder de Abderrahman, que la sitió personalmente. Cuéntase que despues de rendida, y no habiendo podido haber á las manos los caudillos de la insurrección, dijo el humano emir, sumamente gozoso: «Doy gracias á Dios porque en este día de complacencia me ha librado del disgusto de hacerlos degollar; tal vez abrirá los ojos de sus entendimientos y volverán de su locura; y si no lo hacen, Dios me dará poder para impedir que turben la tranquilidad de mis pueblos.»

Algun tiempo adelante, y despues de haber resistido seis años los insurrectos de Toledo, se rindieron (838). Hixem fué hecho prisionero, y Adelfrúf, antes de que el bondadoso emir tuviese tiempo para ejercitar su clemencia en favor del criminal y obstinado caudillo, le hizo degollar; y la cabeza de Hixem sirvió de público espectáculo, clavada en un hierro y colocada en la puerta de Bab-Sagra (Visagra).

Despues de este triunfo del emir, que coronó con un perdón general, nada más ocurrió de notable en las provincias sometidas á la dominación agarena. Completamente pacificadas estas, tanto

cuanto estaban inquietas las que poseían los francos, llevó Abderrahman la guerra hácia la Marca, cuyo territorio devastaron por largo tiempo sus caudillos; y deseando devolver á los francos todo el mal que le habian hecho así como á sus antecesores, no limitándose á la Marca, llevó la guerra á Marsella, á favor de una armada que salió del puerto de Tarragona, combinada con otra que se dió á la vela en las aguas de Iebisar (Ibiza) y Mayorica (Mallorca).

Enterado el lector de cuanto ocurriera de importante en los dominios de la España árabe, como lo fué primero de los hechos ocurridos en el reino de Asturias, volvamos á ocuparnos de este.

AÑO 843 AL 900.

Al fijar la muerte del gran Alfonso II el Casto en el año 842, nos hemos conformado con la general opinion, especialmente de los autores más autorizados. Debemos advertir, sin embargo, que algun escritor, fundándose en la crónica de Alfonso III el Magno, señala tan desgraciado suceso como ocurrido en 845.

Alfonso II no dejó ningun hijo, y aun no puede asegurarse si estuvo real y verdaderamente casado. Á fuer de agradecido, y cuando casi tocaba al término su largo y glorioso reinado, procuró asegurar la corona en las sienas de Ramiro, hijo de Bermudo I el Diácono, á quien él la debió, así como el reino le fué deudor de uno de sus mejores soberanos, aunque tantas veces rechazado.

Los electores quisieron complacer al difunto monarca, á quien durante su vida tanto habian amado, y eligieron rey á Ramiro, cuyo primer paso, despues de electo, tuvo que ser para dirigirse á sofocar una rebelion.

RAMIRO I.—Año 843. Hallábase Ramiro en Bardulia (Castilla), ignorante aun de la muerte de Alfonso, adonde habia ido á desposarse con una noble doncella de aquel pais. Supo la noticia de su elevacion al trono, y con aquella recibió otra no poco desagradable. Un pariente del difunto Alfonso, el conde Nepocioano, por ambicion ó por creerse con derecho preferente en razon á su parentesco con el último monarca, y alentado con la distancia á que se hallaba el nuevo rey, se eligió y proclamó á sí mismo rey de Asturias.

En breve reunió no escasa ni despreciable hueste y comenzó á correr el pais, con el objeto de aumentar el número de sus partidarios.

Apresuró su marcha Ramiro I, dirigiéndose á Galicia, tierra

que no habia sido tocada del contagio de la rebelion: allí reunió su ejército, no menos numeroso y escogido que el de Nepociano, hecho lo cual, abandonando á Lugo, avanzó decidido en direccion de Asturias y en busca del usurpador.

No huyó este la cara; antes bien aceptó la batalla, que tuvo lugar no lejos del rio Narcea, y que fué fatal para Nepociano. Cuando comenzó á declararse la derrota, empezaron les suyos á desampararle; y él mismo poco despues apeló á la fuga, sin que le valiese este recurso, poco decoroso en quien pretende ser rey. De nada le sirvió en efecto; porque dos jefes del ejército de Ramiro le siguieron tenazmente en direccion de Pravia, y alcanzándole le hicieron prisionero. Pagó el desdichado á muy alto precio su ambicion: fué recluido en un monasterio y privado de la vista.

Otras dos rebeliones siguieron á la de Nepociano, teniendo ambas por objeto y fin la usurpacion del trono. El jefe ó cabeza de la primera fué Aldroito, conde palatino, que fué vencido y cegado, como su predecesor en la sublevacion; el segundo fué el conde Piniolo, tambien sometido y condenado á muerte, en union de siete hijos que tenia.

Es probable que tamaños castigos enfrenasen las ambiciosas aspiraciones de cuantos las abrigasen; y autores hay que indican la inflexibilidad de Ramiro para castigar toda clase de crímenes, y no sola y únicamente cuando se trataba de aquellos que amenazaban su poder. Buena prueba es de esta verdad la medida que mandó adoptar respecto de los salteadores y bandidos que pululaban por todos sus dominios, no pudiendo persona alguna vivir segura de sus asechanzas. Ramiro dispuso batidas contra ellos; cogió grande número y los mandó cegar, no privándolos de la vida, empero incapacitándolos para practicar el mal: así es que en poco tiempo limpió sus dominios de tan funesta y perniciosa plaga. Más duro fué aun con los que se preciaban más que de zahories de hechiceros y magos, á los cuales llamaba dañosos embaucadores y hacia quemar vivos. Aunque se libraran algunos de la terrible persecucion, pronto desaparecieron de los Estados del enérgico rey, quien fué conocido en las antiguas crónicas por *el de la vara de la justicia*.

No mucho despues aparecieron en Gijon los normandos (normandos, *North-menn*, norte-hombres; en nuestro idioma, *hombres del Norte*), decididos á hacer en dicho puerto su desembarco y verificar una invasion. El recibimiento que les hicieron los belicosos asturianos cuando trataron de poner el pié en tierra no debió ser muy cordial, puesto que aquellos hombres tan bárbaramente valientes no se determinaron á consumir su intento, y haciéndose de nuevo al mar, se dirigieron al puerto Brigantino (la Coruña).

Hicieron en este su desembarco, y fuéales mejor haber como en Gijón desistido. Ramiro cayó sobre ellos; los diezmó miseramente; los destrozó por completo, y los que lograron sobrevivir á tamaña derrota huyeron precipitadamente, aprovechándose de las pocas naves que útiles les quedaban; porque Ramiro les destruyó é incendió más de sesenta.

No desistieron de su propósito los que con vida quedaron; porque el merodeo y el pillaje, único patrimonio con que contaban, eran su existencia. De la Coruña fueron á la Lusitania y Andalucía, á inquietar los dominios de Abderrahman II.

Dió grande gloria y renombre al rey este brillante hecho de armas; porque los normandos se habían hecho temer de Estados harto más poderosos que el reino de Ramiro, cuyo soberano, no menos belicoso y enérgico que su predecesor, derrotó dos veces á los árabes, despues de haber vencido y ahuyentado á los normandos, sin que de ambas batallas podamos dar detalles ni pormenor alguno.

Respecto de la famosa batalla de Clavijo, debemos conformarnos con la decision de escritores á quienes no podemos menos de respetar, tanto más, cuanto que sus prolijas investigaciones dan por resultado el rechazar como apócrifa ó falsa la expresada batalla, y que además no tenemos por nuestra parte fundamento alguno razonable para afirmar su certeza; que á tenerla, la expondríamos, como hemos hecho ya y haremos en más de una ocasion, sin pretender por esto faltar á los que de otro modo opinan; porque las cuestiones de verdad ó de certeza, no lo son de saber.

Entre las infinitas razones que existen para tener por apócrifa la relacion de la supuesta batalla de Clavijo, contamos el absoluto silencio que sobre ella guarda Alfonso III el Magno, nieto de Ramiro, y que escribió muy minuciosamente en su cronicón todos los notables sucesos ocurridos durante los reinados de sus predecesores, sin contar las que al mismo propósito presentan los señores Camino, Perez, Ortiz, Flores, Masdeu, Ferreras, Lafuente, Chao en sus notas á Mariana, y otros infinitos.

De corta duracion fué el reinado de Ramiro I, el cual falleció en 850, á los seis años de haber empuñado el cetro, y fué enterrado en el panteón erigido á expensas de su predecesor Alfonso II, destinado para encerrar los restos mortales de los reyes de Asturias.

Tambien Ramiro dejó testimonios de su religiosa piedad en varios templos que hoy todavía son alabados por los entendidos; y muy especialmente en el de la iglesia denominada de Santa María, casi á un cuarto de legua de la capital de Asturias, é inmediata al monte Naranco.

Sucedió á Ramiro su hijo Ordoño, primero de este nombre, porque si bien la monarquía seguía siendo electiva, era, mas que por otra cosa, por pura fórmula. La grande influencia moral y material que los soberanos ejercían sobre los preladados y próceres, era suficiente causa para que el hijo heredase á su padre; ya porque este lo dejase encargado y pedido á aquellos, tal vez porque lo dejase mandado y respetasen excesivamente su voluntad, ó quizá, en más de una ocasión, por evitar crueles y devastadoras guerras civiles; porque el negar el trono á un hijo de un soberano legítimo, era entonces y es siempre muy ocasionado á trastornos perjudiciales y á guerras intestinas.

El primer hecho de armas de Ordoño, fué para sofocar una rebelión de los vascones de Alava: el segundo fué tan glorioso para las armas cristianas, como para el animoso rey que las mandó.

Existía en la Rioja un guerrero llamado Muza; al parecer, según su nombre, era árabe, y de él daremos en el conveniente lugar algunos interesantes detalles. Obtuvo diversas victorias sobre el emir de Córdoba, y llegó á engreirse tanto con los favores de la caprichosa y voluble fortuna, que, según se asegura, *se hacia llamar el tercer rey de España.*

Había sido Muza en cierto tiempo apoyado por el monarca de Asturias; mas este apoyo poco duradero podía ser, y en la ocasión de que vamos á ocuparnos estaban ambos completamente desavenidos.

Avanzó Ordoño con su ejército dividido en dos cuerpos, enviando uno de ellos contra Albayda (hoy Albelda), ciudad que era de Muza, y dirigiéndose el rey en persona contra aquel, al frente del segundo cuerpo.

Bizarro era Ordoño, al par del rey que más lo hubiese sido: él tomó la ofensiva y atacó á Muza, escogiendo para teatro de la ruda pelea el terreno inmediato á Clavijo y junto al monte Laturce.

Sangrienta por demás fué la batalla, y completa y entera la derrota de Muza. Tres veces fué éste herido por la potente lanza del belicoso Ordoño, que peleó personalmente con él; mas aunque mal herido, salió el caudillo enemigo de la batalla en un fogoso caballo. Sobre el campo quedaron sin vida más de 10,000 mahometanos, entre cuyo número se encontró á García de Navarra, amigo íntimo y yerno de Muza, y en poder de Ordoño cayeron todas las alhajas, tesoros y ricas preseas que el enemigo llevaba en sus copiosos bagajes.

No descansó sobre su notable triunfo el animoso Ordoño: inmediatamente marchó sobre Albelda y la puso sitio, que solo duró siete días, al cabo de los cuales la tomó por fuerza de armas. Pasó la guarnición á cuchillo, hizo á los demás habitantes esclavos, y arrasó la ciudad por los cimientos. Tal fué la verdadera jornada de Clavijo.

Posteriormente, y despues de haber rechazado Ordoño una segunda invasion de los normandos, se dirigió hácia el Duero, llenando de espanto á los agarenos, quienes no podian olvidar la batalla y destrozo de Albelda. Entonces tomó el rey á Salamanca y otras ciudades, aunque sin intencion de retenerlas, y solo para causar daño á los musulmanes, tomar cautivos é imponerles temor.

Todavía hizo Ordoño una expedicion más gloriosa que cuantas le precedieron, como si con ella quisiera coronar su brillante y memorable reinado. Despues de haber impuesto pavor á los musulimes por la parte del Duero, volvió sobre sus pasos y se dirigió á la Lusitania. Corrió y taló todas aquellas tierras, llegando hasta Lisboa; puso fuego á Cintra, y con el mismo arrojo que llegara volvió al corazon de sus dominios, cargado de despojos, de ganados, de riquezas y de cautivos.

Grande fué el renombre de Alfonso II entre los sarracenos; mas no llegó á infundirles tanto asombro como el bizarro Ordoño, quien comprendia que solo era posible continuar la grande obra comenzada por Pelayo, destruyendo á los enemigos naturales de los españoles, y aprovechando y buscando con prolija asiduidad é infatigable desvelo todas las ocasiones de perjudicarles y oprimirlos.

Tales fueron los últimos y memorables hechos del valeroso Ordoño I: falleció á impulsos de la gota, que extraordinariamente le molestó en los últimos años de su vida, en el 866, á los diez y seis de haber subido al trono.

Fué de muy afable condicion, de irrepreensibles costumbres, y de un trato tan agradable y suave, que no parecia posible estuviese reunido al fuerte y enérgico carácter de aquel mismo rey que, puesto al frente de su ejército y convencido de que le asistia la razon él iba escudado con la justicia, tal ardimiento tenia en los combates y tanta bravura al blandir la lanza y aguijar el corcel poderoso.

Dicese de él que en los momentos de paz y de sosiego hizo reedificar á Leon, Amaya, Astorga y Tuy, cuidando no menos que sus antecesores del lustre de la religion y de mejorar y aumentar sus templos; y cercó, por decirlo así, su reino con diversas fortalezas que hizo edificar. Fué enterrado en el mismo panteon que sus mayores, y dejó cinco hijos, llamados Alfonso, Bermudo, Nuño, Odoario y Fruela. No hay para qué decir cuántas y cuán sinceras lágrimas acompañarian al sepulcro á Ordoño I, rey valeroso, recto, virtuoso, protector de los desvalidos y lleno de piedad religiosa. Afortunadamente, el soberano que le sucedió no degeneró de su origen.

AÑO 866.—ALFONSO III, EL MAGNO. No era, sin embargo, la edad del sucesor del gran Ordoño I muy á propósito para empuñar un cetro que reunia las condiciones y circunstancias especiales y difíciles que concurrían en el reino de Asturias.

Apenas habia Alfonso III llegado á la risueña edad de la primera juventud, cuando falleció su glorioso padre. Solo tenia diez y ocho años al empuñar el cetro, si bien llevaba cuatro de estar asociado al gobierno del reino; porque tal era entonces la costumbre de los reyes, cuando trataban de allanar el camino para que alguno de sus hijos le sucediese en el trono.

Muerto Ordoño I, glorioso padre del tercer Alfonso, los electores no vacilaron en confirmar la decision y apoyar la voluntad del difunto rey, y la eleccion de su primogénito se verificó sin la menor oposicion; mas el conde de Galicia, llamado Fruela, dió un golpe de inusitada osadía. Llevando consigo las tropas de que podia disponer, se dirigió á Asturias con el firme y decidido propósito de usurpar la corona.

El atrevido golpe de mano dificilmente podia darse en vago, puesto que era tanto más seguro, cuanto menos esperado podia ser. Por esta razon llegó hasta Oviedo, penetró en la córte, y entrando en el mismo palacio, consumó la injustificable usurpacion, sorprendiendo á prelados, caudillos y próceres. Alfonso, abandonado por entonces, emigró de su reino y se refugió en Castilla.

Poco tiempo duró el mando del usurpador, quien dió demasiado pronto pruebas bien ostensibles de su despótico carácter; y fuesen sus arbitrariedades, como algunos cuentan, fuese que pasada la sorpresa de los caudillos y próceres volvieron en sí y reprobaron el audaz y escandaloso hecho de Fruela, es lo cierto que tramada una imprevista conjura en breves dias, estalló esta, y el usurpador fué asesinado dentro del mismo palacio que habia injustamente invadido, volviendo la áurea corona á su legítimo dueño.

Apenas ocupó Alfonso por segunda vez el trono, cuando se le presentó la ocasion primera de manifestar su arrojo: su primer hecho de armas fué idénticamente igual al primero que llevara á cabo su esforzado padre. En Álava levantó la insurreccion su fatídica cabeza, y el jóven rey voló á exterminar la sedicion, sin querer fiar á ningun caudillo la aventurada empresa.

Presentóse en ademan de guerra entre los sublevados, y los sujetó heroicamente, haciendo además prisionero al traidor caudillo, el conde Eilon, que jamás recobró la libertad: el vencedor le condujo consigo á Oviedo (867), y le hizo permanecer en una segura prision todo el resto de su vida.

Despues de verificado este primer ensayo del marcial valor que poseia el jóven Alfonso y de haber asegurado la tranquilidad de Álava, nombrando conde de aquella provincia á Vela Jimenez, tuvo necesidad de medir sus armas con los sarracenos. Estos trataron de hacer una expedicion por tierras de Galicia, y á ellas se dirigieron por agua, aprestando una escuadra bajo el mando de Walid-ben-Abdelhamid.

La mala fortuna presidió á la precipitada expedicion; una deshecha borrasca destruyó la armada, perdiéndose los buques que no se estrellaron y deshicieron. Los que pudieron tomar tierra, entre ellos el caudillo agareno, se salvaron, corriendo los peligros que eran connaturales á la completa falta de conocimiento del país, y á la dilatada travesía por terreno enemigo, hasta llegar al directo camino para regresar á Córdoba.

No quiso Alfonso desaprovechar la ocasion y las consecuencias naturales de tamaño desastre. Inmediatamente atravesó el Duero, y tomando varias ciudades que abandonó en seguida, hizo una atrevida correría, adquiriendo no escasa gloria, y dando buena muestra de lo que de él podia esperarse como esforzado caudillo.

Sin duda queriendo los agarenos distraer al rey y obligarle á pasar el Duero, pasaron sus propios límites los fronterizos, y se presentaron en los dominios de Alfonso. Llevados sin duda de una excesiva confianza internáronse en el país, y cuando quisieron recordar que se habian alejado más de lo que debian de la frontera, se encontraron con el animoso rey, que habia regresado con ánimo decidido de darles una sangrienta y severa leccion. No pudiendo escoger el terreno cuando casi se vieron envueltos por Alfonso, tuvieron necesidad de aceptar el reto. Su fuerza consistia principalmente en numerosos y escogidos caballos; mas colocados estos en terreno y posicion inconvenientes y por el extremo perjudiciales, fueron horriblemente sacrificados, escapando muy pocos, llenos de espanto y acojados.

El reino, que desde un principio habia amado al jóven y simpático soberano, bendecia diariamente la eleccion, al ver un rey de veinte años tan digno de manejar el glorioso cetro, y de llamarse sucesor de los heróicos restauradores de la monarquía hispano-gótica. El triunfo sobre los sediciosos; la gloriosa expedicion; su oportuno regreso y la derrota de los árabes (868), le dieron entre el ejército y sus súbditos todos inmortal renombre.

Poco despues contrajo Alfonso matrimonio con Jimena, hija de Iñigo Arista, señor de Navarra, de cuyo señorío ó condado hablaremos en su correspondiente lugar. Esta alianza robusteció sin duda alguna el creciente poder del rey de Asturias, el cual no quiso detenerse en el glorioso aunque difícil camino de la reconquista. Una no interrumpida série de notables triunfos siguió al enlace del jóven soberano.

Dicese que por esta época tramaron una vasta conjuracion contra Alfonso sus cuatro hermanos, de cuyos nombres ya hemos dado noticia. No es fácil comprender de qué medios se valdrian para hacer prosélitos y reunir secuaces contra un rey tan querido y tan á propósito para las circunstancias del reino. Los cuatro desgracia-

dos jefes de la conspiracion, si sucedió tal cual se dice, fueron castigados con la horrible pena de perder la vista. Debemos advertir, empero, que los más eruditos historiadores toman la relacion de este lamentable suceso de la crónica de Sampiro, poniendo en duda, como les aconseja su recto criterio, que, según el cronista, uno de los hermanos, á pesar de estar ciego, huyó de la prision y se retiró á Astorga, en donde se mantuvo independiente durante siete años, aliado á los sarracenos.

Repugna, en efecto, á la sana razon lo que de referir acabamos. Si es difícil, por no decir imposible, que un hombre asegurado en una prision de la manera que su grave delito requería, y privado de la vista, pueda fugarse del seguro encierro, no lo es menos tampoco que una ciudad aislada admita y sostenga como jefe independiente á un hombre inútil, siquiera se le concedan cuantas ventajosas condiciones y cualidades morales puedan concurrir en hombre alguno, quedando á merced de un poder legítimo, representado por un jefe supremo del temple y de la energía de Alfonso III. Por otra parte, la severidad usada con cuatro hermanos por un hombre tan magnánimo como Alfonso, magnanimidad que veremos comprobada al terminar su glorioso reinado, parece bastante improbable; y no lo parece menos que se tratase de derribar del solio á un soberano, cuando las tropas y los súbditos que le habian de derribar ó sostener estaban por el extremo entusiasmados con su acertada manera de gobernar, con su rectitud y con su bravura. Así, pues, si el cronista sentó como cierta la fuga y la independencia en Astorga del ciego Veremundo ó Bermudo, casi rechazada como increíble por respetables y eruditos escritores, en ellos apoyados podemos decir que si en este punto se ha exagerado, por lo menos, al referir semejante suceso, fácil es también que la exageracion, que no la calificaremos de otra manera, exista en toda la referencia del hecho de que nos hemos ocupado.

Puede creerse, sin embargo, que se alterase la paz interior del real palacio, sin llegar á tan terrible extremo ni salir al exterior de tan fuerte manera, porque los enemigos pudieran haber buscado á toda costa el modo de sembrar indirectamente la cizaña para aprovecharse de la fatal y disolvente discordia. Si así no fué, coincidió por lo menos con la época en que se fija la precitada conjuracion el invadir los sarracenos los dominios de Alfonso III, hecho que puede considerarse como el verdadero móvil de la serie de gloriosos triunfos del bizarro rey, que no há mucho hemos anunciado.

Confiado é intrépido se internó el príncipe Almondhir por los dominios cristianos, olvidado sin duda del cruel desengaño que reci-

bieron pocos años antes sus correligionarios. Salió animoso á su encuentro el vigilante Alfonso, seguido de numeroso ejército, aunque no tanto como el de los descreídos hijos de Mahoma, que á más del grande número, iba entusiasmado con el material apoyo de los más esforzados guerreros de todos los dominios de la España árabe.

No huyó el valeroso Alfonso ante tan imponente hueste, respetable por el número y por la calidad de los combatientes. Por el contrario, se preparó á recibir al osado enemigo, despues de haber alentado con breves y animosas palabras á sus soldados.

Terrible fué el choque, espantosa la carnicería; solo diremos, con los más veraces y bien informados autores, que el rio Cea, que pasa por los campos de Sahagun, llevó en aquellos momentos teñidas de rojo sus aguas, tan límpidas poco antes: tanta fué la sangre que se derramó, que bastó á enrojecer la cristalina corriente; y aunque el rio no fuese, como no lo era, grande, con lo dicho sobra para encarecer lo fuerte y reñido del combate. Con los mismos escritores decimos que el purpurado color fué producido en su mayor parte por la noble sangre de los más ilustres y denodados musulimes de Toledo y de Sevilla, de Mérida y de Córdoba: si á esto agregamos que la victoria quedó por Alfonso y por las cristianas huestes, quedará encarecido todo el precio y la gloria del brillante triunfo y de la gloriosa batalla (875).

A pesar del rudo golpe que recibieron los sarracenos, continuaron casi sin interrupcion los choques parciales, hasta que cansado el belicoso soberano de situación tan molesta como insegura, rompió contra los enemigos y los obligó á retirarse á los dominios que poseían.

Estos fueron invadidos algun tiempo despues (876), entrando por ellos y recorriéndolos bizarramente el invicto Alfonso. Tomó diversas ciudades; se apoderó del castillo de Deza; lo mismo hizo despues con Coimbra, Viseo, Emina, Lamego, Oporto, Braga y Auca, arrojando de todas estas ciudades á los mahometanos, y ensanchando sus dominios progresivamente hasta las fértiles orillas del Guadiana y del Tajo.

Quando un caudillo tantas proezas obra, su valor y fortuna le prestan una seguridad para acometer las más árduas empresas, que es, por decirlo así, comunicativa á todos sus subordinados; porque á nada temen, y á todo se atreven bajo la conducta del héroe que los guía. Por el contrario, los que uno y otro dia son blanco de las iras de la suerté y se ven de continuo vencidos y humillados, concluyen por decaer de ánimo, y el receloso temor y fatigante desconfianza con que siempre proceden, tambien son comunicativos y difunden el desaliento en los brazos encargados de secundar las decisiones de la cabeza.

La gloriosa expedición, despues de tantos notables é ilustres hechos de armas, infundió nuevo y más grande valor en el animoso ejército de la cruz. Solo deseaba ocasiones de combatir; porque bajo el mando de Alfonso III tenia la íntima conviccion de que el combatir no era otra cosa que triunfar, y los musulmes le dieron la ocasion de adquirir un nuevo é marcesible laurel.

Almondhir, el mismo caudillo que sufrió la derrota en los campos de Sahagun, sitió á Zamora, ciudad que habia sido mejorada y fortificada por el rey. No bien este lo supo, cuando acudió á libertarla del peligro en que se hallaba; mas tan estrechada estaba ya, que el retraso de un dia en la llegada del valeroso soberano, hubiera quizá sido suficiente para que la necesidad la hubiese obligado á rendirse.

Dicese que coincidió con la llegada del cristiano ejército un eclipse total de luna que sobrecogió á los sarracenos, de suyo tan supersticiosos y dados á cábalas y agüeros. Sin embargo, consta que fuese debido á las diligencias del denodado Almondhir, ó á que se disipó el temor, es lo cierto que el ejército sarraceno cobró ánimo y se preparó á recibir á sus enemigos (879).

A la vista de la amenazada ciudad y no lejos de la ribera del manso Órbigo se dió la batalla, y los campos de Polveraria fueron el teatro del nuevo triunfo de la cristiana hueste. Terrible fué el destroz de los musulmes, y por consecuencia, inmensas sus pérdidas; porque llegaron no menos que á 15,000 los que de aquellos fueron pasados á cuchillo sobre el campo. No creemos haya exageracion al referir la pérdida que sufrieron los infieles, puesto que el resultado inmediato de la batalla de Zamora fué un armisticio de tres años, pedido por la orgullosa media luna, y concedido por el magnánimo vencedor.

Despues de este brillante hecho de armas, pasó el belicoso rey á Astorga, porque sin duda ocurrieron sintomas de sedicion. En esta ciudad debia estar recludo Bermudo ó Veremundo, hermano del rey, castigado con la horrible pena de ceguera, al cual expulsó de sus dominios y le obligó á refugiarse entre los árabes. Acerca de la conspiracion de estos príncipes, de que en otro lugar nos hemos ocupado, se observa grande confusion. Lo que acabamos de referir, es muy diverso de lo que no há mucho dijimos; porque una cosa es que el castigado infante estuviese en Astorga recludo por orden del rey, y que de allí por haber quizá tenido nuevos motivos de disgusto lo expulsase, y otra que sin vista y encerrado en una prision huyese á Astorga y se declarase independiente; de un modo ó de otro, siempre aparece que, mayores ó menores, el magnánimo Alfonso tuvo disgustos de familia; mas no debemos desaprovechar la ocasion de decir que escritores muy dignos de crédito afirman fué Alfonso III hijo único de Ordoño: por consiguiente, los cuatro prin-

cipes á quienes se acumula la indigna conjuración, eran, según aquellos, deudos del rey, mas no sus hermanos. Nosotros, como hijos de Ordoño los hemos presentado, porque autores tambien muy respetables por tales los tienen, y otros, si no lo afirman, tampoco lo niegan.

El tiempo trascurrió con su veloz é infatigable carrera, y terminó el plazo durante el cual habia de subsistir el armisticio; plazo que sin duda seria demasiado molesto para Alfonso. Su belicoso y activo carácter se avenia muy mal con la pacífica ociosidad; pero habia firmado aquella paz temporal, y supo mantener noble y lealmente su compromiso.

Libre de este por haber espirado los tres años, no perdió un momento en el camino de la gloria y de la reconquista. Atravesó el animoso rey el caudaloso Guadiana casi á tres leguas de Mérida, y determinó llevar sus armas adonde no las habia hecho llegar ninguno de sus predecesores. Siguiendo velozmente su camino, se interna por Sierra-Morena; da vista á un fuerte cuerpo éhémigo; le reta al combate; le destroza; deja sobre el campo gran número de muslimes (algunos millares, dice la historia), y victorioso y lleno de gloria regresa intrépidamente á sus dominios, sin que nadie ose oponerse á su arrollador paso (882).

En tanto ocurrían algunos choques en diversas partes del reino de Alfonso, en Álava y Rioja. Los sarracenos, como más detalladamente manifestaremos en el oportuno lugar, pusieron sitio al castillo de Celorico, á Pancorvo y Castrojeriz; emperosolo de este punto se apoderaron, porque el caudillo que le guarnecía, el conde Nuño, le habia abandonado por no tener condicion alguna de defensa. Respecto del segundo, le defendió heroicamente Diego Rodriguez, conocido por Porcellos, conde de Castilla, y lo mismo hizo con Celorico Vela Jimenez, conde de Álava, rechazando ambos á los muslimes con respetable pérdida de gente.

Los hechos de Alfonso, tan notables, tan eminentes y tan repetidos, le hicieron adquirir el renombre de *Magno* con que la historia le designa. No le habia precedido, en efecto, soberano alguno que diese más gloria á sus armas, ni que más hubiese extendido los dominios del reino cristiano. A estos fueron agregadas diversas poblaciones bastante importantes de las riberas del Duero y del Pisuerga, y desde el reinado de Alfonso el Magno pertenecieron á la corona de Asturias las célebres ciudades de Simancas, Toro y Zamora; y asegurado tambien el condado de Álava, hasta entonces independiente unas veces, invadido otras, dió al conde Diego Rodriguez el encargo de edificar un castillo y ciudad (Búrgos) para asegurar y guardar las fonteras del referido condado. Del mismo modo y con idéntico objeto, respecto de Asturias, hizo construir una línea de cas-

tillos ó fortalezas, entre los cuales se cuenta á los de Contrueces, Luna, Arbolio, Boides, Alba, Gauzon y Gordon, dando á entender de explícita manera lo mucho que cuidaba de su reino, y que si era denodado é invicto sobre el campo de batalla, no era menos previsor y entendido durante los escasos momentos de paz.

Los últimos años del siglo IX fueron muy poco gratos para Alfonso el Magno; y tanto más sensibles fueron para él los sucesos en aquellos ocurridos, cuanto que debía considerarse al abrigo de toda asechanza, y merecedor por sus altos hechos de mejor recompensa.

Diversas conspiraciones, más ó menos importantes, se tramaron contra el rey. Hano, importante personaje de Galicia, trató de asesinarle; pero descubierto oportunamente, fué preso, y en la prision perdió la vista. De las demás se sabe que ocurrieron; mas su importancia debió ser muy escasa, y solo hablaremos de la que fraguara otro magnate llamado Hermenegildo, que fué más notable que las otras por la circunstancia de haber su esposa Hiberia hecho las veces del rebelde, al frente de los sublevados, por muerte de Hermenegildo. Estas conjuras, de las cuales la precedente parece la de más alarmantes proporciones, fueron deshechas, y castigados sus autores. Restaba al grande Alfonso un golpe harto más doloroso y terrible, que debía amargar todas las dulzuras de su gloriosísimo reinado. Colocado aquí este desagradable suceso estaria muy fuera de su lugar; así, pues, añadiremos solamente que el siglo terminó sin que ocurriese hecho alguno notable que deba ser consignado en este sitio. Ahora deberemos pasar á referir la parte que á la España árabe pertenece, respecto del periodo de tiempo de que nos venimos ocupando, así como necesitamos hacer alguna explicacion acerca de los condados de Castilla, de Navarra y de Álava; porque á medida que el tiempo avanza la historia se complica, y es forzoso atender á todo, procurando no sembrar de confusion y de dudas la relacion de los hechos.

ESPAÑA ÁRABE.

AÑO 843 AL 900. Tres años antes del en que principia el periodo de tiempo de que vamos á ocuparnos, exactamente igual al que hemos abrazado respecto del reino de Asturias, habia fallecido el emperador Luis el Pio, ó el Benigno (840), hijo y sucesor de Carlo-Magno.

Poco despues de haber este último abdicado en Luis la corona imperial, el nuevo emperador dividió los dominios francos entre sus tres hijos, llamados Lotario, Pepino y Luis. Pepino tomó la in-

vestidura de rey de Aquitania, de cuyos dominios se habian separado la Marca Hispana y la Septimania, que erigidas en ducado quedaron dependientes del emperador y de su primogénito, asociado, como antes hemos dicho, al imperio. Barcelona quedó de capital del antedicho ducado.

Tuvo Luis un cuarto hijo llamado Cárlos, al cual se dió un origen ilegítimo. Dícese que Bernhard, conde de Barcelona, tenia más franca intimidad de la conveniente y decorosa con Judith, segunda esposa del emperador Luis; y como el nacimiento de Cárlos el Calvo, que de este modo es conocido en la historia, coincidió con la época en que disfrutaba del favor de la emperatriz el conde Bernhard, el vulgo designó á Cárlos como hijo adulterino.

Sin embargo, ó estas murmuraciones no llegaron á oídos del emperador, ó las despreció por infundadas é hijas de la maledicencia, puesto que continuó dispensando su favor á Bernhard, y teniendo por hijo suyo á Cárlos.

Al ocurrir la muerte del emperador, este habia de antemano repartido sus vastos dominios entre Lotario, Pepino y Luis, pero habia dejado expresamente formado un reino no poco extenso para Cárlos el Calvo, en cuyos dominios estaba comprendida la Septimania con sus Marcas. El conocimiento de estos antecedentes es indispensable para la inteligencia de los sucesos que corresponden á la parte de que vamos á ocuparnos.

Puesto Cárlos en posesion de su herencia, vino á las manos con Abderrahman II. Un formidable ejército agareno se dirigió á Barcelona y la puso sitio, que fué por cierto de muy corta duracion; porque dentro de sus muros existia gran número de hebreos, que sin duda más aficionados á los sectarios de Mahoma que á los cristianos, facilitaron á aquellos la entrada en la ciudad, la cual fué desmantelada por orden de Abderrahman, quien sin detenerse en ella continuó persiguiendo á los fugitivos francos, sorprendidos con la inesperada resolucion de los judíos. Cárlos el Calvo fué poco afortunado en esta parte de sus dominios.

El humano carácter es á las veces incomprensible; heterogénea mezcla de bondad y sevicia; de humanidad y de cruel rigor; de piedad y de irreligion. Imposible parece que el sensible y bondadoso Abderrahman hiciese retrogradar á España á los tiempos del feroz é impío Diocleciano, dando principio á una nueva era de los mártires. Imposible asimismo parece que tanto hubiese degenerado de sus antecesores, de los cuales, si fué cruel alguno, lo fué indistintamente; y con especialidad degeneró de su bisabuelo el primer omniada, Abderrahman tambien, el cual se distinguió sobremanera por la decidida proteccion que dispensó á los cristianos.

El valor é inteligencia de Abderrahman I le hicieron ser primer soberano independiente de la España árabe, antes de él dependiente del califato de Damasco, y por consecuencia sujeta á las demasias é insufrible despotismo de los delegados del califa, quienes necesariamente habian de oprimir y vejar á los pueblos en que dominaban, para sacar el partido que su tiránica avaricia se proponia, sin dejar por esto de rendir cuentas al soberano á quien representaban.

El primer omniada que dominó en España, dueño de sus acciones como independiente, y libre de obrar sin sujecion á responsabilidad de ningun género, se distinguió muy notablemente por su tolerancia religiosa; y no contento con ser tolerante, instituyó en Córdoba una dignidad con el título de *Protector de los cristianos*.

El descendiente de este árabe soberano; el bondadoso rey de Córdoba que daba á Dios gracias porque habian podido fugarse los caudillos de una rebelion, para no amargar con el justo castigo de los culpables el inexplicable regocijo producido por el triunfo sobre los protervos rebeldes; el generoso, el magnánimo Abderrahman II, en fin, fué el nuevo Diocleciano, el sanguinario perseguidor de los cristianos, que renovó en España, como antes dijimos, la era de los mártires, de cruel y funesta memoria.

Cuentan los eruditos historiadores que el origen de la persecucion consistió principalmente en las cuestiones que se suscitaban entre cristianos y mahometanos, hijas de la intolerancia de ambos. Era, en efecto, de todo punto imposible que en aquel remoto tiempo de rudas y feroces costumbres se pudiese encontrar la necesaria tolerancia entre dos tan opuestas razas, y entre dos pueblos que se miraban con la soberbia y el encono que de necesidad existia y existirá siempre entre el invasor y el violentamente sometido. Además, ni los ulteriores progresos de la civilizacion, ni el haberse dulcificado las costumbres, ni el haber llegado á tener más imperio el derecho que la fuerza, nada, en fin, ha sido suficiente para evitar que en las discordias religiosas, en siglos posteriores, se haya podido encontrar otra cosa que intolerancia, exacerbada ira y encarnizamiento.

Debe, sin embargo, notarse la inmensa fuerza que prestan la íntima conviccion religiosa y la verdadera fé divina, que convierte en sublimes heroínas á las modestas y tímidas vírgenes; en intrépidos y valerosos mártires á los pacíficos y humildes solitarios. El horror, la destruccion, la carnicería, solo sirven en tales casos para decidir á los temerosos y pusilánimes, que impávidos y presurosos se presentan como voluntarias víctimas para aumentar la carnicería, la destruccion, el horror; el hombre poco animoso, y principalmente la mujer, que se estremece al ver cerca de sí

uno de tantos instrumentos de los inventados por el hombre para destruir á sus semejantes, cuando la religion le llama, desafía la bárbara crueldad de los verdugos, y avanza denodado hácia los mas atroces y repugnantes instrumentos del martirio. No hay riesgo alguno más eficaz y prodigiosamente fecundo que el de la sangre de los mártires; y que esta enérgica fuerza de voluntad y de alma, desarrollada instantáneamente en los pusilánimes é inofensivos, existe esencialmente en la religion y es comunicativa á los cristianos, lo dice claramente el que no estuvo jamás sujeta á las aberraciones de la humanidad, ni á las vicisitudes y cambios, hijos naturales de la sucesion de los tiempos. Lo mismo se ha visto respecto de este punto en los tiempos de Neron, que en los de Domiciano; lo mismo en los dominios de Diocleciano que en los de Galerio, y lo mismo se observó, por último, en el reinado de Abderrahman II.

Una vez comenzada la persecucion y el martirio, los cristianos se presentaban en busca de aquel con irrevocable decision y con firme ánimo. Cuando más cruelmente se ostentaba el rigor de Abderrahman y de sus delegados, el sacerdote Eulogio, con sus palabras y con sus escritos, daba vigor y resolucion á los menos fervorosos; otros sacerdotes tambien, abandonaban sus hogares; los monjes su retiro, pero no para huir; antes por el contrario, se presentaban en los principales y más públicos sitios de Córdoba para predicar las verdades de la cristiana religion, y solo enmudecian cuando lanzaban el postrer suspiro, quedando incompleta en los entreabiertos y cárdenos labios una palabra del himno de alabanza y de gracias á Dios que les concedia la anhelada corona.

Sacerdotes, guerreros, nobles matronas, piadosas vírgenes, altivos nobles, pacíficos plebeyos, todas las diversas clases de la sociedad pagaron copiosísimo tributo á la sagrada religion del Dios-Hombre, que tan copiosamente tambien derramó su divina sangre para redimir el humano linaje.

Dias, por cierto, fueron aquellos de horror y de luto; de consternacion y de terror; porque solo se veía, do quier se girase la aterrada vista, hierros y hogueras; cuchillas y aceradas ruedas; garfios y tenazas; verdugos y victimas; desolacion, exterminio y humeante sangre; y la sangre, santificada por el heróico sacrificio, atraía á toda hora nuevas y más intrépidas victimas; y estas, confesando á voces su creencia y manifestando su deseo, instaban por ser inmediatamente sacrificadas; y sierras y hogueras y garfios y tenazas eran considerados por aquellas como signos infalibles de heróico triunfo y de perdurable gloria, y la desolacion y el exterminio eran para los cristianos gozo infinito y resurreccion gloriosa.

Llegó el año 52 del siglo IX sin que la persecucion hubiese disminuido, y Abderrahman comprendió que el rigor, lejos de intimidar, aumentaba el fervor religioso, multiplicaba por consecuencia los mártires, y daba importancia á una religion cuya fuerza era tal, que hacia de cada persona que la profesaba un héroe sublime, sin distincion de sexo ni de condicion.

Existian en España los cristianos denominados mozárabes, que se habian sometido á los invasores, en virtud de cuya sumision les permitieron aquellos el libre ejercicio de su religion, el regirse por sus propias leyes y ser gobernados por sus mismos jueces.

De igual modo que habia cristianos mozárabes, habia sacerdotes y prelados; y á estos apeló Abderrahman, viendo la ineficacia del rigor y la crueldad.

El soberano árabe presentó al mundo un inusitado espectáculo. Convocó un concilio de obispos mozárabes, que se reunió bajo la presidencia de Recafredo, metropolitano, tambien mozárabe, de Sevilla.

La resolucion del concilio fué tan ineficaz para poner un límite al fervor religioso, como lo habian sido el rigor y la crueldad. En aquel se decretó que no debian ser considerados como mártires los que voluntariamente buscaban el martirio. Esto, difeilmente podian creerlo los más fervorosos: primero, por la mayor ó menor consideracion que tuviesen hácia los prelados mozárabes; y despues, porque tal resolucion podian mirarla como hija del temor y de una debilidad injustificable; y de esta manera la consideró el virtuoso presbitero Eulogio, que era uno de los caudillos de los animosos cristianos.

No produjo, en efecto, fruto alguno la decision del concilio; la persecucion continuó con igual encarnizamiento, y de todas partes concurrían presurosas é intrépidas nuevas y multiplicadas victimas, cuando ocurrió la instantánea muerte de Abderrahman II.

Las crónicas refieren que falleció de un accidente que le acometió estando en una ventana de su alcázar, despues de haber mandado quemar los cuerpos de algunos mártires que estaban en la orilla del Guadalquivir.

El vacante trono fué ocupado por Mohammed I, uno de los hijos de Abderrahman II, de cuarenta y cinco que dejó, además de gran número de hijas, cuyo nuevo soberano lejos de poner coto á la encarnizada persecucion, la hizo tomar nuevo y mayor impulso. Mohammed hizo destruir templos y martirizar cristianos, entre los cuales tocó su turno al celoso y sabio Eulogio, á quien no atemorizó el ciego furor del nuevo emir, del mismo modo que nada le habia impuesto el de Abderrahman.

Por desgracia hubo débiles, como hubo un traidor entre los doce

apóstoles, cosa nada extraña en una reunion de tantos millares de personas. Entre ellos se distinguieron funestamente dos prelados, de Elvira y de Málaga, que no contentándose con ser apóstatas, se convirtieron en perseguidores. Ellos fueron los que instaron al feroz Mohammed para que impusiese nuevos y más fuertes tributos á los cristianos, sugiriéndole la infernal idea de realizar un empadronamiento general, á fin de que no pudiese ninguno de los perseguidos eludir el puntual cumplimiento de aquella arbitraria y opresora medida. ¡Funesta y fatal ceguedad hija de la débil y misera naturaleza humana! No comprendian que al abjurar de la verdad y abrazar el error, se hacian despreciables al mismo á quien servian, como se verifica siempre en cuestiones de religion con los perjuros, como con los traidores en politica.

Corramos un velo sobre las desgracias y persecuciones subsiguientes á las en un principio narradas, puesto que solo podriamos consignar hechos horribles, iguales en un todo á los que bajo el mando de Abderrahman se llevaran á cabo, sin poder citar persona alguna cuya existencia sea necesaria en la historia, fuera del virtuoso é ilustrado presbítero Eulogio, á quien hoy veneramos en los altares. Solo agregaremos á lo ya manifestado, que singularmente se distinguió entre los crueles perseguidores, descollando en la crueldad, Servando, que ejercia el cargo de conde de los cristianos, y que fué su verdugo, en vez de ser su defensor; así como el abad Samson, fervoroso sacerdote y tan ilustrado como celoso, reemplazó digna y completamente al martirizado San Eulogio.

Continuó la persecucion hasta que por sí misma fué cesando, á medida, segun se cree, que los cuidados de la guerra comenzaron á llamar la atencion del monarca árabe á gran distancia del recinto que le servia de córte.

Casi coincidió con la muerte de Abderrahman la ascencion de Ordoño I al solio gótico: dos años escasos mediaron entre esta y aquella. Poco despues tuvo lugar la verdadera batalla de Clavijo, segun en su lugar hemos manifestado, que ocasionó la destruccion de Albelda y la derrota de Muza; empero es llegado el caso de consignar en la historia los antecedentes de este célebre caudillo agareno.

Llamábase entonces Muza-ben-Zeyad; era de origen godo, y en su primera edad cristiano. No diremos qué pretexto tomó para renegar de su primitiva religion, y solamente consignaremos que fué protegido por Abderrahman como su talento y singular bravura merecian. Ambas cualidades desplegó admirablemente, tan pronto como se rebeló contra su soberano; y las dos le fueron, en efecto, sumamente necesarias para apoderarse, como se apoderó, sucesivamente de Zaragoza, de Tudela, de Huesca y de Toledo.

Este hombre osado y emprendedor hizo edificar la ciudad de Albayda (Albelda), en donde estableció, por decirlo así, su córte, y no contento con cuanto ya poseía, y con el elevado carácter de soberano que por sí propio y por efecto de las reiteradas traiciones hechas contra su protector había adquirido, deseando siempre desplegar el vuelo en más anchuroso espacio, invadió la Gothia y allende los Pirineos impuso terror á Carlos el Calvo, quien se apresuró á pactar con Muza un tratado de paz mediante el cual no quedó muy bien parado el decoro de las armas del hijo de Luis el Benigno.

Forzoso es confesar que tanto esfuerzo é inteligencia militar eran dignos de haberse empleado en más noble causa que en la de la rebelion contra el legitimo soberano que le colmó de favores, y que sacándole de la nada, le elevó á la brillante posicion que tal vez le desvaneciera, é hiciera surgir en su fogosa mente perjudiciales pero grandes aspiraciones.

Tanto impuso Muza á los que más inmediatamente le contemplaban, que García, príncipe de los vascones, estableció con el que á sí propio se llamó *tercer rey de España* una formal alianza; y para más afianzarla, García tomó por esposa á una hija de Muza.

Ordoño I fué quien supo eclipsar el hasta entonces refulgente sol de las glorias del rebelde renegado. En vano el árabe soberano había intentado domeñar su altivez y castigar severamente sus reiteradas traiciones. En cada parte de sus dominios había Muza colocado de wali ó gobernador á uno de sus hijos: en Toledo mandaba Lupo; en Zaragoza, Ismael; en Tudela, Fortun; y solo contra el primero pudo Mohammed obtener una victoria, aunque sin lograr la sumision de la ciudad, que era en realidad lo más importante. Y el audaz caudillo, que se hizo respetar del príncipe de los vascones; que impuso pavor al nieto de Carlo-Magno, y que hizo verdadero escarnio de la indignacion y del poder del soberano de Córdoba, fué destruido y aniquilado por el animoso Ordoño. Herido tres veces por la potente diestra del bizarro monarca de Asturias, huyó el aterrado Muza á refugiarse entre sus hijos el de Zaragoza y el de Tudela, dejando sobre el campo el cadáver de su yerno García, y en poder de Ordoño las inmensas riquezas fruto de sus últimas expediciones, y los dones magníficos que recibiera del aterrado Carlos el Calvo.

Las ventajosas consecuencias de la célebre jornada de Clavijo refluieron en beneficio de Mohammed I, que se vió libre de un fuerte, poderoso é infatigable enemigo, por el valor de los correligionarios de aquellos que tan encarnizadamente habían sido por él y por su padre perseguidos.

Viendo el emir de Córdoba que nada podía ya temer de Muza, puso todo su conato en someter á Lupo, hijo de este, que defendía con decidido tesón á Toledo, sitiada hacia muy largo tiempo por Almondhir, hijo de Mohammed. No sabemos, sin embargo, cuánto se hubiera prolongado el asedio, si parte de los mismos habitantes de la ciudad no hubieran resuelto terminar aquel angustioso estado, que tan indefinidamente se prolongaba y que tan grandes perjuicios les ocasionaba diariamente, con pérdida ó notable menoscabo de los propios intereses. Estos, dando de mano á toda consideracion y temor, buscaron y encontraron el medio de impetrar el perdón del soberano árabe, en gracia de la oferta de facilitarle la entrega de la sitiada plaza.

Así se verificó, y la mútua promesa por ambas partes fué cumplida: varios caudillos rebeldes cayeron en poder de Mohammed; pero Lupo, su jefe, pudo huir disfrazado, y se refugió en los dominios de Ordoño. Aquel solicitó y obtuvo la amistad de este, á consecuencia de la derrota de Muza, su padre, cuya destruccion le hizo ver claramente de cuán alto precio era la amistad del monarca de Asturias, quien acogió y dió asilo á su aliado (859).

Un año despues ocurrió la segunda invasion de los normandos, de la cual nos hemos ocupado en el correspondiente lugar, respecto de la parte concerniente al reinado de Ordoño. Réstanos solamente añadir, que ahuyentados de los dominios de este monarca, se dirigieron hácia los de los árabes, dejando un sangriento y destructor rastro desde Málaga á Gibraltar, dando á los agarenos el sensible golpe de saquear en Algeciras la mezquita de las banderas, hasta que el ejército de Mohammed los obligó á dirigirse á las playas africanas.

Libres los árabes del cuidado que les daba la rebelion de Toledo, y despues de la asoladora plaga de los piratas normandos, quisieron sin duda dar muestra de su poder, y recuperar parte de la gloria que á la media luna habia arrebatado el monarca de Asturias.

Almondhir, hijo de Mohammed, se dirigió hácia el Ebro; llegó al condado de Álava y recorrió la Navarra, devastando las inmediaciones de Pamplona.

Corria el año 863 cuando llegó al soberano de Córdoba la funesta nueva de las proezas que llevaba á cabo el infatigable Ordoño en la Lusitania. Tal fué el terror que se apoderó de Mohammed, que juzgó indispensable decretar *la guerra santa*, á favor de cuya determinacion reunió un ejército inmenso y á su frente marchó personalmente el soberano, dirigiéndose á Galicia, y llegando hasta Compostela ó Santiago. Empero todos los grandes gastos, el formidable aparato y el imponente alarde, fueron in-

útiles. El grande Ordoño habia hecho todos los destrozos y adquirido el inmenso botin que en su lugar hemos referido, y á la aproximacion de Mohammed ya esperaba tan tranquilo como animoso en sus dominios. El árabe, que encontró al monarca cristiano atrincherado, más que con sus naturales defensas con su grande corazon y con los bizarros soldados que vencieran á Muza, terror de los agarenos de Córdoba, no se determinó á acometer; y sin llegar á ver á Ordoño, usó de una prudencia no muy acorde, por cierto, con el régio decoro y con el militar valor; y se alejó de aquellos sitios, sin detenerse un instante hasta salir de los dominios del monarca de Asturias.

Poco duró á Mohammed el contento de la destruccion de Muza. Un nuevo y temible caudillo comenzó á elevarse del polvo hácia las nubes, en alas de su soberbia ambicion.

Un hombre de baja extraccion, y originario de la raza judáica, levantó inesperadamente el estandarte de la rebelion. Llamábase Hafsún; y disgustado de su manera de vivir, sin duda poco cómoda y lucrativa, determinó, ya que no evitar el primer mal, remediar el segundo. Para lograrlo pasó de trabajador ú obrero, á salteador; y á favor de su cruel corazon y de ese llamado valor, que nada tiene de comun con el verdadero é hijo legitimo de la virtud y del honor, no tardó mucho tiempo en reunir una crecida banda, cuyos individuos, reconociéndole sin duda superior á ellos en perversidad y osadía, no vacilaron en admitirle por su jefe.

Sus hechos, de muy funesta celebridad, hicieron que fuese activamente perseguido; y abandonando el aterrado país que era teatro de sus horribles crímenes, se refugió en Anfranc y se hizo dueño de un fuerte llamado Rotah-el-Yehud (Roda de los Judíos). No pudiera haber tenido mejor eleccion: colocada su fortaleza en la elevada cima de altísimos peñascos, era la única subida casi inaccesible; y para mayor y más importante defensa, los peñascos estaban circuidos por el rio Isabana.

No se detuvo ni permaneció mucho tiempo recluido en su defendible asilo. Enarboló el estandarte de la rebelion y muy en breve reunió numerosa hueste, respetable por el número y decision, ya que no por otras consideraciones; siendo muy notable que el ejército del bandolero Hafsún era un incalificable misto de cristianos, agarenos y judíos. La bandera del nuevo enemigo del monarca de Córdoba llevaba por lema la guerra contra Mohammed; y los cristianos de aquellas cercanías empuñaron por esta sola razon las armas, así como los agarenos por pertenecer al grande número de descontentos, y los judíos porque lo estaban de todo y con todo.

No hiende más veloz los aires el ave de rapiña para precipitarse

sobre la descuidada presa, que cayó sobre diversas ciudades de Aragon aquella desenfrenada muchedumbre. Pertenece á los descontentos el wali que mandaba en Zaragoza, y nada hizo por reprimir la osadía de Hafsún; pero el de Lérica fué más allá que el de Zaragoza, puesto que entregó la plaza á los rebeldes.

Aterrado Mohammed con los multiplicados é instantáneos golpes del sucesor de Muza en la rebelion, pensó seriamente en oponer un enérgico y eficaz remedio; mas le imponian no pequeño temor las continuas expediciones y ataques del bizarro Ordoño; y ya que no le era dado esperar que este aceptase una alianza con él, quiso asegurarse al menos de Carlos el Calvo, quien fácilmente podia favorecer al caudillo de la rebelion, teniendo, como en efecto tenia, sus dominios en España, tan cerca de los que Hafsún habia adquirido.

Se realizó, por fin, un tratado de paz entre el franco emperador y el soberano de Córdoba, el cual, libre del recelo que Carlos le inspiraba, juntó innumerable ejército en sus dominios de Andalucía, de Murcia y de Valencia, y dejando encargado á Almondhir, su hijo, de rechazar las acometidas de Ordoño, marchó en persona contra Hafsún, llevando consigo á Zeid-ben-Cassim, su nieto.

Entonces dió el pérfido bandolero una ostensible prueba de que ninguno puede faltar á su origen, á sus hábitos, á sus naturales impulsos; y téngase en cuenta que no decimos esto porque no procediese de ilustres ascendientes; sino porque no fué honrado en sus principios; que si hay de esta regla excepciones, muy rara vez podrá consignarlas la historia.

Temió Hafsún el definitivo resultado de una batalla dada contra un ejército tan poderoso como el que amenazaba al suyo, tan heterogéneo y de tan dudosa fidelidad; y desplegando en aquel apurado trance toda su perversa sagacidad y repugnante sevicia, tomó una resolucion, que hemos necesitado verla escrita por respetables autores, prolijos y entendidos en investigar y distinguir lo verdadero de lo falso, para darla el crédito que en efecto la damos. No nos sorprende que surgiese de la imaginacion de un hombre vulgar la infernal astucia; porque para obrar el mal, nadie hay más ingenioso que el malvado: admiranos, sí, la ciega é injustificable credulidad de Mohammed al tratar con un hombre como el perverso Hafsún. Veamos del medio que este se valió para conjurar la ruina que le amenazaba.

Inesperadamente recibió el emir un respetuoso escrito del rebelde caudillo, presentando su completa sumision, invocando á Mahoma para dar mayor fuerza á sus protestas, y jurando que cuanto hacia no era otra cosa que un lazo tendido contra los enemigos del soberano, á fin de que se declarasen, y contra los cuales caeria él cuando fuese conveniente, con toda su poderosa hueste. Al mismo

tiempo le suplicaba le concediese un gobierno como el de Barbas-tro ó Huesca, en donde acecharia la ocasion de dar el contundente golpe que proyectado tenia.

Aceptó sin vacilar el crédulo emir la sumision aparente y ar-tera del inteco Hafsún; fué más allá de lo que este solicitaba, con-cediéndole el gobierno de Zaragoza para cuando hubiese realizado su proyecto, y considerando como ya terminado este guerrero epi-sodio sin el gasto de musulmica sangre que forzosamente debiera derramarse, mandó una parte del ejército á unirse con el de Al-mondhir; dejó á Zeid, su nieto, encargado del que quedaba unido al pérfido Hafsún para auxiliarle en su empresa, y él regresó á su córte, gozoso y radiante de alegría por haber dado cima pacifica-mente á tan árdua y dudosa empresa.

Muy poco tiempo habia trascurrido, cuando estaban acampadas no lejos de Alcañiz las tropas de Zeid y de Hafsún, ya unidas y demostrando mutuamente la más ciega confianza y cordial amistad. Llegó la noche, y se entregaron todos al reposo; unos, tranquilos y seguros, dormian sosegada y profundamente; otros, tambien aparen-temente dormian, como el pérfido artero tigre que acecha al noble leon. Eran los últimos Hafsún y sus secuaces, los cuales, llegado el momento, se desplomaron sobre los descuidados y dormidos agare-nos de Zeid, comenzando un espantoso y horrible degüello.

A los desgarradores gritos de los que sucumbian, despertaron veloces los que algun tanto más lejos reposaban, y tuvieron lugar de dar muestras de un valor tan notable como, por desgracia, en tan aciago momento, ya infructuoso. El mismo nieto de Mohammed, Zeid-ben-Cassim, pereció batiéndose denodadamente, y con un va-lor superior al que de su edad podia esperarse, que apenas pasaba los diez y siete años.

No hay para qué decir hasta dónde llegarían el dolor y la ira del emir cuando recibiera tan funesta y desastrosa nueva. Como la chispa eléctrica corrió esta por todos los ángulos de los dominios árabes, sin que hubiese persona de alguna valia que no jurase ayu-dar al exterminio del facineroso rebelde y alevoso traidor.

El emir, consternado y lleno de airado dolor, avisó á Almondhir su hijo, el cual dió pública lectura al despacho recibido, y seguido de sus tropas y de infinitos voluntarios movidos por la justa indignacion, se dirigió en busca del verdugo de Zeid y de sus leales soldados.

Para encontrarlos tuvo que llegar á Roda de los Judíos, en don-de Hafsún se habia refugiado, temeroso de la justa venganza del emir y de su hijo. Mas no salió á recibir á este; porque no es lo mismo ser cruel que ser valiente, ni se sostiene con igual firme áni-mo un hecho honroso, siquiera se haya llevado á cabo de sangrienta manera, que una alevosa y criminal villanía.



A hacer frente á Almondhir salió Abdelmelik, el wali que entregara á Hafsún la ciudad de Lérica, el cual desde entonces tomó parte en la deshonrosa hueste de malhechores. A pesar del innegable valor de Abdelmelik y de la ferocidad de sus secuaces, Almondhir y su ejército pelearon con el denuedo propio de los que pretenden vengar una horrible traición. El primero tuvo que abandonar el campo y encerrarse herido en el castillo, dejando sobre aquel gran número de los suyos.

Acaso los traidores se lisonjearan de haberse librado de la completa destruccion, confiados en la seguridad de su retiro, casi inaccesible. Mas apenas la aurora habia comenzado á aclarar el horizonte, cuando Almondhir, seguido de los suyos, atacó vigorosamente la fortaleza. Como impulsados de un vértigo y frenéticos de furor, allanaron los musulimes todos los obstáculos; franquearon el áspero camino, subieron por la montaña escarpada y escabrosa como si fuera una suave pendiente, y llegaron hasta el castillo objeto y término de todos sus deseos.

En el rudo y feroz ataque pereció Abdelmelik, cuya cabeza fué mandada al emir: de los rebeldes, unos perecieron al filo del acero; otros, por evitar esta muerte, se arrojaron desde la cima de la elevada montaña, y Hafsún desapareció, despues de haber aconsejado á los pocos que con vida quedaban, se sometiesen reservándose para mejor tiempo.

A la ruina del antiguo bandolero siguió naturalmente la sumision de todas las ciudades que aquel habia tomado; y Almondhir, contento en lo posible de haber vengado la muerte de Zeid, su sobrino, regresó á Córdoba para gozar de los honores del triunfo, que se celebró en la córte de su padre de extraordinaria manera (866).

En los dos años siguientes nada más ocurrió que lo ya referido al tratar del reino de Asturias. Pasados aquellos, hizo Almondhir una expedicion, que tuvo muy desgraciado éxito. Uno de los intentos que se propuso realizar, fué tomar á Pamplona; pero la defendió bizarramente el conde Garcia, hijo del yerno de Muza, que llevó tambien aquel nombre, muerto en la batalla de Clavijo.

Disgustado Almondhir de la resistencia que hacia fracasar su lisonjero proyecto, volvió sus armas hácia Zaragoza. En esta ciudad existia aun el famoso Muza; y sin duda creyéndose libre de Hafsún, el príncipe agareno pretendia vengar los delitos que este antiguo, valeroso y entendido rebelde habia cometido contra su casa. Quizá hubiera tenido su proyecto igual resultado que el que soñara respecto de Pamplona; mas la muerte de Muza vino á allanar todas las dificultades: dicese que acabó sus dias de violenta manera, aunque apareció la muerte como naturalmente su-



cedida. Poco despues se entregó Zaragoza al hijo del emir (870).

En vano creyó Almondhir hallarse ya libre de rebeldes. Abdallah, hijo de Lupo y nieto de Muza, enarboló inmediatamente el estandarte de la rebelion en Toledo; empero se extinguió pronto. Sitiado el hijo de Muza por Mohammed dentro de la ciudad, comprendió que no le era posible resistir mucho tiempo contra las colosales fuerzas del emir, y halló medio de obtener el perdon, entregando la ciudad.

En 873 ocurrió la famosa batalla de Sahagun, que en su lugar hemos referido; y en el trascurso de los años sucesivos continuaron los choques parciales, sin que produjesen importantes resultados, hasta que el mismo Almondhir penetró en Galicia; Alfonso el Magno le obligó á retroceder, y á su vez este rey belicoso invadió los dominios de Mohammed, arrebatándole todas las ciudades cuyos nombres dejamos consignados en el reinado del tercer Alfonso (876); así como el sitio de Zamora (879), y la gran batalla ganada por las cristianas armas en los campos de Polvoraria.

Llegado el año 881, cuando tocaba á su fin el armisticio que fué consecuencia de la derrota de Almondhir, tuvo lugar un horrible suceso, el menos á propósito, sin duda, para reanimar el espíritu de los agarenos, harto abatido con las victorias y denuedo de Alfonso el Magno.

Tomamos del ilustrado y erudito Sr. Lafuente la relacion que de la aterradorá catástrofe hace un escritor arábigo. Dice de esta manera: «En el año 267, dia jueves, 22 de la luna de Xaval »(25 de Mayo de 881), tembló la tierra con tan espantoso ruido y »estremecimiento, que cayeron muchos alcázares y magníficos »edificios, y otros quedaron muy quebrantados; se hundieron »montes, se abrieron peñascos, y la tierra se hundió y tragó pue- »blos y alturas; el mar se retiró de las costas, y desaparecieron »islas y escollos. Las gentes abandonaban los pueblos y huían á »los campos, las aves salían de sus nidos, y las fieras espantadas »dejaban sus grutas y madrigueras, con general turbacion y tras- »torno: nunca los hombres vieron ni oyeron cosa semejante: se »arruinaron muchos pueblos de la costa meridional y occidental de »España. Todas estas cosas influyeron tanto en los ánimos de los »hombres, y en especial en la ignorante multitud, que no pudo »Almondhir persuadirles que eran cosas naturales, aunque poco »frecuentes, que no tenian influjo ni relacion con las obras de los »hombres ni con sus empresas, sino por su ignorancia y vanos »temores; que lo mismo temblaba la tierra para los musulimes, »que para los cristianos; para las fieras, que para las inocentes »criaturas.»

Á ser exacta la descripción que el escritor arábigo hace, nada extraño es que el pánico se apoderase de los musulimes, de suyo supersticiosos y agoreros, como de todos los hombres que tuviesen la desgracia de presenciar tan horroroso trastorno de la naturaleza; porque sin que tratemos de aducir razones para admitir ó rechazar la vulgar creencia que da generalmente á tan funestos acontecimientos naturales, afortunadamente raros, el carácter de precusores, por decirlo así, de grandes calamidades de otra especie que afligen á los hombres y á las naciones, la destrucción y horrores que llevan consigo bastan para imponer pavor y arrebatarse el ánimo, obrando con mayor ó menor fuerza, respectivamente, en los ignorantes y en los ilustrados. Por otra parte, el reinado de Mohammed había sido, como ninguno de los de sus predecesores, borrascoso y agitado, y de más funesta celebridad por la mucha sangre que se derramara y por las continuas asechanzas que á su poder armaban, que por los beneficios reportados por sus pueblos y por los triunfos obtenidos por sus armas.

No parecía sino que formada una falanxe de traidores, habían establecido un puntual y exacto turno para reemplazarse en los actos de rebelion; y si un traidor tardaba en suceder á otro, reaparecía alguno á quien se creía ó muerto ó destruido.

Así ocurrió no mucho despues del desastroso suceso poco antes referido, apareciendo impensadamente el derrotado y prófugo Hafsún, seguido de una innumerable muchedumbre que guió atrevidamente hasta las márgenes del Ebro, arrollando y destruyendo cuanto á su paso encontrara.

En aquella ocasion se mantuvieron fieles al emir los walis de la comarca, los que intrépidamente salieron al encuentro del feroz Hafsún; pero fueron vencidos por el número, inmensamente superior, al cual se agregaron como aliados los navarros.

No tardó mucho tiempo en sacar á campaña Mohammed un formidable ejército, del cual formaba parte su mejor y más bizarra caballería, reforzado con las tropas que mandaban los más esforzados y fieles caudillos.

Seguian al emir sus dos hijos Almondhir y Abu-Zeid: júzguese de la ira que abrigaria el lacerado corazon de estos dos príncipes agarenos, al dirigirse en busca del feroz asesino de Zeid-ben-Cassim, el animoso jóven que fué traidoramente asesinado en Alcáñiz, hijo del segundo y sobrino del primero.

El aspecto del formidable ejército del emir impuso pavor á Hafsún: cedió el campo, y retrogradando apresurado marchó veloz, seguido de los suyos, á refugiarse en sus naturales atrincheramientos. Sin duda había olvidado que los musulimes supieron arrollar en otro tiempo los grandes obstáculos que se oponian al cumplimien-

to de la anhelada venganza; obstáculos muy inferiores á la decision que los animaba y al rencor que los daba irresistible impulso.

Apenas habian podido llegar los rebeldes al terreno que esperaban les fuese favorable, cuando se encontraron con sus airados perseguidores. Era de todo punto imposible rehuir el combate, que comenzó muy poco despues de haber aparecido el sol por el Oriente, para dar luz á los horrores que se preparaban.

Terrible fué la lucha: por los unos combatian el denuedo y la venganza; por los otros la ferocidad y la desesperacion. La muerte era probable en la funesta pelea, y segura en el vencimiento; en tan terrible alternativa era, pues, forzoso optar por arrostrar á toda costa lo que era dudoso, y procurar obtener la salvacion con el triunfo sobre el enemigo.

Por fin la victoria fué de los musulimes, que no obtuvieron de balde el señalado triunfo; sus enemigos fueron completamente derrotados, y Hafsún recibió una grave herida, de resultas de la cual falleció poco tiempo despues. Esta batalla (882) tuvo lugar en el valle de Aybar ó Eibar, sangrienta como pocas y que ocasionó millares de víctimas.

La muerte de aquel hombre inquieto y turbulento no fué parte á extinguir el espíritu de rebelion, aunque por entonces quedó Mohammed tranquilo; y creyéndose libre de interiores asechanzas, volvió sus armas contra Alfonso el Magno, eclipsando este la gloria de los recientes triunfos de aquel, al acometer los dominios de Rioja y Álava, sucesos de que el lector tiene ya conocimiento.

Viendo claramente Almondhir que no era igual habérselas con indisciplinados rebeldes que pelear con los esforzados cristianos de Asturias, se dirigió á Leon, más bien con ánimo de ocasionar destrozos, que de retar al denodado Alfonso, terror de los musulimes. Entonces penetró en Sublancia, que encontró abandonada; pero no se mantuvo en ella, sabedor de que en su busca se dirigia el monarca de Asturias, habiendo hecho, al realizar su retirada, todo el mal que pudo, contándose entre sus hazañas de entonces la ruina del monasterio de Sahagun. Despues de ocurrir estos sucesos tuvo lugar el tratado de paz entre Alfonso el Magno y Mohammed, segun antes referimos (885).

En el mismo año empezaron de nuevo los choques entre los agarenos que se mantenian independientes, siendo el héroe de estos sucesos Abdallah, hijo de Lupo y nieto de Muza. Luchó contra sus dos tíos Ismael y Fortun, los cuales seguian siendo dueños de Zaragoza y Tudela, venciendo á ambos y aprisionando á uno de ellos; pero más alarmante fué para el emir la noticia de haber aparecido en las montañas de Jaca el nuevo rebelde Caleb, hijo del horriblemente memorable Hafsún.

No apareció solo, sino seguido de numerosa hueste; y bajo tan buenos auspicios comenzó su campaña, que en poco tiempo hizo grandes progresos, batiendo victoriosamente diversas veces al ejército de Mohammed. Se hizo en breve dueño de todo el territorio que media desde Zaragoza hasta la Marca franco-hispana, imponiendo temor y manifestando que superaba á su padre en valor y en inteligencia.

Continuaba Caleb sus triunfales correrías cuando vino la muerte á sorprender al emir, en el momento de retirarse á su habitacion desde los bellos pensiles que hermozeaban su alcázar. Tenia Mohammed sesenta y cinco años de edad, y llevaba cerca de treinta y cinco de reinado.

Hallábase Almondhir en Almería, cuando por muerte de su padre subió al trono, inaugurando su reinado de poco grata manera. El hijo de Hafsún, Caleb, había arrollado con su hueste cuanto obstáculo se le presentara, y dueño de Zaragoza y de otros puntos de Aragon, marchó sobre Toledo, seguido de 10,000 caballos.

Los cristianos que en la ciudad moraban, protegieron la entrada del rebelde; porque más de una vez estuvieron de parte de cuantos se sublevaban contra los monarcas de Córdoba, como si aquellos no fuesen tan opresores de España como estos.

No reparó en inconvenientes ni tomó en cuenta las consecuencias de su arrojo: se hizo proclamar rey, y fortificó la ciudad, interior y exteriormente. Contaba demasiado con que muy en breve le amenazaría todo el poder del valeroso Almondhir, para hacer que se derrumbase el improvisado solio, y con la corona la cabeza del intruso soberano; mas no se intimidó. Era hijo muy digno de Hafsún, y previendo que la suerte pudiera serle contraria, preparó en su mente la manera de vencer, si no lealmente y con noble valor, sustituyendo al esfuerzo é inteligencia la astucia y la falsía.

Almondhir, entretanto, reunia un poderoso ejército, convocando todos los cuerpos de Mérida y de Andalucía; y con el deseo de ganar tiempo, hizo marchar de vanguardia á un gran número de bizarros ginetes mandados por Haxem, que á la sazón era primer ministro del emir. Hombre entendido en los asuntos de paz como en los de guerra, era el caudillo que avanzaba sobre Toledo; de él tenían todos muy alta estima, como su valor, virtud y bondad merecian, y no era igual la partida; porque iba á habérselas con un artero é insidioso rebelde, sin fé y sin lealtad.

No dejó este que se acercara Haxem: á razonable distancia de Toledo estaba todavía cuando recibió proposiciones de Caleb, reducidas á proponer la entrega de la ciudad, si se le dejaba libremente retirarse á la parte oriental de la península, proporcionándole el

emir los necesarios medios de transporte para su gente, provisiones y efectos.

El ministro de Almondhir no entrevió nada de perjudicial ni sospechoso en la proposicion de Caleb, y solo tuvo presente, como su bondad era tanta, que aceptando la oferta se economizaba mucha sangre. Consultó, sin embargo, á Almondhir, el cual, conociendo quién era el enemigo, encargó mucho á Haxem no se dejase engañar del astuto rebelde; pero el ministro dió enterafé al mensaje de Caleb, y le envió á Toledo los bagajes y acémilas que habia pedido para trasladar los enfermos y efectos.

Despues de haber el caudillo tomado posesion de la ciudad, y dando por terminado, bien á poca costa, aquel desagradable incidente, licenció sus tropas y redujo á lo preciso la guarnicion de Toledo, porque ya Caleb habia abandonado su recinto. El suceso correspondió exactamente á la desconfianza ó recelo del emir. El traidor, que solo deseaba evitar el vencimiento y destruir el ejército contrario, huyendo de que unido en total cargase sobre él, retrocedió de pronto; y auxiliado por sus tropas y por los parciales que dentro de Toledo tenia, cargó sobre los desprevenidos muslimes, y degollándolos sin consideracion los dejó destruidos, quedando de nuevo dueño de la plaza y de la comarca.

La noticia de tan sensible catástrofe llenó de ira y de dolor á Almondhir, estallando ambos terribles afectos sobre el desventurado Haxem, á quien de nada sirvió su excelente y humana intencion, ni sus grandes méritos y brillantes antecedentes. Fuera de sí el emir á impulsos del más grande furor, hizo decapitar al honrado y valiente ministro, á fin de que sirviese tan duro castigo de severo ejemplo, y evitase que otros, siguiendo los impulsos de su corazon, olvidasen la prudencia y el previsor recelo. Aun llevó Almondhir su rigor hasta el punto de confiscar los bienes del difunto ministro, haciendo encerrar en un castillo á Omar y Ahmed, hijos del desventurado Haxem, que á la sazón eran walies, de Jaen el primero, y de Ubeda el segundo.

Despues de ejecutada la terrible decision, no quiso confiar á nadie la empresa de reducir á Toledo á la obediencia. El mismo emir en persona se dirigió sobre la ciudad, llevando consigo á Abdallah, su hermano, á quien encomendó directamente el sitio de la plaza; pero á su vista, y en tanto que él corria los alrededores con su caballería, limpiándolos de rebeldes enemigos y de malhechores.

Un año habia pasado sin que la ciudad se rindiese, último de la vida y del reinado del bravo Almondhir, que fué como el veloz relámpago de fugaz, y agitado como las horas de horrorosa borrasca.

Caminaba dedicado á su diaria ocupacion de sostener choques y

escaramuzas, cuando recibió aviso de que se acercaba un respetable cuerpo de ejército enemigo. La diferencia numérica y la posición que tomaron los rebeldes, muy ventajosa y propia para obtener el triunfo, debieran haber sido suficiente causa para que el emir se replegase, cediendo á la necesidad y reservándose para más oportuno momento. Su valor, cualidad en que muy pocos le excedieron, se opuso á esta prudente y necesaria determinación.

El emir, nada desconcertado ni temeroso, avanza en busca de los traidores; los da vista, y desplomando sobre ellos todo el poderoso impulso de la bizarra y fuerte caballería que en pos de sí llevaba, cargó á los enemigos, casi deshaciéndolos y obligándolos á perder visiblemente terreno en aquel primero y contundente golpe. El número, no obstante, produjo el efecto que era de esperar; se rehicieron los rebeldes, cercaron al muy poderoso caudillo, destruyeron el cuerpo de caballería que mandaba, y haciendo en ella espantoso y horrible estrago, sembraron el suelo de cadáveres, aumentando desgraciadamente el número de aquellos el esforzado Almondhir, que sucumbió con cuanta marcial gloria fué posible, diversas veces herido despues de haber hecho con su propia lanza grande destrozo en los rebeldes (888). Su reinado no llegó á dos años, y fué su muerte muy sentida en todos sus dominios. Dicese que era modesto, sóbrio, afable, valeroso y humano.

A pesar de haber dejado hijos el difunto emir, para subir al vacante solio no necesitó practicar grandes esfuerzos Abdallah, hermano de Almondhir. El consejo electivo hizo proclamar al nuevo soberano Abdallah, desentendiéndose de aquellos, por temor, por conveniencia, ó por la edad poco á propósito de los sobrinos del electo.

Comenzó Abdallah su reinado de muy digna y grata manera, mandando devolver á los hijos del infortunado Haxem sus bienes, y sobre todo su amada libertad. No contento con esto, dió el importante cargo de capitán de su guardia á Ahmed, y á Omar le mandó ocupar de nuevo el puesto de wali de Jaen.

Sin embargo de haber adquirido todo el popular favor con tan honrosa y justa determinación, llevaba su reinado consigo el germen de la discordia y de la devastadora y horrible sedición. Los hijos de Almondhir, más pronto ó más tarde, no podrian olvidar que su esforzado padre habia sido emir, y que estaba sancionado el que los hijos heredasen á los padres, si no por ley, por costumbre. Esto era probable; pero lo que era positivo importaba mucho más: Mohammed, hijo de Abdallah, que era wali de Sevilla, debia de inspirar muy poca confianza; y si alguna en él se tenia, no tardó en hacer que se le arrebatase toda por completo.

Y En tanto que Abdallah se dedicaba á encontrar la manera de

rendir á Caleb, que permanecía impertérrito y firme en Toledo, Mohammed, hijo del nuevo emir como hemos dicho, se sublevó en Sevilla á favor de su cualidad de wálí y auxiliado por Alcaicim y Alasbag, tíos de Mohammed y hermanos de Abdallah, así como también logró se pusieran con él de acuerdo todos los wálíes ó jefes de cuantas ciudades estaban comprendidas en el reino de Granada.

Crítica y aflictiva posición la del emir al recibir el aviso de la negra traición de su hijo, en la cual forzosamente había de quedar vencido, ó materialmente si la rebelión triunfaba, ó en el corazón si su hijo sucumbía por sentencia, ó por suerte de las armas.

En tan delicada y terrible posición, prudente y sábiamente adoptó un término conciliador, único que podía aproximar los extremos, siempre que el corazón de Mohammed no estuviese en su juvenil edad ya empedernido y quisiese correr tras el crimen, desatentado y sin freno.

Abdallah dió á su hijo Abderrahman el especial encargo de transigir, usando de medios lisonjeros y conciliadores, con Mohammed y con sus tíos. Mas no se había empezado la negociación, cuando se sublevaron, con poca diferencia de tiempo, Mérida y Lisboa, que fueron, más ó menos pronto, ambas reducidas, la primera por el mismo emir, que lejos de ensangrentarse con castigos, se engrandeció por su clemencia.

Toledo seguía sosteniéndose contra la autoridad de Abdallah, aunque este la atacaba de cerca y con tesón; empero nada caminaba de más funesta y dolorosa manera que las negociaciones de Sevilla. El soberbio Mohammed, ni aun oír quería á su hermano: ó no leía los escritos que de continuo le remitía Abderrahman, ó los despreciaba hasta el punto de no darle contestación alguna. Ocupado en hacer extender las ramificaciones de su vasta y bien urdida conspiración, la había hecho pasar de Granada á Jaen, cogiendo ambas provincias, en donde nadie imperaba sino el rebelde, y nada se respetaba sino la bárbara fuerza de la revolución: los delegados del emir se habían hecho fuertes encerrándose en las respectivas fortalezas sin poder hacer el menor movimiento, porque casi estaban destituidos de medios de defensa. Había sonado el grito de guerra, un grito universal que, según la historia, hizo quedase abandonado el campo, porque todos trocaron el arado por la lanza, por la espada el azadon.

Abderrahman, viendo la inutilidad de sus conciliadores medios y amistosas diligencias, dió parte á Mohammed, su padre, del mal éxito de su misión, añadiendo las voces que por todas partes circulaban, las cuales, lejos de ser favorables á la paz, daban bien claro á entender el decidido tesón con que, dando el ejemplo la capital, pensaban continuar llevando á cabo sus proyectos los subleva-

dos; y como nada le parecia peor al leal hijo del emir que la pérdida absoluta y completa de la corte de Córdoba, sobre la cual, según pública voz, trataba el rebelde príncipe de dar un golpe de sorpresa, instaba á su padre eficazmente para que cuidase de no perder la capital.

Era crítica y dolorosa la posición de Abdallah; porque tenia en revolución todos sus dominios, puede decirse, y de estos no pequeña parte completamente perdidos por entonces. Mas afortunadamente era hombre de un temple de alma firmísimo, de animoso corazón, y de una grande energía.

Dirigióse, pues, el emir á Córdoba, decidido á hacerse respetar de todos sin distincion alguna: entonces recibió la fausta nueva de la sumision de Lisboa, y la nada agradable de la derrota y prision de su caudillo Abd-el-Gafir, verificadas por Obeidalah, que lo era de Caleb.

Cada dia tomaba un aspecto mas imponente y grave la vasta conspiracion. Corria el año 889, y ya eran dueños los rebeldes de Jaen, de Huéscar, de Guadix, de Baza, de Archidona, y de las fértiles tierras de Elvira hasta Calatrava, y podia decirse que el emir, poco merecedor por cierto de ser objeto de tantas y tan infames deslealtades, solo poseia el terreno que con sus tropas ocupaba.

No desmayó, sin embargo; ardiendo en justa ira se preparó á llevar á sangre y fuego la guerra contra los recalcitrantes rebeldes; y aunque se suponía que su presencia en la corte habia impedido hasta entonces que se realizase la sublevacion de la bella ciudad, se decidió á abandonarla; porque no era ocasion aquella de permanecer quieto y encerrado, sino de desplegar la mayor actividad y firme energía.

Ya habia llegado el año 890, cuando apareció Abdallah en la vega de Granada, despues de haber recorrido el reino de Jaen, seguido á corta distancia de un fuerte ejército, é inmediatamente de la bizarra caballería de su guardia, con irrevocable decision de exterminar á los rebeldes si podia.

A oponerse al paso del emir se presentaron Aben-Suquela y Suar, que mandaban como unos 14 á 15,000 rebeldes, apoyando hábilmente su linea de batalla en la sierra de Elvira; batalla que fué muy reñida y sangrienta. Suar fué hecho prisionero, por haber perdido la silla, á consecuencia de una grave herida; empero le hizo esta padecer muy poco, porque el emir le mandó degollar tan pronto como lo fué presentado.

Reemplazado el difunto Suar por Zaide, el rebelde ejército se animó de nuevo; mas el caudillo, que en campaña se presentara sin duda más poeta, porque lo fué, que entendido guerrero, cometió la insigne imprudencia de atravesar la vega para retar al emir con

su ejército en las llanuras de Loja. Este osado golpe, que puede calificarse de temerario arrojo, nada dice en favor de Zaide: solo podrá alabársele de un valor perjudicial é imprudente, porque con él coronó el triunfo con que el emir había inaugurado aquella campaña; se sacrificó, y sacrificó á los suyos.

Sabia Zaide, porque no podia ignorarlo, que lo mejor de las tropas del emir consistia en la brillante guardia de á caballo que á su intermediacion llevaba, y salió á desafiar á Abdallah á donde aquella podia desplegarse, maniobrar y cargar con toda libertad. El resultado de tamaña imprudencia no podia ser dudoso: las lanzas de los ginetes del emir se mellaron y rompieron en los cuerpos de los rebeldes, y con la sangre de estos quedó por mucho tiempo enrojecida la tierra.

No logró su triunfo el emir sin pérdida bastante. Zaide y los suyos hicieron prodigios de valor, lastimosamente perdido y sin defensa, á causa de la inaudita imprudencia del caudillo rebelde, que le movió á buscar las llanuras para pelear con caballeria. Bien cara pagó su loca temeridad, puesto que fué hecho prisionero; el emir se hizo dueño de Jaen y de Granada, y quedaron dispersas todas las fuerzas rebeldes de aquella parte de España. En cuanto á Zaide, sufrió el horrible tormento y suplicio de ceguera verificada por medio de un hierro candente. Tres dias vivió despues padeciendo horribles y agudísimos dolores, al cabo de los cuales fué decapitado. Parece á algunos, con sobrado motivo, que fué Abdallah excesivamente cruel con Zaide, contra lo que debia esperarse de su bondadoso carácter: acaso el haber visto esta misma bondad tan mal correspondida, y el íncuo despojo que estaban verificando en sus dominios, le hicieron cambiar en aquellos momentos, trocándose de humano en cruel.

A pesar de la victoria obtenida por Abdallah y de la dispersion de los rebeldes, el foco de la rebellion quedó vivo; y los dispersos de la batalla de Loja independientes siguieron, retirándose á la Alpujarra, en donde eligieron por su jefe á Mohammed-ben-Abdeha-ben-Abdelafif, el cual fortificando convenientemente aquel terreno continuó defendiéndose á favor de la terrible guerra de montaña, á la cual tan perfectamente se prestaban las sierras de Ronda, Antequera y Granada.

En tanto estas cosas sucedian, Abderrahman se habia dirigido á Sevilla, encargado por su padre el emir de someter la sublevada ciudad; y por sensible que le fuera tener que pelear contra su hermano, no solamente le era forzoso obedecer á Abdallah, si que tambien Mohammed habia provocado la lucha, desoyendo los buenos consejos, y no queriendo ni aun contestar á las reiteradas gestiones practicadas para dar amistosa solucion á tan desagradable suceso.

El joven Abderrahman dió buena muestra en aquella ocasion de su genio belicoso y de su inteligencia. Apenas comenzara la campaña, cuando ya era dueño de Carmona; pocos dias despues tomó á Sevilla; y cuando de ella huian los sublevados, Abderrahman los obligó á aceptar la batalla, que fué reñidísima y no escasa de sangre. El triunfo en definitiva fué de Abderrahman, en cuyo poder cayeron su tio Alkacim y su hermano Mohammed, ambos heridos en la pelea, los cuales fueron encerrados.

Poco sobrevivió al vencimiento el rebelde Mohammed. Encerrado en una fortaleza, murió en el año 895, al parecer de muerte natural, aunque se supuso habia muerto envenenado.

Continuaron las luchas parciales y la civil guerra, con tanto destrozo y horrores que es difícil expresarlos, aunque estaba aquella circunscrita al terreno que ocupaban los rebeldes de Toledo y de la Alpujarra.

En el año 897 una nueva calamidad se desplomó sobre la dominacion árabe. El hambre horrible y destructora asoló el imperio, á consecuencia de la esterilidad que la precediera; llegando el caso extremo, si no exageran las historias arábicas, de obligar la carestía á los pobres á alimentarse de la carne de sus semejantes, despues de ser cadáveres, cuyo número era excesivo mediante una nueva y no menos atroz calamidad. La aterradora peste vino á aumentar el conflicto y el horror.

De este modo acabó el siglo IX, cuyo término fué tal, que permaneció fijo é indeleble en la memoria de los árabes durante largos años.

Siglo X.

AÑO 900 AL 950.

ALFONSO III.—Antes de ocuparnos de los diversos condados, unos dependientes y otros independientes del reino de Asturias, juzgamos oportuno y conveniente dejar que avance el tiempo hasta la mitad del décimo siglo, á fin de que la relacion de los sucesos ocurridos en cada uno de aquellos pueda presentar más interés, abrazando igual periodo de tiempo en cada subdivision. Colocados antes, poco podria decirse de algunos de ellos: así, pues, volvamos ahora al reinado de Alfonso el Magno.

Este gran soberano continuó observando escrupulosamente el tratado de paz que firmado tenia con el emir de Córdoba. Mil ocasiones tuvo de aprovechar las revueltas y el estado de confusion y de desórden en que el imperio árabe se hallaba, especialmente en el reinado turbulento, inquieto y agitado del humano Abdallah; empero jamás trató de faltar á los solemnes pactos, porque repugnaba á su valor y nobleza valerse de las aciagas circunstancias que al emir acosaban.

A pesar de que los emires no respetaron menos el tratado, no comenzó el siglo X de pacifica manera para el tercer Alfonso.

Ahmed-ben-Moavia, conocido por Abulkassim, era uno de los caudillos del rebelde Caleb, á quien este tenia encomendada la guarda de las fronteras cristianas. Este hombre poderoso y de no vulgares conocimientos, hizo venir á sueldo gran número de africa-

nos, hizo asimismo grandes reclutamientos en España, y logró reunir más de 60,000 hombres, con general asombro y dando margen á creer que meditaba dar un grande golpe al emir de Córdoba, contra el cual, como Caleb, habia hasta entonces esgrimido las armas. No fué por cierto así; quizá como llegó su presunción hasta el extremo de llamarse á sí propio profeta, y como su fanatismo religioso rayaba en el delirio, quiso dar ese mismo golpe, que se creia iba á dirigir hácia otra parte, á los cristianos de Asturias. Acaso embriagado á consecuencia de su desmedido orgullo y confiado en las fuerzas materiales de que disponia, contó anticipadamente con el triunfo, y fundó en la imaginada derrota de los denodados guerreros de la santa cruz, el comienzo de su carrera de profeta, no dudando que iba á ser para los secuaces de la media luna un nuevo Mahoma.

Fuesen ó no tan lisonjeros sus proyectos, es lo cierto que tuvo la osadía de dirigirse al invicto rey de Asturias por medio de un insolente escrito, mandándole, que así puede decirse, abjurar de la católica fé y hacerse vasallo suyo, ó que de lo contrario se aparejase á sufrir la muerte de ignominiosa manera.

Debemos suponer que el gran Alfonso despreciaría el insensato escrito como hijo de la imaginacion de un demente. Ahmed, empero, decidido sin duda á poner por obra su desatinado proyecto, penetró en territorio cristiano y llegó hasta Zamora, ocasionando todo género de daños en cuantas poblaciones atravesó en su camino.

El rudo golpe cogió desprevenidos á los cristianos de Zamora, confiados en la paz establecida con el emir; y además, no podian prever que un caudillo sujeto al rebelde Caleb pudiese allegar tal número de soldados como los que allí habian aparecido.

Asombrados al ver las enormes fuerzas que amenazaban á su religion é independecia, y destituidos de fuerzas materiales para poder hacer frente al invasor con esperanza de suceso, se refugiaron apresuradamente en la ciudad, bastante fuerte para resistir algun tiempo.

La desagradable nueva llegó á oidos del rey, quien muy en breve dió vista á las murallas de Zamora, seguido de un ejército tambien muy numeroso, cuya base la formaban aguerridos y esforzados veteranos.

Llegó Alfonso al sitio que Ahmed con su ejército ocupaba, y le retó al combate; la batalla comenzó demostrando ambas huestes un valor fabuloso; la sangre corrió á torrentes; el encarnizado furor fué tal, que la tremenda lucha duró cuatro días; pero el glorioso triunfo fué de Alfonso el Magno.

El orgulloso que á sí propio se apellidaba profeta no pudo pre-

ver sin embargo que iba á encontrar la muerte en donde pensaba dar principio á su mundanal gloria, y que con él habia de perecer su hermano Abderrahman-ben-Moavia; porque ambos caudillos quedaron muertos sobre el campo de batalla. Los restos del ejército mahometano, notando esta ocurrencia tan desgraciada para ellos, comenzaron á huir despavoridos, en cuyos momentos fué tan espantosa la carnicería, que los mismos autores arábigos manifiestan que en tan memorable jornada cortaron los cristianos muchas cabezas. Este decisivo combate tuvo lugar en el año 901, y fué llamado *el dia de Zamora*.

Gran crédito dió á Alfonso este suceso, animándole á acometer nuevas y más expuestas empresas. Imprevistamente abandonó su reino y se dirigió sobre Toledo en busca del rebelde Caleb, con ánimo sin duda de darle una severa leccion; mas tuvo necesidad de regresar á su reino sin cumplir su deseo. Observó detenidamente la posicion de la ciudad, y comprendió la dificultad de tomarla sin otros elementos que aquellos de que entonces disponia. Sin embargo, su expedicion no fué escasa de gloria, así por el largo camino que felizmente recorrió (902), como por haber tomado á su paso diversos castillos. Despues de la formidable rota del Guadalete, ningun monarca cristiano habia llegado desde su córte, tan distante y retirada, hasta la que lo fué de Leovigildo y Recaredo.

Luego que hubo regresado de su atrevida y gloriosa expedicion, comenzó Alfonso á cuidar de los sagrados intereses de la religion y del Estado. Debía seguramente lisonjearse de ser un soberano entendido, virtuoso y valiente, y por lo tanto debia tambien creerse al abrigo de toda asechanza, y poseedor de la veneracion de todos y del universal cariño.

A pesar de esto, una conspiracion infernal é injustificable se tramaba muy cerca de él: los jefes ó promovedores de ella eran sus cinco hijos y de su esposa Jimena, llamados Garcia, Ordoño, Fruela, Gonzalo y Ramiro, de los cuales el primogénito estaba casado con la hija de Nuño Fernandez, conde de Castilla.

Autores hay que manchan la memoria de la reina Jimena, achacándola una parte muy activa en esta infame trama: otros, creemos que lo hacen con mayor motivo y fundamento, presentan como verdadero promovedor de la negra traicion al suegro de Garcia, que residia con este á la sazón en Zamora.

El objeto de la conspiracion no era otro que el de arrebatár á Alfonso el cetro que durante tantos años manejara con acierto, con valor y con gloria. Mas impensadamente Garcia fué preso en Zamora, y por órden de Alfonso se le trasladó encadenado á Asturias, poniéndole á buen recaudo en el fuerte castillo de Gauzon.

Se cree que despues de la prision del hijo tomó la esposa alguna

parte en la conspiracion. Acaso esta olvidara sus deberes hácia su esposo, impulsada por el amor de madre, y afligida con el riesgo que pudiera correr su hijo.

Ya unida la reina á los rebeldes, la conspiracion tomó grandes dimensiones, y estallando de pronto á mano armada, los sediciosos se hicieron dueños de diversos castillos hechos construir por el mismo rey para defensa de su reino; y ya colocados aquellos en la funesta pendiente del crimen, se dejaron arrebatar del villano impulso que los habia puesto en accion. La guerra civil se inauguró, y continuó desplegando todos sus males y horrores, hasta que no pudiendo consentir el magnánimo Alfonso que aquellos continuasen, y queriendo ser siempre superior á todos sus afectos y á sus más caros y particulares intereses, mandó reunir en su palacio (909) á los prelados, los altos dignatarios y todos los individuos de su propia familia.

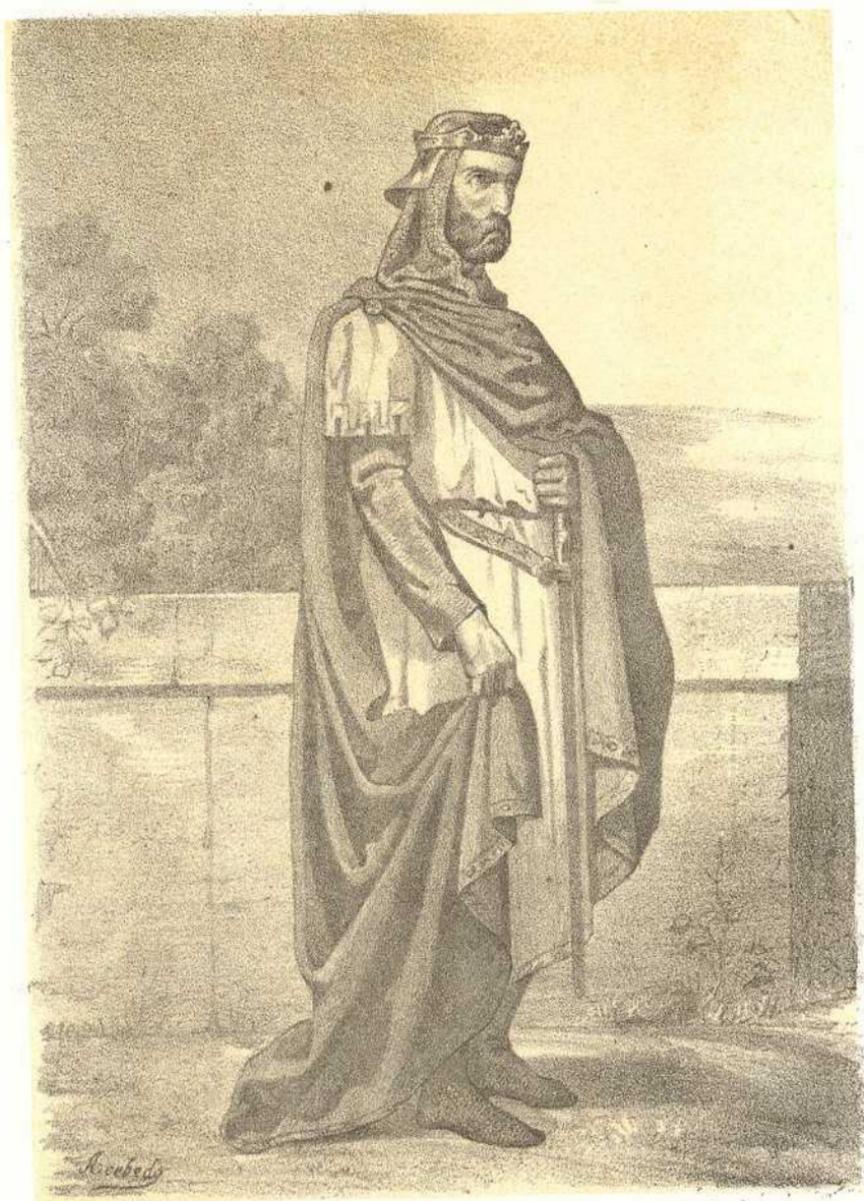
Verificóse la solemne asamblea en el palacio fortificado de Boi-des, en donde con general sorpresa abdicó el rey la corona, despues de haber pronunciado las siguientes palabras: «La felicidad y »la gloria de mi pueblo han sido los únicos objetos que tuve siem- »pre presentes para arrostrar las fatigas y los peligros por que he »debido atravesar durante mi largo reinado. Hasta mi último ins- »tante hubiera sido el mismo; mas puesto que deseais la corona so- »bre las sienes de García, en él la resigno, dando el señorío de Ga- »licia á D. Ordoño, y á D. Fruela el de Oviedo.»

Dícese que confundidos los ingratos hijos suplicaron de rodillas á su padre y rey les perdonara y conservase el cetro, y que él se mantuvo firme en su resolucion. Sea de esto lo que quiera, en aquella ocasion se dividió el reino, tomando para sí D. García las tierras de Leon; D. Ordoño la Galicia y toda la parte de la Lusitania cristiana; D. Fruela las Asturias; D. Gonzalo quedó de arcediano de Oviedo, porque habia recibido las órdenes sagradas; y D. Ramiro, en virtud de su corta edad, quedó sin estado al lado de su madre, aunque tiempo adelante se le dió el dictado de rey, meramente como título de honor.

Al ceder la corona el gran Alfonso III, se reservó para sí la ciudad de Zamora; dícese que la miraba con particular y decidida aficion, así por haberla mandado reedificar él mismo, como por haber obtenido cerca de ella tan dignísimos y memorables triunfos.

Decidido á morar en dicha ciudad todo el resto de su vida, antes de ponerse en camino pasó á visitar el sepulcro de Santiago Apóstol. Despues de haber practicado esta piadosa diligencia y viniendo de regreso pasó por Astorga, en donde se encontró con su hijo García, ya rey en virtud de la abdicacion de su padre.

Hasta en aquel momento fué grande é inimitable el Magno Al-



A. G. de la...

Madrid. J. Novati

ALFONSO III. EL MAGNO.

fonso; hasta despues de haber resignado el cetro, quiso ser superior á cuantos le precedieran; y al pedir á su hijo, reconociéndole dueño del poder soberano, una gracia que de antemano le otorgó García, no poco conmovido con el respeto que hacía él demostraba su padre, este gran monarca solicitó del nuevo rey le diese su permiso para combatir una vez más contra los moros, «porque queria dar una rota, antes de abandonar el mundo, á los enemigos de Jesucristo.»

No parece sino que un espíritu profético le impulsaba á pedir esta gracia á su hijo, como quien conoce que pronto va á faltarle la vida.

Autorizado con el permiso de García I, dispuso la jornada contra Caleb, que manteniéndose rebelado contra el emir en Toledo, se acercaba muy á menudo á las fronteras para molestar y causar daño á los cristianos.

Gloriosa fué la última expedicion de Alfonso el Magno. Con el mismo ardor é intrepidez de los primeros años de su brillante juventud, entró por los dominios de Caleb incendiando, talando, destruyendo; y despues de haber adquirido refulgente gloria y aterrorizado á los musulmanes, regresó á Zamora triunfante, cargado de despojos y con muchísimos cautivos.

Apenas habia entrado en su querida ciudad, falleció de enfermedad el dia 19 de Diciembre del año 910, teniendo sesenta y dos de edad y llevando cuarenta y cuatro de reinado. Los sucesos ocurridos durante este dirán bien claramente al lector si hubo antes algun soberano en Asturias más digno de serlo que el grande Alfonso, sin necesidad de que nos detengamos á probar que reunió el valor á la virtud; la bondad al ardimiento; la piedad religiosa al helicoso corazon.

REYES DE LEON.

GARCÍA I.—Subió García al trono por efecto de la abdicacion de Alfonso III el Magno, en el mes de Diciembre del año 910, como en su lugar dijimos; fué el primero que se llamó rey de Leon, y la ciudad de este nombre la capital ó córte del nuevo reino. Nada ganó con esto la cristiana monarquía, puesto que se habia fraccionado en tres partes; mas á pesar de que habia cabido á Asturias la gloria de haber sido la cuna de aquella, perdió el reino su nombre, y en la época de que vamos á ocuparnos descendió á ser señorío, cuyo dueño era Fruela, el hermano del rey de Leon.

Breve y pasajero fué el reinado de García, durante el cual, solo verificó una expedicion, empero muy gloriosa, contra el hijo de Haf-

sún, Caleb, que aun seguía mandando en el territorio que usurpara al soberano de Córdoba. Taló y quemó García cuanto encontró en su camino; destruyó á Talavera, y regresó triunfante con gran copia de despojos, riquezas y cautivos: esto en cuanto á rey belicoso.

Como piadoso soberano, hizo algunas fundaciones y dotó varias iglesias, entre otros sagrados asilos el monasterio de Dueñas. Poco despues falleció, hallándose en Zamora, en el mes de Enero del año 914, habiendo reinado tres años y cerca de dos meses.

Hechas las exequias del malogrado rey, reuniéronse los grandes y prelados del reino, para conferenciar y elegir el que habia de ocupar el vacante solio. Muy poco vacilaron en la eleccion: Ordoño, segundo de este nombre, hermano de García, á quien tocara la Galicia y toda la parte de la Lusitania cristiana, fué el elegido; y esta eleccion fué sumamente acertada, puesto que de este modo volvian á reunirse los dominios del reino, excepto la parte de Asturias que poseia Fruela, el tercer hermano.

Otra razon hubo, poderosa tambien, para elegir á Ordoño. Habia dado ostensibles muestras de ser hombre de belicoso carácter y de no comun ardimiento, imponiendo pavor á los mahometanos con su atrevidas expediciones, llegando hasta las márgenes del Guadiana, siempre victorioso é imponente.

Ordoño II.—Año 914. No defraudó, en efecto, Ordoño II las esperanzas de los electores ni desmintió su noble origen; antes por el contrario, mostró bien claramente que era muy digno de empuñar el cetro del gran Pelayo, de los tres heróicos Alfonsos y del memorable Ordoño I, su abuelo, manifestando que en él revivia su glorioso padre.

Acreditado ya como esforzado guerrero antes de ascender al solio de Leon, y no estando ligado con pactos de paz que le obligasen á permanecer inactivo, quiso hacer ver á los musulmanes hasta dónde llegaba su brio y la pujanza de los soldados de la cruz.

Su primer hecho de armas fué sobre Mérida, á cuya ciudad impuso la ley (918). Solo se alejó de sus muros despues de haber hecho á los enemigos que aceptasen, ó comprasen á muy caro precio, más bien, una paz para ellos vergonzosa y humillante. De Mérida marchó á recorrer la Castilla (Campos de los godos), y llegó á Talavera. La ciudad, que habia sido destruida por García I, estaba, si no reedificada, ya reparada por los mahometanos, los cuales, notando hasta qué punto era temible un rey que lleno de valor é inteligencia parecia ser favorecido por la fortuna, llegaron á temer demasiado para no pensar en contener su brillante carrera por el sendero de la gloria.

Sin detenerse un punto el emir de Córdoba hizo juntar un pode-

roso ejército, con el intento de atajar el paso al belicoso Ordoño, y si era posible destruirle. Dicese que tanto llegaron á temerle los mahometanos, que Abderrahman III, á la sazón emir de Córdoba, no creyéndose con suficiente poder para oponerse al bizarro rey de Leon, pidió auxilio á los africanos; y que el rey de la Mauritania le envió un ejército bajo la conducta de un valiente caudillo llamado Almotaraf.

Sea de esto lo que quiera, consta que los secuaces de la media luna fueron á encontrar al rey de Leon, y que llegaron hasta San Estéban de Gormaz. Mas no dióles tiempo el digno hijo de Alfonso III para que más adelante pasasen. Se presentó á su vista de improviso y los atacó con el más decidido arrojo, trabándose la pelea con denuedo tambien por parte de los musulimes.

Mucho tiempo habia trascurrido; la batalla se encruelecia más cada vez, y la victoria se mantenía indecisa: ya parecia que el triunfo era de Ordoño; ya que los vencedores eran los agarenos; hasta que diezmados estos y muertos sus dos principales caudillos, quedó el campo por los cristianos, viéndose aquel sembrado de cadáveres, casi todos de los vencidos musulmanes.

Algun tiempo despues tuvieron otro choque en que no llevó la mejor parte Ordoño; empero el suceso más desfavorable para las armas cristianas en general fué otro en el cual el rey de Leon figuró solamente como auxiliar. De este desgraciado suceso nos ocuparemos más detenidamente al tratar del reino de Navarra: por ahora solo diremos que invitado Alfonso á prestar auxilio al rey de los expresados dominios, marchó sin detenerse á darle socorro. Avisó á los condes de Castilla para que con sus fuerzas aumentasen las de Leon; mas ellos no acudieron al llamamiento, dejando aislado á Ordoño. Acaso esta accion, que nada favoreció á los condes, fuese el fundamento del enojo que tiempo adelante demostró Ordoño contra ellos.

Sin embargo de esto, continuó su camino el valiente rey de Leon; tomó parte en la grande batalla, que fué muy obstinada y dudosa, aunque en definitiva ganada por los mahometanos, habiendo tenido Ordoño el disgusto de ver cautivos á los obispos de Salamanca y de Tuy, Dulcidio y Hermogio, que le acompañaron en aquella desgraciada expedicion, aunque no duró largo tiempo la cautividad; porque ambos se rescataron, Dulcidio abonando el rescate, y Hermogio ofreciendo entregarle, y dejando en rehenes entre tanto á su bello sobrino Pelayo, el cual padeció el martirio, por haberse negado constantemente con fervorosa fé y animoso corazon á renegar de la fé católica.

Pasado algun tiempo despues de este desastre, verificó Ordoño una atrevida correría, llegando con denodado corazon é increíble

esfuerzo hasta las inmediaciones de Córdoba, capital de la corte del emir, desde sus lejanos dominios, á los que regresó triunfante y siendo objeto de la universal admiracion.

El placer que experimentara por el buen éxito de su temeraria empresa, fué bien pronto amargado con muy acerbo dolor. De este modo se entremezclan y alternan con las alegrías los sinsabores en este valle de duelo y de miserias. Hallándose el rey en Zamora, de vuelta de su incursion en los dominios de Abderrahman III, falleció Elvira, su esposa, á quien entrañablemente amaba.

Un funesto suceso ocurrió despues, que á ser exacto en sus detalles, favorece poco la buena memoria de este gran rey, que ni tiene otro lunar en todo su reinado, ni aun este puede empañar la grande aureola de gloria que supo añadir á la real corona. Tratamos del castigo que impuso á los cuatro condes de Castilla. Cierta es que delinquieron en no responder al llamamiento del rey; que fué más punible su negativa tratándose de auxiliar á un rey cristiano que habia pedido socorro al de Leon contra los agarenos, y que pudiera ser muy bien tuviese razon Ordoño en atribuir á su falta el mal éxito de la empresa á cuya ejecucion fueron llamados, porque hubieran reforzado el cristiano ejército con numerosa hueste si hubiesen acudido. Mas si guardó el resentimiento y le vengó del modo que se dice, no es posible aprobar la manera, cuya falta de nobleza, sumamente notable en tan gran soberano, puede explicarse, en nuestro concepto, si se atiende al creciente poder de los condes y al número de guerreros que á su devocion tenian. Acaso Ordoño, al obrar con poca lealtad, quiso evitar una sublevacion en los dominios en que los expresados caudillos gobernaban, que impidiese realizar el castigo, sin atender á las consecuencias que la ejecucion de este pudiera acarrear. De un modo ó de otro, el hecho, segun lo refieren los escritores que le toman de la crónica de Sampiro, pasó de esta manera.

Eran cuatro los condes, y se llamaban Nuño Fernandez (el suegro de García I); Abolmondar el Blanco (de origen árabe); Diego, su hijo, y Fernando Ansures. Llamólos el rey para celebrar una conferencia: los cuatro estaban en Búrgos, y se trasladaron á un pequeño pueblo llamado Tejares, situado en la ribera del Carrion, y llegados que hubieron á dicho punto, el rey los mandó prender y conducir á Leon. Pasado algun tiempo fueron los cuatro condes sentenciados á muerte, y la sentencia fué ejecutada, sin que se haya sabido si precedió á la condena algun proceso, ó si fué la aplicacion de la última pena una medida arbitrariamente tomada.

Parece probable que, más ó menos breve, precediese el proceso á la sentencia; porque si hubiera sido la intencion del rey sacrificar á los condes sin observar fórmula alguna legal de las prefija-

das por la legislación vigente en aquella época, los hubiera decapitado en Tejares, sin hacerlos trasladar á Leon; y aun cuando hubiese querido que la sangrienta escena se verificase en la córte, no tuvo necesidad de retardar la ejecucion ni de dejar trascurrir los dias que mediaron entre la llegada á la córte y la decapitacion. Asi, pues, puede inferirse que dicho espacio de tiempo se empleó en la formacion del proceso; y aunque las circunstancias que en este desgraciado suceso mediaron hayan quedado envueltas en la oscuridad del misterio, consta que delinquieron gravemente en no prestarse á auxiliar á los cristianos, negando el poderoso refuerzo que pudieran haber dado, siendo quizá culpa suya, como Ordoño creyó, la pérdida de la batalla; y, por otra parte, el rey no dió muestra en ninguno de sus actos, fuera del que acabamos de referir, que ha quedado sujeto á la duda, ni de carácter despótico ni de corazon inhumano.

El último hecho de armas que llevó á cabo el rey, fué como auxiliar del de Navarra, á consecuencia de haberse sublevado dos ciudades de este reino; y ambos soberanos las sujetaron muy en breve y restablecieron el órden en él (925).

El rey de Leon habia celebrado segundas nupcias con Aragonta, nacida en Galicia y de noble alcurnia, á la cual repudió, sin que podamos consignar el motivo que para hacerlo tuvo, y despues de haber terminado la empresa de Navarra obtuvo para tercera esposa á doña Sancha, hija de Garcia, soberano del expresado reino.

Poco tiempo despues, dirigiéndose desde Zamora á Leon, falleció sin haber terminado su camino, en los primeros dias del año 924. Ordoño II mandó erigir la hermosa catedral de Leon, y en ella fueron enterrados sus mortales restos.

Dejó á su muerte cuatro hijos: Alfonso, Sancho, Ramiro y Garcia, que además de una hija llamada Jimena, tuvo en Elvira, su primera esposa. Sin embargo, reunidos los electores, prelados y grandes, determinaron elegir á Fruela, señor de Asturias y hermano de Ordoño, para empuñar el cetro. Tal vez esta decision tuviese su origen en el deseo de que todos los antiguos dominios de Alfonso el Magno volviesen á quedar reunidos; porque ningun acto anterior de Fruela pudiera haber justificado la eleccion.

FUELA II.—AÑO 924. Afortunadamente el nuevo rey solamente lo fué poco más de un año, en cuyo tiempo, corto en verdad, pero suficiente para haber dado alguna muestra de su capacidad como rey ó como guerrero, nada hizo que pudiera ser legado á la posteridad.

Lo único que de él refiere la historia, segun los escritores mejor

informados, valiera más que no pudiera consignarlo, porque nada le favorece.

Sin que pudiese apoyarse en ninguna causa ó pretexto, segun se refiere, hizo decapitar al hijo de un noble leonés llamado Olmundo, y á un hermano de aquel, prelado de Leon, le extrañó del reino. Creemos que aunque fuese infundado, algun motivo tendria para tomar tan fuerte determinacion, así respecto de la muerte del uno como del destierro del otro, quien por su carácter sagrado y por su elevada dignidad merecia grande respeto, y más aun en aquella remota época. Sin embargo, si tuvo motivo no debió saberse, de ostensible manera al menos; porque poco despues se vió cubierto de lepra, á consecuencia de la cual perdió la vida, y tanto la repugnante enfermedad como la prematura muerte, unánimemente se atribuyó entonces á un visible castigo de Dios, por la infamia cometida con los dos hijos del leonés Olmundo. Esta creencia prueba que no se encontró causa que justificase tan cruel determinacion.

Su muerte tuvo lugar en el año 925; y de él se dice que mandó abrir una via pública en Asturias cuando era señor de estos dominios, en los cuales dejó algunas señales de su piedad en varias donaciones que hizo.

Tres hijos de Fruela II quedaron al fallecimiento de este, llamados Alfonso, Ordoño y Ramiro; empero los electores volvieron la vista hácia los que dejara Ordoño II, y eligieron al primogénito, llamado Alfonso, como su abuelo.

ALFONSO IV, EL MONJE.—AÑO 925. Apenas habia ascendido al solio el nuevo soberano, se apresuró á reparar la injusticia que su tio Fruela cometiera, alzando el destierro al obispo hijo de Olmundo, llamado Fronimio. Esta justa determinacion fué muy del agrado de sus súbditos; porque les hizo ver que el nuevo soberano poseia un fondo de rectitud y justicia, tan esencial y necesario en los príncipes.

Alfonso IV era sumamente piadoso, mas no parecia hijo del animoso y esforzado Ordoño. Cinco años llevaba de reinado, sin que durante su trascurso hubiese hecho otra cosa que un viaje á Simancas, cuya iglesia erigió en sede episcopal; pasados los cuales abdicó espontáneamente la corona en su hermano Ramiro, con el asentimiento de los electores á quienes convocó en la ciudad de Zamora, y él se retiró al monasterio de Sahagun en donde trocó la régia púrpura por el tosco sayal de monje, despues de haber verificado la solemne abdicacion, que tuvo lugar en 11 de Octubre del año 930.

RAMIRO II.—AÑO 930. Este rey, más belicoso que su hermano, se dedicó poco despues de haber empuñado el cetro, á demostrar á

los mahometanos que era digno hijo del valeroso Ordoño. Al efecto trataba de salir á campaña, cuando impensadamente le sorprendió la increíble nueva de que su hermano el monje de Sahagun habia abandonado su retiro, y presentándose en Leon, córte del reino, habia recobrado la corona.

Hallábase Ramiro en Zamora, y la inesperada nueva le causó terrible y fuerte impresion. Dicese que tanto como Alfonso IV tenia de voluble y de débil, tenia de enérgico é irascible Ramiro.

Dando este rienda suelta á su fogoso carácter, aprestó el ejército que tenia preparado para la expedicion contra los musulimes, y puesto á su frente se dirigió á marchas forzadas á Leon, cuya ciudad tomó por fuerza de armas, haciendo prisionero á su hermano Alfonso, que fué luego encerrado en un calabozo.

Poco despues Ramiro recibió una invitacion de la nobleza asturiana: se llegó á sospechar que aquella, puesta de acuerdo con los hijos de Fruela II que residian en Asturias, tramaba algun proyecto dirigido contra el rey. Este, ni demostró temor, porque pasó á Asturias, ni dejó de vivir precavido: se presentó entre aquellos á quienes se tenia por sus enemigos personales, y seguido de respetable hueste aprisionó á sus primos Alfonso, Ordoño y Ramiro. De Asturias los hizo trasladar á Leon, dándoselos por compañeros á Alfonso IV; y poco despues los cuatro fueron privados de la vista, castigo horrible que para ciertos crímenes prevenia la legislacion de los godos.

Libre de cuantos pudieran con fundado pretexto armar asechanzas á su poder, volvió la imaginacion hacia el proyecto que tenia formado cuando supo en Zamora la determinacion de Alfonso IV.

No quiso, sin embargo, proceder á su arbitrio, á fin de procurar el acierto en la expedicion que meditaba; y para decidir la empresa que debia acometer como más ventajosa, mandó reunir el consejo de grandes, ante el cual explanó su proyecto y pidió el parecer de los magnates.

La determinacion de la asamblea, de acuerdo con el dictámen del rey, fué acordar como lo más conveniente á la sazón el llevar las armas cristianas al Este de España; y á realizar la expedicion salió con su brillante ejército Ramiro, no menos animoso que Alfonso III su abuelo, y que Ordoño II su padre.

Brillante fué su primer ensayo. Atravesó intrépido el dilatado camino, y franqueando la sierra de Guadarrama dió vista á Magerit (Madrid); sitióla brevemente; se posesionó de la poblacion; pasó á cuchillo la guarnicion musulmica; tambien los habitantes agarenos, y despues de destruir y dismantelar las fortificaciones se dirigió á Talavera, en donde obró en un todo de idéntica manera que en Madrid, á despecho y pesar del wali de Toledo que le fué á los

alcances; y regresó victorioso á Leon con innumerables despojos. Por este tiempo (952) se agitaban turbulentas é inquietas las huestes mahometanas, ganosas de vengar los destrozos de Talavera y de Madrid. Cargaban sobre las tierras de Castilla, y no creyendo el célebre conde Fernan Gonzalez suficientes sus fuerzas para contrarrestar á la muchedumbre ismaelita, dió aviso á Ramiro II, el cual se apresuró á unir su victorioso ejército con el del expresado conde.

Avistáronse ambos no lejos de Osma, y poco despues encontraron las huestes enemigas mandadas por Almudhaffar. Reñida y larga fué la batalla; empero los leoneses y castellanos arrollaron, por fin, á los agarenos, dejando muchos muertos sobre el campo, y haciendo gran número de cautivos que dieron más realce á la triunfal entrada de Ramiro en Leon.

Algunos años pasaron sin que ocurriese ningun notable suceso en el expresado reino; y llegado el 957 tuvo lugar una novedad ventajosa por el extremo para Ramiro II y para su reino. Un wali llamado Omeya-ben-Ishak se pasó al ejército del rey de Leon con no pequeño número de sarracenos. La causa de su perjurio se atribuyó á resentimiento con su soberano, á consecuencia de haber esté mandado dar la muerte á un hermano del citado wali. De la defecion de este, y de otras circunstancias que se encontrarán explicadas despues al tratar de la España árabe, resultó la reunion de un formidable ejército compuesto de 100,000 muslimes, los cuales formaron un vistoso y magnifico campamento en las márgenes del Tormes, cerca de Salamanca, cuando casi terminaba el año 958.

El valeroso Ramiro salió en busca de Abderrahman: levantó este el campo con el objeto de cortar el paso al monarca de Leon; y avanzando ambos reales caudillos, llegaron á avistarse en las inmediaciones de Simancas, no lejos de la confluencia del Duero y del Pisuerga.

Imposibles de describir serian las valerosas hazañas de ambos soberanos leonés y árabe; imposible dar una exacta idea del valor fabuloso de ambos ejércitos, y no menos imposible dar aproximada idea de todo el horror de aquella mortal lucha; de los destrozos; de la sangre derramada.

Formaba parte de las huestes del rey de Leon el wali Omeya-ben-Ishak con sus secuaces, quienes peleaban contra sus correligionarios, si no con más valor, con mayor encono que los soldados cristianos; y tanto fué el valor de estos y de sus auxiliares; tanto el arrojo del esforzado Ramiro que á la cabeza de sus mejores ginetes cargaba sin cesar á los muslimes, arrollando impetuoso tanto cuanto á su paso se oponia, como el desencadenado huracan del otoño esperece las ligeras hojas, troncha las ramas y arrebatá las flores, que

el ala derecha del numeroso ejército de Abderrahman fué puesta en fuga, dispersa y en desorden, temerosa y atónita al ver tanto valor, tanto denuedo.

Furioso y desesperado el soberano árabe se puso al frente de sus bizarros ginetes cordobeses; coloca en balanza la batalla, conteniendo la fuga y restableciendo la cruel y sangrienta accion; sangrienta, sí, y por demás costosa para la media luna, que contaba secuaces suyos en ambas huestes, á causa de los caudillos que en ella perecieron; porque murió Aben-Ahmed; no muy lejos de Abderrahman, cayó sin vida Gehaf-ben-Yeman, y cerca del mismo soberano dejó tambien de existir el famoso y bizarro caudillo cordobés Ibrahim-ben-David, de origen judío.

La accion estaba casi perdida por los cristianos, cuando la ausencia del sol y la llegada de la tenebrosa reina de las sombras hizo que indeliberadamente se suspendiese el pelear y cesara la horrible carnicería.

Dicen que al aparecer la aurora, el completo triunfo coronó el valor del ejército de Ramiro; y hemos visto escrita, al tratar de la pérdida que sufrieron los hijos de Ismael, la enorme cifra de 80,000 sarracenos. Acaso la equivoquen con la del célebre foso de Zamora, aunque no por esto negamos que murieron muchos millares de ellos en Simancas; y tanto es esto así, que los mismos cronistas árabes manifiestan cuán grande fué su pérdida. La accion de Simancas dió eterno renombre al valeroso Ordoño II.

Posteriormente el diezmo ejército de Abderrahman marchó á reforzar sobre Zamora á 20,000 mahometanos que la tenian cercada mucho tiempo habia. En esta empresa tambien fué atroz la mútua carnicería y copiosísima sangre derramada. Baste decir que disputándose el terreno para franquear el paso de un foso, allanaron los musulimes con los cadáveres de los suyos el hueco del ancho y profundo foso antes citado, para que les sirviesen de puente; perdiendo en la pelea, segun el dicho de los mismos árabes, de 45 á 50,000 musulimes. Esta famosa accion tomó el nombre histórico de *batalla del Foso de Zamora*, y tuvo lugar el día 5 de Agosto del año 939.

El estandarte del pseudo-profeta ondeó sobre los torreones de la precitada ciudad de Zamora á costa de un río de sangre musulmica, puesto que al confesar sus mismos historiadores que allanaron el gran foso con los cadáveres de los suyos, y al consignar que su pérdida consistió en 45 ó 50,000 hombres, bien puede creerse seguramente que lo primero es cierto, y que esta cifra no estará exagerada, ya que no esté disminuida.

El triunfo de los árabes fué muy caro de sangre, y la posesion de Zamora de bien efímera duracion: el esforzado Ramiro se la arre-

bató bien pronto diezmandolos de nuevo de tal manera, que no parece posible tuviese el califa de Córdoba soldados bastantes despues de tantas pérdidas como llevaba sufridas, casi sin interrupcion.

Poco despues Fernán Gonzalez quiso levantar el estandarte de la rebelion contra su rey Ramiro. Hacia ya tiempo que los condes de Castilla llevaban de pesada manera la dependencia del soberano de Leon, no siendo otra cosa en realidad que simples gobernadores; empero se vió el espíritu de insubordinacion en los cuatro que fueron decapitados, y ahora nuevamente vemos ir más allá que aquellos al conde Fernan Gonzalez. El motivo ó pretexto para levantarse contra el rey, no fué otro que el siguiente:

Ramiro habia mandado á su ejército dirigirse á poblar á Peñaranda, Ledesma, Salamanca y otros puntos y castillos, destruidos unos y abandonados otros, y Fernan Gonzalez se resintió de que perteneciendo todos ellos al territorio castellano, el rey por sí solo tomase y llevase á cabo semejante determinacion; como si el monarca tuviera necesidad de contar con un delegado suyo para decidir y ejecutar lo que bien le pareciese.

Corria el año 940 cuando Fernan Gonzalez, unido á Diego Muñoz, conde tambien, dió el grito de sedicion; pero no mucho despues ambos habian caido en poder de Ramiro, quien mandó llevar al primero al castillo de Leon, y al de Gauzon al segundo.

No fué perdida, sin embargo, para Fernan Gonzalez la sublevacion; porque fué el principio, quizá, de la realizacion de sus más fervientes deseos. Ramiro, como valiente, apreciaba mucho á Fernan Gonzalez, que lo era tambien en alto grado; y lejos de pensar en borrar con sangre la rebelion, le exigió un solemne juramento de fidelidad, y trató con él el enlace de Ordoño, su hijo primogénito, con Urraca, hija del conde Fernan Gonzalez.

En el siguiente año (941) ocurrió una nueva invasion de los musulimes, que fueron sorprendidos por los cristianos junto á San Estéban de Gormaz. Sin embargo, el triunfo fué de los árabes; se posesionaron del fuerte de Sanestéfan, haciendo grande estrago en los españoles, y recibiendo casi igual daño.

Algun tiempo trascurrió sin que ocurriese suceso alguno que merezca referirse, hasta el año 944, en que se acordó solemnemente una tregua por cinco años entre el rey de Leon y el califa Abderrahman.

No fué seguramente infructuosa esta interrupcion de hostilidades, porque Ramiro no por ser un rey extremadamente belicoso y esforzado, descuidaba el fomento de los intereses de sus pueblos. Decidido á cumplir su compromiso con el califa, se dedicó á fundar y poblar muchas ciudades y villas de sus dominios, hasta que habiendo espirado la tregua y libre de toda rémora, atravesó el Duero

y logró, probablemente, que los musulimes sintiesen extremadamente que el plazo de limitada paz hubiese terminado tan pronto.

Púsose el esforzado rey á vista de Talavera; avanzaron los mahometanos á encontrarle, rompió contra ellos, mató 12,000, y regresó á su córte cargado de despojos y adornando su triunfo con 17,000 prisioneros (949).

Tal fué el notable hecho de armas con que el esforzado Ramiro II coronó su glorioso reinado. Casi al terminar el año 949 se dirigió á Oviedo, en cuya ciudad enfermó. Regresó á la córte en muy mal estado de salud, y falleció el día 5 de Enero de 950.

Este gran rey, poco antes de morir quiso vestir el hábito de penitente, que le fué puesto ante los prelados y magnates, en cuyo solemne momento cedió la corona á que dió tanta gloria, y el cetro que con tan fuerte diestra manejara, á su hijo Ordoño, que ya estaba casado con Urraca.

Reinó cerca de veinte años y fué enterrado en San Salvador de Leon. Entre las fundaciones que hizo, mandó erigir y dotó dicho monasterio para su hija Elvira, y en él quiso descansar eternamente.

CONDADO DE CASTILLA.

Es opinion de respetables autores que Alfonso II, el Casto, habiendo engrandecido su reino y aumentado sus conquistas, fundó el condado de Castilla nombrando gobernadores con título de condes, según la usanza de aquellos remotos tiempos, á fin de que bajo la dependencia de los reyes de Asturias cuidasen de aquel vasto territorio y tuviesen á raya á los musulimes, en tanto que los soberanos se dedicaban á llevar á cabo la expuesta empresa de la reconquista (en el primer tercio del siglo IX).

Era de sumo interés el cuidado de tan bellos dominios, por ser limítrofes de Leon, y tan extensos que llegaban hasta Asturias, por una parte; por otra, hasta Vizcaya; por otra, hasta Rioja, y hasta los montes de Ávila y de Segovia por otra.

Cierto es que todos estos dominios no siempre estaban en poder de los reyes de Leon; empero por lo mismo que la lucha continuaba, era forzoso que desde Castilla cuidase exclusivamente una mano enérgica y vigorosa.

En un principio el rey nombraba los condes de Castilla, y el tiempo de su gobierno era limitado; despues fueron estos cargos vitalicios, y tiempo adelante hereditarios, pasando de uno en otro descendiente por juro de heredad.

Cuéntase como primer conde de Castilla, al menos no se sabe de



otro que le precediese, á D. Rodrigo, que gobernó la provincia hácia el año 262, segun algunos autores: segun Mariana, en el reinado de D. Alfonso el Casto. Á este sucedió Diego Porcelos ó Porcellos, á quien se supone hijo de su predecesor; y continuaron otros, como verá el lector en la correspondiente tabla cronológica, prestando eminentes servicios y siendo el terror de los agarenos, al mismo tiempo que iban creciendo en autoridad y poder.

Á medida que se engrandecian, se insinuaba en ellos la ambicion. El conde Nuño Fernandez ya dió claras muestras de los deseos que en su pecho abrigaba, instigando á Garcia su yerno, hijo de Alfonso el Magno, á que se rebelase contra su padre y rey; y parece probable que el móvil de semejantes perniciosos consejos no seria otro que el deseo de ver á su hija, esposa del príncipe, colocada en el trono.

Á este conde siguieron en el camino de la rebelion los otros tres (porque en diversas ocasiones hubo simultáneamente varios condes) Abolmondar el Blanco, Diego, su hijo, Fernando Ansurez; y el mismo Nuño Fernandez los acompañó, siendo como era padre de la reina, viuda de Garcia I.

Dependientes como eran del rey de Leon, negarse á obedecerle fué un crimen, y doblemente lo fué cuando Ordoño II los llamaba para que le auxiliasen contra los mahometanos, que tenian reunidas fuerzas infinitamente mayores que las de los cristianos. Este delito, en siglos posteriores, más civilizados y por consiguiente menos rudos y sanguinarios, acaso se hubiera pagado de idéotica manera. Luego no debe acriminarse á Ordoño por este solo hecho, mucho menos no pudiendo asegurarse que á la sentencia no precediese la formacion del proceso.

Hubo despues otros jefes inmediatos de los castellanos, denominados *jueces de Castilla*; y la creacion de este cargo, de origen popular, segun se infiere, se atribuye al disgusto de los castellanos, á quienes se hacian insoportables las arbitrariedades de los reyes de Leon; arbitrariedades de que no habla la historia; porque si todos los monarcas no fueron igualmente grandes y buéanos, lo habian sido hasta entonces la mayor parte; y no se comprende que sin ser muy repetidos los actos arbitrarios diesen margen á una determinacion de tal género; y se comprende menos aun que los soberanos, ya bastante poderosos para no consentir que se les contrariase de tan fuerte manera, sufriesen pacientemente aquella decision.

De un modo ó de otro, es lo cierto que al decir de algunos se creó el precitado cargo, y que los primeros jueces fueron Nuño Nuñez Rasura, encargado de los asuntos civiles, y Lain Calvo, su yerno, encargado de los militares ó de guerra.



Estos magistrados decidían juzgando por el mismo Fuero-Juzgo de los visigodos; y de este modo fué gobernada Castilla, hasta que llegó el caso de erigirse en condado independiente.

Algunos autores niegan la existencia de esta institucion. Duro es de creer que si existió no hiciesen los soberanos por destruirla, siendo creada sin su anuencia y para menoscabar y amenguar su poder. Sin embargo, si la existencia de los jueces es dudosa, la de los dos primeros no debe ni puede serlo, ó flaquea por su base toda la genealogía de los condes de Castilla; porque Nuño Rasura fué padre de Gonzalo Nuñez; éste de Fernan Gonzalez; este de Garcia Fernandez; este de Sancho Garcia, y de igual modo este fué padre de Nuña, que casó con el rey de Navarra, y de Teresa, que lo verificó con el de Leon. Lain Calvo fué ascendiente del Cid Campeador: por manera que, fuesen jueces ó condes, la existencia de Lain y de Rasura no debe ser dudosa.

En cuanto al conde Fernan Gonzalez, fué esforzado, y leal hasta que llevó á mal la resolucion de Ramiro II cuando mandó poblar á Salamanca, Baños, Peñaranda, Ledesma y otros puntos de los dominios castellanos, como si no fuese un dependiente del rey y quisiera darse aire de soberano. Ya sabe el lector que aprisionado por Ramiro, juró fidelidad; y que el rey trató la boda de Urraca, hija del conde, con su primogénito Ordoño.

Tal fué el origen del condado de Castilla, y estos son los principales hechos que ocurrieron hasta llegar á mitad del siglo X, cuyo conocimiento es necesario de ahora en adelante.

REINO DE NAVARRA.

Los primeros españoles que poblaron á Navarra, pertenecieron, segun fundada opinion, á parte de las reliquias del ejército del Guadalete, que se refugiaron de pronto en las cumbres de los Pirineos, por la parte de Navarra, como otros lo hicieron por la de Vizcaya, y en Asturias los que sirvieron de núcleo al ejército que dió glorioso principio á la restauracion.

Cuentan que un ermitaño llamado Juan fijó su morada en lo alto de una peña, no distante de la ciudad de Jaca, y allí erigió una capilla á San Juan Bautista, su patron. Se le unieron algunos compañeros para seguir una vida igualmente devota y retirada del mundo; y continuamente iban á visitar á los solitarios multitud de personas, deseosas de conversar con ellos y de socorrerlos, para que pudiesen sostener la penitente y ascética vida.

Las visitas que comenzaron sin más objeto que el ya referido, concluyeron en lamentos y quejas ocasionadas por las desgracias que

experimentaba la nacion, y por la persecucion que sufrían los cristianos. No faltó quien recordara oportunamente el glorioso ejemplo dado en Asturias; la seguridad del sitio, parecida á la del en que por vez primera ondeó enhiesto é invencible el poderoso pendon de la santa cruz, y la esperanza de que una vez decididos á lanzarse á la lucha no faltaria un segundo Pelayo, dieron por resultado la resolucion de armarse para la pelea; y decididos á probar la suerte de la guerra contra los sectarios del Corán, juraron unánimes vencer ó morir en la demanda; porque no hay chispa eléctrica que más velozmente gire de un punto á otro que el santo amor de la patria, y pusieron por obra el buscar el caudillo que habia de guiarlos por el sendero de la gloria.

Para este grave y espinoso cargo fué elegido un noble llamado Garci Jimenez, á quien Mariana llama señor de Amezcuá y Abar-susa. Este hecho debió tener lugar por los años 719 á 721; y se sabe que este, entonces rey ó jefe soberano de Navarra, falleció en 758, despues de haber luchado victoriosamente con los agarenos y de haberles arrebatado algunas ciudades.

Quiso ser enterrado en la citada capilla de San Juan Bautista, ya notablemente aumentada, así como más modernamente se erigió allí el gran monasterio de San Juan de la Peña, en cuyo panteon, ó iglesia subterránea hay veintisiete sepulcros, y en algunos de ellos reposan Garci Jimenez, Sancho Abarca, García II, Ramiro I y Pedro I, reyes de Navarra.

Á Garci Jimenez sucedió Garci Íñiguez, hijo de aquel y de doña Íñiga, noble matrona, que fué príncipe muy notable por su valor, inteligencia y fortuna.

Este príncipe soberano de Navarra fué sumamente enérgico y activo; y sostuvo la grande empresa y defendió con teson sus dominios, á pesar de encontrarse luchando de continuo con los árabes; y cuando no con estos con los francos.

Á ningun otro pueblo de España cedieron los navarros en amor á la independencia; esta prenda tan digna de hidalgos pechos, hizo que en más de una ocasion se denominasen rebeliones los heroicos alzamientos que en realidad no eran otra cosa que esfuerzos titánicos que, sin desmayar jamás, venian haciendo desde la aparicion de los fenicios para no sufrir yugo extranjero. Esta decision y el arrojo peculiar de los hijos de aquel país, les hicieron derrotar, dos veces especialmente, á los francos, poderosos por su número y circunstancias.

En la vida de Luis el Pio, dice el Astrónomo, tratando de la segunda derrota dada por los vascos navarros á los francos en Roncesvalles: «Los nuestros experimentaron de nuevo la perfidia acostumbrada del lugar, la astucia y el fraude innato de sus habitantes,

Circuidos de todos lados por los del país, fueron deshechas nuestras tropas, y los condes (Eblo y Aznar) cayeron en manos del enemigo.»

Estas palabras demuestran cuán grande fué la derrota, así como las primeras son excesivamente apasionadas y manifiestamente injustas. Debe en primer lugar tenerse muy presente que para acometer una tropa desorganizada, como era la que se cubrió de gloria en Roncesvalles, á unas huestes organizadas y avezadas al uso de las armas y á la guerra; flaca de fuerzas además de desorganizada la primera, y numerosísima la segunda, que no estaban en proporción de uno por ciento; oponiendo pechos desnudos á férreas armaduras, y hoces, horquillas y rejas de arado á lanzas aguzadas, buidos puñales, tajantes espadas y contundentes hachas de armas, era forzoso que la astucia supliese á tantas desventajas como llevaban los españoles, aunque tenían siempre consigo la que más podía suplir; el valor innato de los hijos de Iberia.

Respecto de la perfidia con que da en rostro el biógrafo de Luis el Pio, nada hay que decir: la única y más elocuente respuesta la puede dar la *justicia* que asistía á los francos para invadir *perfidamente* unos dominios á cuya posesion ningun derecho podian alegar, á no ser que por derecho tomasen la ambicion y la fuerza, como tantas veces se ha visto hacer en más modernos tiempos.

Desde la gloriosa accion de Roncesvalles, no volvieron los francos á querer inquietar á la gente navarra, mal sufrida y tenaz para consentir en que les impusiesen la coyunda impunemente. Despues siguieron bajo el mando de sus condes ó principes, que algunos denominan reyes; empero tanto tenían de independientes como de dependientes de los monarcas de Asturias, alternativamente y no de muy buen grado, como lo prueban las revueltas de los navarros, y los esfuerzos de los reyes de Asturias para sujetarlos á su poder.

Estas disensiones, que podian llamarse civiles, cuando todos eran hijos de España y dentro de esta existia el enemigo comun de aquellos y de la ley de Jesucristo, eran tan ventajosas para los agarenos, como perjudiciales á los cristianos. Acaso esta importante consideracion moveria el ánimo de Alfonso III el Magno, para que estableciese una alianza con el jefe supremo de los dominios navarros, llamado García Íñigo, á quien algunos tienen por el célebre Íñigo Arista, con cuya hija Jimena se desposó el rey Alfonso. Desde entonces puede decirse comenzaron los principes de Navarra á obrar como soberanos.

El lector recordará al famoso Hafsún, que tanto dió en que entender á los emires de Córdoba, y tampoco habrá olvidado que apareció por segunda vez, despues de derrotado; y en esta vemos al esforzado García Íñiguez, rey de Navarra, aliado con Hafsún,

auentando con sus huestes las de aquel guerrero rebelde á su soberano; mas no es dudoso que esta union la hizo el navarro por odio al emirato de Córdoba.

Desgraciadamente se empeñó una reñida accion, en la cual quedaron vencedores los mahometanos: García Íñiguez murió peleando como correspondia á su notorio valor. Esta accion fué la del valle de Eibar ó Aybar; y despues de ella, era rey de Navarra Sancho Garcés, hijo del difunto García.

Fué este soberano animoso é infatigable, y dió mucho en que entender á los agarenos, á quienes arrebató muchas fortalezas, extendiendo sus dominios por Nájera hasta Tudela y Ainsa, llegando tambien á los límites de Aragón y haciéndose muy temible á los mahometanos. La extension de dominios y la absoluta y completa independencia con que obraba, tal vez le hicieron tomar el dictado de rey, aunque tales podian llamarse y así denominan algunos á los príncipes de Navarra, desde el enlace de la hija de García Íñiguez con Alfonso el Magno (905).

Está probado que Sancho Garcés dió á la Navarra una extension y una importancia que no tenia, haciéndose respetar de los agarenos. Esté soberano fué nombrado *Abarca*, y más que por Sancho Garcés, era conocido por *Sancho Abarca*. Dicese que fué de esta manera denominado, á consecuencia de haber introducido en su ejército el uso del calzado que aun hasta hoy lleva el nombre que á él le dieron.

Parece que cierta vez hicieron los musulimes sobre Pamplona una acometida, en ocasion de hallarse Sancho con su ejército de la otra parte del Pirineo. Habia caído una gran nevada, y el rey navarro, para facilitar y hacer menos molesto el paso á sus soldados por aquellas quebraduras y asperezas de las elevadas sierras, que de tanta nieve estaban cubiertas, hizo al momento proveer de *abarca*s á todos los suyos.

El medio de que usara dió completo y feliz resultado: franqueó el difícil é ingrato camino; sorprendió á los agarenos; mató muchísimos centenares de ellos, dejando muy pocos con vida, que se salvaron por la agilidad de sus piés; y para coronar su obra, cargó sobre el castillo de Monjardin y le tomó en pocos momentos (908).

Continuó el esforzado Sancho Abarca haciendo respetar su nombre y extendiendo sus proezas hasta Rioja, llegando á Nájera y Calahorra, pasando y repasando el Ebro, y haciéndose cada dia más temible á los asombrados sarracenos.

Este rey tan marcial y animoso, que parecia nacido para vivir entre el estruendo de las armas y el animado bullicio de los campamentos, se retiró al monasterio de Leire, con ánimo de pasar en aquel sagrado retiro el resto de sus dias. Antes de poner por obra

su determinacion, encomendó el gobierno de sus estados, que tanto habia aumentado y engrandecido, á su hijo Garcia; mas este, por entonces, ó no daba muestras de ser tan enérgico y esforzado como su padre, ó habiendo perdido los musulmanes el temor que este les inspiraba por haberse retirado al convento, de continuo invadian sus dominios, no dando á los navarros un momento de reposo, puesto que acaudillados por Almudhaffar, inquietaban un dia y otro dia todo aquel territorio.

Una formidable irrupcion de los hijos de Ismael decidió á Garcia, y le obligó á pedir socorro al monarca leonés el cual, como en su lugar dijimos, inmediatamente se apresuró á dársele, seguido de un regular ejército, y acompañado de los obispos de Salamanca y Tuy, Dulcideo y Hermogio.

En esta ocasion fué cuando los condes de Castilla no respondieron al llamamiento del rey de Leon, Ordoño II, que era su soberano, y dejaron desmembrado su ejército (921); entonces se experimentó una triste derrota, y entonces tambien quedaron cautivos los obispos y fué martirizado Pelayo, sobrino de Hermogio y niño de diez años. Semejante catástrofe, de la cual se achacó la mayor parte de culpa á la defeccion de los cuatro condes castellanos, al parecer no sin bastante fundamento, costó á estos la cabeza, como al tratar del reino de Leon hemos dicho.

No sirvió para evitar esta derrota que el ilustre y esforzado Sancho Abarca, dejando la soledad del claustro, volase en socorro de su hijo: era cuestion aquella de fuerza material, y la ventaja estaba por los mahometanos. Este desastre, ocurrido en 921, tuvo lugar entre Muez é Irujo, y es conocida la accion por el nombre de Valde-Junquera, en razon á haber tenido lugar en un valle lleno de juncos.

En aquella ocasion cometieron los moros una insigne imprudencia, ó fueron victimas de una indisculpable imprevision. Si entonces, viendo derrotado el ejército cristiano, se dedican activamente á perseguirle y acosarle, la gloriosa empresa de la restauracion por lo menos hubiera perdido mucha parte de lo ya adelantado, y se hubiera hecho más difícil su realizacion; empero lejos de hacerlo así, se desentendieron de ellos y se dirigieron por las montañas de Jaca á Francia.

No necesitó de más descuido ni de mejor ocasion el valiente Abarca, para aprovechar los momentos y procurar la enmienda é indemnizacion de lo perdido. Sin detenerse un punto, y tan pronto como vió la extraña resolucion de la morisma, en union con su hijo Garcia se dedicó á rehacer, organizar y aumentar sus huestes, y esperó decidido y resuelto á que apareciesen los agarenos al regresar de su expedicion á Francia.

Llegaron, por fin, á aparecer los musulmes, y Abarca y su hijo García estaban preparados para verificar la sorpresa, que en efecto tuvo lugar: al repasar los agarenos los desfiladeros del Roncal, fueron inesperadamente acometidos por los navarros, en donde vendiendo estos la derrota de Val-de-Junquera, sufrieron los mahometanos igual suerte que en Roncesvalles los francos.

Corría el año 923 cuando se sublevaron las ciudades de Nájera y Vecaria (Viguera), á consecuencia de la decapitación de los cuatro condes de Castilla. Ya sabe el lector que Ordoño II de Leon domó la insurreccion y entregó á García II de Navarra sosegadas ambas poblaciones, y entonces fué cuando la alianza entre ambos soberanos se estrechó más y más, á consecuencia del enlace del primero con la princesa Sancha, hija del segundo.

En 925 falleció Sancho Garcés (ó García) Abarca, rey memorable por su celo, valor y actividad, en cuyas prendas, tan indispensables en un rey guerrero, ningun monarca le aventajó. Quedó en el trono su hijo García Sanchez, denominado el Trémulo.

Despues de lo ya referido, continuaron los navarros defendiendo su amada tierra, sin que por entonces ocurriese cosa alguna cuya relacion sea importante.

CONDADO DE CATALUÑA.

Corría el año 801, cuando se celebró una asamblea en Tolosa, bajo la presidencia de Luis el Pio, rey de Aquitania, cuya reunion produjo, entre otras cosas, la invasion de los francos en Cataluña.

Quizá no les hubiera sido tan fácil la empresa si los catalanes hubieran estado en posicion y posibilidad de impedirla; empero aquel país era presa de los moros, que por efecto de la ambicion de muchos, y de los instintos de rapacidad que algunos de ellos dominar no podian, ni se guardaban mútua fidelidad, ni caminaban adunados á un solo objeto.

La frontera de Cataluña estaba guardada por agarenos, bajo el mando de un caudillo llamado Bahul, quien se apresuró á poner á disposicion del rey Luis de Aquitania cuanto valia y podia, asegurándole en Tolosa que encontraria el paso libre y franco cuando tratase de entrar por aquella parte. Acaso pensaria medrar más con la invasion, contando con el agradecimiento del rey Luis, que siendo fiel al emir su soberano.

No necesitaban de más los que tan mal lo pasaran en Roncesvalles; y despues de haber entrado en España, tomado á Gerona, á Asona, tan opulenta en otro tiempo, y entonces tan destruida que

era llamada *Vicus* (igual á aldea — hoy Vich), á Solsona, Berga, Manresa, Lérida y algunos fuertes y castillos, formaron los dominios que llegaron á llamarse Marca Hispana, cuyo gobierno fué entonces dado al conde Borrell.

No les fué tan fácil apoderarse de Barcelona, á pesar de que la contaban de antemano como suya y no sin razon; porque Zaid, gobernador por el emir de Córdoba de la expresada plaza, sin excitacion agena ni de otra especie alguna, había hecho ofrecer en su nombre al rey Luis la entrega de Barcelona.

A pesar de esto, cuando avanzaron los francos muy tranquilos y confiados en la palabra y oferta de Zaid, encontraron las puertas cerradas, la guarnicion en armas, y una resistencia general, bizarra y obstinada, de cuyo hecho tiene el lector el necesario conocimiento, adquirido en la parte que corresponde á la España árabe.

Sin embargo, Barcelona fué por fin tomada, á costa de grandes pérdidas; Luis el Pio estuvo en ella muy poco tiempo, y dejó como su delegado al conde Bera, individuo de la nobleza goda, que fué el primer conde de Barcelona.

Continuó mandando en ella el conde Bera durante diez y nueve años, hasta que Sunila, godo tambien, le acusó de traicion. Ya había fallecido Carlo-Magno y era Luis emperador, quien llamó á su presencia á Bera. Marchó este á Aquisgran y negó cuanto Sunila le imputaba, y en prueba de la tranquilidad de su conciencia apeló al *juicio de Dios*, esto es, á batirse á caballo con su acusador.

Si el fallo de la suerte en los combates de este género, en que tanta parte podian tener la destreza en el manejo de las armas y la sangre fria, pudiese ser tan infalible y exacto como el juicio de Dios, el conde Bera hubiera sido sin duda alguna culpable; porque salió vencido. Así se entendia entonces, en virtud de lo cual fué condenado á muerte; pero el emperador le desterró á Ruan, indultándole de la última pena, y nombró conde de Barcelona á Bernhard, hijo de Guillermo, conde de Tolosa.

Gobernó tranquilamente Bernhard su condado, hasta que en la Marca de Gothia se sublevó un godo llamado Aizon, el cual en muy corto tiempo reunió gran número de secuaces, é instantáneamente taló la campiña, destruyó á Rosas y se posesionó de Vich. Buscando la manera de engruesar sus filas á fin de dar á los francos un contundente golpe, pidió y obtuvo la alianza de Abderrahman, emir de Córdoba, el cual no necesitaba seguramente de excitaciones para procurar la ruina de los francos, tan naturales enemigos suyos como los cristianos de Asturias.

Vil-Mund, hijo del desterrado conde Bera, creyó haber hallado

la ocasion oportuna de tomar venganza de Bernhard por el daño que á su padre habia hecho, y fué sin vacilar un instante á unirse con Aizon.

La tropa por este reunida era respetable por su número, y llegó á serlo mucho más, porque á ella se agregó un ejército agareno, que avanzando por la Cerdaña, entre ambos hicieron incalculables daños en la campiña, reduciendo á Bernhard á un pequeño círculo, del cual no le era posible salir.

Semejantes escenas no podian ser miradas impasiblemente por el emperador; y en auxilio de Bernhard hizo venir á España un formidable ejército, acaudillado por Pepino, rey de Aquitania é hijo del emperador, acompañado del conde Matfried y del conde Hugo. Valiérale más no haberle mandado á hacer una campaña, si este nombre merece, bochornosa. Los sublevados llevaron el horror y el destrozo hasta la campiña de Barcelona; y para manifestar de una vez el éxito que en esta ocasion tuvieron los francos, solo diremos que la asamblea reunida despues en Aquisgran exoneró de sus empleos á los jefes, salvándose sin duda de este naufragio el rey Pepino, por ser quien era.

Algun tiempo despues comenzó á ser violentamente agitada la vida de Bernhard, á consecuencia de asuntos interiores y privados del imperio franco (823). Por entonces fué cuando nació Cárlos el Calvo; y aunque los rumores que se esparcieron, y de los que hemos dado cuenta en otro lugar, acerca de la ilegitimidad de aquel, tomaron bastante consistencia, el emperador Luis dejó á Bernhard el mando de la Gothia, pero llamándole á palacio, en el cual perseguido por los hijos legítimos de Luis, tuvo que volver á Barcelona buscándola como verdadero refugio, hasta que fué destituido del condado en virtud de nuevas acusaciones, y se nombró en su reemplazo á un hijo del conde Hunrico, llamado Berenguer. Cuatro años despues falleció Berenguer y volvió á ser nombrado Bernhard (836): debia ser este personaje muy intrigante, y el emperador excesivamente bondadoso ó sencillo.

No perjudicó al conde de Barcelona la muerte de su decidido protector Luis el Pio ó el Benigno; porque continuó al frente de su condado hasta que se despeñó de trágica manera, como sucede generalmente á los que viven siempre respirando en la nociva atmósfera de las intrigas.

Cárlos el Calvo habia salido muy aventajado en la particion de los dominios del imperio; y disgustados por esta causa los príncipes que se creian perjudicados en la particion, se conjuraron contra el favorecido, con el apoyo eficaz, aunque no público, de Bernhard; dicese que reservaba el proyecto de declararse independiente.

Cárlos llamó al conde á Tolosa, y le hizo comparecer ante una

asamblea que le condenó á muerte. La sentencia se ejecutó; pero segun autores fidedignos, por la misma mano de Cárlos el Calvo, quien en aquel momento se degradó hasta el punto de convertirse en verdugo y de vengarse de innoble manera de un hombre ya preso, condenado é indefenso. Aun hay fundadas sospechas de que fué á sabiendas parricida, si son ciertas las palabras que dicen profirió poniendo el pie sobre el sangriento cadáver de Bernhard; palabras, por cierto, ofensivas al honor de su propia madre.

Por la muerte de este desgraciado conde lo fué nombrado de Barcelona un godo, deudo de Berenguer, llamado Aledran; y por este quedó regido aquel estado hasta que le reemplazó Udalrico, y á este Wifredo *el de Arria*, que así se le llamaba, despues de haber dispuesto Cárlos el Calvo quedase separada la Gothallania (Cataluña) de la Septimania.

No duró mucho tiempo el mando de Wifredo, quien fué reemplazado por un godo, pero franco, llamado Salomon, que tuvo un fin por cierto extremadamente lastimoso.

Corria el año 874 cuando los catalanes, mal sufridos y conllevando con la violencia hija de la fuerza la dependencia extranjera, se sublevaron en masa, puede decirse; comenzaron por asesinar á Salomon, y eligiendo por su conde á uno de sus compatriotas nombrado Wifredo y apellidado *el Velloso*, aseguraron la independencia de Cataluña.

El primer conde independiente dió muy pronto buena cuenta de sí. Sin más tropas que las suyas, compuestas exclusivamente de catalanes, que siempre y en todos tiempos fueron esforzados é infatigables, expulsó á los mahometanos de todo el territorio de Vich, que en otro tiempo fué condado de Ausona, casi de todo el campo de Tarragona, y de las faldas del Monserrat.

Duró su mando catorce años, pasados los cuales, falleció cubierto de gloria (898), legando el condado de Ausona, Gerona y Barcelona á su hijo, que así se le entiendo por Wifredo II como por Borrell I.

No fué el nuevo conde menos esforzado que su padre; empero falleció mucho antes de lo que su robustez y juvenil edad prometian (912). Dejó una hija solamente, llamada Rikidis, la cual, con arreglo á las leyes entonces observadas, no podía heredar, puesto que solo eran admitidos los varones. Por esta razon reemplazó á Wifredo, ó Borrell, su hermano Sunyer, llamado tambien Suniario. Al llegar el año 950, seguia este siendo conde de Barcelona.

Wifredo el Velloso, primer conde independiente, dejó recuerdos de su piedad religiosa, lo mismo que de su valor, en dos magníficos monasterios denominados Santa María de Ripoll y San Juan de las Abadesas, situados en el valle alto del Ter. De este animoso

conde se refiere que peleando contra los normandos y en favor del emperador Cárlos, quedó gravemente herido; y el monarca con su propia mano le puso las cuatro barras de sangre en el escudo, que luego quedaron por armas del condado, encarnadas en campo de oro.

Esto es cuanto hemos creído conveniente referir respecto de Castilla, Navarra y Cataluña; y al exponer los hechos que deben tenerse presentes para lo sucesivo, hemos llegado hasta el año 950, á fin de que sean en todos, de aquí en adelante, iguales las fechas, así como los periodos de tiempo que debemos abrazar.

De Aragon nos ocuparemos despues de terminado el siglo X, porque así conviene al plan que nos hemos propuesto, teniendo siempre por norte la precision en la referencia de los hechos; la escrupulosidad en las fechas y en todos los puntos cronológicos; la claridad en el órden para exponer todos los sucesos, y la facilidad de encontrar el que se desee buscar ó consultar.

Ahora, para terminar con la primera mitad del siglo X, pasaremos á ocuparnos del emirato de Córdoba.

ESPAÑA ÁRABE.

Año 900 á 950.—Dejamos á los árabes en la ocasion lamentable y triste de verse oprimidos por el hambre asoladora.

Continuaba Abdallah en el trono de Córdoba, y corría el tiempo de la tregua pactada entre este soberano árabe y Alfonso de Asturias; mas no por esto se veía el primero libre de cuidados, sino acosado por diversas sublevaciones y perseguido por infinitos conspiradores.

Por este tiempo (901) un caudillo de Caleb-ben-Hafsún, llamado Ahmed-ben-Moavia, célebre guerrero é ilustrado musulman, aunque extraviado y engreido con la insensata pretension de hombre superior á todos y con ínfulas de profeta, escribió á Alfonso III el célebre y risible escrito en que resueltamente le mandaba abrazar el islamismo, ó prepararse á recibir la muerte de ignominiosa manera.

Sabido es, porque de ello dimos cuenta al tratar del reinado del glorioso Alfonso el Magno, que la respuesta del monarca cristiano fué dada con las armas, como la insolencia del audaz musulman merecía, quitando la vida al presuntuoso Ahmed, y ganando la famosa batalla conocida por *el día de Zamora*. Sesenta mil sarracenos fueron derrotados; y en prueba del destrozo, se citan las mismas palabras de la *Crónica musulmana*, que positivamente nada aumentaría al tratar de la derrota de los suyos, y dice: «Cortaron los

cristianos muchas cabezas y las clavaron en las almenas y puertas de Zamora.»

El emir Abdallah celebró mucho la gran victoria obtenida por el rey de Asturias; porque á pesar de haber sido alcanzada sobre sus propios correligionarios, eran sus enemigos naturales, y más perjudiciales aun que los cristianos al poder del emir.

El humano Abdallah se distinguió mucho por la buena inteligencia en que vivió con el rey de Asturias: á tal grado llegó la amistad y armonía que entre ambos soberanos mediaba, que dió margen á que los mahometanos menos tolerantes, que eran casi todos, murmurasen sin rebozo del emir, hasta el extremo, segun los más eruditos historiadores, de suprimir en las mezquitas de algunas ciudades al hacer las públicas oraciones el nombre de Abdallah, que siendo su jefe soberano, era naturalmente el primero por quien se rogaba. Aun llegó el caso, muy cerca de la residencia y córte del emir, en Sevilla, de aparecer vehementes síntomas de sedicion; de estallar despues esta, aunque parcialmente, y de tomar parte en ella un hermano de Abdallah, aunque se habian oido algunas aclamaciones al califa de Oriente, imbuyendo en el vulgo las ideas de desorden y aconsejando que no se pagasen los impuestos á un descreído, protector de los infieles (los cristianos). Este era aquel Alkasin que fué preso con Mohammed el Asesinado; y que ó fué indultado, ó se fugó de la prision.

Estos sucesos tuvieron lugar en el año 903; y Abdallah, aunque tan humano y benévolo, debió comprender que la impunidad alienta á los malvados, y que tan perjudicial es un jefe de estado sanguinario y cruel, como uno cuyo bondadoso carácter raye en debilidad, defecto que, por punto general, rara vez deja de ir acompañado de la absoluta carencia de voluntad y decision propias.

Abdallah demostró en aquella crítica ocasion, como en alguna otra, que era bueno y humano habitualmente, sin dejar por esto de ser enérgico y justiciero. Mandó prender á su hermano, que falleció en la prision no mucho despues, quizá envenenado, como algunos aseguran y es probable, porque habia manifestado que era incorregible. Con esto y con haber ejecutado otros castigos, especialmente destierros, quedó restablecido el órden, aunque los elementos de turbulencia y de sedicion no estaban destruidos.

El hijo de Hafsún, el rebelde Caleb, dió en aquellos días un ejemplo de inusitada osadía. Saliendo de Toledo llegó á Bailén, en cuya ciudad permaneció oculto, hasta que no pareciéndole bastante grande la audacia de haber llegado hasta allí, la coronó pasando á la misma córte de Córdoba, en donde se atrevió á penetrar disfrazado. Estuvo en poco el que pagase á muy caro precio su arrojo; porque habiendo caido en poder del emir un cadí, llamado Su-

leiman-ben-Albaga, antiguo revolucionario ya en otra ocasion indultado, y que fué menos fuerte en la desgracia que osado en las tenebrosas maquinaciones, tuvo la debilidad de referir á Abdallah cuanto sabia relativo á la conspiracion, sin omitir la importante noticia del disfraz de Caleb y de su aparicion en Córdoba (905).

No era el hijo de Hafsún irresoluto por cierto: sin esperar á saber hasta qué punto era Suleiman firme en custodiar un secreto, tan pronto como supo la prision del cadí, salió de Córdoba sin perder un momento y llegó á Toledo, contrahaciendo el pordiosero, y pidiendo limosna como mendigo.

El emir decidió, quizá con motivo de la osadía de Caleb, activar la guerra de Toledo. Al efecto pasó á las inmediaciones de esta ciudad un caudillo llamado Abu-Otman, que secundó dignamente los deseos de Abdallah. Acosó en tales términos á las fuerzas rebeldes, y tan activamente llevó á cabo la guerra, que durante tres años estuvo Caleb reducido á no poder salir de las murallas de Toledo.

Regresó luego (908) victorioso y lleno de gloria el hijo del emir, llamado Abderrahman, despues de haber destrozado á los rebeldes del Mediodía; pudiendo decirse que el enérgico al par que bondadoso Abdallah, secundado por el valeroso y activo Abderrahman, llamado tambien Almudhaffar, hicieron cambiar casi completamente el aspecto de la España árabe, pocos años antes tan desconcertada y abiertamente insurrecta.

Quedaba, sin embargo, principalmente el rebelde Caleb, que si bien estaba acosado por Abu-Otman, imperaba no obstante en Toledo; y por consecuencia en todo aquel territorio eran completamente desconocidos la autoridad y el poder del emir.

El bizarro Abderrahman, avezado á las marciales luchas desde sus más tiernos años; mal avenido con los cortesanos ocios, y siempre ganoso de nuevos bélicos laureles, aprovechó la oportuna ocasion para recabar de su padre Abdallah la licencia para pasar al frente de Toledo.

Partió, en efecto, y puso en el extremo trance á Caleb, reduciéndole á más estrecha reclusion de la que sufría hacia ya tres años; empero obstinado hasta el extremo el rebelde, y poseedor de un carácter tan duro y firme como el de Hafsún, su padre, sufría impasible todas las consecuencias de su angustiosa y critica posicion sin pensar en rendirse, á pesar de trascurrir el tiempo sin que le pudiese lisonjear la esperanza de ser socorrido, ni menos libertado de la opresion en que le tenia sumido el hijo del emir.

Anduvo sin cesar el infatigable y destructor tiempo y llegó el fin de la vida de Abdallah, el cual falleció en el mes de Noviembre del año 912. No mucho antes hizo entender á su consejo la resolu-

cion que habia formado de que le sucediese su nieto, llamado Abderrahman-ben-Mohammed. Acaso entre otras consideraciones cuya importancia manifestaremos despues, pesase mucho en su ánimo la que vamos á exponer ahora.

Era el jóven Abderrahman hijo de Mohammed, que lo era de Abdallah, el cual siendo wali de Sevilla se habia insurreccionado contra su padre el emir, y á quien por órden de este, y despues de agotadas todas las diligencias amistosas y medios conciliadores, vendió é hizo prisionero su hermano Abderrahman ó Almudhaffar, á quien acabamos de dejar al frente de Toledo, haciendo activa guerra al rebelde Caleb.

El incorregible Mohammed murió en la prision, segun la opinion general envenenado, y desde entonces se le apellidó el *Asesinado*, así como al huérfano Abderrahman, que perdió á su padre en los más tiernos años de su vida, se le llamó el *Hijo del Asesinado*.

Quizá el bondadoso Abdallah en los últimos años de su vida se veria afligido por el penoso recuerdo de la desgraciada muerte de su hijo Mohammed; porque, sean los que fueren los crímenes de un hijo, y por muy justificado que esté su castigo, el padre que en un momento de justo enojo dicta la merecida pena, no tarda mucho en sentirla de acerba manera en su propio corazon. Acaso el recuerdo del fin trágico del rebelde pero bizarro Mohammed, y la imposibilidad de legarle la corona, hicieran surgir en la mente del humano Abdallah la idea de legarla al hijo de su desgraciado hijo.

Ello es cierto que debió pesar en su ánimo una fuertísima é imprescindible consideracion para perjudicar al esforzado y noble Abderrahman, Almudhaffar, tambien hijo suyo, siempre fiel y sumiso, que le auxilió poderosamente en la improba y peligrosa tarea de sujetar tantas y tan simultáneas insurrecciones como acibararon los dias del reinado del ilustre Abdallah. Siendo sumamente notable que el postergado principe, en quien concurrían muy relevantes cualidades de inteligencia, virtud y valor, fué el primero á aprobar la determinacion de su padre que tanto le perjudicaba, y fué tan leal para con su sobrino como lo habia sido hasta entonces para con su padre.

Otras consideraciones pudieron tambien tener parte en la ya expresada decision, hijas de las circunstancias que en el electo concurrían; que á no haber concurrido, á haber anunciado su carácter otras que pudieran llegar á ser nocivas para el imperio, quizá el recto Abdallah hubiera sofocado en el pecho su deseo.

Dicese que reunia á la belleza del cuerpo el talento, la virtud, el esfuerzo; que desde la tierna edad de ocho años admiraba por sus raras dotes naturales, y que á los doce se habia hecho notable por su destreza en el manejo de las armas y del caballo, así como por su

extremada inteligencia en los asuntos de guerra. El tiempo manifestó de ostensible manera que las esperanzas concebidas por cuantos rodeaban al hijo de Mohammed en los pueriles años, aunque tan grandes como poco comunes, se convirtieron en realidades, apenas hubo llegado aquél á la virilidad.

Con la universal aprobacion, y en medio de frenético entusiasmo, subió al trono de Córdoba Abderrahman III, á la edad de veinte y dos años, en el 912, siendo bien recibido hasta de los cristianos que residian en los dominios árabes; porque dicese, y los que han presentado esta noticia la toman de un manuscrito del Escorial, que el jóven emir era hijo de Mohammed y de una cristiana llamada María, así como aquel lo era de Abdallah y de Íñiga, hija de García Íñiguez, soberano de Navarra, la cual quedó cautiva en la batalla de Aybar ó Eibar: por manera que Abderrahman III, segun el precitado manuscrito, era hijo y nieto de dos cristianas.

Uno de sus primeros actos como soberano, fué el de tomar el título de califa; determinacion tan bien recibida como que era emanada de quien se habia captado el universal cariño de sus súbditos.

Al instante dirigió su pensamiento á Toledo, que habia sido durante tan largo tiempo un verdadero padron de ignominia para los emires, los cuales si bien no habian dejado de ocuparse de aquella insurreccion, y en diversas ocasiones habian tenido su atencion dividida en muchas partes, no parece posible que la insurreccion hubiera durado por tan largo tiempo, si por hambre ó por otro medio hubieran tratado de rendirla, siempre con asiduidad y sin levantar mano en el sitio.

El califa hizo un llamamiento general y obtuvo mayor resultado del que le era necesario; y formando un ejército de 40,000 hombres, que no quiso admitir mayor número, se colocó á su frente y se dirigió á Toledo.

Hasta llegar á la ciudad, su marcha fué un verdadero paseo triunfal; porque en corto tiempo y sucesivamente se fué posesionando de todas las fortalezas esparcidas por aquel territorio.

Temió el rebelde Caleb, y haciendo un esfuerzo supremo verificó una salida cuyo principal objeto fué el buscar auxilios y procurarse refuerzos. No pudo avanzar mucho terreno; porque le perseguia el ejército del califa, y muy pronto le alcanzó la vanguardia, que iba mandada por el leal y bizarro Almudhaffar, tio de Abderrahman III.

Cerca de las montañas de Cuenca tuvo lugar la batalla, que comenzó por choques parciales y escaramuzas, empeñándose en breve tiempo tan encarnizadamente por ambas partes, que nadie hubiera podido prever, despues de haber pasado largo rato, de quién llegaria á ser el triunfo.

Decidióse Marte por el califa, que contaba con mayor número y con gente muy escogida de caballería, y esta decidió la acción, quedando sobre el campo 7,000 rebeldes, y en dispersión otros muchos. No obtuvo Abderrahman III la victoria sin considerable pérdida, puesto que allí dejó casi 3,000 guerreros.

Mas no logró, sin embargo, el califa lo que más le interesaba: así es que la victoria no debió tenerse por completa, porque Caleb pudo huir ileso, seguido de bastantes de los suyos, y se refugió en Cuenca; y Abderrahman, en vez de seguir en persecución del rebelde caudillo, regresó á Córdoba, dejando el cuidado de la guerra á su tío el bizarro Almudhaffar.

No fué su objeto, sin duda, el abandonar la guerra por los placeres de la corte; porque poco despues se dirigió al reino de Jaen y comenzó una activa persecución contra los insurrectos que aun permanecian en aquellas sierras y en las de Elvira.

Créese que los rápidos adelantos que logró en aquella empresa no los debió á la fuerza de las armas. Escritores muy fidedignos aseguran que empleó, más que el rigor, la dulzura, la prudencia, y la más fina política, inspirando tan grande confianza á aquellos recalcitrantes rebeldes, que no solamente se sometieron al califa, si que tambien le rogaron les emplease del modo que juzgara más conveniente para auxiliarle en la empresa de sofocar la guerra civil.

Entre los jefes de los sublevados, que á todos perdonó y admitió con benevolencia suma, se cuenta á Obeidalab, señor de Cazlona, á quien nombró el califa wali de Jaen, y á Azomor, señor de Alhama, que fué agraciado con el cargo de alcaide de dicho señorío. Despues de haber obtenido tan gloriosa sumisión, de precio incalculable por haber sido tan pacífica y poco sangrienta, tomó el califa la vuelta de Córdoba, en cuya corte entró en medio de las más vivas aclamaciones y frenético entusiasmo (915).

En tanto que Abderrahman descansaba de las fatigas de su marcha y regreso, aprovechando aquellos dias de ocio en mejorar y embellecer su corte y otras ciudades de sus hermosos dominios, su tío el esforzado y leal Almudhaffar acosaba y perseguía á Caleb, sin darle momento de tregua ni de reposo.

No era este bizarro caudillo igual en el carácter al califa; era un verdadero hombre de guerra, nacido y educado, puede decirse, en los campamentos y en las campales luchas. Habia logrado reducir á los rebeldes á tan precaria y violenta posición, que les hacia llevar una vida de verdaderos foragidos por los riscos y montañas, más tiempo ocultos que á cuerpo descubierto; y como esto era ya una notable ventaja tratándose de un caudillo tan astuto, tenaz y valiente como Caleb, dió parte Almudhaffar al califa, manifestándole que habia llevado el complicado asunto hasta donde era posible lle-

varle, y que se estaba en la ocasion de exterminar á los rebeldes; pero que era forzoso dar á aquella obra la última mano sin tomar en cuenta una consideracion y piedad perjudiciales, fuera de sazón y mal entendidas.

En vista de las poderosas razones de Almudhaffar, dispuso el califa la reunion de un fuerte ejército para la inmediata primavera, y él se dirigió al territorio que en otro tiempo poseyó el heróico Tadmír, en Murcia y Orihuéla, llegando hasta Valencia. En tantas partes como se presentó fué aclamado con gran placer y con verdadero regocijo, recibiendo muchas pruebas de adhesion, y sometiéndose á su poder los que aun estaban al parecer indecisos.

Despues entró el califa en Zaragoza, que hacia tantos años que contra él estaba rebelada, y en poco tiempo hizo cambiar de aspecto á sus dominios.

Ya dentro de Zaragoza, recibió un mensaje que Caleb tuvo la osadía de enviarle, el cual realmente era una embajada ó una proposicion hecha de potencia á potencia, y no la sumision de un rebelde tan activo y obstinado, que habia sostenido la insurreccion durante muchísimos años con una tenacidad inusitada.

El célebre jefe de los rebeldes hizo saber al califa, por medio de sus enviados, que estaba pronto á auxiliar á aquel, y á entregarle á Toledo, Huesca y los demás puntos fortificados que tenia en su poder, *en prueba de su lealtad*, con tal de que Abderrahman, por su parte, le dejase y reconociese la *tranquila posesion de la España oriental*.

No pudo el califa escuchar tales palabras con ánimo sereno, y contestó á los mensajeros que si su propia paciencia llevada al extremo le habia obligado á escuchar impasiblemente las proposiciones de un rebelde que hablaba á su soberano como si él lo fuese, no por eso dejaba de encargarles hiciesen saber á quien los mandaba, que por efecto de su mucha bondad le concedia treinta dias de plazo para presentarse á rendir el debido homenaje á su califa, sin condicion ni restriccion alguna, porque de no hacerlo así, le trataria con todo el rigor que tan obstinado rebelde merecia; «y á vosotros, añadió, os dejo marchar libres, porque considero que habeis llegado hasta aquí confiados en vuestra calidad de parlamentarios; si así no fuera, os hubiera mandado empalar.»

Con esta enérgica indicacion, no se detuvieron un instante en Zaragoza los mensajeros de Caleb.

El gérmen de sedicion no estaba destruido, á pesar de los grandes y visibles adelantos que diariamente hacia Abderrahman; porque al terminar una insurreccion nacia otra, y todo probaba que no era el despotismo de algunos califas el que daba márgen á las sublevaciones; porque lo mismo sucedia en el reinado del tercer Abderrah-

man, soberano el más bueno, humano, ilustrado y magnánimo de todos los Ben-Omeyas que le habian precedido en el trono de Córdoba, que en los de sus antecesores, buenos y humanos casi todos tambien.

Apenas habia regresado á Córdoba entre las aclamaciones debidas al buen éxito de su última expedicion, cuando de nuevo se sublevaron los discolos, en las sierras de Ronda y en las de la Alpujarra. Parece que este desórden tuvo su origen en la dureza con que uno de los encargados de cobrar los impuestos y contribuciones desempeñaba su cometido, dureza que vengaron apelando á la violencia y á la fuerza. Cierto es que los montañeses tuvieron un pretexto de disgusto; pero no lo es menos que dieron muestra de estar más que predispuestos á los motines y desórdenes. Hubieran podido limitarse á maltratar al imprudente recaudador, pero no lo hicieron así; acometieron á las tropas del califa, y constituidos ya en fuerza beligerante, eligieron para caudillo á uno de los que se habian sometido, al mismo Azomor, nombrado alcaide de Albama al tiempo de entregarse al poder y bondad del califa; y este alcaide, aunque tambien de un carácter bondadoso y humano, accedió al deseo de los sublevados, más que por gusto y propia decision, por falta de carácter y por no atreverse á dar una negativa, segun se dice. Mas esta falta de firmeza, que no le excusaba ni le podia excusar, no la consideró Abderrahman como bastante causa para faltar de tan escandalosa manera al deber de súbdito y al de hombre agradecido; porque acababa de ser perdonado, y agraciado además con la alcaidía de Albama, lo que prueba que aquella gente era de suyo afecta á las revueltas y sediciones. Mas este hecho aislado pronto tuvo término, y pronto tambien quedaron vencidos los rebeldes, dispersos y escondidos; y á pesar del disgusto del califa, que nada oprime más al corazon de un hombre bondadoso que el ver la ingratitude con que son pagados los beneficios que dispensa, quedó el dicho pesar muy compensado con una agradabilísima nueva que recibió al llegar de regreso á Córdoba, mandada por su tio el bizarro y fiel Almu-dhaffar.

La grata nueva que el leal príncipe y bizarro guerrero daba á su sobrino el califa, era la muerte del rebelde Caleb, ocurrida en las inmediaciones de Huesca cuando menos se esperaba (mes de Mayo de 919). Dejaba, empero, el difunto y tenaz caudillo dos hijos, llamados Giafar y Suleiman, que no degeneraban de su padre y abuelo, ni en osado valor, ni en presuntuosa ambicion.

En el mismo año fué cuando Abderrahman quiso oponer un dique á las atrevidas empresas del esforzado Ordoño II, y llegando hasta San Estéban de Gormaz sufrió tan desastrosa derrota, que desde dicho punto hasta Atienza no se veia otra cosa que cadáve-

res de agarenos despues de terminada la batalla; derrota que ven-
gó el califa en Mindonia, segun en su lugar queda referido.

En el 920 ocurrió la batalla de Val-de-Junquera, ventajosa para los mulsumanes, que solo apuntamos aquí por seguir el órden cronológico de los sucesos correspondientes á la España árabe, y de la cual tiene ya el lector conocimiento; funesta accion de guerra para los reyes cristianos, merced á los condes de Castilla. Mas tambien tuvo condigna venganza este desastre en los desfiladeros del Roncal, siendo el digno ejecutor de aquella el célebre Sancho Abarca auxiliado por su hijo Garcia el Trémulo. Y ya que nombramos al sucesor de Sancho, debemos añadir que progresivamente fué dando á entender que era digno heredero del marcial espíritu de su padre, y que se le dió el sobrenombre de Trémulo, porque al ir á entrar en batalla temblaba de los piés á la cabeza, pero no de temor, como sus hechos acreditaban despues, sino á consecuencia de una impaciencia febril ocasionada por el afan de vencer y por el anhelo de derrotar á los enemigos.

En tanto continuaban los rebeldes que estaban posesionados de la sierra de Elvira dando en que entender al califa, batiéndose con las tropas de aquel, y no siempre sin fortuna. El ingrato Azomor habia tomado á Jaen; y tantos adelantos iban haciendo los sediciosos, que juzgó necesario el califa dirigirse en persona á sujetarlos.

Logró hacerlos huir, y el caudillo rebelde se vió en la necesidad de rétirarse á Alhama, usando en contra del califa de aquella misma poblacion que debia á su bondad, y que era de suyo muy á propósito para oponer resistencia. Provista abundantemente de víveres; defendida por fuertes murallas y torres, y colocada ventajosamente por los naturales accidentes del terreno, presentaba grandes obstáculos al bizarro Abderrahman, si no para dejar amortecida la sedicion, al menos para extinguirla inmediata y radicalmente.

Tan obstinada y valiente fué la defensa, como rudos y heróicos los ataques; empero el tiempo trascurria, y la desconfianza comenzaba ya á apoderarse del grande ánimo del califa. Fortuna suya fué el reparar en cierto sitio de la muralla que estaba cerrado con madera: verle y mandar que le diesen fuego fué obra de un instante, y por aquel punto se desplomó la parte suficiente para dar paso á los sitiadores.

Dia de horror debió ser aquel para los infelices moradores de Alhama; cuantos fueron habidos, fueron pasados á cuchillo; lo mismo hombres que mujeres; igualmente los guerreros que los habitadores pacíficos; y no evitó Azomor la deshonra del suplicio, aunque no pudo sentirla; porque se le encontró cadáver, y cubierto de innumerables heridas. El califa, sin embargo, mandó que públicamente se le cortara la cabeza, la cual fué mandada á Córdoba,

en testimonio de la victoria y para escarmiento de los sediciosos.

Completamente destruidos los rebeldes, se retiró el califa á Granada, en donde descansó algunos dias muy gozoso, enamorado, con sobrada razon, de aquel delicioso paraíso.

En tanto continuaba Toledo en poder de los hijos de Caleb, y en ella residia Gíafar, animoso y decidido. Era mengua del valor de Abderrahman III que aun fuese en aquella ciudad desconocido su poder y rechazada su dominacion, y decidió domar tanta altivez, ó perecer en la demanda. Mas no fué asunto breve el que se propuso, que no hay mayores males que los inveterados; baste decir que durante dos años tuvo que ocuparse en hacer que se talase aquel territorio, destruyendo y abrasándolo todo; ni dejó mieses, ni árboles, ni plantas, ni edificios, ni fuentes, ni objeto alguno entre su campamento y la ciudad.

Cuando comprendió que los sitiados habian forzosamente de padecer necesidad, porque á la extraordinaria duración del asedio se agregaba el estar este tan perfectamente entendido y dispuesto, que sin alas era imposible salir ni penetrar en la ciudad, hizo que á su ejército se uniesen otras muchas tropas de diversos puntos de sus dominios.

El hijo de Caleb vió que su valor era ya inútil para oponerse al poder del califa, y expuesta y perniciosa para sí propio la tenaz obstinacion. En tan crítico momento y duro trance, puesto de acuerdo con las más notables personas de Toledo, determinó abandonar la ciudad; y lo ejecutó del mismo modo que lo habia determinado, dando clara muestra de que era muy grande su corazon, aunque injusta la causa que sostenia.

Comenzaba la aurora á colorar el horizonte, y aun reposaban en el silencioso campamento los soldados de Abderrahman, cuando rápido como el rayo salió Gíafar de la oprimida ciudad, acompañado de 2,000 escogidos ginetes, que llevaban otros tantos peones á las grupas. El repentino estrépito, centuplicado por el pavoroso silencio que reinaba, puso en movimiento á los soldados del califa, que mal despiertos, medio armados, y arremolinados sin orden ni concierto, trataron de perseguir á los fugitivos, y aun llegaron á tomar algunos, pero pocos prisioneros.

No fué muy activa la persecucion, ni á serlo hubiera dado gran fruto; porque los que huyendo volaban, tenían ganada mucha ventaja á los perseguidores. Abderrahman, además, comprendió que era suya Toledo, y no consintió que se persiguiese á los que le dejaban libre la codiciada ciudad, en la cual entró por la puerta Bisagra, cuando aun corria el año 927. Cincuenta hacia ya que estaba sublevada contra el poder de los emires de Córdoba.

Pacificados por completo los dominios de Abderrahman y resta-

blecido el orden en todos ellos, pasó largo tiempo sin que ocurriese suceso alguno digno de mencionarse.

En el año 932 sufrieron los musulimes dos fuertes desastres, que les ocasionara el belicoso Ramiro II, en Magerit (Madrid) y en Talavera: de ambos tiene ya conocimiento el lector. Quisieron los agarenos tomar venganza de tan funestos sucesos; y al efecto, el bizarro Almudhaffar chocó contra el rey de Leon y el conde de Castilla Fernan Gonzalez, y en vez de obtener los mahometanos la anhelada venganza, tuvieron un desastre más que vengar (933).

Hubo después un interregno durante el cual descansaron las belicosas huestes, si no por completo, casi en todas partes, hasta que ocurrió la defección de Omeya-ben-Ishak, descontento wali que, según ya dijimos, se pasó con gran número de los suyos á las huestes del rey de Leon, á quien entregó los castillos que estaban bajo su custodia.

Por entonces (937) se verificó la infructuosa expedición de Almudhaffar, orillas del Duero, y no mucho después proclamó Abderrahman la guerra santa, reuniendo á consecuencia de esta proclamacion, siempre imponente y solemne para los mahometanos, un ejército innumerable.

Púsose en marcha el formidable campo; se concertó la reunión de Almudhaffar, que llevaba consigo la brillante caballería de los Algarbes, al califa, cuyo séquito numeroso y lucido, entre el cual se contaba el divan, sobrado daba á entender la gravedad del resultado y de las consecuencias de la terrible y horrorosa lucha que se preparaba.

Espiraba el año 938 cuando Abderrahman III fijó su campo en la ribera del Tormes, á muy poca distancia de Salamanca, en donde debía unir sus fuerzas á las de su tío Almudhaffar. Dícese que pasada revista se contaron 100,000 hombres de combate, los cuales, á manera de los innumerables enjambres de langostas que dejan destruidas las mieses, atravesando el Duero, emprendieron la marcha en direccion de Zamora, destruyendo y talando cuanto en su camino encontraban, á cuya ciudad pusieron el asedio.

Nada amedrentados los que inopinadamente sitiados se veian, se prepararon á oponer una vigorosa y decidida resistencia, que acompañaban con arrolladoras salidas de la plaza. Pronto, empero, tuvo necesidad el califa de alejarse de allí, dejando 20,000 hombres solamente para continuar el asedio, en tanto que él mismo con los 80,000 restantes se dirigía apresurado á interceptar el paso al rey de Leon, Ramiro II, que venia presuroso tambien á socorrer á Zamora y hacer levantar el sitio.

Temible se habia hecho el esforzado Ramiro á los agarenos, cuando solo dejó el califa al frente de Zamora la quinta parte de su for-

midable ejército, bajo las órdenes de Abdallah-ben-Gamri y del wali de Valencia, y él, que llevaba consigo las otras cuatro quintas, aun no confiando bastante en sí, y eso que era guerrero insigne, hizo marchar en su compañía al célebre, valiente y práctico Almu-dhaffar.

Ya sabe el lector que ambos ejércitos, cristiano y agareno, se encontraron en la confluencia del Duero y del Pisuerga, inmediato á Simancas; no ignora el resultado de la terrible batalla, ni deja de saber que en ella perecieron varios caudillos moros de muy justa y merecida celebridad; pero le falta conocer que Omeya-ben-Ishak, traidor primero á su soberano, lo fué tambien en seguida al bizarro Ramiro: el que no guarda el primer juramento, quebrantará con la misma facilidad cuantos haga despues.

No necesitamos tampoco referir la horrible batalla conocida por la del *foso de Zamora*, en que el mismo Abderrahman fué retirado de la pelea herido gravemente, porque siendo uno de los más gloriosos hechos guerreros del rey de Leon, nos ha parecido conveniente colocar esta memorable batalla en la historia del precitado reino, así como tambien dijimos que muy en breve arrancó Ramiro á los musulmes la disputada Zamora.

Al recuperarla hizo prisionero el rey cristiano al traidor Omeya, que despues de haberse ensangrentado en sus correligionarios en la famosa batalla de Simancas, se pasó á los agarenos con la misma facilidad que habia desertado de sus banderas; y no nos extraña, seguramente, que quien una vez fué traidor, lo fuese otras ciento: lo que sí nos sorprende es que de nuevo fuese admitido. Dicese que Abderrahman le recibió por privar de auxiliar tan poderoso á su enemigo. Lástima grande fué que lograrse huir del poder de Ramiro sin experimentar el castigo que merecia, y se añade que habiéndose presentado despues de su fuga y vuelto á la gracia del califa, obtuvo por segunda vez el cargo de wali que desempeñaba cuando consumó su desercion.

En el año 944 tuvo lugar la sorpresa de los infieles cerca de San Estéban de Gormaz, por el infatigable y activo Ramiro II; y en 944 se pactó la tregua de cinco años entre este soberano y Abderrahman III, segun en su lugar hemos referido, así como hemos dado cuenta del último desastre que sufrieron los mahometanos en Talavera, despues de terminada la tregua, y cuando casi tocaba á su término la primera mitad del siglo X.

REINO DE LEON.

ORDOÑO III.—AÑO 950 A 1000. Despues de haber fallecido el esforzado Ramiro II (5 de Enero de 950) subió al trono de Leon

su hijo Ordoño, tercero de este nombre. El carácter del nuevo soberano era enérgico; su corazón magnánimo; su ánimo esforzado también como el de Ramiro, y era, además, entendido y discreto.

Apenas había empuñado el cetro, cuando se sublevó contra él su hermano Sancho, apellidado el Gordo. Levantóse, pues, contra el poder real, siendo conde de Búrgos, de acuerdo con el rey García de Navarra, su tío, y con Fernán Gonzalez, conde de Castilla y suegro de Ordoño III. Esta nueva deslealtad del conde castellano manifiesta claramente que si fué valeroso, manchó sus glorias con más de un feo borron.

Tan pronto como dieron el grito los traidores, entraron por los dominios leoneses con ánimo decidido de no parar hasta la capital. Creían que era la empresa fácil y hacendera; pero sufrieron un amargo desengaño. El ejército del rey de Leon, tan fiel como aguerrido, no faltó á la lealtad que al monarca debia; este, por otra parte, no estaba desapercibido; tenia fortificadas las ciudades, y cortados los caminos; por lo que abochornados los sediciosos, y pesándoles en el alma del osado golpe que traidora é infructuosamente habian dado, desistieron de proseguir en su rebelion, y se dispersaron.

Poco despues de haber tenido lugar este desagradable suceso (952), el rey de Leon repudió á su esposa Urraca: el pretexto fué la infecundidad de esta; la verdadera causa créese no fuese otra que el nuevo é infame perjurio del conde Fernán Gonzalez, padre de la reina. Poco despues de anulado el matrimonio, se desposó el rey con la hija del conde de Asturias, llamada Elvira.

Apenas habia conjurado Ordoño la tormenta que hiciera estallar su propio hermano, tuvo que pasar á Galicia, en donde la sedicion habia levantado su fatídica cabeza. Llegó el bizarro monarca y puso bien pronto á raya á los rebeldes; y despues de haber dejado completamente asegurada la tranquilidad de aquel país, pasó á la Lusitania ganoso de gloria, y deseando dar á conocer á los secuaces de Mahoma que el esforzado Ramiro habia revivido en su hijo Ordoño.

Gloriosa fué, en efecto, aquella corta campaña, mediante la cual logró que los musulimes recordasen muy á su costa las hazañas de Ramiro II, al experimentar el valor de su hijo Ordoño y sufrir el rudo golpe que en la Lusitania les diera. En breves dias se apoderó de Lisboa; saqueó la ciudad; taló los campos, aterró á los agarenos, y regresó victorioso y triunfante á su córte con innumerables despojos, y seguido de infinitos prisioneros.

Corria el año 954, cuando tuvo necesidad el jóven rey de enfrenar la arrogancia de los sarracenos, que trataron de vengar el desastre de Lisboa; empero no consintió el esforzado monarca que con-

sumasen la venganza: les hizo, por el contrario, sufrir un segundo y más terrible desastre, poniéndolos en verdadera dispersion, acosándolos hasta el río Duero, y derrotándolos tan completamente, que pasaron á poder del rey de Leon los caballos, equipajes y tiendas de los enemigos, quedando prisioneros muchos de ellos. En esta célebre accion tomó parte el voluble conde Fernan Gonzalez, á la cabeza de las huestes castellanas, auxiliando con su consejo y valor al rey de Leon, con tanta decision é interés como si jamás hubiera sido traidor.

La despiadada muerte vino á cortar la gloriosa carrera de Ordoño, cuando estaba disponiéndose para emprender una nueva campaña contra los hijos de Ismael. El malogrado rey, que tanto prometia, falleció en el mes de Agosto del año 955, hallándose en Zamora. Su cuerpo fué depositado al lado del de Ramiro II, su padre, cuando no hacia seis años que el hábil y esforzado jóven habia ceñido la régia diadema.

La prematura muerte del rey hacia prever grandes calamidades y discordias civiles; porque se aglomeraban los incidentes; se notaba una reunion de circunstancias en extremo peligrosas, y quedaba el campo abierto á infinitas ambiciones.

Ordoño III habia dejado un hijo llamado Bermudo, habido en Elvira, su segunda esposa, la hija del conde Gonzalo de Asturias; empero nadie se acordó de él por entonces, aunque para despues podia ser causa de trastornos si quedaba legal ó ilegalmente excluido. Por otra parte, el ambicioso Sancho, que intentó arrancar el cetro á la vigorosa mano de Ordoño, no era posible dejase pasar la oportuna y ventajosa ocasion, viendo vacante el solio; y á todo esto se agregaban las ambiciosas miras del incalificable Fernan Gonzalez, el cual ya no favorecia los proyectos de Sancho, como seis años antes: habia dejado de ser suegro de un rey y queria serlo de otro, y este era el móvil que le habia impulsado á separarse del hermano de Ordoño III.

Urraca, la hija del conde de Castilla, repudiada por el rey de Leon, estaba casada con un príncipe hijo de Alfonso IV el Monje, tambien llamado Ordoño como su primer esposo, y Fernan Gonzalez favorecia á este, y estaba decidido á procurar que fuese elegido rey de Leon.

Tan activo y enérgico como inteligente y valeroso, obró Fernan Gonzalez con extraordinaria rapidez: se hizo dueño del ejército y logró la eleccion de su nuevo yerno, y el abandonado Sancho se vió precisado á salir del reino y buscar un refugio en el de Navarra, bajo el amparo de García, su tío.

Por este tiempo estaba el hermano de Ordoño III tan excesivamente obeso, que comenzaron á llamarle Sancho el Craso ó el Gor-



do; y su no comun gordura era una fuerte rémora para su genio ambicioso y emprendedor. Dicese que ni podia montar á caballo, ni manejar las armas; defecto perjudicialísimo en una época como aquella, en la que el rey debía ser esforzado caudillo antes que nada.

En tanto el conde de Castilla habia llevado á cabo su designio, y reinaba en Leon Ordoño IV, apellidado el Intruso, y al que, considerándole como tal, no se ha dado lugar entre los reyes de Leon. Tambien fué llamado Ordoño el Malo, á causa de sus actos durante el tiempo de la usurpacion; y como todo hombre de malos instintos y de poco elevados pensamientos, era cobarde: como rey de ánimo pequeño y de menguado corazon, le veremos figurar dentro de poco.

Hallábase Sancho el Craso refugiado en Pamplona, cuando el rey de Navarra le aconsejó pasase á la córte del califa, en donde encontraria muy hábiles médicos entre los árabes, los cuales tal vez llegarían á curarle de la perjudicial y monstruosa obesidad. Créese, y no sin fundamento, que aquella fué el pretexto, y que el verdadero objeto del viaje era en realidad el pedir socorros á Abderrahman III para subir al trono. De un modo ó de otro, Sancho pasó á Córdoba acompañado de numeroso séquito de nobles navarros, prévia una embajada que el rey de estos mandó al ilustrado y humano califa.

Llegó el príncipe á Córdoba, y fué cordial y afectuosamente recibido: Abderrahman le hizo quedar en su propio alcázar y tratar con todos los miramientos debidos á un soberano; y, en público al menos, de lo que inmediatamente se comenzó á tratar fué de la curacion de Sancho, que encomendó el califa con el mayor interés á sus mejores médicos.

Tiénesse por cierto que á pesar de haber quedado al príncipe leonés el renombre de Craso, con el cual es designado en la historia, logró su completa curacion; los hábiles médicos del califa le restituyeron á su pristino estado, y le devolvieron la agilidad perdida y primitiva.

Cerca de tres años duró la curacion, los cuales no pasaron en balde para el príncipe cristiano; porque logró, en tanto aquellos trascurrieron, posesionarse del aprecio y cariño del bondadoso Abderrahman. Créese que medió algun tratado entre ambos; mas fuera que pactasen ó estipulasen recíprocas ventajas y mútuas obligaciones, ó fuese simplemente generosidad del soberano árabe, es lo cierto que Abderrahman entregó al príncipe cristiano un brillante ejército musulmico, á la cabeza del cual se dirigió aquel á Leon, cuando ya corria el año 959.

En aquella ocasion fué cuando Ordoño *el Intruso* se manifestó



cobarde, y como tal, indigno de ceñir la diadema esplendente de fulgurosa gloria que ceñeran Pelayo y los Alfonsos y Ordoños y Ramiros; porque al saber que se acercaba el animoso Sancho seguido del ejército de Córdoba, aprovechando las nocturnas tinieblas como un malhechor que huye la acción de la justicia, se puso en precipitada fuga, internándose en Asturias.

No necesitó más el Intruso para enagenarse la voluntad de casi todos sus parciales y para allanar á su rival el camino del trono, al cual ascendió Sancho I el Craso, sin encontrar apenas resistencia; y el prófugo Ordoño, convencido de que no debía pensar en ceñir de nuevo la corona, abandonó á Asturias y pasó á Búrgos.

Desgraciadamente ni aun pudo contar con los auxilios del conde de Castilla su suegro, que á la sazón estaba prisionero, como despues verá el lector.

En el año 961 se desposó Sancho I con doña Teresa, hija de Ansúr Fernandez, conde de Monzon, despues de cuyo enlace continuó gobernando en paz su reino, porque su opositor Ordoño el Malo, el poco tiempo que vivió despues de haber descendido del trono, estuvo prófugo y acogido á los moros de Aragon. Al llegar á Búrgos fué muy mal recibido por los naturales de aquel país: se apoderaron de su mujer y de dos hijos que tenia, y á él lo expulsaron de aquel territorio, casi ignominiosamente. Entonces fué á Aragon, en la parte ocupada por los agarenos, y se cree que allí murió; porque no se volvió á oír hablar de tan desgraciado príncipe.

Tampoco se alteró despues la paz entre Leon y Córdoba; el convenio tácito ó expreso pactado entre los soberanos de ambos dominios continuó fielmente observado; ni era fácil que estallase la guerra entre el protegido y el protector.

No mucho despues falleció Abderrahman III, y el sucesor del primer califa de Córdoba hizo diversas expediciones, que referiremos al tratar de la España árabe: probablemente las victorias de los agarenos en los dominios de Castilla y en otros, movieron el ánimo del rey de Leon á proponer al nuevo califa el establecimiento de un solemne pacto de paz, proposicion que aceptó con gusto el soberano de Córdoba.

Posteriormente, y segun se dice á instancia de su esposa y de Elvira su hermana, la religiosa en el monasterio del Salvador, pidió Sancho I al califa el permiso para trasladar á la capital de su reino el cuerpo del mártir San Pelayo, sacrificado por Abderrahman III, á cuya peticion accedió el sucesor de este, despues de orillados algunos inconvenientes; y la traslacion se verificó, celebrándose la llegada á Leon de los restos del jóven mártir con la mayor solemnidad y en medio del más grande júbilo y entusiasmo, de los cuales no pudo participar el monarca leonés.

Antes de otorgar el permiso para la traslación el califa de Córdoba, había estallado una sublevación en Galicia. Dicese que fué el alma de aquella el obispo de Compostela, quien equivocando su vocación, era más apto para el manejo de las armas, y más afecto á las lides, que á desempeñar su santa misión de paz y dulcedumbre.

El rey marchó á Galicia al frente de su ejército, y los sublevados trataron de hacerse fuertes en Compostela, ciudad que estaba egregiamente murada y fortificada por disposición del precitado obispo. Este, sin embargo, viendo ya cerca al rey, no se determinó á resistir y le hizo entrega de la ciudad; empero Sancho no quiso dejar impune al prelado que, por desgracia, se había separado tan lamentablemente de la senda de sus deberes, y le hizo abandonar la sede episcopal, disponiendo fuese sustituido por el virtuoso Rosendo, á la sazón obispo de Mondoñedo.

Contábase entre los conjurados á Gonzalo Sanchez, conde de Viseo, Coimbra y Lamego, en la Lusitania, y como continuase puesto en armas y persistente en su rebeldía, Sancho I se dirigió animoso á domar tanta audacia.

El traidor conde, antes de avistar el ejército leonés, mandó una embajada al monarca para que en su nombre le rindiese el debido homenaje y ofreciese la seguridad de su adhesión y respeto.

El rey, que ningún recelo abrigaba, no solamente creyó sincero el arrepentimiento del rebelde, si que también accedió á celebrar con él una entrevista que aquel había solicitado. El villano Gonzalo se mostró agradecidísimo al generoso perdón del rey, practicando todo lo que era posible para hacer olvidar al soberano cuanto había pasado; y para afianzar la amistad y celebrar tan fausto día, dispuso un banquete, y suplicó al rey se sirviese honrarle.

Sancho I aceptó la invitación del infame traidor, y durante el festín reinó la mayor armonía, y se disfrutó del más cordial regocijo; empero casi al término de la comida el confiado rey comenzó á sentir agudísimos dolores y horribles contracciones, presentando positivos síntomas de envenenamiento. El pérfido asesino le había hecho directamente un obsequio que estaba fatal y hábilmente emponzoñado: algunos dicen que fué una manzana, y es indudable que el veneno estaba en una fruta, acaso porque era más difícil recelar de un producto natural de la tierra que de un manjar preparado por la mano del hombre.

No murió el rey, sin embargo, instantáneamente; quizá quiso el infame conde que sufriese más tiempo, ó el veneno no estaba preparado en suficiente dosis ó gradación. A pesar de todo, los efectos fueron tan terribles que apenas pudo articular una palabra, y tan veloces que los sintió en el momento de gustar la fruta.

Más que con los labios, contraidos, trémulos y balbucientes, con signos indicó que á toda costa queria ser trasladado á Leon; y aunque se apresuraron á cumplir su deseo, no pudo llegar á la capital del reino; falleció en el camino, dentro del convento de Castrelo de Miño, presa de agudisimos dolores (967). Ya cadáver fué llevado á Leon, en donde le dieron sepultura en el convento donde moraba su hermana Elvira, que fué construido para esta por Ordoño, hermano de ambos (el Salvador), á cuyo lado descansó eternamente Sancho I el Craso.

Entre las fundaciones que hizo este rey, se cuenta un monasterio en donde dispuso se enterrase el cuerpo del mártir San Pelayo, que desde entonces llevó este nombre.

Despues de celebradas las solemnes exequias de Sancho I, ocurrió el primer ejemplo de subir al trono un niño de tierna edad, hijo de Sancho, y llamado Ramiro como su abuelo.

RAMIRO III.—AÑO 967. Al colocar la corona de Leon en las sienes del niño Ramiro, quedó, si no con el mismo nombre, con las funciones de regente del reino su madre doña Teresa, cosa nada extraña á no haber sido acompañada para ejercer aquellas, de su cuñada la religiosa Elvira, la monja del monasterio del Salvador. Extraña determinacion por cierto la de nombrar co-regente á una mujer sepultada desde los primeros albores de la vida en el fondo de un claustro, ignorante de los hechos del mundo, de las malas artes que en él se usan, y de las maquiavélicas y diarias intrigas palaciegas, cuando tantas y tan preciosas dotes son indispensables para ejercer dignamente el espinoso y difícil cargo; dotes rara vez reunidas en una mujer que no tenga muy privilegiado talento, y aun cuando en ella no concurra la circunstancia negativa que en Elvira concurría. Sin embargo, Teresa y Elvira quedaron de gobernadoras del reino de Leon, y el tierno Ramiro subió sin contradiccion al solio.

En el mismo año 967 tuvo lugar un suceso notable. El venerable Rosendo, prelado puesto en la sede compostelana por Sancho I, fué arrojado de ella por Sisnando, obispo belicoso depuesto por el mismo soberano, contra quien se habia rebelado, imponiendo temor al virtuoso Rosendo, ante quien se presentó armado de todas armas y blandiendo el acero. Rosendo cedió á la fuerza; empero amenazando al extraviado Sisnando con las terribles palabras dirigidas á San Pedro por el Redentor del mundo: «El que con la espada mata, por la espada morirá.»

No mucho tiempo despues (968) se vió la Galicia invadida nuevamente por los salteadores normandos, que no eran otra cosa sino unos verdaderos piratas, y Sisnando, más afecto en toda ocasion á

manejar la espada de caudillo que el cayado pastoral, convirtiéndose nuevamente en guerrero, salió al frente de las tropas á rechazar á los invasores, y cumpliéndose la sentencia de Rosendo, Sisnando pereció atravesado por una saeta.

Vengó la muerte del obispo guerrero el traidor y asesino de Sancho el Craso, el conde Gonzalo Sanchez.

Este hizo pagar bien cara á los normandos la derrota del obispo Sisnando. Despues de la muerte de este personaje, se internaron aquellos por Galicia, y llegaron hasta los montes de Cebrero: excusado es decir que en su camino no hubo desman ni atropello que no cometieran. Á su regreso fué cuando los alcanzó el conde Gonzalo con suficiente hueste de guerreros gallegos, y cargando sobre los atrevidos merodeadores con valeroso impulso, los venció en pocos momentos, pasando á cuchillo á la mayor parte de ellos, incluso Gunderedo, que se titulaba rey de aquellos bandidos. Acto continuo el esforzado conde mandó incendiar las naves, en número de ciento, en que habian llegado hasta las aguas de Galicia, en las cuales perecieron los que en ellas se habian refugiado. Como la expresada provincia pertenecia entonces al reino de Leon, del cual nos venimos ocupando, hemos colocado el referido suceso en este lugar.

Corria el año tercero del reinado del niño Ramiro (969), y el reino estaba gobernado en paz y justicia, merced á las virtudes y talento de las dos regentes. Contra lo que debia esperarse, aquellas dos princesas, monja primero la una, y despues tambien la reina viuda doña Teresa, que abandonara el bullicio del mundo por la tranquila soledad del claustro, dirigian la nave del Estado con un tacto, prudencia y carácter, superiores á la debilidad de su sexo, y muy dignos de fuertes y entendidos varones. La infanta doña Elvira, retirada desde sus más tiernos años, como en otra ocasion hemos dicho, al monasterio que para ella habia fundado su padre Ramiro II, llevaba en aquel retiro más de veinte años, y sin embargo, superaba en inteligencia y práctica de los más árdulos negocios á su cuñada doña Teresa, que habia ocupado el solio de Leon, y hasta entonces vivido en la córte. Cuéntase que en una asamblea de prelados y próceres del reino, «se dieron gracias á Dios por los beneficios que el reino disfrutaba bajo la acertada y prudente direccion de las dos piadosas princesas;» diciendo, al tratar de Elvira, *que si por el sexo era mujer, por sus distinguidos hechos merecia el nombre de varon.*

Por desgracia, los principios de virtud que ambas regentes querian inculcar en el corazon de Ramiro, hacian poca ó ninguna impresion en este; y cuanto más avanzaba en edad, más muestras daba de su mal carácter y peores inclinaciones.

Tan pronto como salió el rey de la menor edad, manifestó bien á

las claras que los inmensos esfuerzos y asiduos desvelos de las dos virtuosas señoras habian sido completamente perdidos. Aun se dice que anticipó su mayoría, bajo el pretexto de no ser tolerable que el reino estuviese regido por dos mujeres.

Muy pronto se desposó con Urraca Sancha, mujer de ignorada familia; y muy pronto tambien logró que se disgustasen con él los condes y magnates de su reino. Á ser exacto el retrato que de este soberano se ha hecho, puede asegurarse que reunió todas las peores circunstancias, como rey y como hombre: Presuntuoso, altanero, hispido, descortés, indiscreto, violento, poco veraz..... creemos que basta; pero nada agregamos á lo que de Ramiro III se ha dicho.

Del descontento, muy disculpable, de los grandes, surgieron infinitos proyectos de conspiraciones; y el de los próceres de Galicia pasó del proyecto á la realizacion, antes de lo que el rey podia esperar.

Existia el hijo de Ordoño III, llamado Veremundo ó Bermudo, habido en Elvira (hija de Gonzalo, conde ó gobernador de Asturias), con la que se desposó despues de haber repudiado á Urraca, hija del conde de Castilla Fernan Gonzalez.

Los descontentos de Galicia comenzaron la sublevacion por proclamar á Bermudo II; y para dar más solemnidad y valor á la eleccion de soberano, hicieron que fuese éste consagrado en la iglesia de Compostela, ó Santiago.

Fácilmente reunieron los sublevados un ejército, como hombres poderosos que eran; y obraron con acierto en apresurarse á hacerlo así, porque sabedor Ramiro de lo que en Galicia ocurría, puesto á la cabeza de sus tropas marchó sin perder momento á sofocar la insurreccion (980).

En Portelas, ó Portilla, de Arenas tuvo lugar la batalla, empeñada y sangrienta, que ocasionó muchas muertes en uno y otro ejército; siendo tal el valor y obstinacion de ambas huestes, que terminó la lucha sin que pudiera decirse de cuál de las dos habia sido el triunfo. Notable fué, por cierto, que en tal indecision no se renovase la batalla para que se decidiese la victoria; pero Ramiro, sin procurar la destruccion del ejército de su competidor, se retiró á su córte; conducta que no hace, seguramente, la apología de su valor; y Bermudo se retiró á la suya, que tal podia llamarse por entonces á Compostela, imitando á Ramiro y dando á entender que no era más que éste como hombre de guerra.

En tal estado quedó el real pleito, cuyo fallo dió la segur de la Parca, cortando la vida de Ramiro III dos años despues de la batalla de Portela, sin que durante este tiempo hiciese cosa digna de mencion (982).

Triste y desconsolador es el cuadro que muy pronto tendremos ante la vista. La pluma se desprende de la mano, negándose á trazar los caracteres que han de consignar la mengua y baldon de Bermudo II; la ruina y desaparicion casi completa del reino; la pérdida de todos los supremos esfuerzos y heróicos sacrificios del ilustre Pelayo, del valeroso Alfonso I, de los esforzados Alfonsos II y III, y de tantos valientes y denodados reyes, honor de España y terror de los hijos de Ismael.

No referiremos en este lugar las multiplicadas victorias de los musulimes, porque creemos deber consignarlas cuando de la España árabe nos ocupemos; empero aquí, por desgracia, debemos referir lo que quisiéramos poder pasar en silencio.

Engreido Almanzor, valeroso caudillo de los musulimes, con sus recientes victorias y con la toma de Zamora, que en tan diversas ocasiones habia costado copiosísima sangre á cristianos y mahometanos, decidió destruir por completo el reino de Leon; y provisto de toda suerte de máquinas de guerra, al frente de respetable ejército, se dirigió á las fronteras de Leon y de Castilla, con firme propósito de apoderarse de la capital.

A haber sido posible que la mayor parte de los ascendientes de Bermudo II hubiesen resucitado en aquella sazón, hubieran sin duda alguna volado á encerrarse en el lóbrego y helado sepulcro, si no les era dado remediar la ruina de su amada patria, antes que haber visto á su indigno descendiente abandonar á Leon para refugiarse en Asturias, tan pronto como tuvo noticia de que Almanzor se acercaba.

Marchó el rey llevando consigo los despojos mortales de sus antecesores, cuidando de que no fuesen profanados, ya que no supo guardarlos para ponerlos á cubierto de los desmanes de los enemigos del nombre cristiano. Fué culpable Bermudo de que á los restos de tan ilustres y esforzados soberanos se negase lo que á pocos hombres no se concede: la tranquilidad y el reposo del yerto cadáver, despues de haber luchado el cuerpo con todas las borrascas del proceloso golfo de la vida.

Tambien hizo llevar las reliquias de los santos y las alhajas de los templos; señal evidente de que esperaba se convirtiesen las iglesias en mezquitas, viendo demasiado próximo el momento de que la santa cruz del Gólgota fuese derribada por la media luna del pseudo-profeta. ¡Y sin embargo, abandonó á Leon, y no prefirió peccer, hundiéndose antes su acero desde la punta al pomo en el pecho de su enemigo!

La córte estaba defendida por muy fuertes y elevadas murallas, flanqueadas estas por torres y respetables fortificaciones; eran ferradas sus puertas, y su defensa habia quedado encomendada á Guillen

ó Guillermo Gonzalez, ilustre y valeroso conde de Galicia. Por fortuna, no pudiera haber sido más acertada la eleccion de caudillo; porque si la suerte estaba echada y la pérdida de la célebre ciudad decidida, fortuna fué y consuelo el que un hombre digno fuese el defensor de la antigua y memorable *Legio*, para que la defensa costase copiosa sangre á los descreidos secuaces de Mahoma.

Ya estaba sitiada la ciudad, y exasperado el feroz Almanzor por la inutilidad de sus esfuerzos (984); las formidables máquinas de guerra multiplicadas, á toda hora jugaban contra torres y puertas y murallas; multiplicándose tambien el heróico Guillermo, á todas partes acudia, á todos animaba: era inteligente caudillo en mandar con prudencia y acierto, y valeroso soldado en ejecutar proezas; que ninguna espada en aquella solemne y dolorosa ocasion llegó más allá que la suya.

Tantas fatigas, tantos esfuerzos y vigiliass, agotaron las fuerzas del esforzado conde: postrado por una enfermedad, tuvieron que retirar-le de la diaria y continúa pelea; porque á toda hora se luchaba y reluchaba cuerpo á cuerpo, que el enemigo ganaba terreno, y usando del ardid de cargar con empeño á la parte del Oeste, para llamar y reunir en aquel punto todos los esfuerzos de la defensa, repentina é impensadamente hizo ver que los verdaderos medios de ataque los habia reservado para la parte del Sur. Y las puertas estaban ya casi desquiciadas, y abiertas con mil brechas las murallas; y las torres casi derruidas, y el aire agitado por millares de silbadoras saetas, y todo eran ayes, y fragor, y ruinas y sangre.

En tan terrible trance, Guillermo, postrado á impulsos de la enfermedad, pero con intrépido corazon y alma privilegiada, para perpétuo baldon y eterna ignominia de Bermudo II, á quien tocaba haberse soterrado bajo las ruinas de la capital de su glorioso reino, viste la cota, empuña el fiel y fuerte acero y embraza la rodela; mas las fuerzas del cuerpo no igualaban á las del vigoroso espíritu. No obstante, ya fuera del lecho y armado, hace que le conduzcan en una silla de manos á la parte donde era mayor el peligro y más ruda y brava la pelea.

Ya estaban dentro de los muros los feroces sitiadores, y aun tuvieron que luchar durante tres dias, perdiendo guerreros y derramando raudales de sangre. La presencia del inmortal conde de Galicia, sus exhortaciones, su ejemplo, reanimaron el vigor de sus soldados para resistir y batirse, como héroes inmortales tambien, por espacio de setenta y dos horas, teniendo al enemigo dentro de la ciudad, hasta que el caudillo de Leon, el memorable Guillermo Gonzalez, pereció á manos del caudillo agareno; pero el sanguinario Almanzor veia obstruidas las brechas y tránsitos de la ciudad por los

montones de cadáveres de sus soldados; que pagó á muy caro precio la toma de Leon. En medio de tan terrible mal, este fué un positivo consuelo: la defensa fué dignísima y valerosa; el ejército enemigo quedó más que diezmado.

La entrada de los bárbaros en la ciudad hizo humanas y compasivas á las feroces y sanguinarias huestes del bárbaro Atila. Ni condicion, ni edad, ni sexo, nada fué respetado; saqueo, degüello, violencias y desmanes de todo género fueron ejecutados por los aborrecibles agarenos, de los cuales aquellos á quienes más se encomia, porque varios de sus hechos lo merecieron, no dejaron, empero, de ejecutar alguno que ostensiblemente demostrase su innata ferocidad, atenuada, ó más bien, comprimida á impulso de la ilustracion superior á la generalidad de ellos.

Despues que el caudillo muslime vió saciados sus feroces instintos de sangre y satisfecha la rapacidad de sus devastadores secua-ces, mandó terminar la destruccion de las puertas de bronce y de hierro, y casi derribar por completo las fuertísimas murallas; y ejecutado así, pasó á la ciudad de Astorga, la segunda del reino en importancia, la cual fué tambien como Leon tomada y saqueada, teniendo los agarenos que vencer una obstinada y ruda resistencia.

Diez y siete años duró el reinado de Bermudo II, término demasiado largo tratándose de un rey que no supo evitar ni una de tantas calamidades como se desplomaron sobre los dominios cristianos. Asumbra y horroriza el número de victorias alcanzadas por Almanzor; porque si bien se comprende que al luchar con un caudillo tan belicoso, arrojado y entendido como el agareno, era difícil haber encontrado siempre igual y favorable la fortuna, no se alcanza el por qué en tantas invasiones, excursiones, sitios y sorpresas, fuese siempre el triunfo de los musulimes y la derrota de los cristianos, victoriosos casi siempre en más felices dias, sobre entendidos, belicosos y arrojados caudillos agarenos. Esto prueba la completa nulidad del rey, quien aterrizado con tantos desastres como sucedieron y de los que nos ocuparemos al tratar de la España árabe, envió una embajada á Almanzor, haciéndole proposiciones para celebrar un tratado de paz. Esto, y los esfuerzos que hizo para restaurar en lo posible el destruido y magnifico templo de Santiago, es cuanto podemos referir de Bermudo II, el cual terminó su vida con el siglo. Habiéndosele agravado la gota, de cuya enfermedad habitualmente padecía, por lo que fué apellidado Bermudo el *Gotoso*, falleció casi al terminar el año y el siglo (999). Murió en Villabuena (en el Vierzo); fué sepultado por entonces en el monasterio de Carracedo, y despues trasladado á la catedral de Leon.

Dejó su respetable y glorioso reino que encontró floreciente y extendido, deshecho y reducido casi al doloroso estado en que le dejara

el gran Pelayo; pero con la triste y enorme diferencia de que el pequeño estado que Pelayo juntara, formaba mudamente la apología de este héroe, y le hacia tan grande, como empequeñecia á Bermudo el tenerle menguado. Aquel ganó una corona con la punta del invencible acero, y este, cual inerte cuerpo privado de voluntad y de accion, casi la perdió; y lo que de ella le quedara, valiérale más haberlo perdido; porque para él era un padron de ignominia, un verdadero sarcasmo.

Todo el valor de las pérdidas de este rey, ó más bien del reino, podrán apreciarse dignamente leyendo la España árabe.

CONDADO DE CASTILLA.

AÑO 950 A 1000.—Continuaba siendo conde de Castilla el valeroso y turbulento Fernan Gonzalez, el que vuelto á la lealtad del rey de Leon, se hizo memorable auxiliando á este y contribuyendo directa y eficazmente á la completa derrota de los musulimes, en la que perdieran estos sus caballos, bagajes y tiendas (954).

Muerto Ordoño III (955), se rebeló contra el nuevo rey Sancho I, á quien habia auxiliado pocos años antes para derribar á aquel del trono (952).

Logró por el momento su propósito, haciendo que empuñase el régio cetro su yerno, Ordoño el Intruso ó el Malo, casado, como ya sabe el lector, con Urraca, hija del conde y esposa repudiada por Ordoño III.

Al perder el Intruso su efimero poder y huir á Búrgos, no encontró el apoyo de Fernan Gonzalez, en quien absoluta y completamente confiaba; porque habiendo este último partido á defender con su acostumbrada bizarria los dominios castellanos invadidos por el rey de Navarra, el conde y su hijo fueron hechos prisioneros por este soberano, en un pueblo llamado Cirueña (960), desde donde fueron trasladados á un castillo de Pamplona.

Mil raras y peregrinas aventuras se han atribuido á este célebre conde, no solamente por romanceros y poetas, si que tambien por algunos historiadores, quizá movidos los primeros por el carácter extraordinario del personaje en cuestion, y los segundos con indisculpable ligereza. Nosotros, que no queremos dar lugar entre las irrecusables verdades de la historia á ninguna invencion de la fábula, y que antes de ahora hemos anatematizado, hasta donde nuestras débiles fuerzas y escasas facultades lo han permitido, á los que siembran de invenciones los positivos hechos históricos, por los perjuicios que acarrear haciendo que el vulgo, y muchos que á este no pertenecen, tengan por cierto lo que ni sucedió ni pudo

suceder, no queremos seguirlos en tan pernicioso camino, siquiera sea peregrino su talento, lozana y fecunda su imaginacion, florido y seductor su lenguaje. Por esta razon no nos hemos ocupado del fabuloso personaje llamado Bernardo del Carpio, y hemos desmentido la realidad del fendo de las cien doncellas, negado el fabuloso episodio de la *Cava*, y otras falsedades de este mismo jaez.

Para hacerlo con conocimiento de causa no estamos escasos de importantes documentos, así como los poseemos tambien muy respetables para hacer, si no la apologia, al menos la defensa de algunos personajes que han sido calumniados, sin considerar los que tan malamente proceden que los hechos consignados en la historia, por falsos que sean, por ciertos y verdaderos quedan eternamente para muchos.

Además, á donde nuestro estudio y desvelo no alcancen, ni lleguen los muchos y muy buenos documentos de que podemos disponer, han alcanzado las investigaciones de los mejores criticos, que no admiten sino aquello cuya certeza no puede ponerse en cuestion, y lo que no da ni el más insignificante lugar á la duda. A estos, pues, nos acogemos en aquellos momentos de angustiosa duda y de desaliento que nos ha proporcionado y aun ocasiona nuestra improba y espinosa tarea: á ellos les consultamos cuando, temerosos y desconfiados de nuestro propio criterio en los puntos dudosos, deseamos encontrar y buscamos la confirmacion de nuestro parecer en alguno de los escritores que con más inteligencia, talento y erudicion nos han precedido.

Apoyados en irrefragables pruebas, y sancionado nuestro pobre juicio por los escritos de antiguos y respetables autores, y por uno moderno cuya vastisima erudicion é infatigable celo no son dudosos, el Sr. Lafuente, descartamos sin vacilar de nuestra historia todos los hechos, milagrosos unos, novelescos otros y fabulosos todos, del célebre Fernan Gonzalez; y así lo hacemos presente á nuestros lectores, entre los cuales habrá no pocos que hayan leído con gusto las inventadas aventuras de este héroe de novela, hábilmente entretejidas con otros hechos de su vida notorios é indudables, en cuyos escritos se refieren aquellas lo mismo que estos, con el mayor aplomo y con una admirable seguridad y extraordinario desenfado.

Firmes en nuestro propósito de no ingerir hechos ni fabulosos ni dudosos, no damos aquí entrada á la novelesca manera con que libró á Fernan Gonzalez su esposa de los lazos del rey de Navarra. Ignoramos de qué modo pudo romperlos, ó si el mismo soberano de Pamplona le devolvió la libertad por generosidad, por rescate, ó por convenio. Solo diremos que regresó á sus dominios, y fué el único caudillo que volvió por el honor de las armas cristianas, re-

corriendo las orillas del Duero, talando, tomando las mieses y frutos, arrebatando los ganados, y dando tanto que hacer á los musulimes, que en el año 963 determinó el emir Alhakem publicar la guerra santa, expresamente contra los cristianos de Castilla; determinacion que hasta la evidencia prueba las grandes dotes de inteligencia y de valor que concurrían en el conde Fernan Gonzalez. Su vida fué un tejido de contradicciones; ya se le ve leal, ya es traidor; ora presta eminentes servicios como fiel á sus juramentos, despues se manifiesta perjuro; pero siempre se le observa tan valiente como ambicioso.

Estas aparentes contradicciones eran sin duda alguna hijas de una idea tan firme como fija, que un día y otro día y á toda hora en su mente acariciaba. La independencia de los estados y la soberanía de los dominios de que era conde formaban el cotidiano pensamiento que trastornaba su mente y turbaba su sueño y agitaba su reposo; por esta razon quizá se le ve traidor á su soberano cuando cree llegado el anhelado momento que espera, y leal cuando ve que la realizacion de sus esperanzas está aun lejana; y la aplaza entonces, mas nunca la abandona.

En cuanto á su valor moral y material como caudillo esforzado y entendido, baste para apreciarle que refiramos una vez más la determinacion de Alhakem, el emir de Córdoba. Fernan Gonzalez, aislado y sin más ejército que el de los dominios de Castilla, obligó al poderoso emir á publicar la guerra santa, á la que siempre apelaban en los momentos solemnes, en los lances extremos y apurados. Este acto imponente era, por decirlo así, de tan trascendental importancia entre los musulimes, como entre los romanos la temida apertura de las puertas del templo de Jano.

A la voz de Alhakem, que llamaba á las armas en nombre del falso profeta, acudieron presurosos los ismaelitas; se reunieron las banderas de las provincias todas, y el mismo Alhakem por la vez primera se ciñó las armas y marchó al frente del formidable ejército, llegando en breve tiempo á los dominios cristianos.

Llegado á san Estéban de Gormaz (fuerte de Santistefan ó Sanestefan), estableció el sitio. La irresistible y asoladora muchedumbre tomó muy pronto el fuerte, que arrasó por completo, y pasó á cuchillo á cuantos le defendían.

Tal fué, en efecto, la campaña para las armas cristianas en las diferentes acciones y reencuentros que ocurrieron durante el resto del año y el siguiente (964). Fernan Gonzalez fué perdiendo terreno, y tuvo que replegarse hasta Coria: no le era posible resistir completamente aislado á las numerosas fuerzas reunidas en medio del entusiasmo de la guerra santa; y aun, se dice, fueron estas aumentadas con la infame defeccion de un conde castellano llamado

Vela (dícese también que era el de Álava), quien disgustado con Fernan Gonzalez por celos de poder, se pasó á los musulimes. No se sabe á punto fijo si llevó consigo fuerzas guerreras más ó menos numerosas; pero su villanía fué, de un modo ó de otro, tan perjudicial á las armas cristianas, como ventajosa á las agarenas; porque se encargó de enseñar á estas los caminos, los atajos, los accidentes ventajosos y desfavorables del terreno, como práctico que era en él, siendo un guia tan útilísimo como oficioso y solícito. Tal es el impulso del bastardo afecto llamado venganza: el hombre más noble y honrado, el más valiente y caballero, si de ella se deja llevar, se convierte en villano, y no hay innoble accion que no esté pronto á cometer, con tal de saciar aquella. Lo que es en su origen malo y reprobable, forzosamente ha de serlo también en todas sus consecuencias y derivaciones.

Las repetidas victorias de los hijos de Ismael, y el haber comprendido el conde de Castilla que era por entonces forzoso ceder á la necesidad, á las circunstancias y á la fuerza, le movieron á mandar sus embajadores ó mensajeros á Alhakem para establecer negociaciones de paz que tuvieron el éxito deseado.

Tuvo también en contra suya Fernan Gonzalez el haber estado solo en la lucha. Reinaba por entonces en Leon Sancho I, quien ni legó á la historia grandes hechos marciales, ni quiso tal vez romper en tiempo de Alhakem los pactos de paz que hiciera con Abderrahman cuando le favoreció para que arrebatará la corona á Ordoño el Intruso, ó el Malo.

Hay quien dice también, sin que esté bastante probado, que en los expresados pactos entraba el ofrecimiento de no impedir que los sectarios de Mahoma se apoderaran del condado de Castilla. La ambicion es tan impetuosa, ciega é irresistible, respectivamente, como la venganza; y aunque la existencia de tan villana concesion no esté probada, las sospechas, á decir verdad, son muy vehementes y no carecen de fundamento.

Habiendo muerto el emir de Córdoba que favoreciera á Sancho, había desaparecido el compromiso; y aun cuando el agradecimiento, tan escaso y poco común en el mundo, predomínase en el corazón del rey de Leon hasta el punto de ser más fuerte que el amor patrio, la dignidad de rey y de español, y el pró común, circunstancias reprobable en un particular y criminal en un soberano, sin exponerse á ser tratado de ingrato tuvo motivo para haber empuñado las armas contra el emir de Córdoba. En tanto Alhakem no hubiese invadido los dominios castellanos, pudo seguir inactivo Sancho I, y llevar su gratitud hasta el punto de no hacer la guerra al sucesor de Abderrahman su bienhechor; empero una vez invadido el territorio, siquier se pretextasen las correrías del conde

de Castilla, debió Sancho recordar al emir los tratados de paz; y si este prescindía de ellos, haberse acordado de que era el depositario del honor de las armas cristianas y del de los belicosos guerreros de Leon y de Castilla, y haber auxiliado al bizarro conde; empero llegó á decirse que se hizo sordo á los reiterados avisos de Fernan. En verdad que un príncipe á quien el anhelo de reinar ó el afán ambicioso obliga á pedir socorro al natural enemigo de su nacion y de sus compatriotas; un hombre que se humilla y expone en los términos que Sancho el Craso, á trueque de reinar sin temor de perder la corona, todo lo promete y realiza mientras asegure su dominacion, si no en todo, en la mayor parte.

Tal, al menos, es nuestro juicio, porque consideramos muy poco digno de un pretendiente á la esplendorosa corona de Leon (y nos limitamos á esta manera de calificar el hecho) el domeñar la justa y bien entendida altivez, tan proverbial en los españoles, ante el mayor enemigo del nombre cristiano; hecho que debió rebajarle á los ojos de sus súbditos, como indudablemente le rebajaria á los de los vasallos de su protector.

Sea de esto lo que quiera, Sancho dejó aislado á Fernan Gonzalez; dejó hollar las banderas castellanas, sin hacer el más insignificante esfuerzo, para sostenerlas primero, y despues para vengarlas; mereciendo que el conde de Castilla, á haber sido bastante poderoso, hubiese hecho con él lo que hiciera Ordoño II con los cuatro condes que fueron causa de la derrota de Val-de-Junquera.

Aunque era ya avanzada la edad de Fernan Gonzalez, su robustez y fortaleza no anunciaban una muerte próxima; mas los desabrimientos de la última campaña, más sensibles aun en un caudillo que tantas y tantas veces se habia cubierto de inmarcesible gloria, le acabaron rápidamente la vida.

Se hallaba en Búrgos este ambicioso héroe y corria el año 970 cuando falleció, dejando fundada la independenciam del condado de Castilla y legando á su hijo Garcia Fernandez. Sus restos mortales fueron sepultados en el monasterio de Arlanza que él mismo habia mandado reedificar. Hemos dicho que dejó asegurada la independenciam de Castilla, y así fué en verdad: aunque no hay autor que señale dia, ni dé pormenores acerca de la realizacion de este notable suceso, ni puede fijarse el momento en que fué reconocido su derecho, sábese, sin embargo, que fué de hecho el primer soberano de Castilla, á cuya soberania aspiraba y llegó, como hombre de valor y de irrevocables propósitos. Dió clara muestra de su gran poder y de la influencia que ejercia, al demostrar que podia quitar y dar el trono de Leon, como sucediera con Sancho el Craso y con Ordoño el Intruso; y tal vez la debilidad de los últimos soberanos de quienes dependia, y la decision de los castellanos que pugnaban

por alcanzar su independencia, darian la última mano al proyecto del valeroso Fernan, quien desde entonces obró de su propia cuenta y sin dependencia alguna.

Excesivamente desgraciado fué García Fernandez durante el tiempo de su mando. No le faltaba valor, empero con poca fortuna; y hasta en la ocasion en que obtuvo el condado por el fallecimiento del esforzado Fernan Gonzalez fué poco favorecido por la suerte. El bizarro Almanzor tenia aterrorizadas á las cristianas huestes, y paseaba ufano y engreido de uno á otro punto de la ibérica península sus victoriosas armas. Si recordamos la primera batalla en que de García se hace mencion, en vida de su padre, le veremos prisionero del rey de Navarra; y algunos años despues de muerto Fernan, le encontramos oprimido por los disgustos que le ocasiona Sancho, su hijo, quien altanero y ambicioso procura arrebatarle el poder para sucederle en vida.

Corria el año de 989, cuando Abdallah, hijo de Almanzor, se pasó á las huestes castellanas y fué admitido por García, á quien ofreció auxiliar contra su propio padre y sus correligionarios. Seguia sosteniéndose la lucha de la cruz contra la media luna; empero no habia llegado todavia la hora prefijada para dar término á la destructora mision de Almanzor, y aun el sol de su poderosa gloria no se habia acercado al ocaso.

Durante un año siguió Abdallah la suerte de las armas de Castilla; porque á pesar de haber pedido Almanzor á García le entregase su hijo, el conde de Castilla se negó con teson á hacer la entrega demandada.

Comenzaba el último tercio del año 990, cuando terminó la firmeza de García respecto de la enérgica reclamacion de Almanzor, y el desgraciado Abdallah fué entregado por fin á su padre. Parece, á primera vista, que el conde de Castilla no obró bien en verificar la entrega, debiendo suponer la suerte que esperaba al agareno trásfuga; mas las circunstancias que rodeaban á García eran tan criticas como delicadas. Por una parte el caudillo sarraceno le habia arrebatado á Osma, Atienza y Alcoba, ciudades interesantísimas, como que eran fronterizas; y por otra, tenia que estar siempre en guardia y alerta para refrenar las atrevidas pretensiones de Sancho su hijo. Por manera que tenia un enemigo doméstico y poderoso, y otro extraño, pero poderosísimo: no debe, pues, tenerse por mal hecho lo que las imperiosas circunstancias exigian, aunque debió prever el conde que por acceder á la demanda, justa si se quiere, de Almanzor, de ningun modo lograria refrenar el ardor bélico de este; y los hechos tardaron muy poco en demostrar toda la exactitud de esta verdad.

En el año 991 tomó el infatigable Almanzor á San Estéban de

Gormaz Ávila y Coruña del Conde; y el de Castilla invitó á Sancho de Navarra para que, aliándose con él, opusiesen juntos las armas cristianas al irresistible impulso del inquieto musulme.

Llevaba mucho tiempo García de sostenerse y luchar heroicamente, y se convenció de su nulidad para hacer frente sin ageno auxilio al poder de los mahometanos; pero habiendo aceptado el rey de Navarra la invitacion, se dispusieron los ejércitos de ambos á entrar juntos en la lucha.

Por desgracia, en una nueva expedicion que hizo Almanzor (995), sorprendió á los castellanos y navarros, cuando ni estaban preparados, ni todavía completamente reunidos. Sin embargo de haber sido atacados los cristianos impensadamente por la caballeria musulmica, no se arredraron, y sostuvieron con heroico valor la accion. Hallábanse entre Langa y Alcocer; y aunque menores en número los castellanos y navarros, y á pesar de la sorpresa y falta de prevencion, tal fué su heroico denuedo, que disputaron tenazmente la victoria á los agarenos, y duró la batalla todo el dia; hasta que separó á los enfurecidos combatientes la cerrada oscuridad de la noche.

Apenas habia aparecido en el horizonte la risueña precursora del sol, cuando ya resonaban los bélicos instrumentos, anunciando que iba á recomenzar la batalla, y á renovarse los estragos y los horrores. Arteros y astutos los musulmes, y concedores del carácter arrojado y sencillo de los españoles, en el furor de la lucha empezaron á perder terreno, como si temiendo ser vencidos pensasen en ceder el campo y replegarse, á fin de hacer menos sensible la derrota y evitar mayores pérdidas.

Los bizarros castellanos y los esforzados navarros cuentan ya como seguro su triunfo; no comprenden que aquella confusion y retirada son un lazo en que infamemente quiere Almanzor cogerlos, y avanzan sin recelo; intrépidos lo atropellan todo, sembrando de cadáveres la tierra, y dejando en pos un sanguinario rastro, hasta que llegados al sitio conveniente y de antemano preparado, instantáneamente se ven acometidos por tropas de refresco, y envueltos entre ambas alas y retaguardia de los mahometanos.

Sabido es ya cuán alto raya el valor de los españoles: la sucesion de tantos y tantos siglos no ha hecho cambiar en nada esta apreciable prenda del alma, y afortunadamente es una de las pocas en que no han degenerado. El peligro inminente, la sangre vertida, la dificultad del triunfo, ni les arredran, ni les hacen retroceder una sola linea; por el contrario, les embriagan y alientan; y esto, que hoy como antes de ahora ha sucedido, ocurrió tambien en aquel extremo y duro trance á los castellanos y navarros.

Conocieron, por su mal, demasiado tarde, la arteria de los hijos

de Ismael; empero no por esto retrocedieron. Héroeos fueron los caudillos, y heróicos estuvieron los soldados; mas la grande fuerza de la caballería enemiga que reforzó á los que habian verificado la celada, cargando veloz y denodadamente consumó la obra, y no pudiendo sostenerse por más tiempo los españoles, hizo en ellos aquella extraordinario destrozo.

Tuvo lugar esta desastrosa batalla el dia 25 de Mayo de 995; y para que fuese aun más completo el desastre, entre los prisioneros fué encontrado el esforzado García Fernandez, acribillado de heridas. Créese que Almanzor deseaba conservar á toda costa la vida del conde de Castilla, puesto que mandó se le tratase con el mayor respeto y esmero, recomendando con toda eficacia á sus más famosos médicos el cuidado y curacion del herido. Salvarle, sin embargo, era imposible; tenia varias lesiones de necesidad mortales, á consecuencia de las cuales, falleció el dia 30 del precitado mes.

Dícese que los cristianos ofrecieron un cuantioso rescate por el cadáver del desgraciado y valeroso conde; pero que el agareno se negó á admitir precio ni regalo alguno, y dispuso la conduccion del difunto hasta la frontera, escoltado por una guardia de honor.

Sucedió en el condado al desventurado García su hijo Sancho, que tantas pesadumbres le causara con su desapoderada ambicion.

En los últimos cinco años del siglo X, ocupada la atencion de Almanzor fuera de España, como en su lugar veremos, descansó Castilla de tantos desastres y calamidades.

REINO DE NAVARRA.

Año 950 á 1000.—Reinaba en Navarra García Sanchez, el *Trémulo*, hijo del famoso Sancho García *Abarca*, tio de Ordoño III y de su hermano Sancho el *Craso*.

Cuando este último intentó arrebatar á su hermano el cetro de Leon, no solo encontró apoyo y auxilio en Fernan Gonzalez; tambien le halló en García de Navarra; empero el enérgico Ordoño hizo fracasar la conjura, y de nada sirvió al ambicioso principe la alianza de ambos poderosos caudillos y soberanos.

Continuó el rey de Navarra teniendo á raya á los musulmanes, sin encontrar ocasion de distinguirse por entonces con ningun hecho notable.

En el año 956, destronado Sancho por los partidarios de Ordoño el *Intruso*, se refugió en Navarra, y fué acogido benévolamente por el rey su tio, que siempre le miró con especial predileccion. Este fué quien aconsejó á aquel pasase á la corte del califa de Cór-

doba, confiado en que los distinguidos médicos del soberano agareno lograrían modificar la excesiva gordura que para todo le incapacitaba.

Se tiene por cierto que García se sirvió del pretexto de la extraordinaria crasitud de su sobrino para ocultar el fin político que era el principal objeto de aquel viaje. El rey de Navarra no hubiera quizá vacilado en dar socorro á Sancho con gente de armas, tanto más cuanto que habiendo fallecido Ordoño III, que era también su sobrino, no le ligaba compromiso directo con el rey proclamado, puede decirse, con el apoyo y por los esfuerzos de Fernán González, conde de Castilla, que á la sazón era enemigo de Sancho, porque protegía á su yerno el Intruso. Por esto parece extraño que habiendo García apoyado en otro tiempo á Sancho el Craso contra Ordoño su sobrino, que era soberano legítimo, no diese socorros directos al destronado su protegido, cuando reinaba un intruso. Quizá temería desmembrar sus fuerzas y dejar expuesto su reino á las invasiones de los musulmes, sin tener suficientes medios de defensa; y por esta razón, usando de un arbitrio diplomático, muy digno de más modernos tiempos, ideó buscar el socorro del príncipe agareno, pretextando la enfermedad que tan á la vista estaba.

La corte de Pamplona tenía á la sazón suficiente esplendor para figurar en la ostentosa Córdoba, capital del imperio hispano-arábigo. De ello dió clara muestra despachando una embajada al califa para tomar su vénia ó pedir su aquiescencia, y obtenido el permiso, dispuso el rey de Navarra que á su sobrino Sancho acompañase un séquito de magnates y caballeros navarros, que hicieran ver á Abderrahman que el destronado sobrino no procedía de una corte miserable y mezquina.

De los sucesos que despues ocurrieron respecto del éxito del precitado asunto ya tiene conocimiento el lector, si recuerda lo manifestado al tratar del reino de León; y nada podemos decir del rey de Navarra hasta el año 960, en el cual le encontramos en guerra con Fernán González, sin que se conozca una causa que justifique la invasion de García en los dominios de Castilla. En esta ocasion fué cuando, dada la batalla, ó realizada la sorpresa, cayeron prisioneros del rey de Navarra, Fernán González y su hijo García Fernández.

Puede creerse que esta inmotivada invasion tuvo por objeto el llamar la atención de los caudillos castellanos, á fin de que no impidiesen la rehabilitacion de Sancho el Craso y el destronamiento del Intruso, de quien era protector y suegro el conde de Castilla. Indudablemente este esforzadísimo, hábil é infatigable caudillo, hubiera servido de grande rémora y suscitado no pequeños obstáculos al ejército de Abderrahman III y á los esfuerzos de García.

Dijimos en otro lugar que los prisioneros obtuvieron su libertad, sin que se conozca á punto fijo si el dársela fué accion espontánea de García; no obstante, debemos agregar ahora á lo entonces manifestado, á fin de no omitir cosa alguna que pueda ilustrar ó aclarar los hechos, que existe un documento histórico segun el cual el rey de Navarra sacó de la prision de Pamplona á los ilustres prisioneros, tan pronto como vió seguro en el trono á su sobrino Sancho. Si esto hubiese sido así, quedaria perfectamente explicada la invasion y sus consecuencias.

En el año 964, cuando el califa de Córdoba, Alhakem II, publicó la guerra santa, no fué Castilla solamente la que tuvo que sostener la lucha entre cristianos y agarenos. Tambien Navarra se vió invadida: el pretexto no fué otro que la infraccion, cierta ó supuesta, de un tratado que mediaba entre García y Alhakem.

Fatal fué aquella lucha para las armas cristianas; y García, lo mismo que Fernan, se vieron precisados á refugiarse en Coria. Dicese que despues de talar y saquear el país se apoderaron los agarenos de Calahorra (entonces Navarra), cuya ciudad fué expresamente fortificada por órden del califa.

En el año 970 llegó el fin de los días de García Sanchez, el Trémulo, sucediéndole en el reino su hijo Sancho García II, conocido por Sancho el Mayor. En el mismo año fallecieron el rey de Navarra y el conde de Castilla, ambos valerosos caudillos y hombres sagaces, que unidos unas veces y enemigos otras, tanto influyeron en los destinos del reino de Leon.

Sancho el Mayor, ó García II, subió al trono de Navarra siendo aun niño; empero si en los principios de su reinado no ocurrió en el reino cosa digna de mencion, no pasaron muchos años sin que el valiente é inquieto Almanzor se acordase de los dominios navarros, en los cuales apareció; recorrió cierta parte del país; le devastó; saqueó, y regresó á Córdoba sin detenerse un punto, tal como la furiosa y arrolladora avenida del rio, que antecoge cuanto en su carrera encuentra y consigo lo arrastra, sin detenerse un momento sobre el terreno en que hiciera los daños.

Distraido el caudillo musulmico en sus otras empresas, y quizá contristado de no poder multiplicarse y estar simultáneamente en todos los dominios cristianos para de una vez asolarlos y destruirlos, revolvió sobre Castilla y dejó á Navarra. Entonces fué cuando el conde García Sanchez propuso á Sancho García II la alianza, en virtud de la cual marcharon ambos unidos contra los agarenos; entonces fué cuando se encontraron sorprendidos los cristianos por los musulimes entre Langa y Alcocer, y entonces, en fin, fué tambien cuando los navarros y castellanos hicieron prodigios de valor, y tal vez hubieran vencido, á no haber mediado el engañoso ardid de Al-

manzor, que costó la vida al bizarro conde de Castilla, digno hijo y sucesor del valeroso Fernan Gonzalez (995).

En el año 996 no debió ocurrir ningun importante suceso, ó al menos ningun antiguo escritor le refiere. En el 997 tampoco experimentó Navarra los acostumbrados desastres; porque los hijos de Ismael se habian dirigido á Alava, y despues á Compostela ó Santiago, segun en su lugar diremos.

Del mismo modo, y por idéntica causa que Castilla, permaneció Navarra tranquila en los últimos años del siglo X. La atencion de Almanzor estaba fija en África, en donde se hallaba sériamente alterada la tranquilidad.

Tiempo vendrá, y no está muy distante, en que debamos detenernos mucho en referir los sucesos de cada reino, así como tambien llegará otro más feliz para las armas cristianas, que nos proporcione el grato placer de narrar sus triunfos. Cuando la Providencia, quizá, con las derrotas y generales sufrimientos, castigaba la relajacion en que habian caido los cristianos, y las faltas continuas que cometian, todos los sucesos les eran fatales; y para referirlos procuramos ser tan lacónicos como es posible sin perjudicar á la verdad histórica, ni defraudar la esperanza del que desee conocer completamente aquella; empero, salva la necesidad de ser veraces y de no omitir suceso alguno próspero ó adverso, huimos de detenernos en la relacion de cuanto afecta dolorosamente el corazón del buen español.

Afortunadamente al terminar el siglo X (de 995 á 999), ya que nada lisonjero ocurrió á las armas cristianas, y por consecuencia á Navarra, tampoco sufrieron ningun desastre. Almanzor estaba bastante ocupado con los asuntos del Magreb, para acordarse de inquietar á los príncipes cristianos de España.

CONDADO DE CATALUÑA.

Año 950 á 1000.—Al llegar el año 950, continuaba siendo conde de Barcelona Suniario, hijo de Wifredo el *Velloso*, y hermano de su antecesor Wifredo II ó Borrel I.

No degeneró Sunyuer, ó Suniario, de sus antecesores, sosteniendo dignamente la lucha contra los hijos de Ismael; pero experimentó el acerbo dolor de perder en una batalla á Armengol ó Ermengaudu su hijo primogénito, que pereció con gloria y como bueno.

Era precisamente el malogrado y belicoso joven muy predilecto de su padre; le habia dado el título de conde de Ampurias, y aun

se dice le concediera cierta participacion en el gobierno de aquel estado.

Pasados los primeros momentos de angustiosa pena, fijó sus pensamientos en Borrel, su hijo segundo, á quien tambien amaba como era natural; empero muerto Armengol, el dividido cariño se habia reunido en Borrel. Este, por otra parte, le merecia: era esforzado y hábil; subordinado como hijo y como súbdito, y Suniario no vaciló en depositar su confianza en el jóven Borrel, dándole la misma participacion en el gobierno que habia tenido Armengol.

No tardó mucho el conde en abdicar por completo en su hijo, para retirarse al silencioso retiro de un claustro, trocando el arnés de guerra, el yelmo y la espada, por el toscó sayal y el áspero siliicio. Tampoco fué larga su estancia en el monasterio, puesto que pasó de esta vida á la perdurable en 15 de Octubre de 953. Dejó fundados algunos monasterios, que dotó y favoreció con espléndida mano.

Quedó solo en el mando Borrel I hasta que en el año 956, dividió aquel con Miron, hijo tercero de Suniario. Se ignora el motivo que le decidió á adoptar esta determinacion, si bien se supone fuese disposicion tomada por el difunto conde, cuya realizacion dejaria encargada á su sucesor.

Siendo califa de Córdoba Alhakem II, su caudillo Attagibi invadió con un fuerte ejército los dominios de Cataluña, llegando muy cerca de Barcelona. La expedicion se redujo á causar toda clase de daños en el país, talando, devastando y pillando cuanto pudieron los agarenos haber á las manos.

Coincidió casi la llegada á Córdoba de los mensajeros del rey de Leon y del conde de Castilla, con la de los enviados de los condes de Barcelona (Borrel y Miron); los soberanos de dichos dominios proponian la paz al califa (955).

Alhakem II, que sin serle extrañas las armas, rendia con particular predileccion culto á las musas, aceptó las proposiciones de paz, la que le era sin duda más grata que la guerra. Los mensajeros catalanes trajeron para el califa un regalo magnífico, que le fué á este presentado por aquellos en nombre de los condes.

Dicese que el regalo consistia en doscientas espadas de Frandjat; diez corazas slavas; veinte quintales de martas cebellinas y cinco de estaño, y veinte eunuco slavos en la flor de la juventud.

Alhakem dispensó á los mensajeros de los expresados soberanos todas las atenciones y obsequios que pudieran desear, y no fué menos magnífico en hacer regalos; y accediendo á la demanda de los condes de Cataluña, estipuló con ellos un tratado de paz, cuyas dos principales bases consistian en obligarse aquellos á no consentir que los cristianos de las fronteras hiciesen prisioneros y despo-

jasen, como hasta entonces habian ejecutado, á los agarenos circunvecinos, y á derribar algunas fortalezas correspondientes á la parte de la frontera oriental.

En el último dia del mes de Octubre del año de 966, falleció prematuramente el conde Miron. Quedó, por consecuencia, solo en el mando Borrel II.

Era por entonces conde de Urgel un primo del conde de Barcelona, llamado tambien Borrel. Igualmente falleció este no mucho despues que Miron; y como aquel no dejase á su fallecimiento hijo alguno á quien legar el condado, Borrel II agregó al de Barcelona el de Urgel, adoptando el título de duque y príncipe de la Marca Hispana. Nosotros, aunque seguiremos dándole el título de conde de Barcelona, título que siempre y hasta nuestros dias han llevado los monarcas de España, en la parte histórica que á este condado se refiere le llamamos y llamaremos condado de Cataluña, y no de Barcelona; porque sucesivamente todos los pequeños estados del territorio catalan se fueron incorporando al condado de Barcelona, comenzando, como acabamos de ver, aunque por entonces temporalmente, por la agregacion ó incorporacion del de Urgel, que verificó Borrel II.

Pasaron algunos años desde que se estipulara el tratado de paz entre Borrel y Alhakem, hasta que muerto este tomó el mando de las armas musulmicas Almanzor, regente del califato de Córdoba por la menor edad de Hixem II.

Este célebre é inquieto caudillo que tan cruda y afortunada guerra hizo á los príncipes cristianos de España, después de haber esparcido el terror y sembrado la desolacion y el horror por los dominios de Leon, de Castilla y otros, no quiso que dejase de cometer sus victoriosas huestes los sólitos desmanes en Cataluña.

Luego que hubo vuelto segunda vez y consumado la ruina de Leon, regresó á Córdoba; y habiendo esperado la llegada de la risueña y florida primavera (985), desde la córte se dirigió á Murcia en donde se detuvo algunos dias hasta que reunió los refuerzos de tropas y las naves que para realizar su expedicion necesitaba.

Encaminóse el esforzado caudillo del Islam á Cataluña, en donde Borrel II, sabedor de la bramadora tormenta que se preparaba á estallar en sus dominios, con animoso pecho y enérgica decision reunió sus huestes y se dispuso á esperar al enemigo ya próximo.

No era, sin embargo, empresa realizable la de vencer al ejército de Almanzor unos soldados que llevaban algunos años de paz, y que antes de celebrarse esta, si habian peleado en encuentros y escaramuzas, no habian tenido que habérselas con un ejército tan numeroso y aguerrido como el que acaudillaba Almanzor, ni habian tenido necesidad de sostener una formal y empeñada batalla.

Dióse esta sin embargo y fué reñida y sangrienta; los catalanes se sostuvieron cuanto fué posible, y más de lo que podía y debia esperarse de las circunstancias, muy desfavorables, que en ellos concurrían; pero el número, la práctica de la guerra, y la confianza ó el engreimiento, más bien, que siempre dan los reiterados triunfos, hicieron que los catalanes tuviesen necesidad de replegarse á Barcelona.

Aproximóse entonces Almanzor á la ciudad y estableció el cerco, el cual, estrechado por momentos, hacia prever que el triunfo no seria de las armas cristianas.

Borrel II en tan angustioso trance, y comprendiendo el peligro que corria si encerrado intramuros se dejaba aprisionar, obrando como cauto abandonó la ciudad, reservándose para procurar ó preparar la condigna venganza.

Con esforzado corazón salió por el mar, favorecido por las nocturnas sombras; que era el mar sin duda el camino menos obstruido, aunque guardado por bajeles enemigos. Aun así tuvo necesidad de hacer uso del extraordinario valor que en su corazón se albergaba, para pasar felizmente por medio de las agarenas naves. Apenas habian trascurrido cuarenta y ocho horas desde la evasión de Borrel II, cuando la ciudad capituló con Almanzor, quien despues de tomar posesion de Barcelona regresó á Córdoba, á recibir como vencedor una corona más, y una triunfal y nueva ovacion.

En el año siguiente (986) estaba Almanzor orgulloso y regocijado por otras victorias (en Navarra, Sepúlveda y Zamora como en su lugar queda dicho), cuando turbó su alegría la nueva de que se observaba grande agitacion y movimiento en direccion del Pirineo Oriental. Estaban sus valles en agitada fermentacion; se reunian guerreros, se acopiaban armas, y se observaba un caudillo, fuerte, enérgico y activo, que daba animacion y vida á aquellas masas de hombres decididos, quienes, por otra parte, de poco necesitaban para estar prontos á arrostrar la muerte, puesto que habia necesidad de exponer la vida por la más santa de las humanas causas. Tratábase de reconquistar la amada patria; porque aquellos hombres de incomparable esfuerzo eran catalanes que se apresaban á dar una dura leccion al muslime que ya fuera vencedor en cien combates; y aquel activo y enérgico caudillo era el destronado Borrel II, que habia cedido un año á las imperiosas circunstancias, para en tiempo mejor volver por su honra y reconquistar la perla inapreciable de su ducal corona.

Los preparativos de guerra dieron tan gran cuidado al bizarro Almanzor, que decidió pasar á Cataluña, á fin de poner á la hermosa Barcelona á cubierto de un golpe de mano.

Marchó, en efecto, apresurada pero inútilmente; cuando llegó

vió con dolor y con ira que habia llegado demasiado tarde: las nubes condensadas en el Pirineo Oriental habian llevado en su seno la terrible tormenta que estallara sobre Barcelona antes de poder prever su aproximacion, y los hijos de Ismael fueron unos aterrados por el fragoroso trueno, y otros heridos por el mortífero rayo del valor catalan, volviendo á su legítimo dueño la amada y perdida tierra, que abandonaron con tanta pena como ignominia los agarenos.

Continuó el valeroso Borrel II defendiendo sus estados y teniendo á raya á los turbulentos moros de los puntos limitrofes, hasta el año 982 en que falleció con grande sentimiento de sus soldados y de sus súbditos.

Sucedíole en el poder su hijo Ramon, conocido por Borrel III; y su padre y antecesor al legarle la corona, dejó el condado de Urgel á un hermano menor de Ramon, ó Borrel, llamado Armengol, deshaciendo, sin duda, de este modo su propia obra de reunir bajo un cetro los dominios catalanes, y haciendo que el heredero de sus estados perdiese el título de duque y príncipe de la Marca Hispana.

En los últimos años del siglo X no tuvo lugar ningun suceso digno de ser mencionado, fuera de una expedicion que realizó el infatigable Almanzor á Cataluña en el año 995.

Los resultados de la expresada expedicion no debieron ser de grande importancia, puesto que de ella no se han dado detalles. Solo podemos decir que fué ejecutada con extraordinaria rapidez, y sin detenerse en punto alguno de los dominios catalanes; debiendo inferirse que las huestes agarenas se limitarian á hacer los daños acostumbrados, talando, pillando y haciendo algunos cautivos, si es que encontraron gente inerme ó tuvieron ocasion de aprisionarla aunque estuviere armada.

En el año 999 continuaba siendo conde de Barcelona Ramon Borrel III.

REINO DE ARAGON.

Tortuosa es la senda que puede guiar hasta encontrar el verdadero origen del reino de Aragon, que segun antiguos documentos que á la vista tenemos, fué en su origen condado; y su primer conde llamóse Aznar I.

Unos fijan el principio del condado de Aragon en la remota época del glorioso comienzo de la restauracion ó reconquista en Covadonga, ó muy poco posterior á dicha época. Los más concuerdan en que un Aznar fué, en efecto, el primer conde; mas el punto

que no presenta una claridad tan completa y precisa como fuera de desear, es el relativo al modo ó forma de declararse independiente el estado de que nos venimos ocupando.

Créese que tuvo su verdadero origen en la misma época que el de Navarra, y que los aragoneses, como los navarros, se congregaron por la vez primera, con el objeto de secundar á los esforzados héroes de Covadonga, en el monte Uruel no lejos de Jaca, y en las inmediaciones de la solitaria morada de Juan el ermitaño, segun en su lugar hemos referido al tratar del reino de Navarra. Juntos los navarros y los aragoneses empuñaron las armas y siguieron intrépidos, movidos por su esforzado corazón y ferviente fé, el santo estandarte de la cruz; y juntos, segun se supone, derrotaron en la memorable batalla de Roncevalles las huestes aguerridas y hasta entonces victoriosas del célebre Carlo-Magno.

Se cree, asimismo, que Aznar, primer conde de Aragon, recibió este señorío de manos de Íñigo Arista; mas segun el antiguo documento, de autor anónimo, que encierra empero luminosos datos y es digno de respeto por las razones que aduce y por su venerable antigüedad, Íñigo Arista fué muy posterior á la época de Juan de Atarés, el ermitaño del monte Uruel. Arista fué padre de Jimena, esposa de Alfonso III el Magno; y entre la época de la alianza de los soberanos de Asturias y de Navarra, solemnizada, ó afianzada más bien, por efecto del enlace de Jimena con Alfonso, y la época en que vivió el primer conde de Aragon, medió mucho más de siglo y medio.

Aznar, primer conde de Aragon, poseía este señorío en el año 750, segun la cronología que tenemos á la vista; por consecuencia nos parece más cierto que el precitado conde recibiera el señorío de manos de García Jimenez, caudillo elegido por los animosos guerreros congregados en el monte Uruel.

En esta época tuvo su origen ó nacimiento el reino de Sobrarbe, á consecuencia de la famosa batalla dada por los aragoneses y navarros á los agarenos, que fueron completamente derrotados. Tuvo lugar el glorioso triunfo no lejos de la villa de Ainsa, que fué por entonces capital del naciente reino.

La etimología del nombre que á este se diera, segun el autor anónimo á quien seguimos, y cuya opinion vemos confirmada en otros escritos dignos de crédito y que en puntos dudosos nos sirven de guia, es la siguiente:

«El caudillo que mandaba las huestes de Aragon y de Navarra estuvo en oracion breves momentos antes de comenzar la batalla; porque era costumbre el implorar el favor del Dios de los ejércitos al ir á entrar en accion, y esta costumbre se ha seguido fielmente hasta muy modernos tiempos.

Levantó del suelo la rodilla el esforzado adalid para comenzar la batalla, y en el acto apareció en el cielo una cruz roja y esplendente, que fija sobre una robusta y añosa encina, allí permaneció hasta que la sangrienta lucha tuvo término, coronando los esfuerzos de los bizarros cristianos, quienes en la ruda pelea de Ainsa, correspondían á uno por cada diez agarenos.

De la aparición de esta cruz sobre la encina tomaron el nombre del reino, llamándole *Sobrarbe* (Sobre-el-árbol).» Tal es la tradición. Sea esta más ó menos exacta, es lo cierto que aun se conserva en las inmediaciones de la ya citada villa una piedra ó columna que quiere figurar el tronco de un árbol en cuya parte superior se ve la cruz, colocado uno y otro en el centro de un templete, resguardado por una reja ó verja de hierro; y no se ha perdido aun la piadosa costumbre de acudir los fieles al expresado sitio todos los años el día 14 de Setiembre, en cuyo día se celebra la Exaltación de la Santa Cruz, segun el calendario católico.

Nos hemos propuesto solamente, al tratar en este lugar del reino de Aragon, el presentar lo que tenemos por cierto ó por más aproximado á la verdad respecto de su origen.

Tenemos por cosa positiva que en aquel remoto tiempo corrieron unidos igual fortuna aragoneses y navarros, todos á la sazón conocidos por *vascones*.

Cumplido nuestro propósito, vamos á dejar que pase la primera mitad del siglo XI, para ocuparnos nuevamente de Aragon, de sus fueros, y de los gloriosos hechos de sus bizarros hijos.

ESPAÑA ÁRABE.

Año 950 á 1000.—Acerbos disgustos oprimieron el corazón de Abderrahman III en el año 950: este príncipe experimentó el más angustioso dolor que puede tal vez afligir á un padre.

Tenia el califa de Córdoba dos hijos, llamado Alhakem el uno, el otro Abdallah, y ambos poseían talentos no vulgares, grande instrucción y las más nobles prendas. Dicese que Abdallah era astrónomo, jurisperito, filósofo y poeta, sin embargo de lo cual no era por cierto el preferido de su padre. Alhakem, no menos distinguido que su hermano, fué declarado por Abderrahman heredero del califato de Córdoba; y aunque Abdallah no se resentiera por esta preferencia, pudiendo creerla hija, más que del paternal afecto, de la edad del hijo preferido, un ambicioso consejero de aquel príncipe le presentó como muy fácil la empresa de obtener en su favor la revocación de lo dispuesto por el califa su padre.

Presentóle como ya preparada y dispuesta una conjura que te-



nia por único objeto el aclamarle; y el malvado consejero, que solo deseaba medrar suponiendo habia de ser más tarde el favorito de un califa que le debia la exaltacion al trono, tuvo bastante arte para convencer al incauto Abdallah de que debia dar su asentimiento para que el movimiento popular tuviese pronta y feliz realizacion. Esto prueba de evidente manera cuán fácilmente yerra el sábio, cuando la ambicion le insta, el afan de mandar le seduce, y la adulacion le lisonjea.

Prestóse el jóven príncipe á secundar las eficaces diligencias del traidor á su soberano, hasta el punto de emprender por sí mismo la expuesta tarea de ganar á ciertos magnates y caudillos, presentándose franca y abiertamente como jefe de la fraguada conspiracion.

Todas estas flaquean y abortan generalmente de una misma manera: la necesidad de contar con muchas personas, si han de reunirse todos los necesarios elementos, hace poco menos que imposible el secreto; y, sin embargo, en todos tiempos se han sucedido las conspiraciones, librándose muy pocas de tener idéntico fatal resultado que otras que las precedieran.

El consejero del desgraciado Abdallah dió parte del terrible secreto á una importante persona, tal vez aquella en quien más confiaba. Fiel esta á Abderrahman, aprovechó el aviso y voló á referir al califa cuanto acababa de saber.

No hay para qué decir hasta qué grado llegaria la penosa sorpresa de Abderrahman: no podia decidirse á creer lo que oia; empero los detalles que escuchaba; las minuciosas noticias que se le referian, y el fijar el dia en que la conjura habia de estallar, que era en el primero de una de las pascuas de los mahometanos, llamada de las víctimas, no le permitian dudar de la certeza de la vasta y horrible conspiracion.

Calmada ya la primera dolorosa impresion que en el califa hiciera la amarga y trascendental noticia, determinó consultar con el bizarro y leal Almudhaffar, su tio, acerca de la decision que deberia adoptar en tan extremo y peligroso trance.

Hecha la consulta, lo primero que se trató de averiguar fué la certeza de la existencia del crimen. Al efecto comisionó el califa á uno de los magnates de su confianza, á fin de que impensadamente se apareciese, pasada la media noche, en la morada del príncipe Abdallah, cuya residencia era el palacio Meruan.

No se dice que encontrase el comisionado de Abderrahman á gran número de conspiradores celebrando alguna secreta junta: encontró solamente al malvado consejero del príncipe, llamado Ahmed-ben-Mohamed (tambien se le llamaba Ben-Abdilbar), y á otro personaje cuyo nombre era Sahed-al-Ward, que conversaban con el desgraciado Abdallah.

Los tres fueron presos, y llevados al palacio de Medina Zahara (*Ciudad de las flores*), que á corta distancia de Córdoba habia hecho edificar Abderrahman III desplegando en él un lujo verdaderamente oriental en sus magníficos aposentos y deliciosos jardines, dedicándole á su favorita la esclava Zahara (*Flor*).

Era este palacio la residencia habitual del califa; y llegados á su espléndido y famoso recinto, los tres presuntos delincuentes fueron incomunicados, cada uno en una habitacion.

Prueba manifiesta dió el desventurado príncipe de que su corazon no estaba dañado, y de que habia sido arrastrado por el ambicioso Abdilbar; porque al ser presentado á su padre, con el silencio y las copiosas lágrimas, elocuentes á la sazón más que mil palabras, contestó únicamente al interrogatorio del califa.

En otro que hicieran dos consejeros, fué explícito y declaró toda la verdad de la fraguada conspiracion, achacando la culpa á su pernicioso consejero, y asegurando que Sahed-al-Ward era completamente ageno á la conspiracion y estaba inocente é ignorante de todo.

En otro lugar hemos dicho, y lo vemos cada vez más confirmado, que los agarenos más humanos y bondadosos, los menos sanguinarios, tenian, por decirlo así, comprimida y sujeta la innata ferocidad por el fuerte dique de su ilustracion; pero á pesar de esto, raro fué el califa que no legó á la posteridad el recuerdo de algun hecho feroz, entre otros muchos loables y dignos de eterna alabanza.

El gran Abderrahman III dejó su segundo recuerdo de repugnante memoria con motivo de la proyectada conspiracion: cierto es que no hay medalla sin anverso y reverso, y raro es el hecho que no admite interpretacion y presenta dos caras, una para la alabanza, otra para el vituperio. Pueden algunos haber alabado al califa como hombre de inexorable severidad, que prefirió la rectitud del juez á la misericordia del padre; nosotros, empero, diremos sin vacilar que Abderrahman III fué, en nuestro concepto, como árbitro de la justicia distributiva, excesivamente cruel; como padre, un monstruo inhumano.

Ni sirvió para el juez y padre la espontánea franqueza y veracidad del seducido delincuente; ni sirvieron los ruegos y súplicas del predilecto Alhakem; ni fué bastante poderoso para conmovier el marmóreo corazon del califa el que algunos consejeros mirasen al simpático príncipe como un jóven extraviado y sinceramente arrepentido, pero no criminal de corazon; ni menos fueron consideradas las peregrinas dotes y raro talento de Abdallah: todo fué inútil; el infelice seducido fué sentenciado á muerte, y ejecutado el mismo dia que debiera estallar la conspiracion. Las últimas pala-

bras de aquel desventurado fueron para suplicar á su cruel padre en favor de Sahed, protestando de nuevo que era inocente. El p rfido seductor no di  tiempo   la ejecucion de su sentencia; al ver cerca el momento de expiar su crimen, se suicidó en la prision (950).

No dudamos que Abderrahman sentiria, no mucho despues, toda la pesadumbre de su cruel inflexibilidad; y para que esta pena se acrecentase con otra fuerte tambien, aunque no tanto, pasado poco tiempo falleció su tio Almudhaffar, columna inquebrantable y firm sima de su trono; tipo de caballeros y de valientes; emblema de lealtad y de abnegacion.

Corria el año 952 cuando los agarenos penetraron en Castilla, ganosos de vengar los desastres que el bizarro Ordoño III de Leon les ocasionara en la Lusitania. No fueron pocos los hijos de Ismael en devolver con usuras las pérdidas sufridas, ni hubo desman que no cometieran desde San Estéban de Gormaz hasta Búrgos.

El reinado de Ordoño fué bien breve, y le sucedió Sancho el Craso; ya sabe el lector que este fué destronado por el Intruso, y los medios de que se valieron Sancho y su tio el rey de Navarra para recabar de Abderrahman los auxilios que le eran necesarios á fin de recuperar la perdida corona.

Repuesto Sancho en el trono por el ejército que le diera Abderrahman, quedaron ambos soberanos intimamente unidos, sin que en lo más mínimo se turbase la paz.

Los años siguientes se ocupó el califa en la guerra de África, y de otros sucesos que ninguna conexion ni analogia tienen en los asuntos que nos hemos propuesto referir, pertenecientes   la española historia.

En el año 961 falleció Abderrahman III, principe, sin duda, esclarecido, ilustrado y bondadoso, aunque dejó dos fatales recuerdos: la ejecucion de su hijo Abdallah, que fué el segundo y más reciente, y el bárbaro martirio del tierno Pelayo, que fué el primero, doblemente bárbaro   inaudito si (como muchos suponen y hay bastantes probabilidades) para que Abderrahman decidiese el cruel martirio del sacrificado Pelayo, tanta parte tuvo el no querer este abjurar de la verdadera f , como el haberse negado   las instancias y deseos del califa; instancias de una naturaleza que el lector puede y debe suponer, sin necesitar nosotros manchar con su narracion el decoro de la historia.

Este soberano, segun se refiere, habia llevado por cuenta los dias de felicidad que experimentara durante su largo imperio, y dejó dicho que en los cincuenta años que fué califa, solo habia gozado de catorce dias felices.

Subió al trono de Córdoba, muerto Abderrahman, su hijo Alhakem, II de este nombre, hermano del desventurado Abdallah. El

nuevo califa estaba dominado por la pasión del estudio; por esto no es de extrañar que su imperio fuera de tanta importancia como esplendor para las ciencias y las artes, y de felicidad y protección para los que en ellas se ejercitaban. Dícese que tenía comisionados especiales en Persia, Siria, Africa y Egipto y en otros países, encargados de acopiar y remitir á Córdoba todas las obras literarias que se escribiesen. Así es que reunió la fabulosa suma de 400,000 volúmenes en la famosa biblioteca del palacio de Meruan, cuyo índice general componía cuarenta y cuatro volúmenes.

Este ilustrado príncipe miraba casi con enojo el mando, que le impedía demasiado para su gusto y deseos el dedicarse por entero á sus ocupaciones literarias.

Los dos primeros años de su reinado fueron pacíficos; empero poco despues el bizarro y activo Fernan Gonzalez obligó á Albakem á publicar la guerra santa contra los dominios de Castilla y su terrible caudillo. El califa se ciñó por la vez primera las esplendentes armas y se dirigió á Toledo, y allí escribió y mandó publicar en la órden del día la siguiente alocucion (963):

«Soldados: deber es de todo buen musulman ir á la guerra contra los enemigos de nuestra ley. Los enemigos serán requeridos de abrazar el Islam, salvo el caso en que, como ahora, sean ellos los que comiencen la invasion. Si los enemigos de la ley no fuesen dos veces más en número que los musulimes, el musulman que volviese la espalda á la pelea es infame, y peca contra la ley y contra el honor. En las invasiones de un país, no mateis las mujeres, ni los niños, ni los débiles ancianos, ni los monjes de vida retirada, á menos que ellos os hagan mal. El seguro que diere un caudillo, sea observado y cumplido por todos. El botin, deducido el quinto que nos pertenece, será distribuido sobre el campo de batalla, dos partes para el de á caballo, y una para el de á pié. Si un muslima reconoce entre los despojos algo que le pertenezca, jure ante los cadíes de la hueste que es suyo, y se le dará si lo reclamase antes de hacerse la particion, y si despues de hecha, se le dará su precio. Los jefes están facultados para premiar á los que sirvan en la hueste, aunque no sean gente de pelea ni de nuestra creencia. No vengan á la guerra ni á mantener frontera los que teniendo padre y madre no traigan licencia de ambos, sino en casos de súbita necesidad, que entonces el primer deber del musulman es acudir á la defensa del país, y obedecer al llamamiento de los walíes.» (Laf., tomo III, pág. 482.)

Del resultado de la expedicion ya tiene conocimiento el lector. Sabe lo ocurrido en San Estéban de Gormaz, y ahora añadiremos que los hijos de Ismael tomaron á Uxama (Osma), Clunia (Coruña del Conde), Cauca (Coca) y Setmanca (Simancas).

Fueron despues á Zamora; sobre su posesion hubo copiosa sangre, y al fin tomada por los mahometanos, fueron arrasadas las murallas, con lo cual terminó la expedicion, y Alhakem regresó á Córdoba.

Entonces ocurrió la defeccion del traidor conde, llamado Vela, que de tanto sirvió á los agarenos, y entonces tambien fué cuando se vió abandonado el valeroso conde de Castilla, sin que Sancho I saliese de su muy sospechosa impasibilidad, que no honra mucho, por cierto, su memoria, si se atiende á lo que al tratar del reino de Leon dejamos manifestado.

Renovóse la guerra en la primavera del año 964. Galeb, caudillo y secretario de Alhakem II, invadió nuevamente el territorio de Castilla; despues de lo cual pasó á Navarra, unido con Attagibi, contra García, el *Trémulo*, en cuyos estados cometieron los musulimes infinitos desmanes; á pesar de la proclama del califa.

Es muy notable que siendo Alhakem tan afecto á las letras como poco aficionado á las armas, aunque era valeroso y activo en la ocasion, llegasen á entusiasmarle sus triunfos hasta el punto de dirigir sus huestes á todos los ángulos de España, sin excluir el condado de Cataluña; y en tales términos dió vigor á la guerra, que todos los príncipes cristianos puede decirse le hicieron proposiciones de paz, como en su lugar queda referido (965).

En el año 966 concedió el califa la traslacion del cuerpo del mártir San Pelayo, y en los años siguientes, tranquilo y en completa paz el soberano de Córdoba, se entregó á su placer dominante, á las bellas letras, sin descuidar el gobierno de sus estados, ni el planteamiento de las útiles reformas y necesarias mejoras.

Fieles á nuestro propósito de ser imparciales, elogiaremos debidamente á Alhakem II por la noble firmeza con que supo observar religiosamente los pactos de paz, á pesar de que le instaban algunos consejeros para que no desaprovechase la oportuna y propicia ocasion que le ofrecia la casualidad de reinar un niño en Leon (Ramiro III), y otro en Navarra (Sancho García II, ó Sancho el Mayor).

No fué, empero, durable el periodo de paz, ni pudo dedicarse el califa á las musas durante mucho tiempo. Si en España no se alteró la paz, tuvo que llevar sus armas al Magreb, sometido al poder de Abderrahman III, en donde los fatimitas habian hecho estallar la guerra, que fué sangrienta y costosa, aunque un completo triunfo coronó los esfuerzos de Alhakem (974).

Terminada la guerra de Africa, de nuevo se dedicó el califa al cuidado de su reino, y á proteger las letras y las artes. Puede asegurarse que el reinado de Alhakem II fué, como ningun otro, de verdadero é inmenso progreso para la ilustracion; experimentándose

tanto el poderoso influjo del soberano que, según se dice, á porfia le secundaban los walfes, protegiendo con decidido y eficaz impulso á los hombres de valor en ciencias, en letras y en artes.

No podemos omitir los curiosísimos datos que arroja la matrícula general que mandó hacer este califa, por lo importantes que son para conocer la población y riqueza de la España árabe en el último tercio del siglo X. Hélos aquí:

«Había seis ciudades grandes, capitales de capitanías; otras ochenta de mucha población; trescientas de tercera clase; y las aldeas, lugares, torres y alquerías eran innumerables. Suponen algunos que solo en las tierras que riega el Guadalquivir había doce mil; que en Córdoba se contaban doscientas mil casas, seiscientas mezquitas, cincuenta hospicios, ochenta escuelas públicas, y novecientos baños para el pueblo. Las rentas del estado subían anualmente á doce millones de mitcales de oro, sin contar los del azaque, que se pagaban en frutos. Explotábanse muchas minas de oro por cuenta del rey, y otras por particulares en sus posesiones.» (Laf., tomo III, pág. 507).

Este soberano, justamente célebre, que tan constante protector fué de las letras, y que inmortalizó su glorioso reinado con infinitas obras de verdadera utilidad y de ornato público, falleció á los sesenta y tres años de edad, llevando quince y algunos meses en el trono, en el palacio de Medina Zahara (año 976).

Un solo hijo, de corta edad, dejó Alhakem II, llamado Hixem, también segundo de su nombre. Era su madre la esposa favorita del difunto califa, llamada Sobheya. Dicese que, contra lo acostumbrado en aquel imperio, la madre de Hixem II había intervenido en los asuntos del reino en los últimos años de la vida de Alhakem, y que tenía un privado llamado Mohammed-ben-Abdallah (después Almanzor), al cual, muerto el califa, encomendó la tutela del nuevo soberano.

Puesta de acuerdo Sobheya con Almanzor, determinaron ambos que la minoría de Hixem fuese perpétua: se asegura que le quitaron todos los maestros, y que ni consentían que saliese del palacio de Zahara ni que tratase con persona alguna, pasando los días entre infantiles juegos con varios niños de su edad, única corte que á toda hora le rodeaba y se le permitía.

De esta manera creció Hixem II, siendo califa de derecho, así como de hecho lo era Almanzor. Hábil este y poco escrupuloso para conservarse en el poder, supo deshacerse de sus émulos y rivales, según se asegura, sin retroceder ante ningún crimen, ante ninguna infamia, ni ante ningún asesinato.

Asegurado ya en el mando, y decidido á cumplir su juramento de exterminar á los cristianos españoles, se dirigió á la España orien-

tal, y despues de haber tomado allí y en otros puntos las disposiciones que juzgó oportunas y convenientes para el objeto que se proponia, marchó en direccion de Galicia, inaugurando la guerra con todo género de horrores, talando, saqueando y devastándolo todo (977).

En el siguiente año pasó á Leon y de nuevo á Galicia, en donde podian presentar escasa ó ninguna resistencia; el rey era menor, y gobernaban el reino dos piadosas mujeres, religiosas ambas, útiles para los momentos de paz, empero inútiles para los de guerra.

Excusado seria decir que el caudillo agareno obtuvo un completo triunfo, si triunfo puede llamarse cuando el contrario no presenta resistencia. Fueron sin embargo tan encomiadas sus horribles hazañas en Leon y Galicia (978), que por ellas le hicieron trocar el nombre de Mohammed en el de Almanzor, derivado de El Mansur (el valeroso).

Cuéntase que este caudillo era tan excesivamente generoso que no tomaba jamás del botin la parte que personalmente le correspondia: acaso esta aparente generosidad seria una politica tan bien estudiada como entendida. Era un verdadero opresor del monarca legítimo, y necesitaba tener á su mandar á la gente de armas y de accion.

En cambio de esta generosidad, era para los soldados de una severidad cruel; y al mismo tiempo que habia jurado exterminar á los cristianos, dícese que era liberal y magnifico con ellos cuando se les sometian: por manera que á este caudillo se le puede calificar de incomprensible.

De él se cuenta que hacia periódicamente dos incursiones anuales en tierra de cristianos, y que despues de haberse apoderado de Zamora con otras poblaciones y fuertes en número de ciento, ni encontró bastantes acémilas para trasportar los despojos y riquezas, fruto de la rapacidad más que de la campaña, ni bajaron de diez mil los cautivos que llevó á Córdoba, aherrojados de cincuenta en cincuenta.

Esto era, sin duda, efecto de la liberalidad y magnificencia que tanto en él se decanta, dignamente secundadas por Abdalá-ben-Abdelaziz, walí de Toledo, de quien se refiere llevó á la corte otros cuatro mil cautivos, habiendo hecho decapitar otros tantos en el camino que recorrió.

En la segunda expedicion del año 982 sufrió una primera derrota, que fué la última durante mucho tiempo. Lograron los cristianos sorprender á los musulimes, despues de haber estos vadeado el Ebro sin encontrar la menor oposicion. Aquellos, sin ser vistos, seguian á los enemigos la huella desde las alturas y malezas; y cuando estos descansaban tranquilos y descuidados, cargaron sobre ellos los cristianos tan imprevistamente y con tanto denuedo, que muy pocos fue-

ron los que pudieron ponerse en defensa; la mayor parte huyó des-pavorida, no habiendo tenido poca parte en la derrota la confusion con que, puestos en fuga en todas direcciones, unos á otros se atropellaban los mismos agarenos, cayendo infinitos de estos sin vida, cortada por los filos de las espadas de los cristianos. Esta derrota tuvo lugar en las riberas del Esla; y se dice que la desesperacion de Almanzor, al cual no faltó en tan apurado trance la sólita energía y el animoso corazon, logró rehacer y reunir los restos de su diez-mado ejército, con el cual cargando á los vencedores, los obligó á encerrarse en Leon, no habiendo quizá tomado venganza completa del anterior desastre por haber sobrevenido una gran nevada, y una nube de espeso y copiosísimo granizo.

No quedó, á pesar de esto, la derrota del Esla sin venganza: el belicoso Almanzor decidió arrebatár al rey de Leon su preciada córte; fortuna fué del caudillo agareno el que á la sazón empuñase el cetro un rey como Bermudo II, puesto que sin negar á aquel las grandes dotes que poseia, quizá no hubiera contado tantos triunfos á haber encontrado con un rival digno de él, tal como alguno de los Alfonsos, ó como el esforzado padre de Bermudo.

Tanto conato puso en la conquista de Leon el regente de Córdoba, que se preparó de antemano, haciendo construir toda suerte de máquinas de guerra, y organizando sus huestes como para acometer una empresa atrevida, expuesta y de dudoso resultado.

Ya ha visto el lector cuanto ocurriera en la toma de Leon, y que no obtuvieron de balde los musulimes la posesion de la ciudad, así como hemos manifestado el heroico valor y admirable firmeza de Guillermo Gonzalez, conde de Galicia (984).

Despues de haber tomado á Astorga el tutor de Hixem II, regresó á Córdoba; dícese que á su paso, y para hacer su nombre cada vez más aborrecible á los cristianos, destruyó en su regreso varias poblaciones, entre otras Simancas y Sahagun.

Contaba ya el califa diez y ocho años y continuaba aun en la puericie; pasaba por imbécil, y tal vez habian logrado entontecerle. Su madre y el regente seguian en su sistema de aislarle y de no consentir que nadie le viese ni hablase.

Volvió despues á suscitarse la guerra de Africa, y este cuidado distrajo la atencion de Almanzor, y dejó algun tiempo en paz á la peninsula, aunque el periodo pacífico no fué muy duradero. Antes de terminar el año 984 volvió sobre Leon, y terminó su obra de destruccion y de horrores, despues de lo cual tomó á Coyanza (Valencia de Don Juan), y se posesionó de Gormaz.

En la primavera inmediata (985) se dirigió á Cataluña, y en el otoño del mismo año hizo una expedicion á Navarra: de ambas tiene ya conocimiento el lector.

Suspendió de nuevo y por entonces la guerra el infatigable Almanzor; porque había regresado de Africa ornado con el laurel de la victoria su hijo Abdelmelik, y la atencion del caudillo agareno estaba fija en la grande solemnidad con que deseaba celebrar las bodas del jóven vencedor.

En 986 hizo una nueva expedicion á Castilla, en la que fué tan afortunado como en las anteriores; mas no pudo detenerse en ella cuanto hubiera querido, porque entonces fué tambien cuando recibió la noticia del movimiento que se observaba en el Pirineo Oriental y cuando el célebre y esforzado conde Borrel le arrebató á Barcelona, á quien Almanzor la habia quitado un año antes, como ya sabe el lector.

En 987 el inquieto muslime invadió la Galicia y pasó á la Lusitania; tomó á Coimbra y regresó á Córdoba; y aunque se ignora á dónde llevó sus aterradoras armas en 988, en el siguiente año fué cuando dismanteló á Alcoba, Osma y Atienza.

Por este tiempo, casi fué cuando Almanzor experimentó el grave disgusto de la defeccion de su hijo Abdallah. El wali de Zaragoza, llamado Abderrahman-Ben-Motarrif, temeroso del regente que tan bien habia sabido librarse de cuantos pudieran hacerle sombra, trató de adelantarse y ver si lograba deshacerse de Almanzor.

Estaba á la sazón en Zaragoza el desventurado Abdallah, el cual se hallaba no poco resentido de su padre el regente, porque le miraba con mucho menos aprecio y consideracion que á sus dos hermanos; y unido con Abderrahman, proyectaron ambos una conjura que tenia por objeto el declararse él wali soberano independiente de Aragon, y Abdallah, califa de Córdoba.

No caminaron mal en los principios los conjurados, en cuyo número llegaron á contarse varios generales y hombres de valia; empero, como siempre, hubo uno que dió noticia al regente, sin ocultarle nada de cuanto pasaba.

No manifestó el sagaz caudillo que habia llegado á su noticia lo que ocurría. Tan bien disimuló, que sin tomar medida alguna ni precipitarse para resolver, llamó á Abdallah á la córte; y este, que sin vacilar obedeció la orden sin recelo, se vió tratado por su padre con el mayor afecto, y con tanta dulzura como jamás en él experimentara.

Hecho esto, proyectó Almanzor una expedicion á Zaragoza; y continuando en su propósito de no desmentir su sangre fria y su temple de alma, realizó su marcha, y continuó su expedicion acompañado ya de Abderrahman-Ben-Motarrif.

Es innegable que en esta ocasion obró Almanzor como hábil político, y con un valor muy poco comun. Debía suponerse rodeado de traidores, sabiendo que el wali no estaba solo en la conspiracion,

y sin embargo, no vaciló en vivir entre ellos, cuando á su enemigo era tan fácil el haberse librado de él por medio de un asesinato.

Almanzor, no obstante, se mantuvo firme en su propósito de no demostrar que sabia la proyectada conjura; y fuese por habilidad suya, por efecto de sus manejos secretos, ó por otra razon cualquiera, es lo cierto que el wálí de Zaragoza fué denunciado por las mismas tropas; mas no como conspirador, sino por haberse apropiado el sueldo de aquellas.

Semejante suceso puso en el caso al regente de ordenar se encausase al wálí por malversador, despues de haberle quitado el gobierno de Zaragoza; y como entre los musulimes no ocurría con los malversadores lo que hoy con los mismos ocurre en las más cultas y civilizadas naciones, al proceso siguió la decapitacion, y Abderrahman-Ben-Motarrif fué degollado, sin que se hablase una palabra de conspiracion, dando el regente una ostensible muestra de rectitud y de justicia, y alejando toda sospecha de que se libraba de un poderoso enemigo.

Aun llevó Almanzor más allá su fina y sagaz política: á fin de que desapareciese toda idea y aun la más leve sombra de que en la justicia habia tenido alguna parte el odio, ó cuando menos la enemistad al decapitado Abderrahman, para reemplazarle en el gobierno de Zaragoza nombró wálí al hijo de aquel.

Dicese que despues de estos sucesos hizo cuantos esfuerzos pudo para atraer á su hijo Abdallah; que todos aquellos tuvieron por base la más grande dulzura y las más delicadas atenciones; empero se cuenta que Abdallah poseía un carácter por el extremo obstinado, y que pagó los halagos de su padre con la defeccion, pasando-se á los reales del conde de Castilla, como ya sabe el lector.

No es fácil asegurar si tan grave y reprochable resolucion seria hija de la obstinacion y rebeldía de Abdallah, ó efecto del temor que le inspirase su padre. Si la sagacidad de este correspondía á la de aquél, nada tendria de extraño que desconfiase de la dulzura y cariño de Almanzor. La expedicion de este á Zaragoza; la llamada de Abdallah á la córte; la decapitacion del wálí, cuyo origen verdadero no podia ser desconocido al príncipe agareno, y en fin, la manera con que, segun se asegura, Almanzor sabia deshacerse de los que á su poder hacian sombra, eran motivos poderosos y más que suficientes para que la alarmada conciencia de Abdallah no viese otra cosa, en la conducta que con él observaba su padre, que un sagaz disimulo. Acaso en esta creencia, que tal vez fuera errónea, fundase el desventurado príncipe los motivos para realizar su defeccion; porque, si bien entre él y Ben-Motarrif habia la diferencia, enorme y respetable respecto de Almanzor, de los estrechos vínculos del íntimo parentesco, y la muda, empero elo-

cuente, voz de la sangre, Abdallah recordaria muy bien á Mohammed el *Asesinado* y á otro Abdallah, hijo de Abderrahman III, y no podia dudar de que estos vínculos podian ser rotos por la segur del verdugo, y que la imperiosa voz á las veces enmudecia.

Ya se ha visto, al tratar del condado de Castilla, que el agareno tráfuga se hizo más criminal aun guerreando contra su padre y contra su ley, así como tambien la reunion de fatales circunstancias que obligaron á que el conde de Castilla hiciese entrega á Almanzor del desgraciado Abdallah (990).

Salíó este de los reales de Castilla, escoltado por respetable fuerza de caballeros y soldados castellanos. Almanzor mandó saliese á recibir á su rebelde hijo un esclavo llamado Sad.

La respetuosa manera con que el precitado esclavo recibió al príncipe, besándole la mano y tratándole con el más profundo respeto, hicieron confiar á Abdallah de que su suerte no seria tal cual él la imaginaba y debia imaginar; porque esperaba ser recibido sin duda como un criminal, y no como hijo del regente, ó más bien, del que de hecho era califa de Córdoba.

Quizá esperaba que al ver á su padre y pedirle con humildad y lágrimas el perdon, y jurando solemnemente el no ser nuevamente rebelde, alcanzaria gracia, de la vida al menos; empero se engañó; no volvió á ver á su padre.

Apenas habia llegado á las orillas del Duero, cuando la tropa agarena, que habia relevado á la castellana, le intimó la sentencia de muerte: Sad iba á retaguardia. Resignado Abdallah con su suerte, sin pronunciar una palabra echó pié á tierra, y dejó que se cumpliera su destino, con tan serena tranquilidad como podia y debia esperarse de su gran valor. Apenas contaba de edad veintitres años.

No tardó, despues de esto, en renovarse en Africa la guerra, tan obstinada y sangrienta como siempre. Almanzor, aunque dedicaba su atencion á tan importante asunto, hizo una expedicion á Castilla en 994, sin tener en cuenta que el conde habia entregado al rebelde y desgraciado Abdallah; y en 995 verificó otra á la España oriental, segun de ambas queda dicho en su lugar respectivo.

Más desgraciada que los precedentes sucesos fué la batalla que tuvo lugar cerca de Langa y de Alcocer, entre las huestes de Almanzor y los aliados castellanos y navarros, cuyo fatal resultado costó la vida al bizarro conde Garcia, hijo del no menos esforzado Fernan Gonzalez, segun hemos referido al tratar del reino de Castilla.

Nada puede decirse del año 996; quizá descansaria el infatigable y ambicioso tutor de Hixem II, ó lo que ejecutó fué de tan es-

casa importancia, que no mereció quedar consignado; empero al comenzar el 997, hizo una incursión en el territorio alavés, y después pasó á Santiago ó Compostela.

Dícese, y por desgracia no sin fundamento, que el traidor Rodrigo Velazquez; conde de Galicia, reunió buen número de descontentos, y allanó y favoreció la fatal expedición de Almanzor. Pudo hacerlo, por no haber encontrado, en tiempos anteriores, con un rey de Leon como el que mandara ejecutar á los cuatro condes de Castilla, cuando conspiró, desleal y perjuro, contra su soberano porque este habia depuesto de la séde de Compostela á un obispo, hijo de Rodrigo, y tan turbulento é inquieto como él.

Parece indudable que al formidable ejército de Almanzor se reunieron en Argañin los traidores, y que unidos marcharon sobre Santiago. Ninguna oposicion encontraron las destructoras huestes. No habia cabeza, y los miembros estaban inertes, ó más bien helados por el frio glacial de la muerte; no habia rey, ó era tan inútil como si no existiera, y los súbditos estaban anonadados.

Desierta completamente la gran Compostela, dió franco paso á los sectarios del Koran; y las vandálicas huestes, mandadas por su no menos vandálico caudillo, de odiosa memoria, arruinaron las murallas, los edificios, el venerable y venerando santuario; y casi pudo decirse que el malvado Almanzor, á imitacion de Tito al destruir la gran Jerusalem con harto mejor causa que el tirano de Hixem II, *no dejó piedra sobre piedra*, sin olvidarse de ordenar un saqueo, en el cual fueron comprendidas las inmensas riquezas del santo templo, fruto de la munificente y piadosa liberalidad de tantos grandes monarcas, cuya fria osamenta crujió de estremecimiento en el estrecho recinto del lóbrego sepulcro al suceder tanto desastre, y al contemplar sus almas desde el emperio la ignominia de su indigno sucesor. ¿Por qué no supo morir como rey y como valiente en Leon ó en Compostela?

Fortuna fué que el feroz caudillo del Islam respetó el sepulcro del santo Apóstol. Guardado estaba aquel por un solo monje, inerme y venerable, que tranquilamente sentado sobre la fria losa, resignado y dispuesto á no ver la profanacion del santo cuerpo, aguardaba impávido la fulgente corona y la inmarcesible palma del martirio. Aquel feroz guerrero que jamás retrocediera ante las buidas lanzas, ni acerados dardos; aquel rayo de la guerra cuyo alimento era la vista de la sangre, que solo reposaba entre los destrozos y lamentos de las batallas, quedó inmóvil y como aterrado ante la imperturbable y tranquila actitud del héroe de la fé católica. Almanzor se alejó de aquel sagrado sitio, y el sepulcro del patron de España fué religiosamente respetado. Tal fuerza tiene el impávido arrojo que presta la verdadera fé.

Se alejó de Santiago el caudillo agareno dirigiéndose á la Coruña y á otros puntos de Galicia, y á su regreso premió con franca mano á los infames y traidores condes que habian auxiliado á los enemigos de su religion y de su patria.

Dícese que Almanzor llevó á Córdoba las campanas más pequeñas de Santiago, las cuales, vueltas del revés, sirvieron de lámparas en la principal mezquita; y se añade que fueron trasladadas en hombros de cautivos cristianos, durante todo el larguísimo camino. Tambien se asegura que al vencedor precedian infinitos carros cargados de oro, de plata, de magníficos objetos y de riquísimas preseas, fruto de la rapiña y del destrozo, que ni aun tuvieron la plausible excusa de la resistencia hecha por los cristianos.

Tal fué el suceso de funesta memoria que coronó la campaña llevada á cabo por el regente de Córdoba en el siglo X.

Siglo XI.

REINO DE LEON.

AÑO 1000 Á 1050.

ALFONSO V. Con terrible y amenazador aparato apareció el siglo XI, haciendo prever á los afligidos españoles que no seria más feliz que el que de espirar acababa.

Sabido es el fatal estado en que quedara el reino al fallecimiento de Bermudo el *Gotoso* en el año 999; ó, mejor dicho, el antiguo y venerando reino habia desaparecido casi por completo, merced á la nulidad del soberano.

Criticase á un antiguo cronista el empeño de afear la memoria de este rey; nosotros, verdaderos pigmeos al lado de aquel como lo somos puestos en parangon de los que le critican, no pudiendo tener animosidad ni prevencion contra una persona de quien nos separa la inmensidad de más de ocho siglos trascurridos, solo preguntaremos: ¿qué hizo el rey de Leon, en tanto el feroz Almanzor reducia su reino á la nada? ¿Se le vió aparecer en la córte, ó la abandonó tan pronto como supo la aproximacion de las huestes musulmicas? Se presentó en Astorga? ¿Apareció en Santiago? ¿Hubieran visto tantos y tantos de los antecesores de Bermudo II deshacerse su reino sin cruzar el acero con el enemigo, ó se hubieran sepultado bajo las ruinas de su córte si no podian salvarla del furor agareno?

A la conducta de Bermudo no puede encontrarse otra disculpa, en nuestro concepto, que la cobardia; y un rey cobarde, no merece ser rey.

Todos los esfuerzos y sacrificios realizados durante cerca de tres siglos, fueron perdidos en pocos años; y para que el desgraciado Bermudo fuese perjudicial á España aun más allá de la muerte, dejó un hijo de cinco años, que heredó un reino á la sazón casi nominal.

Cuando era necesario uno de los tres primeros Alfonsos para oponerse á un caudillo agareno tal como Almanzor, que habia superado á cuantos le precedieran, un Alfonso era tambien el rey; pero de edad contaba poco más de un lustro.

Para que todo contribuyese á presentar más oscuro y cerrado el porvenir, vencedoras las armas de Almanzor allende el Estrecho, quedaba aquel en completa libertad de hacer la guerra en la península.

Apenas habia comenzado á correr el siglo XI cuando llevó á cabo dos expediciones: una hizo al Norte, y al Oriente otra (1000), memorables ambas por los desmanes y destrozos que ocasionaron.

Nada puede referirse del año 1001; empero en el siguiente fué cuando se notaron los imponentes y aterradores preparativos que hacían prever un verdadero cataclismo, á impulso del cual podrian desaparecer los restos de la menoscabada monarquía que fundara el gran Pelayo.

No solamente Almanzor preparaba sus huestes; diversos walíes organizaban otras en sus respectivos gobiernos ó provincias, y de Africa tambien desembarcaban en España numerosas fuerzas para auxiliar las operaciones del caudillo agareno.

Era un conde de Galicia llamado Menendo Gonzalez quien, en union con su esposa doña Mayor, estaba encargado de la tutela del tierno Alfonso V; y tambien, segun se dice, auxiliaba en la ardua tarea á los tutores el conde de Castilla Sancho García ó Garcés, hijo de García Fernandez, nieto de Fernan Gonzalez, y tío materno de Alfonso V.

Sancho García, descendiente y sucesor de dos heróicos caudillos, no se arredró por efecto de tan aterrador aparato; por el contrario, se aprestó á la resistencia, y comenzó á calcular los medios de que aquella no fuera inútil.

Su primer determinacion fue la de proponer una alianza, formada entre Castilla, Leon y Navarra; y el soberano de este último reino no vaciló en aceptarla. Llamábase tambien Sancho Garcés, el Mayor, y fué conocido por el renombre de *Cuatro-Manos*; tales eran su arrojo, su fuerza y su ánimo. El bizarro conde Gonzalez tambien aceptó.

Congregada la gente de guerra en cada reino, señalóse como punto de reunion los campos de Soria, cerca de la memorable Numancia. El hecho glorioso que las venerandas ruinas muda-

mente recordaban, parecía ser de felicísimo augurio para el feliz éxito de tan ardua y casi temeraria empresa: parecía infalible que el juramento de morir ó lavar la ignominia de tantos años, prestado sobre aquellos campos en que tantas veces fueran humilladas las altivas águilas latinas, sobre los mismos campos en donde pelearon los indómitos defensores de su independencia que hicieron estremecer al prepotente Capitolio, habia de ser puntualmente cumplido con valor y con gloria.

Los tres ejércitos se reunieron en efecto; Sancho García mandaba el de Castilla; Sancho Garcés (*Cuatro-Manos*) iba al frente del de Navarra; Menendo Gonzalez, tutor de Alfonso V, guiaba el de Leon.

Animosos y decididos los españoles, que el ánimo y vigor de los súbditos jamás faltó cuando al jefe supremo acompañan el valor y la energía, establecieron su campamento en Calatañazor. Almanzor con dos numerosos cuerpos, el uno de ellos compuesto de africanos, dió vista á los españoles aliados, y dícese que admirados los que iban de descubierta de la extension que el campamento cristiano tenia, dieron parte al valeroso Almanzor, el cual partió apresurado á reconocer por sí mismo el campo enemigo.

Durante el primer dia solo hubo parciales choques, ligeras escaramuzas, á las que puso fin la llegada de la noche. Apenas, empero, habia comenzado el alba á blanquear el horizonte, cuando el inmenso estrépito de los bélicos instrumentos llenó el espacio; y cuando el sol empezaba á ostentarse en toda su refulgente plenitud, el horrisono fragor de las armas se oia á inmensa distancia; el aire estaba agitado y zumbaba aterrador, conmovido por la violencia de las fugaces y matadoras saetas; el sol, poco antes tan radiante y magnífico, estaba oscurecido por los arremolinados torbellinos del sangriento polvo, que se elevaba por el espacio; y la sangre que enrojecia la tierra, y los desgarradores ayes de los moribundos, y los relinchos de los ardorosos y nobles corceles, y los gritos de guerra con que los animosos combatientes mutuamente se enardecian, formaban un conjunto indescriptible, que no es dado expresar digna y fielmente á pluma que no sea capaz de ocuparse de asuntos grandes y elevados.

Así, pues, nos limitaremos á decir que la batalla terminó con el dia; cristianos y agarenos ocupaban respectivamente las mismas posiciones que al comenar la batalla; lagos de sangre, cuerpos, troncos, miembros diseminados, yertos cadáveres, ocupaban la llanura; y por todos se esperaba y se temia la aparicion de la aurora; porque la lucha era á muerte, y el resultado decisivo.

El bizarro Almanzor, de quien á fuer de imparciales debemos decir que hizo prodigios de valor y de marcial heroismo, fué condu-

cido á su tienda lleno de heridas. Pero más que estas le causó amargo dolor, al notar que faltaban á verle la mayor parte de sus generales, el saber que unos habian quedado muertos sobre el campo de batalla, y otros gravemente heridos.

Comprendiendo el valeroso caudillo por efecto de esta noticia el verdadero resultado de la sangrienta batalla, cuando aun era de noche dispuso que sus huestes vadeasen el Duero, no sin tomar las naturales y debidas precauciones, por si los heróicos vencedores le perseguian.

A pesar del estado en que se hallaba, caminaba el fuerte caudillo sobre un brioso corcel; mas tuvo que rendirse por fin y echar pié á tierra para ser conducido en hombros de sus guerreros.

Catorce leguas caminaron de este modo; las multiplicadas heridas se agravaron, quizá más que por otra cosa por el recuerdo de sus pasados triunfos, por el abatimiento ocasionado por la derrota, y por el destrozo de sus mejores caudillos. No pudiendo más, entró en Medina Selim (Ciudad de Selim, hoy Medinaceli), en donde falleció el día 9 de Agosto del año 1002. Tenia sesenta y tres de edad.

Completamente abatida la media luna; muerto el hábil, esforzado é inteligente caudillo agareno; muertos tambien ó heridos sus mejores generales, y destrozadas sus temibles huestes, los hijos de Ismael estaban asombrados de tan terrible y repentino cambio de fortuna, y los cristianos animados y gozosos.

Niño de ocho años era el rey de Leon; empero gobernaban por él, con la prudencia doña Mayor; con el esfuerzo, el esposo de esta, el conde de Galicia: tambien la reina doña Elvira, madre del rey, dignamente se desvelaba por la educacion de Alfonso V.

La sultana, madre de Hixem II, cuando supo la desgraciada muerte de Almanzor, nombró al hijo de este, Abdelmelik, para reemplazar á su padre.

El nuevo primer ministro, queriendo imitar á Almanzor, comenzó á preparar sus expediciones á tierra de cristianos. Una de ellas fué contra Leon (1003), y así en esta como en otras sucesivas, fué poco afortunado; pero de ellas no pueden consignarse detalles, porque no se encuentra de dónde tomarlos positivos.

En el año 1005 se pactó una tregua; señal evidente del decaimiento del imperio de Córdoba, que sin duda alguna habia recibido una herida mortal con la derrota de Calatañazor, y especialmente con la muerte del irremplazable Almanzor.

Terminado el plazo de la tregua (1007), dirigióse Abdelmelik á Castilla; y deseando destruir lo que sus enemigos iban, aunque lentamente, reparando, dismanteló varias fortalezas, y paseó sus armas por Castilla, Galicia y Lusitania, aunque á costa de sangre

mahometana, de cuyas expediciones nos ocuparemos en el respectivo lugar.

No fué perdido el tiempo que trascurrió desde que cayera abatida la media luna en Calatañazor, para los monarcas cristianos. Sin embargo, la union que los hizo vencer al célebre Almanzor, no tuvo siempre la misma fuerza que en aquel memorable dia; á haberla tenido, quizá no hubiera llegado el caso de que Abdelmelik llevara sus armas hasta la Lusitania.

En el año 1008 contrajo matrimonio Alfonso V de Leon con Elvira, hija de Menendo Gonzalez y de doña Mayor, ayos ó tutores del monarca. Cúpole á este la indisputable gloria de restaurar á Leon y de hacer conducir á la córte los cadáveres de sus mayores, y se ocupó tambien con piadoso celo en la reparacion y fundacion de algunas iglesias, á las que dotó con franca mano.

Por desgracia en los años sucesivos se rompió por completo la union que existia entre los soberanos de Leon y de Castilla. Dicese que el disgusto entre Alfonso y Sancho comenzó por la proteccion y amparo que este dispensaba á los criminales que, prófugos de Leon, se refugiaban en Castilla.

Una de las causas, quizá la más poderosa, de haberse prolongado en España la dominacion de los árabes, fué la desunion de los monarcas cristianos. Cuando en el año 1002 se vió á Leon, Castilla y Navarra vencer unidos al temido caudillo de los musulimes, se pudo concebir la lisonjera esperanza de que tan notable victoria haria comprender á los tres soberanos vencedores cuáles eran sus verdaderos intereses, y hasta qué punto era importante su íntima y estrecha union. Sin embargo, esta no continuó siendo tal como convenia, y no muchos años despues, la veremos completamente rota.

La queja fué de Alfonso, por la proteccion que Sancho dispensaba á los fugitivos de Leon; el primero se vengó del segundo quitándole algunas posesiones que en Leon le pertenecian, y admitiendo en su reino á la familia de aquel conde don Vela cuyo nombre es de tan funesto recuerdo.

Dicese que la expresada familia, despues de haber servido á favor de los enemigos y en contra de su religion y de su patria, regresó á Castilla, y que fué admitida por el conde Sancho Garcia. Habitados al crimen los nuevamente admitidos en el seno de su patria, recomenzaron á ser traidores, que rara vez deja de serlo el que ya lo fué, y el soberano de Castilla los expulsó de sus dominios. Entonces el rey de Leon, siguiendo tenazmente en su propósito de vengarse de Sancho, no solamente los admitió en su reino, si que tambien los hizo donacion de algunas posesiones: esta resolucion de Alfonso V hirió profundamente al conde de Castilla,

aunque en realidad el soberano de Leon no hacia en esto otra cosa que imitar la conducta de su tío con los que él expulsaba de su reino.

De este modo trascurrieron los años, invertidos en represalias hijas de resentimientos más ó menos fundados, muchas veces pueriles, y siempre tan perjudiciales á la causa comun de la restauracion, como ventajosas á la de los agarenos.

A pesar de esta lamentable discordia, Alfonso V señaló su reinado haciendo convocar el célebre concilio de Leon, que tuvo lugar en 1.º de Agosto del año 1020, en la iglesia de Santa María.

Como en esta importante asamblea debian de tratarse asuntos políticos y tambien los religiosos, tuvieron en ella asiento, además de todos los prelados, los magnates y grandes del reino, y fué autorizada con la presencia del monarca, que asistió á tan solemne é importante acto acompañado de su esposa.

De este concilio resultó el *Fuero de Leon*, que sirvió segun un entendido y erudito escritor, para modificar la legislacion de los visigodos, sin que por efecto de la promulgacion del nuevo Fuero de Leon dejase de regir el Fuero-Juzgo. Veamos lo que respecto de este importante concilio dice el erudito Sr. Lafuente:

«Hiciéronse en él, dice, cincuenta y ocho decretos ó cánones, de los cuales los siete primeros versan sobre asuntos eclesiásticos, previniéndose en el 7.º que se trate primero de las cosas de la Iglesia, despues de lo perteneciente al rey, y en último lugar la causa de los pueblos (*causa populorum*). Los otros hasta el 20 son verdaderas leyes políticas y civiles para el gobierno de todo el reino, y los demás son como ordenanzas municipales de la ciudad misma de Leon y su distrito: el 20 tiene por especial objeto la repoblacion de la ciudad, *despoblada* (dice este cánon) *por los sarracenos en los dias de mi padre el rey Bermudo.*»

«Son notables, entre otras disposiciones de este célebre concilio, las siguientes: *Mandamos* (dice el cánon 13) *que el hombre de BENEFACCIÓN vavalibre con todos sus bienes y heredades á donde quisiere.*—El hombre ó pueblo de *benefactoría*, de donde se derivó la palabra *behetría*, era el que tenia derecho ó facultad de sujetarse al señor que más le acomodaba para que le amparase, defendiese é hiciese bien, con la libertad de mudar de señor á su voluntad.»

Conviene tener esta noticia de lo que significa la palabra *behetría* para lo sucesivo; y he aquí el por qué damos su significado, tomándole de tan buen origen como en su lugar hemos dicho.

Como se desprende de cuanto llevamos referido, Alfonso V se ocupó mucho del bien de sus súbditos, y en su corta vida hizo cuanto le fué posible para hacer olvidar el fatal reinado de su padre Bermudo II.

Desde que saliera de la menor edad, hasta el año en que se celebró el importante concilio de Leon, lo mismo que en los subsiguientes, dió señaladas muestras de su religiosa piedad. También demostró su munificencia, dando sobrado á entender que desconocia la avaricia, adjudicando con franca mano á los súbditos leales los bienes de los desleales, dando también parte de lo confiscado á los monasterios y templos de su reino.

En tanto avanzaron hasta las fronteras de los dominios cristianos los secuaces de la media luna, y el rey de Leon, atravesando el Duero, quiso demostrar á los musulimes que no solamente sabia ocuparse del gobierno interior de su reino; deseó dar á entender que era también guerrero.

En esta expedicion llegó á la Lusitania, y puso sitio á Viseo. Establecido convenientemente el asedio y estrechados los agarenos, quizá no hubieran estos tardado en rendirse, si una imprevista desgracia no se hubiese interpuesto entre la rendicion de los moros y el triunfo de las armas leonesas.

Salió una mañana el rey con el objeto de hacer por sí mismo un reconocimiento. Era el 5 de Mayo, y el sol hacia sentir tan excesivamente sus ardorosos rayos, que Alfonso, con notable imprudencia, montó á caballo sin tomar coraza ni otro género alguno de arma defensiva; aun se dice que no resguardaba su cuerpo otro vestido que *una delgada camisa* de finísimo lino.

Dirigiase sobre el brioso corcel á practicar el reconocimiento por muy cerca del muro, cuando una saeta disparada desde la plaza le atravesó el cuerpo (1027). La herida fatal le ocasionó la muerte prematura, cuando apenas contaba treinta y tres años de edad; hacia veinte y ocho que reinaba.

BERMUDO III.—AÑO 1027. Sintieron cordialmente los leoneses la sensible desgracia de su malogrado soberano, aunque templaron en parte su dolor con la fundada esperanza de que el heredero de Alfonso V llegaría á igualar, si no superar, á su padre. Este al morir dejó un hijo llamado Bermudo, tercero de su nombre, que fué el sucesor en el reino, y una hija llamada Sancha.

Contaba el nuevo monarca la edad temprana de diez y siete años; era, empero, de juicio recto y maduro; de mayor saber que lo que prometían sus pocos años.

Apenas llevaba uno de empuñar el cetro de Leon, cuando contrajo matrimonio con Jimena Teresa, hermana del conde de Castilla, hijo de Sancho Garcia. Dió en esto el rey una clara muestra de su talento político, puesto que siendo ya Castilla un estado independiente, era notoria la utilidad que al jóven rey y á su reino podían

resultar de tan estrecha alianza con un soberano cuyos dominios eran limítrofes de Leon.

Poco despues recibió Bermudo III un mensaje de los condes de Búrgos, dirigido á pedirle la mano de Sancha su hermana para García, conde de Castilla, con cuyo doble enlace se afianzaba más y más la apetecida union de ambos estados.

Un doble objeto llevaban los mensajeros de Búrgos; porque aunque Castilla era un estado independiente de Leon, no podia desentenderse de ciertos miramientos respecto de aquel antiguo y venerando reino, cuando en tan buena armonía estaban ambos soberanos, y tratándose de tomar una determinacion de no pequeña importancia.

Pretendíase, pues, que el conde de Castilla tomara el título de rey, y ninguna ocasion podia escogerse con más oportunidad que al tratarse del precitado doble enlace. Era para Bermudo más decoroso tomar por esposa á la hermana de un rey que á la de un conde, siquier fuese independiente como el de Castilla, y no lo era ménos el conceder la mano de su hermana al que llevaba el primero de ambos títulos, en vez de denominarse conde solamente.

Bermudo recibió benévolamente la embajada, y dió esperanzas á los embajadores de acordar ambas demandas en los términos que se deseaba; y dejando muy satisfechos á los nobles mensajeros, abandonó la córte para marchar á Oviedo, á cuya ciudad debia dirigirse en cumplimiento de un piadoso voto (año 1029).

Nunca tal hubiera hecho; una terrible fatalidad, ó más bien una horrible traicion, deshizo en un punto la ventajosa combinacion tan perfectamente entendida como hábilmente ejecutada; empero no anticipemos la referencia de sucesos que corresponden á la relacion de los de Castilla segun el plan que nos hemos propuesto. Diremos, empero, que la íntima union que se proyectaba, y de la cual tantos bienes hubieran resultado á los monarcas cristianos, no solo se deshizo, si que tambien cedió su puesto á grandes calamidades y terribles desastres.

Continuaba reinando en Navarra Sancho el mayor, *Cuatro-Manos*, y deseoso de romper las hostilidades contra el rey de Leon, por motivos cuya referencia no es de este lugar, halló la ocasion que deseaba, como siempre se encuentra lo que con decidido afan se busca.

Sobre la edificacion de la antigua Palencia comenzó el choque entre ambos soberanos. Pretendia Sancho verificarla, y oponíase Bermudo por creer que el territorio de Palencia le pertenecia; y el rey de Navarra, que otra cosa no deseaba con mayor ardor que entablar una lucha con Leon, no quiso desperdiciar la anhelada y propicia coyuntura. En verdad que no hay mas perjudicial azote

en la tierra que las desmesuradas é injustas pretensiones de un monarca ambicioso.

Aprovechando Sancho la ausencia de Bermudo III, que se hallaba ya en sus dominios de Galicia, en donde habia levantado la cabeza la sedicion, invadió los estados del monarca leonés; y atravesando despues el rio Cea, llegó hasta las llanuras de la córte.

El ejército de Bermudo estaba preparado á la defensa, y el mismo rey se dirigió apresurado á Leon reforzando su ejército con el que tenia en Galicia.

Preparadas las haces y prontos á la lucha ambos ejércitos, faltaban ya pocos momentos para que la sangre de leoneses y navarros enrojeciese la tierra, con gran placer de los enemigos del nombre cristiano.

Afortunadamente no comenzó la batalla: los prelados de ambos reinos se interpusieron, logrando con cristianas razones y con irrefutable lógica que los dos soberanos depusiesen la ira; que no fué pequeño milagro el convencer á un rey ambicioso, y tenaz, como viejo. Mas los obispos, con esa persuasiva fuerza que la verdad tiene cuando á su poder se agrega la elocuencia, haciendo notar á Bermudo y á Sancho que iban á servir indirectamente á los agarenos, detuvieron su furor, y los dos soberanos entablaron tratos de paz.

La agresion del navarro era á todas luces injusta, y Bermudo no habia hecho otra cosa que prepararse á defender su territorio, que veia sin razon ni pretexto atacado; mas sin embargo, como luchaba con la desapoderada ambicion de un rey fuerte y manifiestamente ambicioso, tuvo que sufrir una sensible pérdida en su reino, por evitar mayores males.

En los pactos de paz que se establecieron, quedó acordado el enlace del hijo segundo de Sancho de Navarra, llamado Fernando, con Sancha la hermana de Bermudo, la misma que debió casarse con el desgraciado García de Castilla. Es inútil decir que el de Navarra no se contentaria con obtener la mano de la princesa de Leon para su hijo, sin que llevase aquella un dote que dejase satisfechos, en parte siquiera, sus ambiciosos deseos.

Cuando injusta é inopinadamente invadió Sancho los dominios leoneses, como no encontró gente de armas preparada á la defensa, se posesionó de todo el terreno situado entre los rios Pisuerga y Cea; y este despojo fué sancionado por el rey de Leon, al firmar el pacto de paz, bajo el pretexto de quedar como dote de Sancha (año 1052).

Apenas habia trascurrido un año, cuando el inquieto Sancho el Mayor volvió á invadir el territorio de Leon, sin que Bermudo hubiese ofrecido razon, ni aun pretexto, para que el ambicioso na-

varro rompiese los pactos de paz tan solemnemente establecidos.

Tan repentina fué la acometida, y tal la fuerza de armas con que verificó la invasion, que apenas encontró resistencia; Bermudo se retiró á Galicia, y Sancho, despues de apoderarse de Astorga, se hizo señor de casi todo el reino, incluidas las Asturias, hasta las fronteras de Galicia.

El monarca navarro llevaba camino de no parar en esto si, por fortuna del rey de Leon, otra mano más poderosa que la de Sancho el de las *Cuatro* no hubiera decidido cortar de un solo golpe el ambicioso vuelo de aquel.

Dejó de latir el corazon de Sancho el Mayor, y solo con su muerte pudieron tener término sus ambiciosos proyectos. Lo que de su muerte se dice, y el testamento que hiciera, lo verá el lector al tratar del reino de Navarra.

Con el fallecimiento de este rey recobró inmediatamente Bermudo III cuanto había perdido, en cuya empresa le auxiliaron sus leales súbditos, de los cuales era muy amado por sus buenas prendas (1035).

Dió á entender el rey de Leon que, más animoso y esforzado de lo que fué el rey segundo de su nombre, no se refugió en Galicia sino cediendo á la necesidad, y por no estar preparado para resistir una invasion á todas luces injustificable, puesto que mediaba un tratado de paz afianzado con el enlace de la princesa su hermana y Fernando de Navarra, el cual mandaba en Castilla.

Despues de haber reparado Bermudo III las ciudades principales que le habían sido usurpadas, deseó recobrar tambien los dominios que por efecto de las imperiosas circunstancias y en virtud de las amonestaciones de los prelados había cedido al invasor, bajo el pretexto de quedar como dote de Sancha. No faltó por esto á lo pactado, puesto que el pacto había sido roto y en mil pedazos deshecho por su antiguo y difunto competidor, de cuya intrusion no quiso quedase memoria: á este fin expidió carta de privilegio para reedificar la ciudad é iglesia de Palencia, anulando con ella la que había dado años antes el rey de Navarra, intruso en Leon.

Estaba por desgracia de este buen rey echada la suerte, y Leon y Castilla habían de unirse inevitable aunque temporalmente por entonces, y todo había de conspirar á que la precitada union se verificase. La fortuna que comenzó á sonreir á Bermudo por la muerte de Sancho el Mayor, no fué duradera.

Mandaba en Castilla, como ya dijimos, Fernando de Navarra, esposo de Sancha y cuñado de Bermudo, el cual viendo que el rey de Leon invadia las nuevas fronteras de su reino, comprendió que su resistencia no podría cortar ni aun detener la impetuosa carrera de Bermudo, y pidió socorro á su hermano el rey de Navarra.

Este al momento pasó personalmente á Búrgos acaudillando un fuerte ejército; poco despues le reunió al de Castilla, y acto continuo ambos hermanos, Fernando y García, fueron al encuentro de Bermudo.

Avistáronse en el valle de Tamaron, ó Tamara, en las márgenes del Carrion, en donde sin perder un instante se dió comienzo á una sangrienta batalla muy costosa á cada uno de los tres ejércitos. Doloroso debia ser para los que tan afectos á su amada patria como agenos á toda idea de ambicion y de engrandecimiento propio, viesen el desastre de los nobles y esforzados hijos de España, que en tan alto grado debia regocijar á los sarracenos. Era tanto más inoportuna y perjudicial la lucha entre los monarcas cristianos, cuanto que en ninguna circunstancia debió ser la union de todos ellos más íntima y estrecha. El imperio de los omniadas, ú omniaditas, de Córdoba tocaba á su término, y sus guerras intestinas, los sangrientos efectos de la ambicion parecia que precipitaban su ruina; ¡y en tales momentos esgrimian los aceros unos contra otros los príncipes cristianos! Cuando todo su esfuerzo debia dirigirse á lograr la consumacion de la obra que los mismos musulmes para su propio daño habian comenzado y tan adelantada llevaban, descuidados de lo que en Córdoba sucedia, solo se curaban de la propia ambicion, ó de las rencillas y venganzas particulares, con notorio daño de la causa comun y de los pueblos que á su cuidado estaban encomendados.

Terrible fué la batalla dada en el valle de Tamaron, y de funestos efectos para los leoneses. Su esforzado rey, viendo que de ambas partes era igual el valor, iguales en un todo las pérdidas, picando el noble y brioso corcel, calada en ristre la lanza, y despues de haber desempeñado dignamente el cargo de general y la obligacion del más heróico soldado, se dirigió hácia donde se hallaba Fernando de Castilla, deseando decidir la accion con la muerte de su enemigo.

Juntos estaban Fernando y su hermano García de Navarra, quienes sin cejar un solo paso esperaron inmóviles, lanza en ristre tambien, á Bermudo: este, por desgracia, ciego como iba, se entró el mismo por las moharras de las lanzas de sus rivales, y cayó del caballo atravesado el cuerpo (1037).

Continuó indecisa la batalla en tanto se ignoró la muerte del rey, cuya desgracia fue vengada por los caballeros leoneses que de cerca seguian al monarca; empero divulgada muy en breve la funesta noticia, quedó bien pronto el campo por García y Fernando: la retirada de los leoneses se declaró al momento.

Tal fin tuvo el animoso y desgraciado Bermudo III, cuando apenas contaba veintiocho años. Murió prematuramente; pero con



gloria y de digna manera, aunque su muerte fué perjudicial para su reino, que estaba con sobrada razon orgulloso de que sus soberanos descendiesen por linea varonil de los primores restauradores de la veneranda monarquía. El malogrado Bermudo solo tuvo un hijo que falleció apenas viera la primera luz: por manera que terminó en el arrojado monarca de Leon la expresada linea varonil.

REYES DE CASTILLA Y DE LEON.

FERNANDO I y DOÑA SANCHÁ. No habiendo dejado hijo alguno Bermudo III, pasó la corona de Leon á las sienes de su hermana doña Sancha, esposa de Fernando de Castilla. Este, que en su concepto reunia el doble derecho de esposo de la sucesora de Bermudo y el de vencedor del último rey, se dirigió animoso y decidido contra la capital, con el objeto de apoderarse de ella.

Bien conocia Fernando que era mucho más fácil empresa el mandar en el reino de Leon que en el corazon de los leoneses; porque la memoria de Bermudo era demasiado grata para ellos, y difícilmente se les podria obligar á olvidarle en breves dias.

Los historiadores todos alaban á porfía y encomian cuanto es posible las altas prendas del malogrado rey de Leon. Dicen de él que en sus pocos años era virtuoso, y no tenia ni aun los vicios de que muy rara vez está exenta la juventud; llámanle el consuelo de los pobres; justo, benéfico; y dicese de él, por fin, que logró corregir en mucha parte la desmoralizacion y el desenfreno que habia cundido demasiado en los dominios de Leon. ¡Y solo contaba veintiocho años!

Era, sin embargo, Fernando I muy digno de reemplazar á Bermudo; mas no se le conocia, y era además odiado como causa eficiente de la ruina del reino, que por tal tenian la desaparicion de Bermudo y el que fuese reemplazado por un monarca para ellos extranjero, y que no pertenecia á la gloriosa estirpe de los inolvidables Alfonsos.

La primera determinacion de los altivos leoneses fué la de no recibir en la córte al vencedor de Tamaron; y decididos á llevar á cabo su propósito, cerraron las puertas de la ciudad. No esperó sin embargo, mucho tiempo Fernando, ni tuvo necesidad de apelar á medios extremos y violentos.

La reflexion obró en los acalorados ánimos de los leoneses, quienes girando en derredor la contristada vista y no encontrando á Bermudo otro sucesor que la esposa del soberano de Castilla, comprendiendo que la resistencia no podia ser larga, y que el definitivo resultado tenia forzosamente que ser favorable á Fernando, de-

terminaron abrir las puertas, prefiriendo admitirle complacido antes que airado.

Triunfal y ostentosa fué la entrada en Leon del nuevo monarca. Seguido de su valiente ejército, que sin cesar le aclamaba, penetró en la corte, en donde se hizo coronar despues de ungido, á 22 de Junio del año 1037. La solemne é imponente ceremonia se verificó en la catedral de Santa Maria, cuyo obispo, llamado Servando, ungió y coronó al nuevo monarca de Leon, que ya llevaba el título de rey de Castilla, como despues veremos.

No faltaron algunos leoneses que se decidieron en favor del nuevo rey; porque nunca han faltado ni jamás faltarán hombres que arrojen de su corazon al que descende, para dar en él cabida al que se eleva. Otros, por el contrario, mantenian viva é inextinguible la muy grata memoria del malogrado rey.

Politico al par que guerrero Fernando de Castilla, se propuso ganar á los que casi le aborrecian; y los primeros años de su reinado los dedicó exclusivamente á la grata conquista del amor de sus súbditos.

Ninguna diligencia omitió para lograrlo; bondadoso y recto, justiciero y compasivo, gobernaba de tan digna manera, que insensiblemente y paso á paso iba consumando la grande obra que se habia propuesto.

Uno de sus primeros cuidados se dirigió á emular al rey Alfonso V *el de los buenos Fueros*, confirmando estos; restaurando y reformando las leyes góticas; publicándolas nuevas, y haciendo todo cuanto suponía y sabia que habia de ser grato á sus nuevos súbditos, los cuales paulatinamente se fueron acostumbrando á la dominacion de tan buen rey, y comenzaron á comprender que merecia ser querido el que tanto se desvelaba por la felicidad de aquel hermoso y antiguo reino.

Hubo, no obstante, genios discolos que se manifestaron en una abierta sedicion, entre los cuales se señalaba á un conde llamado Lain Fernandez; empero el rey de suave y blanda mano para gobernar á los buenos, demostró tenerla fuerte y vigorosa para domoñar á los sediciosos, en virtud de lo cual los planes de los malévolos quedaron frustrados y muertos en su nacimiento.

En esto ocupó Fernando los primeros años de su reinado, sin que de él pueda decirse con verdad que sostuvo guerra contra los agarenos, como algunos refieren. Los sectarios de Mahoma tenian bastante en que entender dentro de sus mismos dominios, como despues manifestaremos, y al rey de Leon le era harto más conveniente y necesario afianzar su poder, que provocar á quien no le provocaba.

Deseoso de poner un dique á la desmoralización, enfrenada en

parte en tiempo de Bermudo III, y deseando atender á las imperiosas necesidades de la Iglesia, mandó convocar un concilio, que se reunió en Valencia de Don Juan, llamada entonces Coyanza (1050). Fué presidido por Fernando I y por doña Sancha su esposa, y á él asistieron todos los prelados y señores del reino.

Hé aquí en resúmen los principales cánones ó decretos, de trece que fueron acordados en el expresado concilio:

«Que estén los clerigos sujetos á la jurisdiccion de los obispos, y no á la de los seglares.

»Que los eclesiásticos traigan afeitada la barba y abierta la corona.

»Que no hagan uso de armas.

»Prohibese viajar en los dias de fiesta, excepto en los casos de hacer alguna romería; por el servicio del rey; para ejecutar alguna obra de piedad, ó para hacer guerra á los infieles.

»Que los cristianos no puedan vivir ni comer con los judíos.

»Que los condes ó merinos gobiernen con justicia, sin oprimir á los pobres.

»Que los testigos falsos sean castigados con arreglo al Fuero-Juzgo.

»Que se juzgue en Leon, Galicia, Asturias y Portugal por las leyes del rey don Alfonso, y en Castilla por las del conde don Sancho.

»Que el que cultive tierras ó viñedos que estén en pleito ó litigio, pueda recoger los frutos; pero si fuere condenado deberá restituirlos al legitimo dueño.

»Se confirma lo prevenido en las leyes góticas respecto del sagrado de las iglesias y en favor de los que en ella se refugian, mandando que no puedan ser extraidos de los templos los delincuentes ni se les pueda hacer daño.

»Mándase que los súbditos todos sirvan, obedezcan y sean fieles á su rey, so pena de ser excomulgados.»

Tales son las principales decisiones del concilio de Coyanza, el cual terminó confirmando solemnemente el rey Fernando I los fueros á sus súbditos de Castilla y de Leon (1050).

REINO DE CASTILLA.

AÑO 1000 Á 1037.

Antes de comenzar la relacion de los sucesos ocurridos en Castilla, debemos ocuparnos de un sangriento episodio histórico. Tratamos de la lúgubre historia de *los siete infantes de Lara*, novela segun unos, y hecho positivo segun otros.

De ella debimos hablar antes de terminar el siglo X, al tratar de los sucesos ocurridos en el año 986 ó 987; empero como debíamos detenernos más de lo conveniente, con notable perjuicio del interés de la narracion histórica, hemos preferido colocar este trágico suceso, por decirlo así, aislado; esto es, despues de terminar el siglo X y antes de dar comienzo al XI.

Hoy parece fuera de toda duda y evidentemente probada la certeza de la sangrienta historia de los siete infantes de Lara, á pesar de Sabau y de otros respetables y eruditos historiadores. Podrán haber inventado ó añadido el novelista y el poeta una ú otra aventura, con el objeto de aumentar el interés que desde luego excita el trágico fin de los siete nobles y animosos jóvenes; mas este parece indudable, como vamos á ver ahora.

Dícese que en ocasion de celebrarse en Búrgos con desusada pompa y suntuoso aparato las nupcias del célebre castellano señor de Villaren, llamado Ruy Velazquez, con doña Lambra, señora de una principal parte de la Bureba y emparentada con los condes de Castilla, asistieron al magnífico festin los siete hijos de Gonzalo Gustios y de Sancha Velazquez, hermana del señor de Villaren. Eran los valientes jóvenes sobrinos carnales del desposado, y nietos de Gustios Gonzalez, hermano de Nuño Rasura, juez de Castilla.

Estando en el festin ocurrió un disgusto, que no está especificado, entre el menor de los siete hermanos y un pariente de la desposada, llamado Alvar Sanchez; y doña Lambra mandó á uno de sus sirvientes que, en venganza, arrojase al rostro del jóven un cohombro teñido en sangre; ultraje que en aquella época, al decir de los antiguos escritos, excedia á toda exageracion.

Furioso el insultado jóven, que en aquel mismo dia habia sido armado caballero por el conde don García en union con sus seis hermanos, tiró del tajante acero para vengar la terrible afrenta, más insufrible aun por haberla recibido de un criado. Este, viendo el inminente riesgo en que la obediencia á su señora le habia puesto, tomó á esta por escudo; mas el insultado y mal sufrido jóven mató al sirviente, en el mismo regazo de doña Lambra.

Tan trágico desenlace turbó como era consiguiente la alegría de la nupcial fiesta; y la orgullosa señora, altiva y dominante, pidió venganza á su esposo, y este prometió vengarla.

El infame Ruy Velazquez, á pesar de que Gonzalo era su cuñado y los siete jóvenes hijos de su hermana, juró la destruccion de todos ellos; y para comenzar su inicua obra, envió á Córdoba á su cuñado Gonzalo con una carta para el califa (valiéndose del pretexto de la realizacion de cierta suma de dinero que debía recibir), en la cual le encargaba que tan pronto como se le presentase Gonzalo Gustios, le mandase quitar la vida.

Más humano el califa que el alevé Ruy Velazquez, tuvo compasión del vendido caballero y no le hizo asesinar; mas como desease servir al castellano, mandó recluir á aquel en una prision. No debia ser, empero, muy estrecha, cuando pudo el inocente prisionero recibir las reiteradas visitas de la hermana del califa; y como el amor templá generalmente todos los humanos dolores, la amistad de la princesa y el prisionero se hizo tan demasiado íntima, que de ella resultó el nacimiento de un niño que tuvo por nombre Mudarra, y que fué conocido despues por Mudarra Gonzalez.

En tanto Ruy Velazquez, á quien doña Lambra instaba diariamente para que consumase la horrible venganza, se puso en combinacion con los moros fronterizos, y armando una celada hábilmente dispuesta, hizo caer en ella á los siete infantes, los cuales sucumbieron al fin, despues de haber muerto con sus bien templados aceros gran número de sus enemigos.

Este desgraciado suceso tuvo lugar en el último tercio del siglo X (del año 986 al 987), en los campos de Araviana, al pié del Moncayo: con los siete infantes pereció tambien su ayo, que les acompañaba, llamado Nuño Salido, ó Sabido.

Llevó á tan repugnante extremo su sevicia el feroz Ruy Velazquez, que hizo conducir á Córdoba las cabezas de sus siete sobrinos, para que sirviesen de funesto presente al desventurado Gonzalo Gustios, de cuya pena tanto se compadeció el soberano de Córdoba, que le mandó poner en libertad para que pudiese volver á Castilla.

Nada más se dice del infortunado padre; pero sí de su hijo bastardo, Mudarra Gonzalez, de quien se cuenta que en los primeros años de su juventud, movido de su propio deseo y apremiado por su madre, se dirigió á Castilla, mató á Ruy Velazquez, y auxiliado por parientes y amigos de la familia de Gustios, hizo que doña Lambra muriese apedreada, y que fuese quemado su cadáver.

Mudarra Gonzalez recibió el bautismo, y en recompensa de su valor y celo en vengar el inolvidable agravio inferido á su familia, fué armado caballero en el mismo día por el conde de Castilla y prohijado por doña Sancha su madrastra, que le nombró heredero del señorío de su padre. Mudarra fué el fundador del esclarecido linaje de los Manriques de Lara.

Hasta aquí la historia, que por muchos está reputada como fábula. Sin embargo, no es posible dudar de la existencia de los siete infantes, ni de su desastroso é innecesario fin.

La conocida poblacion que lleva el nombre de *Salas de los Infantes*, se denominó así por haber hecho construir en ella Gonzalo Gustios un palacio para sus siete hijos, dividido en siete grandes salas; y en contra de los que niegan el hecho de que nos veni-

mos ocupando, se presenta, como refulgente antorcha que disipa las tinieblas de la más cerrada noche, el *Moro Expósito*, que tenemos á la vista, fruto de la elocuente y delicada pluma del ilustrado señor duque de Rivas.

En esta bella obra se ve que existe en el archivo del duque de Frias, que hoy posee los estados de Salas, el siguiente importante documento, que á la letra dice así:

«En 12 de Diciembre de 1579 se hizo una informacion de oficio por el gobernador de la villa de Salas, con asistencia de los señores D. Pedro de Tovar y doña María Recalde su mujer, marqueses de Berlanga, ante Miguel Redondo, escribano de número de ella, de la cual resulta, que pues allí habia en la iglesia mayor de Santa María, en la pared de la capilla del lado del Evangelio, las cabezas de los siete infantes de la Hoz de Lara, y la de Gustios su padre, y la de Mudarra, su hijo bastardo, que por haber tantos años que estaban allí y ser los letreros antiquísimos dudaban algunas personas si era verdad, mandase abrir las pinturas de ellas y armas con que estaba cubierta dicha pared, para saber lo que habia dentro y enterarse de la verdad. Y dicho gobernador, poniéndolo en ejecucion, mandó á un oficial que quitase una tabla pintada, que estaba inclusa en la dicha pared, la cual tiene *siete cabezas* de pintura antigua, al parecer de más de cien años, y encima de ellas hay siete letreros cuyos nombres dicen: *Diego Gonzalez, Martín Gonzalez, Suero Gonzalez, D. Fernan Gonzalez, Ruy Gonzalez, Gustios Gonzalez, Gonzalo Gonzalez*. Y al cabo de ellas, un poco más abajo, está otra cabeza, que dice el letrado que está sobre ella, *Nuño Salido*. Y de la otra parte de arriba de las cabezas está un castillo dorado, y encima pintados dos cuerpos de hombres de la cinta arriba: el letrado del uno dice: *Gonzalo Gustios*, y el del otro, *Mudarra Gonzalez*, los cuales tienen cada uno en la mano medio anillo y le estan juntando. Y quitada la dicha tabla, pareció en la pared otra pintura muy antiquísima, con los mismos nombres que la primera, excepto que el nombre de la cabeza que está de la parte de abajo en la primera tabla dice: *Nuño Salido*, y en el más antiguo: *Nuño Sabido*; y visto que dichas pinturas estaban sobre piedra, y que no habia ningun oficial de cantería que rompiese la pared, suspendieron la diligencia. En el dia 16 de dicho mes y año de 1579, mandó el propio gobernador á Pedro Soler, cantero, que tentase la dicha pared para saber si estaba hueca; y dando golpes con un martillo donde estaban las armas (que es un castillo dorado), sonó hueco. Y quitando la pintura que estaba sobre la dicha piedra, se halló otra piedra, de cerca de media vara de largo y una terecia de alto, que se meneaba y estaba floja. Y dicho cantero, presentes muchos vecinos de la villa, la quitó, y den-

tro habia un hueco grande á manera de capilla, en la cual estaba un arca, clavada la cubierta con dos clavos. Y sacada, la pusieron junto á las gradas del altar, donde se desclavó, y pareció dentro de ella un lienzo muy delgado y sano, sin ninguna rotura, en el cual estaban envueltas las dichas cabezas, algo deshechas, desmolidas y descoyuntadas del largo tiempo, aunque las quijadas y cascos están de manera que claramente se conoció ser cabezas antiguas, que estaban en la dicha arca. Y vistas por mucha parte de los vecinos de aquella villa y otros, el dicho gobernador mandó al oficial tornase á clavar el arca, y ól lo verificó con cinco ó seis clavos en la cubierta, dejando dentro las dichas cabezas, y volviendo á poner el arca en la capilla y lugar donde antes estaba.» (*Moro Expósito*, nota 3.^a á la pág. 188, tomo II.)

El precedente documento disipa toda duda, y no solo corrobora la existencia de los siete desventurados infantes de Lara, si que tambien denota de evidente manera el desgraciado fin que tuvieron, puesto que están enterradas únicamente las cabezas sin el tronco, del mismo modo que demuestra la tabla pintada. Por manera que el trágico suceso es innegable; los siete nobles y bizarros jóvenes fueron bárbara é inhumanamente sacrificados, y solo pueden ponerse en duda ciertos accesorios que han sido tal vez inventados para dar más lúgubre é interesante realce á tan triste historia; terminada la cual, pasaremos á ocuparnos de la de Castilla correspondiente á la primera mitad del siglo XI.

Al comenzar este, era conde de Castilla Sancho Garcés ó García, hijo de García Fernandez, y tio materno de Alfonso V de Leon.

En el año 1001 nada ocurrió de notable, hasta que en el siguiente, á consecuencia de los imponentes preparativos que Almanzor hacia y que anunciaban la resolucion de dar un golpe decisivo, comenzó Sancho á comprender que la amenazadora tormenta que se estaba formando en Córdoba, podia muy fácilmente estallar en Castilla.

De todas partes acudian las banderas musulmicas; y como si no bastasen las huestes agarenas que en la península habia, del Africa tambien desembarcaban numerosos cuerpos de tropas auxiliares, á fin de formar un fuertísimo ejército.

Entonces fué cuando Sancho, lejos de temer, se preparó á la resistencia; puso por obra lo que debió realizar en tiempos anteriores Bermudo II; el mismo Almanzor era entonces que antes, y si se quiere, más temible, porque llevaba obtenidas muchas más victorias. No obstante, Sancho era esforzado, y el peligro le enardecia y las dificultades le animaban.

Comprendiendo, empero, que las fuerzas de Castilla aisladas y sin auxilio no eran suficientes para atajar el impetuoso arrojó de

Almanzor, invitó al conde Menendo, tutor de Alfonso V, y á Sancho Garcés el Mayor (*Cuatro-manos*), rey de Navarra, á fin de que unidas las fuerzas pudieran arrojarse á la lucha con esperanza de suceso. Esta alianza dió por resultado la célebre batalla de Calatañazor; el destrozo de la flor del ejército sarraceno; la muerte de algunos buenos caudillos agarenos, y sobre todo, la del terrible é infatigable Almanzor. El lector conoce ya los detalles de aquel memorable y glorioso hecho de armas, pues que están consignados en la historia del reino de Leon (1002).

Abdelmelik, hijo y sucesor del difunto caudillo agareno, quiso seguir las huellas de su padre; pero estaba muy distante de parecerse á él, aunque era valiente y entendido. Sin embargo, dos hombres del temple y circunstancias de Almanzor, rara vez existen en un mismo siglo. Así es que las expediciones que Abdelmelik realizó en los años subsiguientes, han sido calificadas de inútiles casi, y miradas como escasas de gloria é infecundas en resultados. Esto quizá movería su ánimo para establecer un tratado de paz, que terminó en el año 1007; y en el momento hizo el hijo de Almanzor una nueva incursión en Castilla, que dió por fruto la destruccion de Osma, Avila y Gormaz ó de sus fortificaciones.

Con este suceso terminaron las campañas de Abdelmelik, á quien faltó la vida en lo más florido de su juventud, como en su lugar veremos; y su muerte abrió ancho campo á las ambiciones de algunos, dando por funesto resultado no poca sangre agarena derramada.

Entre los pretendientes rivales que se disputaban en Córdoba el poder, había un eslavo, llamado Wahda, que no creyéndose con fuerzas suficientes para vencer á sus contrarios, pidió auxilio al conde de Castilla; tal era la importancia que iban adquiriendo los estados cristianos.

Dícese, y por cierto que lo consignan autores muy dignos de consideracion y de respeto y no hacen sino repetir lo que han dicho respetables escritores antiguos, que Suleiman, contrario de Wahda, se había dirigido á Sancho con antelacion á este.

El conde, viéndose solicitado por ambas partes, determinó, de una manera que le honra muy poco, sacar partido de aquella favorable circunstancia. Para lograrlo contestó sin el menor rebozo á Wahda que Suleiman le ofrecia seis fortalezas; pero que si él le daba igual número, por lo menos, sería el preferido.

El eslavo, que necesitaba del poderoso brazo del esforzado conde y de las bizarras huestes que acaudillaba, no vaciló en aceptar la proposicion; y Sancho se declaró auxiliar de Wahda que hizo mejor postura, así puede en efecto decirse, que Suleiman.

Fué de tanto peso para el éxito de la campaña la decision del

conde de Castilla, que no tardó Wahda mucho tiempo en tomar á Toledo, auxiliado por Sancho.

Poco despues Obeidallah, wali de Toledo y aliado de Suleiman, fué derrotado por los castellanos y agarenos junto á Maqueda, experimentando la desgracia de caer prisionero con varios de los primeros jefes de su ejército (1015).

Aun cuando no es posible negar al conde Sancho el animoso corazon y notable esfuerzo que tuvo, ni menos olvidar que á él más que á otro se debió la memorable y gloriosa victoria de Calatañazor, duélenos verle convertido en auxiliar de los sarracenos; y estimáramos poder encontrar en él la disculpa loable de haber obrado así para fomentar la desunion y discordia de los enemigos, y contribuir de este directo modo á precipitar su total ruina. Por desgracia, la interesada manera con que se decidió por Wahda aleja de la imaginacion la precitada idea, así como puede creerse que no vacilaria en favorecer á aquel de quien mayor lucro pudiera reportar; porque parece innegable que años antes (1009) favoreció á Suleiman, contrario de Wahda, dando grande renombre á las armas de Castilla. Quizá los hechos anteriores decidirian al eslavo á buscar el auxilio de Sancho, aunque le costase hacer más concesiones que las hechas por su rival; porque consta que aceptadas por el conde las fortalezas de que le hacia cesion Suleiman, salió aquel de Castilla con sus temidas huestes en direccion de Córdoba, y junto á Gebal-Quintos se dió una terrible batalla, que fué tan horrible y sangrienta, que sobre el campo quedaron cerca de *veinte mil* sarracenos de los contrarios de Suleiman, y casi todos perecieron á los filos de las buidas lanzas castellanas. Con este ejemplo no es extraño que Wahda solicitase el auxilio de Sancho, sin reparar en las condiciones que este presentase.

Conócese desde luego que el principal móvil que á Sancho impulsaba, era el natural deseo de acrecentar sus dominios. Con la punta de la espada habia sabido extenderlos, reconquistar mucha parte de las ciudades perdidas en tiempo de Almanzor, y obtener otras por efecto de sus alternativas en proteger, ya á Suleiman, ya á Wahda.

Fuera de este último lunar, tuvo Sancho merecido renombre de recto, bueno, justiciero y generoso. De él se asegura que otorgó con larga mano notables exenciones, derechos y privilegios á los pobladores de las ciudades de las fronteras, que se han conservado con el nombre de fueros.

Tambien con fundamento se dice de este conde de Castilla que se anticipó á Alfonso V de Leon en dar á sus súbditos los precitados fueros, tan notables, útiles y gratos á los castellanos, que obtuvo el expresado soberano el renombre de *Sancho el de los buenos Fueros*.

Es, entre otros, muy notable el que se pueda ver en la *Colección de Fueros y Cartas-pueblas*, por el que concede la exención de tributos, y el percibir sueldo, estipendio ó haber, por hacer la guerra. Hé aquí las palabras textuales: «Heredado é enseñoreado el nuestro señor conde D. Sancho del condado de Castiella.... fizo por ley é fuero que de todo home que quisiese partir con él á la guerra á vengar la muerte de su padre en pelea, que á todos facia libres, que no pechasen el feudo ó tributo que fasta allí pagaban, é que non fuesen de allí adelante á la guerra sin soldada.»

Cerca de siete años antes que Alfonso V, murió Sancho Garcés (1021), muy llorado de sus súbditos por quienes tanto hizo, y de sus dominios todos, á los que tanta gloria dió. Este es aquel Sancho García á quien se atribuye el haber hecho beber á su madre la copa de veneno para él mismo preparada, á consecuencia de estar esta señora, llamada doña Aba, enamorada de un noble agareno; fábula de que no nos hemos ocupado, por estar rechazada y negada de irrefragable manera por los autores de mejor criterio y mayor erudición.

Dejó Sancho un hijo, llamado García, nacido en 1009, y que por consecuencia apenas contaba trece años de edad. Sucedió, sin embargo, á su padre en el condado, con el nombre de García II.

Algunos años despues de la muerte de Sancho, reuniéronse mil halagüeñas esperanzas, que hacian predecir un porvenir extremadamente lisonjero para las armas cristianas. Bermudo III contrajo matrimonio con Jimena Teresa, hermana de García II. Este estipuló su enlace con Sancha, hermana del rey de Leon; y Sancho, rey de Navarra, estaba casado con doña Mayor, hermana del conde de Castilla, que lo era de edad como de nombre respecto de sus demás hermanos. Por manera que tan estrechos lazos eran de muy feliz augurio para las armas y dominios cristianos.

En esta ocasion (1028) fué cuando los condes de Búrgos, por un resto de respeto al venerando reino de Leon de quien Castilla habia dependido, de quien procedia, y que era por otra parte un respetable é imponente vecino, al pedir por esposa para el conde García II á la jóven hermana de Bermudo, solicitaron tambien la aquiescencia del rey leonés á fin de que pudiese García trocar el título de conde por el de rey.

Ya hemos dicho al tratar del reino de Leon, que Bermudo III acogió benévolamente ambas peticiones; mas por desgracia, quebraron por su base todos los proyectos de union, y el rosado porvenir que á la vista se presentaba se trocó impensada y repentinamente en una triste y dolorosa realidad.

Vamos á referir uno de esos crímenes horrendos é injustificables, cuya realizacion dificilmente pueden concebirla los hombres hon-

rados; y decimos injustificable, porque aun cuando no es posible que un crimen tenga justificación, puede al menos ser disculpable si es hijo de un primer movimiento originado por una grave ofensa recibida. En el que destruyó todos los buenos proyectos de los soberanos de Leon y de Castilla, no se encuentra atenuación ninguna; cuanto más sobre él se medita, más resalta la infamia que en sí encierra, y más se comprueba también que para el que es criminal de corazón no existe correctivo alguno, ni se le puede poner á raya no incapacitándole para obrar el mal. Al malvado la impunidad le alienta, y los beneficios que se le dispensan se convierten en otras tantas armas que emplea, más pronto ó más tarde, en contra de su bienhechor.

Hallábanse en Leon los hijos del traidor conde D. Vela, de muy funesta memoria, desde que fueron amparados y protegidos por Alfonso V en el año 1017, cuando los expulsó de Castilla el conde D. Sancho á consecuencia del carácter turbulento y sedicioso que tenían.

Esta raza de traidores, que habia favorecido á los agarenos contra su ley y su patria, hasta el punto de servirlos de prácticos y fidelísimos itinerarios como perfectos concedores del país, ó porque no sacaron de los sarracenos el partido que se habian propuesto, ó porque vieron que los asuntos de los musulimes no caminaban tan en bonanza como esperaban, fingiendo sincero arrepentimiento, se acogieron á Castilla su patria. El conde D. Sancho los admitió, y tuvo no mucho despues que expulsarlos ignominiosamente; y como aquel habia acogido á los criminales que huían ó eran expulsados de Leon, Alfonso V admitió á los Velas en su reino, concediéndolos varias posesiones para su decorosa manutención en los valles contiguos á Leon y Asturias.

Muy distante estaba el monarca leonés, al tomar esta pobre venganza del conde de Castilla, de imaginar cuán cara habia de costar á los dos reinos la infundada y mal entendida protección que dispensaba á aquellos traidores, tan prácticos en la maldad y tan avezados á las iniquidades.

Eran tres, y llamábanse Bermudo, Nepociano y Rodrigo; y aun cuando por el pronto permanecieron tranquilos y pacíficos, dando lugar á creer que habian cambiado de conducta, sobradamente manifestaron que su quietud era la del tigre traidor, que se finge dormido hasta el momento en que tiene la seguridad de no saltar en vano sobre la inocente y descuidada presa.

Una terrible fatalidad hizo que Bermudo III, despues de haber recibido y agasajado á los mensajeros de los condes de Búrgos, partiese á Oviedo; asegúrase que tenia hecho voto de visitar la iglesia de la expresada ciudad, y no queriendo diferir por más tiempo el

cumplimiento, abandonó á Leon, dejando en la córte á su esposa y á Sancha su hermana.

En tanto los condes de Búrgos, altamente satisfechos y complacidos del éxito de su mensaje, aconsejaron á García II pasase á Oviedo, á fin de que avistándose con Bermudo quedasen estipulados los contratos, y se diese la última mano al bien trazado proyecto.

Convencido García de la bondad de este consejo, se dirigió á Leon de paso para la capital de Asturias, y se detuvo, como era natural y preciso, á visitar á la reina y á su prometida esposa.

Llegó á la córte de Bermudo, acompañado de los primeros nobles de la suya, y los tres precitados traidores vieron llegada la ocasion de consumir su mal llamada venganza. Mas ¿de qué trataban de vengarse? Si el conde D. Sancho los expulsó de Castilla, fué en justo y muy leve castigo de sus maldades, y con harto poco se contentó; y ¿qué mal les habia hecho el bondadoso é inocente García?

Los villanos condes, cuya ambiciosa y envidiosa familia venia siempre caminando de traicion en traicion y de maldad en maldad desde los tiempos de Fernan Gonzalez, comprendieron que la ausencia del rey podia favorecer á la ejecucion de su horrible proyecto; y reuniendo sus parciales, que por desgracia jamás dejan de tenerlos los malvados, porque los de su infame ralea solo con ellos pueden avenirse y concertarse, abandonaron los dominios que el imprevisor Alfonso les concediera, y se dirigieron á Leon apresuradamente, tan pronto como supieron que García II habia salido de Búrgos. Imprevisor fué, en efecto, el padre de Bermudo, aunque tan buen monarca; porque á tan consumados criminales, lejos de dispensarles proteccion, debiera haberlos puesto á buen recaudo.

Rayaba el alba cuando los sediciosos asesinos por sorpresa penetraron tumultuosamente en Leon, al tiempo mismo en que el infortunado García llegaba á la iglesia de San Juan Bautista. En la misma puerta del sagrado recinto le asaltaron, desprevenido y muy ageno de que tan inaudita maldad se proyectase; y para que el crimen fuese más repugnante, incalificable y atroz, el primero que asestó el mortal golpe al inocente y jóven soberano de Castilla fué el conde Rodrigo, que, en una de las veces en que se manifestara leal, habia sido padrino de bautismo de su victima.

La noble sangre de este enrojeció los umbrales del venerando templo, y sobre sus gradas rodó la cabeza del último vástago de la familia de Fernan Gonzalez (13 de Mayo del año 1029).

Aunque sorprendidos por tan imprévisto é inmotivado ataque los caballeros leoneses y castellanos, sacaron los aceros en defensa del

conde de Castilla; empero no pudieron salvarle, y algunos cadáveres quedaron tendidos en las puertas del templo de San Juan.

El horrorizado é irritado pueblo quiso vengar tan inaudita infamia, y amotinado contra los traidores asesinos cargó sobre ellos con tan terrible furor, que aquellos tuvieron que ponerse en fuga; mas los tres condes villanos lograron salir ilesos, aunque se vieron obligados á encerrarse en el castillo de Monzon. El condigno castigo á tan nefando crimen, estaba reservado á Sancho el Mayor, como veremos al tratar del reino de Navarra.

Dícese que la princesa Sancha dispuso que enterrasen á su prometido en el mismo templo á cuya puerta fué vilmente asesinado, junto al sepulcro de Alfonso V, padre de la desconsolada señora, que derramó muchas y muy sinceras lágrimas sobre el cadáver del bello y noble jóven que debió ser su esposo.

Tan fatal desgracia dejó á Castilla sin soberano, y de este no quedó sucesor directo: extinguida la línea masculina de Fernán Gonzalez, primer conde independiente de Castilla, el derecho era de la esposa de Sancho de Navarra, hermana mayor del malogrado García, así como lo era menor la esposa del rey de Leon.

Sancho el Mayor, cuyo carácter era naturalmente ambicioso, no podia dejar que la ocasion pasase en vano, cuando sin ser tachado de serlo, podia manifestar que obraba sin hacer otra cosa que el uso natural y justo de un legítimo derecho. Mas los ulteriores sucesos, como quiera que pertenecen á la vida pública del monarca navarro, creemos deber colocarlos en la historia de este reino.

En este supuesto debemos, pues, limitarnos á decir que Sancho el Mayor, sin dar tiempo á que Bermudo pudiese demostrar si tenia ó no la intencion de apoderarse de Castilla, pasó á esta seguido de un numeroso ejército, y se posesionó de ella en breve tiempo.

En seguida demostró más claramente su desmedida ambicion, puesto que sin sombra de derecho, segun en su lugar habrá visto el lector, determinó invadir el territorio leonés; y buscando un motivo para romper las hostilidades contra Bermudo, se valió de la reedificacion de Palencia, sabiendo que el jóven monarca de Leon habia de oponerse, por existir en sus dominios el territorio que ocupaba la derruida ciudad.

Sabido es ya que á consecuencia del rompimiento entre ambos soberanos, ocupó Sancho todo el terreno comprendido entre los rios Cea y Pisuerga; y tampoco se ignora que á los prelados que de ambos reinos se hallaban presentes, se debió el quedar paralizada una batalla que amenazaba ser desastrosa y sangrienta.

A instancias de los mismos respetables mediadores se entablaron tratos de paz, en virtud de los cuales se acordó el casamiento de Fernando de Navarra, hijo segundo de Sancho, con la princesa

Sancha de Leon, hermana de Bermudo, y esposa prometida que fue del desgraciado último conde de Castilla; se determinó que Fernando quedara de soberano de los dominios castellanos con el título de rey, y que su esposa llevara en dote las tierras que Sancho había invadido, entre el Cea y el Pisuerga. Por manera que todas las ventajas quedaron de parte del navarro, aunque solo tenía derecho á la posesion del condado de Castilla, ya erigido en reino, en virtud de las estipulaciones acordadas en Leon (1032).

Por efecto de las mismas tomó posesion del precitado reino de Castilla Fernando I; y aunque debia creerse, con sobrado fundamento, que despues de la expresada solucion la paz estaba afirmada y sólidamente establecida, la ambicion de Sancho no había quedado satisfecha, y no tardó mucho en invadir el reino de Leon, como en su lugar hemos manifestado.

La muerte puso fin á todos sus proyectos: por su testamento quedó confirmado su hijo Fernando en el trono de Castilla, y poseedor del territorio que había llevado en dote Sancha su esposa, el cual había pertenecido á Leon.

Despues de la muerte de Sancho el Mayor, nada ocurrió de notable en Castilla hasta que Bermudo III, libre ya del ambicioso aunque esforzado y hábil rey de Navarra, quiso recuperar lo que este le había usurpado; y despues de haber comenzado á poner por obra su propósito no sin fortuna, porque en breve tiempo recuperó el territorio situado al Oeste del rio Cea, vino á perecer en el valle de Tamarón, atravesado en la aguzada lanza de Fernando I, su contrario (1037).

Como tambien, lo mismo que en Castilla por la alevosa muerte dada á García II, se extinguió la línea masculina de los reyes de Leon, Fernando I, apoyado en el derecho de su esposa y en el triunfo de sus armas, tomó posesion de ambas coronas, de Castilla y de Leon, segun en su lugar hemos manifestado.

En los años que median desde el 1037 en el que quedaron unidas, hasta el 1050 en que termina el espacio de tiempo de que nos venimos ocupando, nada podemos ni debemos añadir á lo ya referido, puesto que hemos consignado todos los sucesos ocurridos en los dos reinos desde que formaron uno solo, aunque para volver á dividirse por última vez.

REINO DE NAVARRA.

AÑO 1000 Á 1050.

Al comenzar el undécimo siglo, reinaba en Navarra Sancho II, el Mayor, llamado *Cuatro-manos*. Hábil y valeroso; infatigable y pre-

visor, al mismo tiempo que sabia tener á raya á los agarenos de los territorios limitrofes, ni un solo instante dejaba de pensar en el engrandecimiento de su reino y en la extension de sus dominios. Le faltaba ocasion para realizar sus proyectos; no, empero, el necesario talento para conocerla si se le presentaba, ni la hábil inteligencia para aprovecharla en todas sus consecuencias.

Dicese que era Sancho llamado rey de los Pirineos y de Tolosa, porque sus dominios se extendian hasta aquella parte de la Galia, llamada en otro tiempo la *Segunda Aquitania*.

En el año 1002 fue invitado Sancho de Navarra por su suegro Sancho de Castilla, para que juntando las fuerzas militares de ambos estados con las del reino de Leon, saliesen aliados los tres soberanos á enfrenar la osadía de la gente agarena, que tantos triunfos llevaba ya obtenidos bajo la conducta del intrépido y hábil Almanzor.

Ya sabe el lector que esta alianza dió por resultado el gloriosísimo y memorable triunfo de Calatañazor; y réstanos solamente añadir que durante la batalla, Sancho II, *Cuatro-manos*, se manifestó muy digno del renombre que le habian dado su esfuerzo, su intrepidez y su fortaleza.

No fué, por desgracia, duradera la union de los tres soberanos, y por consecuencia la gran victoria de Calatañazor no dió todos los grandes resultados que de ella pudieran y debieran esperarse. Fué sí de grande importancia, porque quitó á los musulmes un caudillo que difícilmente podia tener reemplazo; porque la flor del ejército agareno quedó destrozada; muchos de sus principales jefes siguieron la desgraciada suerte del bizarro Almanzor; y porque, en fin, preparó la disolucion del formidable imperio musulmico; pero esta última y principal consecuencia de la batalla de Calatañazor no se debió, seguramente, á los esfuerzos de los príncipes cristianos, quienes lejos de haber continuado la grande obra acosando á los derrotados, comenzaron á ocuparse de particulares rencillas y de propias ambiciones, descuidando el bien general: se debió únicamente á la muerte del hábil y esforzado Almanzor, la cual dió ancho campo á las ambiciosas pretensiones de algunos, que la vida de este eminente caudillo tenia enfrenadas y á raya.

Tambien Sancho el Mayor se ocupó como el rey de Leon y el conde de Castilla del bien de sus pueblos, á los cuales dió privilegios y exenciones. A él debió Navarra el celebrado fuero de Nájera. En esta loable ocupacion, en hacer respetar sus dominios, y en calcular los medios de ensancharlos, debió ocupar algunos años, puesto que desde la memorable batalla antes citada, nada notable puede referirse, hasta despues de haber ocurrido la desgraciada muerte de Garcia II (1029).

Tan pronto como Sancho el Mayor supo que estaba vacante la corona condal de Castilla, apoyándose en el derecho de su esposa, encontró la ocasion que anhelosamente buscaba, mediante la cual podia dar rienda suelta á su ambicion, sin ser tachado de ambicioso.

No la desaprovechó; y al presentarse en Castilla con numeroso ejército y posesionarse sin dificultad del condado, dió clara muestra de afecto al asesinado conde, vengando la villana muerte que le dieran los Velas.

Estos, que conocian bien el carácter de Sancho II, comprendieron hasta qué punto era crítica su situacion cuando le vieron apoderado de Castilla; porque ni un momento dudaron que la villana muerte del inocente Garcia iba á ser de terrible y memorable manera vengada.

Hallábanse los traidores asesinos muy cerca de Palencia, en la fortaleza de Monzon; y cuando estaban vacilantes acerca de la resolucion que debian tomar, sin tener tiempo para decidir, se encontraron sitiados por Sancho de Navarra. En tan apurado trance no quedaba á los cercados más recurso, aunque inútil, que la resistencia; porque aunque se entregasen, no podian esperar que hallarian piedad en el severo rey de Navarra. Por manera que solo resistiendo alargarian el plazo fatal; esto es, prolongarian la penosaagonia.

La resistencia tampoco podia ser larga cuando estaban sitiados por un guerrero tal como Sancho el Mayor: así es que indignado por aquella, asaltó la fortaleza, se posesionó de ella y pasó á cuchillo á cuantos la defendian, excepto á los tres infames condes, á quienes hizo quemar vivos. Terrible y horroroso castigo, si bien el erimen que debian expiar fué de los más inauditos y repugnantes.

Realizado el castigo, pasó á Búrgos el nuevo conde de Castilla, y despues de hacerse reconocer por todos los próceres y magnates castellanos, quiso ensanchar más aun sus dominios, á pesar de que era ya el más poderoso de los monarcas cristianos.

Sus miras se fijaron en Leon, cuyo rey, bueno sin duda y esforzado, como despues se vió, era empero demasiado jóven para háberse las con un guerrero tan consumado como Sancho de Navarra. Además, como en su lugar dijimos, Bermudo III estaba fuera del reino de Leon, á consecuencia de unas insurrecciones que habian ocurrido en dos puntos de Galicia.

Quería, sin embargo, el inteligente ambicioso manifestar que no lo era; deseaba romper las hostilidades contra Bermudo, pero no sin algun fundamento en que apoyar su proceder: buscaba un motivo, y no tardó en encontrarle, segun antiguas crónicas refieren.

Dícese que yendo de caza el rey de Navarra por los bosques del

territorio palentino, se internó en uno de aquellos persiguiendo á un jabalí que ya estaba herido. Acosada de cerca la fiera entróse en una gruta, y Sancho la siguió, logrando en breve darle alcance. Levantó el brazo para arrojar sobre ella el aguzado venablo; mas al querer moverle sintió que no le era posible, y que el brazo estaba sin movimiento.

Girando la vista en torno suyo, y asombrado por efecto de lo que le sucedía, observó que en un ángulo de la caverna había un altar sobre el cual estaba colocada una imágen de San Antolin.

Creyendo el rey que la repentina parálisis era un visible castigo del cielo, pidió fervorosamente al santo intercediese con Dios, á fin de que cesase aquel.

A la humilde súplica añadió la piadosa oferta de hacer edificar en aquel mismo sitio un templo dedicado á san Antolin; su petición fué favorablemente escuchada; quiso cumplir su voto, y supo que el terreno en que se hallaba le había ocupado la antigua Palencia, y resolvió reedificar la ciudad y en ella construir el prometido templo.

Este fué el motivo de rompimiento entre Sancho y Bermudo; porque este se opuso á la reedificación, alegando que aquel terreno le pertenecía; y el rey de Navarra, que otra cosa no deseaba, aprovechó la favorable coyuntura para invadir el territorio leonés.

Entonces fué cuando, despues de esta invasion, los preladados leoneses y navarros evitaron que se realizase una formidable batalla, y cuando se acordó que el hijo segundo de Sancho (Fernando I) se desposase con la princesa Sancha de Leon, y tomase posesion de los dominios de Castilla, con título de rey (1032).

En el año siguiente, sin que se sepa el motivo que pudiera alegar, invadió de nuevo el territorio leonés, manifestando de una manera demasiado ostensible, que habia formado decidido empeño en reunir bajo su cetro, manejado por cierto con hábil y robusta diestra, todos los dominios de los monarcas cristianos de España.

Entonces tomó la ciudad de Astorga, las Asturias y el Bierzo, llevando sus armas hasta las mismas fronteras de Galicia. En esta se hallaba Bermudo, y no es fácil saber á dónde hubiera llegado Sancho II, si la muerte no se hubiera interpuesto para dar fin á sus proyectos ambiciosos.

Murió Sancho el Mayor siendo de muy avanzada edad, y llevando cerca de sesenta y cinco años de reinado. Fué muy sentida su muerte, y con razon le lloraron sus súbditos; porque fué hábil, inteligente, valeroso, infatigable, y recto en la administracion de justicia. Solo tuvo el defecto de ser muy ambicioso, y cuando trataba de satisfacer en este punto sus deseos, se olvidaba, seguramente, de su rectitud; empero este defecto, sobre no tener suficiente fuerza

por sí solo para eclipsar tantas buenas cualidades como le adornaban, tampoco lo era para sus vasallos, á quienes resultaban notables ventajas del único defecto de su rey, así como no escasa gloria á Navarra.

Escrito existe en que se asegura, tratando de la muerte de este gran príncipe, que no murió de muerte natural: otros afirman que falleció de enfermedad (1055), cosa que nada de extraño tiene, si se atiende á la edad que ya contaba. De un modo ó de otro, dejó hecho testamento, y en él repartidos sus dominios entre sus hijos. Por cierto es no poco extraño que quien tanto se afaná en vida por reunir bajo un cetro todos los dominios de los reyes españoles, á su muerte los repartiese entre sus hijos. Quizá le parecería que procurando contentar á cada uno, evitaria las trascendentales disensiones que podrian ocurrir entre los que nada recibieran y el primogénito, si era el preferido. Sea de esto lo que fuere, al mayor de sus hijos, llamado Garcia (García Sanchez II), dejó el reino de Navarra; á Fernando (Fernando I), su hijo segundo, el de Castilla, con todo el territorio perteneciente á Leon y del que se posesionó Sancho II cuando invadió los dominios de Bermudo; á Gonzalo el señorío de Sobrarbe y Ribagorza; y á Ramiro, hijo bastardo, el condado de Aragon.

Lo primero que podemos referir del nuevo rey de Navarra es el auxilio que dió á su hermano Fernando, cuando el rey de Leon Bermudo III pereció gloriosamente al tratar de recuperar los dominios que indebidamente le habian sido arrebatados (1037).

Despues de este suceso nada podemos añadir, porque nada notable puede consignarse hasta que comenzaron los disgustos entre García Sanchez II y Fernando I; mas como quiera que estos tuvieron principio despues de mediar el siglo XI, no es en este lugar en el que debemos ocuparnos de ellos.

Muy en breve verá el lector que si quiso Sancho II, al dividir los dominios que á costa de esfuerzos y peligros supo reunir, no dar motivo de descontento á ninguno de sus hijos, y dejar asegurada la paz entre ellos, no logró sino todo lo contrario de lo que se propuso. Si como es probable y algunos suponen, la reparticion de estados no tuvo otro origen ni objeto que el satisfacer afecciones particulares de familia, el inteligente y recto monarca no debió posponer el bien de sus pueblos á las afecciones de familia, que tan amargos frutos dieron. Mas puesto que no debemos ocuparnos por ahora de los primeros sucesos que pueden consignarse despues de los ya referidos, relativos al rey de Navarra, anudemos el roto hilo de nuestra narracion.

CONDADO DE CATALUÑA.

AÑO 1000 Á 1050.

Al comenzar el siglo XI, era conde de Barcelona Ramon Borrell III.

Después de muerto Almanzor, su hijo y sucesor Abdemelik hizo una invasión en Cataluña (1003), y se dice que obtuvo una victoria en las inmediaciones de Lérida.

Del mismo modo que uno de los caudillos agarenos y aspirantes al poder en Córdoba impetrara el favor del conde de Castilla, otro, llamado Mohammed, pidió auxilio á Ramon Borrell III, y á su hermano Armengol, conde de Urgel.

No podemos consignar los convenios ó condiciones que se estipularon para conceder los condes catalanes á Mohammed el auxilio que este pidiera: solo si diremos que pasaron á socorrerle personalmente los dos expresados condes, acaudillando 9,000 esforzados catalanes (1010).

Parecia, seguramente, de escasa importancia un socorro ó refuerzo de 9,000 soldados, cuando de los agarenos á quienes iban á reforzar se contaban 50,000, entresacados y escogidos en los gobiernos de Toledo, Valencia y Murcia; empero los catalanes, que desde los más remotos tiempos, hasta nuestros dias, jamás desmintieron un valor que siempre rayara en heroismo, hicieron ver muy pronto de cuán alta importancia habia sido su auxilio.

En los campos Akbatalbacar, ó *Colina de los Bueyes*, se dió la sangrienta batalla; y dice la historia que fué tal el impetu de los berberiscos contra la escogida hueste de Mohammed, que hubieran esta sucumbido *si las lanzas catalanas* no hubieran decidido la accion en favor de aquellos á quienes favorecian, cambiando la suerte del combate y obteniendo completa victoria.

Por desgracia esta costó la vida al esforzado Armengol, conde de Urgel; y dícese que tambien perecieron en la batalla los tres obispos de Gerona, Barcelona y Vich, cuyas banderas acompañaban al cuerpo expedicionario, segun conocida usanza de aquellos remotos siglos.

No continuaron auxiliando á Mohammed los catalanes, y esto le fué no poco perjudicial; pero asegúrase que el valeroso conde de Barcelona supo que contra ellos se tramaba un siniestro complot, y sin atender á súplicas ni ofertas, abandonando las poéticas orillas del bellissimo Guadalquivir regresó á su amada Barcelona, tris-

te y desconsolado por la dolorosa pérdida de su malogrado y bizarro hermano.

Tambien Ramon Borrell III se ocupó del bien de sus súbditos, como hicieron los soberanos de Leon, Navarra y Castilla, y del ensanche y engrandecimiento de sus dominios. Despues de haberse cubierto de gloria en su brillante expedicion á Córdoba, se dedicó con sin igual esfuerzo á conquistar fortalezas y pueblos, guiando sus invictas armas por los fértiles campos de los rios Segre y Ebro.

De este modo continuó con infatigable celo, hasta que en 25 de Febrero del año 1018 cortó la muerte el brillante curso de sus reiteradas victorias. Dejó por sucesor á su hijo Berenguer Ramon I, al cual, por hallarse en la menor edad, dió por tutora á doña Ermesinda, ó Ermesindis, esposa de Ramon y madre de Berenguer.

Era esta señora mujer de pronto consejo; de ánimo varonil, y de vigorosa resolucion. Estas extrañas prendas, impropias, si se quiere, del bello sexo, las habia visto desplegar el pueblo en toda su plenitud por la célebre viuda del difunto conde en las ausencias de este, durante las cuales encargada del mando, jamás dió motivo para que se notase la falta del hábil y valeroso Borrell III.

Difícil era que una mujer de tan peregrinas condiciones no tuviese ambicion y desmesurados deseos de mando; por esto de ella se cuenta que fué causa de no pocos ni pequeños disturbios, despues de terminada la minoria de su hijo Berenguer I.

Dicese de este que fué poco belicoso; mas en cambio fué bondadoso y recto. Se ocupó principalmente de conceder exenciones y privilegios á sus súbditos, *confirmando todas sus franquicias y la libertad de sus propiedades* (1035).

Tuvo Berenguer Ramon I (llamado el *Curvo*) muy corta vida, puesto que falleció en la temprana edad de treinta años, en el mismo en que murió el rey de Navarra, Sancho el Mayor (1035); Fué casado dos veces; la primera con doña Sancha de Gascuña, y la segunda con doña Gisla de Ampurias. De las dos tuvo varios hijos, y de estos le sucedió en el condado su primogénito y de doña Sancha, llamado Ramon Berenguer, primero de su nombre, el cual apenas habia cumplido los doce años de edad (1035).

Fué el nuevo conde muy celoso del bien de sus súbditos; príncipe de extremada prudencia y de tan anticipada madurez, que en lo mas florido de su juventud fué llamado Berenguer el *Viejo*, por la mesura con que procedia, y por el tacto con que gobernaba.

Estas bellas y apreciables circunstancias le fueron al extremo necesarias para luchar con su abuela Ermesindis, mujer ambiciosa como en otra ocasion hemos manifestado, y que habia decidido dominar á su nieto, del mismo modo que procurara gobernar en tiempo de su hijo Berenguer Ramon, el *Curvo*.

Los años que mediaron desde el advenimiento de Ramon Berenguer I al trono condal de Barcelona, hasta el 1050, tuvo este que emplearlos en sostener una abierta y formal lucha con su abuela; ingerida en los asuntos políticos, y estrellándose siempre sus manejos en la firmeza y recto juicio del conde, apeló la intrigante condesa á suscitar domésticas disensiones, llegando hasta el extremo de desunir la propia familia, entre cuyos individuos se formaron bandos para mutuamente perseguirse unos á otros.

Afortunadamente el joven conde poseía un firmísimo carácter, antemural que rechazaba poderosamente todos los embates sin destruirse ni quebrantarse, aunque no fuese esto sin experimentar tristes pesares y dolorosas aflicciones; pero su espíritu dominaba á su cuerpo.

Dícese que Ermesindis impetró y obtuvo, para vengarse de su nieto, la excomunion contra este y contra su esposa doña Almodis, hija de los condes de la Marca en el Limosin; empero como no creemos que el jefe de la Iglesia procediese ligeramente en tan gravísimo asunto, por prestarse á satisfacer la ciega venganza de una mujer ambiciosa y de turbulento carácter, no dudamos que la excomunion fuese fulminada por otra causa, de mayor gravedad que la simple petición de la condesa Ermesindis.

A este propósito se dice tambien que Ramon Berenguer I estuvo casado con doña Blanca, despues de haber enviudado de doña Isabel; y que enamorado de doña Almodis, repudió sin otro motivo á doña Blanca, y se casó con aquella, esposa repudiada por Poncio conde de Tolosa.

Este hecho, segun algunos, fué la verdadera causa de la excomunion, si bien no por esto se niega que contribuyese Ermesindis á que aquella fuese lanzada, apoyándose para lograr su objeto en el referido suceso; y aunque su deseo fuese el de consumir la venganza contra su nieto, que tan á raya tuvo siempre sus orgullosos ímpetus y tan bien supo dominar su desapoderada ambicion, sirvióse sin duda como pretexto del incidente ocurrido, ocultando empero sus verdaderos deseos y malignas intenciones.

Pero no anticipemos los sucesos; porque no debemos pasar por ahora más allá de la primera mitad del siglo XI, de cuyo periodo de tiempo nos venimos ocupando.

REINO DE ARAGON.

Pocas, muy pocas palabras podemos decir aun respecto del reino de Aragon; no porque su historia no sea gloriosísima, ó porque carezca de honrosos hechos y de brillantes episodios, sino porque

como estado de muy reducido territorio en los primitivos tiempos, todos sus célebres hechos están mezclados con los llevados á cabo por los navarros, puesto que á unos y otros, como en su lugar dijimos, se les contaba como una cosa misma, y se les designaba con el nombre genérico de *Vascones*.

La crónica que tenemos á la vista nos ofrece una cronología que presenta por exacta é indudable, y de la cual nos valemos para escribir las líneas dedicadas al reino de Aragon.

Afortunadamente, las grandes lagunas que á veces se encuentran, y los inmensos vacíos que hacen desprender la pluma de la mano y caer en el desaliento, tocarán muy en breve á su término. Entretanto, y como no hemos faltado, ni faltaremos, á nuestro propósito ni menos á nuestra conciencia, refiriendo cosa alguna que no esté probada y sea con fundamento tenida por positiva é indudable, ya sirviéndonos del apoyo de antiguos y fidedignos escritos, ya del de modernas historias de escritores de tanta conciencia como profundidad y erudicion, preferimos decir poco en ciertos casos, á manifestar y presentar como cierto lo falso ó, cuando menos, lo inseguro.

Repetimos, parece lo más probable que el estado de Aragon, muy poco extenso en su origen porque todo lo que despues se le agregó estaba entonces en poder de los agarenos, caminase siempre unido con Navarra, y que sus condes fuesen, ya que no simples gobernadores puestos por los monarcas navarros, condes feudatarios, tributarios ó dependientes de estos.

La crónica á que nos hemos referido ya más de una vez, solo nos da para sacarnos de nuestras dudas los siguientes datos.

Aznar I fué conde de Aragon desde el año 750 al 758. Sucedieron á este en el condado Aznar II, Galiado, Ximen Aznarez, Ximen Garcés, Garcí Aznarez y Fortun García.

Este á su muerte solo dejó una hija llamada Urraca, que contrajo matrimonio con *García, rey de Navarra*; mas no dice el documento á que nos referimos cuál de los Garcías de Navarra fué el padre de Urraca, y se limita á añadir á lo dicho estas palabras textuales: «Con este motivo (el casamiento de García y Urraca) se reunieron Navarra y Aragon, cuyos condes habian sido hasta entonces más que aliados, dependientes de los reyes navarros, y juntos siguieron por espacio de mucho más de un siglo, hasta que el rey Sancho *Cuatro-manos*, ó el *Mayor*, dividió sus estados entre sus hijos, dejando la parte de Aragon, erigida en reino, á Ramiro, por sobrenombre el *Espútreo*. Desde esta época puede hablarse con más acierto y certeza de este noble reino, aunque todo lo que dicho queda lo tenemos por bien averiguado.»

Parece, en efecto, positivo que hasta la muerte de Sancho II, el *Mayor*, no fué Aragon denominado reino; y aun entonces (1055)

sus dominios eran tan reducidos, que solo constaban de unas veintitres ó veinticuatro leguas en toda su longitud, por doce, poco más ó menos, de latitud.

Viéndose Ramiro con el estado de Aragon, cuyo nombre le dieron del rio que lleva el mismo, y habiéndolo sido por disposición de su padre erigido en reino, disgustóse, sin duda de la pequeñez de los dominios que poseía, y determinó ensancharlos á toda costa.

Ninguno de los hijos de Sancho el Mayor fué cobarde ni irresoluto, aunque descolló sobre ellos, en todos conceptos, Fernando I de Castilla y de Leon. En cuanto á Ramiro I, el *Bastardo*, diremos que sus ambiciosos deseos le obligaron á empuñar las armas contra su hermano Garcia de Navarra, queriendo aumentar su reino con lo que á este soberano quitase del suyo.

Cuando falleció el gran Sancho II, el Mayor, estaba su hijo Garcia en Roma, á cuya corte fuera, segun se supone, encargado de alguna mision de su padre para el Sumo Pontifice. Mas sabiendo la triste novedad que en Navarra ocurría, dispuso apresuradamente su regreso, y llegó á tiempo en que su hermano Ramiro se preparaba á invadir los dominios del navarro.

El hijo bastardo de Sancho el Mayor, no disponiendo de suficiente hueste para llevar á cabo el objeto que se proponía, hizo lo que no quisiéramos tener que consignar en la historia; apeló á los jefes mahometanos que mandaban en Huesca, Tudela y Zaragoza, para que le ayudasen á hacer la guerra á un rey cristiano y hermano suyo.

Diéronle los agarenos el auxilio que pidiera, y unido con ellos se puso en marcha, llegando hasta Tafalla en cuyas inmediaciones estableció su campamento.

Acababa de llegar Garcia á su reino, y cerciorado de la verdad, juntó de rebato un ejército de navarros; y caminando con celeridad, cayó por sorpresa sobre el campamento de Ramiro y derrotó instantáneamente las huestes, quedando en poder del ejército de Garcia tiendas, bagajes y despojos, lo mismo del ejército del Bastardo que de los auxiliares mahometanos. El mismo Ramiro se vió en la necesidad de huir, sin poder dar tiempo á que pusieran silla ni brida al caballo, que solo llevaba la cabezada.

Algunos autores suponen que posteriormente entablaron tratos de paz ambos hermanos, puesto que Garcia no hostilizó á Ramiro, y este volvió á regir su reino sin oposicion y tranquilamente. Así parece, en efecto, probable.

No mucho tiempo despues ensanchó Ramiro sus dominios, á los cuales fueron agregados los de Sobrarbe y Ribagorza (1058). Poseíalos su hermano Gonzalo, como en su lugar dijimos; mas este fué villanamente asesinado, sin que se conozca el motivo.

Regresaba de caza cierto día el príncipe Gonzalo, y al pasar por el puente de Monclús, le quitó la vida á traicion uno de sus vasallos, llamado *Ramonet de Gascuña*. Entonces los habitantes de los expresados dominios eligieron y proclamaron señor de Sobrarbe y de Ribagorza á Ramiro I, rey de Aragon.

Nada más podemos decir de este naciente reino, hasta terminar la primera mitad del siglo XI. Escritores de gran valia se quejan tambien, con sobrada razon, de la falta de datos para escribir los hechos de este rey, en todo lo concerniente á los primeros años de su reinado.

Cuéntase de él que dió mucho en que entender á los agarenos, llevando sus armas á muchos puntos de los que aquellos ocupaban; emperó no hay suficiente fundamento para asegurarlo, si bien es muy posible que sea cierto, porque Ramiro de Aragon fué, sin duda alguna, rey animoso y guerrero.

ESPAÑA ÁRABE.

AÑO 1000 Á 1050.

El regente de Córdoba, Almanzor el inteligente y esforzado, caminaba siempre en sus empresas militares con próspera fortuna. Aterrados los cristianos con las reiteradas victorias del infatigable caudillo musulmico, apenas habian comenzado á desechar el espanto que les causara el inaudito desastre de Santiago, cuando supieron con acerbo disgusto que las armas del irreconciliable enemigo del nombre cristiano eran tan felices allende el mar, como lo habian sido en lo interior de la península española.

Llegado el primer año del siglo XI, hizo Almanzor una expedicion al Norte y otra al Mediodía; ni una ni otra produjeron esa terrible gloria cuyo valor está en directa relacion con la cantidad de sangre derramada en batalla campal. Puede decirse que no tuvo con quien combatir, y que ambas expediciones fueron funestamente notables sola y únicamente por las ruinas de algunas poblaciones, por las devastaciones y por los desmanes que, segun costumbre, ejecutaron los hijos de Mahoma.

El año 1001 comenzó y tuvo término sin que durante su trascurso se alterase de notable manera la paz. No sucedió así en el 1002: casi no habia comenzado á correr su segundo tercio, cuando dió principio la reunion de fuerzas agarenas que se dirigian á reforzar las huestes de Almanzor desde la Lusitania, y hasta los africanos atravesaban el Estrecho para auxiliar al caudillo musulmico terror de sus enemigos; al destructor de Leon y de Santiago.

El orgulloso regente de Córdoba parecía amenazar al cielo y á la tierra, al prepararse á dar el golpe de gracia, segun su creencia, á los oprimidos cristianos, olvidado sin duda de que la mision que sobre la tierra debiera cumplir habia de tener un término, cuya época fija y exacta no le era dado prever.

Es en efecto positivo que, en más ó menos elevada esfera, todo hombre que algo vale tiene, al hacer su peregrinacion por este valle de miserias, tan estéril tierra en placeres y dulcedumbre como fértil en pesares y en amarguras, una mision que cumplir, de mayor ó menor importancia. En tanto la va cumpliendo, el acierto y el tino presiden á todas sus operaciones, siquiera sean impremeditadas y parezcan, á la ignorante y limitada vista del que desconoce los inescrutables decretos de la omnipotente Providencia, hijas del desacierto y de la ligereza; empero cumplida la mision, con ella terminó el acierto y se eclipsó la gloria del político, del guerrero.

Importa poco que un descreido enemigo de la eterna verdad sea una y otra vez vencedor, y que triunfe sobre los que por religiosos son tenidos; de aquellos se vale á las veces el Supremo Juez para castigar las prevaricaciones y faltas de los que se dicen buenos y lo son de farisáica manera.

Así Almanzor, grande y valeroso sin duda, tenia que cumplir la mision de dar copiosa gloria al imperio de Córdoba, siendo el azote de los relajados cristianos; y hasta que la expiacion de estos tuviese entero cumplimiento, no era posible que el célebre caudillo musulimico desacertase en nada, ni dejase de ser vencedor.

Él, que no comprendia sin duda la exactitud de esta innegable verdad tan repetida en la sucesion de los siglos, fiado en un poder que creyera omnipotente, en el centro y Mediodia del califato allegaba gentes de guerra, acopiaba formidables máquinas, y preparaba los fogosos corceles, las matadoras armas, y las ondeantes banderas.

Todo lo activaba con su cuidado y diligencia; mas todo esto no era otra cosa que los rutilantes destellos de un magnifico lucero, pronto á ocultarse para ceder á la incomparable claridad del rey de los planetas; eran las últimas y vivísimas llamaradas de la luz próxima á extinguirse para siempre; la mision del gran Almanzor tocaba á su término; quizá la expiacion estaba cumplida.

Sea la principal parte de la gloria del esforzado Sancho de Castilla, que nada asombrado con los aterradores preparativos del famoso caudillo del Islam, se preparó á resistir y propuso la alianza á los reinos de Leon y de Navarra. El lector sabe ya cuáles fueron los resultados de la célebre é importante batalla de Calatañazor, ó Kalat-al-Nosor (altura ó cuesta del águila), que costó la vida al fuerte y belicoso Almanzor y á varios de sus mejores caudillos. Co-

noce asimismo en dónde y de qué modo ocurrió la muerte; porque habiendo sido este glorioso hecho de armas tan grande y célebre para las armas cristianas, nos pareció no deber colocarle en la *España árabe* sino en *el más antiguo* de los reinos cristianos de España, que tan directa parte tuvo en la inmarcesible gloria de aquel memorable día.

Réstanos solamente añadir que Almanzor fué enterrado en Medinaceli, y que cumpliendo con su voluntad, esparcieron por encima de su cadáver el polvo que sobre las armas llevaba al terminar cada batalla, que con este objeto hacia siempre recoger cuidadosamente en una caja, al entrar en su tienda de campaña de regreso del guerrero campo. Dicese que esto lo hacia para cumplir con el precepto del Koran que dice: «enterrad á los mártires segun los coge la muerte, con sus vestidos, sus heridas y su sangre.» Almanzor quiso llevar aun más allá el precepto de Mahoma, puesto que solo dice que los llamados mártires sean enterrados conforme los coge la muerte; y añade que ni siquiera se les lave. El famoso Almanzor, el Grande, no se contentó con disponer su entierro en la forma que preceptuara el pseudo-profeta, segun se hallase al quedar para siempre inmóvil aquella fuerte diestra; al dejar de latir aquel gran corazón. Tuvo además el cuidado de hacer reunir el polvo que sobre las armas llevaba al terminar cada uno de los combates, más de cincuenta en número, para que le esparciesen sobre su cadáver al darle sepultura. Ya dijimos al tratar del reino de Leon, que tenia el célebre regente de Córdoba sesenta y tres años, cuando murió á consecuencia de la accion de la montaña del águila, ó Calatañazor (1002).

Su hijo Abdelmelik, llamado tambien Almudhaffar (*vencedor afortunado*) á consecuencia de sus triunfos en Africa, no se halló en la desastrosa batalla; fué, empero, á adquirir noticias de Almanzor, mandado por la córte de Córdoba, y llegó á Medinaceli poco antes de terminar aquel su gloriosa carrera.

Templó, en parte, el justo sentimiento que causara en las huestes agarenas la muerte de un caudillo que tanta gloria les habia dado, el haberse encargado del mando del ejército el vencedor de Africa, Abdelmelik. Era en efecto valeroso caudillo, y en esto no degeneró de su heroico padre; mas no tenia su talento: Almanzor excedia de los limites de la esfera en que se hallan los hombres notables. Entre estos descollaba mucho; porque reunia á su incomparable valor como guerrero, la pericia de consumado general, y era además muy hábil y profundo político. Sin embargo, por más que la conciencia de imparciales historiadores nos obligue á encomiar decididamente tan relevantes cualidades, no por esto dejaremos de manifestar una vez más que fué cruel con los cristianos, destructor



y devastador como pocos, muchas veces sin motivo, como en su lugar dejamos expuesto, y aun con sus mismos correligionarios desplegó toda la dureza de su carácter cuando lo creyó necesario para conservarse en el poder, aunque para lograrlo fuese menester inmolara algunas víctimas en aras de su inconmensurable ambición.

No hay para qué decir hasta dónde llegarían el terror y el desaliento de los musulimes, á consecuencia de la terrible derrota de Calatañazor. Conociase demasiado que para ellos era muy perdonable la ambición del regente, puesto que era tanta su gloria que proyectaba sobre todo el imperio de que era representante.

No olvidaba, ni podía olvidar, la corte de Córdoba ni desconocer el pueblo musulman, que el perdido y llorado caudillo había hecho retroceder en breves años casi tres siglos á la España cristiana, puesto que tal vez se encontraba en igual caso que al elevar con gloriosa diestra el inmortal Pelayo el sagrado pendon de la cristiana Cruz en Covadonga.

En tanto que la zozobra crecía, se aumentaba el terror y no se comprendía el pervenir, llegó á Córdoba Abdelmelik á la cabeza de los deshechos restos de las huestes musulmicas. La madre de Hixem II, imbécil en el concepto de todos, nombró al hijo de Almanzor para sustituir á su padre en el cargo de primer ministro.

Ya hemos dicho que Abdelmelik era valeroso, pero que no poseía otras de las relevantes cualidades de su padre. Dícese, sin embargo, que no tuvo tanta fortuna, y nos inclinamos á creer que así fuese; porque estaba escrito que el poderoso imperio de la gloriosa dinastía de los omniadas se desplomase y hundiese para siempre.

El nuevo ministro, queriendo seguir las huellas de su antecesor y padre, dió principio á sus incursiones, de las cuales, fuera de la de Lérida (1003), ninguna fué ni gloriosa para sus armas, ni de importantes consecuencias para el imperio musulmico. Quizá por esto accedería á concertar una tregua con los monarcas cristianos (1005), quienes procedieron de una manera tan incalificable como incomprensible, en no aprovechar la memorable derrota en todas sus consecuencias y derivaciones.

Se cree que la petición de la tregua partió de Leon, y que la apoyó de eficaz manera Abdallah-ben-Abdelaziz, wali de Toledo, en cuyo poder estaba una hermosísima cautiva cristiana que, según dicen, era hermana del rey de Leon.

Este accedió á dársela por esposa al wali, y el premio ó precio de la intercesion en favor de la paz, fueron las nupcias de Abdallah con Teresa, que así se llamaba la cautiva beldad. Mas según la crónica de Pelayo, obispo de Oviedo, se celebraron los esponsales sin consumarse el matrimonio. Según aquella, se negó la hermosa princesa á reunirse con su esposo, amenazándole con el castigo del cie-



lo si á ella se acercaba, siendo como era un príncipe pagano. Este se burló de las palabras y del funesto vaticinio, que sin embargo tuvo cumplida realizacion; y cuando el wali conoció que el supremo instante se aproximaba, mandó á los suyos devolviesen libre la princesa á Alfonso V, la cual llegó en efecto á los dominios de su hermano y entró en un convento de Oviedo, en donde tomó el velo: Abdallah-ben-Abdelaziz falleció no mucho despues.

Corria el año 1007 cuando terminada la tregua pasó Abdelmelik á Castilla, recorriendo y desmantelando varias ciudades, y llegando por Galicia hasta Lusitania. ¿En dónde estaban los vencedores de Calatañazor, que no procuraron impedir que el hijo de Almanzor desmantelase á Gormaz, Avila y Osma?

En el siguiente año hicieron frente, por fin, los cristianos á los agarenos. En Galicia tuvo lugar una sangrientísima batalla, en donde perecieron muchos de los primeros en la primera y terrible acometida de los mahometanos. Pusiéronse los españoles en fuga, y Abdelmelik lanzándose en su persecucion con sus brillantes cuerpos de valerosos ginetes, les dió alcance; mas los cristianos, llegado que hubieron á un terreno accidentado y á propósito para la única defensa que podian intentar, tomando las mejores posiciones, detuvieron la fuga y renovaron la batalla. Los mismos escritores árabes dicen que sus contrarios *pelearon como rabiosos tigres, y que allí los musulimes padecieron mucho*. Mucha debió ser, en efecto, su pérdida, cuando Abdelmelik, sin continuar su destructora expedicion, regresó á Córdoba (1008).

Poco tiempo habia trascurrido desde el fallecimiento de Sobheya, cuando tuvo lugar la batalla de que acabamos de ocuparnos; y no pasó mucho desde esta hasta la muerte de Abdelmelik Almudhaffar, que ocurrió en el mes de Octubre del año 1008. Sospechan algunos que murió envenenado.

Tal vez así seria. La imbecilidad cierta ó supuesta de Hixem II, daba márgen á muchas ambiciones; Almanzor, que con vigorosa y enérgica mano tenia estas á raya, habia desaparecido; la sultana madre, tipo como se encuentran pocos, ó ninguno, en las mujeres de su raza, no existia ya; Abdelmelik, aunque con mucho no llegaba á su padre, estorbaba, no obstante, á los ambiciosos.

Aun quedaba otro hijo de Almanzor, llamado Abderrahman; empero era muy poco temible: dicen que por el extremo á aquel se parecía en el rostro y figura; no en el talento, valor y carácter. Lleno de vicios y solo afecto á inútiles frivolidades, ocupó, sin embargo, el puesto que dejara vacante su hermano, dando bien pronto á entender que á falta de mérito tenia sobra de ambicion. Uno de sus primeros cuidados se dirigió á obtener del califa el nombramiento de sucesor en el imperio.

Llegó á traslucirse la temeraria osadía del inepto ministro, y fué la chispa que incendió la mina de antemano preparada y pronta á estallar.

El primero que dió el grito de insurreccion fué un biznieto de Abderrahman III, llamado Mohammed. Era hombre de accion; valeroso, resuelto, y sin dar tiempo á que el hijo segundo de Almanzor se afirmase en el poder, personalmente se dirigió á las fronteras y reunió muy pronto un ejército, formado entre los partidarios de la estirpe de los omniadas, que eran numerosos.

Rápido como el rayo, volvió en direccion de Córdoba; y aunque Abderrahman salió con escogida hueste á cortarle el paso, Mohammed hábilmente esquivó el encuentro, entró sin oposicion en la córte, y se apoderó de la persona de Hixem II.

Vivamente irritado Abderrahman regresó á la capital, que encontró ya ocupada por el ejército de Mohammed, y ambas huestes comenzaron á batirse con el mayor encarnizamiento, dentro de la misma Córdoba.

Contra lo que podia esperarse del carácter y costumbres del hijo de Almanzor, peleó como valiente; mas tuvo necesidad de retirarse y fué hecho prisionero, quizá por estar casi exánime á causa de la mucha sangre derramada por multitud de heridas que tenia.

Al penetrar en la ciudad, ocupada por Mohammed, tan sin recelo, contaba con el afecto popular; empero habia olvidado la facilidad con que la muchedumbre cambia de ideas. En aquella solemne ocasion se demostró esta verdad de evidente manera. El pueblo, con quien Abderrahman contaba, no solamente contribuyó á la destruccion de su ejército, si que tambien destruyó por completo el magnifico alcázar que el gran Almanzor hizo construir para su residencia; aquel mismo Almanzor que tanta y tan grande gloria diera á los musulimes. En la tarde de aquel horroroso día, estaba ya clavada en un palo y puesta á la pública espectacion la cabeza de Abderrahman (1009).

Bien pronto debió tambien conocer el pueblo lo que podia esperar de proteger á ningun magnate; porque inmediatamente pudo comprender que no habia hecho sino cambiar un ambicioso por otro.

Era poco para Mohammed el ser ministro del califa; deseaba reinar, y para comenzar á poner por obra su propósito, hizo que circulase por la córte la noticia de que Hixem estaba peligrosamente enfermo. Sin duda trataba de preparar la muerte del desgraciado califa; y debe creerse que este crimen y no otra cosa meditaba, cuando tuvo necesidad de interponerse un slavo, llamado Wahda, que estaba en el secreto, el cual, deseando evitar la consumacion de aquel crimen, aconsejó á Mohammed encerrarse en una secreta pri-

sion al desgraciado califa, haciendo al mismo tiempo correr la voz de que habia muerto.

Cuéntase un horroroso suceso con este motivo. Parece que el usurpador cedió á las instancias de Wahda; pero á fin de quedar completamente libre de temor y para que no se pudiese dudar de la muerte del califa, prendieron ocultamente un cristiano cuya semejanza con el califa era muy grande, y hasta en la edad se le asemejaba. Le llevaron al alcázar; ya estaba Hixem en la secreta prision; el desgraciado cristiano fué estrangulado, y colocándole en el mismo lecho del califa, se hizo pública la noticia de la muerte de este, cosa que se creyó muy fácilmente y se oyó con indiferencia completa, puesto que el pueblo ni le conocia ni le apreciaba.

Vacante el trono en concepto de todos, fué elegido Mohammed por los gobernadores, consejeros y magnates de Córdoba, para ocuparle, con mucha aceptacion del pueblo en general, á quien bastaba que el electo fuese descendiente de Abderrahman III y de otros califas, para los musulimes de muy gloriosa memoria.

Comenzó Mohamed su reinado por dar un golpe en vago, que le fué notablemente perjudicial, aunque tal vez su idea fué afirmarse en el afecto popular. Odiaba de muerte el pueblo á la guardia africana, y quiso el califa expulsarla de Córdoba, para complacer á aquel y para servirse á sí propio; porque tenia en la expresada guardia muy poca confianza, aunque habia abandonado al desgraciado hijo de Almanzor en el combate de Córdoba, á pesar de haberle seguido en un principio para perseguir á Mohammed.

La guardia, lejos de obedecer la orden del califa, se manifestó hostil y en abierta insurreccion; y partiendo furiosa y á manera de desbordado torrente, se dirigió con denuedo á atacar el alcázar del califa.

Terrible fué la lucha que se empeñó con este motivo entre la formidable guardia, que era el núcleo del ejército en los combates y golpes decisivos, y las huestes que permanecieron fieles á Mohammed. Eran estas muy superiores en número, y este venció; mas costó cuarenta y ocho horas de rudo y sangriento combate el arrojar de Córdoba á los insurrectos, y ya fuera de los muros, para intimidarles mandó el califa que por encima de aquellos arrojasen al campo de la guardia africana la cortada cabeza de su jefe superior, que habia sido hecho prisionero al verificarse la retirada; sangrienta providencia que lejos de calmar los ánimos, los exasperó y redobló su decision. En el acto los sublevados eligieron para reemplazar su perdido caudillo á otro de sus jefes, pariente muy cercano de aquel, y que se llamaba Suleiman-ben-Alhakem.

Entonces fué cuando este bizarro caudillo estipuló condiciones con Sancho, conde de Castilla, á fin de que viniese en su auxilio;

y reforzada la guardia africana con las castellanas huestes, sostuvo contra las de Mohammed la famosa batalla de Jebal-Quintos.

Los castellanos sobrepujaron en valor á los terribles guerreros en cuyo auxilio venian. Dicese que las mortíferas lanzas de Sancho sembraron el suelo de cadáveres y decidieron la accion, obligando al califa Mohammed á apelar á la fuga, con la cual no paró hasta Toledo, en cuya fuerte ciudad se refugió apresurado (Noviembre, 1009).

No podia elegir mejor punto de retirada, puesto que el wali de aquella ciudad era hijo suyo y se llamaba Obeidallah-ben-Mohammed.

Suleiman, que segun los más respetables autores, debió su notable triunfo al conde de Castilla y su ejército, no se decidió por el pronto á entrar en Córdoba. Temía al espíritu público, mal avenido siempre con la guardia africana; empero pasado algun tiempo, cerca de las fiestas de Navidad, entró en la capital del imperio cordobés; tomó el titulo de califa, y adoptó el sobrenombre de *Protegido de Dios*. Por manera que existian tres califas en aquella fecha: uno preso é ignorado; otro en Córdoba, y el tercero en Toledo, que se habia apellidado el *Pacificador por la gracia de Dios*: en la adopcion de tan notables sobrenombres, no eran muy parcos los mahometanos.

Continuó algun tiempo en el mando el nuevo califa, aunque no pacíficamente; con mucha frecuencia estallaban conjuraciones más ó menos importantes, y no de tarde en tarde corria la sangre de algunos sublevados.

Llegó un dia en que Wahda, salvador de la vida de Hixem, reveló á Suleiman la existencia del infortunado califa, y aun le propuso atrevidamente le rehabilitara y le colocara en el trono. Dicese que Suleiman no llevó á mal la proposicion, y que solo se negó á aceptarla en consideracion á lo delicado de las circunstancias, que tan poco á propósito eran para entregarse al débil mando de un imbécil.

Era Suleiman, segun se asegura, hombre recto y nada feroz, cosa muy notable en un africano, que no era árabe el nuevo califa; y dió notoria prueba de su recta manera de proceder, al proponerle que consintiese á sus soldados el caer sobre los castellanos cuando mas descuidados estuviesen, á fin de que no pudiesen prestar á otro su importante auxilio, como á él se le habian dado. Irritado Suleiman rechazó la villana proposicion, asegurando que á toda costa cumpliría su palabra, procediendo de buena fé con los que fiados en esta habian venido á auxiliarle y le habian dado la victoria.

Sin embargo, previendo que algunos fanáticos pudieran decidirse á poner por obra el pérfido consejo, se apresuró á disponer el

regreso de los castellanos á sus hogares, dándoles notorias muestras de su gratitud y generosidad.

Conveniente fué esta decision de Suleiman para la causa cristiana, aunque no le fué á él nada ventajosa, puesto que por ella quedó despojado de tan poderosos auxiliares; y decimos esto porque con el regreso á Castilla de los cristianos, se evitó quizá un choque con los catalanes.

Mohammed, que se hallaba refugiado en Toledo desde la derrota de Jebal-Quintos, tomando el ejemplo de Suleiman, pidió socorro á los condes de Barcelona y de Urgel, Ramon Borrell III, y Armengol. Comprometidos estos con el califa que estaba en Toledo, segun hemos visto en la historia de Cataluña, y con el califa de Córdoba, que así deberemos distinguir á Mohammed y Suleiman, los castellanos, quizá se hubieran cruzado las lanzas cristianas en los campos de Akbatalbacar, con tanta efusion de sangre española como notable perjuicio de la santa causa de la restauracion.

Afortunadamente el justo temor de que se cometiese algun desman con los castellanos impulsó á Suleiman á despedirlos con premura, colmándolos de riquezas; y de este modo providencialmente se evitó una triste catástrofe.

De la sangrienta batalla de Akbatalbacar ya tiene conocimiento el lector; del mismo modo que las lanzas castellanas decidieron en Jebal-Quintos, las catalanas dieron á Mohammed la victoria en la accion de guerra de que nos venimos ocupando. Tal fué el destrozo que los catalanes hicieron en los berberiscos de Suleiman, que los árabes llamaron al año 1010, en el que tuvo lugar esta batalla, *el año de los francos*; que francos llamaban ellos á los catalanes, quizá por haber allí dominado los condes que establecieron en Barcelona Carlo-Magno y sus primeros sucesores.

El bizarro Suleiman se dirigió á Algeciras, despues de la derrota; Mohammed, á Córdoba. Los soldados del primero dejaron muy malos recuerdos, porque saquearon las riquezas del magnifico palacio de Zahara, así como las de la mezquita, y aun se dice que destruyeron gran parte de la biblioteca, en donde los espléndidos y cultos omniadas habian acopiado las joyas literarias de la época, del mismo modo que las finisimas pedrerías y preciosos metales en el palacio y mezquita.

Al dirigirse Suleiman á Algeciras, llevaba el intento de pedir socorros al Africa: Mohammed fué en su busca, abandonando la capital; empero los fugitivos le hicieron frente en los campos de Guadiaro con tal denuedo, que ganaron la batalla, dispersaron la hueste de Mohammed, y este precipitadamente volvió á Córdoba, puestas en verdadera dispersion los pocos que le seguian.

Débase advertir que pululaban por todo el califato los partida-

rios de ambos competidores, y que á favor de la falta de verdadero y legitimo poder que diese unidad al imperio y mantuviese el órden, nacian cada dia nuevos partidos, y progresaba la anarquía, y todos mandaban y nadie se entendia.

Mohammed vencido en los campos de Guadiaro, lleno de terror, y anhelante por un justo recelo, mandó fortificar la capital por temor de Suleiman, sin recordar que las fortificaciones eran inútiles para evitar que contra él se levantase un simulado enemigo doméstico, que más pronto ó más tarde habia de hacer uso del terrible secreto de que era poseedor; y el dia llegó cuando quizá menos lo esperaba Mohammed, en cuyo pensamiento solo se detenia el recuerdo de su competidor Suleiman.

Llegó, en efecto, el momento en que Wahda, el eslavo de quien hace tiempo nada hemos dicho, de improviso y con general asombro sacó de su oculto encierro al desgraciado Hixem II, y le presentó en la mezquita.

La parte sana del pueblo musulmico que habitaba en la córte del imperio, tan agena á las cábalas y maquinaciones de los ambiciosos como ganosa de paz y de órden, aclamó en medio del mayor entusiasmo al legitimo califa; y Mohammed, oprimido por el terror, corrió á refugiarse en lo más recóndito del alcázar. Por su desgracia, vióle huir uno de los esclavos que, como todo ellos, estaba á la devocion de Wahda, y cortando el camino á Mohammed le presentó al califa. El imbécil pareció revivir al benéfico y vivificante soplo de la amada libertad: el primer momento que gozó de esta le empleó en mandar, con una severidad que de él no podia esperarse, la decapitacion de Mohammed.

La cabeza de este desgraciado ambicioso fué paseada por las calles de Córdoba, clavada en la moharra de una lanza, y despues enviada á Suleiman, á fin de que su vista le avisase del paradero que solian tener los ambiciosos. Dicese que Suleiman mandó alcanforar la cabeza y la envió á su vez á Toledo, acompañada de un fuerte donativo de piezas de oro y de una carta para el wali Obeidallah, hijo de Mohammed, refiriéndole en ella el suceso y proponiéndole se uniese á él para vengar á su padre (1012).

Con este motivo Obeidallah y Suleiman, pocos dias antes mortales enemigos, se unieron íntima y estrechamente, y juntos se prepararon á la lucha.

Wahda abandonó á Córdoba con escogida hueste de ginetes en persecucion de los aliados, é impetró el auxilio del bizarro Sancho de Castilla, de quien con toda nuestra alma deseáramos no tener que consignar la respuesta que dió al eslavo. Entonces fué cuando puso en subasta, permítasenos la vulgar frase, su brillante espada y su heroico ejército, manifestando á Wahda las proposiciones que

Suleiman con idéntico objeto le habia hecho, y asegurándole que se decidiria por Hixem si al menos igualaba á aquellas.

El eslavo, que sabia muy bien cuánto valia el socorro de las bizarras lanzas castellanas, satisfizo las exigencias de Sancho, y Suleiman se quedó sin el pedido auxilio.

En medio de la repugnancia y disgusto que nos causa la conducta del conde de Castilla, nos regocija el ver hasta qué punto era apreciado el valor de los españoles por unos enemigos que tan valientes eran, y cómo aquellos hacian constar que merecian bien el alto concepto en que se les tenia; porque á Mohammed le dieron los catalanes la victoria, cuando tenia perdida la batalla, en Akbataibacar; á Suleiman se la dieron, en idéntico caso, los castellanos en Jebal-Quintos, y á estos mismos debió Wadba, el eslavo, el haber tomado brevemente á Toledo.

Del lado en que se hallaban los cristianos, caia infaliblemente la balanza; y despues de haber tomado á Toledo, dieron un nuevo triunfo á Wahda, auxiliándole poderosamente en la batalla de Maqueda.

El hijo de Mohammed volvió sobre Toledo, y en Maqueda se encontró con cristianos y agarenos; fué completamente derrotado, y tuvo la desgracia de ser hecho prisionero, en union con los principales caudillos de su ejército.

Hixem, que hizo un uso fatal y terrible de su libertad, le mandó decapitar, así como á sus compañeros de infortunio, arrojando el cuerpo del jóven Obeidallah al rio, despues de horrible y ferozmente mutilado (1015).

La resurreccion del califa no habia dado los ventajosos frutos que de ella podia y debia esperarse. De una parte el carácter despótico y sanguinario de Hixem; de otra los celos que de los eslavos tenian los malcontentos, porque por influencia de Wahda eran aquellos los favoritos del califa, lograron que los bandos y las maquinaciones, si bien latentes, volviesen á notarse. Revelábanse estas en parte, por las públicas conversaciones.

Habia comenzado la disolucion del califato de Córdoba, y era muy difieil el impedir que se consumase. La ambicion guiaba á los unos; la venganza á los otros; y como ninguno tenia verdadero y legitimo derecho á lo que pretendia, á todos los pretendientes les era igual hacer mayores ó menores promesas, y cercenar más ó menos el imperio: como nada tenian, aunque no lo adquirieran todo, siempre lograrian demasiado.

Sin embargo, el califa Hixem, á pesar de su derecho, tambien dió el mal ejemplo, y comenzó á desmembrar sus dominios. Esto puede atribuirse á su carencia de voluntad propia: dominado por Wahda, á quien, por otra parte, debia la vida, dió á los eslavos varios go-

biernos en p rpetuo dominio. Entre estos, y otros que cedió, se contaba   Cartagena, Denia, Almeria, Murcia y algunas ciudades más, de bastante importancia.

Crecia en Córdoba el descontento   que daban márgen la crueldad de Hixem y el favoritismo de algunos, que perjudicaba   todos los demás. Suleiman explotaba estas circunstancias, para   tan favorables, y tenia todo el país en p rpetua alarma y completa intranquilidad.

No contento con sostener activa   infatigablemente la guerra, supo ganar   los walis de Zaragoza, Calatrava, Medinaceli y Guadalaajara,   quienes, siguiendo el ejemplo del menguado califa, ofreció dar la soberanía independiente de los respectivos waliaos   gobiernos, como feudatarios del califato, al cual aspiraba, siempre que le auxiliasen para obtenerle.

Todas las más angustiosas calamidades se habian desplomado sobre la bella Córdoba, en más feliz tiempo poética y admirable córte de los omniadas. Hambre, peste, completa miseria, desolacion, partidos intransigentes, todo de consuno la abatia y asolaba.

Con tantos y tan poderosos auxiliares, unos casuales y otros buscados, avanzó Suleiman hácia Córdoba, y plant  sus reales en la encantadora Medina Zahara del memorable Abderraman III. Vi ndole tan cerca, comenzó la desercion en la alligida córte.

En tanto el íntimo amigo del califa, Wahda, su salvador, gemia encarcelado por órden del mismo Hixem, quien tambien era desagradecido, para que nada malo le faltase. Parece que el esclavo, deseando conjurar la tormenta que amenazaba estallar sobre Córdoba, decidió escribir   los gobernadores de Ceuta y de Tánger,   fin de que en aquel apurado trance le auxiliasen. No llegó á realizar su propósito, aunque les habia escrito; pero no di  curso   los pliegos. Los enemigos de Wahda aprovecharon esta coyuntura para hacer creer al mal intencionado imbécil que su ministro tramaba una traicion favoreciendo   Suleiman.

Dicese tambien que Wahda procedió   escribir   los expresados walis con el consentimiento del califa; y sin embargo de que se cogieron las cartas que el esclavo conservaba aun, y que de su exámen no resultó nada contra Wahda, ni mucho menos se probó que tuviese relación ninguna con Suleiman, el cruel Hixem II autorizó la decapitacion de su fiel ministro; de aquel mismo Wahda por quien   existia, y que al salvarle la vida y conservarle el imperio no pudo prever que tan noble proceder le costase un dia la cabeza, y que tan perjudicial fuese para el reino todo.

Ciego y desatentado el ingrato califa, caminaba con pasos de gigante   su ruina, envolviendo en ella al florido y brillante imperio; y despues de haber hecho perecer con la más estúpida impavidez y

repugnante sangre fría á su salvador y fiel amigo, nombró para ocupar el vacante puesto al wali de Almería, llamado Hairan, que era eslavo, como su infortunado predecesor.

Era Hairan buen guerrero; de noble carácter; de generosos instintos, y de singular prudencia; empero ni su esfuerzo, ni su actividad, ni su teson pudieron impedir que Suleiman se apoderase de Córdoba.

Batiéndose con el mayor denuedo, cayó el valeroso Hairan acribillado de heridas; los árabes andaluces perecieron todos defendiendo el alcázar del fatal califa; la ciudad fué saqueada; sabios, jueces, magnates, nobles, plebeyos, cuantos no pudieron huir ó evitar el ser encontrados, fueron cruelmente pasados á cuchillo; la sangre corrió por las calles de la alligida y desolada Córdoba, en cuyo recinto agitó horriblemente sus negras y fatídicas alas el genio exterminador del mal, durante muchas horas (1015).

Las tropas fieles al califa hicieron una vigorosa resistencia, que puede juzgarse por la destruccion de los bizarros andaluces; y no obtuvieron de balde los bárbaros y rudos africanos la horrible victoria. Su entrada en Córdoba deshonrará perpétuamente á Suleiman: lástima grande fué que los soldados fieles á Hixem perciesen por defender á un estúpido ingrato, de mala índole y peores intenciones.

Para poner más en relieve el mal proceder de Suleiman y de sus africanas hordas, deberemos decir que el vencimiento de Hairan fué debido á que el pueblo de Córdoba franqueó la entrada en la ciudad á los enemigos, y estos recompensaron semejante servicio con el saqueo, el incendio y el degüello.

Del califa no se volvió á saber; la misma crónica árabe no saca de esta importante duda. Suleiman se apoderó del alcázar, y ni se sabe si le encerró, si le hizo matar secretamente, ó qué hizo de él, puesto que ni muerto ni con vida volvió á parecer jamás.

Creíase Suleiman asegurado en el trono, y deseando no convertir en enemigos á los walis que le habian auxiliado como amigos para usurpar á Hixem la corona, cumplió su oferta de reconocerles la soberanía independiente de los respectivos gobiernos, sin más gravámen que auxiliarle como soberanos tributarios de Córdoba, en caso de guerra.

Al mismo tiempo que protegía con franca mano á sus auxiliares, perseguía encarnizadamente á los eslavos; pero ignoraba que uno de estos era quien se aprestaba á hacerle mortal guerra; era un valeroso y entendido guerrero, que exánime y semivivo fué dejado por muerto en las calles de Córdoba; vuelto en sí, favorecido por las nocturnas tinieblas, y sin que en él reparasen los que tenian fija toda su atencion y conato en el pillaje y el robo, pudo no sin dificultad ganar

la casa de un árabe honrado, que le dió hospitalario y seguro asilo. Curado de sus heridas, ninguna grave, pero que dieron ancho paso á la evacuacion de sangre que le hizo caer exánime, se fugó de Córdoba y llegó á Almería: era el esforzado Hairan, wali en otro tiempo de la expresada ciudad, y ministro que reemplazó al desventurado Wahda, aquel que fué vil y villanamente asesinado por el último califa, de tan infelice memoria.

Ya habia en la ciudad de Almería un nuevo wali, nombrado por Suleiman, que negó la entrada, como era consiguiente, al esforzado Hairan; mas pasados algunos dias en los cuales éste habia logrado reunir alguna gente de armas, los ciudadanos arrojaron al mar al wali y á sus hijos, y dejaron franca la entrada al bizarro proserito.

Puesto de acuerdo con los walis de Ceuta y de Algeciras, se preparó á marchar sobre Córdoba, y llegó no lejos de esta. Suleiman salió á su encuentro y fué derrotado: volvieron á batirse ambos ejércitos en las inmediaciones de Sevilla; además de haber experimentado el usurpador una segunda derrota, á centenares desertaban los africanos de sus filas, para ir á engrosar las de Hairan; y haciendo supremos esfuerzos de valor, quedó desmontado y cayó herido.

El vencedor entró en Sevilla, desde cuya ciudad pasó á Córdoba; dicese que en esta habia quedado de gobernador el padre de Suleiman, quien dejó franco paso á Hairan, á fin de evitar á la ciudad nuevas calamidades.

Era el superior caudillo del ejército expedicionario Ali-ben-Hamud, wali de Ceuta, á quien el noble Hairan presentó las fatales cartas que costaron la vida al fiel Wahda, en una de las cuales ofrecia Hixem II á Ali nombrarle su sucesor en el califato.

No menos noble Ali que Hairan, su primer cuidado fué el buscar á Hixem; pero su crueldad fué excesiva. No pudiendo averiguar el paradero de aquel califa por quien inmerecidamente tanta sangre se habia derramado; á pesar de las protestas de Alhakem, padre de Suleiman; sin embargo de no poderse probar cosa alguna contra Abderrahman, hijo tambien del anciano Alhakem; no obstante que Suleiman aseguró que ni su padre ni su hermano tenian conocimiento del paradero de Hixem, y sin apiadarse del estado en que ambos hermanos estaban, casi espirantes á consecuencia de las muchas heridas que recibieran en la defensa de Córdoba, Ali por su propia mano degolló al padre y á los dos hijos, y la sangre de los tres valientes y desgraciados africanos manchó el pavimento del regio alcázar (1016).

En vano tambien fué buscado Hixem II hasta en los más apartados sitios y en las cuevas más recónditas de la morada de los cali-

fas; inútilmente fueron reconocidas con toda escrupulosidad las casas de la córte, sin exceptuar una sola: el último califa de la estirpe de los omniadas había desaparecido para siempre.

Habiendo quedado vacante el trono, fué proclamado Ali-ben-Hamud, el cual en vano se lisonjeó de haber adquirido el opulento y rico califato, tal y conforme le habían poseído sus predecesores. Los pliegos que despachó á los walies de diversas importantes ciudades, tales como Sevilla, Zaragoza y Toledo, no obtuvieron otra contestacion que un desdenoso pero muy significativo silencio.

Quizá la intencion de los walies, que no querian reconocer á Ali como califa, seria en realidad la de asegurar solidamente la respectiva independencia; empero públicamente al menos, figuraron ser impulsados por más noble y loable móvil.

Aunque había desaparecido el último califa omniadita, quedaban vástagos de su ilustre estirpe, y algunos walies se coligaron para proclamar, como en efecto proclamaron, á Abderrahman-ben-Mohammed, cuarto de su nombre. El electo procedia de muy buen origen, y sus ascendientes, en general, eran de muy grata memoria, para que Abderrahman no encontrase fuerte apoyo y numerosos partidarios. A la cabeza de estos enarboló su bandera y comenzó la guerra contra Ali. El ejército de este salió en direccion de Jaen, en donde se hallaba Abderrahman con su numerosa hueste; mas no pudo Ali seguir á sus tropas; el mismo día en que debió salir de Córdoba, fué ahogado en el baño. Dicese que los esclavos cometieron el asesinato, aunque por entonces nada se llegó á traslucir; porque se publicó la muerte del califa Ali como hija de un natural accidente (1017).

Pesarosos los africanos de la inesperada y prematura muerte del califa, se apresuraron á proclamar sucesor de aquel á su hermano Alkasim que era walí de Algeciras, como en su lugar hemos dicho, y llegó á empuñar el cetro para hacerse funestamente memorable por su excesiva crueldad.

El imperio estaba desquiciado, próximo á derrumbarse, y no era posible detener su inminente ruina. Multitud de ambiciosos y usurpadores se sucedian, aparecian y desaparecian instantáneamente; unos que deseaban el mando universal; otros que solo aspiraban al parcial y limitado de una ó más provincias, y en tanto el glorioso cetro del gran Abderrahman III estaba roto y deshecho en mil pedazos. ¿Y qué hacian entonces los principes cristianos de España? En tanto hicieron alguna cosa en favor de sus pueblos, como en el respectivo lugar habrá visto el lector; mas no lo que debieron en pró de la causa general de la restauracion, cuidando más de sus particulares rencillas que de aprovechar la propicia coyuntura que la inminente disolucion del califato les presentaba, ocasionada por

la espantosa anarquía; por la destructora guerra civil, y por cuantas calamidades asolaban al imperio musulmico.

Poco reposo tuvo el cruel Alkasim; un hijo de su hermano Ali, llamado Yahia, reclamó sus derechos al cetro de Córdoba, como hijo del difunto califa; y para apoyarlos salió de Ceuta seguido de un ejército numeroso, del cual una parte se componia de una raza de negros terrible y feroz, y se posesionó de Málaga.

Salió Alkasim de Córdoba en persecucion del nuevo pretendiente, y volvió el destrozado imperio á contar tres califas: Alkasim, Abderrahman y Yahia. La lucha entre el tio y el sobrino duró largo tiempo, y en tanto Abderrahman se sostenia sin perder ni ganar terreno; mas aquellos se convinieron, para no dar ventaja á este último, en dividir el imperio, haciendo y deshaciendo como si los súbditos de este fueran cabezas de ganado, reservándose el mando de los unos, y haciendo completa cesion del de los otros.

De este modo siguieron con la España musulmica dividida, hasta que en el año 1021 se aprovechó Yahia de la ausencia que Alkasim hizo á Ceuta, y se proclamó califa único; pero de poco le sirvió su resolucion y la aquiescencia de los principales magnates, que odiaban de muerte á Alkasim. Este, sabedor de la perfidia de su sobrino, que no habia temido faltar al solemne tratado, se apresuró á regresar á Córdoba, y acobardado Yahia, que nada quita más radicalmente el valor que el proceder deshonesto, abandonando apresuradamente la córte huyó azorado á Algeciras.

Vuelto Alkasim á Córdoba, recomenzó su despótico mando y renovó sus inauditas crueldades. ¿Hasta dónde llegarían los excesos del feroz califa, cuando aquel pueblo que habia sufrido tantas y tan grandes calamidades con incalificable impasibilidad, no pudo ya ser más sufrido?

Imprevistamente, y cuando casi rayaba la media noche, se dió el toque de alarma; al escuchar el alarmante fragor, el pueblo salió armado á la calle y se dirigió tumultuosamente al régio alcázar, que fué bizarramente defendido por la valiente guardia de Alkasim; mas no es posible comprender si rayó más alto la lealtad de la guardia, ó la tenacidad del pueblo, que sitió formalmente el alcázar, y sostuvo el asedio muy cerca de dos meses, hasta que el hambre y la carencia de todos los recursos, completamente agotados durante tan largo período de tiempo, determinaron á Alkasim á hacer una brusca salida con su guardia.

Verificóse en efecto; no pocos valerosos soldados perecieron en ella: el califa se salvó, merced á la hidalguía de algunos nobles conjurados, que habiéndole conocido le salvaron generosamente y le sacaron ileso de la córte.

Esta era la más oportuna ocasion para Abderrahman; porque en

ninguna tuvo más franco y expedito el anhelado trono. No le ocurrió, sin embargo, porque su muerte coincidió con la caída de Alkasim.

Al recibir tan funesta noticia, los partidarios de los omniadas proclamaron sin perder momento á Abderrahman-ben-Hixem, biznieto de Abderrahman III. Aquel fué contado el quinto de su nombre.

Dícese que el nuevo califa era de pronto ingenio; tenía muy bella figura, simpática fisonomía, erudición y virtud. Su severidad fué sin duda la que le perdió, dando con ella márgen á que le retirasen su afecto los que solo medraban y vivían á la sombra de los desórdenes y desmanes. Entiéndase que Abderrahman era severo, para consentir la inmoralidad y la licencia; mas no era cruel, sino por el contrario, afable y benigno; empero es obra imposible moralizar á un pueblo que llegó al estado en que se encontraba el cordobés.

Trató de poner coto á la escandalosa licencia de la guardia, y de hacer algunas supresiones de ciertos privilegios odiosos á la generalidad, por lo mismo que favorecían á unos pocos en particular, y quiso, en fin, moralizar todas las clases. Abderrahman V hubiera sido, sin duda alguna, uno de los mejores califas de Córdoba si hubiera tenido tiempo para demostrar cuán digno era del trono; hubiera formado la felicidad del imperio, si hubiera ceñido la corona en vez de Hixem III, el imbécil; mas la fatal educación que á este le diera, contribuyó no poco á la ruina completa del floreciente y magnífico imperio. La soberbia ambición de la sultana Sobheya y de Almanzor, dieron tan amargo y pernicioso fruto; y en este sentido puede decirse que los musulimes tuvieron poco que agradecer al gran caudillo árabe del siglo XI, porque hubiérase sido á aquellos mas ventajoso el haber adquirido menos guerrera gloria, y haber conservado incólume el honor de la corona, y completo é íntegro el poder de su cetro. Si á Hixem II se le hubiera educado para soberano; si no se le hubiera criado en la ociosidad y la mollicie; si no se le hubiera hecho contraer repugnantes vicios; si no se le hubiera aislado completamente, y si no se hubiera impedido el que llegase á conocer la marcha de los negocios del Estado, colocándole en el triste caso de no comprender ni aun la de aquellos más insignificantes y correspondientes á la esfera de los asuntos comunes, Hixem hubiera sido mejor ó peor califa que sus antecesores, entre los cuales tan dignos y grandes los hubo; pero habría tenido fuerza de voluntad y decisión propias; hubiera gobernado por sí y enfrenado las ambiciones habiendo quitado á estas todo pretexto para que no dieran salida al exterior ni entonces ni despues; porque Hixem, cuya naturaleza no hubiera sido destruida en sus

más tiernos años, hubiese probablemente tenido sucesion; y cuando no, habria nombrado uno de sus cercanos parientes de la estirpe de los omniadas, tan popularmente querida; y como la determinacion procedia de un califa, en tal caso, amado del pueblo por su carácter y su manera de gobernar, la eleccion hubiera sido sin duda alguna respetada; el imperio, si no ganaba, se sostuviera en todo el esplendor de la gloria antes adquirida, y no se hubiera desquiciado y dividido fraccionándose de tan lastimosa manera, que hacia prever iba á derrumbarse por completo. Tal fué la obra de Almanzor, á quien llaman el Grande: lo fué en efecto, como caudillo esforzado, hábil político, é inteligente general; empero fué tan grande héroe, como ambicioso. De este retrato fiel, en nuestro concepto, tal como puede nuestro tosco é inhábil pincel bosquejarle, se deduce una tristisima verdad, á saber: el hombre político, cuanto mayor es su supremacia sobre los demás, tanto mayor es su insaciable ambicion; ó lo que es lo mismo, sin ambicion no hay móvil bastante poderoso que impulse á consumir hechos gloriosos. Esto decimos hablando en tésis general, salvo algunas excepciones tan raras, como honrosas.

Dedúcese tambien, si no nos engañamos, que la inerrable Providencia dirige los humanos sucesos que el hombre apoyado en su débil y limitada inteligencia guia por el camino que más conducente le parece al fin que se propone, á terminar en el punto diametralmente opuesto. La brillante carrera del gran Almanzor es un innegable ejemplo de esta inconcusa verdad: quiso, sin duda que el floreciente imperio de Córdoba llegase á todo el apogeo de su gloria, que él hubiera sabido con su hábil y enérgica mano conservar, para legarla un dia á sus hijos, á quienes en sus ensueños de ambicion viera colocados sobre el áureo sόlio; y solo contribuyó sin poder preverlo, conocerlo, ni evitarlo, á precipitar la ruina de aquel mismo imperio que era su ídolo. A él debió Córdoba todos los desastres consiguientes á la nulidad y crueldad estúpida de Hixem II, frutos naturales de la educacion que se le dió; él fué la causa de tanta y tan heróica sangre inútil y lastimosamente derramada; á él debió el imperio el derrumbarse envuelto entre tanta ignominia como gloria tuvo en más felices dias; y, sin embargo, nada de esto se propuso el grande y memorable Almanzor. Cumplió su mision sobre la tierra creyendo guiar hábilmente los sucesos, mientras que solo obedecia, sin comprenderlo, á un poder superior, que habia escrito con caracteres de fuego en el celeste libro la ruina del imperio musulmico. Tal es nuestra humilde opinion respecto del glorioso Almanzor, al cual no podemos negar las brillantes cualidades de que estuvo dotado.

Dejamos á Abderrahman V ocupado en cortar los abusos y en-

frenar la general licencia, y especialmente la de los africanos y eslavos de su guardia. Habituada esta al desenfreno consiguiente á tantos cambios de soberanos y á las reiteradas sediciones, no podia soportar tranquilamente el que se tratase de ponerla bajo un régimen de indispensable y bien entendida disciplina.

Acaso la enérgica mano de Abderrahman hubiera logrado contener el torrente, que bramador amenazaba despeñarse; empero un nuevo ambicioso agitaba la tea de la discordia, y sus eficaces diligencias eran tanto más terribles, cuanto que el pretendiente á la corona é instigador de los malcontentos era un primo del califa, llamado Mohammed-ben-Abderrahman.

El descontento tomó repentinamente colosales proporciones, y una mañana estalló la insurreccion, allanando los sublevados el real alcázar, y penetrando hasta la habitacion del califa. Dicese que los eslavos que guardaban la régia habitacion perecieron cumpliendo con su deber; y quitado este único obstáculo llegaron al departamento en que el califa descansaba, muy distante de prever la fatal suerte que le estaba reservada.

Dormia Abderrahman; mas el infernal estrépito que hacian los conjurados le hizo despertar; saltando del lecho desnudó la corva y afilada cimitarra, y sucumbió, porque era imposible resistir á tan desenfrenada muchedumbre; mas no cesó de existir sin hacer caer sin vida á varios de los infames asesinos, defendiéndose valerosamente durante mucho tiempo (1023). Muerto ya el infelice califa, los bárbaros conjurados dividieron en varios trozos el cadáver.

La ciudad, que era completamente agena á la escena de horror que en el alcázar acababa de tener lugar, quedó consternada al ver desparramarse por calles y plazas á los infames asesinos del califa. Afortunadamente no cometieron grandes excesos, y su principal ocupacion fué proclamar en tumulto á Mohammed III.

De efimera duracion fué su reinado, tal como hacian predecir los medios de que se valió para ascender al sólio, cuyo primer escabel fué un ensangrentado y mutilado cuerpo. De nada le sirvió el haberse dedicado á adquirir el afecto, ó el agradecimiento al menos, de los africanos de la guardia, á los cuales no hubo concesion que no hiciese, ni prodigalidad que para satisfacer su insaciable avaricia economizase. Descuidado de todo, como si estuviese su poder firme y eternamente afianzado, solo se ocupaba de los placeres, de los banquetes y festines, dejando que sus delegados procediesen arbitrariamente, y sin curarse de nada de cuanto en su imperio sucedia.

El pueblo era la víctima, y el califa el sacrificador. Sufrido y paciente aquel, llegó hasta donde era posible; empero los excesivos gastos, que solo podian realizarse á costa de los que tenian la im-

prescindible necesidad de levantar las cargas del Estado, llevaron al pueblo á la miseria, esta á la desesperacion, y la desesperacion á la insurreccion manifiesta y amenazadora.

Comenzó el popular motin contra algunas de las autoridades superiores, y terminó por pedir la caida de Mohammed III. La adulada y enriquecida guardia, que vió agotada la rica mina, se unió al pueblo; y abandonado el califa de los que pudieran y debieran haber sido su único sosten, tuvo necesidad de apelar á la fuga.

Dícese, sin embargo, que algunos individuos, aunque pocos, de la guardia africana le fueron fieles, merced á los cuales pudo salir ileso y llegar hasta Uclés, en donde no mucho despues falleció, envenenado segun se asegura (1025).

Nuevamente quedó vacante el trono de Córdoba, y esta entregada á la más feroz y espantosa anarquía. Era forzoso encontrar una enérgica y hábil mano que la enfrenase; y la gente pacífica suspiraba por un califa capaz de restablecer el orden de sólida y firme manera.

Existía en Málaga Yahia-ben-Ali, en otro tiempo califa, aquel que despues de compartir el imperio con su tío Alkasim se hizo dueño de todo el califato, y se fugó á Algeciras tan pronto como supo que su colega en el mando se dirigia á castigar su osadía.

Cuando pereció Mohammed III, era Yahia emir de Málaga, Algeciras, Ceuta y Tánger; y puesto de acuerdo con sus partidarios se dirigió á Córdoba, en donde fué muy bien recibido por la generalidad, que solo anhelaba el tener un califa que pusiese un dique al arrollador torrente de la destructora anarquía; mas ya se habia hecho de todo punto imposible lo que con sobrada razon deseaba el pueblo.

No pudo Yahia lograr que los walies le prestasen obediencia. El de Sevilla no se limitó á desobedecer de palabra; y el califa determinó domeñar su orgullosa osadía. Á este fin salió de Córdoba acaudillando un ejército, el cual cayó en una celada que supo preparar con destreza y oportunidad el wali sevillano: la hueste de Yahia fué completamente derrotada, y el califa pereció atravesado de una lanzada, cuando apenas habia ceñido la régia corona (1026).

De nuevo quedó huérfano el imperio; porque el wali de Sevilla se volvió á esta ciudad, contra lo que debia esperarse de un hombre que al desobedecer al califa, parecia demostrar sus aspiraciones á la soberanía: tal vez su ambicion se limitaria á ser el soberano de Sevilla.

Ocupó por fin el vacante sólio Hixem-ben-Mohammed, tercero de su nombre, hermano de Abderrahman IV, que fué elegido por los magnates y otras personas notables de Córdoba. No se hallaba en esta ciudad el electo, ni sospechaba que de él se acordasen pa-

ra ocupar el trono; y al recibir la nueva que oficialmente le fué comunicada por una comision del divan, manifestó su agradecimiento por el lisonjero recuerdo, aunque se negó resueltamente á abandonar la vida retirada y tranquila, porque no se encontraba capaz de sobrellevar el peso demasiado enorme del gobierno del estado.

Continuó vacante el trono durante algunos meses, hasta que en vista de las reiteradas gestiones y continuos mensajes que de la córte recibia, aceptó por fin Hixem III, y nombró su primer ministro á un consejero llamado Gehwar, que era quien más directa y eficazmente habia contribuido á la eleccion.

Parece que por entonces los reyes cristianos de España llevaban ganado algun terreno, y puestos en el camino que jamás debieron haber abandonado, obligaron al nuevo califa á salir á campaña.

Tres años se ocupó en esta, y aun no se le conocia en la córte. A lo que se cree, tenia el califa poca voluntad de residir en Córdoba; empero su dilatada ausencia dió margen á disturbios y disgustos, y le fué preciso pasar á la capital, á donde le reclamaban los graves asuntos del gobierno, el estado de abierta insurreccion en que estaban los walfes, y las reiteradas instancias de Gehwar.

Entró por fin en Córdoba Hixem III (1029), y no tardaron en cesar las murmuraciones y los disturbios; porque el califa se captó el popular afecto. Dicese que era afable y de buena presencia, extremadamente generoso, y estaba dotado de claro talento y de rara prudencia.

Era Hixem un verdadero padre de los menesterosos, y por sí mismo socorria la miseria y visitaba á los enfermos; mas si estas prendas notables, y no comunes en un soberano, eran muy á propósito para hacerse amar de sus súbditos, debia, sin embargo, el califa ver estrellarse todos sus esfuerzos en la manifiesta ambicion de los walfes. El floreciente imperio estaba de antemano casi disuelto; aquel fuerte cuerpo, imponente y formidable en más felices dias para los musulimes, lleno de robustez y de vida, estaba gangrenado; y la mortal enfermedad habia ganado demasiado terreno, para que se encontrase medio de detenerla en su destructor camino.

De nada sirvió al benéfico Hixem el haber usado con los rebeldes walfes de todos los medios más suaves, conciliadores y políticos; nada pudo lograr apelando á los coercitivos, y llegando á mandar que se domeñase con la fuerza á los insurrectos. Todo fué igualmente inútil, y con el dolor que era natural vió el benigno califa de Córdoba desmembrarse, ó derrumbarse más bien, el temido imperio fundado y engrandecido por sus gloriosos antecesores: cada walf se hizo rey de su respectivo gobierno, y casi simultáneamente fueron proclamados los de Toledo, Zaragoza, Granada y Málaga,

Mérida, Denia y Almería, Sevilla, y otros varios que mandaban en puntos menos importantes, y que tambien se declararon independientes.

En tan triste y apurado trance sucedió al desgraciado Hixem lo que al hombre emprendedor, cuyo talento y buenas prendas se encomian y exageran si su empresa es ayudada por la fortuna; mas si por el contrario la mala suerte le hace que fracase, todas las buenas cualidades, por visibles que sean, se le niegan, y se le llama imbécil y estúpido. Ni el mejor soberano de cuantos procedieron de la digna stirpe de los omniadas hubiera podido evitar la ruina y disolucion del imperio, si hubiera tomado el mando en las terribles y difíciles circunstancias en que le tomara Hixem, cuando ya era imposible evitar la ruina. Sin embargo, como no pudo detener el desbordado torrente, á él se le culpaba de todas las desgracias y pérdidas: el gran califato de Córdoba habíase reducido á la nada, y el califa apenas podia decir que era dueño de otro terreno que de aquel que pisaba.

El pueblo ingrato no vió más que las pérdidas materiales; olvidó los recibidos beneficios, y designó, con escandalosa injusticia, al califa como el origen de todos los males. Comenzaron los numerosos descontentos á manifestarse tan abiertamente hostiles, que tumultuosa y públicamente se atrevieron á pedir la caida del califa. Este, aconsejado por su fiel amigo y ministro Gehwar, abandonó la córte (1031); y aunque parecia que ausente el califa, despues de haber abandonado un cetro cuya posesion jamás deseó, y que habia empuñado con notable y manifiesta repugnancia, tendria término la injusta saña de los sediciosos, no por esto cesó, ni la cruel persecucion. Para comprender hasta dónde llegaria esta, bastará decir que el destronado Hixem tuvo que llegar hasta las inmediaciones de Lérida desde Andalucía.

Con este califa terminó definitivamente la stirpe de los omniadas, y con ella el magnífico imperio que sostuvo dignamente su crecienté poder y su brillante gloria durante casi cuatro siglos (de 756 á 1031: 275 años).

Cuando Hixem III abandonó el cetro por no poder gobernar á aquella raza degenerada y envilecida que, segun las palabras que á este soberano se atribuyen, *ni sabia ya mandar ni sabia obedecer*, cada wali se habia declarado independiente, y unos se hacian dar el título de reyes, así como otros se contentaron con declararse señores de sus respectivos gobiernos. Por manera que la España árabe reunia en su seno multitud de soberanos, de los cuales eran los principales los de Sevilla, Granada, Zaragoza, Toledo, Málaga, Valencia, Badajoz, las Baleares, Murcia, Denia y Almería.

Segun muy entendidos y eruditos autores, la obra consumada al

terminar el reinado de Hixem III tuvo su origen ó principio en el año 1009, y fué preparada, aunque involuntariamente, por el gran Almanzor, á consecuencia de las concesiones que hiciera; sin duda quiso crearse amigos, que tiempo adelante le pudieran auxiliar por agradecimiento, cuando llegase el caso de consumir la obra que su ambicion meditaba.

Sin embargo, hasta el año 1031 los walíes no adoptaron el título de soberanos, aunque de hecho lo eran algunos desde el fatal reinado de Hixem II, el cruel imbécil.

Habiendo desaparecido por completo el califato de Córdoba, fué proclamado emir de aquella provincia Gehwar, ministro que habia sido de Hixem III. Dicese que era amado y respetado por todos, merced á su capacidad, honradez y modestia. Este hombre extraordinario no quiso ser, por decirlo así, soberano absoluto: creó una asamblea á la cual decidió investir del poder supremo, y se cuenta de él que á toda instancia ó reclamacion que se le hacia, contestaba que la decision pertenecia al divan ó consejo, del cual él no era sino un miembro.

Sería largo de referir cuanto en alabanza de Gehwar se ha escrito, así respecto de su acertada manera de gobernar, como en lo concerniente á su vida privada. Lástima fué que no hubiese aparecido en tiempo oportuno para contener, como era muy capaz, la ruina del imperio; pero ya no era posible detener á los walíes en la resbaladiza pendiente en que les habia colocado su ambicion. Gehwar se dirigió á ellos más de una vez, para procurar convencerles de la necesidad en que estaban de prestarle obediencia, única manera de que el imperio recuperase su perdido poder y su eclipsada gloria.

Ninguno tomó en consideracion las excitaciones del sábio y modesto Gehwar, y Mohammed-Ebn-Abed, emir de Sevilla, lejos de comprender la necesidad de unirse y agruparse en derredor de una sola bandera, rompió las hostilidades contra el de Carmona, el cual, á pesar de haber su enemigo establecido el bloqueo de la ciudad, logró salir de ella para pedir socorro á los emires de Granada y de Málaga.

Dicese que estos (Habus-ben-Zeiri, de Granada; Edris-ben-All, de Málaga) no vacilaron en darle auxilios de todo género, temerosos del engrandecimiento del emir Mohammed, cuyo poder era ya muy grande.

Dióse una accion que sostuvo contra los aliados Ismail, hijo del emir de Sevilla; el resultado de la batalla estuvo largo rato en duda; pero la muerte de Ismail decidió la cuestion en favor de los aliados (1034).

A consecuencia de esta pérdida, nada insignificante para el emir

sevillano, determinó este apelar á una verdadera superchería. Como nadie podia asegurar lo que habia sido de Hixem II, ni se conocia otra cosa que su misteriosa desaparicion, Mohammed fingió que en Calatrava habia aparecido el perdido califa.

La noticia publicada por el astuto emir, que sabia perfectamente cuánto era el cariño que se conservaba á la estirpe de que procedia Hixem, fué anunciada de una manera oficial; la comunicó á todos los walis y gobernadores de las ciudades de la España árabe, asegurándoles que el desaparecido califa estaba ya en el alcázar de Sevilla, y que él se habia comprometido á colocarle nuevamente en el trono.

No logró, sin embargo, su objeto el artero Mohamméd; la mayor ó menor ilustracion de cada uno hizo que se diese más ó menos crédito á semejante fábula, que fué absoluta y completamente rechazada por los hombres de más valía (1036).

Entre los que se desentendieron de la peregrina noticia, se contaron los emires que fueron la principal causa de que Mohammed la inventase. Los aliados, sin curarse de semejante cosa, enorgullecidos con su primer ensayo, entraron por el territorio sevillano á sangre y fuego, y aun se dice que llegaron á Triana.

Salió á su encuentro Ayub, general que mandaba la caballería de Sevilla, y logró hacerlos volver grupas. Este hecho de armas produjo dos contrarios efectos: el emir de Sevilla tuvo la satisfaccion de ver disuelto el ejército de los aliados, quienes, como siempre sucede en casos análogos, no querian cargar con la responsabilidad del mal éxito; y los de Carmona echaban la culpa á los de Málaga; estos la achacaban á los de Granada, y todos se la adjudicaban á los otros, produciendo este choque la disolucion del ejército aliado. En cambio Ayub-ben-Ahmer, el general vencedor, se proclamó emir soberano de Huelva.

En el año 1037 falleció en su retiro en las inmediaciones de Lérida el último califa de Córdoba, el buen Hixem III, rodeado de algunos ilustres musulimes y de varios hombres de letras, que quisieron acompañarle en su retiro y que le fueron fieles hasta la muerte.

Dos años despues murió Edris-ben-Ali, emir ó soberano de Málaga, sucediéndole en el mando Yahia, su hijo. Con motivo de la muerte de Edris se suscitó una guerra, que pudiera haber tenido muy funestas consecuencias, á no haber perecido el motor de aquella.

Parece que el gobernador de Ceuta, llamado Nabjah, quiso coronar á un hijo de Yahia del cual habia sido ayo. No contentándose el expresado gobernador con manejar la intriga, apeló á las armas; comenzó la guerra, y llegó á dar cuidado al nuevo emir. Afortunadamente para este, el de Algeciras, llamado Mohammed-ben-Kassin,

se presentó con un ejército en socorro de Yahia, de quien era deudo, y logró que cayese Nabjah en un lazo que supo hábilmente tenderle, y á consecuencia del cual perdió la vida, y el emir de Málaga Yahia-ben-Edris quedó en pacífica posesion de su emirato.

Poco despues volvió á reaparecer en la escena el wali de Sevilla, quien anunció, tambien oficialmente, que habia fallecido Hixem II. Parece extraño le hiciese resucitar despues de tanto tiempo, para enterrarle tan pronto; pero desaparece la extrañeza al saber que Mohammed manifestó haberle dejado por heredero y sucesor del imperio el precitado califa, segun unos documentos que dijo poseia, y que naturalmente él mismo habria forjado.

Nada logró con tan desatinada invencion, sino que le fuesen fieles algunos que desde la publicacion de la primera parte de la fábula, habian sido bastante imbéciles para darla crédito. Mas sin engrandecer su poder, falleció de un ataque de hipocondria que rápidamente le condujo al sepulcro (1042), desarrollado á consecuencia del funesto vaticinio hecho por un astrólogo, respecto á la efímera duracion de su dinastía.

En tanto continuaba Gehwar siendo el idolo de los cordobeses, por su recto y paternal gobierno, por su severa y equitativa justicia, y por la abundancia de que el pueblo todo disfrutaba, merced á las leyes que habia el emir puesto en vigor y á la moralidad de sus delegados; moralidad que habia llegado hasta el pueblo y que en él se habia difundido. Tal es el impulso del buen ejemplo que procede de los que tienen el poder supremo.

La necesidad le puso las armas en la mano, para sujetar á los walis más vecinos á su emirato. Los sucesos de la campaña no le fueron tan favorables como hubiera convenido, y sin embargo, llegaron sus armas hasta Toledo.

Así trascurrió el tiempo hasta que la implacable muerte apareció desgraciadamente para dejar huérfanos á los cordobeses. El sentimiento que á estos causó el fallecimiento de Gehwar (1044), no hay para qué explicarlo; y con razon le lloraron; porque devolvió á Córdoba su esplendor, abundancia y poder, ya que no pudo restaurar el imperio entero, puesto que era humanamente imposible.

Le sucedió Mohammed-Abul-Walid, así como en el emirato de Sevilla heredó la corona de Mohammed-Ebn-Abed, Abed-Al-Mot-hadi, su hijo.

El hijo de Gehwar era tan virtuoso y recto como su padre; empero más amigo de la paz que de la guerra, para lo cual le sobra motivo: era hombre de muy escasa salud. En cuanto al hijo de Mohammed, dicese de él que era tan excesivamente cruel como voluptuoso.

Uno y otro continuaron la guerra: el primero contra toda su voluntad, y á consecuencia de haber rechazado orgullosamente sus proposiciones de paz el rey de Toledo y el señor ó pequeño soberano de Alshillah. El segundo se dirigió contra los emires de Granada, Carmona y Málaga.

Hemos llegado al año 1050: del resultado de ambas campañas pendientes daremos puntual cuenta en el 1051, que es en el que debe aquel quedar consignado.

REINO DE CASTILLA Y LEON.

AÑO 1051 Á 1100.

Uno de los más dignos soberanos que empuñaron el cetro de Castilla y Leon, fué sin duda alguna Fernando I, quien mereció ser llamado el *Magno*.

La difícil empresa que se propusiera dirigida á captarse el afecto de los leoneses, no le costó ni mucho tiempo ni grandes esfuerzos. Su paternal gobierno; su equitativa justicia; su moralidad, y el desvelo y asiduo cuidado con que se dedicó á labrar la felicidad de sus súbditos, lograron muy pronto lo que para otro soberano quizá hubiera sido irrealizable; porque las buenas prendas que en Fernando concurrían, era muy difícil se reuniesen en un solo rey, aunque no fué el único en poseerlas.

Ya sabe el lector en qué empleó el hijo de Sancho el Mayor los primeros años de su reinado, así como no ignora la convocatoria y realizacion del concilio de Coyanza, ó Valencia de Don Juan (1050).

En pocos años, y al decir de escritores ilustres y eruditos, afianzó el orden en lo interior de sus dominios; puso á raya á algunos próceres, que demostraban sus visibles tendencias á la sedicion; renovó y reformó la legislacion visigoda, adaptándola á las necesidades de la época; hizo establecer las necesarias reformas relativas al clero, y nada olvidó de cuanto podía contribuir al bien general de sus súbditos, y al particular de cada una de las clases en que estos estaban subdivididos.

No contaba el buen rey seguramente con que habia de obligarle á marchar en son de guerra, antes que los enemigos de la cruz, un soberano que profesaba su misma religion y que estaba íntimamente ligado con él por los sagrados vínculos de la sangre.

El rey de Navarra, García, hermano de Fernando, habia siempre llevado pesadamente el que su padre, Sancho el Mayor, hubiese

hecho á su hermano el más poderoso de los monarcas cristianos de España.

Dícese que García no demostraba abrigar ninguna siniestra intencion; antes por el contrario, se ocupaba en distracciones útiles para el embellecimiento de su reino, sin que mostrase deseos de desnuar el acero, y mucho menos contra su hermano.

Habia elegido para córte de su reino la ciudad de Nájera, y todo su conato y atencion se dirigian á hermosearla con notables palacios y con riquísimos templos. Ocupado en esta grata tarea, le acometió una enfermedad peligrosa; y Fernando de Castilla pasó á visitarle, no pudiendo serle indiferente el peligro de su hermano, á quien queria tanto quanto era justo y natural.

No está averiguado si García tenia de antemano premeditado su criminal proyecto, ó si la ocasion hizo surgir en su pensamiento ideas reprobables que hasta entonces no le habian ocurrido; mas es lo cierto que Fernando tuvo aviso de que contra él abrigaba García siniestras intenciones, en virtud de lo cual salió con la mayor premura de Navarra, y regresó á sus dominios; porque el plan frustrado por la diligencia de Fernando, era, segun se cree, directamente contra su persona (1053).

No mucho tiempo despues se sintió enfermo Fernando, como si de propósito se hubiese podido preparar, y García, que estaba ya restablecido, pasó á ver á Fernando. Qué noticias pudo este tener relativas á la oculta intencion que su hermano guardaba en su pecho no es fácil averiguarlo. Graves debieron ser, cuando el recto Fernando mandó arrestar á García, y dispuso fuese recluso en el castillo de Cea.

Fuese más ó menos razonable y fundada la determinacion de Fernando, dió suficiente motivo á su hermano para que abreviase la realizacion de su proyecto.

Su prision no fué larga, porque logró fugarse del castillo; y casi antes de que se supiese su evasion, se tuvo noticia de que habia entrado con gente de guerra en los dominios de su hermano, cometiendo los consiguientes excesos.

Fernando salió á detener á los enemigos seguido de un respetable ejército; mas no pudiendo olvidar cuán triste y desconsolador era el tener que esgrimir el acero contra su propio hermano, mandó al encuentro de este unos embajadores, á fin de que le recordasen los indisolubles lazos que los unian, la conveniencia de mantenerse unidos, y quanto le pareció más á propósito para lograr que García, abandonando su temeraria é injusta empresa, regresase á Navarra y no turbase la paz.

García, altivo y tenaz como era, procedió con los legados, ó embajadores, de una manera descompuesta, altanera é impremeditada:



sin respeto á ningun derecho, inmunidad ni consideracion, los mandó prender. Poco despues comprendió, ó más bien le hicieron comprender, cuánto tenia su conducta de perjudicial á su propia causa, y dió orden para que fueran puestos en libertad. Sin embargo, reparó su injusticia de una manera muy propia de su innata altivez y rigidez genial, sin darles oídos y asegurándoles que muy pronto venceria á Fernando y volveria á prenderlos, trayéndolos á su campo *como ovejas de un rebaño*.

En tanto las huestes de Castilla y Leon, mandadas personalmente por Fernando I, habian llegado á las inmediaciones de Burgos, y habian sentado sus reales en el valle de Atapuerca.

No tardó mucho García en dar vista al ejército de su hermano, y estableció su campamento en lugar conveniente. Seguíale un ejército respetable; mas como de su reino no podia reunirle bastante numeroso para hacer frente al de Castilla y Leon, estableció una alianza con varios jefes agarenos, que se unieron á él con sus respectivas huestes.

Doloroso es, por cierto, que un rey cristiano se aliase con los enemigos de su ley, para hacer la guerra á un monarca cristiano tambien, y hermano suyo. Por desgracia no es este el único ejemplo que la historia presenta, de tan ignominiosas alianzas; y es más doloroso aun el verle puesto en práctica por García, que era valiente, hasta la temeridad, como guerrero, y muy respetable como caudillo. Por otra parte, es tambien muy sensible que el compromiso de la lealtad y el acicate del valor de guerreros comprometiesen á los esforzados navarros á esgrimir, mal de su grado, los aceros en una injusta lucha; porque fueron tal vez sin voluntad, é impulsados quizá por un punto de honor, más ó menos bien entendido, como veremos despues demostrado en la conducta observada por el ayo del rey D. García de Navarra.

Fernando I, que no podia decidirse á olvidar que el enemigo que frontero tenia era su hermano, no queriendo recordar el reiterado mal proceder que con él habia tenido el soberano navarro, ni mucho menos el reciente insulto recibido en las personas de sus legados, quiso apurar los medios conciliatorios.

No podia temer á su hermano, como caudillo, ni como soldado; porque él era tan buen general como valeroso guerrero. Su ejército, ni en fuerza fisica ni en la moral era inferior; empero dolíale en el alma que los cristianos derramasen la sangre de sus correligionarios, y desnudar el acero para cruzarle contra el hijo de sus propios padres. Deseando evitar tan funestos y repugnantes extremos, mandó á su hermano nuevos legados; y debió confiar ó esperar, al menos, que sus esfuerzos no serian hechos en balde, puesto que por su ruego pasaron al campamento de García Santo

Domingo de Silos y el abad de Oña, San Ignacio, varones de eminente virtud, que hoy veneramos en los altares, y de tanta elocuencia como sabiduría.

En vano Fernando I confiaba, aunque tan racional y fundada era su confianza: García II estaba ciego; y en su desatinada cólera nada veía, nada escuchaba; quería precipitarse, y anticipar su ruina; y todos los medios humanos son ineficaces é impotentes para detener en medio del espacio el rápido caer de la cascada, que bramadora descende al través de las enroscadas peñas que apenas roza en su veloz carrera.

Amaneció el primer día de Setiembre del año 1054. Apenas se percibían los primeros fulgores del magestuoso sol, cuando el belicoso y horrisono fragor de los instrumentos de guerra manifestó á ambos ejércitos que García había desojido á los segundos legados, como desoyó á los primeros, y que ni los embajadores guerreros ni los ministros del Dios de paz, que tanto recomendara esta á los hombres como el más grande y necesario de los bienes humanos, habían logrado convencerle y desistir de su temeraria é injusta empresa.

La batalla comenzó por fin, y el terrible resultado de ella no se hizo esperar. No somos de los que siempre aplauden al que vence; por desgracia, vencedores y vencidos eran españoles. Todos los elogios serían muy pálidos y débiles, si quisiéramos encomiar el valor de los navarros tanto cuanto mereció. Sus principales caudillos peleaban con el esfuerzo que era connatural en ellos; mas un sentimiento de justicia coartaba su ánimo, porque comprendían que no asistía á su rey la razón. Esto lo demostró bien ostensiblemente el ayo de García II, de quien se cuenta que después de haber agotado las razones y esfuerzos para lograr que su real pupilo desistiese de su injustificable intento, desesperado y convencido de que el rey corría á su ruina, que prevía inevitable, en la cual había de ir envuelta la de su amada patria, lejos de resistir, corrió á buscar la muerte; mas quiso encontrarla como bueno y valiente, porque la halló derribando enemigos con su pujante brazo y terrible lanza. Que se precipitó entre los contrarios con el deliberado intento de morir, no admite duda alguna; porque se internó solo entre ellos, desarmado de malla y de capacete.

La acción se decidió en favor de Castilla, con la muerte del infortunado García II.

Fernando I mandó expresamente que se respetase la vida de su hermano, y que se procurase hacerle prisionero; esto había de producir el mismo efecto para decidir el resultado definitivo de la pelea, y era más conforme con el amor fraternal que siempre profesó á su hermano el rey de Castilla, y estaba más en armonía con su

buen corazon y religiosos sentimientos. Para lograrlo salieron varios caballeros, precisamente *leoneses*; circunstancia que debe tenerse muy en cuenta, como bien pronto veremos.

Rápidos como la veloz saeta que hiende los aires, salieron al escape los caballeros, y sus lanzas mortíferas, sus arrolladores corceles, no encontraron obstáculos en su paso que no derribasen. Llegados al sitio en que se hallaba el bizarro é infortunado García II, los caballeros navarros que escoltaban á su rey cumplieron como buenos y leales; mas no pudieron impedir que su belicoso monarca cayese del caballo cubierto de heridas.

Los leoneses extralimitaron las órdenes que recibido habian. Documentos que cuentan respetabilísima antigüedad, como contemporáneos, y que á juicio de entendidos historiadores merecen completo crédito, manifiestan que los expresados caballeros leoneses habian tomado parte en la funesta batalla de Tamaron, que tuvo lugar en el año 1037. Eran cordialmente adictos á doña Sancha, hermana del malogrado Bermudo III y esposa del primer Fernando, y aquella no habia apartado jamás de su memoria que aquel desventurado y valeroso rey habia perecido á impulso de la lanza de García II; y á este más que á Fernando culpaban los leoneses de la sensible orfandad de Leon. Además, dícese tambien que los caballeros no solo cumplieron sus deseos, si que tambien dieron cumplimiento á los de la reina, que anhelaba vengar con la sangre de su cuñado la que su hermano derramara en la batalla de Tamaron.

Poco tiempo vivió el valeroso rey de Navarra despues de caer en tierra: está probado que solo le tuvo para confesarse con San Ignacio el abad de Oña, despues de cuyo sagrado acto espiró en edad aun florida. Fué digno hijo de Sancho el Mayor, en el talento y en el bizarro esfuerzo: su indomable genio, unido á la ambicion, le condujeron á una muerte prematura y desgraciada. Fué el rey de Castilla noble y piadoso en la triste victoria: mandó se diese tiempo á los cristianos fugitivos para que se salvarsen, y que los mahometanos aliados fuesen perseguidos á muerte.

Fernando I dispuso que su hermano fuese trasladado á Nájera su córte, y que sus restos mortales fuesen depositados en la iglesia de Santa María, magnífico templo que habia hecho erigir García II, dotándole amplia y liberalmente.

La accion fué tan sangrienta, que el valle de Atapuerca se denominó desde entonces campo de la *Matanza*; nombre que ha sido trasmitado hasta nuestros días, de generacion en generacion (1054).

Obtenida la victoria aunque de tan sensible manera por Fernando de Castilla, dió este un raro ejemplo de moderacion. No quiso imitar á su hermano en lo ambicioso de sus deseos, aunque tan en

la mano tuvo el hacerse proclamar rey de Navarra, y el unir este hermoso reino á los que él ya reunidos tenia. Lejos de hacerlo así, se reservó los pueblos situados á la derecha del rio Ebro, en la ciudad de Nájera, y él mismo puso en posesión del reino de Navarra á Sancho III Garcés su sobrino, hijo mayor de García II.

Siete meses despues de la batalla de Atapuerca (1055) pasó Fernando I á la Lusitania, con ánimo decidido de pelear contra los mahometanos; que era tiempo ya de esgrimir el noble y refulgente acero contra los verdaderos enemigos.

Atravesó el Duero, cruzó el Tórmes y llegó á Lusitania, arrebatando instantáneamente el fuerte de Sena (Cea, provincia de Beira) á los agarenos, cuya fortaleza tomó bizarramente por asalto.

Es inexplicable la actividad que desplegó Fernando en esta campaña. Despues de recorrer la provincia de Beira y de tomar diversas poblaciones, continuó talando cuanto á su paso encontraba. Los mahometanos estaban aterrados y no sin motivo. El belicoso rey de Castilla y Leon parecia ser el destinado para vengar los desmanes cometidos por Almanzor; y para aterrorizar á los musulmes de la Lusitania, como aquel aterrara á los de Castilla.

Casi dos años empleó en esta gloriosa campaña; y llegando á Viseo en el 1057, le puso sitio. Fatal habia sido aquella ciudad para las armas leonesas, puesto que en otro tiempo el asedio de la misma habia costado la vida al jóven Alfonso V, padre de la esposa de Fernando I.

Este dió poco tiempo para rendirse á los musulmanes: la fuerte resistencia de estos hizo comprender al rey cuál era el partido que debia adoptar. Dicese que los sitiados hacian grande estrago en los sitiadores con las saetas, en cuyo tiro eran tan diestros como certeros. Afortunadamente el monarca cristiano llevaba en su ejército un numeroso cuerpo de fundibularios, no menos diestros y certeros en manejar la honda, que los ballesteros en disparar las saetas. Estos impusieron pavor á los que desde los adarves tanto estrago hacian en las huestes cristianas: cada piedra derribaba un agareno; y á favor de esta circunstancia, el valeroso Fernando I tomó la ciudad, entrando en ella por fuerza de armas.

Ningun musulman quedó salvo: los que no fueron pasados á cuchillo quedaron prisioneros, entre los cuales fué encontrado el que privó de la vida con su mortífera ballesta al quinto Alfonso, y expió su crimen de digna pero cruel manera.

No mucho tiempo despues se posesionó de Lamego el esforzado rey, plaza que en aquel tiempo, y al decir de fidedignos autores, pasaba por inexpugnable. Se asegura que eran elevadísimas sus murallas y fuertes sus defensas, á pesar de lo cual entró en ella Fernando, seguido de su bizarro ejército, por las brechas abiertas á

impulso de las catapultas, arietes y formidables máquinas de guerra.

Después de haber destinado el piadoso soberano para la Iglesia y para los pobres la mejor y más rica parte de los despojos adquiridos, se dirigió á Coimbra, cuya ciudad era mirada como la corte ó capital del emirato, que tal puede llamarse, de la Lusitania. Mas antes de emprender su camino directamente, determinó pasar á Santiago, con el objeto de visitar el venerando sepulcro del patron de España, al cual dirigió y dispuso fuesen dirigidos devotos y fervientes ruegos, á fin de alcanzar la proteccion del Dios de los ejércitos, por la mediacion del santo apóstol Santiago, en la grande y difícil empresa que iba con su ejército á acometer.

Después de haber terminado las rogativas se dirigió á Coimbra, y el sitio de la ciudad quedó establecido en el mes de Enero del año 1058, decidido á no separarse de ante aquellos fuertes muros sino después de haberla domado y rendido.

No hay para qué decir si la ciudad seria importante, fuerte y bien defendida, sabiendo que detuvo ante sus murallas al denodado Fernando I, y su esforzado ejército de Castilla y de Leon por espacio de siete meses cerca. Pasado este largo plazo capituló Coimbra en 24 de Julio de 1058, con no despreciables condiciones; porque si bien se asegura que fueron entregados al rey cuatro ó cinco mil agarenos en calidad de cautivos, á la generalidad le fué permitido el salir de la plaza con sus familias, y no absolutamente desprovistos.

El dia 26 del mes y año antes citado, que fué domingo, hizo el rey de Castilla y de Leon su pública entrada triunfal en Coimbra, con toda pompa y solemnidad. Iba á su lado la reina doña Sancha, hermana del malogrado Bermudo, y en su derredor los principales magnates y los prelados del poderoso reino.

Es opinion generalmente recibida la de que Rodrigo (ó Rui) Diaz de Vivar, llamado el *Cid Campeador*, asistió á la toma de Coimbra, y que fué la primer funcion de armas y de guerra en que se encontró, siendo muy jóven. Segun algunas crónicas antiguas, después de rendida la célebre ciudad lusitana, fué inmediatamente purificada y consagrada la mezquita mayor, y en ella armó caballero al Cid el rey Fernando, por su propia mano.

Quedó gobernando en Coimbra por el monarca un cierto Sisnando, que en sus primeros años habia sido cautivo del rey de Sevilla en la misma Lusitania. Hombre de no vulgar talento y de no comun instruccion y prudencia, obtuvo el favor del emir el cual le conservó á su lado como uno de sus primeros privados y consejeros.

El rey, por efecto de la capitulacion, habia consentido en que morasen en Coimbra y todo su territorio los agarenos que no quisieron abandonar sus hogares; y le pareció conveniente que Sisnan-





est de la última Esplaceta 03

Maria. Acevedo 32

RODRIGO DIAZ (EL CID.)



do fuese el gobernador de la jurisdiccion de Coimbra, así por tener confianza en él, que nunca cortó sus buenas relaciones con Fernando, como por ser inteligente en el arábigo idioma, no menos que era práctico en los usos y costumbres de los vencidos. Parece que Sisaando correspondió á la confianza del monarca, administrando indistintamente justicia á vencidos y vencedores, con estricta y equitativa igualdad. Dicese asimismo que hizo erigir en la bella Coimbra magníficos edificios y suntuosos monumentos, ensanchando además su perímetro y embelleciéndola notablemente.

Arreglados así los asuntos de la conquistada plaza, determinó el belicoso Fernando extender sus conquistas, y no caer en la ociosidad; mas no queriendo determinar por sí, regresó á Leon despues de haber pasado á dar gracias al santo apóstol Santiago por el triunfo de Coimbra. Llegado á la córte, mandó reunir el consejo de próceres, para tomar su parecer acerca del punto hácia el cual convendría llevar las armas.

A consecuencia de la resolucion de la ilustre asamblea, se puso en movimiento el campo cristiano; y su primer hecho de guerra fue la brillante rendicion de San Estéban de Gormaz, célebre ya por haber pasado en tantas y tan diversas ocasiones costado copiosa sangre á cristianos y agarenos. Desde San Estéban pasó á Vadoregio, Aguilar y Berlanga; y continuando su brillante y victoriosa carrera, llegó á Medina Selim (Medinaceli), destruyendo, entre otras cosas, varias fuertes cabañas, algunas pequeñas poblaciones, y una línea de atalayas que en el camino tenian establecidas los agarenos.

En el año 1060 pasó la frontera de Cantabria; y como seria interminable la relacion de los famosos y notables hechos de Fernando I, de los que, por otra parte, no pueden darse pormenores, nos limitaremos á manifestar que retrocediendo, llegó hasta Toledo; recorrió todas las cercanías; recogió inmenso botin; tomó numerosos rebaños é infinitos cautivos.

Los musulmes estaban verdaderamente aterrados; no sabian á qué parte acudir, y á cualquiera que lo verificasen, iban, puede decirse, vencidos por el temor y el asombro; el rey de Castilla y Leon era, lo repetimos, el héroe destinado para vengar á los cristianos de los desmanes y demasias del gran Almanzor.

Despues de haber talado todo el territorio de Talamanca y del Uceda, recorrió las orillas del bramador Jarama, del melancólico Manzanares, y del Henares tranquilo. Entró en Alcolea; pasó por Guadalajara; llegó á Madrid, y pasando á Al-Kalaa-en-Nahr (Alcalá de Henares), en aquel tiempo ciudad considerable, trató de rendirla y la puso sitio.

Estaban los agarenos llenos de pavor; porque el belicoso rey

hacia jugar sin descanso ni tregua las destructoras máquinas de guerra; y habiendo estas hecho grande estrago en las fortificaciones exteriores, los sitiados, viendo que su ruina era inminente, hallaron medio de mandar unos legados ó representantes de la ciudad al rey moro de Toledo pidiéndole socorro, para salir del terrible trance en que Fernando les había colocado.

Llamábase el precitado rey Al-Mamun, y era hombre de buenas prendas y de no vulgar talento. Tomó en consideracion los ruegos de los opresos agarenos que á su poder se acogian; mas no queriendo proceder por su propia determinacion, reunió una asamblea compuesta de las personas más notables en Toledo por su prudencia y saber, y les pidió consejo.

En tiempos anteriores, probablemente la determinacion hubiera sido belicosa; quizá se hubiera publicado la *guerra santa*; tal vez se hubiera dispuesto la reunión de un ejército para hacer que el sitio fuese levantado, y derrotados los leoneses y castellanos; empero la resolucion unánime de la asamblea, prueba hasta la evidencía el ventajoso cambio que en la España cristiana se notaba desde que empuñó el glorioso cetro un monarca tan entendido, valeroso y digno como Fernando I, el Magno.

La determinacion del rey y de los consejeros toledanos fué puesta por obra inmediatamente. Se redujo á reunir una inmensa cantidad de oro, de plata acuñada, de riquísimas preseas y magníficas ropas, con todo lo cual se formó un régio presente, y el mismo rey Al-Mamun, prévio el permiso de Fernando, pasó personalmente á los reales del rey de Castilla y Leon, á fin de entregarle el magnífico regalo y rogarle levantase el sitio y se alejase, suplicándole al propio tiempo que admitiese bajo su poderosa proteccion los dominios de Toledo, con cuantos poseia el expresado rey agareno.

Dícese que una de las razones que más parte tuvieron en la aceptacion del rey Fernando fué la aproximacion del sañudo invierno, que amenazaba ya á la tierra con todos sus rigores. Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que Fernando aceptó el riquísimo regalo; ofreció su apoyo y amparo al rey de Toledo, y levantó el sitio.

No mucho despues, deseó poseer las reliquias de los santos mártires que estaban diseminadas en los diversos paises que poseian los mahometanos. Para lograrlo dispuso una nueva expedicion, á la que dió principio por Extremadura; entró en la Lusitania, y al regresar, llegó á internarse en Andalucía.

Quando encontraba en su camino, otro tanto arrollaba y destruía; y como eran temidas sus banderas y habia sabido desposeer á los musulimes de toda esperanza de salvacion y de triunfo, el rey

moro de Sevilla, siguiendo el ejemplo del de Toledo, salió á buscar al de Castilla y Leon, con el objeto de presentarle un regalo no menos importante y magnífico que el que le ofreciera Al-Mamun en las líneas de Al-Kalaa-en-Nahr.

El rey sevillano rogó respetuosamente al poderoso y esforzado Fernando I se dignase aceptar el riquísimo presente, y le suplicó no continuase la guerra.

Antes de contestar el monarca al emir de Sevilla Ebn-Abed, reunió una asamblea compuesta de los prelados y próceres que le acompañaban, la cual aconsejó al soberano que su respuesta debía estar en armonía con el carácter religioso correspondiente á un príncipe cristiano; esto es, que debía usar de mansedumbre con los enemigos, secuaces de la secta mahometana, puesto que la caridad cristiana no admitía excepciones.

Aceptando Fernando el consejo cesó en las hostilidades, pidiendo á Ebn-Abed le entregase el cuerpo de la virgen Santa Justa, martirizada en tiempo del impío y sanguinario Diocleciano, que estaba en Sevilla.

Dicho se está que no vacilaria el emir de Sevilla en acceder á la demanda del rey de Castilla y de Leon. Con este motivo ocurrió un suceso extraordinario, que testifica el Monje de Silos refiriéndose á testigos presenciales, el cual vamos á consignar tal y conforme ha llegado á nuestra noticia.

Fernando, despues de haber solemnizado la paz con Ebn-Abed, regresó á Leon lleno de gloria y cargado de riquezas; y despues de hacer su solemne entrada en la córte (1062), nombró una comision que debía pasar á Sevilla, encargada de recibir el cuerpo de la gloriosa Santa Justa.

Componian la expresada comision el obispo de Leon, Alvito; Ordoño, de Astorga; el conde D. Nuño, y Gonzalo y Fernando, individuos de la nobleza leonesa.

Partió la comision escoltada por una elegida hueste de escogida gente de armas, y al acercarse al emir de Sevilla, supo aquella con dolor que á pesar de haberse buscado los restos mortales de la virgen Santa Justa, no parecian ni se sabia en dónde podrian ser hallados. Con esta desagradable noticia, determinaron los embajadores renovar las pesquisas y diligencias, á lo que no se opuso Ebn-Abed; quien, fuese por respeto ó por temor, deseaba complacer al poderoso y temido Fernando I.

Tanto cuanto se hizo, fué perdido; y el obispo de Leon manifestó á sus compañeros que seria muy conveniente ayunar y orar durante tres dias para alcanzar de Dios iluminase la mente de los que debian hallar lo que con tanto anhelo buscaban y esperaba su rey.

Refiérese en la crónica que en todas y cada una de las tres no-

ches correspondientes á los tres dias de ayuno y de plegaria, se apareció al obispo de Leon un varon respetable; de venerable y augusto aspecto; de luenga y argentada cabellera, y ornado con el hábito é insignias episcopales.

El venerable aparecido habló al obispo de Leon, para manifestarle que la voluntad de Dios era que el cuerpo de Santa Justa no saliese de Sevilla, en cuya ciudad debia quedar para protegerla; pero que su divina magestad permitia que llevasen el suyo propio á la córte de Fernando. Parece que el obispo Alvito, absorto ante aquella imponente vision, preguntó al que en sueños le hablaba quién era, y que este le aseguró ser San Isidoro, doctor de las Españas y obispo de Sevilla en tiempo de Leovigildo y de Recaredo. El extraordinario suceso terminó señalando el santo en una de sus apariciones el sitio en que su cuerpo yacia, y asegurando, en fé de la verdad de lo que le acababa de anunciar, que tan pronto como fuese encontrado su cuerpo, moriria Alvito, y pasaria de esta miserable tierra de caduca gloria y perecederos goces, á la eterna mansion de los bienaventurados.

Así se verificó en efecto; en el sitio que designara en su segunda aparicion el santo Isidoro, hiriendo por tres veces la tierra con el báculo episcopal, se encontró una caja de fragante enebro, que encerraba el cuerpo del docto y virtuoso obispo godo; y tan pronto como fué encontrado, acometió una grave enfermedad al obispo de Leon, que sin darle tiempo más que para prepararse cristianamente, le privó de la vida al sétimo dia de haberse realizado el piadoso hallazgo.

Poco despues partió de Sevilla la embajada leonesa, llevando consigo los restos de San Isidoro y de Alvito. La entrada en la córte de Fernando fué ostentosa y solemne. El soberano, acompañado de su esposa y de sus hijos, seguido de los prelados, del clero, de los magnates, de los nobles y del pueblo, salió procesionalmente fuera de la ciudad á recibir las sagradas reliquias (Diciembre de 1065).

Despues de haber depositado el cuerpo de San Isidoro en la iglesia de San Juan Bautista, que trocó este nombre por aquel, y en el de Nuestra Señora de Regla el de Alvito, obispo de Leon, se solemnizó y celebró aquel notable acontecimiento con diversos festejos, entre los cuales tuvo lugar un banquete con que obsequió el monarca al clero de Leon, sirviendo los platos y ministrando las copas el mismo rey, la reina y los príncipes sus hijos. Grande ejemplo de cristiana humildad, en un rey tan poderoso y tan lleno de gloria.

Hallábase este ya en edad avanzada, y quiso arreglar los asuntos de sus vastos dominios. Por desgracia, á las veces la de-

bilidad é imperfecta inteligencia de los mortales hace tomar por arreglos los que no son otra cosa que desarreglos verdaderos, excesivamente nocivos, y diametralmente opuestos al loable y recto fin que la humana imprevisión se propone.

Fernando I, á pesar de haber visto prácticamente cuán perjudicial habia sido á los dominios cristianos de España el testamento de su glorioso padre Sancho el Mayor, quiso imitarle, subdividiendo los suyos de más perjudicial manera que lo hizo el memorable, hábil y esforzado rey de Navarra.

Tenia Fernando tres hijos y dos hijas hábidos en su única esposa doña Sancha de Leon. Llamábanse aquellos: Urraca, nacida cuando solo era Fernando soberano de Castilla, tres años antes de ascender al sólio de Leon por la muerte de Bermudo III; Sancho, que vió la luz primera en el mismo año en que su valeroso padre se coronó rey de ambos reinos; Elvira, que nació la tercera; Alfonso, que fué el cuarto, y García el último.

La educacion que recibieron los cinco precitados príncipes, fué tan esmeradísima como permitia aquella época. Urraca y Elvira fueron educadas como podia esperarse de su virtuosa y buena madre la reina doña Sancha; y Fernando cuidó de educar á sus hijos, haciendo de ellos príncipes caballeros, honrados ciudadanos, valerosos é inteligentes guerreros; mas no todos ellos aprovecharon de igual manera la completa educacion que del gran Fernando recibieron: no hay esfuerzo humano que no se estrelle y deshaga en mil pedazos contra la índole y el mal natural de los que nacen más predisuestos al mal que al bien. Sancho, el mayor de los tres varones, era jóven de esforzadísimo ánimo; de carácter turbulento y ambicioso, de fuerte brazo, y de noble, simpática y atlética figura, propia de soberano y de guerrero. Alfonso en nada desmerecia de su hermano, y le aventajaba en el carácter y en los buenos sentimientos: García degeneraba mucho de su origen, y era en un todo desemejante á sus hermanos. Terminada esta digresion, que no creemos inoportuna, reanudaremos el quebrado hilo de nuestra narracion.

Fernando I quiso aprovechar la presencia en Leon de todos los prelados y próceres de este reino y del de Castilla, que habian acudido presurosos á presenciar el solemne recibimiento del cuerpo de San Isidoro, para reunir un congreso, ó asamblea, ante el cual trataba de hacer la distribucion de sus dominios entre sus cinco hijos. Fatal ceguedad la de los más grandes reyes, que les obligaba á tomar como garantia de paz y de tranquilidad lo que no era en realidad otra cosa que un inagotable manantial de intestinas discordias y de luchas civiles. Hé aquí la distribucion que hizo Fernando I.

Dió á Sancho, su primogénito entre los varones, el reino de Castilla; á Alfonso, el segundo, á quien es fama amaba con predileccion, quizá porque conocia que era el más digno de sucederle, el reino de Leon, con los campos góticos (tierra de Campos); á García, el tercero y menor de los cinco, dió la Galicia, con título de rey; á Urraca, la mayor, cedió la ciudad de Zamora, en dominio absoluto, y á Elvira legó la de Toro, con igual circunstancia.

Hecha la referida fatal distribucion, se dedicó al gobierno de sus dominios; y en el año de 1064, como quien prevé que su fin está próximo, quiso coronar su gloriosa carrera con una nueva campaña, que fué la última.

Indescriptible nos parece la série de triunfos que obtuvo el gran Fernando I; empero bastará decir que sembrando el terror por todas partes, llevó sus victoriosas armas hasta Valencia, á donde fué desde el reino de Leon, y á cuya ciudad puso sitio. Pasados algunos dias despues de haberle establecido, repentinamente y como quien cambia de propósito ó designio, el rey de Castilla y de Leon levantó el campo, y se alejó de la hermosa ciudad.

Era su emir Abdelmelik-ben-Abdelaziz, y se asegura que Al-Mamun, rey de Toledo, era quien mandaba en Valencia, puesto que Abdelmelik era hombre de carácter débil y de ninguna resolucion, y se dejaba dominar por aquel, que era su deudo.

A pesar de la indecision del emir, el ver á los cristianos fugitivos le decidió á salir en su persecucion seguro de destruirlos, y así lo verificó, siguiendo confiadamente hasta dar vista á los que huian.

Llegaron estos á las inmediaciones de Paterna, y á corta distancia de esta poblacion el castellano rey hizo dar frente á su brillante ejército, y presentar la batalla á los musulimes. No pudiendo negar estos la cara, se comenzó la pelea; y entre la hueste que presentó Fernando y las tropas que previamente tenia emboscadas, el ejército agareno fué deshecho, acuchillado y destruido. Abdelmelik tuvo la buena suerte de salvar la vida, á costa del honor; que es, por cierto, vergonzoso en quien ciñe áurea diadema el conservar la vida apelando á la fuga, confiando su salvacion á la velocidad de un corcel, y huyendo como un facineroso perseguido por la justicia.

Con este célebre hecho de armas habia Fernando I recorrido la mitad del difícil camino para posesionarse de la ciudad, casi destituida de defensores, á consecuencia de la terrible rota de Paterna.

Volvió sin perder momento el invicto rey sobre Valencia; y cuando esta se encontraba ya tan apurada que no podia tardar en franquear sus puertas al vencedor, por desgracia el memorable soberano se sintió atacado de una grave enfermedad, sin embargo de la cual pudo regresar á Leon, á pesar de la enorme distancia que

de su amada córte le separaba. Tal era su fortaleza y tal su incomparable ánimo.

Tocaba á su término el año 1065 cuando entró en la córte el enfermo monarca, en la vigilia de la Natividad del Señor (sábado 24 de Diciembre). Antes de pasar á su palacio, quiso visitar el templo de San Isidoro, en donde oró fervorosamente.

Este rey, cuyo corazon fué seguramente sin par, al rayar la media noche se hizo conducir nuevamente al templo, para asistir á los maitines y á la primera misa, que en tan solemne festividad se celebra á las doce de la noche. Recibió en ella el sagrado viático, y sintiéndose agravado tuvo que retirarse, no pudiendo ya verificarlo por su pié. Aun en aquel lance extremo luchó victoriosamente la energía de su alma con la debilidad de su cuerpo.

Comenzaba á aparecer por el Oriente la rosada aurora, cuando Fernando mandó convocar á todos los prelados é individuos del alto clero; y rodeado de la córte y revestido con todos los atributos del poder soberano que rápidamente veía desaparecer de su fortísima diestra, por última vez mandó le condujesen al templo, en el cual, arrodillado y casi espirante, pronunció empero con entero corazon y sonora voz las siguientes palabras que textualmente trascribimos:

«Vuestro es el poder, Señor; vuestro es el reino; vos sois sobre todos los reyes, y todos los imperios del cielo y de la tierra están sujetos á vos. Yo os devuelvo, pues, el que de vos he recibido, y que he conservado todo el tiempo que ha sido vuestra divina voluntad. Ruégoo, Señor, os digneis sacar mi alma de los abismos de este mundo, y recibirla en vuestro seno.»

Terminada esta corta oracion, que tan al vivo caracteriza al esforzado y piadoso rey, se desentendió de todo cuidado terreno; se despojó de las reales insignias; ciñó el cilicio; vistió el grosero saco; la riquísima y fúlgida corona de oro puro, incrustada de fina y preciosa pedrería, fué reemplazada por la ceniza del penitente, y desde aquel momento solo se ocupó de pedir misericordia al cielo. Así permaneció más de setenta horas, hasta que llegó el 27 de Diciembre, fiesta de San Juan Evangelista, en cuyo dia pasó de esta vida á la eterna, legando al mundo sus gloriosísimos hechos, y á los soberanos un modelo de reyes, puesto que fué tan hábil, esforzado é inteligente en la vida, como piadoso y penitente en la muerte. Fué enterrado en el templo de San Isidoro, en donde igualmente descansó su esposa, modelo tambien de virtuosas reinas y de cariñosas madres, la cual falleció dos años despues (1067).

Si Fernando I como rey fué tan grande cuanto tosca y ligeramente hemos descrito, como hombre fué virtuoso y morigerado. Su liberal esplendidez no conoció límites; y si como rey fué con razon llamado Fernando el Magno, como hombre poderoso supo ser

el apoyo de los desvalidos, y el padre de los menesterosos. Su piedad le hizo ser no menos generoso para decorar los templos y socorrer á aquellos ministros del Señor que estaban necesitados; y dícese que en los momentos de paz y en los últimos años de su glorioso reinado asistía con frecuencia á la iglesia de San Isidoro, cuyo templo experimentó no pocas veces la munificencia de tan memorable soberano. Cantaba con los sagrados ministros las horas canónicas, y no pocas veces comía con ellos en el refectorio, sin probar otra cosa que la ración correspondiente á un monje. Se asegura que en uno de los días en que el rey participó de la sencilla y frugal comida de la comunidad, rompió una copa de ningún valor que le presentó el abad. En aquel momento mismo mandó traer de palacio la rica copa de oro en que le servían de beber diariamente, y la regaló á la comunidad, para reemplazar la de cristal que había hecho pedazos.

No nos hemos ocupado del ruidoso suceso que presenta como cierto Mariana, relativo á la reclamación hecha por el Sumo Pontífice en unión con el emperador de Alemania, exigiendo se declarase Castilla feudataria del mencionado imperio, porque está absolutamente refutado por los más eruditos historiadores, tanto antiguos como modernos; y nos hemos propuesto no consignar hecho alguno, por glorioso, infausto, próspero ó adverso que sea, como su exactitud y certeza no sean puntos que estén al abrigo de toda duda.

Tan pronto como tuvieron término los días del memorable Fernando I, fueron proclamados los hijos de este gran soberano, en los mismos términos que dispusiera por su última voluntad. Su perjudicial decisión hizo que de nuevo fuesen separados aquellos reinos que habían estado reunidos y regidos por su hábil y poderosa diestra. Tal determinación nos obliga á ocuparnos nuevamente de Leon, separándole de Castilla, aunque esta separación fué tan poco duradera que apenas merece tal nombre.

REINO DE LEON.

ALFONSO VI.—1065.

Los primeros años del reinado de Alfonso VI fueron tranquilos, si tranquilidad puede llamarse á no haber tenido necesidad de empuñar las armas; mas no por esto permaneció libre de recelo, puesto que á fondo conocía el carácter inquieto y turbulento de su hermano el rey de Castilla, á quien en cosa alguna se parecía.

Alfonso era muy semejante á su padre; y Sancho, además de estar dotado del carácter antes dicho, era por demás ambicioso. Previendo Alfonso sin duda lo que su hermano Sancho meditaba, propuso una alianza á sus primos los soberanos de Navarra y de Aragón; empero el rey de Castilla, sin dar tiempo á que la expresada alianza se estableciese, invadió el territorio leonés.

Declarada de hecho la guerra, no encontró Alfonso medio de evitar la batalla que le presentó Sancho. Tuvo aquella lugar en la ribera del Pisuerga, en Plantada (Llantada), y la suerte de las armas no fué favorable al rey de Leon, el cual tuvo que replegarse vencido á su córte (1068).

No puede determinarse á punto fijo la razon que tuvo Sancho para no continuar por entonces su ambiciosa obra despues de haber vencido á Alfonso; mas es lo cierto que pasaron tres años sin que volviese á inquietar los dominios leoneses.

En 1071 volvió á verse el rey de Leon acometido por el de Castilla. Orillas del Carrion se dió una batalla que hubiera indemnizado á Alfonso de la rota de Llantada, si hubiera sido menos generoso y humano.

Terrible y sangrienta fué la accion, que tuvo lugar en Golpejar. Los leoneses; que tenian viva en la memoria la desgracia ocurrida en las márgenes del Pisuerga, decidieron vengarla en las del Carrion, y supieron, en efecto, vengarla. La derrota de los castellanos fué completa, y estos en su fuga dejaron en poder de los leoneses sus tiendas y bagajes.

El generoso Alfonso prohibió severamente á sus guerreros el perseguir á los enemigos cuando huian: algunos aseguran que en tan humana y bondadosa determinacion tuvo no pequeña parte la ilusion que el monarca leonés se hiciera creyéndose ya rey de Castilla, en virtud de haber estipulado ambos hermanos, antes de comenzar la batalla, que el vencedor seria en lo sucesivo el monarca de ambos reinos. No tenemos suficientes datos para asegurar que hubiese existido semejante estipulacion; de un modo ó de otro, es tan notoria la hidalguía y bondad de Alfonso VI en Golpejar, como manifiesta la artera crueldad de Sancho II.

Merced al consejo de un famoso guerrero de preclaro renombre y de quien nos ocuparemos al tratar del reino de Castilla, cayó el despiadado monarca castellano con el resto de sus huestes sobre los desaperecidos leoneses que tranquilos dormian, y sin pelear hizo aquel en estos horrible é impío destrozo, haciendo pasar á muchos, del tranquilo sueño en que estaban, al sueño eterno. Los leoneses que pudieron salvarse abandonaron el campo, y Alfonso se refugió en el templo de Santa Maria de Carrion. Este desastre fué un nuevo ejemplo que claramente manifiesta cuán perniciosa es la humani-

dad tenida con los malvados, que por punto general siempre es funesta á los buenos, y muy cara de inocente y preciosa sangre (1071).

Dueño Sancho del reino leonés por efecto de la traidora é inícuca derrota de su hermano, trató de asegurarse en el trono. Doña Urraca, señora soberana de Zamora, amaba extremadamente á su hermano Alfonso, é interpuso sus ruegos con Sancho en favor del destronado rey, mas no directamente. Por encargo suyo pasó á ver á Sancho II un caballero llamado Pedro Ansurez, á fin de recabar del ambicioso primogénito de Fernando I el que diese libertad á Alfonso, quien, sin respeto al sagrado recinto en que estaba, fué sacado á viva fuerza del templo de Santa María, y encerrado en el castillo de Búrgos.

Sancho accedió á la peticion de Pedro Ansurez; empero estableció una condicion que creyó suficiente para inhabilitar á su hermano, cerrándole en su concepto el camino del trono. Exigió que Alfonso se hiciese monje, indicando al efecto el monasterio de Sahagun para que en él ingresase el destronado monarca de Leon.

No pudo este eludir el cumplimiento de la fatal exigencia, reservándose quizá para tiempos mejores; empero no vistió durante largo tiempo la cogulla. Su hermana Urraca y los fieles servidores de esta, que al negociar la libertad de Alfonso VI de Leon y aceptar su entrada en el claustro, solo trataron de asegurar la vida del destronado rey, no tardaron mucho en facilitarle los medios de evasion. Convenientemente disfrazado se escapó Alfonso de San Juan de Sahagun, y llegó con toda felicidad á Toledo, acompañado por tres fidelísimos caballeros de la córte de Zamora, hermanos los tres, de la casa de Ansurez, y llamados Pedro (el que negoció con Sancho II la libertad de Alfonso VI, y conocido vulgarmente por Peranzules), Gonzalo y Fernando.

Reinaba á la sazón en Toledo el rey moro Al-Mamun, que recibió complacido al real prófugo y le trató con la mayor consideracion. Dicese que le cedió una bellísima posesion extramuros, en donde le dejaba vivir en completa libertad con sus fieles amigos y con otros cristianos, no escaseándole ninguno de aquellos dones que pudieran endulzar la amargura de su penoso ostracismo y de la pérdida del trono.

Es, en efecto, punto que está fuera de toda duda el comportamiento amistoso que tuvo Al-Mamun con Alfonso, á quien trató con extraordinario cariño; y es tambien cierto que habiendo salido una vez á cazar el monarca cristiano llegó hasta Brivea (Brihuega), cuya situacion y la amenidad del sitio sobremanera le agradaron; y tanto tardó en manifestar al rey moro su deseo de adquirir la posesion del agradable terreno, como este en acceder á su deseo.

Fué tan generoso el proceder de Al-Mamun, que por decirlo así

dejó que Alfonso reinase en su destierro; porque no se opuso aquel á que este formase en Brivea una colonia compuesta de cristianos, ni menos aun á que ejerciese Alfonso sobre ellos la autoridad real. El monarca de Leon correspondió dignamente á las bondades del moro, auxiliándole personalmente y seguido de sus pocos pero fieles y valientes vasallos, en las guerras que Al-Mamun tuvo que sostener contra otros mahometanos.

Debemos apuntar ligeramente un hecho que se refiere, tomándole del arzobispo D. Rodrigo, á fin de que la omision no pueda de ninguna manera interpretarse. Dice el expresado arzobispo, poco más ó menos, que cierto día pasó Al-Mamun á Brivea, con el objeto de tener un rato de placer en el delicioso sitio que era la morada de Alfonso. Cansado este, se recostó en un grueso árbol y se quedó al parecer dormido; y creyendolo así Al-Mamun, comenzó á conversar con sus cortesanos acerca de si seria posible ó imposible el que los cristianos tomasen á Toledo. A esto contestó uno de aquellos que el quitar á los moros tan fuerte ciudad solo podria realizarse privándola de los viveres, para lo cual era forzoso talar sus campos por espacio de siete años seguidos. Quizá la casualidad de haberse hecho dueño de Toledo Alfonso mucho tiempo despues haciendo uso de un medio parecido al expresado, diera el fundamento para que se consignase el suceso referido. No tenemos suficiente autoridad para negar la certeza del hecho; mas diremos, sin embargo, que es sobradamente extraño el que Al-Mamun fuese precisamente á tratar de tan importante asunto con sus cortesanos en Brivea y cerca de un monarca cristiano, por más amistad que con este tuviese, siendo así que le sobraba el tiempo para haberlo tratado á solas en el recinto de su propio palacio.

No nos atreveremos á negar el hecho; pero sí rechazamos rotundamente la absurda y ridícula conseja que al mismo propósito se refiere. Dícese que recelando los moros de la certeza del sueño de Alfonso, le echaron plomo derretido en una mano, para probar si estaba ó no realmente dormido, hecho que dió al destronado Alfonso, segun los que tan inverosímil cuento forjaron, el renombre de *el de la mano horadada*. Semejante prueba, no lo era en realidad; porque ¿quién no habia de despertar con ella, por muy profundamente dormido que estuviese? Y por otra parte, no era posible que Alfonso continuase fingiéndose dormido, á pesar de los forjadores de tamaño dislate; porque aunque en ello le fuese la vida, no creemos haya existido ni pueda existir hombre alguno que resista impasible é inmóvil tan horrible y doloroso tormento.

Un traidor indigno y alevoso, quizá elegido por la eterna justicia para castigar la conducta de Sancho, vino á allanar los obstáculos

que para volver á reinar tenia Alfonso VI, segun verá el lector cuando tratemos del reino de Castilla.

Amaneció un dia feliz para el destronado rey, que estaba muy ageno y distante del cambio que iba á experimentar muy pronto en su fortuna. El primero que recibió las gratas nuevas fué el fiel conde Pedro Ansurez, quien cabalgando por recreo, no lejos de la ciudad, vió venir hácia esta los alegres mensajeros que á Alfonso enviaba su hermana Urraca, la infanta soberana de Zamora.

El rostro alegre y animado de los recién llegados infundió en el conde la animacion y alegría que produce una grata esperanza; y como no le fuera posible resistir la natural impaciencia que en él ocasionara el deseo de cerciorarse del mayor ó menor fundamento que tener pudiera la expresada lisonjera esperanza, interrogó á los caballeros que de Zamora venian: por ellos supo la desgracia acaecida á Sancho II, y que los mismos vasallos de este, los castellanos, habian unánimemente acordado que sucediese Alfonso á Sancho su hermano.

Esto nada tenia de extraño; porque al morir el rey de Castilla, no habia dejado hijos, ni otro heredero alguno; y si tal fué la decision de Castilla, tomada en Búrgos, dicho se está que no vacilarian los leoneses en proclamar á su verdadero rey, que habia sido destronado injusta é inicuaamente. Pusieron, empero, los castellanos una condicion, dura si se quiere, á la eleccion de Alfonso como rey de Castilla: acordaron decididamente que el nuevo soberano, antes de empuñar el cetro, prestase solemne juramento de no haber tenido ninguna parte en la muerte violenta y traidoramente dada á su hermano.

Doña Urraca, no confiando en la amistad del rey de Toledo, encargó mucho á los mensajeros que hiciesen saber á Alfonso cuanto ocurría; pero que hiciesen uso de la mayor reserva, á fin de que no se apercibiese de la grata novedad el rey Al-Mamun.

Gozoso y conmovido dió el conde Ansurez á Alfonso VI de Leon la placentera nueva; y no menos conmovido, gozoso, y sorprendido además, la recibió el monarca cristiano. Aquel que haya estado forzosamente alejado del caro suelo en que naciera, podrá apreciar debidamente el placer que en tal momento recibiría el real proscrito; y si á esto se agrega la importante circunstancia de ser el expatriado un rey que contempla franco ante su vista el dorado escabel que ha de darle paso para llegar al perdido sólio, el gozo y el placer son seguramente incalculables.

En la conferencia que Alfonso tuvo con el fiel conde, se probó una vez más el acierto que preside en puntos dudosos á las decisiones de los hombres, cuando están predestinados para cumplir una

mision, ó para dar cima á un asunto, por árduo que sea. El encargo de la cariñosa hermana del rey de Leon era de tanta importancia, como fundado el recelo de que teniendo el rey moro en su poder á Alfonso, quisiera abusar de su ventajosa posicion, no dándole libertad para volver á su reino sin hacer exigencias que á este y á la religion quizá fuesen perjudiciales.

Tanto peligro habia, si se quiere, en aceptar el oportuno consejo de doña Urraca, como en desestimarle; mas Alfonso, á fuer de agradecido y como hombre de hidalgo proceder, no quiso ser justamente tachado con la repugnante nota de ingrato. A pesar del consejo, de la vacilacion de Ansures y de su propia indecision, resolvió no proceder mal con quien tan bien habia procedido con él; y pasando á visitar al rey Al-Mamun, personalmente le dió cuenta de la nueva que acababa de recibir, sin omitir ni aun la menor circunstancia.

Agradecido el rey moro á la confianza del monarca cristiano, se mostró tan noble como siempre habia sido con este. He aquí las palabras que se ponen en boca de Al-Mamun: «Mil gracias doy á »Allah, que te inspiró la noble resolucion que has tomado: con ella »se ha servido evitarme el cometer contigo una infame accion, y á »tí te ha librado de un inevitable peligro. Yo sabia ya cuanto acabas de referirme, y habia hecho tomar todas las salidas y caminos. »Si hubieras tratado de ocultarme la verdad; si hubieras huido, »eludiendo el marchar con mi consentimiento, hubieras infaliblemente caido en poder de los míos, y la prision ó quizá la muerte »hubiera sido tu destino. Puesto que procediste como noble y »honrado, ve en paz á recuperar la perdida corona; cuenta para »lograrla con cuanto de mí puedas necesitar; si te hace falta oro, »hombres, armas ó caballos, habla sin detenerte, que cuanto pidieres te será en el acto facilitado.»

Nosotros, que al tratar de los árabes, sin faltar á la escrupulosa imparcialidad que es uno de los primeros deberes del historiador, los miramos siempre con la prevencion que merecen los que injustificada y sangrientamente invadieron nuestra hermosa y querida patria, no podemos menos de consignar aquí el tributo de justa admiracion y el elogio que merece el nobilísimo proceder de Al-Mamun: las palabras de este, no solamente demuestran su excelente corazon y la inapreciable hidalguía de los sentimientos que abrigaba, si que tambien rebosan de alegría porque la noble accion de un fiel amigo le ha evitado el faltar á los mismos hidalgos sentimientos, y no le ha obligado á contrariar involuntariamente su hermoso carácter: por el contrario, se alegra, y manifiesta gozoso que agradece el que se le dé margen para ser una vez más sensible, humano, bondadoso y noble, que es la ma-

por satisfaccion que experimentar puede un corazon formado para el bien y para la amistad.

Honró el rey de Toledo á Alfonso VI hasta el último momento de la residencia de este en la córte de aquel. Despues de obligarle á aceptar muchos riquísimos presentes, quiso acompañarle hasta cierta distancia, y que le acompañase tambien una comitiva propia y digna de un poderoso monarca. La única exigencia de Al-Mamun, si así puede llamarse cuando tanto habia favorecido á Alfonso, se redujo á pedir al rehabilitado monarca que nuevamente jurase respetar á Toledo, así mientras Al-Mamun reinase como cuando le sucediese en la corona su hijo primogénito.

Cordialmente sentida y triste fué la separacion de ambos soberanos, tanto de parte de Alfonso, que agradecia debidamente los inmensos y reiterados beneficios que recibiera, cuanto del noble moro que nada absolutamente debia, fuera de una amistad fiel siempre y siempre inmutable.

Apresuradamente caminaba Alfonso en direccion de Zamora, cuya soberana le esperaba con notable impaciencia. Por fin con inexplicable júbilo se vieron reunidos; y doña Urraca, que no habia andado remisa para reunir todos los elementos necesarios á fin de favorecer á un hermano á quien tanto queria, tenia dispuesto cuanto la pareció necesario para apresurar la proclamacion de Alfonso.

Dirigiéronse á Búrgos sin perder momento, y á su llegada se dispuso fuese verificada la solemne jura del nuevo monarca. La iglesia elegida para la realizacion de la solemne é imponente ceremonia fué el templo de Santa Gadea, templo célebre en la historia por el notable hecho que en su sagrado recinto tuvo lugar en aquel memorable dia.

Un monarca poderoso, inocente de una culpa que quizá más de un caballero castellano le achacaba, debia jurar que en efecto estaba inocente; y era preciso encontrar un prócer, entre los que presentes estaban, bastante osado para formular el terrible juramento. Lo primero era tan humillante como violento; lo segundo tan irreverente como expuesto.

Sombrío y sepulcral silencio reinó durante algunos momentos en el sacro recinto de Santa Gadea: todos estaban indecisos, y muchos tal vez pesarosos, hasta que esparciéndose por el ámbito del sagrado templo, y elevándose hasta las altas bóvedas una estentórea voz, se oyeron pronunciar sonora y distintamente por todos los asombrados y temerosos circunstantes las siguientes palabras: *¿Jurais, Alfonso, no haber tenido participacion ni aun remota en la muerte de vuestro hermano Sancho, rey de Castilla?* Otra voz no menos varonil, sonora y firme, contestó: *Sí, lo juro.* La

primera era la del célebre Rui ó Rodrigo Diaz de Vivar, conocido por el *Cid*; la segunda, la de Alfonso VI (1072); despues de lo cual todos los presentes victorearon con entusiasmo al nuevo monarca, y fué solemnemente proclamado rey de Castilla, de Leon y de Galicia, reino que Sancho II habia tambien quitado á su hermano García.

Dicese que desde entonces miró Alfonso VI con cierto desagrado al *Cid*; y aun al decir de antiguos escritores, la manera de exigir el juramento fué tan descomedida, que rayó en insolente. Segun los mismos, la fórmula del juramento en cuestión fué la siguiente: «Rey D. Alfonso: ¿venís á jurar por la muerte del rey D. Sancho, »vuestro hermano, que si le matásteis ó fuisteis en aconsejarlo decid »que sí, y si no muráis tal muerte cual murió vuestro hermano, y »villanos os maten, que no sean hidalgos, y vengan de otra tierra, »que no sean castellanos?»

Nosotros tenemos suficientes motivos para estar más conformes con la autenticidad de la primera fórmula, que no con la de esta última; así como tampoco nos parece probable que esta la repitiese el *Cid* hasta tres veces, dando mayor fuerza al desacato. Los que tal refieren, añaden, que al contestar por segunda vez el rey, *mudósele el color*; mas á ser cierta la fórmula, el cambio de semblante pudiera ser hijo del disgusto que al rey le ocasionaba el que se reiterase semejante humillacion; á haber procedido de remordimiento, el cambio debió verificarse indudablemente al responder *Amen* la vez primera. Por otra parte, los caballeros que presentes estaban en Santa Gadea, debian comprender muy bien de dónde partió el golpe que privara de la vida á Sancho II, como lo comprenderá perfectamente el lector cuando volvamos á ocuparnos del reino de Castilla; y respecto del disgusto con que desde entonces, segun se supone, miró Alfonso VI al *Cid*, tambien procuraremos probar que el célebre juramento verificado en Búrgos pudo afirmarse ó aumentarse, pero no hacerle nacer; porque debió haber nacido en la funesta batalla de Golpejar, como en su lugar veremos.

Era Alfonso VI hombre de ánimo belicoso, intrépido soldado, entendido general, de no vulgar ingenio; y al propio tiempo era sobremanera prudente, de bondadoso corazon, de hermosas inclinaciones, al extremo generoso y muy caritativo; era, en fin, el único hijo de Fernando I que más se parecia á su padre.

Glorioso y digno de eterna memoria fué el reinado del sexto Alfonso; sus primeros pasos en el sendero de la gloria, puede decirse que se dirigieron á demostrar su agradecimiento á las bondades que debia á su bienhechor el rey moro de Toledo. Notable ejemplo, por cierto, que ha tenido menos imitadores de los que con razon debiera tener en el trascurso de los siglos; porque de un rey destronado y

prófugo, á un soberano reinante y poderoso, hay inconmensurable distancia.

Como Alfonso VI no podia haber sido tan virtuoso y grande como en efecto fué, sin haber poseido la noble virtud del agradecimiento que los hombres honrados y bien nacidos miran como un imprescindible deber, no necesitó que Al-Mamun le recordase lo mucho que le debia, ni los pactos que con él habia hecho. No fué mas pronto el saber que Ebn-Abed Al-Motadid, rey de Córdoba y de Sevilla, habia penetrado con sus huestes en los dominios del de Toledo, que el salir Alfonso á campaña con respetable ejército para auxiliar y favorecer á su amigo.

Es tan notorio que no medió de parte de Al-Mamun ni excitacion ni recuerdo, que, segun se asegura, aquel se sobresaltó no poco al saber la direccion que las tropas castellanas habian tomado. Tan antigua es en el mundo la abominable ingratitud, que sin duda la experiencia hizo recelar al rey de Toledo que el de Castilla y Leon habia olvidado ya los recientes y grandes beneficios que le habia dispensado en sus dominios de Toledo.

Pronto quedó Al-Mamun tan plenamente desengañado, como gozosamente satisfecho. El magnánimo Alfonso le manifestó que se acercaba á cumplir una deuda sagrada, y un solemne pacto; y tan bien supo cumplir su compromiso, que al decir de un escritor árabe, fidedigno é imparcial sin duda, penetró en los dominios cordobeses *como una terrible tempestad de truenos y relámpagos, que espantaba y destruia las provincias en pocas horas.* (Laf., tomo IV, pág. 230.)

Unidos entraron en Córdoba Alfonso VI, desempeñando, por cierto, un gloriosísimo papel, y Al-Mamun que no cesaba de dar gracias á su fiel amigo. En la accion que sostuvieron los cordobeses contra los toledanos, pereció el hijo del rey de Sevilla y de Córdoba, bizarro jóven que fué mortalmente herido defendiendo el alcázar (1075).

Tambien tomó Al-Mamun á Sevilla; empero muy poco pudo disfrutar de su triunfo. Ebn-Abed logró reponerse algun tiempo despues, y terminó otra guerra que estaba sosteniendo en diversos puntos de Andalucía, y que le servia de fuerte impedimento para reconquistar su córte.

Al-Mamun cayó gravemente enfermo, y su salud decaia visiblemente, cuando Ebn-Abed sitió á Sevilla, ganoso de reconquistar la perla de su corona. Habian trascurrido casi seis meses desde que la tomara el rey de Toledo, y Alfonso VI, con sus bizarras huestes, habia regresado á su reino. La enfermedad de Al-Mamun ganaba de dia en dia terreno, y la incansable parca la puso término, cortando la vida del benéfico y humano rey de Toledo. Sus cortesanos

quisieron tener oculta la desgracia; mas la noticia circuló, y el natural desaliento cundió entre las huestes toledanas, las cuales no opusieron resistencia á la entrada de Ebn-Abed en Sevilla (1076). Escusado es decir que este recuperó tambien á Córdoba.

Al-Mamun dió hasta en sus últimos momentos ostensibles muestras de la extraordinaria confianza que le inspiraba el noble y magnánimo Alfonso VI, colocando á su primogénito Hixem Al-Kadir bajo la tutela del rey de Castilla y de Leon, y dicese dejó consignado que así lo hacia *por estar muy seguro del amor y lealtad de su amigo* el rey Alfonso VI.

Habiendo terminado muy en breve el reinado de Hixem, segun veremos al tratar de la España árabe, y habiéndole sucedido su hermano Yahia Al-Kadir-Billah, se malquistó este muy pronto con su pueblo á consecuencia de su despotismo y de sus abominables vicios, segun tambien más adelante veremos.

De nada sirvió para que se corrigiese el que le hiciesen presente que, si no era menos injusto y opresor, buscaria el pueblo quien le amparase. Desatentado y ciego, redobló sus crueldades y sus excesos; por esta causa los toledanos, convencidos de que su rey era incorregible, enviaron unos delegados á Alfonso VI pidiéndole su proteccion, é instándole á que sitiase á Toledo; que ellos, á pesar de ser fuerte la ciudad, le auxiliarian en cuanto pudiesen.

El rey de Castilla y de Leon no estaba ya ligado por su juramento, ni aun por una simple promesa; porque al estipular sus pactos con el honrado y benéfico Al-Mamun, este solo quiso comprender en los tratados á sí propio y á su primogénito Hixem; empero no hizo mencion alguna de Yahia, su hijo menor. Quizá el difunto rey de Toledo conoció los instintos sanguinarios y feroces de aquel, ó creyó que Hixem, como su edad prometia, reinaria más tiempo en Toledo que Alfonso VI en Castilla y Leon, ó, lo que es más probable, no pensó mas que en aquello que era preciso para que al llegar el tiempo prefijado por la Divina Providencia, se hiciese el gran Alfonso soberano de Toledo.

Coincidió con la invitacion de los toledanos la que al rey de Castilla hiciera Ebn-Aben Al-Motadid, soberano de Sevilla, para que se separase de la alianza con el de Toledo y aceptase la suya.

Alfonso, que ya con razon se consideraba libre de todo compromiso, por las razones antes emitidas, aceptó, en efecto, la proposicion de Al-Motadid; y no desentendiéndose del importante mensaje de los toledanos, dió activas y enérgicas disposiciones para preparar sus huestes á entrar en campaña.

Corria el año 1078, cuando el rey de Castilla, como un impetuoso y arrollador torrente, dió la señal de guerra, talando y destru-

yendo cuanto á su paso encontraba. Tan pronto aparecía en un punto como en otro; en todas partes vencía; y tenía tan aterrizados á los musulimes, que apenas se atrevían á hacer frente al temible ejército del rey cristiano.

No era fácil empresa la de conquistar en poco tiempo á Toledo, ciudad que, segun hoy mismo se conoce, antes de existir la destructora artillería, pudo con razon tenerse por inexpugnable. Cierto es que contaba Alfonso con el prometido auxilio de los vecinos; pero este, por el pronto, era ineficaz. La guarnicion se mantenía firme; sobaban por entonces los víveres, y no faltaba género alguno de defensa: además contaba Yahia con el apoyo del emir de Badajoz, el cual se presentó en campaña, si bien, segun se asegura, procuró siempre que pudo no medir sus fuerzas con las del rey de Castilla.

Entonces fué cuando Alfonso puso en práctica el parecer que diera en Brivea el cortesano de Al-Mamun, acerca de la posibilidad ó imposibilidad de tomar á Toledo. Limitóse, pues, á continuar talando é incendiando los campos, para lograr que se agotasen en la ciudad los víveres; y en esto invirtió hasta el año 1081, en el cual quiso tambien desnudar el acero en favor de Yahia el rey moro de Zaragoza, quien, segun las crónicas, era muy poderoso. Oportunamente para el rey de Castilla, falleció el predicho soberano árabe, llamado Al-Moktadir Ben-Hud, antes de que pudiese poner por obra su propósito.

Llegado el año 1082, y llevando ya más de cuatro los toledanos de talas é incendios, entró Alfonso por la parte de Avila, y tomó á Talavera y Escalona, que fortificó egregiamente.

Por entonces renovó el rey moro de Sevilla su instancia, para que se solemnizase de un modo fuerte y estable su alianza con Alfonso. A fin de lograrlo, ofreció á su propia hija, la bella Zaida, para esposa del rey de Castilla, dándola en dote diversas ciudades; ofrecía además hacer una invasion en los dominios toledanos, y ceder á Alfonso cuanto conquistase al Nordeste de Sierra-Morena, ofrecimiento que cumplió religiosamente dando al castellano las poblaciones que conquistó, entre las cuales se cita á Mora, Alarcos, Huete y Ocaña. Estas formaron parte del dote de Zaida, que pasó á á poder de Alfonso VI, no obstante estar entonces casado con Constanza de Borgoña, su esposa en segundas nupcias.

En el año 1085 ya se acercó el monarca castellano decididamente á Toledo, para establecer el sitio, despues de haberse hecho dueño de toda la línea desde Talavera á Madrid. El sitio de la célebre ciudad fué notable por más de un concepto, puesto que en aquel siglo no se vió otro ni más imponente ni mejor preparado y dispuesto. Ninguna máquina de guerra faltó en él, y se construye-

ron excelentes torres y otros fortines para que la circunvalacion estuviese apoyada, sostenida y segura. Todo esto unido á la escasez de viveres, fruto infalible de cerca de seis años de destruccion y de talas, era más que suficiente para que Yahia llegara á temer por su seguridad y por la salvacion de su córte.

En tan apurado trance pidió socorro al emir de Badajoz, llamado Al-Motawakil; y este, deseando auxiliar á su correigionario, mandó en direccion de Toledo suficiente ejército, acaudillado por su hijo, que era á la sazón walí ó gobernador de Mérida.

En nada mejoró por esto la suerte de Yahia: los restos del ejército auxiliar tuvieron que replegarse apresuradamente, despues de haber sido aquel completamente vencido y destruido por el del invicto Alfonso VI.

Tantos contratiempos, unidos á los mortiferos efectos del hambre asoladora, pusieron á los habitantes de la afligida ciudad en el caso de cumplir la oferta hecha al rey de Castilla y de Leon, cuando demandaron su auxilio contra la tiranía del rey de Toledo. Sea que recordasen esto, ó bien que estuviesen cansados ya de sufrir, es lo cierto que los toledanos pidieron al rey moro que propusiese al monarca cristiano alguna transaccion que diese término á tan amargo conflicto; y aun se asegura que esta manifestacion hecha á Yahia, tuvo más de tumulto y de motin que de peticion ó de súplica.

No pudo el rey de Toledo desoir el popular clamor, tanto por lo que de amenazador tenia, cuanto porque se habia desvanecido toda esperanza de socorro, desapareciendo las lisonjeras ilusiones al fuerte impulso de la poderosa y fria realidad.

Salieron de la oprimida ciudad varias veces los delegados de Yahia para presentar sus proposiciones á Alfonso, y otras tantas regresaron sin obtener aquellos de éste otra resolucioe que la de continuar el sitio, si no entregaban la ciudad sin condicion alguna, á pesar de que el rey moro ofrecia ser *vasallo y tributario del rey de Castilla*.

Cedió por fin Alfonso, á quien ya convenia terminar tan dilatadísimo sitio, y concedió la capitulacion bajo las siguientes condiciones: que el alcázar y los puentes, con la huerta denominada del Rey y todas las puertas de la ciudad, pasarian á poder de Alfonso VI; que el rey moro quedaria en libertad y podria ir á establecerse en Valencia; se dejaba tambien en libertad á los musulmanes para acompañar á su soberano, pudiendo llevar consigo cuanto les perteneciese; pactóse tambien que el rey de Castilla y de Leon auxiliaria á Yahia á recobrar el reino de Valencia, al cual creia tener ciertos derechos; se estableció tambien que ningun musulman seria molestado si determinaba permanecer en Toledo, pudiendo disponer de sus propiedades, conservar su hacienda, y seguir la

religion mahometana, á cuyo fin se dejaba á los musulmanes la mezquita mayor; que continuaria administrándoseles justicia, y serian juzgados con arreglo á sus leyes, por sus mismos cadíes; y últimamente, que no pagarían más contribuciones ó tributos al rey Alfonso, que los que hasta entonces habian pagado á los reyes moros. Estas estipulaciones escritas en latin y en árabe fueron firmadas por Alfonso VI, por Yahia Al-Kadir Billah, y por varios personajes cristianos y musulmanes.

Trescientos sesenta y cuatro años habian transcurrido desde que los moros se apoderaron de la opulenta y respetable córte de los reyes godos, hasta el dia en que lleno de gloria y en medio de entusiastas aplausos entró en ella el digno hijo y sucesor del gran Fernando I. Este memorable hecho tuvo lugar en el dia de San Urbano, á 25 de Mayo de 1085. Dícese que á pesar de esto residió Alfonso algunos dias despues de su entrada acampado extramuros, hasta estar seguro de la fidelidad de los muchos moros que se habian quedado en la ciudad. Mas esta determinacion fué de duracion breve; y la antigua Toledo, arrebatada á los godos por Tarik Ben-Zeyad despues del desastre del Guadalete, y á consecuencia de la negra traicion del conde D. Julian y de los parientes del inmoral é infame Witiza, volvió á ser la córte de la España cristiana, merced al heroico esfuerzo de Alfonso VI y al valor de los castellanos y leoneses.

Debemos consignar aquí, para gloria de Aragon, que vinieron muchos de sus hijos como auxiliares, formando una escogida hueste que contribuyó con notable valor al buen éxito de la árdua y memorable empresa. Tambien Rodrigo Diaz de Vivar, *el Cid*, asistió á la conquista de Toledo, y fué, despues de tomada, gobernador de la ciudad durante algun tiempo.

En tanto el destronado Yahia con sus principales cortesanos caminaba melancólico en direccion de Valencia, no desprovisto de riquezas, puesto que Alfonso le permitió llevase consigo sus tesoros y alhajas, dejando en poder del rey de Castilla veinte y seis poblaciones, desde Medinaceli y Atienza hasta Toledo, y desde Toledo hasta Ciudad-Rodrigo.

Uno de los primeros cuidados de Alfonso despues de haber conquistado la antigua córte fué el de mandar se convocase un concilio, al cual debian de asistir los prelados y próceres de sus vastos y extensos dominios.

Fueron todos en efecto invitados, y se congregaron solemnemente, devolviendo á la córte la sede metropolitana y colocando en ella á un virtuoso monje, que lo habia sido en Cluni, y que á la sazón se hallaba de abad en el monasterio de San Juan de Sahagun (1086). Era francés, y se supone que su elevacion fué debida á

la reina Constanza, esposa de Alfonso, francesa tambien de nacion: á pesar de esto, mucho pudo influir tambien en la eleccion, el haberse hallado el rey recluido en el citado monasterio, despues de la traicion de Sancho su hermano.

Por desgracia este hecho ocasionó muy serios disgustos. El rey, despues de haber dejado ordenado cuanto creyó necesario, y de haber dotado á la iglesia toledana con liberal y franca mano, á fin de que la religion pudiese ostentar su grave magnificencia y sostener el culto, se dirigió á Leon, en donde su presencia era necesaria.

Aprovechando la ausencia del soberano, el prelado de Toledo, de acuerdo con la esposa de Alfonso, mandó derribar las puertas de la mezquita, y extraer de ella todos los objetos del culto musulman; hizo poner apresuradamente algunos altares, para consagrar despues aquel recinto, y colocar en la torre una gran campana.

Ocurrió este suceso en las altas horas de la noche; y al rayar el alba, la campana con sus metálicos y sonoros ecos llamaba á los cristianos asombrando á los musulimes, quienes no podian creer que de tan ostensible manera se faltase á la solemne capitulacion. Debemos decir en favor del prelado, que era hombre de claro ingenio y de muy buenas costumbres; quizá su celo por la verdadera religion, á la que consideraba ultrajada viendo observar el repugnante culto de la secta del pseudo-profeta en medio de la capital del imperio cristiano, y quizá tambien el impulso é influencia de su compatriota la reina Constanza, le moverian á consumir el referido hecho.

Estaba Toledo á la sazón habitada por un número de musulimes infinitamente mayor que el de los cristianos, y estuvo en muy poco el que la tranquilidad se alterase. Dícese que sin embargo, se tranquilizaron los ánimos de los ofendidos musulmanes; porque creyeron al rey completamente ageno á aquel suceso para ellos escandaloso, y confiaron en su rectitud que les haria cumplida justicia tan pronto como á su noticia llegase: tal era la fama que Alfonso VI tenia hasta entre sus naturales enemigos; y en efecto, no quedaron defraudadas las esperanzas de estos.

Grande fué el enojo del rey al saber que la solemne capitulacion habia sido violada. Hallábase en Sahagun, y sin detenerse un instante tomó el camino de Toledo, con resuelta decision de castigar á los culpables, sin excluir á su misma esposa.

No hay para qué ponderar hasta dónde llegaria el enojo del rey, puesto que bastará manifestar aquí que los más ilustres personajes de la córte salieron procesionalmente y cubiertos de luto á recibirle; y los mismos musulmanes, temerosos de que el rey en su enojo castigase duramente á los culpables, salieron tambien á su



plicar al soberano, á fin de que depusiese su enojo, uniendo sus ruegos á los de los cristianos.

Todos, cuando llegaron á dar vista al rey, cristianos y musulmes, se arrojaron; y á pesar de sus razones y de sus muy sentidas súplicas, era tan fuerte y vehemente el enojo de Alfonso, que pasó largo rato antes de que lograsen recabar de él el que perdonase á la reina y al arzobispo Bernardo. Cedió por fin y fué tan general la alegría, que la entrada del rey en la ciudad pareció más notable aun que la verificada en el día de su triunfo, cuando quitó á Yahia Al-Kadir la rica corona de Toledo. Con tan fausto motivo, y para perpetuar la memoria de la pacífica solución que habia tenido un hecho que anunciaba un desenlace demasiado trágico, se instituyó la festividad de Nuestra Señora de la Paz, que desde entonces hasta hoy se ha celebrado y celebra el día 24 de Enero.

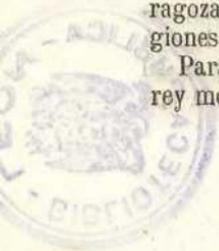
No traseurrió mucho tiempo sin que se columbrasen los primeros y lejanos resplandores de la fatídica tea, que iba á encender una guerra sangrienta y desastrosa. Alfonso VI habia renovado los buenos y gloriosos días de los godos, y los musulmes se preparaban á su vez á renovar los de funesta memoria que en sus márgenes viera el ensangrentado Guadalete.

Dícese que el rey moro de Sevilla, fiel aliado en otro tiempo de Alfonso, á quien entregó su propia hija, comenzó á mirar con envidiosos ojos al poderoso monarca cristiano. Quizá aquella alianza solo fué motivada por la envidia que antes habia tenido á los reyes de Toledo, sus correligionarios, y estaba ya pesaroso de haber contribuido á derrocarlos para engrandecer á un soberano enemigo natural del islamismo. Por otra parte, crecía el disgusto de los musulmes contra Ebn-Abed Al-Motamid; porque al contemplar la pujanza de Alfonso, le creían ensoberbecido á consecuencia de la proteccion y apoyo que le prestara el rey de Sevilla; y contra este murmuraban sin rebozo.

El rey Al-Motamid, á cuya noticia llegaban las quejas, excesivamente acres de su pueblo, acabó de disgustarse con Alfonso; empero no tenia ostensible motivo para romper la solemne alianza. Alfonso, rey guerrero por instinto, por deber y por vocacion, quizá sentia tambien el que existiese la precitada alianza; mas para romperla se hallaba en idéntico caso que Al-Motamid.

El disgusto de este, que arriba hemos indicado, fué originado por los triunfos del valeroso y entendido monarca cristiano, quien llevó sus armas y la destruccion á los dominios de Badajoz y de Zaragoza; y no contento con esto, tambien introdujo sus invictas legiones en los de Sevilla.

Para hacerlo pretextó, segun se asegura, que iba á auxiliar al rey moro su aliado, á quien molestaban sus enemigos de la costa



meridional. Con este motivo dicen que llegó hasta Tarifa, y que entró bizarramente por el mar hasta pasar el agua por cima del petral de su brioso y noble corcel, exclamando con notable arrogancia: *He llegado á los últimos términos del reino de Andalucía.*

Sin embargo de esto, el rey de Sevilla disimuló su disgusto hasta que un hecho aislado, y al parecer de ninguna consecuencia, vino á romper las estipulaciones y tal vez á satisfacer los deseos de ambos monarcas.

Parece que en Sevilla dieron de puñaladas á un judío á quien tenia por privado y por tesorero Alfonso VI; y si en otra ocasion este soberano se hubiera contentado con pedir cortésmente á su aliado el castigo de los criminales, entonces, decidido sin duda á romper las hostilidades, no se contentó sino con dirigir al rey de Sevilla una enérgica y arrogante carta, cuyo contenido era muy poco á propósito para terminar el desgraciado incidente por las vías amistosas. Cierto es que el tesorero estaba ejerciendo sus funciones en plena paz y en la córte de un monarca amigo, en apariencia al menos, del suyo, á la cual habia llegado con el objeto de cobrar del rey moro el tributo que á Alfonso VI pagaba; pero esto no obstante, del sangriento atropello no podia el rey cristiano hacer responsable al rey moro; y bastaba, como antes hemos dicho, el haber exigido el castigo de los homicidas. Puede tambien sospecharse el que los asesinos del tesorero fueron impulsados por un poder encubierto; porque, segun muy pronto veremos, el rey de Sevilla abrigaba un proyecto que debia ser muy funesto para la España cristiana, y creia poder contar con medios para defenderse y aun para vencer al más poderoso de los soberanos de aquella. Por manera que en aquella ocasion sucedió lo que siempre sucede cuando dos amigos en apariencia y enemigos en la realidad, desean romper la amistad: buscan simuladamente una ocasion, y no desaprovechan la primera que encuentran, sea más ó menos justificada su resolucion. Insertaremos aquí la correspondencia que medió entre ambos reyes, creyendo que el conocerla podrá interesar á nuestros lectores.

Alfonso VI fué el primero á enviar un mensaje al rey de Sevilla, con el objeto de pedir la debida reparacion por el agravio que se le habia inferido, y reclamar la entrega de varias fortalezas que, segun él, le pertenecian. Los mensajeros llevaron tambien la siguiente carta:

« De parte del emperador y señor de las dos leyes y de las dos naciones, el excelente y poderoso rey D. Alfonso, hijo de D. Fernando, al rey Al-Motamid Billah-Ebn-Abed;—ilumine Dios su entendimiento, para que se determine á seguir el buen camino;—salud y buena voluntad de parte de un rey engrandecedor de

»sus reinos y amparador de sus pueblos, cuyos cabellos han encane-
 »cido en el conocimiento de los negocios y en el ejercicio de las ar-
 »mas; en cuyas banderas se asienta la victoria; que hace á sus ca-
 »balleros blandir las lanzas con esforzadas manos; que hace ceñir
 »las espadas en las cinturas de sus campeadores; que hace vestir de
 »bluto las esposas y las hijas de los musulmanes, y llenar vuestras
 »ciudades de lamentos y alaridos. Bien sabeis lo que ha pasado en
 »Toledo, cabeza de España, y lo que ha sucedido á sus moradores y
 »á los de su comarca en el cerco y entrada de la ciudad; y que si vos
 »y los vuestros habeis escapado hasta ahora, ya os llega vuestro pla-
 »zo, que solo se ha diferido por mi voluntad... Y si no mirara á los
 »conciertos que hay entre nosotros, ya hubiera invadido vuestra tier-
 »ra y echádoos á sangre y fuego de España, sin dar lugar á deman-
 »das ni respuestas, y no habria entre nosotros más embajador que el
 »ruido y trópel de las armas, y el relinchar de los caballos, y el
 »estruendo de los atambores y trompetas de batalla...» (Lafuente,
 tomo IV, parte II, libro II.)

Leída la precedente carta ante el consejo del rey de Sevilla, su lectura causó bastante alarma y una fuerte impresion; porque Alfonso se habia hecho muy notable por su inteligencia y esfuerzo: por esto sin duda la mayor parte de los vazzires creyeron conveniente el aconsejar al rey continuase pagando el tributo, y procurase dar una solucion amistosa y pacífica á tan grave asunto. Ebn-Abed, que no abrigaba los temores de su consejo, porque sin duda tenia bien meditado su proyecto, separándose del dictámen de la mayoría, contestó para avivar más la asoladora llama de la guerra, con la siguiente carta:

«Del rey victorioso y grande, el amparado con la misericordia
 »de Dios y confiado en su divina bondad, Mohammed ben-Abed, al
 »soberbio enemigo de Allah, Alfonso, hijo de Fernando, que se in-
 »titula rey de reyes y señor de las dos leyes y naciones (quebrante
 »Dios sus vanos títulos): salud á los que siguen el camino recto.
 »En cuanto á llamarte señor de las dos naciones, mas derecho tie-
 »nen los musulimes para preciarse de esos títulos que tú, por lo que
 »han poseido y poseen de las tierras de los cristianos, y por la mul-
 »titud de sus vasallos y riquezas; que nunca llegará á ser compara-
 »ble tu poder con el nuestro, ni pueden alcanzarlo toda tu ley y tus
 »secuaces... Hasta ahora pensábamos pagarte tributo, y tú no te
 »contentas con él y quieres ocupar nuestras ciudades y fortalezas:
 »pero ¿cómo no te avergüenzas de tales peticiones, y quieres que
 »se entreguen á los tuyos y nos mandas como si fuéramos tus va-
 »salllos? Maravillome mucho de la manera con que nos estrechas á
 »que cumplamos tu vana y soberbia voluntad. Te has envanecido
 »con la conquista de Toledo, sin mirar que eso no lo debes á tu

»poder, sino á la fuerza y voluntad divina que así lo habia deter-
 »minado en sus eternos decretos, y en eso te has engañado á tí mis-
 »mo torpemente. Bien sabes que tambien nosotros tenemos armas,
 »caballos y gente esforzada que no se asusta del estruendo de las
 »batallas, ni vuelve el rostro á la horrorosa muerte, y que metidos
 »en la pelea nuestros caballeros saben salir de ella airosos. Nues-
 »tros caudillos saben ordenar las haces, guiar los escuadrones, ar-
 »mar celadas, y no temen entrar por entre los filos de vuestras es-
 »padas, ni los estremecen las lanzas asestadas á sus pechos. Sabe-
 »mos dormir en la dura tierra sobre el albornoz, rondar y hacer la
 »vela de la noche... y porque veas que es así como te lo digo, ya
 »te tienen preparada la respuesta á tu demanda, y de comun acuer-
 »do te esperan con sus alfanges limpios y acerados y con sus grue-
 »sas y agudas lanzas. Es verdad que hubo entre nosotros concier-
 »tos y capitulaciones para que no moviésemos nuestras armas el
 »uno contra el otro, porque yo no ayudase á los de Toledo con mis
 »fuerzas y consejo, de lo que pido perdon á Dios, y de no haberme
 »opuesto antes á tus intentos y conquistas, aunque gracias á Dios
 »toda la pena de nuestra culpa consiste en las palabras vanas con
 »que nos insultas; pero como estas no acabarán la vida, confío en
 »Dios que con su ayuda me amparará contra tí, y sin tardanza ve-
 »rás entrar mis tropas por tus tierras.» (Lafuente, tomo IV, par-
 te II, libro II.)

Tan pronto como hubo el rey de Sevilla mandado á Alfonso VI la precedente carta, manifestó el oculto proyecto que para daño de la España cristiana meditaba. El primero á quien lo comunicó fué á su hijo Raschid. Consistia aquel en llamar en su auxilio á los almoravides de Africa; y aunque el jóven principe no acogió el precitado proyecto, manifestando á su padre el fundado temor que abrigaba de que los almoravides los expulsasen de su patria si salian vencedores, no pudo disuadirle. Lejos de convencerse el rey de Sevilla, contestó á su hijo que seria para él muy preferible el guardar los camellos del rey de Marruecos, antes que ser tributario de *los perros cristianos*.

En aquella ocasion dió Ebn-Abed una muy clara muestra del carácter que aun hoy conservan algunos mahometanos, arrogante y cruel con aquellos á quienes no temen por la posicion de estos ó porque no pueden contar con recursos tan poderosos como los que ellos manifiestan ú ocultamente poseen, y humilde y rastrero con aquellos á quienes temen, ó de quienes esperan. Sin duda por esto el rey de Sevilla, arrogante y altanero con Alfonso porque meditaba el que se realizase una invasion parecida á la que ocurriera en los tiempos del desgraciado Rodrigo, se mostró bajo y humillado al dirigirse á Yussuf, de quien únicamente esperaba la

salvacion de su corona. En prueba de esta clara verdad, véase la siguiente carta, y examinense la dirigida á Alfonso VI.

«A la presencia del príncipe de los musulmanes, amparador de la fé, propagador de la verdadera secta del califa; al iman de los musulimes y rey de los fieles Abu-Yacob Yussuf-ben-Tachfin, el ínclito y engrandecido con la grandeza de sus nobles, alabador de la magestad divina y de la potencia del Altísimo, venerador de Dios y del cielo; que no se envanece de su honra y grandeza: salud cumplida de Dios, como conviene á tu soberana y alta persona, con la misericordia de Dios y su bendicion.—Te envia la presente el que abandonándolo todo se dirige á tu generosa magestad desde Medina-Sevilla (ciudad de Sevilla), en el interlunio de Giumada primera del año 479 (1086), persuadido, ¡oh rey de los musulimes! de que Dios se sirve de tí para ensalzar y sostener su ley. Los árabes de Andalucía no conservamos en España separadas nuestras kabilas ilustres, sino mezcladas unas con otras, de suerte que nuestras generaciones y familias poca ó ninguna comunicacion tienen con nuestras kabilas que moran en Africa: y desta falta de union ha dividido tambien nuestros intereses, y de la desunion procedió la discordia y apartamiento, y la fuerza del estado se debilitó, y prevalecen contra nosotros nuestros naturales enemigos, y estamos en tal estado que no tenemos quien nos ayude y valga, sino quien nos baldone y destruya; siendo cada día más insufrible el encono y rabia del rey Alfonso, que como perro rabioso con sus gentes nos entra las tierras, conquista las fortalezas, cautiva los musulimes, y nos atropella y pisa sin que ningun emir de España se haya levantado á defender á los oprimidos... que ya no son los que solian, pues el regalo, el suave ambiente de Andalucía, los recreos, los delicados baños de aguas olorosas, las frescas fuentes y exquisitos manjares los han enflaquecido y han sido causa de que teman entrar en guerra y padecer fatigas... así es que ya no osamos alzar cabeza; y pues vos, señor, sois el descendiente de Homair, nuestro predecesor, dueño poderoso de los pueblos y dilatadas regiones, á vos acudo y corro con entera esperanza, pidiendo á Dios y á vos amparo, suplicándoos que sin tardanza paseis á España para pelear contra este enemigo, que infiel y pérfido se levanta contra nosotros procurando destruir nuestra ley. Venid pronto y suscitad en Andalucía el celo del camino de Dios... que no hay fuerza ni poder sino en Dios alto y poderoso, cuya salud y divina misericordia y bendicion sea con vuestra alteza.» (Lafuente, tomo IV, parte II, libro II.)

Antes de remitir á su destino tan aduladora y humilde carta, hizo Ebn-Abed reunir en su córte á todos los príncipes que más recelosos debian estar del poder de Alfonso, en union con sus

principales caudillos, á los cuales hizo ver la necesidad de pedir auxilio al rey de los almoravides, si se queria enfrenar y poner un dique á la fuerza y osadía de los cristianos.

Todos los que presentes estaban convinieron con el rey de Sevilla; solo el walf de Málaga estuvo de acuerdo con el príncipe Raschid, y separándose del rey y de todos los príncipes y caudillos manifestó con grande energía hasta qué punto era inconveniente y podia ser perjudicial tan mala determinacion. La franca y arrojada manera con que emitió sus ideas el valeroso y previsor gobernador de Málaga le valió el que amotinados todos contra él le calificasen de traidor, enemigo de los verdaderos creyentes, y aun, segun algunos aseguran, fué condenado á muerte.

Quedó por fin resuelto el enviar un mensaje al rey africano, supremo jefe de los almoravides, llamado Yussuf-ben-Tachfin: las circunstancias que mediaron antes de decidirse Yussuf á aceptar la invitacion de Al-Motamid, podrá verlas el lector cuando de la España árabe tratemos.

El dia 30 de Junio del año 1086 llegó el príncipe de los almoravides á Algeciras, en donde le esperaban ya Al-Motamid y otros varios emires.

Hallábase el rey Alfonso sitiando á Zaragoza; y habiendo sabido el arribo de Yussuf, y cuán innumerable era la guerrera muchedumbre que le seguia, levantó precipitadamente el sitio, y quiso asociar á su empresa al conde Berenguer de Barcelona, y á Sancho, primo de Alfonso y rey de Aragon. Estaba á la sazón este dando mucho en qué entender á los moros de Valencia, y aquel se hallaba sitiando á Tortosa; mas uno y otro aceptaron la invitacion de Alfonso, y con este se unieron para hacer frente al enemigo comun.

El ejército cristiano era muy respetable: estaba compuesto de leoneses, castellanos, gallegos, catalanes y aragoneses; empero aunque era tan grande su número, lo era infinitamente mayor el de Yussuf. Era este tan excesivamente numeroso, que solo podia compararse con los innumerables enjambres de langosta que en caloroso dia del abrasador estío caen sobre los feraces campos para destruirlos, é interpuestos entre el firmamento y la tierra, anublan el sol y dejan casi en tinieblas el paraje por donde transitan.

Diéronse vista ambas huestes en las llanuras de Zalaca, cerca de Badajoz: estaban los dos campos divididos por un rio; y antes de comenzar la batalla, cumpliendo Yussuf con la prescripcion del Korán, mandó á Alfonso VI un mensaje intimándole que renegara de Jesucristo y abrazase el mahometismo, ó que de no, le reconociese por señor, y como su vasallo le pagase tributo. La respuesta de Alfonso fué digna de un monarca cristiano; de un soberano como él, y de mejor suerte que la que en la batalla tuvo: solo con-

testó altivamente al mensajero: *Ve y encarga á tu emir que no se oculte durante la batalla, que en ella nos encontraremos.*

Horrible y sangrienta fué la accion, segun afirman igualmente los escritores cristianos y los arábigos; y á pesar de que los soldados de Alfonso, lo mismo que los caudillos, hicieron prodigios de valor, venció el número, y fué de Yussuf la victoria.

No damos crédito á lo que los árabes han dejado escrito, respecto de la pérdida que experimentara el ejército cristiano, puesto que la hacen llegar hasta 179,500 hombres, los cuales probablemente no se reunirían siquiera para formar el ejército y entrar en batalla. No contentos con esto, y dejando á Alfonso solamente *quinientos* ginetes de 180,000 hombres con que ellos dicen que comenzó la pelea, aun manifiestan que entró solamente con ciento en Toledo, porque en su retirada perdió cuatrocientos; y para dejarle ciento, de ciento y ochenta mil que le dan, pudieran ya habérselos quitado todos. Tambien para completar la hiperbólica fuerza de su relato, dicen que Yussuf mandó *diez mil* cabezas de cristianos á Valencia; *diez mil* á Zaragoza; *diez mil* á Murcia; *diez mil* á Córdoba; *diez mil* á Sevilla, y aun sobraron 40,000 que fueron repartidas entre las ciudades de Africa: mucho tiempo fué necesario para cortarlas y alcanforarlas.

Este último hecho, que un autor cristiano toma de los escritores mahometanos, es tan improbable como el anteriormente referido. Cierto es que la accion fué ganada por los moros; que la pérdida del numeroso ejército de Alfonso fué incalculable, y que fué la derrota para España tan desastrosa como ninguna otra hasta entonces lo habia sido, pudiendo equipararse con la del Guadalete, así en el destrozo como en el temor que infundió en los cristianos, por las consecuencias que de ella debian esperarse. Tuvo lugar el *viernes* 23 de Octubre de 1086.

Quizá los tristes presagios de los vencidos se hubieran realizado muy fácilmente, si Yussuf hubiera proseguido su obra de conquista, estando diezclado el ejército cristiano y dispersos sus restos; empero la Providencia, que no queria se renovasen por completo los aciagos dias del último período de la dominacion de los godos, en la misma noche del dia en que Yussuf ufano y contento se alegraba por la destruccion de los cristianos españoles, le hirió en el corazon é hizo que el júbilo y placer se trocasen en acerbo dolor y amargo desconsuelo.

En aquella misma noche recibió la tristísima nueva de haber fallecido en Africa el más predilecto entre todos sus hijos, á quien con delirio queria; y sobreponiéndose el afecto de padre al sentimiento de conquistador, se ausentó en el momento para presenciar los funerales de su amado hijo, ya que no le era dado volver á

verle con vida. Tales son la mayor parte de las veces las dichas humanas, principalmente cuando no es recto el camino que al goce de ellas conduce. ¿No hubiera en aquel momento rescatado el afligido Yussuf, si en su mano hubiera estado, las vidas de todos los cristianos muertos en la batalla de Zalaca, á precio solamente de la vida de su perdido hijo? Así doma Dios á los orgullosos mortales, haciéndoles sentir el abrumador peso de su poder, en medio de los placeres, cuando se creen omnipotentes y abusan de la fortuna que le place concederles.

Yussuf marchó solo, dejando el mando de sus huestes á uno de sus caudillos llamado Abu-Bekr, notable por su valor y circunstancias. Sin embargo, causó no escaso gozo á los cristianos la ausencia de Yussuf; porque su reemplazo era difícil, y á ninguno de los jefes del ejército africano le suponían con las especiales dotes que en el emir de los almoravides concurrían.

Abu-Bekr, en union con Ben-Alaftas, emir de Badajoz, fué posesionándose de algunas plazas y fortalezas situadas en las fronteras de Galicia y de Castilla, en tanto que Al-Motamid, el rey de Sevilla, entrando por los dominios de Toledo, recobraba las que había en otro tiempo entregado á Alfonso VI, segun las estipulaciones que pactadas tenían.

De Toledo pasó á Murcia; y cuando más persuadido se hallaba de que su marcha era un verdadero paseo militar, estando como en efecto estaba destruido el ejército cristiano, en Murcia encontró unos cuantos guerreros españoles, cuyo número no era grande; empero iba á su frente un caudillo que valia por muchos hombres entendidos y valerosos; estaba aquel puñado de héroes acaudillado por el insigne guerrero á quien los moros denominaron *Cide* ó *Seide* (el señor) por el respetuoso temor con que llegaron á mirarle; los conducía, en fin, el celeberrimo *Cid*, Rodrigo Diaz de Vivar.

Arrojóse este desesperadamente y seguido de sus fuertes leones sobre los moros y los destrozaron, quitando al rey de Sevilla la mitad de su hueste; que sobre el milagro de haberse salvado el *Cid* en Zalaca, pues es fama que en esta batalla peleó muy esforzadamente, lo fué no menor el que tan pequeña hueste causase tan gran derrota al ejército del rey moro de Sevilla, quien á uña de caballo tuvo que huir y refugiarse en Lorca, pidiendo asilo y amparo al wali de esta ciudad.

El *Cid* se posesionó del castillo de Alib ó Lebit (Aledo), adoptándole como punto de segura retirada al terminar cada una de sus continuas correrías é incesantes incursiones por las fronteras, llegando á cansar y aburrir de tal manera al rey Al-Motamid, que se retiró á Sevilla dando parte á Yussuf de las proezas del *Cid*, á

quien Alfonso envió los refuerzos que le fué posible reunir, á fin de que pudiese continuar lo que tan bien habia comenzado.

Volvió Yussuf á desembarcar en Algeciras, como en su lugar más detalladamente referiremos; y proclamada solemnemente la guerra santa, envió á todos los emires españoles una órden apremiante para que se reuniesen en los campos de Alib ó Lebit (Aledo), en medio de los cuales estaba situada la fortaleza que servia de baluarte á los heroicos españoles y al incomparable Cid, el cual á la sazón estaba en la gracia de Alfonso VI, que no pudo ser insensible á la ejecucion de tan grandes hazañas.

Asombra sin duda alguna los ejércitos y el material de guerra que acopiaron los almoravides, los feroces africanos y los poderosos musulimes, para sitiar aquella no muy grande fortaleza, que descollando altiva sobre tanta apiñada muchedumbre, se elevaba orgullosa y tranquila como la imponente palmera del desierto, que se doblega flexible para resistir el impetu del destructor simoun, alzándose despues enhiesta y firme.

Del mismo modo el valeroso Cid y sus indomables guerreros se plegaban flexibles para resistir á tan poderoso vendaval, y acometian otras veces denodados é intrépidos, resistiendo sin rendirse, y haciéndose cada vez más temibles á la espantosa muchedumbre, que á duras penas podia dar crédito á sus propios ojos, y que llegó á atemorizarse; porque no les parecia posible que por humanos medios pudiesen resistir tan flacas fuerzas á tan poderosos ataques.

Para gloria y eterno renombre de aquel vivo trasunto del inmortal Pelayo, del *Cid Campeador*, que seguido de algunos héroes, émulos de aquellos que cerca de cuatro siglos antes se reunieron en Cangas de Onís; de aquellos que en virtud de un valor y de un esfuerzo sobrehumano supieron renovar el memorable y glorioso dia de Covadonga, describiremos ligeramente las fuerzas mahometanas que fueron contra la fortaleza de Aledo.

Asistieron á tan renombrado ataque los moros de Málaga mandados por Themín, hermano de Abdallah-ben-Balkin, rey de Granada, que tambien asistió con los granadinos; los de Murcia, acaudillados por su emir Abdelaziz; los de Almería, por Mohamed Al-Motacim; el wali de Lorca, el de Jaen y el de Baza, al frente de sus respectivas huestes; el rey de Sevilla, con los moros sevillanos, cordobeses y demás de sus dominios; y como si tantas tropas no fueran bastantes para un objeto al parecer tan pequeño, tambien asistió Yussuf con sus innumerables almoravides.

Diversos ataques vigorosamente dados por los secuaces del Korán se estrellaron contra los esforzados hijos de la santa Cruz; y desesperado Yussuf con la inutilidad de los medios de guerra que em-

pleara, dispuso se estableciese un formal bloqueo, y que fuese baticada por todos lados la fortaleza, reiterando al propio tiempo los desesperados ataques, no solamente aprovechando el claro dia, sino sirviéndose igualmente de las nocturnas tinieblas.

En alabanza del inmortal caudillo y de su escasa hueste, solo podremos decir, y creemos decir cuanto es posible, que Yussuf y Al-Motamid vieron que era preciso levantar el sitio, desesperados de rendir el castillo y de subyugar á tan extraordinarios héroes, contentándose con hacer correrías é incursiones parciales por las fronteras y dominios de los cristianos.

Un incidente casual de la apariencia, pero que muy bien pudiera tomarse como providencial, vino á dar ánimo al rey Alfonso y á los españoles; aunque en nada atenuó la gloria de los inmortales defensores de Aledo, puesto que antes de ocurrir, los enemigos del nombre cristiano habian palpablemente visto que no era posible rendir á aquellos, ni menos posesionarse del codiciado castillo.

Puestos de acuerdo Al-Motamid y Yussuf acerca de la necesidad de levantar el sitio, mandaron reunir en consejo á los emires y walis, para darles parte del acuerdo y escuchar su parecer sobre este. Ebn-Abed Al-Motamid tuvo la insigne imprudencia de apostrofar á Abdelaziz, emir de Murcia, porque, segun él, estaba en inteligencia con los cristianos.

Era el emir de Murcia mal sufrido y llevó pesadamente el insulto del rey de Sevilla; y como jóven y hombre de probado valor, por toda respuesta tiró de la cimitarra para acabar de un golpe con Al-Motamid.

Yussuf, á quien por entonces convenia estar bien con el más poderoso de los soberanos musulimes de España, que era además quien á esta le habia traído, se decidió en favor del rey de Sevilla; y haciendo aprisionar y aherrojar al valeroso Abdelaziz, le puso en poder de su adversario.

No fué más pronto el llegar la noticia de la despótica é imprudente determinacion de Yussuf al ejército de Murcia que en el campamento de Aledo se hallaba, que el manifestarse aquel en completa sedicion en favor de su caudillo; y sin que nadie ni nada fuera bastante á contenerle, ausentándose del campo tomaron aquellas irritadas tropas los caminos, y los cortaron de suerte que interceptaron los recursos y los víveres á los que poco antes eran sus comilitones.

Muy poco tiempo tardó Alfonso VI en saber lo que en Aledo ocurría, así como los destrozos que en el campo de Yussuf hacia el hambre, y hasta qué horrible punto iba llegando la miseria. Sabedor asimismo de la heroicidad de los españoles, comprendió que debia ir en su auxilio; porque aun cuando no podia disponer de

grandes fuerzas militares, las críticas circunstancias en que los enemigos se hallaban le hizo adquirir cierta confianza en el buen éxito de la empresa que meditaba.

Reunió el rey en Toledo todo el ejército que pudo, y puesto á su cabeza marchó apresuradamente en direccion de Aledo; mas Yussuf no esperó; llegó á su noticia que por otra parte se acercaban los cristianos de Afranc con la intencion de reunirse á Alfonso VI, y precipitadamente recogió tiendas, máquinas y bagajes, y levantó el campo. Llegado á Almería, determinó regresar á la Mauritania.

El rey de Castilla y Leon encontró aquel terreno limpio de enemigos, puesto que todos los emires y walíes se retiraron á sus respectivos estados, y para no haber ido en balde hizo diversas y no infecundas correrías por la tierra de Murcia, despues de lo cual, y de recompensar larga y respectivamente al heróico Cid y á su bizarra hueste, de la cual algunos individuos habian perecido, mandó dismantelar el castillo; porque colocado tan en el centro de los dominios musulmicos de aquella parte, era expuesto para los cristianos el poseerle, y no menos el abandonarle, para que de él pudiesen posesionarse los moros. Hecho esto regresó á Toledo contento y más tranquilo (1089).

Diversos sucesos, de los cuales habremos de ocuparnos al tratar de la España árabe, convencieron á Ebn-Abed Al-Motamid, rey de Sevilla, de que su previsor hijo Raschid le aconsejó con gran prudencia, al tratar de disuadirle de que llamase en su auxilio á los almoravides, los cuales habian quedado en España, aunque Yussuf se retiró á Africa, mandados por su teniente, ó segundo, llamado, como en otra ocasion hemos dicho, Abu-Bekr.

Al-Motamid, que segun en su lugar verá el lector, se encontró casi desposeido de su amada corona y reducido á reinar intramuros de Sevilla, fué tan cobarde que llamó en su auxilio al que poco tiempo antes habia insultado; á quien tanto mal tan pérfidamente habia hecho; á Alfonso VI de Castilla y Leon; y este, tan noble y caballero como lo fué en otra ocasion al mandar que no se persiguiese á las vencidas legiones de Sancho II de Castilla que tan infuca y traidoramente pagó tamaña generosidad, determinó auxiliar al falaz rey de Sevilla. Créese que para olvidar Alfonso VI la anterior conducta de Al-Motamid, pudo más en su ánimo que la oferta de devolverle las plazas que al romper la alianza le habia quitado, los ruegos é intercesion de Zaida; y acaso tambien el convenirle que los lazos amistosos del rey de Sevilla y de Yussuf, rotos entonces ya, quedasen para siempre deshechos.

Cuarenta mil peones y veinte mil ginetes españoles se reunieron para marchar en auxilio de Al-Motamid: por desgracia no les era posible vencer á la morisma, cuya muchedumbre era incalculable;

y no lejos de Almodóvar fueron vencidos los cristianos, sin embargo de lo cual quedó sembrado el campo de mahometanos, entre ellos considerable número de almoravides. No se halló Alfonso VI en la batalla ni en los diversos y sangrientos choques que la precedieron: los escritores arábigos dicen que mandaba la hueste cristiana *el conde Gumis*; y un erudito historiador moderno cree probable fuese tan noble caudillo el *conde Gormaz*.

Corría la última decena del siglo XI, cuando Alfonso hizo una gloriosa incursión por Extremadura y Lusitania. Imposible parece que después del rudo y destructor golpe que llevara en Zalaca, siete años después de destruido el grueso de su florido ejército (en 1086), pudiese conquistar á Santarem, á Cintra y á Lisboa.

En el mismo año en que llevó á cabo el monarca de Castilla y Leon estas conquistas (1093), falleció su esposa Constanza; y el soberano se unió en matrimonio á la princesa Berta, esposa repudiada de Enrique IV, rey de Germania, la cual solo disfrutó del trono dos años.

Con este motivo llegó el momento de que se enlazase al rey de Castilla la princesa Zaida, hija de Ebn-Abed Al-Motamid, á la sazón difunto, la cual tantos años hacia estaba en poder de Alfonso, entregada por su propio padre como prenda de paz.

Durante tan largo periodo de tiempo el rey la profesó un cariño que según imparciales escritores nada tuvo de reprochable; y aunque otros opinen de distinta manera, el erudito é investigador señor Lafuente se separa de estos; porque, en efecto, no puede creerse fundado un juicio que no se apoya en ninguna crónica ni documento fidedigno.

La bella Zaida, prendada del noble carácter y de las altas prendas de tan gran monarca, habia, sin embargo, permanecido cerca de él sin abjurar los errores del mahometismo; empero en el año 1095 abjuró aquellos y abrazó la verdadera fé, recibiendo el sagrado bautismo, y tomando los nombres de María Isabel. En el mismo año se unió á Alfonso VI y fué reconocida como reina de Castilla y Leon.

Llegado el 1096 la nueva reina dió á luz un hijo, único varon que tuvo Alfonso: le pusieron por nombre Sancho, y el júbilo del rey fué más allá de lo que es posible expresar, al contar con un príncipe que pudiera dignamente heredar su gloriosa corona: le era imposible prever que no podría legarle el áureo cetro, y que habia de costarle más lágrimas el fin del hijo de su amada y hermosa Zaida, que placer y regocijo le ocasionó su nacimiento.

Los últimos cinco años del siglo XI trascurrieron sin que ocurriese cosa notable, y el rey los empleó en cuidar del gobierno de

sus vastos estados, y en hacer alguna que otra expedición, cuya importancia y resultados no fueron de grande entidad.

REINO DE CASTILLA.

SEPARACION DE ESTE Y DEL DE LEON.

AÑO 1065 Á 1072.

Al fallecer Fernando I, con sobrada justicia denominado el *Magno*, recayó la corona de Castilla en su hijo primogénito llamado Sancho, y á quien la historia añade el epíteto de el *Bravo* ó el *Fuerte*.

El gran Fernando reunió bajo su poderoso cetro los reinos de Castilla y de Leon, y á imitación de su padre, Sancho el *Mayor*, dejó al morir divididos sus extensos dominios, como en otra ocasión hemos dicho.

Era Sancho II hombre de magestuoso aspecto; de hermosa figura; de varonil y expresivo rostro; de estatura elevada; de atléticas formas; de muy enérgico carácter y muy grande corazón: su valor pasaba de los límites del mucho, y casi rayaba en lo fabuloso; empero tan bellas y recomendables circunstancias estaban deslucidas y amenguadas por un carácter con exceso altivo y por extremo turbulento é inquieto, y por una ambición ilimitada é insaciable.

Fué proclamado rey de Castilla Sancho II, el *Fuerte*, el mismo día en que murió Fernando I, el Magno, su padre (27 de Diciembre de 1065); y á pesar del carácter que poseía el nuevo soberano de Castilla, supo tenerle á raya durante dos años para con sus hermanos, quizá, como algunos suponen, por respeto á su madre la reina doña Sancha, á quien la historia califica de «señora de gran juicio y prudencia.»

No le era, sin embargo, posible permanecer ocioso é inactivo, y ya que se determinó á no llevar por entonces los horrores de la guerra á los dominios de sus hermanos, quiso llevarla á los de sus primo-hermanos; porque reinaba á la sazón en Navarra otro Sancho, hijo de D. García, que fué tio de Sancho de Castilla; y en Aragon otro, Sancho tambien por nombre, hijo de Ramiro I, que fué igualmente tio del jóven monarca castellano: por manera que reinaban á la vez un Sancho en Castilla, otro Sancho en Aragon, y otro Sancho en Navarra.

El de Castilla, olvidando la noble y generosa conducta observada por su padre Fernando I, cuando pereció en la accion de Atapuerca D. García, tio de Sancho y hermano de Fernando, no pudo respetar su resolucion. Fernando, siendo vencedor de García, por quien sus dominios injustificadamente habian sido acometidos, no quiso convertirse en usurpador, y aseguró en su sobrino Sancho la corona de Navarra, apenas cercenada; mas Sancho de Castilla, con quien su primo hermano estaba en completa paz, no pudo resistir sus instintos turbulentos y ambiciosos, y determinó inmotivadamente el deshacer la obra de su padre, que tanto honraba la memoria y acreditaba la templanza de este.

A la sazón estaban ya unidos por una íntima y estrecha alianza los dos Sanchos de Aragon y de Navarra; alianza que debió tener su origen en el genio ambicioso de Sancho de Castilla, puesto que era entonces de muy moderna fecha y recientemente acordada.

Preparados y vigilantes como ambos estaban, no era fácil que el ambicioso monarca castellano los encontrase desapercibidos; y al vadear este el Ebro (1067), vió, no sin sorpresa, que ambos primos le esperaban en ademán de guerra; no á guisa de quien amenaza ó desafia, sino á la manera de quien duda y espera, y en su dudar y esperar precave y se prepara.

Hallábanse Sancho de Navarra y Sancho de Aragon con los respectivos ejércitos ocupando una extensa llanura, que por nombre llevaba *el Campo de la Verdad*. Parece que se le dió tal nombre porque desde muy remoto tiempo habia sido destinada para que en él tuviesen lugar los *juicios de Dios*, como entonces llamaban á los combates ó duelos á muerte; solemne y sangrienta decision que daban la fuerza física, la suerte y la destreza de las armas, cuando algun noble tenia necesidad de volver por su honra ultrajada, ó de salir á la defensa de una calumniada dama, y en otras circunstancias análogas en que la propia muerte, ó la victoria sobre un adversario, quitaba ó daba, respectivamente, la razon; y si el caballero que defendia su honra ó la de una dama, injustamente infamada, por su menor pujanza, suerte ó destreza, moria en el combate, manchada para siempre quedaba su memoria ó la de la

persona á quien defendia; porque, segun la errónea creencia de aquellos remotos tiempos, el juicio de Dios se habia verificado y Dios habia fallado inapelablemente; y tan creido lo tenian, que no se contentaron con dar al sitio en que las lides se verificaban menos pomposo y respetable nombre que el de *Campo de la Verdad*.

Ocupaba este el terreno en que tiempo adelante se fundó la ciudad de Viana; y sobre él se dió inmediatamente una batalla, puesto que el impetuoso y arrebatado carácter de Sancho de Castilla ni tenia espera, ni daba lugar á las razones.

Los tres Sanchos se batieron bizarramente y guiaron con no poca inteligencia las respectivas huestes; empero la accion fué de tan breve duracion como funesta al rey de Castilla, el cual tuvo que abandonar el campo con tanta prisa, que saltó sobre un caballo que ni aun brida tenia, y que estaba entre los bagajes, por haber perdido el suyo hallándose en lo más recio de la ruda pelea.

Con su injusta invasion solo logró Sancho II de Castilla inaugurar su carrera de soberano guerrero con una espantosa derrota; dar una muestra tan ostensible como irrefragable de su ilimitada ambicion, y perder las plazas que en la Rioja poseia, única cosa que se reservó como fruto de la completa victoria el vencedor de Atapuerca, las cuales fueron recuperadas por Sancho de Navarra, por efecto de su victoria obtenida sobre el Campo de la Verdad, de cuyo padre, D. Garcia, fueron.

No era hombre Sancho el Fuerte que olvidase fácilmente la injuria, ni á quien el riesgo intimidase, ni anonadase la desgracia; y créese que maduraba la venganza que de sus dos primos deseaba tomar, aunque no hicieron otra cosa que defender heroica y justamente sus dominios, cuando la despiadada muerte arrebató á la reina doña Sancha, su madre (1067): con tan triste motivo, las ideas del rey de Castilla tomaron nuevo rumbo.

Más que el tomar venganza de sus primos, deseaba tomarla de sus inocentes hermanos, á quienes no perdonaba el que fuesen soberanos tambien, seguro como en su creencia estaba de que siendo él el primogénito de Fernando I, este le habia hecho una insigne injusticia en darle un solo reino, debiendo en su concepto habérselos dado todos.

No fué poco el que tanto respetase los deseos y consejos de su prudente y buena madre; mas habiendo desaparecido para siempre esta fuerte rémora, decidió llevar á cabo sus deseos, hasta entonces á duras penas comprimidos en el fondo del pecho; y para verificarlo determinó comenzar su ambiciosa é injustificada tarea por invadir los dominios de Leon, en donde reinaba su hermano Alfonso VI.

Persuadido este soberano de que muerta su madre no tardaria

en acercarse en son de guerra á los dominios de Leon su hermano Sancho II de Castilla, quiso prepararse y concertar una alianza con los otros dos Sanchos, de Aragon y de Navarra, sus primos.

Ya sabe el lector que el impetuoso rey de Castilla no dió tiempo á que la precitada alianza se realizase, y conoce asimismo la batalla que tuvo lugar en Llantada (antes Plantada, segun unos, segun otros Plantaca), siendo derrotado el rey Alfonso de Leon, por Sancho de Castilla (1068).

Supónese por algunos, y á nuestro parecer no sin fundamento, que no avanzaria Sancho II después de su victoria de Llantada, porque no teniendo aun completamente repuesto su ejército de la derrota que sufriera en el Campó de la Verdad, ó sea en Viana, temeraria encontrarse, si se internaba en el territorio leonés, entre el ejército de su hermano Alfonso y el de los dos Sanchos, sus primos, que pudieran venir en socorro de aquel y atacarle por retaguardia, mientras fuese por la vanguardia acometido por las tropas de Leon.

Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que pasaron tres años hasta que tuvo lugar la batalla de Golpejar, en la que vengaron dignamente los leoneses la derrota de Llantada, destrozando las huestes de Sancho el Fuerte.

Se ignora si fué ó no cierto el convenio que previamente hicieron ambos hermanos, estipulando que el vencedor seria rey de ambos reinos; lo que sí consta es que el generoso y magnánimo Alfonso prohibió severamente se persiguiese á los fugitivos, diciendo conmovido: *¡Al fin son españoles y cristianos!*

Sabe el lector que los leoneses dormian tranquila y profundamente, cuando fueron traidora é inficuamente sacrificados por los soldados de Sancho, á quienes no consintió se persiguiese el noble rey vencedor en Golpejar. Lo que probablemente ignora es quién fué el caballero castellano que aconsejó al rey de Castilla ejecutase la negra infamia, diciéndole: *Señor, aun podeis recobrar lo que habeis perdido; tranquilos y dormidos están los leoneses; en sus tiendas reposan sin recelo: caigamos sobre ellos antes de que despunte el alba, y es indudable el triunfo (1071).*

El consejero que tales palabras decia era Rodrigo Diaz de Vivar, el Cid; y duélenos por cierto que tan insigne guerrero, tan valeroso campeador, obrase en aquella ocasion de una manera tan impropia de su caballerosidad y nobleza; duélenos tanto mas, cuanto que le hemos considerado no hace mucho como un nuevo y heróico Pelayo, al destrozar con un puñado de valientes españoles el numeroso ejército del falaz Al-Motamid, rey de Sevilla.

Hé aquí explicado el profundo disgusto, ya que no fuese aversion, con que miró al Cid casi siempre Alfonso VI, á quien esta iniquidad costó por entonces la corona. ¡Qué contraste no hacen

las palabras del Cid con las de Alfonso: *Nadie sea osado á perseguirlos; al fin son españoles y cristianos!!*

Por esto en su lugar dijimos que el disgusto del rey de Leon no nació, en nuestro concepto, al formular el caudillo castellano el humillante juramento de Santa Gadea; pudo sí aumentarse; pero no tuvo su origen sino en Golpejar, y con sobrada razon. Fué tambien rara coincidencia que el mismo que tanto ofendió antes al monarca leonés, en el momento en que iba á tomar la corona de Castilla y á recuperar la de Leon, el mismo caballero que habia sido la causa eficiente de que esta saltase en otro tiempo de sus sienes, fuese el único que osase formular y exigir el terrible juramento. Por otra parte, la conducta del Cid fué tiempo adelante en más de una ocasion demasiado equívoca, y diversas veces le recibió en su gracia, á pesar de todo, el generoso y ofendido Alfonso. Por ahora continuaremos ocupándonos del breve reinado de Sancho; porque aunque volveremos á tratar de las hazañas del Cid, creemos deber hacerlo cuando lleguemos á hablar de la España árabe; tanto porque aquellas casi en su totalidad tuvieron por teatro á Valencia, que no pertenecía á ninguno de los reinos cristianos, cuanto porque fueron casi siempre contra moros, y algunas veces en favor de los que de estos eran sus aliados.

Ya dijimos, al tratar de Leon, que Sancho, vencedor despues de vencido, y tan poco noble en aceptar el consejo como el Cid en dársele, sabida como era la manifiesta y conocida generosidad de Alfonso, quedó rey de ambos reinos; que hizo sacar á su hermano del templo de Santa María de Carrion, en donde se habia refugiado; que mandó le encerrasen en el castillo de Búrgos, y que despues dispuso vistiese la cogulla.

Poseionado Sancho II de su nuevo reino, entró triunfante en la córte de este, con notable disgusto de los leoneses; y debemos consignar aquí que no hicimos division de Leon y Castilla al perder el trono Alfonso VI, porque su caída fué de tan corta duracion que solo para confundir sirviera el haber dividido este tan corto periodo.

No permaneció mucho tiempo tranquilo el usurpador, que ni respetaba los vínculos tan estrechos de la sangre, ni la última y sagrada voluntad de su padre; mas, á decir verdad, ¿qué es lo que puede infundir respeto en el cielo ni en la tierra á la ambicion de los desenfrenados usurpadores?

Salió, pues, de Leon Sancho II, y se dirigió á Galicia en busca de su hermano menor Garcia, á quien Fernando I legara aquel pequeño reino que tambien ambicionaba; y no pesó mucho, por cierto, á los gallegos la aproximacion de Sancho, puesto que Garcia los tenia de continuo despóticamente oprimidos, á cuyos actos arbitrarios daba pábulo un cierto Vernula su favorito, á quien ciega-

mente creia, y el cual por satisfacer odios unas veces, segun puede suponerse, y otras por sacar partido de los que querian evitar el ser maltratados, continuamente delataba á unos y otros, y el rey García tomaba las delaciones por verdades infalibles. Con esto y con oprimir á los pueblos con grandes y continuas contribuciones, dicho se está si los gallegos tendrian cariño á semejante monarca.

Vernula no perdonaba á nobles ni plebeyos; y aquellos, como tenían medios de acercarse á García, se quejaron diversas veces de los desmanes del favorito, y aun se atrevieron á pedir al rey que le retirase una amistad y confianza que no merecia.

Inútiles fueron todas las gestiones, y dadas al viento las quejas; mas llegó un dia en que no pudiendo sufrir las indignas calumnias se amotinaron contra su autor, y persiguiéndole á mano armada, le quitaron la vida á la vista del mismo rey.

La muerte de Vernula exasperó á García en tales términos, que se hizo más cruel de lo que antes era y dió principio á una feroz é incalificable persecucion, de la cual todos iban siendo, más pronto ó más tarde, víctimas. Autores muy graves manifiestan que el furor de García degeneró en una especie de demencia.

Tal era el estado de la oprimida Galicia cuando á ella llegó Sancho II: todos se pronunciaron en su favor, como lo hubieran hecho en el de otro cualquiera, si de él podian esperar les librase de tan odioso tirano como el que por rey les tocó.

García abandonó su palacio, no habiendo encontrado más que trescientos guerreros que noblemente se decidieron en favor del caido monarca; y no hallando este medios de defensa se internó en Portugal, en donde procuró adquirir socorros pidiendo favor á los moros lusitanos.

Es opinion generalmente recibida por antiguos y modernos escritores, que García, engañándose á sí propio ó queriendo alucinar al emir á quien pedia auxilio, pidió le ayudase á hacer la guerra, y en pago, no solamente le cederia en vasallaje el propio reino, si que tambien le daria el de su hermano Sancho.

Sin duda pensaba arrebatársele, aunque carecia de todas las condiciones que necesitaba en aquellos tiempos un soberano, rey y caudillo á la vez. Quizá el emir conoció esto mismo, y le respondió con gran reposo: «¿No has podido defender tus dominios siendo rey soberano, y estando desposeido de todo me ofreces dos reinos? Ve en paz, y que Allah sea contigo: quien no supo ó no pudo conservar á Galicia, mal podrá quitar á D. Sancho á Leon y Castilla.» En aquella ocasion fué cuando García demostró más valor del que por sus anteriores hechos se le debía suponer.

Despedido del emir, no huyó, como parecia lo más natural,

puesto que tan poca tropa le acompañaba; sin embargo de esto, comenzó á hacer correrías por aquel país y llegó hasta Santaren, en donde le alcanzó Sancho II.

De muy breve duracion fué el simulacro de batalla, puesto que no era posible que los trescientos hombres que García llevaba resistiesen al ejército del rey de Castilla: por consiguiente, este quedó vencedor, García prisionero, y su pequeña hueste acuchillada y deshecha (1071).

El destronado rey de Galicia fué por el pronto encerrado en el castillo de Luna: algun tiempo despues le dió Sancho libertad, previo el solemne juramento que le hizo prestar de ser siempre su vasallo.

Quedó, pues, en poder de Sancho el *Fuerte* casi todo el reino, segun su magnánimo padre le habia tenido. Su hermano Alfonso se hallaba refugiado en los dominios del rey moro de Toledo: García, libre ya, y fuera del castillo de Luna, se habia refugiado en Sevilla, en donde le acogió benignamente Al-Motamid, y Sancho era rey de Gastlla, de Leon y de Galicia. Esto debia tener ya satisfecha su ambición; empero no era así: sus hermanas Urraca y Elvira tenian á Zamora y Toro, y era preciso quitarlas aquellos dominios; porque á pesar de tener él tres buenos reinos, y en parangon de estos eran de escasa ó ninguna importancia Toro y Zamora, no podia el ambicioso y turbulento Sancho tolerar el que estuviere en poder de ninguno de sus hermanos la más pequeña é insignificante parte de los dominios que rigiera Fernando I el *Magnano*. Así, pues, determinó ir primero sobre Toro, y despues á Zamora; y hubiérale estado mejor el haberse contentado con el gran poder que ya habia adquirido, y dejar tranquilas á sus dos hermanas.

Sancho, orgulloso con haber derrotado á sus hermanos Alfonso y García, especialmente al primero, que no era menos valiente ni hábil que él, pensó muy fácil empresa el adquirir unos dominios pequeños y regidos por mujeres: no recordó sin duda que el débil é imberbe David venció al colosal y formidable Goliath; olvidó seguramente, entre otras cosas que recordar debiera, que por una inicua traicion, muy cara de inocente sangre, adquirió la refulgente corona de Leon, y que probablemente y en justa expiacion por una traicion debia perder las tres suyas, de las cuales, una solamente, la de Castilla, era legítimamente adquirida.

Quiso Sancho, á pesar de su despótico y altanero carácter, buscar un pretexto para desposeer á sus hermanas, sin ser jactado por completo de ambicioso y usurpador para con ellas: sin duda el sexo de aquellas á quienes queria despojar le hizo ser más mirado de lo que hasta entonces fué.

Poco tardó en encontrar el pretexto, puesto que los ambiciosos tienen siempre á la mano gran repuesto de ellos, más ó menos justos, más ó menos admisibles.

Sancho hizo entender que iba á dirigirse á los dominios que poseían sus hermanas, porque favorecían excesivamente al destronado monarca de Leon que se hallaba en Toledo; á su hermano Alfonso.

Apenas dió vista á la ciudad de Toro, cuando la aterrada princesa Elvira le dejó francas las puertas de la ciudad. No sucedió lo mismo en Zamora, porque Urracá contaba con alguna hueste, con varios caballeros que en su córte moraban, y con el pueblo todo.

Distinguíase entre los cortesanos en autoridad, inteligencia y valor, el anciano Arias Gonzalo, que era, por decirlo así, el mentor de la princesa Urracá, y hombre fidelísimo á su señora. Este caballero, cuyo pecho cobijaba un gran corazón, noble al par del que más lo fuese, y varonil y animoso como en los primeros años de su florida juventud, aconsejó la resistencia; ordenó y organizó las fuerzas y medios con que era posible contar, y dispuso todo lo necesario para sufrir las consecuencias de un asedio.

Airado Sancho II con un alarde de valor que no esperaba; irritado al ver que una sola ciudad en que imperaba una débil mujer resistiese á su mandar, que en su vértigo de ambicion omnipotente creía; cuando nada hasta entonces le habia resistido, estableció un riguroso y estrecho sitio: sitio tan célebre, que todo el mundo le conoce por el proverbial nombre de *el cerco de Zamora*.

Cansada la paciencia, que no era por cierto mucha, del usurpador, decidió dar el ataque, pero fué en vano; ordenó el asalto, fué ignominiosamente rechazado; repitió los primeros, fueron inútiles; renovó los segundos, el éxito fué siempre desgraciado: los zamoranos, valientes hasta la temeridad y fieles á su señora, á la que tanto amaban, destrozaban enemigos y hacian á los que sobrevivian retroceder asombrados de aquel heróico valor, que no estaba ciertamente en armonía con las fuerzas materiales que para la defensa tenían los sitiados.

Sin embargo, llegó un dia en que el desaliento comenzó á cundir entre las filas de la corta, pero bizarra hueste que á Zamora defendía. Los recursos ibanse lentamente agotando; y aunque por el momento no escaseaban de sensible manera, se veía demasiado á las claras que un dia llegarían á faltar por completo: que ese dia, por desdicha, no estaba ya muy distante, y que, por consecuencia, todo el valor, esfuerzos y derramada sangre, habrían de ser forzosamente estériles é inútiles.

Sancho, por el contrario, se regocijaba en su campo; porque hacia las mismas reflexiones y tenia idénticos pensamientos que los

sitiados, siendo la más lógica deducción que su triunfo no podía retardarse, puesto que la estéril inutilidad de los sacrificios de los valerosos sitiados, significaba para él triunfo y victoria.

De este modo se complacia y recreaba su espíritu, comiendo tranquilamente en su pabellon de campaña, como el opulento Baltasar en el suntuoso festin, sin recordar quizá que todo en el universo tiene sus límites: que ni los malvados, ni los ambiciosos, ni los poderosísimos conquistadores, van más allá de lo que presijado tiene la inerrable Providencia, según á sus inescrutables fines conviene.

En el momento en que el bizarro Sancho II más tranquilo y regocijado estaba, pidió acercarse á él un guerrero que habia aparecido en el campo, y que, según decia, iba á comunicar al rey grandes é importantes noticias.

Llegó hasta el pabellon real y habló con Sancho II, manifestándole la invencible decision de los sitiados, y los inagotables recursos que muy de antemano, y previendo lo que podria suceder, tenían acopiados; y que, en fin, el sitio seria de muy larga duracion y de éxito muy dudoso. Añadió que él, conociendo todo esto por vista de ojos pues lo habia estado viendo, lastimado de tanto desastre y tanta sangre, se habia fugado con no pequeño riesgo de Zamora, decidido á hacer un gran bien á unos y otros cortando tan enmarañado nudo (y dijo la verdad), y dando breve término á tan prolongado sitio.

Dicho todo esto, añadió que él, conocedor perfecto como era de la plaza, sabia de un sitio por donde se podia sin riesgo penetrar en ella, y que estaba en uno de los puntos más escondidos de la muralla.

No fué menester más para que el impetuoso Sancho quisiese ver por sí mismo el lugar que le decia el aparecido guerrero, á fin de prevenir lo necesario durante la noche para hacer la entrada por sorpresa al despuntar el alba.

Salió solo el rey con el guerrero fugado de Zamora, con el objeto de reconocer la muralla; y al llegar á un sitio de bastante angostura, el guerrero se quedó un poco atrás para dar daso al rey en muestra de respeto, y sin perder un instante le atravesó por la espalda con un acerado y agudo venablo.

Estaban á la vista, aunque á distancia, algunos caballeros castellanos, y entre ellos el Cid, que, lanzando á rienda suelta su fogoso *Babieca*, se dirigió contra el traidor blandiendo sañudo la lanza y amenazando con iracundos ojos y con terribles denuestos al traidor; empero instantáneamente se abrió y cerró una de las puertas de la ciudad para dar paso al cobarde asesino, que se llamaba *Bellido Dolfos*, cuyo nombre con sobrada razon ha sido aplicado des-

de entonces hasta ahora, de generacion en generacion, á todo traidor, cobarde é infame.

Es fama que el Cid, furioso, pronunció delante de la cerrada puerta, con estentórea voz, terribles palabras para retar á muerte á cuantos caballeros hubiese dentro de Zamora, clavando en la puerta con robusto brazo la mortífera lanza, cuya aguda moharra penetró en la ferrada madera hasta el cubo.

Gran sentimiento causó en el ejército la imprevista desgracia del rey, cuyo cadáver fué procesionalmente llevado con solemne y fúnebre aparato al convento de Oña, en donde se hicieron al bizarro soberano muy suntuosas exequias. La hueste castellana fué la que se encargó de custodiar y conducir los mortales restos; y aun cuentan algunos que fué perseguida por los de Zamora, que hicieron una salida; mas, según los mismos, los valerosos soldados sostuvieron dignamente el pendon de Castilla, y llegaron á Oña y dejaron sepultado, no sin lamentos y lágrimas, á su esforzado y legitimo rey. En cuanto á los gallegos y leoneses, como no se consideraban obligados ni tenían la mayor voluntad, abandonaron los reales tan pronto como vieron muerto á Sancho II. Dejó este de existir el día 6 del mes de Octubre de 1072.

No debe extrañarse el que recibiese gran pesar el ejército, á consecuencia de la muerte de un rey tan bizarro y belicoso: ni merecía haber muerto de tan indigna manera; porque fué liberal, noble, recto y afable, aunque iracundo si se le contradecía mucho. Su único defecto, que no era pequeño, en verdad, fué la inmoderada ambicion; mas para sus soldados no lo era, ni para sus súbditos tampoco, á cuya patria engrandecía y daba copiosa gloria. Por otra parte, si se exceptúa el repugnante hecho de Golpejar, que tampoco fué hijo de su propio pensamiento, sino aconsejado por el Cid, fuera de los momentos de batalla no era cruel, ni jamás se manifestó sanguinario. Hemos visto en más remotos tiempos á otros soberanos encruelecerse con su propia sangre, por el afán de aumentar su poder ó de conservarle; empero Sancho II de Castilla no lo hizo así con sus hermanos Alfonso y García: el primero no estaría muy vigilado, cuando pudo huir de Sahagun y llegar á Toledo; y el segundo obtuvo plena y entera libertad.

Respecto de la sospecha que algunos castellanos pudieran abrigar sobre si Alfonso VI tuvo ó no parte más ó menos directa en el cobarde y pérfido hecho del execrable Bellido Dolfos, recelo que motivó el célebre juramento en Santa Gadea, creemos, y no hay dato que sirva para afirmar lo contrario, que no la tuvo ni aun indirecta. Su carácter bondadoso y noble, y su humano corazón, que ostentó tantas veces, no dan lugar á la más leve sospecha. Todo induce á creer que viéndose hostigados los zamoranos, y previendo

que el hambre no tardaría mucho en dejar yerma y desierta la ciudad, trataron de buscar algún medio que sirviese para hacer levantar el sitio: creemos también libre de toda participación en la infamia á la princesa Urraca y á todos los nobles caballeros de su séquito y corte.

Acaso la idea surgiría en la misma mente del odiosamente célebre Bellido. Quien fué bastante villano para ejecutar semejante hecho, debió ser suficientemente pérfido y artero para idearlo, por la esperanza de grande recompensa y por huir de una muerte honrosa en la cima del muro.

Muerto el valeroso Sancho II y proclamado Alfonso VI, volvió á incorporarse á la corona de Leon la de Castilla. Reinó aquel en esta seis años, nueve meses y diez dias: en Leon, un año, dos meses, veinte dias, á contar desde la traidora destruccion de los leoneses en Golpejar. Murió sin dejar sucesion de la princesa Alberta, única esposa que tuvo.

REINO DE NAVARRA.

AÑO 1051 Á 1076.

Reinaba en Navarra García Sanchez II, hijo de Sancho II el Mayor, ó Cuatro-Manos. Era el jóven príncipe animoso, enérgico, activo, de buen ingenio, y su primer ensayo lo dió á entender sobradamente cuando Ramiro I, su hermano bastardo, quiso despojarle de la herencia de su padre. La velocidad con que García II derrotó al invasor, prueba que fué digno hijo de Sancho II de Navarra. El lector conocerá ya la batalla á que nos referimos, ocurrida cerca de Tafalla, puesto que de ella nos hemos hecho cargo al tratar del reino de Aragon.

Todos los sucesos ocurridos al rey de Navarra desde el año 1051 hasta el 1054, los hemos consignado al ocuparnos de Castilla y Leon. Hablando de estos últimos reinos hemos manifestado la ambicion de García II de Navarra, muy parecida á la de Sancho II el Fuerte, de Castilla. También aquel como este se creyó desairado, al decir de algunos, por efecto de la última voluntad de Sancho el Mayor, su padre; y trató de anularla por medios poco nobles, primero; despues por la fuerza de las armas. Así se desprende de ciertos hechos, aunque nosotros no creemos estuviese García tan poseido de la ambicion ni que fuese naturalmente artero é insidioso.

Era muy difícil sospechar sus verdaderas intenciones, cuando al comenzar á correr la segunda mitad del siglo XI, se hallaba en Nájera, á cuya ciudad habia hecho córte de su reino, sin ocuparse, al parecer, de otra cosa que de hacer construir ricos y magníficos templos, suntuosos y notables palacios, á fin de hermosear la nueva capital de Navarra.

La enfermedad aguda y peligrosa que le acometió cuando á tan bella ocupacion se dedicaba, vino á poner de manifiesto, segun algunos, su poca lealtad para con su hermano Fernando I de Castilla y Leon (1053). Cómo llegó á conocimiento de este la traicion que contra él meditaba García, se ignora; quizá algun traidor al rey de Navarra lo descubriera, si es que existió el proyecto. Tampoco es posible asegurar en qué consistia la expresada traicion, si bien se cree que de ella habia de ser personalmente victima el rey de Castilla; y no debió ser poco peligrosa, cuando el esforzado Fernando, que habia acudido presuroso á visitar á su enfermo hermano, sin detenerse un punto salió de los dominios de Navarra con gran premura, y regresó á los suyos.

No era fácil el que pudiese sospechar Fernando de García; porque como ya hemos indicado en otro lugar, uno de sus primeros actos como rey, fué en favor de su hermano el de Castilla. Cuando en 1037 trató el desventurado Bermudo III de recuperar los dominios que le habia quitado contra toda razon y derecho Sancho el Mayor en tiempos anteriores, pidió auxilio Fernando á García, y este acudió presuroso con su ejército á favorecerle.

Entonces fué cuando tuvo lugar la famosa batalla de Tamaron, abundante de generosa sangre derramada, y que costó la vida al valeroso Bermudo III. Los esforzados navarros y su bizarro rey contribuyeron en gran parte al triunfo de Fernando y de sus castellanos, y no pudo entonces García ser más leal para con su hermano. Por manera que los deseos ambiciosos debieron nacer despues, ó serle sugeridos por alguna persona muy allegada, y encontrarle esta á él muy predispuerto para acogerlos; porque de lleno los acogió.

Desde que padeció la enfermedad antes citada (1053), no dejó de abrigar proyectos de ambicion, y contrarios al rey su hermano; así lo indican los hechos, aunque el origen no se conozca bien. Cuando este á su vez enfermó en Leon y pasó á verle García, tampoco iria libre de ambicion y de peligrosos proyectos, cuando el doliente Fernando I le hizo arrestar y recluir en el castillo de Cea; mas en realidad tampoco pueden á punto fijo determinarse, y García no iba seguido de numerosas huestes. Quisiéramos poder poner de manifiesto las razones que tuvo el rey de Castilla y Leon para dar tan aventurado y grave paso. Sin duda debieron ser muy



fuerzas y poderosas cuando se decidió á ejecutarlo, no debiendo dudar qué semejante determinación, fuese injusta ó justa, era demasiado depresiva, y un rey como García difícilmente podría olvidarla.

Así fué en efecto: García era hombre valeroso y resuelto, y no tardó en librarse del poder de su hermano, logrando fugarse del castillo en que prisionero estaba; y tan sigilosamente logró realizar su evasión que, por decirlo así, no lo supo Fernando hasta que fué avisado de que su hermano García, al frente de un ejército lucido y respetable, había entrado en son de guerra por tierra de Castilla.

Al tratar de este reino hemos hablado de la sangrienta batalla de Atapuerca, en la que dos reyes ligados por los estrechísimos vínculos de la sangre, frente á frente el uno del otro, hicieron que se derramase copiosa sangre cristiana.

El provocador fué, sin duda alguna, García II de Navarra; empero debe considerarse que estaba fuertemente irritado y ofendido por haberse visto prisionero cuando pasó á visitar á su enfermo hermano. No sabemos hasta qué punto tendría este razon, ó si habían sin razon indispuéstos á ambos hermanos, y Fernando procedería de ligero; en cuyo caso la arrebatada cólera de García tiene más disculpa. No diremos que así fuese, pero nada extraño sería; porque datan de muy remotos tiempos las falsas delaciones, los amañes y las intrigas cortesanas cerca de los mejores soberanos, lo mismo que de los medianos y malos.

García, despechado ya, y dando rienda suelta á la ira, nada escuchaba ni veía: su furor no conocía límites.

Ya sabe el lector que el rey de Navarra no quiso oír á los embajadores de Fernando, y que desatentado, ciego y atropellando toda consideración y todo derecho, los maltrató hasta el punto de reducirlos á prisión; y conoce, en fin, todos los pormenores de este notable hecho; porque habiendo sido el resultado de la batalla de Atapuerca tan favorable á las armas leonesas y castellanas, nos ha parecido conveniente tratar de ella al ocuparnos de Castilla y Leon.

En aquel para los navarros funesto día pereció el esforzado García II (1054); pereció también buscando desesperado la muerte, pero como valiente, el ayo del rey, que tantos esfuerzos hiciera para disuadirle antes de entrar en la lid; perecieron como buenos muchos valerosos y muy esforzados navarros, que sentían seguramente llevar las armas en una lucha injusta, pero que no pudieron abandonar á su rey en el día de prueba.

El lector á quien directamente interesen los sucesos de la historia de Navarra, y desee enterarse más detalladamente de la ba-

talla de Atapuerca, puede leer la parte concerniente á Castilla y León (pág. 225 á la 228 inclusive).

Fué el malogrado García un rey belicoso y de no vulgar ingenio; muy digno hijo de Sancho el Mayor, en el valor y en la inteligencia. Tuvo empero un genio excesivamente pronto é irritable; un carácter fuerte y obstinado, sin lo cual no hubiera encontrado tan desgraciada y prematura muerte en el valle de Atapuerca, que desde entonces se denominó *campo de la Matanza*, no muy distante de Búrgos.

No es fácil juzgar con exacto criterio de hechos tan remotos, cuando no existen documentos en que apoyar el juicio que se forma. Nosotros, sin embargo, no creemos aventurado el pensar que algun falso amigo y enemigo oculto que se abrigaría entre la innumerable falange cortesana debió de indisponer á los dos hermanos Fernando y García. Así lo induce á creer la conducta de ambos, anterior á la enfermedad del rey de Navarra.

Este, á pesar de su innato genio iracundo y violento, no dió muestras de rencoroso ni de vengativo. Su entrada en el reino que su padre le legara fué para defenderle de su hermano bastardo Ramiro de Aragon, el cual, aprovechando la ausencia de García, había invadido la Navarra. Sin embargo, el navarro se contentó con ahuyentarle y vencerle (en Tafalla—1037), sin que pensase despues en molestarle. Sin oposicion alguna continuó Ramiro I reinando en Aragon; y cuando este rey tuvo que huir en un desenjaezado caballo y vió dispersa su escasa hñeste, pudo muy bien haber perdido el reino, entonces exiguo y de flacas fuerzas, si García hubiera sido vengativo y ambicioso.

Del cariño que el de Navarra profesaba á su hermano el de Castilla y León, no puede dudarse; y aunque se sabe que siempre se consideró agraviado por el testamento de su padre Sancho el Mayor, esto no destruye lo que acabamos de manifestar. En Tamaron le hemos visto acudir con su brillante ejército de navarros en socorro de su hermano Fernando I, á la sazón rey de Castilla solamente, y puede decirse que el mismo García personalmente decidió la batalla, con la muerte de Bermudo III de León (en 1037).

En cuanto á Fernando I, tampoco es posible sospechar que intuitivamente abrigase siniestras intenciones contra su hermano García; porque además de haber procurado con grande eficacia y ahinco el que no se realizase la batalla de Atapuerca, despues de obtenida por él la victoria no consintió se persiguiese á los fugitivos enemigos; ni García III de Navarra hubiera prematuramente perecido si se hubieran cumplido las órdenes de Fernando I de Castilla, y sin los caballeros leoneses que quisieron vengar la derrota de Tamaron, impulsados, según se supone y en otro lugar hemos

manifestado, por la reina doña Sancha de Leon, hermana del malogrado Bermudo III.

Así, pues, debe creerse que entre ambos hermanos sembraron la perniciosa cizaña de la discordia, más nociva en los palacios que en otra parte alguna, y fatalmente perjudicial entre príncipes.

Muerto el joven rey de Navarra, Fernando I dispuso se tributasen á su memoria todos los fúnebres honores debidos á la magestad real, así como el que se aplicasen por su alma cuantos sufragios prescribe la sagrada religion católica. El cadáver fué trasladado por orden del rey de Castilla y Leon á Nájera, córte de Navarra, y le depositaron en la magnífica iglesia de Santa María, que á sus expensas habia dotado y hecho erigir García Sanchez II.

En aquella solemne ocasion dió Fernando I una ostensible muestra de que su ánimo estaba muy poco predispuesto, menos aun que el de su difunto hermano, á dar cabida á la ambicion. Nada le era más fácil que el haberse apoderado de Navarra, huérfana como estaba de soberano, y á la cual quedaba un rey demasiado niño para poder defender el reino de una invasion, ó para rechazar esta, una vez hecha.

Con general admiracion, el rey de Leon y de Castilla puso en posesion de la corona de Navarra á su sobrino Sancho III Garcés, el *Despeñado*, que era el primogénito del difunto rey Garcia. Solo se reservó á Nájera con los pueblos situados á la derecha del Ebro.

Muchos años trascurrieron sin que en Navarra ocurriese ningun suceso notable. El rey no habia salido, puede decirse, de la infancia; y aunque no por esto permanecieron ociosas las temidas armas navarras, faltas de un supremo jefe, se limitaron á tener á raya á los musulmanes y á mantener heroicamente la integridad de su territorio y la propia independencia, noble afan en que desde los más remotos siglos fueron loablemente firmes y constantes los navarros.

Muerto Fernando I y reinando ya en Castilla su hijo Sancho II el Fuerte, este, por las razones que en otro lugar dejamos apuntadas, no determinándose por entonces á invadir los dominios de ninguno de sus hermanos, resolvió hacer la guerra á sus primohermanos, de los cuales era uno Sancho III de Navarra, como hijo de un hermano de Fernando, padre del ambicioso invasor.

Comprendió el rey la intencion de su primo Sancho de Castilla, y se confederó con Sancho de Aragon, hijo de Ramiro I, y primo hermano tambien de ambos reyes, navarro y castellano. Tan rápidamente procedieron los confederados, que al rebasar Sancho de Castilla el rio Ebro, creyendo encontrar á Sancho de Navarra desapercibido, le halló en donde hoy está Viana, al frente de un buen ejército, y unido á Sancho de Aragon, que tambien acaudillaba el suyo.

El resultado de la batalla que tuvo lugar sobre *el Campo de la Verdad*, funesto para las armas castellanas, le hemos consignado al ocuparnos de Castilla; y el fugitivo soberano de este reino, lejos de ensanchar sus dominios, los disminuyó por efecto de la terrible derrota; porque Sancho de Navarra, viéndose vencedor, no anduvo remiso para recuperar á Nájera y las demás poblaciones que se reservó su tío Fernando I al ponerle en posesion del reino de García (1067).

Tan breve fué el reinado del j6ven rey de Navarra, como desgraciado su término. Dió muestras de inteligente y esforzado en los años subsiguientes al en que se verificó la batalla de Viana, y era muy querido de los suyos; porque á todos los que deseaban hablarle daba familiarmente oidos.

Su recreo favorito era la caza en los ratos de ocio; y un dia, hallándose entregado á esta grata diversion, habiéndose alejado bastante de los que le seguian, inopinadamente fué acometido por su hermano, llamado Ramon, el cual auxiliado por sus amigos le despeñó de lo alto de una roca (4 de Junio 1076).

Este desgraciado é innmerecido fin tuvo Sancho III, el Despeñado; al cual tambien denominaron Sancho el de Peñalen, por haber ocurrido tan villano asesinato en los bosques de este nombre.

El infame fraticida no logró el ambicioso objeto que se propusiera. Los navarros no podian desconocer que si no puede ser buen rey el que empuña el cetro por medio de un delito y con la diestra ensangrentada, menos aun podrá serlo aquel que derrama la propia sangre. ¿Qué no será capaz de hacer con la agena cuando su ambicion exija que abundantemente se derrame?

Lo primero que hicieron los valerosos y leales navarros fué expulsar del reino al repugnante fraticida, que se refugió en Zaragoza y vivió entre los musulmanes, acogido por el rey moro; y como el hijo de Sancho, llamado Ramiro, hubiese huido instantáneamente por temor al asesino de su padre, proclamaron los navarros al rey de Aragon Sancho Ramirez. Dicese que el fugitivo hijo de Sancho de Navarra, el Despeñado, se refugió en Valencia, y que tiempo adelante se enlazó con una hija del Cid.

A consecuencia del expresado funesto acontecimiento, quedaron por entonces unidos los reinos de Navarra y Aragon.

CONDADO DE CATALUÑA.

AÑO 1051 A 1100.

Al mediar el siglo XI continuaba rigiendo el condado de Barcelona Ramon Berenguer I, á quien á pesar de su juventud denomi-

naban el *Viejo*: tales eran su juicio, su prudencia y la madurez con que procedía.

Apenas contaba veintisiete años de edad, y hacia ya algunos que le apellidaban el Viejo. Ciñó la corona de conde en el año 1035 (en 26 de Mayo), teniendo escasamente doce años de edad; por consecuencia, al mediar el siglo apenas había llegado á los veintisiete.

Ya dijimos en otro lugar hasta qué punto le fueron necesarios el recto juicio, la prudencia y la firmeza, para lograr tener á raya las exageradas pretensiones de Ermesindis su abuela, mujer de un carácter al extremo dominante, y excesivamente ambicioso. No fué pequeña fortuna para el conde y para el condado el que Berenguer Ramon, el *Curvo*, no la dejase nombrada tutora de Ramon Berenguer. No nos parece extraño; porque habiéndolo sido de él mismo y habiéndose dado tanto á conocer por sus intrigas y manejos, hubiera sido notable imprudencia dejar encomendada á la condesa la tutela del nieto, habiendo aquella dado tanto que hacer al hijo mientras fué su tutora.

A pesar de no hallarse Ermesindis investida de dicha autoridad, en muchas ocasiones quiso abusar de la juventud de su nieto, prevalendose de su rango y de su estrecho parentesco; mas encontró siempre á Ramon inexorable y firme en no acceder á cosa alguna que no fuese justa; y contentaba mucho al pueblo catalán el contemplar cómo se estrellaban contra el antemural de la firmeza del joven *Viejo* los amaños y cábalas de la intrigante señora.

Dícese que, entre sus muchas y extraordinarias pretensiones, quiso alegar ciertos derechos á cuatro condados nada menos, que eran los de Barcelona, Gerona, Vich y Manresa; pero llegó un día en que, convencida sin duda de la inutilidad de sus esfuerzos, del invencible carácter de su nieto, y cansada quizá ella misma de aquella vida de agitación que durante tan largos años llevara, se trocó de ambiciosa en avarienta, y propuso al conde le comprase los derechos que durante tanto tiempo venia alegando.

Es de suponer que Ramon Berenguer no daría crédito á la existencia de semejantes derechos, mucho menos cuando, según muy graves autores, la misma Ermesindis confiesa la usurpación en las escrituras de venta. Es probable que, á pesar de todo, el prudente conde accediese por verse libre de aquella intrigante mujer que tan de continuo le molestaba y le hacia ostentar uno y otro día su firmeza. Sea de esto lo que quiera, los pretendidos derechos fueron comprados en la suma de 100,000 sueldos barceloneses (320,000 reales), precio que por sí solo dá á conocer que tales derechos no existían; porque á no ser así, no los hubiera sacrificado hasta el punto de contentarse con la miserable cantidad de 80,000 reales por cada condado.

Ramon Berenguer I fué no solamente prudente y discreto: fué tambien excelente capitán y valeroso soldado, que dió mucho en que entender á los sarracenos, despues de haber puesto á raya á los prelados y nobles catalanes; porque al decir de fidedignos historiadores, así de aquel país como de otros, tuvo el jóven conde que escudarse en el teson y severidad que poseia para someterlos y ponerlos en órden, y en esto hizo muy grande ostentacion de su extremada prudencia y firmeza, á favor de las cuales obligó á todos los disidentes á ceder y transigir en ciertos importantes puntos, haciéndolos que reconociesen su autoridad, le jurasen fidelidad y le rindieran homenaje.

Puestos en órden los nobles, merced á la energía é inteligencia del conde, y siendo obligacion de aquellos, segun el juramento recientemente prestado, el auxiliar al jefe supremo en las guerras contra los infieles, determinó Ramon Berenguer esgrimir el acero y humillar la altanera media luna.

Hacia algunos años que habia muerto su esposa doña Isabel, hija del conde de Bitiers, Bernardo Trancavelo, á quien con extremo queria; y se supone que no pudiendo lograr que el justo sentimiento llegara á estar tan disminuido como debiera esperarse del tiempo que trascurrido habia, quiso ver si la guerrera gloria y el horrisono fragor de las armas le hacia mitigar en parte el dolor, y atenuaban la fuerza del perenne recuerdo.

No intentó en vano el humillar á los agarenos: diversos caudillos mahometanos fueron vencidos por el conde de Barcelona, quien con la fuerza de su brazo y el auxilio de sus catalanes hizo que aquellos le rindiesen párias.

Previamente habia formado Ramon Berenguer I una alianza con el conde de Urgel, á fin de que este le ayudase en cuantas guerras tuviese contra los musulimes; mas esta alianza no fué desinteresada ni puramente amistosa por parte de Armengol, el de Urgel. Ramon estipuló con él que sería para su aliado la tercera parte de cuanto se conquistase, y que le daría además en feudo el castillo de Cubells, con más cierta cantidad de oro anualmente.

Aun así fué muy ventajosa para el de Barcelona y para los suyos la expresada alianza. El rey moro de Zaragoza sintió bien de lleno toda la importancia y poder de aquella, pues jamás olvidó cuán temibles eran las lanzas y las espadas catalanas (1058).

Animados ambos condes con el buen éxito que contra los infieles obtenian, determinaron continuar adquiriendo gloria y laureles. Entraron por el valle de Noguera Ribagorzana, y tanto hicieron, tantos triunfos obtuvieron, que despues de acreditar más y más sus temidas armas, ensancharon los límites del condado por la línea de Tortosa, de Lérida y de Tarragona.

El previsor Ramon no queria hacer invasiones para obtener objetos insignificantes ni momentáneos: queria conquistar para conservar. A fin de lograrlo dispuso se estableciese un cordon de fortalezas, que formando una linea avanzada sirviesen de defensa á aquellos dominios, llegando en algunos puntos á tocar los límites del reino de Aragon; y para completar su obra expidió nombramientos á favor de algunos guerreros de conocida prudencia y probado valor, que permaneciesen siempre en defensa de la linea y cada uno con gente de armas en la respectiva fortaleza, dándoles la denominacion de *alcaldes de frontera*.

Trascurrieron algunos años en tanto que tales proezas obraban ambos condes; empero llegado el 1065 le faltó el auxilio del de Urgel, tan respetable por su esfuerzo y por su inteligencia. La despiadada é insaciable parca cortó la vida de Armengol, y con ella la série de sus brillantes triunfos; mas fué su muerte tan gloriosa como lo habia sido su guerrera vida.

Determinó auxiliar al rey de Aragon, movido más que de otro deseo del de favorecerle, por ser dicho soberano yerno del conde de Urgel, cuya hija, llamada Felicia, estaba casada con el monarca aragonés. En el célebre sitio de Barbastro terminaron los dias del valiente y famoso conde de Urgel, por cuya circunstancia fué apellidado Armengol *el de Barbastro*.

Despues de haber logrado Ramon Berenguer I hacer su nombre célebre como esforzado é inteligente caudillo, se dedicó á la reforma de las costumbres, á legislar, y á cuidar con el mayor interés y desvelo del gobierno de su estado.

Ni la guerra ni los asuntos políticos amortiguaron en él el espíritu religioso: á Ramon Berenguer debió Barcelona la nueva catedral, y diversas notables fundaciones religiosas.

Dícese que quiso poner coto tambien á los eclesiásticos, quienes siguiendo el espíritu de la época, se ocupaban más que de su sagrado ministerio, de los asuntos de guerra. Para lograr el fin que se propuso mandó convocar un concilio, cuya reunion se verificó en Gerona (1068), con el consentimiento y aprobación del Sumo Pontífice, que á la sazón lo era Alejandro II.

No mucho despues de terminado el concilio, convocó una asamblea de todos los magnates y principales personas de Cataluña, con el objeto de reformar la legislacion. Este acto es uno de los que más honran la buena memoria de este gran príncipe, que fué sin género de duda uno de los mejores condes de que puede gloriarse Cataluña.

La reunion se verificó en el mismo palacio del conde, y ante ella hizo este presente la necesidad que habia de hacer una radical reforma en la legislacion, por hallarse á la sazón muy alterado el

célebre Fuero-Juzgo de los godos, á consecuencia del trascurso del tiempo; y bien fuese por esto, ó bien porque se hubiese dado entrada á ciertas corruptelas que habian llegado á desfigurar y empecer la mayor parte de las antiguas leyes, entonces aun vigentes, es lo cierto que Ramon Berenguer I en la reunion de que nos venimos ocupando, con aprobacion de su esposa, de los barones y próceres de sus dominios, dejó en todo su vigor aquella parte de las antiguas leyes góticas que juzgó importantes y convenientes para la época, y las agregó otras nuevas que aquellas mismas hacian necesarias, y que estaban muy sabiamente escritas, y eran sumamente á propósito para el objeto que el famoso conde se propusiera. Esta notable compilacion de leyes se llamó el código de los *Usages de Cataluña*. Por manera que Ramon Berenguer, despues de haber puesto á raya á los musulimes, celebró un concilio que presidió el cardenal Hugo Cándido, en cuya asamblea religiosa se aseguró bajo sólidas bases la dotacion del clero secular; se prohibió á los sacerdotes el uso de las armas, todo juego de azar y el ejercicio de la caza, y se anatematizó la simonia, tratándose además de otros puntos concernientes á la reforma de las costumbres en general; y en el mismo año (1068) en las Córtes de Barcelona se arregló completamente la legislacion, en los términos que no há mucho dijimos.

Habia llegado á hacerse tan célebre el nombre del gran conde de Barcelona, que no mucho despues solicitó hablarle Ebn-Omar, hábil é inteligente encargado de Ebn-Abed Al-Motamid rey de Sevilla, para pedirle auxiliase con sus armas en la empresa de Murcia, sobre cuya ciudad estaba á la sazón Al-Motamid.

No se negó Ramon Berenguer á dar el auxilio pedido, percibiendo diez mil doblas de oro, de presente, y asegurando igual cantidad para cuando las tropas auxiliares llegasen á Murcia. Entregó previamente el moro en rehenes á Ramon al hijo del rey de Sevilla, y para seguridad de este entregó aquel en rehenes tambien á un deudo suyo. Fué en efecto á Murcia la hueste auxiliar catalana; mas no llegó á esgrimir las armas contra los enemigos del rey de Sevilla; porque en el cumplimiento de algunos artículos de las estipulaciones, fué Al-Motamid tan falaz con el conde de Barcelona, como fuera con Alfonso VI de Castilla en distintas ocasiones. Sin duda por esta causa el caudillo catalan regresó á Barcelona con sus soldados, sin soltar al hijo del rey de Sevilla, el cual continuó prisionero hasta que Ebn-Omar llevó á Ramon Berenguer treinta mil doblas; y transigido así el asunto, se hizo el cange de ambos rehenes.

Los años siguientes los empleó Ramon Berenguer de tan gloriosa manera como los anteriores. Habia sido el terror de los musulimes; habia atendido al culto religioso; habia reformado las costumbres; habia arreglado la descuidada legislacion, y convencido de que

habia atendido á todo, se dedicó á ensanchar los límites de sus dominios.

Antes de terminar el año 1071 pertenecian ya á su hermoso condado los estados de Tolosa, Narbona, Carcasona, Cominges y otros varios del Rosellon; y para lograr que se incorporasen á sus dominios tuvo necesidad el conde de desplegar un gran talento y una enérgica actividad, superiores á toda ponderacion.

La parte principal de dichos estados le pertenecian por su abuela Ermesindis, de quien no há mucho nos hemos ocupado; mas unos hallábanse en poder de algunos barones ó señores, y otros eran pretendidos por otros que alegaban fuertes derechos á su posesion; y sin embargo, tal fué la hábil, inteligente y enérgica destreza del conde Ramon, que en 1071 reunió un condado de tan vasta extension que comprendia á Barcelona, Gerona, Manresa, Vich, el Panadés, Carcasona, y las comarcas de Narbona, Foix, Tolosa, Minerva y otros puntos cuya enumeracion seria muy larga.

De este modo engrandecia su reinado y hacia eterna su memoria este gran conde soberano, hallándose aun en edad de vivir muchos años para hacerse cada vez más y más memorable, cuando un acerbo disgusto de esos cuya pesadumbre es irresistible, vino por desgracia á herirle en medio del corazon.

Habiale quedado un hijo de Isabel, su primera mujer, llamado Pedro Ramon; y de la condesa Almodis tenia dos, llamados Ramon Berenguer el uno, y Berenguer Ramon el otro.

Es incomprensible que de un padre tal como Ramon Berenguer naciese un mónstruo como Pedro Ramon; pero por desgracia, hay infinitos ejemplos de esta especie de contradiccion de la naturaleza, cuya explicacion tendria que tomarse de mucho más alto, respetable é incomprensible origen.

Hacia tiempo ya que Pedro abrigaba en su corazon un profundo é inextinguible rencor á Almodis, su madrastra, pretextando que esta influia en el ánimo del conde para favorecer á sus propios hijos en perjuicio del hijo de Isabel, primogénito del conde, que era él mismo; y habia llegado este asunto, de suyo tan expuesto y delicado, á ocasionar muy serias disensiones que trajeron muy alterada la paz doméstica, á pesar de los esfuerzos de la condesa Almodis que era muy buena, y á quien la historia califica de *prudéntisima señora*.

Todo fué en vano; porque Pedro, tan desemejante á su excelente padre, se decidió á ser completamente criminal, y como le sobaban las ocasiones, un dia, fatal para él y para toda su familia, convirtió las nobles armas del príncipe y del caballero en el puñal del asesino, y no causándole temor el ensangrentar las manos en la digna

esposa de su padre, asesinó vil y traidoramente á la virtuosa condesa Almodis (Noviembre 1074).

De esta manera hace la Providencia comprender al hombre que durante su peregrinacion por este valle de miseria y de dolores, no es otra cosa que un desgraciado viandante desterrado de su hermosa y verdadera patria, hácia la cual debe procurar el caminar via recta. Las prosperidades y las humanas grandezas suelen hacer que el hombre se extravie de la senda que debe seguir, si ha de llegar felizmente al término de su peregrinacion, á su prometida patria: entonces la mano del Padre piadoso le avisa con un castigo que á la rebelde condicion humana le parece insoportable y duro, no siendo otra cosa en realidad que un recuerdo caritativo con exceso que en el hombre de creencias, por extraviado que se halle, surte siempre el efecto y le hace entrar en sí y volver á la abandonada senda, y caminar con fervor, y ansiar la verdadera y perdida patria.

Ramon Berenguer, lleno de gloria, cubierto de laureles, rico de dominios, honrado de sus nobles, querido de sus pueblos, se creia llegado á la cima de la humana grandeza; se creia fuerte é invencible, como en ocasiones dadas nos creemos todos, respectivamente y segun nuestra particular posicion, sin tener los elementos que en realidad poseia el gran conde de Barcelona; y entonces la mano despiadada del hijo le anonadó y le hizo descender de la inmensa elevacion en que se hallaba, arrojándole en el abismo del desconsuelo y de la desesperacion.

No pudiendo resistir á la muerte, tan desgraciada como imprevista, de una esposa á quien tanto amaba, aquel hombre invencible y fuerte ante los enemigos cayó en una mortal melancolia, sin pensar en otra cosa que en la víctima tan amada suya, y en el verdugo que era su propio hijo.

Aun vivió algunos años Ramon Berenguer I, el Viejo; empero sin ser ni aun la sombra de lo que habia sido: sumido en la más profunda y aterradora melancolia, fué por consuncion extinguiéndose la vida de tan gran soberano, hasta que de ella pasó á la eterna el 27 de Mayo de 1076, á la edad de 53 años, y á los 41 de reinado. Soberano dignísimo, prudente y sabio, esforzado y piadoso, honra de Cataluña y de España.

A la muerte de este respetabilísimo varon, subieron al trono de Cataluña los dos hermanos gemelos, hijos del difunto conde y de su esposa Almodis, llamados, como antes hemos dicho, Ramon Berenguer II y Berenguer Ramon II, en virtud de la última voluntad de su padre que dejó el condado *pro indiviso* á ambos hermanos.

Aquel hombre grande y sabio incurrió en más grave y trascendental error que Fernando I de Leon, y Sancho, el Mayor, de Navarra:

estos al fin dividieron los reinos entre sus hijos; mas aquel dividió una misma corona; y aunque dejó dispuesto el modo con que habian de dividir entre sí el gobierno y las rentas ambos hermanos, era por el extremo difícil que el uno ó el otro no ambicionase para sí solo el mando.

Así se verificó en efecto. Era Ramon Berenguer el primero que de los dos gemelos habia visto la luz; y era llamado *Cabeza de estopa* (*Cap d'estopes*), por ser excesivamente rubio. Su presencia hermosa; su gentil apostura; su amable carácter; su docilidad y su amor á la virtud, le atrajeron muy en breve el universal cariño, al paso que Berenguer Ramon se le enagenaba, porque era iracundo y discolo; pero de una grande actividad y de ánimo esforzado y guerrero.

La union de ambos hermanos fué muy poco duradera, á consecuencia del carácter del último de ambos gemelos. Sin embargo, toda su impetuosidad se estrellaba en la dulcedumbre innata del primero, que á todo se avenia, y cuanto le era pedido por su hermano, otro tanto otorgaba, sin darle ni aun el trabajo ó la molestia de tener que convencerle.

Entre otras infinitas exigencias de Berenguer Ramon, propuso á su hermano, á guisa de quien ordena, que en la suposicion de tener que dividir el gobierno, se partiese tambien el tiempo y duracion de este, habitando medio año cada hermano en el palacio de los condes, cuyo medio año habia de contarse desde los ocho dias precedentes á la Pascua de Pentecostés, ó del Espiritu Santo, hasta los ocho anteriores á la de Natividad: el otro hermano pasaria en el régio palacio los otros seis meses, y al que le tocase estar fuera de él habitaria en el castillo del puerto, el cual le serviria de seguridad ó garantía del cumplimiento de lo pactado.

Avinose Ramon á lo propuesto, como sin dificultad á todo se avenia (1079); empero su hermano, que no hacia sino lograr una concesion y prepararse inmediatamente para pedir de nuevo, no contentó ya con las peticiones que pudieran parecer exigencias, comenzó á demostrar muy á las claras las siniestras intenciones que abrigaba. Las peticiones se multiplicaban; cada una de ellas era mayor y más sospechosa; hasta llegó el caso de pedir á su buen hermano diez de sus hombres de más confianza y valía, para hacerlos guardar el artero intrigante como en rehenes.

Bien claro se veia que Berenguer Ramon no trataba de otra cosa que de agotar la inusitada paciencia del angelical Ramon Berenguer; mas en vano, puesto que aquella no conocia limites, y era mucho más fácil el que se cansase de pedir el menor, antes que el mayor dejase de conceder y de avenirse á todo.

Amaneció un dia en que el mismo cielo anunció que iba á des-

cubrirse un gran crimen que habia de causar inexplicable horror; y decimos que lo anunció el mismo cielo, porque estaba encapotado, casi ennegrecido, como si enlutado quisiera mostrarse, y el sol apenas avaramente concedia la escasa y precisa luz para distinguir al dia de la completa y cerrada noche.

Era el 6 de Diciembre, dia de triste memoria para aquellos buenos catalanes, que, reunidos en grupos, preguntaban con ansiedad por el bondadoso y querido Ramon; porque se decia que habia desaparecido; y, en efecto, nadie sabia decir en dónde estaba.

Pocos dias antes se habia visto colmado de júbilo aquel mismo pueblo; porque la princesa Mahalta; esposa de Ramon, habia dado á luz un hijo del querido conde; y, tales son las terribles alternativas de la humana y miserable vida, la grata alegría repentinamente se habia trocado en tristeza mortal; porque el corazon predecia una terrible desgracia, y el corazon de los hombres honrados, en ciertas ocasiones, jamás se equivoca.

Todos deseaban salir de la horrorosa ansiedad; pero acaso no lo hubieran logrado tan pronto, si la Providencia Divina, que siempre deja un medio por el cual puedan descubrirse aquellos crímenes cuya perpetracion con más cálculo se prepara, no hubiera permitido que el de que nos venimos ocupando se hiciese notorio á todo el pueblo, de una manera tan rara, que bien puede reputarse como providencial.

Cuando los fieles amigos, los cortesanos y el pueblo comenzaron á no dudar de la desgracia que preveian, hicieron vivas diligencias á fin de cerciorarse completamente. Al hacer sus pesquisas, pasaron por las inmediaciones de un solitario y espeso bosque situado en el camino de Gerona, entre Hostalrich y San Celoni. ¡Cuál seria su sorpresa al ver claramente que el halcon más querido del desaparecido conde estaba fijo sobre el bosque, y que al ver la comitiva que se acercaba, dió varios vuelos hácia esta, regresando de nuevo al bosque, como para advertirla de lo que en el centro de aquel se encerraba! Suceso singular y peregrino, que hubiera sido menos raro y notable en la fidelidad é instinto de un perro: empero del modo que sucedió, y sin el cual la comitiva hubiera pasado de largo, puesto que por el espeso y cerrado bosque nadie transitaba, no puede dudarse de que fué disposicion providencial, dirigida á que se descubriese el inaudito crimen.

Entraron presurosos, aunque no sin grande dificultad, en el sitio designado por el fiel halcon, y en él encontraron un cadáver que entre sollozos y lágrimas muy pronto reconocieron: era el del bondadoso Ramon Berenguer, Cabeza de estopa, horrible y ferozmente cosido á puñaladas.

Difícilmente podria explicarse hasta dónde llegaron el horror y

la indignacion de todo el pueblo catalan cuando tuvo certeza de la ejecucion del nefando hecho. Todos designaban con indignacion al verdugo de aquella inocente victima, mas nadie podia asegurar que fuese realidad la vehemente y fundada sospecha.

Sabedor Berenguer Ramon de lo que en el bosque habia ocurrido, dispuso, aparentando sentimiento, fuesen trasladados los mortales restos de su hermano á la catedral de Gerona, en donde le aguardaba una inesperada prueba, providencial tambien, como el descubrimiento hecho por el halcon.

Dispúsose la régia comitiva para acompañar el ensangrentado cadáver, y verificar la traslacion con toda la solemne pompa que al elevado rango del difunto correspondia.

Berenguer debia presidir la funeral procesion; porque, segun una cláusula expresa del testamento de su padre, cualquiera de los dos coherederos que sobreviviese al otro, quedaba siendo el soberano, en union con el que fuese heredero legítimo del difunto; y como el que lo era del desventurado Ramon apenas habia nacido, Berenguer quedó de conde de Barcelona por el testamento de su padre, y de tutor de su sobrino durante la menor edad del mismo.

En tal concepto se presentó impávido á presidir la procesion que iba honrando los mortales restos de su sacrificado hermano, la cual, con todo aparato y solemnidad, llegó á la catedral de Gerona.

Salió á recibirle el venerable obispo á la cabeza de su clero, cuyo prelado, por el rango del ilustre difunto, debia dirigir las preces por el alma de este; y al tomar el sagrado libro para entonar aquellas, abriéndole al parecer equivocadamente, no pudo menos de exclamar al ver el versículo que ante sus ojos tenia, fijando una terrible y escrutadora mirada en Berenguer y apostrofándole directamente con estentórea voz: *Cain, ¿qué hiciste de tu hermano?*

Este era el primer versículo que habian visto los melancólicos ojos del venerable prelado: aterrado y sorprendido Berenguer cayó de rodillas, y semejante extraño suceso hizo en todos muy honda impresion. Sin embargo, el fratricida, que la historia con este nombre le conoce, se sobrepuso muy pronto á su terror; porque era mucho mayor su ambicion que su remordimiento. Muchos creyeron que semejante suceso era una ostensible muestra del crimen de Berenguer; algunos supusieron que la extraordinaria conmocion, momentáneamente tenida, habia sido hija del natural sentimiento, dominado despues por su carácter enérgico y fuerte. Por entonces todo quedó en tal estado; se fraguaron algunas conspiraciones contra el fratricida, que permanecieron latentes y fueron conocidas de muy pocos. Tambien algunos nobles decidieron el vengar la alevosa muerte de Ramon Berenguer II, entre otros Ramon de Folch, vizconde de Cardona; los condes de Cerdaña; el obispo de Vich;

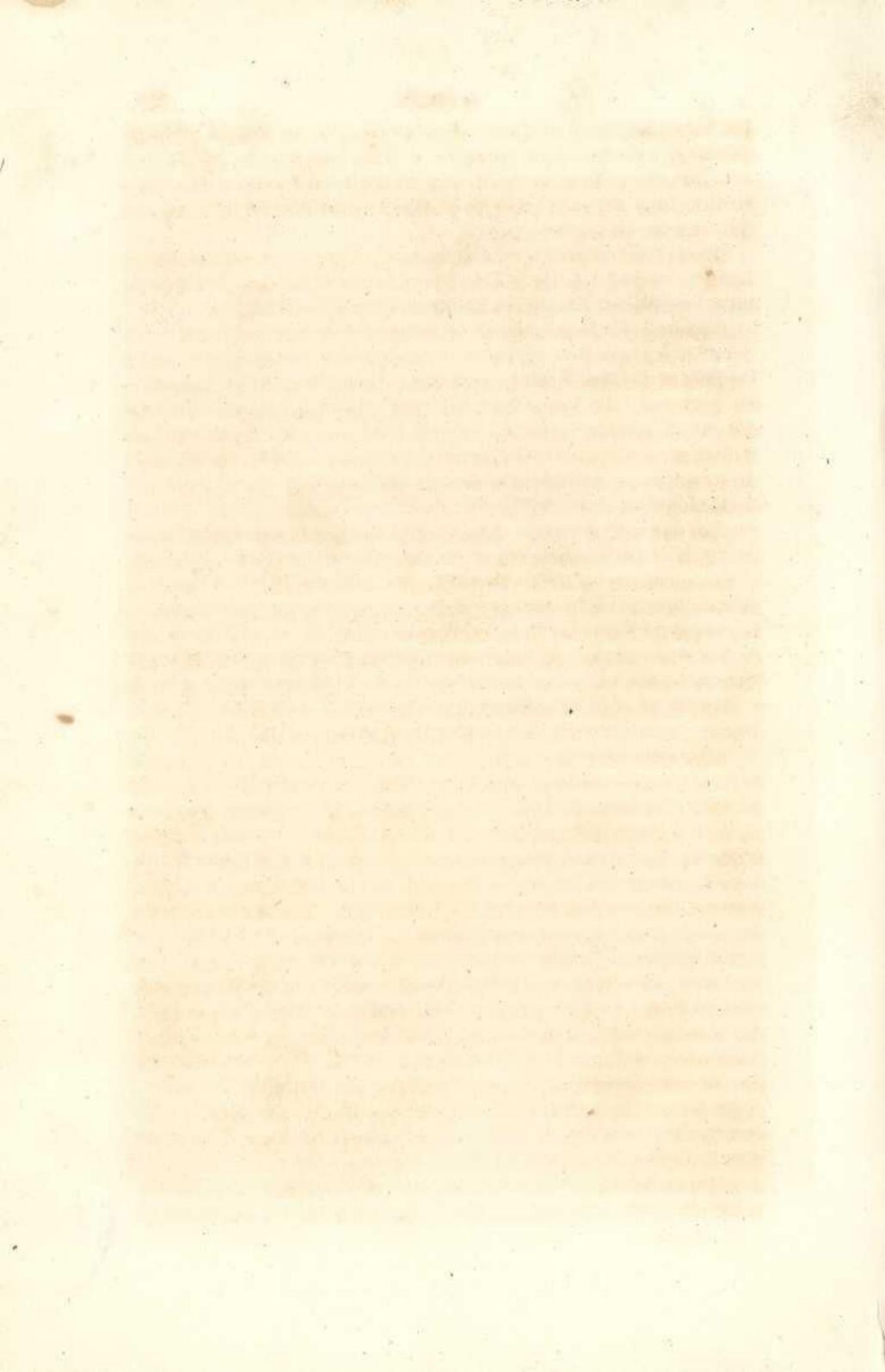


Madrid. J. Acevedo, d.^o

La Riva. Hortaleza 26

FUNERALES DE RAMON BERENGUER II.





los Moncadas, y otros varios. A pesar de esto, por entonces, lo repetimos, todo quedó en proyecto, y el crimen impune, y sin descubrirse claramente su verdadero autor; no fué malo el que no le costase muy caro al obispo de Gerona la providencial equivocacion que padeció en los funerales.

No fué, sin embargo, el fratricida absolutamente mal soberano: tenia de su padre la actividad, la energía y el esfuerzo, ya que no otras envidiables cualidades del primer Ramon Berenguer.

Dueño su hijo Berenguer II del estado por sí mismo y como tutor del niño Ramon Berenguer III, se dedicó con preferencia á todo á las fatigas bélicas. Aunque abiertamente nadie se habia opuesto á su gobierno, los magnates exigieron que el tierno heredero del asesinado Ramon habia de salir de la menor edad al cumplir los quince años precisamente; en cuyo momento calzaria las espuelas de caballero, y adquiriria el derecho de reinar.

A todo se avino el fraticida, quien no conociendo sin duda la rapidez con que el tiempo camina, quince años le parecieron quince siglos, y tiempo suficiente para satisfacer su insaciable ambicion.

Sus primeros hechos de armas fueron contra el Cid, cuya equivocada conducta le hizo estar en aquel entonces aliado con Al-Mutamin, rey moro de Zaragoza, contra Sancho Ramirez, rey de Aragon y de Navarra, aliado con Berenguer Ramon II; y cuando el rey Al-Mutamin reedificó y fortificó el castillo de Almenara, entre Lérida y Tortosa, le puso sitio el conde de Barcelona, auxiliado por los de Urgel, Cerdaña, Vich, Ampurdan, Carcasona y el Rosellon.

Debía estar muy bien entendido y dispuesto aquel sitio, cuando el Cid, á quien tanto se alaba de inteligente y valeroso, no quiso aceptar el consejo de Al-Mutamin, quien deseaba que el castellano atacara á los sitiadores; mas este no se atrevió; y creemos deber hacer uso de esta palabra, porque quiso negociar por medio del dinero el que se levantase el sitio, y el conde Berenguer en union con los demás nobles rechazó á los mensajeros lleno de ira, á consecuencia de la indecorosa propuesta.

Entonces fué cuando no quedando al Cid otro recurso que el de acometer, lo verificó con tanta energía como fortuna; porque des hizo las líneas y cogió prisionero al conde de Barcelona, á quien dió libertad, segun una crónica, á los cinco dias; pero no sin haberle hecho sufrir la humillacion que muy bien pudo haberle evitado, de llevarle ante el rey moro de Zaragoza (1080).

De los demás hechos de Berenguer Ramon, el más notable es el que naciera del gran proyecto dirigido en su realizacion á reconquistar la importante ciudad de Tarragona.

Llevaba Berenguer el fraticida invertidos algunos años en sostener parciales luchas contra el Cid, protector de los moros en al-

gunas ocasiones, que, por decirlo así, tiraba y aflojaba de la bien tejida red que había tendido y que tuvo por resultado el dar al Campeador una monarquía, mayor que muchas de las que los árabes poseían. Esto es para más adelante: por ahora diremos que el conde de Barcelona, desentendiéndose de las guerras con el Cid, pensó reconquistar á Tarragona, memorable ciudad que fuera un día importante metrópoli de la España Citerior. Dicese que esta empresa fué proyectada por Ramon Berenguer I, y el villano Pedro su hijo no le dió tiempo para llevarla á cabo: ahora vemos á otro de sus hijos, fratricida, que tambien la proyecta.

Estaba, sin embargo, dudoso y perplejo Berenguer Ramon; porque sabia demasiado la repugnancia ó repulsión, mejor dicho, con que los principales caudillos y nobles le miraban. Por su fortuna el clero catalan estaba muy decidido en favor de la ejecucion de tamaño proyecto; y el obispo de Vich, que era uno de los principales catalanes que miraban de reojo al fratricida, lejos de hacerle la menor oposicion, se decidió á auxiliarle, y partió personalmente á Roma para implorar los auxilios de la Santa Sede.

Era á la sazón Pontífice Urbano II, el de las cruzadas á la Tierra Santa; y como, en efecto, si la empresa catalana no abrazaba tan elevado y sacro objeto como el de conquistar el Santo Sepulcro del Salvador del mundo, era tambien empresa dirigida contra unos infieles no menos temidos y aborrecibles que los de la Palestina, el Sumo Pontífice vió en la empresa propuesta por el obispo de Vich un motivo de nueva cruzada, y tanto la consideró así, que mandó eximir del voto de cruzarse para la Tierra Santa á cuantos lo verificasen para ir personalmente á la conquista de Tarragona.

No se limitó á esto solamente el Sumo Pontífice. Además de otorgar diversas gracias espirituales y pleno jubileo, recomendó y excitó á cuantos principes y caballeros, así eclesiásticos como seculares, y tanto catalanes como los de países limitrofes al condado, á fin de que coadyuvasen á la santa y loable empresa; y no hizo el sucesor de San Pedro la excitacion en balde, puesto que de muchísimas partes acudieron á inscribirse en las listas, ganosos de tomar parte en la cruzada tarraconense.

Brillante y digna de eterna memoria fué aquella campaña, durante la cual ocurrieron muy buenos hechos de armas; mas la gloria de todos ellos quedó eclipsada ante el resultado final de aquella famosa lucha. Los cristianos fueron arrancando uno á uno los castillos, las fortificaciones, las defensas todas á los musulimes, hasta que posesionándose victoriosamente de la gran capital, el invencible lábaro de Constantino el Grande hundió en el polvo el estandarte del engañador Mahoma, haciendo dar al olvido las antiguas águilas latinas, y los emperadores, y los pretores, y los procónsu-

les. La gran Tarragona ya no pertenecía á la España romana, ni á la árabe; pertenecía á la Cataluña, y por consiguiente á la España cristiana, á la verdadera España (1090).

Berenguer Ramon pareció algo más tranquilo despues de esta importante conquista, á manera de quien se reconcilia consigo mismo. Habia reconquistado la ciudad y habia ahuyentado los alquiceles y turbantes hasta el punto de hacerles huir é internarse en las montañas de Prades, no viéndose uno siquiera en todo el llano que media entre Tarragona y Urgel. Despues de logrado esto, de hacer que el prelado purificase y consagrarse la iglesia mayor, y de haber dispuesto cuanto era conveniente al buen órden y gobierno de la recién conquistada ciudad, hizo donacion de su conquista al apóstol San Pedro, y á sus sucesores los romanos Pontífices. De aquí infieren algunos historiadores que acometió Berenguer tan importante empresa movido del remordimiento y por espíritu de penitencia.

Poco despues comenzaron de nuevo las poco honrosas luchas con el Cid; y poco honrosas nos parecen, en efecto, puesto que sean cualesquiera los motivos que obligasen á los caudillos, jamás nos podrá parecer justificado el motivo que impulsaba á un caudillo cristiano para aliarse con otro muslime; menos aun si el móvil era la reprobable y perjudicial ambicion, y mucho menos aun si al auxiliar al sarraceno, esgrimia unas armas fratricidas contra un príncipe ó caudillo cristiano y español como él. De esto tuvo mucho el Cid, como en su lugar veremos, y tampoco estuvo libre de ello Berenguer Ramon.

Algun tiempo despues, y estando solo el Cid con sus tropas (porque guiaba un ejército que dependia sola y exclusivamente de su caudillo), fué atacado por el conde de Barcelona no lejos de Calamocha.

Los catalanes cargaron con tanta impetuosidad como valor, y en un principio con notable fortuna; porque el Cid, cuyo esfuerzo y arrojo jamás han sido cuestionables, cayó mal herido del caballo, en términos de tener que retirarle los suyos del lugar de la pelea.

Fué caso extraño que al notar los soldados la triste novedad, no se dispersasen y dejasen el campo al enemigo, como siempre sucede en casos análogos. En la ocasion de que venimos tratando, lejos de suceder así, el ejército del Cid se enardeció con la ocurrida desgracia, y embraveciéndose la pelea vencieron completamente, y por segunda vez se vió el conde Berenguer prisionero, con cinco mil de los suyos.

Dicese que el Cid trató con mucha desortesia al vencido; tanto, que aun se asegura que ni le permitió tomar asiento á su lado, aunque era un soberano legitimo. Pasados ocho dias le dió libertad,

mediante la suma de *ochenta mil marcos de oro* de Valencia, que pidió el guerrero castellano por el rescate del conde catalan.

Tampoco los demás prisioneros lograron de balde su libertad: el Cid, avaro como fué, según en muchas ocasiones claramente se conoce, exigió grandes sumas respectivamente por conceder la libertad á cada prisionero; y debemos consignar aquí un hecho, que honra tanto á los catalanes como al Cid, á fuer de imparciales.

Parece que el caudillo castellano permitió salir libres á los prisioneros que no podían pagar el rescate de presente, bajo la solemne palabra de reunir la cantidad pactada y volver á entregársela. Ni un solo catalan dejó de regresar á los reales del Cid á cumplir su compromiso; mas algunos de ellos, si bien fueron los menos, volvieron sin la cantidad completa, aunque para no dar lugar á siniestras sospechas se presentaron acompañados de sus padres, hijos ú otros cercanos parientes, á fin de que se quedasen en poder del Cid, como en fianza, hasta que reuniesen toda la suma pactada y la entregasen. El animoso Cid no pudo ser indiferente á un rasgo de tan excesiva lealtad en unos hombres libres ya y fuera de su poder, y para corresponder dignamente, no solo se negó á admitir los rehenes, si que tambien confirmó su libertad sin género alguno de rescate. La batalla en que fué prisionero el conde y los cinco mil guerreros catalanes, se verificó en Tobar del Pinar. Poco tiempo despues estipularon una alianza el conde de Barcelona y el Cid, á petición de aquel (1092).

Los años siguientes (1093, 1094, 1095) se dedicó Berenguer Ramon II á diversas empresas de escasos resultados, en Valencia, en Oropesa y en otros puntos; y en el 1096 intentó posesionarse de Tortosa; empero estaba próxima á sonar la hora que habia de señalar el fin de su reinado.

Habiase sostenido en el trono, porque su inteligencia y valor proporcionaron bastantes dias de gloria á Cataluña; y la reconquista de Tarragona le habia dado no escaso renombre.

Existia, empero, un partido que le era contrario; que no habia olvidado la desastrosa muerte del bondadoso Ramon, Cabeza de Estopa, y que si las circunstancias le habian obligado á aplazar la venganza, no por esto habia desistido ni renunciado á tomarla cumplida y entera.

Los jefes de este partido, ó los que por lo menos tomaron á su cargo la venganza, fueron tres nobles catalanes, llamados Ramon Folch de Cardona, Arnaldo Miron y Bernardo de Queralt.

Quisieron los valientes caballeros apelar al *juicio de Dios*, y pidiendo campo á Alfonso VI, rey de Castilla y de Leon, para la córte de este retaron á Berenguer Ramon II, á fin de que se presentase

en ella á sostener en público reto un duelo á muerte, que habia de probar la culpabilidad ó la inocencia del conde.

Dícese que no se determinó á arrostrar la terrible prueba; otros aseguran lo contrario, y añaden que fué vencido, pero que no fué á muerte el duelo. De un modo ó de otro, es lo cierto que el conde descendió del trono á consecuencia del *juicio de Dios*, mediante el cual fué convencido del horrible y alevoso asesinato.

Poco tiempo despues caminaba un guerrero pensativo y melancólico, con la visera calada: su enlutada armadura y negro penacho indicaban claramente su tristeza: la roja cruz que en el pavonado peto llevaba, daba á entender que pertenecía el caballero al número de los valerosos cruzados, y que iba camino de la Tierra Santa (1097).

Así era en efecto: Berenguer Ramon II, convencido mas por su propia conciencia que *per batallam*, marchó á la Palestina en busca del perdon de su horroso crimen. Allí, castigado por los continuos remordimientos, peleando como valiente contra los enemigos de la santa Cruz, y sufriendo y desafiando toda clase de peligros, procuró desenojar y aplacar á la divina Justicia, y allí encontró al fin una muerte honrosa y digna de su valor y de su rango. Si los catalanes hubieran podido borrar de su memoria el fratricidio cometido por Berenguer, le hubieran querido mucho; porque en bastantes ocasiones les hizo recordar á su glorioso padre, Ramon Berenguer I, especialmente en el valor y en la actividad.

Por aquel tiempo habia salido ya de la menor edad el jóven hijo del desgraciado Ramon Cabeza de Estopa y de Mahalta, su esposa, hija del famoso caudillo normando Roberto Guiscard. La vida del jóven principe fué guardada y vigilada por los nobles catalanes con el más asiduo cuidado, y aun parece que para retar á su tío el fratricida, aguardaron á que el jóven pudiese por la edad reinar. El testamento de su abuelo Ramon Berenguer I, mandaba que el nieto fuese declarado apto para ceñir la diadema al cumplir los quince años, despues de ser armado caballero. Cumpliólos por los dias en que se celebró el solemne *juicio de Dios* contra su tío, el asesino de su padre, y en el momento calzó las espuelas de oro, ciñó la espada, y fué proclamado conde de Barcelona Ramon Berenguer III, á quien la historia apellida el *Grande* por haberle denominado así sus pueblos, tanto por su notable esfuerzo como por las grandes cualidades que poseía; mas como quiera que sus primeros hechos corresponden ya al siglo XII, habremos de suspender la narracion, abandonando el condado de Cataluña por ahora.

REINO DE ARAGON.

AÑO 1051 A 1076.

Al terminar la primera mitad del siglo XI, dejamos reinando en Aragon á Ramiro I, el Bastardo, hijo natural de Sancho II, el Mayor, ó Cuatro-Manos.

Al empuñar el cetro, solo contaba su reino, situado entre los vales del Roncal y de Gistain, unas veinticuatro á veinticinco leguas de longitud por once ó doce de latitud; y segun en su lugar hemos ya dicho, Ramiro, que no pudo ensancharle á costa de los dominios navarros pertenecientes á su hermano García, deseo que costó al primero la espantosa derrota de Tafalla, adquirió los de Sobrarbe y Ribagorza por la muerte violenta que á su hermano Gonzalo diera su propio vasallo el traidor Ramonet de Gascuña.

Hemos, asimismo, indicado la falta de datos y documentos que se nota para describir los primeros hechos de Ramiro I, el *Bastardo* ó el *Espúreo*, y á pesar de tener á la vista una crónica, muy rara hoy, á la cual en otra ocasion nos hemos referido, no podemos afirmar, como algunos, que Ramiro hizo le pagasen tributo los emires de Zaragoza y de Huesca, y aun el de Lérida; pero sí diremos que arrancó á Benabarre del poder de los musulimes, y que se sostuvo contra ellos con un valor muy digno de un hijo de Sancho el Mayor (1056 á 1057).

En los años siguientes se ocupó de diversas empresas contra los mahometanos, dirigidas todas á ensanchar sus dominios, en cuya marcial ocupacion le sorprendió una peligrosa enfermedad que hizo temer por su vida (1061). El mismo Ramiro llegó á creer próxima su muerte, y dispuso su testamento (en San Juan de la Peña).

Al otorgar el predicho documento legó el cetro de Aragon á Sancho, su hijo y de su esposa Gisberga, llamada tambien Ermesinda, y diversos dominios, entre otros los de Latre y Aibar, los dejó á su hijo bastardo, llamado tambien Sancho, como el legítimo.

Venció por fin la fuerte naturaleza de Ramiro I, salió de la aguda enfermedad, y su primer cuidado fué convocar un concilio, que se reunió en Jaca (1063), en el cual Ramiro I y su hijo Sancho hicieron solemne donacion á Dios y al apóstol San Pedro de todo el diezmo que recibiesen por voluntad, de los cristianos, y por fuerza de los sarracenos, asi del oro, plata y pedrerías, como de os frutos de la tierra, con otras donaciones no menos importan-

tes. Antes de este concilio se reunió otro en San Juan de la Peña, menos célebre que el de Jaca.

Fué Ramiro sumamente piadoso y muy celoso por la religion, en tales términos que mereció del Pontífice Gregorio VII le apellidase el cristianísimo príncipe.

Despues de terminado el célebre concilio de Jaca volvió el rey de Aragon á ser el azote de los hijos de Mahoma, que solo le conocian por *el Tirano*; circunstancia que prueba la energía y valor del primer rey de Aragon.

En el último periodo de su reinado presentó una formidable batalla, no lejos de Zaragoza, al emir Al-Moktadir Billach. Seguía á Ramiro I un numeroso ejército, contra el cual presentó el moro soberano de Zaragoza otro no menos grande.

Comenzó la lucha con gran empeño por una y otra parte; y aunque los musulimes no carecian de valor, combatieron los aragoneses con tal encarnizamiento, que derrotaron á aquellos completamente, y los que sobrevivieron se dispersaron huyendo despavoridos en diversas direcciones. Por desgracia, la traicion se encargó de vengar la vergonzosa derrota; porque es muy antiguo uso en el mundo el suplir la arteria y la infamia á la fuerza y el valor.

El emir de Zaragoza, desesperado y lleno de rubor por el destroz y por el vencimiento; temeroso además de que el bizarro y entendido rey de Aragon, dueño del campo y fuerte por sus huestes valerosas y aguerridas, se pusiese sobre la capital del emirato y redujese á la nada el poder musulímico en aquella comarca; azorado por efecto de los pensamientos trístisimos que no le daban punto de reposo, hizo llegar á su presencia á cierto mahometano llamado Sadadáh, el cual, segun es fama, era hombre de valía entre los sarracenos y muy entendido en asuntos de guerra.

Preguntóle el emir qué podria hacerse en tan desesperado estado de cosas, para remediar el inminente peligro que corria; y el infame Sadadáh, limitándose á contestarle que aun quedaba un recurso para conjurar la destructora tormenta, salió del pabellon del emir y dirigiéndose al suyo, mudó su trage por otro completo de guerrero cristiano; y á favor de su conocimiento en el idioma de aquellos, porque habia tratado y trataba siempre con ellos, llegó hasta el ejército de Ramiro, y al sitio en que este se hallaba, armado de punta en blanco, con la visera calada y sin descubrir flanco por donde poder herirle; que solo llevaba descubierta la vista.

Mezclado el artero Sadadáh con los aragoneses que por el vasto campamento pululaban, espíó los movimientos del rey; acechó la ocasion, y dando al monarca una terrible lanzada en los ojos, aquel cayó en tierra, y el asesino comenzó á correr por el campo,

dando el grito de alarma y diciendo con estentórea voz que un traidor habia muerto á Ramiro.

La aterradora voz cuyas palabras parecian increíbles, cuando tan reciente estaba la gloriosa victoria, produjeron un terrible pánico en el valeroso ejército: algunos pocos acudieron á socorrer al rey; casi todos huyeron en distintas direcciones; el infame homicida se salvó sin correr el menor riesgo, y el emir respiró libre de todo peligro, aunque á costa de su buen nombre y fama. Pocos dias despues falleció el valeroso Ramiro á consecuencia de la mortal herida, en San Juan de la Peña, en donde fué sepultado el cadáver (8 de Mayo de 1063).

Subió al trono Sancho Ramirez, hijo legítimo de Ramiro I; y al llamarle Ramirez, nos conformamos con la costumbre, muy conveniente en este caso, á fin de evitar el que se le confunda con sus dos primos, Sancho de Castilla y Sancho de Navarra. Entonces era uso establecido el llamar Ramirez al hijo de Ramiro, como Nuñez al de Nuño, Fernandez ó Ferrandez al de Fernando ó Ferrando, Garcés al de Garcia, y así de los demás.

Apenas habia cumplido diez y ocho años el monarca de Aragon cuando empuñó el cetro; empero habia ya manifestado sus buenas dotes de gobierno durante la enfermedad de su padre, y su notable esfuerzo en las guerras que el mismo sostuvo contra los musulmanes.

Ganoso de vengar la muerte de Ramiro, que no dudaba hubiese sido decretada en el campo de los infieles, comenzó á perseguir á los musulimes con gran bravura y no menor encarnizamiento. Tanto hizo en poco tiempo, que logró dar mayor ensanche á sus dominios, y llegó á hacerse temible á los enemigos cuando no contaba veinte años de edad.

Para acreditar su nombre emprendió la reconquista de Barbastro, logrando arrebatár esta ciudad á los sarracenos (1065). Al pié de sus muros pereció gloriosamente su suegro el bizarro conde de Urgel, segun ya ha visto el lector.

Continuó sus conquistas por las plazas situadas en las llanuras, desalojando de ellas á los perseguidos musulmanes, que nada habian ganado con la infamia del emir y de su alevoso secuaz; porque Sancho I superaba á su padre en valor y en ardimiento. Generalmente los crímenes dan un resultado opuesto al que por su medio se busca.

Por desgracia vino á detener al jóven rey de Aragon en el brillante camino de sus gloriosas victorias la necesidad de aliarse con su primo Sancho III de Navarra, para hacer frente á la ambicion de Sancho II de Castilla, que era tambien primo de ambos. Entonces fué cuando tuvo lugar la batalla de Viana (1066) en el *campo de la Verdad*, y la derrota del de Castilla.

Continuó el esforzado Sancho Ramirez conquistando plazas que agregar á su reino, tan diverso ya del que Ramiro I, su padre, le dejara, pudiendo decirse de él que apenas pasaba dia sin que arrebatare á los musulimes algun punto más ó menos importante, como más adelante veremos.

Por aquel tiempo comenzó á agitarse la cuestion de abolir el rito y breviario gótico y mozárabe por el breviario y ritual romano. Tratamos aquí de este ruidoso asunto religioso, porque fué el rey de Aragon quien respecto de aquel tomó la inicitativa.

El Sumo Pontífice envió á su legado el cardenal Hugo Cándido al reino de Aragon, con el objeto de lograr la ya expresada abolicion; y aunque el rey, muy pagado de que el jefe de la Iglesia católica le enviase un embajador, recibió al cardenal con tanto respeto como ostentacion y magnificencia, por entonces quedó pendiente la cuestion (1064); porque Sancho Ramirez estaba más dedicado á los asuntos de la guerra que á otra cosa alguna.

Por el mismo tiempo se oponian abiertamente á aquella innovacion, anatematizada por la generalidad como que chocaba con una costumbre que databa de más de mil años, el rey de Leon y de Castilla, y el de Navarra: llegó el caso de mandar ambos soberanos tres prelados al concilio de Mantua (1067), á fin de que abogasen por la conservacion del rito mozárabe; y segun se asegura, los prelados españoles no solamente convencieron á los padres reunidos en el concilio, sino tambien al mismo Pontífice.

No desistió, sin embargo, Alejandro II de su empeño, y de nuevo volvió á España su legado, el mismo cardenal Hugo, y entonces logró su objeto, quedando completamente decretada la abolicion, abrogado el rito gótico y mozárabe, y adoptado el romano (1071). En el mismo año fué admitido en Cataluña; pero Alfonso VI de Castilla y Sancho III de Navarra continuaron firmes en sostener el antiquísimo rito por entonces, hasta que por fin fué adoptado el romano en todos los dominios cristianos de España, no sin haber costado largo tiempo de resistencia y oposicion, y despues de apelar á las pruebas, entonces solemnes é infalibles, *del duelo y del fuego*.

A este propósito se asegura que en la primera pelearon dos escogidos campeones, y salió vencedor de su contrario el castellano Juan Ruiz de Matanzas, que combatió en favor del rito antiguo; y para verificar la segunda se arrojaron al fuego dos misales, uno gótico y otro romano: dicese que el primero quedó ileso, y el segundo se redujo á cenizas. La primera prueba se realizó en 1077; empero entonces ya Alfonso VI favorecia la innovacion tan mal admitida por el pueblo, siempre afecto á los antiguos usos; y la segunda se verificó en 1085, despues de haberse reunido en Burgos un concilio, presidido por el legado del Sumo Pontífice. Sin embargo de la

decision del concilio, favorable al rito antiguo, y del resultado de las pruebas, el oficio gótico quedó abolido en toda España.

Llegó el año 1076, y el día 4 de Junio se encontró el esforzado Sancho Ramirez con un nuevo reino, á consecuencia del feroz y bárbaro asesinato de Sancho III de Navarra, cometido por su alevoso hermano Ramon, en los bosques de Peñalen.

UNION DE ARAGON Y DE NAVARRA.

AÑO 1076 Á 1100

Ya hemos dicho en el correspondiente lugar, y despues de haber referido la desgraciada muerte de Sancho III Garcés de Navarra, que el pueblo y los nobles, indignados contra el homicida, clamaron venganza, y estos últimos, de comun acuerdo, determinaron se excluyese absolutamente del trono al que fué capaz de perpetrar tan repugnante é inalicable crimen. En consecuencia de este buen acuerdo fijaron los navarros sus miras en Sancho I Ramirez, rey que tan acreditado estaba como valiente, entendido, enérgico, activo y digno de mandar y de ser obedecido, y que era además primo hermano del difunto Sancho III.

Mucho más de lo que puede expresarse contentó al monarca aragonés la determinacion de los próceres navarros; porque á un rey que tanto conato y empeño habia puesto en ensanchar los límites de su reino y en robustecer sus fuerzas para hacerlas superiores á las de los musulmes, dicho se está si le seria por el extremo grato el encontrarse inopinadamente con un reino entero, con un gran pueblo y con un buen ejército, compuesto de hombres que sabian morir con gloria, pero no rendirse ni retroceder con ignominia.

Tan pronto como fué avisado de la desgraciada muerte de su primo y de la decision de los navarros, que dejó para siempre herida la conciencia de Ramon por el horroroso crimen, defraudando al propio tiempo su miserable ambicion, se dirigió á Pamplona á tomar posesion solemnemente de la nueva monarquia.

En tanto que Sancho I entraba en Pamplona, Alfonso VI, su primo, tomaba algunas plazas de las fronteras ó líneas divisorias de Navarra y de Castilla, porque se creia con suficiente derecho al reino de Navarra por la muerte de Sancho III Garcés; mas por entonces Sancho I de Aragon y IV de Navarra no hizo mérito de la condueta de su primo Alfonso, y le dejó en plena posesion de Calahorra y de los demás puntos riojanos que tomara, no queriendo volver sus armas contra un príncipe y soldados cristianos; habien-

do musulimes contra quienes combatir: tal fué su notable resolucion.

Dirigióse, pues, á Ribagorza, y puso sitio á la fortaleza de Muñones: acudió el emir de Huesca con su ejército en socorro del expresado fuerte ó castillo, y el valeroso Sancho derrotó y deshizo al emir y su ejército, y tomó la fortaleza por asalto.

Difícilmente podrá encontrarse un soberano más bizarro é infatigable que Sancho I. Tomado el castillo de Muñones, se puso á la vista de Zaragoza; y despues de talar y destruir toda la campiña á los mismos ojos de los mahometanos, hizo construir el fuerte llamado de Castellar, habiendo impuesto tanto pavor al temible emir de Zaragoza, que le puso en la imprescindible necesidad de pagarle un anual tributo, á condicion de que le dejaria tranquilo y pacifico en Zaragoza; circunstancia que hasta la evidencia prueba el alto concepto en que tenia el emir á Sancho, y la seguridad con que creia habia de llegar el rey cristiano á arrebatarle la famosa córte de sus estados, cuando compraba la paz; para evitarlo, tan vergonzosamente.

El esforzado Sancho tomó en seguida por fuerza de armas las fortalezas de Graus y Piedra Tajada; y como ya por entonces hubiera coronado á Pedro, su hijo primogénito, como rey de Sobrarbe y Ribagorza, arrebató Monzon á los moros y le cedió á su hijo, tambien con titulo de rey (1086).

Poco despues ocurrió la irrupcion de los almoravides llamados por el falaz rey moro de Sevilla, y la desastrosa batalla de Zalaca, en que Sancho Ramirez con su ejército tomó parte, así como Ramon Berenguer, en auxilio de Alfonso VI de Castilla, en cuyo reinado habrá ya visto el lector una cosa y otra, así como el resultado que tuvo la sangrienta accion y larga batalla.

En los dos años siguientes puso Sancho en el último extremo al rey moro de Zaragoza. Auxiliaba al primero con no menor esfuerzo y energia su hijo D. Pedro, que anunciaba ser tambien un gran rey. Empero, segun veremos al tratar de la España árabe, la alianza hecha por el rey moro con Yussuf, el emir de los almoravides, favoreció mucho á aquel y le sacó del inminente riesgo.

A pesar de la precitada alianza, no dejó Sancho I de tener en continua agitacion á los mahometanos, que solo ganaron con ella el alejar la realizacion de su ruina; mas, á pesar de todo, el rey de Aragon y Navarra, y su hijo el de Sobrarbe, Ribagorza y Monzon, ya unidos, ya separados, diezaban el ejército sarraceno, quitaban castillos y puntos fortificados á los musulimes, y extendian las fronteras de su reino á lo largo de los rios Cinca, Alcanadre, Gállego y Ebro.

Hacia largo tiempo que Sancho I de Aragon y IV de Navarra

llevaba en su mente una idea que acosaba á toda hora su ardiente y viva imaginacion. La idea de conquistar á Huesca jamás se apartaba de su mente, y solo anhelaba el poder realizarla.

Era Huesca en aquel entonces una importantísima plaza, verdadera y temible fortaleza que defendia á los musulimes de los ataques de los bizarros aragoneses. Contando con estos y con un aguerrido ejército de valerosos navarros; provisto de pertrechos y de toda suerte de máquinas de guerra y de aprestos militares, manifestó Sancho á las claras su intencion, y se acercó á la importante ciudad.

Estableció su campamento en unas alturas, desde las cuales podia á mansalva hacer notable estrago en los enemigos, y puso el asedio con toda la inteligencia que esperarse debia de un rey tan esforzado é inteligente en asuntos de guerra.

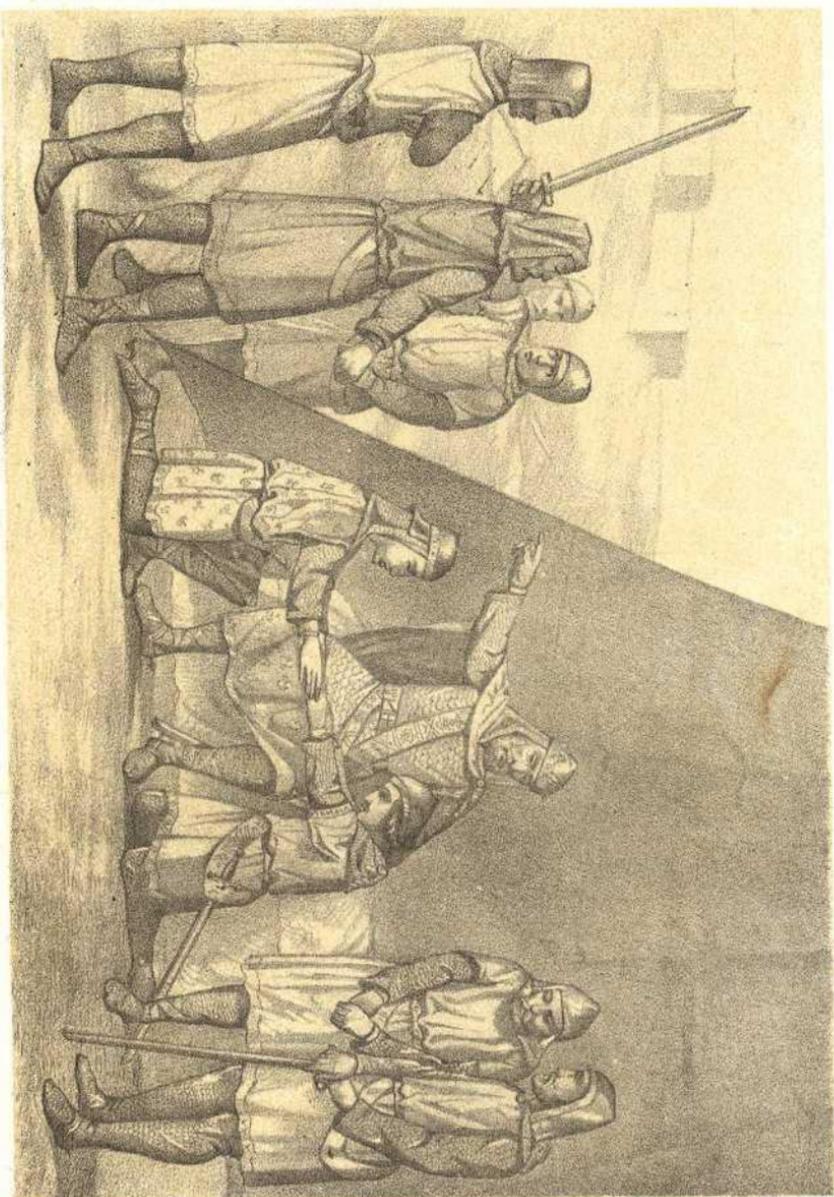
No avanzaban tanto las operaciones como deseaba el bizarro monarca, porque los musulimes hacian la defensa con tenaz resistencia, y verificaban de vez en cuando terribles salidas. El monarca, cuyo natural vivo é impaciente se avenia muy mal con la lentitud, hizo avanzar las líneas; y él mismo quiso pasar personalmente á reconocer el estado de las murallas. Parece que los mortales están condenados á no ver realizadas aquellas empresas en que colocan todo su conato, y cuya realizacion desean más que otra cosa alguna.

Estaba haciendo el valeroso Sancho su reconocimiento, y observó que en cierto sitio de la muralla habia una parte menos fuerte, y más fácil de vencer y destruir con las guerreras máquinas, para facilitar la rendicion y dar paso al asalto.

Su perspicaz vista hizo la observacion antes de que nada notasen los que le seguian; y, por su desgracia, para demostrarles el sitio, alzó el brazo derecho. Sin duda un certero tirador acechaba un momento oportuno y espiaba la ocasion y los movimientos del monarca, y la perversa intencion fué favorecida por una fatal casualidad; porque de uno de los adarves lanzaron una silbadora y mortífera saeta, que entrando precisamente por el escote de la loriga ó armadura, y por debajo del brazo que el rey tenia levantado, le hirió gravemente.

Aquel rey emblema del valor y tipo de fuertes varones, comprendió que la herida era de necesidad mortal; empero no por eso amenguó su energía, ni disminuyó su ánimo, ni olvidó su idea fija y dominante. *Convocad*, dijo con sonora voz, *á mis ricos-homes y caudillos, antes que el ánima me abandone y la vida me falte.*

No crea el lector que aquella convocatoria tuvo por objeto el asegurar el cetro en manos de su primogénito: confiaba en la acrisolada fidelidad de los leales aragoneses, y recordaba que los valerosos navarros voluntariamente le habian entregado una corona.



Mt. de la Hiva Hordeals

Madrid. a. Acero de D.

MUERTE DE D.^o SANCHE RAMIREZ.



81 Sus dos hijos, D. Pedro y D. Alfonso, le acompañaban en el reconocimiento de las murallas; presenciaron la terrible desgracia, y no se separaron de su lado. Cuando acudieron presurosos los jefes y magnates á quienes habia mandado convocar, hizo colocar á su lado y en el centro de aquellos á los dos infantes, y ante la ilustre y valerosa asamblea hizo jurar á sus hijos que permanecerian firmes ante la ciudad hasta rendirla, y hasta hacer ondear sobre el mismo adarve de donde partió la mortal saeta, y sobre la enemiga muralla, los gloriosos pendones de Aragon y Navarra. Este último rasgo caracteriza el ánimo y valor de aquel gran monarca.

No se desmintió un punto ni le faltó un momento la entereza: por el contrario, para templar el dolor y contener los lamentos y lágrimas de sus hijos y de cuantos le rodeaban, que fué rey muy querido, hasta exhalar el espíritu dirigió á todos palabras de consuelo, exhortándolos siempre á humillar el islamismo con el poder de la santa Cruz, animándoles para que con entera confianza esperasen el momento de volver á verle en una vida mejor.

82 De esta manera espiró aquel supremo caudillo y valeroso guerrero, en la mañana del 4 de Junio del año 1094. Rey justiciero y de instintos militares, dedicó los cortos momentos de paz al cuidado y gobierno de sus dominios. Otorgó á Jaca un fuero que los mejores historiadores han calificado de amplio y célebre: como soberano piadoso, fundó y dotó con régia munificencia y espléndida mano el monasterio de Monte-Aragon, en el cual fué depositado su cadáver: despues de rendida Huesca, fué trasladado al monasterio de San Juan de la Peña, en donde le sepultaron con el decoro correspondiente á su elevado rango. Aun no habia cumplido cuarenta y nueve años cuando falleció: hacia cerca de treinta y uno que habia empuñado el cetro, que manejó con tanto vigor como gloria.

83 En el momento fué proclamado D. Pedro I, su hijo primogénito, como rey de Aragon y de Navarra; y bien pronto dió el nuevo rey buena muestra de sí, haciendo comprender á amigos y enemigos que era digno hijo de Sancho Ramirez, y un vivo trasunto de este gran monarca.

84 Tanto valor, teson y empeño demostró en sus primeros actos al frente de Huesca, que el emir de Zaragoza, que comprendia perfectamente cuánto le importaba librar la amenazada ciudad y conservarla para sí, haciendo una general convocacion á todos los musulmes de sus dominios, reunió en breve tiempo un formidable ejército. Dicese tambien que convocó á dos caudillos cristianos, los condes Garci-Ordóñez y Gonzalez, que eran sus amigos y aliados.

85 El valeroso Pedro I no se intimidó por esto: por el contrario, determinó salir al encuentro de aquella descreida muchedumbre.



frente de la vanguardia cristiana iba el joven y esforzadísimo infante D. Alfonso.

Diéronse vista los dos ejércitos, y cierto es que los aragoneses y navarros, si no hubiesen estado animados por tan impávidos y grandes corazones, debieran temer: el ejército musulmico era innumerable, y venia tan seguro del triunfo, fiado en su fuerza material, que historiadores de tanta erudición como pareos en asegurar lo que no tienen por bien averiguado, dicen que el conde Garci-Ordoñez, no pudiendo olvidar que era cristiano, envió un atento mensaje á D. Pedro I, aconsejándole que levantase el sitio, porque era imposible que se salvase ningun cristiano.

Un curioso y raro manuscrito que tenemos á la vista, asegura que simultáneamente hablaron D. Pedro y su hermano D. Alfonso. Este exclamó: *¡Primero morir!* Y aquel: *¡Yo daré á ese conde traidor y á los enemigos de la santa Cruz la respuesta con las puntas de las espadas y los hierros de las lanzas!*

Así lo verificó, en efecto: sin detenerse un punto avanzó sobre los campos de Alcoráz; dió la señal de acometer, y comenzó la batalla el joven infante D. Alfonso, haciendo horrible estrago y carnicería en los mahometanos.

Con tan buen principio, animado el ejército de D. Pedro I, se generalizó la batalla, que duró más de ocho horas; y el estrago de los enemigos fué tal, que los mismos á quienes antes nos hemos referido, que ni aseguran con ligereza ni dejan de desmentir los hechos que otros escritores menos detenidos presentan como positivos, dan por cierto y seguro que *sobre el campo quedaron muertos más de treinta mil sarracenos*. El conde Garci-Ordoñez, el del atento mensaje, que aseguraba la total ruina de los cristianos, fué uno de los prisioneros.

Lo muy cerrado y crudo de la noche despartió á los que peleaban; y en vez de dedicarla al reposo los aragoneses y navarros, la pasaron arreglando las melladas y descompuestas armas, y afilando y preparando las que no lo estaban; porque deseaban solamente que amaneciese para exterminar por completo á los enemigos.

Diligencia inútil: cuando el sol vino á dar vida al mundo y color á los objetos, los hijos de Mahoma que habian quedado ilesos en la terrible derrota del precedente dia, habian desaparecido en seguimiento de su fugitivo rey, que no veia el momento de encerrarse en Zaragoza.

Tan célebre batalla y sus consecuencias, involuntariamente, aunque con grandísimo placer, nos recuerdan la del 4 de Febrero de 1860 y la rendición de Tetuan. Huesca se entregó á D. Pedro I, que entró en ella triunfante y orgulloso, porque habia cumplido la solemne oferta que hiciera á su esforzado y moribundo padre, pos-

trado sobre el lecho de dolor y de muerte, y porque apenas en la aurora de su vida habia sabido inaugurar de tan gloriosa manera el comienzo de su existencia de soberano y de caudillo (25 de Noviembre del año 1096).

A consecuencia de esta gran victoria, tomó el valeroso rey por armas de Aragon un escudo con la cruz de San Jorge en campo de plata, y en los cuadros cuatro cabezas rojas, que representaban otros tantos caudillos agarenos que perecieron en la famosa batalla de Alcoráz.

El primer cuidado del rey se dirigió al arreglo de los asuntos religiosos, mandando se purificase y consagrarse la mezquita mayor, en la cual dispuso que estableciese la sede episcopal el prelado de Jaca, que desde entonces tomó el título de obispo de Huesca.

Tan célebre fué este memorable hecho de armas, que llegó hasta Roma; y el Sumo Pontífice Urbano II confirmó á D. Pedro I de Aragon y de Navarra la facultad, entre otras cosas concedidas á los ricos-hombres, que Alejandro II y Gregorio VII habian concedido á Sancho I, de poder distribuir las rentas de los templos que se quitasen á los moros, y las pertenecientes á los nuevamente edificados: se exceptuaban de esta determinacion las rentas de las iglesias catedrales.

Despues de la conquista de Huesca estipuló D. Pedro I una estrecha alianza con el Cid, segun en su lugar veremos; y en los últimos años del siglo XI quitó á los moros, con inexplicable arrojo, la fortaleza de Calasanz, calificada de fortísima é inexpugnable, el castillo de Pertusa y otros no menos importantes por su posicion y utilidad, así como por ser los últimos baluartes musulmicos del emirato de Huesca (años 1099 y 1100).

ESPAÑA ÁRABE.

AÑO 1051 A 1100.

En el año 1050, hemos dejado al emir de Córdoba dispuesto á llevar á Toledo la guerra, aunque dotado de un carácter muy poco belicoso, á consecuencia de haberle contestado el toledano de una manera desatenta á las proposiciones de paz que le remitiera; y el emir de Sevilla ha ido en busca de los de Granada, Málaga y Carmona.

Mohammed-Abul Walid-ben-Gehwar comenzó con buen éxito sus correrías, talando é incendiando las campiñas de Toledo: llegó á poner en alarma al rey moro, el cual se vió precisado á confede-

rarse con Abdelmelik, de quien era suegro, hijo del rey de Valencia, y con Abu-Ahmer, que era wali de Cuenca, á fin de que acudiesen en su auxilio con gente de armas.

Era el rey de Toledo Ismail-Dilnum; y para que los efectos de la doble confederacion fuesen más notables y eficaces, hizo paces ó estableció treguas con Fernando I, el Magno, que á la sazón era el más temible, poderoso y fuerte de todos los monarcas de España, así cristianos como sarracenos.

Sabedor Mohammed, el de Córdoba, de todo lo expresado, comprendió que no le era posible hacer frente por sí solo á semejante combinacion: á fin de nivelar en lo posible sus fuerzas con las del enemigo, procuró atraer al emir de Sevilla, Al-Motamid, y al de Algarbe, que lo era Mohammed-ben-Al-Afthas.

Ambos aceptaron la proposicion del emir de Córdoba, despues de oír el dictámen de sus consejeros; mas no todos firmaron la triple alianza con igual buena fé. El de Sevilla abrigaba siniestras intenciones.

Estaban desavenidos con él los wadies de Niebla, Huelva y algun otro; porque el sevillano se habia negado resueltamente á reconocer la respectiva independenciam de cada uno de aquellos; y aprovechando la feliz coyuntura, sin pedirle la vénia pasaron con sus tropas á dar auxilio al cordobés, lo que les valió el quedarse sin sus dominios; porque el emir de Sevilla mandó contra ellos á Mohammed, su hijo, el cual se fué apoderando de todos los puntos que los rebeldes wadies poseian, los cuales pasaron á poder de Al-Motamid, así como tambien su ciudad de Carmona.

Este soberano, á quien por entonces convenia el cumplir lo pactado con el de Córdoba, le facilitó los auxilios establecidos en las cláusulas de la alianza, así como tambien lo verificó Ben-Al-Afthas.

Ismail-Dilnum, el de Toledo, seguro de los cristianos de Castilla, de Leon y de Galicia, auxiliado por el emir de Valencia y el wali de Cuenca, despreciando la alianza de Sevilla, Córdoba y Algarbe, avanzó y salió de sus dominios en ademan amenazador, y llegó hasta las campañas de Córdoba, que taló é incendió completamente.

Hubo diversos choques más ó menos parciales y en diversos sitios, hasta un dia en que se generalizó la batalla, embraveciéndose de sangrienta manera. Los combatientes pelearon con tenacidad y valor durante un dia completo, hasta que, destrozado y deshecho el ejército aliado de Ben-Gehwar, quedó triunfante el de Ismail. La batalla se verificó junto á un rio que desde entonces tomó el nombre de *Algodor*, á consecuencia de las infinitas y raras estratagemas de que hicieron uso los caudillos de ambos ejércitos, con el objeto de vencer al respectivo contrario (1053).

Semejante desastroso golpe anonadó á los habitantes de Córdoba la hermosa y la opulenta. De nuevo imploró mayores y más eficaces auxilios del emir de Sevilla, el hijo de Ben-Gehwar, llamado Abdelmelik. El sevillano, que maduraba su insidioso proyecto, ofreció tanto como obsequió al príncipe cordobés; mas en la realizacion, todas las pomposas ofertas se redujeron á mandar en su auxilio muy buenos ginetes, empero en número de doscientos solamente.

En tanto, Córdoba estaba cercada por los toledanos; el emir, cuyo estado era habitualmente valetudinario, yacia postrado en el lecho del dolor, y ni Abdelmelik podia penetrar en la córte de su padre, ni este podia hacer llegar noticia alguna hasta aquel.

En tan apurado trance, ofreció el emir de Córdoba grandes premios al que se atreviese á llevar una carta á su hijo y al emir de Sevilla; y como no hay riesgo que intimide al hombre interesado y avaro, cuando con sus codiciosos ojos ve un premio que por su magnitud amengua el riesgo que puede correr, las cartas llegaron á su destino, no sin exposicion del mensajero, pero sin contratiempo.

Entonces fué cuando el emir de Sevilla determinó descubrir su oculto proyecto. Habia logrado dejar á Córdoba sin el heredero de Ben-Gehwar, á quien de intento entretuvo en Sevilla con festines y otros objetos á que con exceso era aficionado Abdelmelik, para dar tiempo á que Córdoba estuviese completamente sitiada; el supremo caudillo estaba enfermo; el pueblo aterrado, intranquilo, y por consecuencia sin accion. Las circunstancias eran tales cuales las deseaba el artero emir, y no podia esperar más oportuna ocasion.

Contestando á la carta del afligido soberano de Córdoba, manifestó que en su socorro iba á poner inmediatamente en movimiento todas las fuerzas de que podia disponer, y así lo hizo en efecto.

Los ginetes cordobeses, de suyo fuertes y bravos, reforzados con la multitud de las valientes lanzas sevillanas, rompieron las líneas y pusieron en vergonzosa fuga á las huestes de Toledo y á los ginetes valencianos, sus auxiliares. Los cordobeses, acaudillados por Abdelmelik, siguieron picando arduosamente la retaguardia de los fugitivos: no así los sevillanos, cuyos caudillos estaban muy bien instruidos de lo que debian hacer.

Aben-Omar, que lo era general de las tropas de Sevilla, fiel á su emir, é instruido del proyecto de este, tan pronto como vió alejarse á las tropas cordobesas, que iban en seguimiento de los de Toledo y de Valencia, y á las restantes ocupadas en recoger los infinitos despojos que sobre el campo quedaron, ordenando sus huestes entró en Córdoba, tomó todos los puntos fortificados y defendibles, se posesionó del alcázar, y dejó al emir en la alcoba y en el lecho; mas en calidad de prisionero: la negra infamia de su pérfido aliado exa-

cerbó la enfermedad que le aquejaba, la cual, ganando rápidamente terreno, le condujo en muy breves días al sepulcro (1060).

En cuanto al hijo del emir, el príncipe Abdelmelik, podremos decir que no tuvo noticia de lo acaecido, hasta que al regresar de su marcha en persecución de los fugitivos se encontró con guerreros sevillanos, á los cuales se dirigió como amigos y aliados, y á quienes, no sin extraordinaria sorpresa, encontró convertidos en enemigos.

Calculó de pronto la fuerza que le seguía y las circunstancias en que se encontraba; empero fué más rápida la maniobra de los enemigos que su cálculo, y en un instante se vió rodeado de la mejor caballería sevillana.

El príncipe Abdelmelik, cuya fuerza y valor habían estado enervados por efecto de la ociosidad y de los placeres en que había vivido, no carecía, empero, de valor: estaba en él como amortiguado, y desde que el peligro se había dejado ver de cerca, el esfuerzo y el ánimo habían despertado en él. Indignado en el primer ímpetu de la ira que en él excitó la alevosa traición del emir de Sevilla, lejos de querer entregarse, comenzó á batirse como un hombre desesperado, él solo contra todos los ginetes sevillanos que le rodeaban. Tuvo diversas ocasiones para haber huido, y las despreció; porque estaba decidido á morir matando.

Después de una larga lucha, el príncipe cayó del caballo cubierto de heridas, con más de veinte lanzadas, y en aquella disposición lo llevaron prisionero á una torre de Córdoba, la ciudad en que su padre tenía su magnífica corte, y en la que estaba también como él, casi moribundo y prisionero.

El pueblo, voluble siempre, y siempre ligero, lo mismo en el afecto que en el odio, olvidó muy pronto al hijo de Gehwar, por él tan bendecido, que había dado lustre y riqueza á la ciudad, y que tantos bienes había dispensado al pueblo. El nuevo poseedor de Córdoba adormeció á los cordobeses con dádivas, con fiestas magníficas, con luchas de fieras, espectáculo tomado de los antiguos romanos, y que era para los cordobeses totalmente nuevo; y los gritos de júbilo, de regocijo y placer que por do quiera poblaban el espacio, no dejaban oír los dolores y agonía que exhalaban, el emir en el lecho de muerte, y el príncipe su hijo en la prisión; porque jamás el que goza se acuerda del que sufre y padece. El padre, cuya enfermedad se exacerbó rápidamente con la atroz pesadumbre, falleció muy pronto; y el hijo también, á consecuencia de la multitud de heridas, clamando al cielo venganza de aquella inusitada perfidia y vil traición, y pidiendo á Allah diese igual suerte que la suya al hijo del falaz y traidor emir de Sevilla (1060).

De esta manera terminó la dinastía de los Gehwar: de este modo

la opulenta corte del respetable, poderoso y rico imperio de los omniadas ú omniaditas dejó de serlo, y pasó á ser waliato ó provincia dependiente de Sevilla, corte del soberano que la habia adquirido de tan innoble y villana manera. Téngase este hecho muy presente, con otros que ya hemos visto, para unirlos á los que veremos, á fin de responder con ellos á los que se esfuerzan en querer convencer á los demás de que todos los principales árabes eran grandes, buenos, magnánimos, ilustrados y liberales, poetizándolos hasta el extremo de ponerlos, en su línea ó esfera, como nos han pintado á los pastores de la Arcadia en la suya. Recórranse las páginas ya vistas de la historia árabe, y veremos que á vuelta de alguno, muy raro, que reuniese todas las buenas cualidades arriba mencionadas, cada uno de los mejores entre los demás tiene muy feos borrones que ennegrecen su memoria; y todo el resto de ellos, unido á los últimamente nombrados, aparecen como muy dignos hijos de una patria en la que era costumbre establecida que el general vencedor, por via de parte oficial del resultado de una batalla, mandase una ó más cabezas de jefe ó jefes vencidos.

No nos detendremos á hablar de otros pequeños reinos ó emiratos, decididos, como estamos, á ocuparnos solamente de los grandes y poderosos, cuya conquista parecia tan difícil como era conveniente y necesaria.

Por el mismo tiempo (1061) subió al trono de Valencia Abdelmelik Almudhaffar, hijo de Abdelaziz, bajo la tutela de Al-Mamun, que en Toledo habia sucedido á Ismail Dilmun. Este mismo Almamun, á quien tan noble, benéfico y grande hemos visto en favor de Alfonso VI, tuvo su borron tambien. Cuando Fernando I de Aragon sitió á Valencia (1064), Abdelmelik hizo una salida: Al-Mamun abandonó su corte de Toledo y llegó hasta Cuenca, para acudir á la defensa del reino de su pupilo.

Sabido es que Fernando enfermó gravemente á la vista de la bella ciudad, á cuya fatal circunstancia debieron los musulimes su salvacion; mas aunque para defender el hecho del rey de Toledo queramos apoyarnos en la ineptitud y debilidad que se suponen en Abdelmelik, es lo cierto que su tutor, aprovechando la oportuna ocasion, le quitó el trono. Terminado el sitio, para volver á su querido reino de Toledo, nombró wali ó gobernador de Valencia á Abu-Benkr, hijo de Abu-Abdallah Ebn-Abdelaziz, quien durante el efímero reinado de Abdelmelik Almudhaffar, habia sido cerca de éste representante del tutor Al-Mamun (1065). Hé aquí los derechos al trono de Valencia con que contaba Yahia, hijo segundo del precitado rey de Toledo, cuando tomó esta ciudad Alfonso VI, segun en su lugar dijimos.

En tanto gozaba de su vergonzoso triunfo el emir de Sevilla, y extendia las fronteras y lineas de sus grandes dominios, quitando á los de Granada y Málaga los que á los suyos aumentaba. Servíale de mucho su hijo Mohammed (Al-Motamid, á quien hemos visto aliado unas veces y otras enemigo de Alfonso VI), al cual dejó vacante el trono en el año 1069.

Al ceñir la diadema tomó Mohammed el nombre de Al-Motamid Billah (*el fortalecido por Dios*), porque los de su secta siempre se han creído fortalecidos, inspirados y favorecidos.

Inauguró el nuevo emir su reinado de una manera tan digna como grata á su pueblo. Su primera determinacion fué la de mandar regresar á sus hogares á todos los que estaban desterrados; pues el padre de Al-Motamid fué sobradamente déspota y excesivamente cruel.

Era el nuevo emir hombre bastante ilustrado, aficionado á las letras y gran protector de los que las profesaban. Su carácter era afable y humano, generoso y espléndido; pero tenia una ambicion ilimitada; era astuto y falaz en los asuntos politicos, y no obraba con buena fé y verdad cuando á sus fines creia conveniente el no hacerlo.

Su talento, su sagacidad y su astucia no pudieron impedir que se cumpliese su destino: de tal modo se ciegan los mortales cuando ha llegado el momento de que se realicen los decretos que emanan de lo alto. Uno de los encargos más terminantes y expresos que de su moribundo padre recibiera Al-Motamid fué el de estar siempre en guardia y precavido contra los lamtunas (después almoravides). Cuando Al-Motamid pensó en llamarlos, á pesar de las recomendaciones de su padre, su propio hijo, el nieto del difunto emir, también le rogó con grande instancia é insistencia; porque de ellos solo podia esperarse la completa ruina de la dinastía y del reino; y sin embargo, los llamó, desentendiéndose de todo. Pronto veremos el resultado de la invasion de Yussuf, jefe de los innumerables almoravides.

Los hechos que por este tiempo sucedieron, correspondientes á la España árabe, en los reinos cristianos, tales como la toma de Córdoba por Fernando I; el sitio de Al-Kalaa-en-Nahr (hoy Alcalá de Henares) y otros no menos gloriosos, ya los ha visto el lector cuando nos hemos ocupado del reino de Castilla y Leon. Conoce asimismo cuanto concierne á las alternativas de alianza y enemistad de Alfonso VI y Al-Motamid, rey de Sevilla, y tampoco ignora la parte correspondiente á Toledo. Pasaremos, pues, á referir lo que ignora.

En este lugar hemos creído conveniente ocuparnos de las hazañas del Cid, separándonos completamente de la gran parte fabulo-

sa que algunos, desfigurando la historia, han intercalado en la verdadera.

Fué el Cid un insigne guerrero de muy probado valor y de un esfuerzo sin par; empero, en nuestro concepto, fué tambien un personaje anómalo, de muy dudosa fidelidad, muy ambicioso y no poco avaro. Uno de sus primeros hechos es un negro y feo borron que mancha su gloriosa historia: hablamos del consejo que diera á Sancho II el Fuerte, y solo recordaremos al lector lo ocurrido despues de la batalla de Golpejar.

Por cierto que no comprendemos cómo fué el Cid el único caballero castellano que se atrevió á tomar á Alfonso VI el célebre juramento formulado en Santa Gadea. No sabemos explicarnos, seguramente, cómo tuvo ánimo para dirigirse al magnánimo Alfonso en los términos que lo hizo, aquel mismo guerrero cuyo innoble pensamiento y pérfido consejo habian sido causa de que saltase de las sienas del mismo rey á quien tomaba juramento, la veneranda y temida corona de Leon arrastrada por los torrentes de sangre de muchos nobles y valientes leoneses, que dormian tranquilos bajo la salvaguardia de su buena fé, no pudiendo imaginar que los mismos guerreros á quienes habian perdonado poco antes la vida, dóciles al mandato de su benigno y humano monarca, se convirtiesen de pronto en sus implacables y sangrientos verdugos, instigados por un guerrero, valiente sin duda, pero que fué capaz de olvidar que ceñia espada y calzaba las espuelas de caballero. Despues de considerar todo esto, para nosotros la accion del Cid en Santa Gadea no fué un rasgo de noble valor castellano; solo fué un inaudito atrevimiento, tan inusitado y grande como fué la paciencia del rey que habia sufrido todas las consecuencias de la negra traicion de Golpejar, y que si habia conservado la vida lo debia únicamente á una especial providencia del cielo.

Algunos suponen que Alfonso VI jamás olvidó el consejo dado por el Cid á Sancho II de Castilla, ni tampoco el precitado juramento: no nos parece extraño: lo contrario si lo seria mucho. Sin embargo, le admitió á su servicio; y si en diversas ocasiones le acogió y le apartó de su lado, esta inconsecuencia quizá tendria su origen en la misma inconsecuencia del Cid.

Dijimos no hace mucho que este famoso personaje fué ambicioso y avaro. Estas palabras pudieran parecer impremeditadas y acaso temerarias: los hechos dirán despues si hemos procedido ligeramente al emitir nuestra humilde opinion. Lo único incontestable en el Cid es el valor; de lo demás, podrá decidir el lector muy en breve.

Cuando Alfonso VI desterró al célebre personaje de que nos venimos ocupando, no fué este á buscar al rey de Navarra ni al con-

de de Barcelona para servir bajo sus gloriosas banderas, no: comenzó á hacer la guerra por su cuenta; y poco despues se declaró aliado del emir Al-Mutamin, que reinaba en Zaragoza, llevando sus armas en favor de este, y contra un principe cristiano, Sancho Ramirez. Diráse que este tenia hecha alianza con Al-Mondhir, hermano de Al-Mutamin, emir de Lérida, Denia y Tortosa; empero aun siendo así, el Cid con sus secuaces iba á cruzar sus armas con cristianos, y á derramar la sangre de los españoles, como sucedió en Monzon.

En seguida le vemos auxiliando al emir su aliado en la reedificacion del castillo de Almenara, cercano á Lérida, para fortificarle contra cristianos y españoles; y como en otro lugar hemos visto, le sitiaron el conde de Barcelona, auxiliado por los señores del Ampurdan y del Rosellon, por los condes de Urgel y de Cerdaña, y por otros guerreros.

La fortaleza estaba ya para ser conquistada, y sus defensores en el último trance; mas da aviso el agareno al Cid, que á la sazón se hallaba en el castillo de Escarps: viene; procura ganar con dinero á los sitiadores; no lo consigue, ataca á sus enemigos, los cristianos y españoles; hace mil destrozos; acuchilla y aprisiona á Berenguer Ramon, conde de Barcelona, quien no estaba aliado con moros: el Cid entonces, por consecuencia, acuchilló y persiguió solamente á los hijos de su propia patria, á los españoles, cuyo destrozo valió al Cid riquísimos dones y magníficas alhajas que le dió su favorecido Al-Mutamin, mahometano y perpétuo enemigo de los compatriotas del Cid (1081). Este desde aquel dia fué el verdadero árbitro de la voluntad del emir; y algun autor moderno, erudito é ilustrado como pocos, tratando de este suceso, y hablando del mismo personaje, dice: «le dió más autoridad (Al-Mutamin) que á su propio hijo, de suerte que era el Cid como el señor de todas las tierras pertenecientes al reino de Zaragoza.» El santo amor patrio no pudo obrar en él, ni menos un deber que no pudo tener nunca, respecto de un soberano de quien ni por su religion ni por su patria era súbdito; luego si no fué el móvil que le hiciera obrar la ambicion ó la avaricia, no comprendemos cuál pudo ser: si acaso nos dicen que el deseo de gloria le impulsó á derramar la sangre de sus compatriotas en Almenara, fué tan funesta como poco envidiable su gloria.

Poco tiempo habia trascurrido cuando comenzó á agitarse la discordia y á levantar la cabeza la sedicion, hasta que llegado el año 1083 se rebeló el wálí de Roda, llamado Albofalac, contra el emir de Zaragoza. La rebelion tuvo por objeto el deponer del trono á Al-Mutamin, para elevar á su tio, conocido por Almdhaffar.

No faltó quien tomase parte por Al-Mutamin, separándose de

los rebeldes, especialmente la guarnicion; y Almudhaffar viendo claramente que iba á vencer Al-Mutamin, pidió auxilio á Castilla; el rey le mandó una hueste auxiliar, acaudillada por su primo Ramiro, principe de Navarra, y por el célebre conde Gonzalo Salvadores, que fué apellidado *Cuatro-Manos*, como en otro tiempo Sancho el Mayor de Navarra; y aun se dice que instando despues Almudhaffar para que fuese personalmente el rey Alfonso, este fué tambien (1085). Así debió de ser, por lo que sucedió no mucho despues.

La ambicion de Almudhaffar terminó con su muerte; y no queriendo por esto rendirse Albofalac al rey de Zaragoza de quien no debía esperar piedad, propuso al infante Ramiro la entrega de la plaza: al menos debía creerse por sus palabras y diligencias que preferia entregarse á los cristianos, en la alternativa de hacerlo á estos ó á los soldados de Al-Mutamin.

El rey Alfonso habia permanecido en Roda algun tiempo; mas ya habia marchado, y Albofalac puso la condicion de que fuese el mismo rey á posesionarse de la rendida ó entregada plaza. Oyó Alfonso la proposicion, y como muy conoedor que era de la innata falsia que en general abrigaban los árabes, mandó fuese delante de él un cuerpo avanzado de exploradores á reconocer el terreno; porque no sabia darse cuenta á sí mismo del recelo que en su corazon tenia, quizá á consecuencia de la accion de Albofalac, al parecer tan generosa como voluntaria é increíble.

Tal como el rey lo habia imaginado, así sucedió: el infame y pérfido moro dispuso que al acercarse las tropas cristianas á las murallas, dejasen caer sobre ellas una espesa nube de saetas, piedras y otros proyectiles ú objetos arrojados, haciendo grande destrozo en los confiados cristianos, á quienes hubiera estado no mal empleado este y otros análogos desengaños que muy á su costa recibieron de los engañadores hijos de Mahoma, si hubieran servido para que se corrigiesen y dejasen de ser aliados y de socorrer en sus cuitas á sus enemigos naturales, cuya destruccion completa significaba para España restauracion gloriosa.

Este fué el pago que recibieron los generosos castellanos por ir á socorrer á los moros; ó mejor dicho, á un moro que si no habia sido capaz de guardar la debida fidelidad á su señor natural, menos la guardaria á un extraño. Fué lo peor de aquel impensado desastre la muerte del famoso conde Salvadores, á quien aplastó una gran piedra de las arrojadas desde las murallas (1084).

El rey, á pesar de que desconfiaba de la generosa oferta del villano Albofalac, recibió gran sorpresa y no pequeña pesadumbre al saber la muerte del esforzado conde Gonzalez. Dicese que el Cid estaba en Tudela, y al saber la traicion del falaz moro, fué á encontrarse con el rey para ofrecerle sus servicios.

Agradeciérselo Alfonso mucho; *le recibió benévolamente*; le propuso siguiese en su compañía para volver á Castilla, y el Cid aceptó; empero al momento se apartó del rey, sin que se sepa el motivo. Dicen los apasionados de este personaje que lo hizo así porque no tardó en penetrar que aun subsistia en el ánimo del rey la antigua desfavorable prevencion; mas no nos manifiestan ningun dato fijo en que pueda basarse sólidamente semejante suposicion. Cierto es que no le faltaban á Alfonso poderosísimas razones para tener eternamente fijo en su imaginacion el recuerdo de Golpejar y de Santa Gadea; recuerdos que, en más modernos é ilustrados tiempos, quizá hubieran costado la cabeza al Cid. El que conozca á fondo el dulce y humano carácter de Alfonso, del cual es una pequeña muestra su benignidad con los fugitivos en la tantas veces citada batalla, no creerá fácilmente que acogiese y llamase al Cid una y otra vez para demostrarle su inextinguible odio á las pocas horas: esto era muy ageno del carácter noble, franco y veraz de Alfonso VI; del honrado caballero leonés, que prefirió exponer su libertad, su vida y su corona, antes que faltar á la honradez y ser un ingrato con Al-Mamun, su favorecedor.

Nosotros, á nuestra vez, creemos que el Cid, á fuer de valeroso castellano, desearia estar en Castilla, y buscaba las ocasiones de realizar su deseo; mas la ulcerada conciencia le recordaria los campos de Golpejar; la vista del rey le seria forzosamente siniestra y de mal agüero; y no pudiendo borrar lo antes hecho, huiria de ver á aquel mismo soberano para quien tan cruel y sanguinario habia sido. El exceso de su fiel cariño á Sancho el Fuerte pudo ser el que le inspiró la negra é infame accion; pero no dudamos que muerto este, á precio de alguna parte de su sangre, hubiera redimido el Cid la fea nota que sobre sí llevaba. Además, el Cid poseía un carácter novelesco y aventurero; habia probado á ser caudillo independiente, y difícilmente podia ya sujetarse á nadie.

¿Á dónde fué el Cid cuando, sin que se sepa el verdadero motivo, se separó del monarca de Castilla y de Leon, casi al momento de haberse reunido á él? Otra vez á favorecer á Al-Mutamin, en cuyo auxilio y por cuyo mandato hizo diversas incursiones por el territorio aragonés, en las cuales destruyó, taló y destrozó cuanto encontró á la mano.

Poco despues le vemos otra vez peleando contra Sancho Ramirez, aliado de Al-Mondhir, siendo por último del Cid la victoria, el cual regresó triunfalmente á Zaragoza victoreado por la morisma su favorecida, y cargado de botin y de despojos. Mas antes que nos acerquemos á tratar de Valencia, que fué el verdadero teatro de las grandes hazañas del Cid, en donde más á las claras manifestó su ambicion y avaricia, y en donde, por último, demostró de evidente

manera que no admitia agena dependencia, debemos ocuparnos de los almoravides, para seguir el órden cronológico de los sucesos.

En otro lugar hemos tratado de lo pesaroso que llegó á estar Ebn-Abed Al-Motamid, rey moro de Sevilla, de haber dejado que Alfonso VI se engrandeciese tanto: dijimos tambien su determinacion respecto de llamar en su auxilio á los almoravides, contra el expreso mandato de su moribundo padre y los consejos de su jóven y prudente hijo; réstanos, pues, solamente dar una ligera idea de los nuevos invasores, que llamados como auxiliares, habian de llegar, y no muy tarde, á dominar á los dominadores.

El caudillo de los almoravides llamábase Yussuf-ben-Tachfin; era de la tribu de Zanaga, y procedia de los desiertos de la antigua Gextulia: su origen era humilde: era hijo de un alfarero, pobre entre los de su oficio, y segun refieren, era atezado, de un moreno brillante y lustroso; de estatura regular, más bien elevada que pequeña, y poco fornido; eran sus ojos negros, vivos y de penetrante mirada, y su nariz perfectamente aguileña. Respecto de su retrato moral, dicese que era severo, austero y grave, dotado de gran prudencia; poco afecto á los placeres, modesto y aun humilde en el vestir; muy sóbrio y parco en el uso de los alimentos; afable con todos, y tan liberal que casi rayaba en pródigo.

La desmesurada ambicion oscurecia todas sus buenas prendas; y acaso aquella habria tenido su origen en el horóscopo que le habia anunciado la posesion de un vasto imperio. Su gran valor y buenas prendas le habian hecho caudillo de su tribu; y sus primeros hechos se redujeron á dominar otras varias árabes de las más inmediatas á la suya.

Animado con el éxito de sus primeras tentativas, determinó ensanchar el reducido círculo de sus operaciones guerreras; fijó sus miras en el reino de Fez, y acaudillando ochenta mil combatientes que pudo reunir por efecto de una convocatoria general hecha á todas las tribus que le estaban sometidas, emprendió su conquista arrollando cuanto á su veloz carrera se oponia, y muy poco tardó en posesionarse de la capital. De allí pasó á Tlemcen, y despues de conquistar la entera provincia hasta Argel, regresó á Agmat, de donde partiera para edificar la capital de su imperio (hoy es Marruecos).

Sabidos estos antecedentes, dicho se está si despreciaría Yussuf la carta de Al-Motamid. Consultó, sin embargo, y su alkatib le aconsejó considerara mucho la empresa que iba á acometer, dándole fuertes razones á fin de convencerle de que era árdua y expuesta. Sin embargo, lisonjeó á Yussuf demasiado la propuesta del emir de Sevilla, para que despreciase la invitacion.

Contestó, pues, Yussuf que daria gustoso el pedido auxilio; pero

que no podría verificarlo hasta que el emir ya citado pudiese en poder de aquel la *Isla Verde* (segun en el primer tomo dejamos dicho, era Algeciras, llamada por los árabes *Alghezirah Alhadra, Isla Verde*), que era la llave para entrar y salir libre y franca-mente en España.

Raschid, hijo de Al-Motamid, se afirmó en sus temores con la peticion de Yussuf; empero el emir estaba ciego, porque debia cumplirse su destino; por esto, sin duda, no se limitó á poner la *Isla Verde* á disposicion de Yussuf, sino que yendo más allá de lo que abiertamente le habia este pedido, hizo Al-Motamid una solemne y completa donacion de Algeciras en favor del emperador de Marruecos, de sus hijos y sucesores. No contento con esto, pasó el emir personalmente á Africa para informar á Yussuf verbalmente; y este, por fin, llegó á Ceuta con muchísimas naves y acaudillando tal ejército que, segun la crónica, «solo su Criador podría contar la gente que le seguia.»

No tardó el nuevo invasor en desembarcar en *Isla Verde*, que era ya propiedad suya (30 de Junio de 1086), y allí le esperaba el rey moro de Sevilla para recibirle solemnemente, acompañado de casi todos los emires de España; y despues de celebrar un largo consejo en el mismo dia del arribo, comenzó Yussuf por hacer recomponer las murallas de la ciudad, abrir profundos fosos y edificar varias torres para defensa de aquella.

En tanto que Yussuf y su innumerable hueste se internaban en España, en direccion de Sevilla, y Al-Motamid le precedia para preparar los alojamientos y festejos, Alfonso VI proponia una alianza á D. Sancho de Aragon y al conde Berenguer de Barcelona; y mientras la expresada alianza se solemnizaba, llegaba el invasor á Sevilla acompañado de los emires, cada uno seguido de su ejército: por manera que era una asombrosa muchedumbre, un increíble y fabuloso número de guerreros el que rodeaba la perla del reino de Al-Motamid y llenaba sus magníficos campos y pintorescas vegas.

Ya conoce el lector el terrible y sangriento combate de Zalaca, muy parecido al del Guadalete, de funesta memoria; y sabe asimismo que la fatal noticia para Yussuf de la prematura muerte de su primogénito no le dejó gozar de las dulzuras del triunfo, y le obligó á regresar inmediatamente á su imperio de Africa.

Despues tuvo lugar el choque entre el Cid, que apenas llevaba algunos centenares de guerreros, triplicados empero por su inmenso valor, y que parapetados unos y en campo abierto otros, vencieron y pusieron en fuga al rey de Sevilla, diezmando el ejército que le seguia: algunos autores afirman que Al-Motamid llevaba cerca de cuarenta mil hombres, y que entre muertos, dispersos, prisioneros y heridos, perdió la mitad de aquella fuerza. Gran des-

trozo debió hacer el Cid en la hueste sevillana, cuando el rey tuvo que escapar á toda brida y refugiarse en Lorca. Fué realmente el Cid un verdadero rayo de la guerra, y no es esta la vez primera que nos complacemos en tributarle merecidos elogios como hombre esforzado y valeroso, así como nos sería muy satisfactorio el poder hacer lo mismo respecto de su conducta como caballero y como súbdito del rey de Castilla.

Dicen algunos autores que no estuvo el *Campeador* en la defensa de Aledo: manifiestan, por el contrario, que habiendo vuelto el Cid á la gracia de Alfonso VI á consecuencia de su admirable victoria sobre las huestes del rey de Sevilla, después de la desastrosa derrota de Zalaca, se indispuso de nuevo con él porque no acudió tan pronto como el rey le mandó á socorrer á los de Aledo.

A pesar de esto, nosotros, conformándonos con lo que respetables escritores afirman como seguro, hemos consignado en el debido lugar que el Cid defendió el castillo de Aledo. Consta que este valeroso caudillo, después de la derrota de Al-Motamid, se apoderó de la ya citada fortaleza; y aunque poco después le colocan algunos obrando ya en Valencia sus grandes hazañas, parece improbable que habiendo ocurrido tan pronto el memorable sitio, abandonase el Cid á sus esforzados guerreros; y no lo parece menos el que estos se sostoviesen de la manera que en su lugar hemos manifestado, y contra tan fabulosas fuerzas enemigas, sin tener á su frente un gran caudillo; no un caudillo vulgar ni aun simplemente bueno. De un modo ó de otro, la famosa defensa de Aledo es punto que está fuera de toda duda.

Con la ausencia del supremo caudillo de los almoravides ganaban mucho terreno los cristianos; porque Abu-Bekr, lugarteniente de aquel, aunque hombre notable entre los suyos por la inteligencia y por el valor, no podía reemplazar digna y completamente á Yussuf. Al-Motamid en tanto, apesadumbrado á causa de los citados progresos, escribió largamente á Yussuf manifestándole cuanto ocurría, y lo necesaria que era en España su presencia; pero que si no podía regresar pronto, le rogaba le diese á él el mando en su ausencia, puesto que Abu-Bekr no entendía la especial clase de guerra que era forzoso hacer en España.

No llegó la respuesta tan pronto como el impaciente Al-Motamid deseaba; y sin detenerse se dirigió á Marruecos á pedir contestación personalmente. El falaz y versátil Al-Motamid estaba ya pesaroso de lo que había hecho: no solo su hijo, otros árabes prudentes y hombres de grande experiencia, le aconsejaban pensase la manera de remediar el mal que le amenazaba y que él mismo se había buscado.

El rey de Sevilla, que de suyo era ligero en sus amistades, pen-

samientos y deseos, queria remediar, en efecto, lo que tan impremeditadamente habia puesto por obra; y bajo el plausible pretexto antes indicado, manifestó á Yussuf era indispensable relevase á Abu-Bekr, que desconocia por completo el país en que guerrea, y en su lugar pusiese á quien le conociese perfectamente, como le sucedia á él mismo, que habia estado en España toda su vida y haciendo la guerra casi siempre.

El sagaz y ambicioso Yussuf comprendió perfectamente cuál era el blanco á donde dirigia Al-Motamid sus tiros; por lo mismo le contestó con la s3lita afabilidad, que podia regresar á España muy tranquilo, seguro de que muy pronto estaria él á la cabeza de las tropas.

Volvió el rey de Sevilla disgustado (1088), y no tardó mucho Yussuf en llegar á Algeciras. Sin embargo, como el sevillano tenia más temor que ánimo, determinó no mudar de conducta respecto del emir de Africa; y en prueba de adhesion y respeto esperó á Yussuf al desembarcar este con todo género de provisiones, llevadas en mil camellos, mil doscientas acémilas y ochocientos carros.

Entonces fué cuando el africano proclamó la guerra santa, é invitó á tomar parte en ella á todos los emires de España: entonces fué tambien cuando se dirigieron á la fortaleza de Aledo, segun en su lugar hemos dicho; y entonces fué, por último, cuando los heroicos y escasos defensores de aquella supieron hacerse inmortales. Tambien sabe el lector que despues de sufrir Yussuf este bochornoso desengaño, se embarcó nuevamente para Africa, siendo el único hecho de armas que puso por obra despues de su regreso, á pesar de haber proclamado la guerra santa.

Terminada la memorable y heroica defensa de Aledo, continuó el Cid su aventurera vida, y escogió á Valencia como teatro de sus glorias, en donde reinaba Yahia Alkadir-ben-Al-Mamun, á quien Alfonso VI habia quitado el trono de Toledo.

Su reinado no era feliz, ni para él, ni para su pueblo: para él, porque era aborrecido; y para este, porque estaba oprimido y vejado: Al-Mondhir, el emir de Lérida, Tortosa y Denia, tenia echadas sus miras sobre Valencia, y ya poseia á Játiva, cuyo wali, faltando á su deber y á su soberano Yahia, habia entregado la ciudad al precipitado emir de Lérida. El padre de Yahia habia usurpado el reino á su legitimo poseedor entre los árabes, y las usurpaciones se consuman, pero jamás se perpetúan.

Continuamente se alteraba el órden en la bella ciudad; y si el rey no habia ya descendido del s3llo, lo debia únicamente á que estaba protegido por tropas de Castilla, acaudilladas por el valeroso Alvar Fañez, á sueldo por Yahia. Llamó Alfonso VI á Castilla al expresado jefe, y el rey moro, viéndose destituido de la única defensa con que contaba, estipuló una alianza con los almoravides, que á

no mediar el Cid, hubiera sido igual á entregarse á un enemigo: esto en cuanto al pueblo; respecto del desgraciado Yahia, su suerte estaba echada, y todo era igual para él. El infortunado, en todas partes encuentra su ruina, y á todos los halla enemigos, por mucho que calcule y medite lo que ha de hacer.

Estos sucesos coincidieron casi con la derrota que sufrieron los almoravides en Murcia, en la que fué el Cid el protagonista: por consecuencia, la alianza que hiciera Yahia, quedó reducida á la nulidad. Al-Mondhir, el de Lérida, no quiso desaprovechar la ocasion que anhelante buscaba, y apresuradamente se dirigió á Valencia con respetable ejército: Yahia, que vió derrumbarse su trono, pidió socorro á Alfonso VI y á Almostain, emir de Zaragoza, hijo y sucesor de Al-Mutamin, y sobrino de Al-Mondhir, que estaba, como su padre, estrechamente unido por los lazos de la amistad y por una firmada alianza con el Cid.

Aquí comienza el papel de hábil político que algunos quieren conceder á Rodrigo Diaz de Vivar; y si la habilidad política consiste en la conducta que el Cid observó, prometiendo á todos, obrando con tino y sagacidad, y terminando por engañar tambien á todos, funesta habilidad se necesita para ser buen político; porque ha de estar completamente divorciada del caballero y del hombre honrado. Llegó la ocasion de probar claramente si el Cid fué ó no ambicioso y avaro.

Almostain, emir de Zaragoza, dió al Cid el encargo de *conquistar* á Valencia, no de pasar á socorrer al infortunado Yahia, á condicion de que para el verdadero conquistador serian los despojos, el botin, en una palabra; y la ciudad para el emir. Aquí se ve ya una manifiesta mala fé y una arteria indigna. Vemos á dos hombres, poderoso cada uno en su línea, que prevaliéndose de las aciagas circunstancias del emir de Valencia, se aunan para acabar de perderle, precisamente cuando este hombre, que no los cree capaces de abusar de su triste posicion y de la franqueza con que se la manifiesta, les pide acongojado auxilios y socorro.

Sabedor Al-Mondhir de que se acerca su sobrino con un fuerte ejército, apoyado por la temida hueste del temible Cid, levanta apresuradamente el sitio. Entran Almostain y el Cid en Valencia sin la menor oposicion; Yahia regocijado los da mil parabienes por su feliz llegada, y sentidas y cordiales gracias por el gran favor que recientemente le han hecho; y estos dos hombres, cada vez más firmes en su propósito de destronarle y perderle, admiten las gracias del enternecido y aun atribulado rey, y continúan dándole confianza y manifestándose sus aliados. Aquí comienza el Cid á desplegar su funesta y punible política, que así la llamaremos, para conformarnos con el parecer de los que así la denominan.

Pasados los primeros momentos despues de terminada la entrevista con Yahia, Almostain hizo presente al Cid habia llegado el momento de realizar su compromiso, auxiliándole en la empresa de conquistar á Valencia. Rodrigo, para no ponerse en contradiccion consigo mismo, no trató de negar que en efecto habia hecho la promesa; empero buscó un medio de combinar los extremos, y contestó al emir de Zaragoza que despues de haber considerado el proyecto, no le parecia posible el ponerle por obra; porque á Yahia podia considerársele como súbdito del rey de Castilla, como soberano tributario de este. «Siendo así, añadió, y siendo yo igualmente »súbdito de Alfonso VI, si arrebato á Yahia la ciudad, es igual »á quitársela á mi rey.»

De esta manera daba largas á las pretensiones del emir de Zaragoza; tranquilizaba al de Valencia, y daba confianza al rey de Castilla, á quien aseguraba y protestaba su adhesion y obediencia, manifestándole que se tenia por su vasallo, aunque acaudillaba un ejército que nada le costaba al rey; que todas sus acciones se dirigian á debilitar las fuerzas militares de los moros, y que solo trataba de servirle y de pelear en su favor, para someter aquel país, y entregársele sujeto y rendido. Esta era la política habilidad del Cid, que sin vacilar calificamos de infernal.

Llegó por fin el caso de que este hombre, valeroso como pocos, diese á entender á Almostain de muy ostensible manera que en todo pensaba, menos en realizar su contraido compromiso. El Cid comenzó á hacer sus destructoras correrías por el territorio valenciano; los musulimes estaban atemorizados, y el emir de Zaragoza buscó la alianza de Berenguer el Fratricida, el cual, en virtud de aquella, puso sitio á Valencia aprovechando la ausencia del Cid, que se habia dirigido á tratar de la conquista de aquella ciudad con Alfonso VI. ¿Cómo no habia de tener este monarca completa confianza en las intenciones que tan bien aparentaba el Cid?

Terminada la conferencia volvió Rodrigo con su hueste al territorio valenciano, y el conde de Cataluña, sin esperar su llegada, levantó el sitio; mas ambos ejércitos se vieron, puesto que, segun se asegura, los soldados catalanes dirigieron en su marcha no pocos insultos á los del Cid. Dícese que Rodrigo no quiso atacar al ejército que se ausentaba, por respeto ó consideracion á Berenguer, que era pariente de Alfonso VI. Se supone que este parentesco seria por alguna de las reinas que tuvo por esposas el rey de Castilla: no se sabe cuál; pero si es notorio que en diversas ocasiones peleó con Berenguer, y dos veces le hizo prisionero: acaso el supuesto respeto seria recelo; porque Rodrigo solo llevaba siete mil hombres, y la hueste catalana, que no esperaria por el temor de verse atacada por los de la ciudad, confiados en que el Cid

les auxiliaria desde fuera, era respectivamente muy numerosa.

Entró en Valencia Rodrigo, y siguió aparentando que estaba decidido en favor del emir, á quien prometió defender de cuantos le atacasen, fuesen cristianos ó mahometanos; y despues de haber establecido mutuas condiciones, salió el Cid á recorrer el país en favor de Yahia. Es muy difícil de calcular cuánto trabajaria entonces; baste asegurar que obligó á todos los turbulentos y rebeldes alcaides de los castillos de aquel país á que pagasen el debido y acostumbrado tributo al emir.

No pasó mucho tiempo sin que se disolviese como el humo la aparente union que poco antes existia entre Alfonso VI y el Cid. Se asegura que tuvo la ruptura su origen en una calumnia levantada á Rodrigo por sus enemigos: pudiera ser esto cierto; porque no le faltan nunca envidiosos al que por sus acciones sale de la esfera general de los demás hombres, ni es por cierto difícil el encontrar en los soberanos alguna facilidad para escuchar y creer á los que les rodean. Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que Alfonso revocó la concesion que habia hecho en favor del Cid de cuantas fortalezas quitara á los enemigos, y aun se asegura que puso en una prision á la esposa é hijos de aquel valeroso guerrero.

Rodrigo, no pudiendo resignarse á sufrir en silencio, reclamó por medio de un mensajero que llegó hasta el rey, el cual puso en libertad á la familia del Cid, con cuya determinacion no se dió este por satisfecho; y continuó haciendo verdaderos prodigios de valor y de arrojo. Despues de haberse posesionado de muchos fuertes y castillos, pasó hácia Cataluña, y no mucho despues puso sitio á Tortosa, habiendo antes talado todos los contornos, y posesionándose de Mora.

Para cortar los vuelos del Cid se aliaron y reunieron Almostain, emir de Zaragoza, y Al-Mondhir que lo era de Tortosa, antes enemigos al parecer irreconciliables, y el primero muy amigo de Rodrigo; y como si previesen que su union era insuficiente, hicieron entrar en la confederacion á Berenguer el Fratricida, el cual se acercó á Calamocha seguido de mucha gente de guerra. Aun no satisfechos, ni mucho menos seguros de sus fuerzas, los confederados, trataron con instancia de atraer á la confederacion á Alfonso VI; mas no lo pudieron conseguir. Esta es una nueva prueba de que jamás el rey de Castilla tuvo al Cid el ódio secreto, ó más ó menos disimulado, que algunos han supuesto. Las instancias del conde y de los emires se estrellaron en la firme decision del magnánimo monarca de Castilla y Leon, el cual no quiso llevar sus armas contra el Cid, ni facilitar ningun auxilio á los enemigos de este.

Nada arredrado el Campeador por la alianza de los dos moros enemigos y del conde Berenguer, no retrocedió un punto, aunque

estaba muy bien parapetado; mas como este le echase en cara, por medio de un mensajero que le llevó una carta, el haberse como encerrado entre montañas, el Cid le contestó que le esperaria en el llano, y así lo hizo en efecto. Entonces tuvo lugar la batalla de Tobar del Pinar, de la cual ya tiene el lector conocimiento, y entonces fué cuando Rodrigo consignó de su puño en la contestacion que diera á Berenguer, que no le habia atacado antes, ó en otras ocasiones, por respeto al rey de Castilla.

Sin duda el Cid habia olvidado los sucesos anteriores de su vida: no recordaba él, ó quizá lo olvidaron sus panegiristas, que más de diez años antes de verificarse la batalla de Tobar del Pinar, habiendo el conde Berenguer sitiado la fortaleza de Almenara, que estaba en poder de Al-Mutamin, este, desesperado de poder defenderla, llamó en su auxilio al Cid, su grande amigo, que se hallaba entre el Cinca y el Segre en el castillo de Escarps. El Cid acudió presuroso seguido de su hueste, y despues de varias negociaciones inútiles, atacó, degolló é hizo en los catalanes todo el destrozo que pudiera haber hecho el más encarnizado musulman, y tuvo la suerte además de hacer prisionero á Berenguer. Sin duda el respeto al rey de Castilla fué cosa moderna, porque en 1081 *no le tenia*; y las palabras que hemos visto nosotros puestas en boca del Cid no hablan de parentesco entre el rey y el conde, sino de respeto al soberano; y es muy extraño le demostrase más cuando más disgustado, y al parecer ofendido, estaba de Alfonso VI.

Despues de la batalla de Tobar, y de rescatado á peso de oro el conde de Barcelona, se estableció el tratado de paz entre este y el Cid. Al-Mondhir, el emir de Tortosa, sintió tan cordialmente la desgracia de Berenguer en la predicha batalla, que apesadumbrado y melancólico, sin levantar cabeza murió, dejando sus dominios á un hijo de tierna edad. El tutor del nuevo emir, ó mejor dicho, los tutores, pues uno quedó encargado de Denia, otro de Tortosa y otro de Játiva (todos procedentes de una misma familia ó linage), desearon aliarse con Rodrigo; porque en aquellos paises era forzoso estar seguros de él si se queria vivir tranquilo. Por entonces habia ya comenzado á desplegar este, por otra parte insigne guerrero, su avaricia: por esto al acceder á la solicitud de los Beni-Betyr, tutores del hijo de Al-Mondhir, exigió el Cid en pago le entregasen cada año cincuenta mil dinares; y ya entonces cobraba doce mil del emir de Valencia; diez mil, del de Alpuente; seis mil, del de Segorbe; seis mil, del de Murviedro; del de Jérica, cuatro mil; y tres mil del de Almenara: *noventa y un mil dinares* percibia en total y anualmente el Cid.

Recordará el lector que á consecuencia de haberse estrellado los colosales esfuerzos de Yussuf y de los emires coligados con él con-

tra los valerosos defensores de la fortaleza de Aledo, al mismo tiempo que se sublevó en el campo agareno el ejército de Murcia, que llegaba por retaguardia Alfonso VI, y se decía iban también á acometer por vanguardia los cristianos de Afranc, el ejército mahometano se disolvió, y Yussuf repasó el Estrecho.

Durante esta segunda ausencia del supremo jefe de los almoravides, su lugarteniente Seir-ben-Abu-Bekr gobernaba con inteligencia y valor; empero tenia que habérselas simultáneamente con los guerreros cristianos que denodadamente atacaban las fronteras de los agarenos, y con la guerra sorda y continua de los moros andaluces; porque Al-Motamid estaba cada dia más pesaroso de haber atado á su cuello un pesado yugo que no le era posible quebrantar por medio de la fuerza, y habia comenzado á apelar á la astucia é intriga, agitando disimuladamente las masas á fin de que no dieran reposo al caudillo africano, sin que apareciera él como el principal motor de toda escision y del diario y continuo disgusto.

Abu-Bekr estaba ya, puede decirse, cansado de luchar con las discordias intestinas y civiles, más aun que de batirse con sus enemigos, y escribió á Yussuf de una manera apremiante y obligatoria, sin rebozo ni adulacion; y Yussuf determinó embarcarse y venir á España por tercera vez; pero decidido á presentarse tal cual era, á no ocultar sus verdaderas, únicas y antiguas intenciones, y á llevar á cabo sin consideracion alguna su proyecto (1090.)

Terrible fué el primer ímpetu de Yussuf: no se sabe cuál fué más pronto, si el desembarcar ó el estar junto á Toledo, en donde tuvo Alfonso VI que recluirse apresuradamente; y el africano no dejó espiga en el campo, ni planta ni árbol que no destrozase.

Reinaba por entonces en Granada Abdallah-ben-Balkin, moro sagaz y previsor que penetró antes que ninguno las intenciones del ambicioso Yussuf, tan perniciosas para los cristianos como para los musulmes; pero le sirvió de muy poco su prevision. Abandonando Yussuf la tierra de Toledo, se dirigió á Granada: llevaba en pos de sí innumerable hueste entre cuyos soldados se veian cuerpos de gomeles, zenetas, gazules y mazamudes; empero cuidó mucho de no invitar á ningun emir para que le acompañase en su militar expedicion.

Están discordes los autores respecto de la mayor ó menor dificultad que Yussuf encontró para posesionarse de la bellissima Granada; mas es lo cierto que de grado ó por fuerza se apoderó muy pronto de la magnífica ciudad, y aprisionó al emir y á su hermano, walí que era de Málaga, á quienes hizo marchar á Marruecos, y de donde jamás volvieron á salir, viviendo de una pension que les señaló el nuevo poseedor de Granada la magnífica.

Cada dia estaba Yussuf más complacido de haber encontrado

aquel verdadero paraíso; porque jamás cosa más bella y amena se había ofrecido á su vista. Sin embargo, tuvo necesidad de abandonarla, á fin de reunir los elementos que le eran absolutamente precisos para continuar una conquista que tenia bien meditada y mucho tiempo hacia resuelta. Con el expresado objeto salió de Granada en direccion de Tánger: Abu-Bekr, bien instruido por el ausente emir, se dirigió á Sevilla con la determinada intencion de arrebatársela al rey Al-Motamid, el que hizo venir á España á los almoravides, que recordó demasiado tarde las exhortaciones de su padre y los consejos de su hijo: por fin el padre ya no existia; pero dolia en el alma haber envuelto al hijo, á quien tanto queria, en su propia ruina.

Era Al-Motamid hombre de pronto ingenio y de sagacidad suma. Esto le hizo multiplicar los recursos con que contaba, pequeños con relacion á aquellos de que disponian sus enemigos. Sin embargo de todo lo antes dicho, el emir de Sevilla comenzó por perder á Jaen, cuya ciudad capituló con los invasores; con la de Ronda perdió á uno de sus hijos, traidora y villanamente asesinado, así como le quitaron otro de idéntica manera y por la misma mano, al perder á Córdoba; y, para concluir de una vez, una á una le fueron quitando todas sus plazas, inclusa Carmona, ciudad que tomó por asalto Abu-Bekr en persona.

¡Cuál sería la desesperacion de Al-Motamid al ver reducido su vasto y hermoso reino á la ciudad de Sevilla, al convencerse de que no era posible defenderla, y al recordar que él mismo habia causado su perdicion!

Este es un nuevo rasgo que ostensiblemente prueba lo que siempre pudo esperarse de cuantos vinieron de allende el Estrecho, por muy dotados que estuviesen de algunas buenas cualidades. La infamia de Yussuf era imperdonable; mas debe creerse fué el brazo escogido por la Providencia, á fin de que no faltase entonces, como nunca faltó, ni jamás faltará, la infalible y justa ley de la expiacion. Los ayes del moribundo que espira entre dolores y que pide á Dios el justo castigo de su opresor, llegan seguramente al cielo, quien siempre hace al oprimido la justicia que los hombres le niegan. Si el lector recuerda la infamia con que le fué arrebatada Córdoba al emir engañado, vendido y destronado por la familia de Al-Motamid, hijo del usurpador y actor él mismo en la artera é infoca usurpacion, solo verá en Yussuf el brazo de un ambicioso, que sin saberlo realiza la justa y equitativa expiacion de un horrendo crimen.

Entonces fué cuando el falaz y pérfido Al-Motamid, viéndose hundido en el polvo, pidió auxilio á Alfonso VI, contra quien hizo venir de Africa á los almoravides; entonces fué tambien cuando

este bondadoso monarca accedió á la humildé súplica del en otro tiempo arrogante y altivo rey de Sevilla, y entonces fué, por último, cuando el ejército cristiano sufrió la derrota en Almodóvar, que costó, empero, á los almoravides muchísima sangre.

Este terrible y último golpe concluyó con el reino de Al-Motamid, el cual tuvo necesidad de capitular con Seir-Abu-Bekr (mes de Setiembre de 1091). El destronado emir se embarcó con destino á Agmat, en Marruecos, acompañado de toda su familia, haciendo una trístisima despedida á su querida patria que no esperaba ya ver jamás. El villano Yussuf completó su obra haciendo llevar á su víctima una existencia miserable y dolorosa: sus bellísimas hijas encubrian sus delicadas carnes con indecentes harapos, y el mismo Al-Motamid murió en la más deplorable y desastrosa miseria. Cúmpliése la maldicion del moribundo Abdelmelik, hijo de Ben-Gehwar, destronado por Al-Motadhi y por Al-Motamid su hijo. Aprendan este funesto y doloroso ejemplo los que esperan salvarse pidiendo socorro á los extranjeros.

Destruído completamente el poder del emir más temible, la conquista de la España árabe no oponia mucha dificultad; de ella se posesionó el ejército de Yussuf, incluso las islas Baleares (1092).

Hallábase el Cid ocupado en el sitio de Liria cuando una rara circunstancia hizo que el célebre castellano volviese á incorporarse con el ejército de Alfonso VI; empero esta nueva union fué de tan efímera duracion como lo habian sido las anteriores, achacando la culpa al rey, que receló de los movimientos militares del Cid. Este, que, segun algunos, fué reprendido por el mismo soberano, durante la noche abandonó el campo y regresó á Valencia.

Hemos observado en algunos un decidido empeño en culpar al rey de Castilla de cuantos cambios sugirió al Cid su voluble voluntad: nosotros, concretándonos al hecho de que nos venimos ocupando, debemos consignar aquí que Alfonso VI proyectaba una expedicion contra los almoravides, y que su esposa la reina Constanza llamó al Cid, á fin de que ayudase al soberano en la ejecucion de la ardua empresa. El Cid, como caballero y galante, no pudo desentenderse de complacer á la reina; mas no pudo sobreponerse á su vehemente deseo de continuar su obra comenzada en Valencia, y de la cual tanto debía esperar; y aprovechó el primero y más plausible motivo que á la mano encontró. No seria aquel tan justificado y notable, cuando gran parte de sus soldados, que siempre le habian sido fieles, no le siguieron, y prefirieron quedarse formando parte del campamento real; lo que de ningun modo hubiera sucedido si su valeroso caudillo hubiera recibido un verdadero desaire, el cual naturalmente habria alcanzado á todos sus subordinados, y con él ofendidos, con él tambien se hubieran ausentado.

Vuelto Rodrigo á Valencia encontró á Yahia Alkadir gravemente enfermo, y comenzó á suplirle, reinando por él; empero no estuvo en la ciudad mucho tiempo tranquilo, y no habia pasado mucho cuando recibió aviso de Almostain, emir de Zaragoza, el cual le pedia auxilio contra Sancho Ramirez, rey de Aragon.

Caminaba el Cid hácia Borja, á la cual pensaba atacar; y abandonando su idea primitiva se dirigió á Zaragoza en favor del emir y en contra del rey cristiano, el cual propuso la paz al Campeador y este la aceptó *bajo la expresa condicion de que Sancho no volveria á atacar al precitado emir*. Digasenos si representa digno papel un guerrero tan noble y valeroso como el Cid, siempre en guerra contra principes españoles como él, y como él cristianos, y protegiendo siempre á los naturales enemigos de su patria y su ley, que reclamaban su fuerte brazo y heróico valor.

Despues pasó el Campeador á la Rioja, en donde se apoderó de varias plazas, inclusa Logroño, mientras que el rey Alfonso sitiaba á Valencia; mas este tuvo que levantar el sitio á consecuencia de la desunion del ejército, en el cual iban tropas auxiliares extrangeras, de Génova y Pisa.

Al mismo tiempo habian ido ganando terreno los almoravides, que ya poseian diversas ciudades de Murcia. Aprovechando el general desórden de Valencia, que se hallaba sin cabeza y sin freno á causa de la mala salud y débil carácter de Yahia, surgió intempestivamente una sedicion preparada por el mismo cadí de Valencia, el cual determinó suplantar á Yahia. Este hombre, más necio é imprevisor que Al-Motamid, cuyo triste ejemplo y fin debió recordar entonces, facilitó á los almoravides la entrada en Valencia. Viéndose el desventurado Yahia próximo á quedar prisionero, fué tan poco decoroso en su fin, como lo habia sido durante toda su vida: se disfrazó de mujer y se refugió entre sus concubinas; mas fué por su desgracia conocido y asesinado por el infame Ben-Gehaf, el cadí de Valencia, quien sin rebozo ocupó el sólio, ofreciendo la ciudad el ridículo y raro espectáculo de tener un rey, siquiera fuese intruso, á quien consentia el usar las insignias y rodearse de toda la pompa real, al mismo tiempo que sin hacer de él caso alguno la ciudad, se gobernaba por un senado ó asamblea, á manera de república (1092).

No tardó mucho en llegar al Cid la noticia del desastroso fin de Yahia; y no es fácil saber hasta qué punto le seria sensible. Ello es cierto que el asesinado emir era un viviente obstáculo para los ulteriores proyectos del Cid, el cual no pudiendo romper abiertamente con Yahia, estaba obligado á mantener esa política dudosa, acomodaticia y, sirviéndonos de una expresion vulgar, de tira y afloja.

No dejaba el sacrificado Yahia de tener sus partidarios en la ciu-

dad, y avisado por ellos Rodrigo, abandonó el territorio Zaragozano y se acercó á Valencia. Entonces fué cuando el Cid desplegó todo su valor, toda su energia, y toda su pericia militar: habia llegado el momento; Almostain sabia que no podia contar con él; Yahia habia dejado de existir; solo esperaba el desenlace de aquel horroroso drama Alfonso VI, y el Campeador estaba decidido á jugar el todo por el todo.

Hemos dicho de Alfonso que esperaba el desenlace del horroroso drama; porque la conquista de Valencia fué muy cara de sangre y muy notable de acontecimientos desastrosos. Dos veces diariamente enviaba Rodrigo sus destructoras *algaras* (tropas de ginetes que robaban y destruian cuanto encontraban en el territorio enemigo); despues, no contento con dos, hacia que saliesen por la mañana, despues del medio dia, y al terminar la tarde. Mandó solamente exceptuar á los habitantes de la bella y feraz huerta; pero, á pesar de esto, es muy notorio que siempre volvian los soldados con frutos, ganados, prisioneros, y cargados de despojos.

Cierto dia el intruso soberano de Valencia (el cadí Ben-Gehaf) mandó al jefe de los almoravides que se hallaban en Denia, una buena parte de las alhajas y tesoro del asesinado Yahia Alkadir-Billah; mas como el Cid y los suyos estaban atentos siempre, y siempre vigilantes, aquellas riquezas pasaron á manos de Rodrigo.

Cada vez era más afflictiva la situacion de la ciudad: Ben-Gehaf solo tenia dispuestos trescientos buenos ginetes, que iban disminuyendo diariamente á consecuencia de las furiosas algaras; porque el Cid los miraba con aversion notable, puesto que contra su voluntad los mantenía él mismo. El cadí Ben-Gehaf se habia apoderado del mucho trigo que el Campeador habia dejado en Valencia cuando abandonó la ciudad en vida de Yahia, y al reclamarlo, despues de muerto este, le contestó Ben-Gehaf que el trigo habia sido robado; mas era sabido que mantenía con él á los trescientos escogidos ginetes.

Avanzó Rodrigo, despues de posesionarse de todas las fortalezas de aquel territorio, y fué su marcha memorable durante largo tiempo, y recordada como un atroz ejemplo de inusitada y cruel barbarie. El principal elemento de que hizo uso para adelantar en la conquista fué el destructor y pavoroso fuego: quemó las mieses, y las barcas del rio Guadalaviar, y los molinos, y las casas, y los pueblos enteros; todo cuanto se encontraba en la circunferencia de la ciudad, fué reducido á cenizas.

Si fueron generales el terror y la consternacion, no hay para qué decirlo; y es grande lástima, seguramente, que tanto y tan horrible desastre empañe la inmensurable gloria que el Cid adquirió como guerrero valeroso y entendido.



Innumerables almoravides y moros sin cuenta perecieron en la toma de la Aleudía, de la que el Cid se apoderó, no sin exposicion y grande dificultad, logrando que los moros de Valencia y los almoravides le pidieran la paz, con las condiciones que voluntariamente quisiera estipular. El Cid contestó que las pusieran ellos mismos á su placer, puesto que por su parte solo exigiria el que se alejasen de Valencia los almoravides; y esta fué la primera condicion; la segunda que Ben-Gehaf indemnizaria al Campeador de todo el trigo que se le habia quitado; que se le darian diez mil dinares cada mes, y que se le autorizaba para tener su ejército en la fortaleza de Cebolla, egregiamente defendida y fortificada por el mismo Cid.

A pesar de las condiciones de capitulacion, los almoravides obtenian cada día nuevos triunfos; se apoderaban de nuevas ciudades, y se aproximaban á la bella Valencia. Los ilusos valencianos, quizá porque los invasores seguian la misma secta que ellos, se regocijaban con los triunfos de las tropas de Yussuf, y como estos continuasen, no fué difícil el decidirlos á que corrieran nuevamente á las armas, y al mismo Ben-Gehaf á que declarase al Campeador la guerra.

Otro caudillo que no fuera el Cid, acaso hubiera sucumbido ignominiosamente; porque los almoravides estaban casi á la vista por el frente, y por retaguardia los valencianos, prontos y decididos á auxiliar á sus favorecedores. No era posible el que dudasen del vencimiento del Cid; mas él dió á entender hasta dónde llegaban su pericia, serenidad y arrojo.

El famoso guerrero habia de antemano hecho salir de madre el Guadalaviar para inundar la llanura; y como precisamente habia destruido los fuertes, el enemigo no tenia otro camino que una senda muy estrecha; y puesto el cielo de parte del Cid, comenzó á enviar sobre la tierra una copiosísima y fuerte lluvia que completó la obra: los almoravides, lejos de seguir su camino, retrocedieron temerosos: el Cid entonces avanzó sobre Valencia, á la cual puso un fuerte cerco, decidido á domarla por hambre (1093).

Muy pronto tuvieron lugar en la ciudad serias escisiones y tristes escenas, hijas del hambre asoladora que comenzaba á demostrar su fatídico y asolador poder. Existia en Valencia una familia poderosa que rivalizaba con Ben-Gehaf, la de los Beni-Tahir, que fué la primera á pagar el popular furor, puesto que echándolos culpas que seguramente no tenian, se los entregaron al Cid los ciudadanos queriendo sin duda aplacarle.

Ben-Gehaf, que no sin fundamento temió le sucediese lo mismo que á sus rivales, deseando asegurarse solicitó del Campeador una entrevista, y al realizarla se avino á todo, hasta á la humillante y ex-

puesta condicion de entregar su mismo hijo en rehenes. ¡El desgraciado ignoraba que no le era posible el huir de su fatal y horrible destino!

Tristes y repugnantes escenas tuvieron lugar en los dias subsiguientes, durante los cuales agotaron los valencianos las bestias de carga, los animales domésticos, los más inmundos objetos, y aprovechando toda ocasion, aun con inminente riesgo de la vida, se escapaban los que podian, sin exceptuar las débiles mujeres, y se entregaban á los soldados del Cid. Dicese que estos los vendian á los moros de la Alcudia por un poco de vino ó por un pan; más semejante desgracia les hacia sufrir muy poco, porque extenuados como estaban, tan pronto como tomaban alimento dejaban de existir los infelices.

Llegó un dia en que los ciudadanos que aun tenian algun vigor se pronunciaron abiertamente contra Ben-Gehaf, y este resignó el mando en un fakih llamado Al-Watan, el cual propuso al Cid que le entregaria la ciudad en el término de quince dias, si antes no era socorrida por los almoravides de Murcia ó por el rey moro de Zaragoza, á quienes iba á pedir auxilio. Si llegaba el caso de la rendicion, esta se verificaria conservando Ben-Gehaf la autoridad que antes tenia; se daria al mismo seguridad para su propia persona, familia y propiedades; la guarnicion habia de estar compuesta de cristianos mozárabes; el Campeador no saldria del fuerte de Cebolla, y no podria alterar la moneda, las leyes, ni los impuestos. A pesar de ser tan fuertes estas y otras menos importantes condiciones, cuando las dictaba una gente ya tan humillada y semi-destruida, el Cid las aceptó, y la capitulacion condicional fué firmada por ambas partes.

En el momento de quedar firmadas las predichas condiciones, salieron de Valencia apresuradamente los mensajeros de Al-Watan en direccion de Zaragoza y de Murcia, á fin de que pudiesen solicitar el socorro del emir y de los almoravides.

Dicese con este motivo, que habia el Cid exigido no llevase cada uno de los mensajeros (eran cinco para cada ciudad) sino cincuenta dinares; pero recelando no se cumpliese exactamente esta condicion, pasó en persona á presenciar el escrupuloso registro que debia practicarse, y no fué en vano tal diligencia; porque, segun consta, sacaban grandes riquezas en pedreria y metales preciosos, tanto de su propiedad como de los comerciantes y hombres acaudalados, cuyo tesoro fué confiscado por el Campeador.

No solamente trascurrieron los quince dias que se habian estipulado; aun pasaron otras veinticuatro horas sin que le facilitase la entrada al Cid, en vista de lo cual hizo saber á Ben-Gehaf que habiendo pasado un dia más de los quince, y no habiéndole franquea-

do la entrada al hacer el día antes la intimación, se hallaba en libertad de obrar como mejor le pareciese, puesto que el tratado estaba roto por falta de cumplimiento.

Por fin apareció Ben-Gehaf, y unido al Cid y á varios caudillos de una y otra parte, se firmaron los artículos de la capitulación, y á las doce del día (jueves 15 de Junio de 1094) entró en Valencia el Cid, seguido de su valerosa hueste.

Ya dentro de la ciudad, el Cid se manifestó afable y humano con todos, por entonces; y no mucho despues mandó convocar á todos los magnates, patricios é importantes personas de los dominios de Valencia, y reuniendo una numerosa asamblea en el jardín de Villanueva, mandó sentar á todos, y él, tomando lugar en un estrado frontero de los que habian sido convocados, rompió el silencio, y dijo: «Yo soy un hombre que nunca he poseido ningun reino, pero soy de linage de reyes: el día que ví esta ciudad, me agradó y la envidié, y pedí á Dios que me hiciera dueño de ella: ¡ved cuánto es el poder del Señor! el día que puse cerco á Juballa (Cebolla), no tenia mas que cuatro panes, y ahora Dios me ha hecho merced de darme á Valencia, y me encuentro señor de la ciudad. Si hago en ella justicia, Dios me la dejará; si no hiciere derecho, sé bien que me la volverá á quitar. Así, que recobre cada cual su hacienda y la disfrute como antes: el que encuentre su campo labrado, que entre al instante en él; el que le halle sembrado y cultivado, pague su trabajo y la simiente al cultivador, y poseále. Quiero tambien que los colectores de impuestos en la ciudad, no tomen mas que el diezmo, segun vuestra costumbre: he determinado oiros en juicio dos días cada semana, los lunes y los jueves; mas si teneis algun negocio urgente, venid cuando querais, y os oiré, que no soy hombre yo que me encierre con las mujeres para beber y yantar como vuestros señores, á quienes nunca lograis ver; quiero arreglar vuestros negocios por mí mismo, ser como un compañero vuestro, protegeros como un amigo y como un padre; yo seré vuestro alcalde y vuestro alguacil, y siempre que hayais de querellaros unos de otros, os haré justicia.

«Hánme dicho que Ben-Gehaf ha hecho muchos males á algunos de vosotros, tomando vuestros haberes para hacerme con ellos un presente; yo me he negado á admitirle, que si codiciara vuestra hacienda, sabria tomarla sin pedirla á él ni á otro; pero libreme Dios de hacer violencia á nadie por adquirir lo que no me pertenece. Buen provecho haga, si Dios lo permite, á los que han traffcado con sus bienes; y lo que Ben-Geaf ha tomado, mando que lo vuelva luego, y sin otra mayor dilacion.»

El razonamiento terminó de este modo:

«Quiero me jureis que habeis de cumplir lo que os diré ahora, y que no os desviareis de ello: obedecedme y no quebranteis jamás los pactos que hagamos: observad lo que os ordene, «ca me pesa mucho de quanta lazeria é de quanto mal pasastes comprando el caiz de trigo á mil maravedis de plata, mas fio yo en Dios que yo lo tornaré á maravedi:» en fin, ahora estad tranquilos y seguros, porque he prohibido á mis gentes que entren en vuestra ciudad á traficar: he designado para mercado suyo la Alcudia: lo he hecho por consideracion á vosotros. He mandado que no se prenda á nadie en la ciudad: si alguno contraviene á esta orden, matadle sin miedo alguno. No quiero entrar en Valencia, no quiero vivir en ella, quiero establecer sobre el puente de Alcántara una casa de recreo, *un lugar en que vaya á folgar á las veces.*»

Vemos por de pronto que el Cid no habla en nombre de aquel soberano á quien en otro tiempo llamaba su rey; habla por sí, y en su nombre dicta, determina y manda. Su razonamiento es una segura prueba de que era, si no un buen político, esto es, un hombre político como debieran serlo todos, veraz, probo y honrado, era al menos un político de los que más frecuentemente se han visto, ó sea la negacion de todas las prédichas cualidades. Dijo un discurso que respiraba franqueza, verdad, honradez; lleno de promesas; ofreciendo equitativa justicia; anatematizando los actos arbitrarios y despóticos de su predecesor en el mando de Valencia; y... ¿qué pensaba hacer el Cid despues de tanta y tan pomposa oferta?

Es indecible el júbilo con que fué recibido por los moros el razonamiento que de ver acabamos: se creyeron ya completamente felices; y solo anhelaban el que llegase el primer dia de audiencia, de la cual todo lo esperaban menos lo que iban á recibir: les aguardaba un grande y terrible desengaño.

El júbilo comun se convirtió repentinamente en amargo desconsuelo; porque al llegar la primera audiencia, el Cid no era el mismo que hablara pocos dias antes tan al gusto de los mahometanos. Los que reclamaron alguna heredad, posesion ú otro objeto que habia tomado algun soldado, no obtenian del Campeador otra respuesta que «no me es posible complacerte: me hacen mucha falta mis soldados, y no puedo disgustarlos;» y con estas palabras los despedia, poniendo ya entonces en práctica la destructora y perniciosa doctrina de los hechos consumados.

Ni por mera fórmula se acordó Rodrigo de dar cuenta de su conquista al rey de Castilla: lejos de esto, inculcó muy bien en el ánimo de los moros que *él era el único señor y dueño de Valencia*; y como tal mandaba y se hacia obedecer.

Obligados por nuestro deber, vamos á referir un hecho tan atroz

y cruel como horrible y repugnante. Por cierto nos parece sobrado extraño el que se trate por algunos muy dura y severamente á D. Pedro I de Castilla, *el Justiciero*, no teniendo los mismos ni una palabra para execrar la cruel é inaudita maldad de que vamos á ocuparnos; y si alguno la reprueba, quiere atenuarla con la rudeza del siglo.

El Cid habia ya satisfecho su ambicion, haciéndose soberano de Valencia; restábase solo satisfacer su avaricia. La dilacion de las veinte y cuatro horas al entregarle la plaza, le dió márgen para manifestar resueltamente que no se consideraba obligado á cumplir los artículos de la pactada capitulacion. Decidido á desentenderse de ella y á no hacer otra cosa que satisfacer sus deseos, manifestó sin rebozo á los moros que era preciso le entregasen á Ben-Gehaf, si querian tenerle por amigo.

Vacilaron durante algun tiempo, porque previeron la suerte que al infeliz aguardaba; mas era imposible el negarse á cumplir la voluntad del vencedor, y de un vencedor tal como el Cid. Ben-Gehaf, muy ageno de que hasta tal punto se quebrantase el tratado que firmado estaba, fué puesto en prisiones y presentado al Cid, el cual le hizo escribir y firmar una lista de los objetos que tenia y eran de su propiedad. Escrita la expresada lista ó nota, le hizo jurar solemnemente que no poseia otra cosa, y que si faltaba á la verdad en aquella relacion, se convenia á reconocer sobre él en el Cid el derecho de vida ó de muerte.

Debemos advertir que el Campeador, al exigir el juramento al aterrorado Ben-Gehaf, sabia que este tenia oculta una parte de los tesoros del difunto Yahia; porque todos no los podía tener, á pesar de lo que algunos autores manifiestan, puesto que gran parte de las predichas riquezas estaban ya en poder del Cid, quien, al remitírselas Ben-Gehaf al jefe de los almóravides, que se hallaba en Denia, las arrebató á los que iban encargados de la entrega. Por manera que una gran parte ya la tenia Rodrigo; empero queria el completo.

No solamente se hizo un minucioso registro en la casa de Ben-Gehaf; se practicó igualmente en las casas de todos sus amigos, amenazádoles tambien con la pena de muerte, si faltaban á decir la verdad en todo lo que supieran, ó si ocultaban alguna cosa. El temor hizo á todos entregar lo que guardaban; Ben-Gehaf no lo hizo así, porque tenia completa seguridad de que no era posible encontrar lo que reservado para sí ocultaba; y si hemos de hablar con verdadera ingenuidad, no extrañamos la conducta de Gehaf. Un hombre que prevé se le va á dejar sin cosa alguna de qué subsistir, que no duda tendrá que emigrar más pronto ó más tarde, si logra salir con vida de la ciudad, y que se ve en el caso de entre-

gar lo único que puede ponerle á cubierto de la miseria en el tiempo venidero, cuando si tal riqueza no es suya, tampoco es del que la exige apoyándose en la fuerza solamente, y sin otro derecho que su despótica voluntad y su ilimitada avaricia; no debe acriminársele porque buscó un sitio oculto y á propósito para conservar lo que para sí había reservado.

El cruel conquistador pensó de otra manera. Un villano, esclavo por cierto, que vivía en la casa de Ben-Gehaf y conocía el escondite, dió parte al Cid. Este hizo reunir inmediatamente á los magnates y ancianos de la ciudad: llegaron apresurados al palacio (porque el Cid, á pesar de sus rotundas promesas, se trasladó al momento á la residencia de los soberanos), y con la mayor extrañeza y asombro oyeron al Campeador, que les habló en los siguientes términos: «Bien os sabeis vos, prohombres de la aljama de Valencia, cuánto he servido y ayudado á vuestro rey, y cuántos trabajos he soportado antes de ganar esta ciudad. Ahora que Dios me ha hecho dueño de ella, la quiero para mí y para los que me han ayudado á ganarla, salva la soberanía de mi señor el rey D. Alfonso. Vosotros estais en mi presencia para ejecutar lo que fuere de mi voluntad y bien me pareciere. Yo podría tomar todo lo que poseeis en el mundo, vuestras personas, vuestros hijos, vuestras mujeres; pero no lo haré. Pláceme y ordeno que los homes honrados de entre vosotros, los que se han conducido siempre con lealtad, vivan en Valencia en sus casas con sus familias; mas no habeis de tener cada uno sino una mula y un criado, ni podreis usar ni conservar armas sino en caso de necesidad y con mi autorizacion: los demás desocuparán la ciudad y vivirán en la Alcudia, donde yo estaba antes. Tendreis mezquitas en Valencia y en la Alcudia: tendreis tambien vuestros alfaques: vivireis con arreglo á vuestra ley, y con vuestros alcaldes y alguaciles que nombraré yo: poseereis vuestras heredades; pero me dareis el señorío sobre todas las rentas, administraré la justicia, y haré batir moneda mia. Los que quieran quedar conmigo bajo mi gobierno, que queden; los que no, vayan á la buena ventura, pero solo sus personas, sin llevar nada consigo: yo les daré salvoconducto.»

«Me dareis el señorío de todas las rentas; administraré la justicia y haré batir moneda mia:» no pudo expresar de más terminante manera su voluntad; y al decir, hablando de Valencia, *la quiero para mí*, añade, *salva la soberanía de mi señor el rey D. Alfonso*, que puede muy bien tomarse por un verdadero sarcasmo. Pero hemos llegado al hecho criminal y cruel que anunciamos poco hace: hecho que no hubiera podido consumar quien fuese verdadero cristiano y tuviese un noble corazón.

Después de aprisionar á Ben-Gehaf á consecuencia de la dela-

cion del vil esclavo, dispuso Rodrigo fuése el moro enterrado vivo, dejándole fuera del hoyo la cabeza y las manos. Hecho esto así, le rodearon de haces de leña á los cuales se prendió fuego; y de esta horribilísima manera hizo el Cid perecer á aquel desgraciado. Quiso también el terrible conquistador hacer sufrir igual suerte á los individuos de la familia de Ben-Gehaf, y á todos sus parientes; empero los atemorizados moros y los conmovidos cristianos, que demostraron tener mejor corazón que el hombre cruel que dictara tan bárbara sentencia, intercedieron por aquellos infelices, y según los mismos apologistas del Cid, lograron ablandarle, *aunque con trabajo*.

Nosotros que, si bien humildes y oscuros, somos historiadores de conciencia, amamos cordialmente la veraz imparcialidad; y aunque reprobamos ciertos hechos, no negaremos el valor de Rodrigo, que rayó en lo fabuloso; porque jamás hemos dudado de él; y si antes lo hemos elogiado, con mayor motivo lo haremos al tratar de la memorable defensa de la gran ciudad por él conquistada con tanta gloria suya.

Dos años habían trascurrido cuando Yussuf, soberano de los almoravides, determinó reconquistar la precitada ciudad. Era ya dueño, puede decirse, de toda la España árabe; y no podía soportar que aquella rica joya estuviese en poder de un caudillo cristiano, habiendo pertenecido á los mahometanos durante siglos enteros.

Decidido á poner por obra su deseo, hizo avanzar sobre la codiciada y bella ciudad un numeroso ejército; al mando de Ben-Aixa, uno de sus mejores caudillos. Llegó este; estableció el sitio (1096), y se creyó vencedor; porque no le parecía posible que las fuerzas militares con que Rodrigo contaba, tan escasas y limitadas respectivamente, pudiesen romper las líneas de los secuaces de Mahoma. Siendo esto así, todo quedaba reducido á invertir más ó menos tiempo; pero la rendición era infalible.

Entonces fué cuando el Cid ostentó todas sus grandes dotes militares; todo su esfuerzo; toda su pericia. Once días habían trascurrido, y en el caudillo almoravide crecía la seguridad de rendir muy pronto la amenazada ciudad; empero antes de que amaneciese el duodécimo, inopidamente y cuando era menos posible esperararlo, salió de Valencia un desbordado y poderoso torrente, no una legión de valerosos guerreros, que lo arrolló todo, tal como el agitado remolino del violento huracán arrebató y esparce por el espacio las secas hojas y las livianas aristas. El Cid había hecho al frente de su escogida hueste una impetuosa y violenta salida, y no solamente rompió las líneas: derrotó los enemigos; todo aquel inmenso ejército se dispersó completamente, y el valeroso Rodrigo se hizo dueño del campamento de los almoravides.

No pasó mucho tiempo sin que diese el Cid otra muestra de su esfuerzo, y los mahometanos del respeto, muy semejante al miedo, que le tenían. La célebre derrota de los almoravides que sitiaban á Valencia, casi coincidió con la gloriosísima batalla de Alcoraz (ambos sucesos ocurrieron en el mismo año: 1096).

Este célebre hecho de armas en que D. Pedro I de Aragon obtuvo un triunfo tan señalado como importante y glorioso, que dió por fruto la entrega y rendicion de Huesca, en aquel tiempo importantísima plaza, precedió á la alianza que estableció el mismo D. Pedro con el Cid, aconsejado aquel por los próceres y caudillos aragoneses. Para establecer los pactos ó condiciones en que habia aquella de fundarse, celebraron los insignes guerreros una entrevista; y despues de terminada esta, ambos se dirigieron unidos á Valencia.

Llegaban casi á Játiva cuando debieron ser atacados por treinta mil almoravides, acaudillados por el antes nombrado Ben-Aixa; empero fué cosa muy notable el que despues de haber tomado todas sus medidas el general almoravide, no se atrevió á acometer al vencedor de Alcoraz y al conquistador de Valencia, y los dejó proseguir tranquilamente su camino. No sucedió lo mismo poco despues, habiendo continuado por la costa, que fiado sin duda el almoravide en que el ataque podia ser simultáneamente por tierra y por mar, se decidió á hacer la acometida.

Trance apurado hubiera sido aquel, si otros caudillos que los insignes españoles que allí se hallaban hubieran sido los encargados de domeñar la altivez de la morisma; y eran necesarios en aquella solemne ocasion todo el valor, inteligencia y serenidad que era posible tener: el ejército de tierra habia combinado el ataque con la escuadra tan oportunamente, que haciendo un daño incalculable en los cristianos con las mortíferas saetas y otras armas arrojadas, comenzaron aquellos á vacilar y dar muestras de ceder el campo.

Entonces el Cid, despreciando la muerte que le rodeaba y le amenazaba tambien por medio de tanto y tan terrible proyectil, recorrió las filas de sus soldados exhortándolos á hacer un esfuerzo supremo y á no dejarse vencer por aquellos descreidos infieles; don Pedro de Aragon imita el ejemplo dado por Rodrigo, y hace lo mismo con su valerosa hueste; se alientan y enardecen los soldados; los papeles de aquel sangriento drama repentinamente se truecan; los semi-vencidos se convierten en vencedores; los que casi lo eran ya se declaran en fuga, y apoderándose los cristianos de las posiciones que los almoravides tenían, los hacen huir tierra adentro, los diezman y destruyen en la fuga, y se hacen absolutamente dueños de todo el campamento y efectos en él contenidos (1097).

Terminado este glorioso hecho de armas, D. Pedro I regresó á

Aragon, y Rodrigo Diaz á Murviedro con ánimo de rendir la ciudad. Verificólo algun tiempo despues, habiendo primeramente recuperado á Almenara; y tan apurados llegaron á verse los mahometanos, que pidieron al Cid el plazo de un mes para buscar quien les socorriese; y si en el trascurso de aquel no hallaban auxilio, se le entregarian. No quiso el Cid conceder sino la mitad del tiempo pedido; mas tanto le suplicaron, que cedió por fin.

Mandaba en Murviedro el wali de Albarracin, que era á la sazón señor de ambos puntos; y el primero á quien se dirigió en demanda de socorro, fué al valeroso Alfonso VI de Castilla y Leon. Este gran soberano contestó al que imploraba el socorro: *mejor quiero ver á Murviedro en poder de Rodrigo, que en el de un príncipe mahometano, sea este el que fuere.* Nótense bien estas dignas palabras, que habremos de repetir las muy en breve.

El de Albarracin se habia dirigido tambien inútilmente al conde de Barcelona; al emir de Zaragoza, Almostain, que temió al Cid, su antiguo amigo, de quien estaba no poco escarmentado; y se dirigió por último al jefe de los almoravides, los cuales tampoco quisieron auxiliarle; porque recelosos de ser vencidos como en el último ataque por mar y tierra, en el que todas las ventajas estaban de su parte, y recordando la horrible derrota que sufrieron cuando sitiaron á Valencia, exigieron para ir en defensa de Murviedro que viniese Yussuf á ponerse á su cabeza: sin duda confiaron en la destreza de aquel jefe, ó creyeron que el mudar de caudillo cambiaria la suerte de la guerra.

Entretanto trascurrieron los treinta dias marcados, y el de Albarracin y Murviedro se halló al trigésimo tan solo como lo estaba en el primero. El Cid le intimó que se rindiese; reclamó el amenazado, asegurando que algunos de los mensajeros no habian vuelto todavia; el Cid concedió un nuevo plazo, aunque más corto; se acabó tambien el segundo, y Rodrigo le concedió el tercero, más largo aun de lo que pedia el moro, seguro como estaba de que no encontraria socorro; y así fué en efecto: nadie se acercó á defender á los sitiados, los cuales tuvieron que entregarse al vencedor (24 de Junio de 1098).

No fué tan propicia la suerte á las armas del Cid en los dominios de Cuenca, en donde los almoravides derrotaron una parte de las tropas de aquel invencible caudillo, mandadas por Alvar Fañez su segundo, ó teniente. Este triunfo, notable por ser el primero que obtenian despues de muy grandes derrotas, los dió ánimo é hizo engreír más de lo que puede encarecerse.

Avanzaron los vencedores; llegaron á las inmediaciones de Alciara; salió á cortarles el paso una parte del ejército del Cid, que fué derrotada tambien como la que mandaba Alvar Fañez; y los disper-

esos soldados, por la primera vez fugitivos, llegaron en desórden á presencia del valeroso Rodrigo, cuyo gran corazón, jamás subyugado por el temor, no pudo resistir á aquellas dos derrotas casi simultáneas, hijas probablemente de no haber estado él mismo al frente de su antes invicta hueste. Tales fueron su dolor y pesadumbre que le acabaron la vida rápidamente: con él dejó de existir uno de los más valerosos y entendidos capitanes que recuerda la historia, y en este concepto fué una de las más colosales figuras del siglo XI.

No hemos hablado antes de ahora acerca de la duda que algunos han abrigado respecto de la existencia del Cid, porque semejante dislate ni aun merece la honra de la refutación. Algunos extranjeros la han negado rotundamente, como negaran la del gran Pelayo; y esto no nos maravilla. Estamos íntimamente convencidos de que negarian con mucho mayor gusto y motivo la existencia de Carlos I y Felipe II, si en vez de haber vivido y reinado en el siglo XVI hubieran existido en el VIII, como Pelayo, ó en el XI como el Cid; empero estaba demasiado reciente su época, y no era posible lograr el objeto. Lo que no comprendemos seguramente es lo que dice el erudito Masdeu, quien asegura poco; despues se arrepiente de todo, y da márgen á que sobre sus palabras se hagan diversos comentarios, que, sin dejar de estar fundados en el aire, puede sacarse de ellos grande partido para desfigurar los hechos y oscurecer la verdad histórica.

Es sabido que Rodrigo Diaz fué hijo de Diego Lainez, descendiente de uno de los antiguos jueces de Castilla, el conocido Lain Calvo. Fué tal su inteligencia intuitiva en los asuntos de guerra, que fué caudillo sin haber sido jamás subalterno; en Coimbra, en tiempo de Fernando I, el Magno, que fué la primer funcion de armas en que se halló, ya mandó algunos guerreros, aunque todavía no estaba acreditado, ni estaba armado caballero, ni apenas contaba veinte años de edad.

Su inteligencia en todos los ramos que, si bien accesorios, son importantísimos en el arte de la guerra, era tambien intuitiva y grandísima. De la que tenia en la equitacion es muy buena prueba lo ocurrido cuando eligió su célebre caballo. Es una anecdota muy vulgar y conocida en Castilla; pero no por esto deja de demostrar hasta la evidencia lo que antes dijimos, ni deja de estar consignada en fidedignos documentos que hemos visto en Búrgos y en otros puntos.

Dícese que un respetable canónigo, tío del Cid, que poseia muy buenos caballos, quiso hacer al querido sobrino un regalo; y para que fuese más del gusto del jóven, que aun no habia cumplido quince años, le llevó en su compañía, y dispuso fuesen los criados

sacando uno á uno todos los caballos por una puertecilla de un gran corral, á fin de que Rodrigo los viese sucesivamente y eligiese mejor. Habían ya pasado cinco briosos y magníficos corceles, cuya vista no hizo la menor impresion en el diestro y atento jóven: más tras de aquellos salió uno estenuado, de torpe andar, al parecer sin formas, y con la piel visiblemente llena de los efectos de una repugnante enfermedad. Fijó en él su perspicaz vista el Cid, rompió el silencio, y dijo: *este caballo elijo, tio*. El reverendo, enojado con aquella, á su parecer, falta de inteligencia, exclamó ceñudo é irritado: ¡ *Babieca! ¡Ese caballo eliges!* á cuyas palabras contestó reposadamente el mancebo: *Babieca se llamará, y dirá el tiempo lo que sea.*

Babieca se llamó en efecto, y fué el magnífico corcel de batalla cuya silla existe hoy en la rica y preciosa Armería de Madrid (número 2,311); silla que oprimió los lomos de un caballo propio y el único para tan gran caballero, que fué en sus primeros años raquítico, enfermizo y de pésima estampa, y que despues, cuidado, adiestrado y guiado por el celebérrimo Campeador, llegó á ser arrogante, bravo y poderosísimo corcel.

De la misma manera que nuestra imparcialidad nos hace describir al Cid como hombre valeroso, diestro caudillo y activo guerrero, entre los primeros de los muchísimos que en las páginas de la gloriosísima HISTORIA DE ESPAÑA se registran, desearíamos poderle elogiar como hombre humano, leal á su rey y moderado en sus deseos; mas no lo fué, y ya lo hemos demostrado. Hemos leído con grandísima detención cuantos documentos hemos podido haber á la mano, que no han sido pocos, y nos hemos detenido muy particularmente en los escritos de sus panegiristas, sabios y eruditos sin duda, aunque bastante apasionados en este punto; y en ellos mismos hemos encontrado algunos argumentos que son, en nuestro humilde sentir, contraproducentes.

No nos ocuparemos ya de los justos motivos de resentimiento que debió tener Alfonso VI hácia el Cid, ni de otros de que ya hemos tratado. Cúmplenos sí decir únicamente que, si no nos engañamos, hemos probado la ambicion y avaricia del Cid: la avaricia de haber puesto en contribucion á todos los emires y walfes con quienes sostuvo la guerra, así como lo probó su conducta despues de haberse posesionado de Valencia; y su ambicion en habersé hecho señor de aquella.

Los apologistas del valeroso guerrero creen que pueden perdonarle ciertos defectos, y le elogian porque en medio de aquellos, debe admirarse la fidelidad que siempre guardó al mismo monarca cuyo desvío y enojo probó en tantas ocasiones. No podemos estar conformes: el monarca perdió su corona por el traidor consejo del Cid;

por culpa de este tuvo en inminente riesgo su vida; por él se vió en el duro caso de pedir refugio á un rey moro, que del mismo modo que fué un hombre generoso y noble, pudo ser tal como eran la mayor parte de ellos; el Cid humilló de osada é inaudita manera al mismo soberano en Santa Gadea: ¡y... aun se dice que fué leal, á *pesar del mal querer* de Alfonso VI, el noble y el honrado!

Tampoco estamos de acuerdo respecto de que el valeroso Cid sometió á su rey las tierras que conquistara: los documentos que de propósito hemos insertado, si bien se examinan, dicen todo lo contrario; y si en esto nos equivocamos; si hubiésemos creído sin bastante razon que Rodrigo se hizo señor independiente y absoluto de Valencia; que ordenó y mandó por sí y ante sí, las palabras de Alfonso VI al implorar su auxilio el señor de Murviedro contra el Cid, prueban cuanto de decir acabamos: «mejor quiero ver á Murviedro en poder de Rodrigo, que en el de un príncipe mahometano, sea este el que fuere.» En estas palabras dice bien claro el monarca que el Cid obraba como hombre independiente, y que no era leal para él: estas mismas nobles palabras pueden traducirse, por decirlo así, de la siguiente manera: «entre dos enemigos, prefiero al cristiano, contra el cual no debo ir, porque sigue la misma ley que yo.»

No hablemos del horrible y crúelísimo castigo dado al infeliz Ben-Gehaf, que quiso el Cid hacer extensivo á todos sus deudos, sin más razon que la de haber ocultado parte de las riquezas de Yahia. No lo disculparemos por cierto con la rudeza del siglo; y si esto es lícito, no tardaremos en apelar al mismo medio para disculpar menos graves y crueles hechos, que han llegado hasta nosotros notablemente exagerados.

Creemos haber elogiado y reprobado las acciones del esforzado Rodrigo Diaz de Vivar, del mismo modo que nos lo ha aconsejado nuestra conciencia, guiada por los antecedentes tan respetables como curiosos que hemos reconocido. La ambicion, la avaricia y la veleidad del personaje en cuestion, no amenguan su gloria de esforzado guerrero, de inteligente caudillo, y de lo que se llama hábil político: si pudieran amenguarla, muy contados serian los hombres notables que merecieran la gloriosa aureola que la historia les concede por sus inmarcesibles triunfos y notables hechos. La imparcialidad más escrupulosa es y será siempre nuestro norte: podremos pecar tal vez de ignorantes; pero jamás de mal intencionados, ni de prevenidos en pró ni en contra de persona alguna, y mucho menos de aquellas de quienes nos separa la inmensidad de tantos siglos y de tantas generaciones reducidas ya á leves cenizas.

Hemos dado fin á la relacion de los sucesos ocurridos en España

duante el undécimo siglo, en cuyo trascurso ocurrieron no pocos hechos gloriosos y dignos de llamar la atención del lector: por desgracia, el comienzo del duodécimo es borrascoso y fatal para la primitiva monarquía; para la monarquía del gran Pelayo y del memorable Alfonso el Católico. No por esto omitiremos nada de cuanto estamos obligados á manifestar, por ingrato y repugnante que el referirlo nos sea, puesto que no sirve de menor enseñanza la relacion de las adversidades y desgracias, ni sería completa nuestra HISTORIA, si de otra manera procediésemos.

Siglo XII.

REINO DE CASTILLA Y LEON.

AÑO 1100 Á 1150.

ALFONSO VI.—Al comenzar el siglo XII continuaba reinando en Castilla y Leon Alfonso VI, cada vez más enamorado de su esposa Isabel (Zaida, la hija del rey Al-Motamid de Sevilla); porque era de sus esposas la única que le habia dado un heredero.

No por esto dejaba de atender con el mayor cuidado á los asuntos del reino; y el comienzo del siglo hallóle ocupado en loables empresas guerreras llevadas á cabo en Extremadura, á las cuales siguieron otras en Andalucía y en Aragon. No pueden darse de ellas, sin embargo, particulares detalles, porque no fueron de grandes resultados.

En tanto los almoravides no podian olvidar la codiciada Valencia, y deseando lograr su antiguo deseo de poseerla, se dirigió hácia la predicha ciudad el general Mazdali, seguido de un fuerte y numerosísimo ejército (1101).

Gobernaba en Valencia doña Jimena, viuda del valeroso Rodrigo Diaz, el Cid, la cual no era respectivamente menos fuerte y animosa que su difunto y esforzado esposo. Dicha señora reemplazó muy dignamente al bizarro Campeador durante dos años; y despues de haber sitiado á Valencia Mazdali, sostuvo el asedio por espacio de siete meses, con el mismo valor y teson que pudiera haber demostrado el más indomable guerrero.

Comprendió, empero, la ilustre defensora cuál sería el resultado definitivo de tan desigual lucha; y para evitar una rendición que juzgaba poco honrosa, comisionó al mismo obispo de la hermosa ciudad, á fin de que implorase el socorro de Alfonso VI de Castilla.

El valiente y generoso rey no se negó á la súplica, y al frente de un buen ejército se puso á vista de Valencia; hizo levantar el sitio, y entró triunfante en la ciudad. Sin embargo, no quiso conservarla; porque comprendió perfectamente que á tan inmensa distancia de sus dominios tenía necesariamente que dejarla en poder de un gobernador que, por muy fiel que fuese, necesitaria continuamente de un numeroso ejército para evitar que se la arrebatasen. Por esta razón la abandonó, manifestando de ostensible manera que era bastante fuerte para tomarla, puesto que habia hecho huir á Mazdali y su formidable ejército, y que no la conservaba porque no queria. Así, pues, luego que estuvo dentro de los muros de la ciudad hizo salir de ella la guarnición, y mandó prendiesen fuego á aquella. Poco tiempo despues de abandonada por Alfonso, que salió pausadamente en devota procesion, entró Mazdali con sus tropas, doliéndose mucho del estado en que se hallaba la rica joya, arruinada en gran parte, á consecuencia de la violenta y activa acción del fuego destructor (5 de Mayo del año 1102).

En tanto los almoravides habian extendido y generalizado su dominación por la española península: Yussuf, como más por menor manifestaremos al tratar de la España árabe, habia fallecido, sucediéndole en el trono su hijo Ali Abul-Hassan; y este, despues de haber estado el tiempo preciso en España para que le reconociesen los walíes y demas autoridades, regresó á su imperio de Marruecos, y mandó para hacer sus veces á un hermano suyo llamado Abu-Tahir-Temin.

Dió Hassan á Temin el waliato de Valencia; y en cuanto este desembarcó comenzó á pensar en llevar á cabo un hecho de armas que le proporcionase merecido crédito. Para lograrlo decidió rendir la ciudad de Uclés con su fortaleza.

Rápidos é irresistibles fueron los movimientos de Temin, quien seguido de un fuerte y escogido ejército tomó la ciudad á fuerza de armas, dando motivo con esto á que la guarnición castellana se encerrara en el fuerte ó castillo.

Gran pesadumbre recibió Alfonso VI con la fatal nueva: dolíase de que esta no le hubiese hallado con la antigua salud y sólida energía: empero á la avanzada edad reunia la quebrantada salud, y para todo estaba menos para salir á campaña. Por otra parte, se le hacia tan duro como sensible el no encargarse él en persona de castigar á los almoravides; mas por desgracia no le fué posible. Es opinion muy recibida y presentada como cierta por algunos respe-

tables autores, el que Alfonso VI sufría en aquella ocasion mucho á consecuencia de una herida que habia recibido en una pierna en una de las últimas batallas.

No pudiendo ponerse en camino, á pesar de sus vivos deseos, hizo marchar al frente de su ejército á los mejores caudillos y más valerosos condes de su reino, á quienes dió el delicado encargo de guardar á Sancho, su hijo único. Contaba solamente el bello príncipe once años de edad; empero su mismo padre le habia ya armado caballero: sabia manejar las armas, el corcel, y resistir una armadura de todas piezas proporcionada á su tierna edad.

Salió en efecto el ejército siguiendo al príncipe, que iba guardado especialmente, además de ir escoltado por los precitados condes, por D. García, que lo era de Cabra, y desempeñaba el cargo de ayo del tierno jóven.

Terrible y sangrienta fué la batalla, cuyo primer encuentro, al darse vista ambos ejércitos enemigos, no pudo servir para formar un cálculo acerca de cuál de los dos seria en definitiva el vencedor. Por desgracia el tiempo de ansiedad y de duda no fué largo: los mahometanos quedaron vencedores á costa de una pérdida de más de quince mil de los suyos, más que contrapesada por la de veinte mil cristianos. Este desastre fué aun más terrible porque entre estos últimos se contó al tierno príncipe D. Sancho, cuya vida segó tan en flor la implacable muerte.

Dícese que al exclamar el príncipe, dirigiéndose á su ayo, *¡Padre mio, mi caballo está herido!* el animoso y fiel conde García de Cabra saltó de su corcel, á tiempo que el de D. Sancho caía muerto, y sirviendo con su cuerpo de escudo á su real pupilo, derribando infieles á derecha é izquierda, y haciendo inmortal su ilustre nombre, cayó acerbillado de heridas y murió gloriosamente, cumpliendo con su sagrada mision, al lado del malogrado hijo único de Alfonso VI.

No hay para qué decir hasta dónde llegaría el terrible y agudo dolor del anciano y achacoso rey de Castilla, al ver ante él á los pocos nobles que salieron con vida de la sangrienta lucha, que fué llamada la *batalla de los Siete Condes* (tambien se ha denominado de Uelés), por el numero de estos que en ella perecieron (1108). Aquellos melancólicos guerreros dieron á Alfonso VI la funesta y terrible noticia.

Con la desgraciada muerte del único heredero de Alfonso VI coincidió casi la de su amada Isabel (Zaida), que habia fallecido no hacia mucho tiempo; habia tambien muerto un año antes (1107) el conde D. Ramon, ilustre vástago de la casa de Borgoña y deudo de doña Constanza, esposa que fué del rey, el cual estaba casado con doña Urraca, hija del mismo soberano, á quien este dió en

dote el condado de Galicia. A la pérdida de la gran batalla de que acabamos de ocuparnos sucedió la consiguiente dispersion, que dejó al ejército, como en otras ocasiones, por mucho tiempo desmoralizado y sin disciplina; y como consecuencia inmediata y precisa se siguieron no pocas pérdidas, entre las cuales se contaron las de Ocaña, Consuegra, Cuenca y otras: tantos disgustos reunidos hubieran terminado por completo la existencia de un rey que tuviera menos firme temple de alma que el memorable Alfonso VI.

Aun determinó casarse nuevamente; porque, según se supone, quería dejar sucesión directa, olvidando que en vano el hombre se esfuerza en contrariar los decretos del cielo. Este en sus inescrutables juicios había decidido que no heredase á Alfonso un hijo suyo, y así había de cumplirse. En la duda, el soberano se casó nuevamente con una ilustre señora llamada doña Beatriz; mas tocaba á su término la vida del esforzado é inteligente monarca, la que alargó, si así es lícito decirlo, llevando una manera de vivir en lo posible activa y semejante á la que usaba en la guerra, dedicándose al ejercicio de la caza y al de la equitación, á pesar de sus achaques y dolencias.

Llegó un día en que conoció estaba su muerte próxima, y mandó llamar al arzobispo D. Bernardo: desde aquel momento, desentendiéndose de todo cuidado terrene, con dicho prelado y con los monjes de San Benito pasó piadosamente el tiempo hasta exhalar el postrer suspiro, á la media noche del 30 de Junio del año 1109. Tenía setenta y nueve años de edad, y llevaba cuarenta y tres de reinar.

Alfonso VI fué uno de los más dignos soberanos que empuñaron el cetro de Castilla. Valeroso y hábil, liberal y magnífico, honrado y leal en sus pactos y alianzas, dió gloria al reino é impuso pavor á sus enemigos. Su vida fué un verdadero tejido de sucesos prósperos y adversos: tuvo tan fatal suerte en algunos de aquellos, como propicia en otros; mas siempre recibió la mala y la buena fortuna con igual semblante y ánimo.

Tuvo este ilustre y valeroso monarca seis mujeres. La primera se llamó Inés, y fué hija del duque de Aquitania Guido Guillermo. Falleció la reina en 1078 sin dejar sucesión, á los cuatro años de casada; y contrajo el soberano nuevas nupcias con Jimena Nuñez (Muñoz según algunos), de quien tuvo á las infantas doña Elvira y doña Teresa. Este matrimonio fué disuelto por disposición del Soberano Pontífice, á consecuencia del parentesco inmediato entre ambos cónyuges, y Alfonso se casó tercera vez, con la hija de Roberto, duque de Borgoña, llamada doña Constanza, de quien nació la infanta doña Urraca, que llegó á casarse, como no há mucho dijimos, con D. Ramon de Borgoña, conde de Galicia á conse-

cuencia de su matrimonio con la precitada infanta. Despues de muerta doña Constanza, se casó cuarta vez el monarca con la reina Berta, esposa repudiada de Enrique IV, rey de Germania; á esta sucedió Isabel (ó Zaida), que más feliz que sus antecesoras dió al rey un heredero, objeto que este se propuso, segun los más respetables autores, al reiterar y multiplicar sus matrimonios; y la muerte de esta quinta reina y del príncipe le hizo determinar un nuevo enlace con Beatriz, segun no há mucho dijimos, que fué la que sobrevivió al memorable monarca.

Los hechos militares de Alfonso VI dan buena muestra de que fué esforzado y entendido caudillo, lo mismo cuando tuvo que sostener una ingrata y triste lucha con su hermano Sancho II de Castilla, que despues de ser rey de dicho reino y del de Leon por la muerte de aquel monarca: la conquista de Toledo, ciudad de tan magníficos recuerdos, que estaba tantos siglos hacia en poder de los musulimes, daría eterno renombre é imperecedera gloria al gran Alfonso VI, si otra no hubiera adquirido.

Como hombre de noble corazon y de humanos sentimientos, tambien dió señaladas muestras: la que le ocasionó la pérdida de la corona de Leon, despues de la batalla de Golpejar, es una de ellas, además de otras muchas que el lector ya ha visto; y de su honradez y nunca desmentido sufrimiento dan claras señales el comportamiento que observó con su favorecedor Al-Mamun, el rey moro de Toledo, y la resignacion y ánimo igual con que sufrió su destierro, sus padecimientos, y las no pequeñas contrariedades que supo resistir impávido durante su vida y su glorioso reinado, tan largos ambos como acabamos de ver.

Réstanos solamente dedicar algunas líneas á la memoria de este nobilísimo soberano, para demostrar lo que fué como monarca piadoso y como padre de sus pueblos.

Alfonso VI cuidó asimismo de mejorar la situacion de sus súbditos; confirmó los fueros dados por sus antecesores en los tronos de Castilla y de Leon, cuando estos reinos estaban divididos, extendiendo la legislacion foral á diversos puntos de sus dominios que carecian de ella. Diólos además nuevos á la reconquistada Toledo, á Miranda de Ebro á Logroño, y otras varias ciudades. Todos ellos tendian á mejorar de eficaz manera la condicion civil de sus vasallos, ampliando las franquicias y libertades de los pueblos.

Este gran soberano dejó diversas muestras de su religiosa piedad, y al reconquistar á Toledo fué su primer cuidado el devolver á la antigua córte gótica el culto de la verdadera religion. En aquella ocasion dió una muestra más de la lealtad que su corazon abrigaba, la cual le impedia el consentir la menor trasgresion de la palabra que por escrito ó verbalmente daba. Hablamos del enojo que recibió

al saber la determinacion del prelado de Toledo y de la reina Constantza, respecto de la mezquita que segun los pactos de la entrega debia quedar subsistente para que los mahometanos pudieran continuar praticando su falsa religion: enojo que rayó tan alto, como lo demostró la necesidad de que los mismos á quienes ofendió la medida, fuesen los primeros á rogarle postrados á sus piés que aplacase su furor, y perdonase á los culpados en la expresada trasgresion.

No plugo al cielo el concederle el mayor y más ardiente de sus deseos, cifrado en dejar un hijo que le sucediese en el trono. La funesta batalla de Uclés le arrebató al príncipe D. Sancho en la primavera de su vida; y logró solamente una hija, doña Urraca, á la cual, en falta de varon, legó el cetro, en los últimos dias de su existencia.

No pudo ser esto en peor ocasion: cuando el temible caudillo de los almoravides, el emperador de Marruecos, amenazaba anegar en generosa sangre cristiana los campos españoles, menester era un rey enérgico, valeroso y activo como el que acababa de dejar el trono, y como tantos magnánimos y esforzados reyes que habian precedido al memorable Alfonso VI.

La desgraciada batalla de los *Siete Condes*, ó de Uclés, habia dado ánimo á los enemigos; y estos, de suyo aficionados á los agüeros, habian inferido de tan notable triunfo un exacto pronóstico y un feliz vaticinio de vencer en lo sucesivo, y de renovar los menguados y fatales tiempos de Tarik y de Muza.

Mala ocasion, lo repetimos, era aquella para que empuñase el cetro de Castilla y León la suave y débil mano de una señora. Sin embargo, así fué preciso; y puesto que hemos llegado á describir un reinado azaroso, del cual no es posible ocuparse sin notable disgusto; reinado que un ilustre y erudito escritor llama con sobrada razon *episodio funesto*, manifestando que le borraría de buen grado de las páginas históricas de nuestra patria, sirvanos de consuelo y dénos aliento el considerar que despues será menos ingrata y difícil nuestra espinosa tarea al dar cuenta de tiempos sucesivos, tan gloriosos para la España como para sus esforzados y nobles hijos.

DOÑA URRACA.—AÑO 1109. Subió al trono de Castilla y León la hija de Alfonso VI en bien difíciles circunstancias. Esta señora debia atender al cuidado del vasto reino que á su cargo quedaba, y no olvidarse de la esmerada educacion de su hijo el príncipe Alfonso, nieto del gran rey que de espirar acababa, y que estaba destinado á sucederla algun dia en el trono.

Por desgracia tambien habia fallecido D. Ramon de Borgoña, conde de Galicia, esposo de la nueva reina; que ni aun tenia el

estado la ventaja de que un esposo hábil y esforzado auxiliase á doña Urraca en el cuidado del gobierno y los asuntos de la guerra, para que ella pudiese atender á la educacion del futuro rey.

Entonces se vió una nueva y palpable muestra de lo muy limitada que es la inteligencia humana, y cuán en vano se esfuerzan los hombres en procurar impedir que los sucesos que han de realizarse se verifiquen.

Habia ya sucedido en el trono de Aragon el príncipe D. Alfonso á su hermano D. Pedro I, segun veremos al tratar despues de los asuntos de este reino; y el nuevo rey, animoso y guerrero como el que más de sus gloriosas ascendientes, habia dado claras señales de abrigar hostiles y atrevidas miras respecto del reino de Castilla.

Estas intenciones que no habian podido ocultarse á los castellanos, movieron á los magnates de Castilla á idear el enlace de doña Urraca, jóven aun y viuda, con el rey á quien temian. Esta idea era seguramente á todas luces buena; porque al paso que quitaba al reino un temible y ambicioso enemigo, al cual no podia aquel resistir destituido como estaba de un supremo caudillo, proporcionaba este á los reinos de Castilla y Leon, para aumentar su gloria y enfrenar la osadía de los nuevos invasores venidos de allende el Estrecho.

Olvidaron sin duda los que tal matrimonio deseaban, que existia entre doña Urraca y D. Alfonso de Aragon el impedimento de ser parientes en tercer grado. La reina, además, no hacia buen rostro, como vulgarmente se dice, al proyectado enlace; empero se creyó en el deber de sacrificarse por el bien del reino, y para cumplir con el expreso encargo de su padre. Fatales y trisísimas consecuencias atrae por lo general sobre los príncipes la imperiosa y exigente razon de estado. Un matrimonio que repugna y se hace á disgusto, aun entre particulares es siempre funesto, y puede llegar á ser desastroso; y si el de doña Urraca lo fué ó no, lo dice sobradamente la siguiente nota que inserta el erudito Sr. Lafuente: «La repugnancia, dice, con que doña Urraca accedió á este matrimonio la manifestó ella misma bien explícitamente más adelante, cuando decia al conde D. Fernando: *En esta conformidad vino á suceder que habiendo muerto mi piadoso padre, me vi forzada á seguir la disposicion y el arbitrio de los grandes, casándome con el cruento, fantástico y tirano rey de Aragon, juntándome con él, para mi desgracia por medio de un matrimonio nefando y execrable.*

No puede estar, en efecto, más explícitamente demostrado el disgusto ó, más bien, la aversion, de la reina de Castilla hacia el rey aragonés. Sin embargo, prevaleció, como era entonces na-

tural, la disposición de los próceres del reino, y se realizó el matrimonio en el castillo de Muñon, en el mes de Octubre de 1109, cuatro meses después de haber fallecido el excelso y valeroso Alfonso VI.

El primer periodo del reinado de doña Urraca hizo ver sobradamente que abrigaba su pecho un noble corazón y sentimientos de piedad religiosa; porque no mucho tiempo después, acompañando á su nuevo esposo y seguida del bizarro ejército de Castilla, se dirigió por Navarra á Aragon, y este viaje, de conquista para Alfonso, según se supone, fué muy feliz para los monasterios, iglesias y pueblos por cuyas inmediaciones transitaron los reyes, puesto que en todos ellos dejó doña Urraca inequívocas muestras de su piedad y munificencia.

El horizonte de aquel vasto reino comenzó á oscurecerse de manera demasiado notable, apenas habia terminado el antedicho viaje. Las medidas que iba adoptando el rey eran demasiado sospechosas y alarmantes para Castilla; y aunque las negras nubes se habian dejado entrever en el hogar doméstico de los reales esposos, iban á rechazar inevitablemente contra el reino, y traian inquietos y alterados los ánimos de los castellanos y leoneses.

Este Alfonso I de Aragon es el animoso infante que conocimos en la batalla de Alcoraz; el que, al oír el mensaje de aquel traidor conde que aconsejaba la retirada á D. Pedro I, exclamó: *¡primero morir!*; este es el célebre guerrero que mereció el epíteto de *Batallador*; y que siendo, como era, inquieto, atrevido, jóven y muy esforzado, no podia estar muy distante de ser ambicioso. Habia, además, demostrado en otro tiempo sus miras respecto de Castilla; miras que hicieron surgir en la mente de los condes y magnates castellanos el ya realizado matrimonio, al cual fueron unidos el costoso sacrificio de la reina y la desgracia del reino todo. Hé aquí la razón por qué dijimos en un principio que era harto limitada la inteligencia humana, la cual á las veces yerra tomando todas las más claras y naturales medidas que deben conducir al acierto.

Ni el rey ni la reina se amaban cuando se casaron: el primero solo consideró que iba á ceñir una corona más, aunque era su esposa la reina, sin guerra y sin sacrificios; y doña Urraca recordó solamente la voluntad de su padre, y cedió á los consejos de los grandes, que veian en aquel para ella funesto matrimonio la única salvación del reino. Por otra parte, Alfonso era un bizarro soldado, no un caballero galante: quizá á haber sido menos rudo en sus costumbres y más amoroso en su trato, hubiera logrado ser querido de su esposa. Esta, cuyo carácter no podia ser rudo también y belicoso, no encontró en su consorte el cariño que quizá la hubiera hecho cambiar respecto de aquel; y visto que si habia aca-

riciado alguna ilusion de felicidad esta habia completamente desaparecido, comenzaron las disensiones domésticas, que en los reyes refluyen necesariamente sobre sus pueblos.

Dicese que era la reina no muy severa de costumbres; mas aun siendo así, nunca hubo motivo para que el rey la maltratase de *palabra y de obra* diversas veces. Es accion indecorosa y baja en un caballero la de poner las manos en una señora; y Alfonso I de Aragon *puso las manos en el rostro y los piés en el cuerpo de la reina*: son palabras textuales.

Habia llegado á un grado tal el escándalo, que los prelados y el clero todo aconsejaban á doña Urraca se divorciase de un esposo que tan mala y villanamente la trataba: por otra parte, se agitaban bandos en pró y en contra de ambos consortes. Los partidarios del rey difamaban de escandalosa manera á doña Urraca, y decian que si queria divorciarse era porque por este medio podia unirse al conde D. Gomez de Candespina, con quien debia haberse casado en vida de Alfonso VI.

El divorcio presentaba grandes probabilidades de realizacion; porque los prelados que le aconsejaban, se apoyaban en la nulidad del matrimonio por efecto del inmediato parentesco de los reyes, razon que ya expusieron antes de efectuarse aquel; empero fué ahogada su voz por la de los condes y magnates. Si así no hubiera sido, tal vez no hubiese tenido Castilla que llorar, y aun cuando fuera cierto el cariño de la reina al conde de Candespina, este hubiera podido unirse á ella y contener la ambicion del aragonés y tener á raya á los mahometanos; porque era un guerrero valiente, noble y castellano.

Los bandos, los proyectos y el general disgusto dieron márgen á que el rey D. Alfonso comenzara á poner por obra su deseo. Al efecto se hizo circular la noticia de que los almoravides tenian fijas sus miras sobre Toledo; y á fin de prevenir con tiempo la pérdida de la ciudad, dispuso Alfonso de Aragon fuesen guarnecidas otras varias, y todas las más importantes fortalezas y castillos por tropas aragonesas, que eran naturalmente las que más confianza le inspiraban, como si las castellanas y leonesas no fueran suficientes á la defensa.

Esta importante medida, de suyo alarmante é injustificada, tal vez no hubiera hecho estallar los ánimos aunque ya muy irritados, ni hubiese dado márgen á que la misma reina determinase conspirar contra su esposo; mas fué seguida de otra demasiado fuerte: la de encerrar á doña Urraca en el fuerte de Castellar (1111).

Esta desgracia hizo surgir en la mente de la prisionera reina el recuerdo de que existia Alfonso Raimundez, su hijo y del difunto conde de Galicia Ramon, ó Raimundo, de Borgoña. Criábase á la

sazon el príncipe en la aldea de Caldas (que por esta razon tomó despues el nombre de *Caldas de Rey*); y era su ayo y el director de su educacion el conde Pedro de Trava.

Este noble, fiel á su real pupilo, tan pronto como la reina se desposó con Alfonso de Aragon, quiso hacer proclamar al príncipe como rey de Galicia; y segun algunos autores, apoyaba su idea en el testamento de Alfonso VI, que así lo determinaba para en el caso de que doña Urraca pasase á segundas nupcias. Sea cierta ó no la disposicion testamentaria del difunto rey, es lo cierto que la augusta prisionera hizo marchar algunos mensajeros á Galicia, á fin de que se procurase la expresada proclamacion.

No se llevó á cabo este pensamiento; porque cuando era menos posible imaginarlo, se reconciliaron los reyes. Sin embargo, el ayo del príncipe D. Alfonso hizo de modo que la asoladora guerra civil alzó su destructora cabeza en Galicia, comenzando aquella de una manera terrible y que amenazaba calamidades sin limite y desastres sin cuento.

Hallábase á la sazón el tierno príncipe en el castillo ó fuerte de Santa María de Castrello, al cuidado de la esposa del conde de Trava, señora de ánimo varonil y de incontestable fidelidad. Tenia su esposo enemigos, como los tiene todo el que vale ó figura más que la generalidad de los hombres; y entre aquellos se contaba á dos hermanos llamados Pedro Arias y Arias Perez, quienes al frente de los parciales de su bando acometieron irreverentemente el castillo de Santa María.

La ilustre y animosa señora, que defendió valerosamente el sagrado depósito por ella custodiado, pidió auxilio á D. Diego Gelmirez, á la sazón obispo de Compostela (Santiago), por medio de un mensajero que pudo llegar hasta él sin ser visto de los amotinados.

Presentóse el prelado en el castillo; mas al franquearle la entrada, tras él pasaron en tumulto y atropelladamente los conjurados; llegaron hasta el sitio en que la condesa se hallaba estrechando al príncipe entre sus brazos, de entre los cuales querian arrancarle. Entonces la señora, comprendiendo que la lucha no podia ser larga, entregó al tierno Alfonso en manos del obispo; mas de poco sirvió el que no le tomasen los insurrectos, puesto que pocos momentos despues fueron hechos prisioneros por aquellos el príncipe, el prelado y la condesa.

Tan inaudito atropello produjo un efecto diametralmente opuesto al que se propusiera aquella desenfrenada muchedumbre. Toda Galicia asombrada del irritado atrevimiento se puso en armas en favor del príncipe D. Alfonso y de los prisioneros, á los cuales tuvieron que poner en libertad apresuradamente los conjurados; y el

prelado, que era muy querido de todos, desplegando una política tan hábil como honrada, y aprovechando su influencia, logró pacificar todos aquellos dominios, y adquirió para el partido del príncipe muchos auxiliares de entre los nobles que antes militaban en el contrario bando.

Estos sucesos fueron tan rápidos que todos ellos tuvieron lugar en el año 1111, en el cual también ocurrió la prision de la reina y cuanto acabamos de referir; y en el mismo comenzaron de nuevo los disgustos entre el rey y la reina, que produjeron una segunda separacion, pública y solemnemente realizada.

Este hecho dió motivo á que los nobles á cara descubierta se dividiesen, adhiriéndose cada uno al partido que preferia. A la cabeza del de la reina figuraban el conde de Candespina y D. Pedro Gonzalez de Lara, que tenian sus aspiraciones en el caso del formal divorcio entre los reyes, y el venerable D. Pedro de Ansurez, el fiel amigo de Alfonso VI, ayo que habia sido de doña Urraca y cuyo afecto era tan desinteresado como firme.

Pudiera creerse como muy probable que la reconciliacion de los reyes fué por parte de Alfonso de Aragon calculada y poco sincera; porque á pesar de la corta duracion de aquella, la aprovechó el monarca para apoderarse de Toledo.

Era gobernador de la memorable ciudad el ya conocido Alvar Fañez, hombre valeroso y de grande inteligencia: guerrero que, como muy oportunamente dice un ilustre escritor contemporáneo, fué como caudillo la más grande figura de aquel siglo, muertos Alfonso VI y el esforzado Cid.

Estaba á la sazón aliado con Alfonso el Batallador un prócer lusitano llamado D. Enrique de Portugal, el cual tenia también sus ambiciosas miras sobre la monarquía entera de Castilla; y unidos ambos y decididos á venir á las manos con aquellos á quienes llamaban enemigos, se pusieron en marcha, y en son de guerra llegaron á las inmediaciones de Sepúlveda, en donde se encontraron con las huestes castellanas, cuya vanguardia iba mandada por el conde D. Pedro de Lara, uno de los más ardientes partidarios de doña Urraca.

Tuvo lugar el choque en el Campo de la Espina, y fué aquel muy fatal á las armas castellanas: quedó el campo por D. Alfonso de Aragon, y el de Lara tuvo que retirarse á Búrgos; y aunque el conde D. Gomez se sostuvo esforzadamente con el resto del ejército y mantuvo durante algun tiempo más la batalla, fué al fin funesto el resultado definitivo de esta, que costó la vida al valeroso conde y á varios nobles que pelearon bizarramente.

Este desastre dió al rey de Aragon nuevos bríos; y viéndose dueño del terreno, comenzó á recorrer todos los dominios castellanos,

devastando, quemando y pillando cuanto á su paso encontraba. Fueron tales los desmanes que cometió y que permitió cometer, que la marcha de su ejército hizo olvidar las sangrientas y destructoras algaras mahometanas.

Doloroso es decirlo cuando se trata de un rey y de un ejército cristianos; pero es forzoso consignar aquí los atentados de que entonces fueron objeto los monasterios y las iglesias, sufriendo los atropellos de los soldados, y huérfanas de sus prelados que eran, por lo menos, desterrados si se les tenía por partidarios de la reina legítima, á no ser que emigrando á tiempo se librasen de la persecucion del cruel soberano (Noviembre, 1111).

Un bien trajo á Castilla tanto desastre reunido. Doña Urraca, sin decaer de ánimo, hizo un llamamiento general á cuantos se decían sus partidarios; y la convocacion tuvo tan feliz resultado, que aun los que eran tenidos por poco afectos á la reina depusieron sus quejas, más ó menos justas, y se unieron á la reina. Lo mismo hicieron todos los nobles de Galicia: deponiendo hidalgamente en aras de la patria las antiguas discordias, ofrecieron á la reina sus espadas, y llevaron á cabo el antiguo proyecto de coronar como rey de Galicia al príncipe D. Alfonso Raimundez.

Después de verificar la solemne proclamacion del nuevo rey, este se coronó en la suntuosa basilica compostelana; y para que nada faltase á este importante acto, D. Alfonso fué ungido por el mismo obispo de aquella sede, el antes nombrado D. Diego Gelmirez (1111).

No quisieron los magnates que habian dado tan avanzado paso, dejar incompleta tan importante obra. Doña Urraca estaba en Castilla, y creyeron conveniente y aun necesaria la traslacion del rey de Galicia al castillo de Orcillon, en donde se hallaba la reina su madre.

Dispúsose la marcha; y reuniendo cuanta gente de guerra pudieron allegar, se puso en marcha el joven rey escoltado por muchos próceres de Galicia, acompañado por el obispo y por su ayo el conde de Trava, y seguido de un regular ejército compuesto de leoneses y gallegos.

Apenas habian rebasado los limites de Astorga, avistaron el ejército del rey de Aragon; porque este, sabedor de cuanto ocurría, determinó jugar el todo por el todo y completar si podia el atentado.

Los que escoltaban á D. Alfonso Raimundez se prepararon á defenderle, decididos á perder la vida antes que abandonar al joven rey; y ordenadas las haces de uno y otro bando, comenzóse una reñida y sangrienta lucha cuyo resultado dió un nuevo triunfo á don Alfonso de Aragon. No logró, empero, su mayor deseo: la fuerza del

ejército enemigo de doña Urraca cargó decididamente á deshacer la que custodiaba á D. Alfonso Raimundez; esta se batía denodadamente, á fin de impedir el intento de los secuaces del de Aragon; mas como estos llevasen la ventaja, el obispo Gelmirez, con tan intrépido corazon como pudiera haber tenido en tan critica ocasion un consumado guerrero, tomando en sus brazos al tierno rey y auxiliado por los nobles que á este escoltaban, salió del lugar de la batalla, y á toda brida llegó al castillo de Orcillon y entregó á doña Urraca el sagrado depósito. La batalla tuvo lugar en Villadangos (entonces Viadangos); y habiendo quedado el campo por el rey de Aragon, la reina con su hijo y el obispo, por caminos desusados huyeron por los montes de Asturias á refugiarse en Santiago, y los restos del ejército vencido se replegaron á Astorga, en cuya ciudad se parapetaron é hicieron fuertes, por-si les seguia el alcance el vencedor.

No arredraron los contratiempos á la reina, cuya primera edad no dió seguramente idea de que tan animosa fuese; ni arredraron más al obispo, que se mostraba cada dia más fiel á sus legitimos soberanos. Para conjurar la fuerte tormenta, hicieron un nuevo llamamiento á los gallegos, que surtió el mismo buen efecto que el anterior á la batalla de Villadangos.

En tanto esto sucedia, D. Alfonso de Aragon sitiaba á Astorga; empero supo que se acercaba un nuevo ejército, compuesto de gallegos decididos y de bravos castellanos. Además, D. Enrique de Portugal, su compañero en el Campo de la Espina, versátil como todo ambicioso que gira segun el viento que cree debe llevar su bajel al término de sus deseos, se habia unido al ejército de D. Alfonso Raimundez, á cuya cabeza venia como supremo caudillo.

El animoso rey de Aragon no se determinó á esperar al enemigo, aunque tan valiente se habia siempre mostrado; apresuradamente levantó el sitio de Astorga, y á marchas forzadas se retiró al castillo de Peñafiel. Era este fuerte y estaba bien provisto; mas sin embargo, los castellanos y gallegos, con los portugueses que consigo llevara D. Enrique, siguieron al monarca de Aragon, y pusieron sitio al castillo; pero la discordia no tardó mucho tiempo en agitar sus negras alas en el campo de los sitiadores.

Estaba casado D. Enrique de Portugal con la infanta de Castilla doña Teresa, hija de Alfonso VI y hermana paterna de doña Urraca; mas era considerada como ilegítima, por haber nacido de la reina Jimena Nuñez, cuyo matrimonio con el rey D. Alfonso VI fué declarado ilegítimo, segun en su lugar hemos dicho.

Hallábase en el sitio doña Teresa, y, sin que pueda afirmarse el motivo, tuvo serios disgustos con su hermana, que llegando hasta D. Enrique, produjeron la retirada de este con las tropas que como



auxiliares había llevado. Este fué un verdadero perjuicio para la causa de doña Urraca; porque las pretensiones del portugués, conde de todas las posesiones quitadas á los musulimes en la Lusitania y cedidas en dote por Alfonso VI á su hija doña Teresa, estaban basadas en su matrimonio con la infanta de Castilla ya citada. Ciertamente es que la ilegitimidad de esta hacia aquellas ilusorias; mas hubiera sido siempre conveniente el tener al de Portugal obligado, porque sobre ser belicoso guerrero, disponia de un regular ejército, reunido entre las ciudades de que se componia su condado.

En este violento y perjudicial estado se hallaban los negocios del magnífico reino del glorioso Fernando el Magno y de los inolvidables Alfonsos, cuando llegó á España un legado de Pascual II, Sumo Pontífice, que traía á la península la misión de poner término á tanto desorden, realizando definitivamente la separación de la reina de Castilla y del rey de Aragon.

No era, sin embargo, la ocasión aquella la más á propósito para que se realizase el formal divorcio. Hacia muy poco tiempo que habían estallado las escisiones y discordias en el sitio de Peñafiel; y estas se atribuyeron especialmente á la infanta doña Teresa, que tenia sus aspiraciones al trono de Castilla, aunque mal fundadas, como hija de Alfonso VI. Además, su carácter era naturalmente orgulloso y, como muy aficionada al mando, consentia que las tropas de su esposo y los naturales del país la diesen el título de reina, y esto era para doña Urraca, soberana legítima, una continua mortificación. De aquí el disgusto entre ambas hermanas, y según se cree, el haberse puesto la reina de acuerdo con su esposo, á fin de oponerse unidos á los planes de los condes de Portugal. De un modo ó de otro, los portugueses abandonaron el campo, y los de Castilla levantaron el sitio, y en este estado se hallaban los asuntos cuando llegó á España el nuncio ó legado de Pascual II.

Reunidos los principales magnates del reino de Castilla y Leon, influyeron para que se realizase un acomodamiento entre los reales esposos: señaláronse unos castillos y pueblos á la reina, y otros al rey; pactando asimismo que todos se adheririan, en caso de trasgresión del solemne pacto, al que le cumpliese de ambos esposos, yendo decididamente contra cualquiera de los dos que le quebrantase.

No dió Alfonso de Aragon mucho tiempo para que se dudase cuál de los dos seria el primero á faltar al concierto establecido; porque muy pronto y con verdadera impudencia comenzó á hacerse dueño de cuantas fortalezas habían tocado en la repartición á doña Urraca; y los caballeros, queriendo por su parte cumplir lo que habían jurado, y viendo la mala fé del rey, se decidieron por la reina, y yendo contra el perjurio, le hicieron huir de la tierra de

Campos, dándole apenas tiempo para que se encerrase en el castillo de Búrgos.

En el momento salió personalmente la reina á campaña, y reforzando el ejército con las tropas que consigo trajo de Galicia, atacó con singular denuedo el castillo, y el rey de Aragon tuvo que rendirle, contemplándose muy feliz porque pudo retirarse á sus dominios de Aragon. Lástima grande fué que un rey tan valeroso tuviese tan voluble y desigual carácter: como si su vida no hubiese sido un continuo tejido de traiciones á su esposa y al reino de esta, y como si no estuviese tan reciente su perjurio, con la misma impudencia que habia faltado al solemne pacto, pidió desde Aragon se consintiese en su reunion con la reina, asegurando para lo sucesivo su puntual exactitud en cumplir lo que de nuevo se pactase.

No recibieron mal la proposicion los principales magnates, y no sabemos, por cierto, cómo llevaban la credulidad y buena fé hasta semejante extremo. Entonces D. Diego Gelmirez, el obispo de Santiago, desplegó todo su celo en favor de la reina y de su hijo, haciendo una terrible oposicion al mencionado proyecto; oposicion que fué enérgicamente rechazada por los honrados, pero ilusos, castellanos, y que en muy poco estuvo el que costase la vida al prelado (1113).

De esta manera continuaron las cosas hasta que reunido un concilio en Palencia, se declaró por este legal y solemnemente la nulidad del matrimonio de doña Urraca y D. Alfonso de Aragon, á consecuencia principalmente del inmediato parentesco de ambos reyes.

El concilio se realizó algunos meses despues de la nueva solicitud del rey de Aragon, á instancia del arzobispo de Toledo (D. Bernardo), y fué presidido por el legado del Pontífice antes mencionado.

Ni la decision del concilio bastó á detener en su ambiciosa carrera al de Aragon. Sus parciales continuaban agitando la tea de la discordia en los estados de doña Urraca, favorecidos y animados por la importante circunstancia de permanecer todavía las guarniciones aragonesas en los puntos que antes del concilio ocupaban. Dicen algunos autores que la reina se enagenaba la voluntad de los suyos con su conducta; porque los defectos se habian hecho públicos, como muy fácilmente sucede siempre con los de los reyes, porque su elevacion sobre la generalidad hace que sean mucho más visibles todos sus actos, buenos ó vituperables. Uníase á esto que el obispo de Santiago, de acuerdo con D. Pedro de Trava, procuraba asegurar en el reino á D. Alfonso Raimundez, con notable perjuicio de una parte de los dominios de su madre; y á con-

secuencia de esto, según parece, volvió la reina á Galicia, con la decidida intencion de prender al obispo. Otros defienden la nunca desmentida lealtad de D. Diego Gelmirez, manifestando que se esparcieron tales calumnias por los enemigos del prelado. Sea de esto lo que quiera, parece averiguado que la reina quiso prender al obispo, y que este, valiéndose de sus muchos parciales, se decidió á impedir el intento de la reina, rechazando la fuerza con la fuerza. Dan á entender unos que esto lo hizo el prelado porque decidió continuar el mal camino que habia emprendido: otros aseguran que solo fué porque se ofendió del mal pago que á su lealtad se daba, y solamente para no ser víctima de un atropello. De un modo ó de otro, es lo cierto que la reina se reconcilió con el obispo, y que poco tiempo despues determinó aquella de nuevo la prision de D. Diego.

Ya era la tercera vez que esto ocurría; y no nos detendremos á probar si la conducta del prelado fué ó no leal, porque sobre ella están sumamente discordes los antiguos escritores. Sábese, empero, que despues de lo que acabamos de referir, Diego Gelmirez se manifestó ostensible y francamente en favor de D. Alfonso Raimundez, unido al conde de Trava, y seguido de los principales magnates de Galicia.

Entonces sí comenzó una abierta lucha entre la reina y el obispo. Doña Urraca, animosa y decidida, apoyada por los señores que seguían su partido y precediendo á sus soldados, se dirigió al foco de la rebelion. Á pesar de este alarde de fuerza, bien pronto comenzaron las negociaciones; y como consecuencia de estas las promesas de concesiones al prelado para la diócesis cuya sede ocupaba (1116). Ni aun así se avino D. Diego; por lo menos continuó favoreciendo al hijo de doña Urraca, y por consiguiente las turbulencias y agitacion no cesaron.

Llegamos á un nuevo periodo de lamentables trastornos y de convulsiones terribles: imposible parece el que despues de tantos años de un reinado por el extremo agitado y turbulento, no hiciesen tregua los odios, las ambiciones, los desmanes, las intrigas y las deslealtades; empero lejos de esto, el nuevo escándalo que vamos á referir sobrepuja á cuantos dejamos ya consignados.

El cariño que el pueblo tenia á D. Diego Gelmirez comenzó á trocarse en indiferencia, y concluyó por un formal y manifiesto odio. Cansado de tanta intriga y de tanta y tan nociva guerra civil, se reunió espontáneamente; y disponiendo que saliese de Santiago, ó Compostela, el príncipe con la condesa de Trava, dejó franca la entrada á doña Urraca.

No estaba solo el obispo, pues le apoyaba respetable hueste, mandada por el conde de Trava, su fiel aliado é íntimo amigo; mas

como viese á todo el pueblo compostelano en armas y furioso, tuvo necesidad de replegarse, y se refugió en la iglesia, haciéndose fuerte en las torres de la misma.

No le sirvió esta medida extrema; porque el pueblo entró desbordado en el palacio de D. Diego, saqueando y destruyéndolo todo. En la iglesia no contaba el refugiado obispo con recursos para subsistir mucho tiempo; y para complemento de su desgracia, los soldados del conde de Trava desertaban en gruesos pelotones é iban á engrosar las filas del ejército de la reina. Entonces de nuevo intervinieron los nobles de Galicia, y lograron realizar una nueva reconciliacion; y si fuéramos á señalarla número, seguramente no sabríamos cuál había de corresponderla, segun las que hemos consignado y las que hemos omitido por no ser de tanta importancia como las que referidas llevamos.

Terminado este ruidoso incidente prosiguió la reina su marcha, con el objeto de sujetar á los que continuaban tremolando el estandarte de la insurreccion.

Entre los sublevados se distinguia el conde D. Gomez Nuñez, que defendia varios castillos, á nombre del príncipe D. Alfonso. Fué doña Urraca en su busca y estableció un formal sitio para apoderarse del noble rebelde. Aquí debemos consignar el nuevo escándalo que poco hace indicamos.

Cuando la reina tenia sus líneas establecidas de suerte que debía esperar la pronta rendicion de D. Gomez, se encontró cortada por un nuevo é inesperado enemigo. Su hermana doña Teresa, viuda del conde de Portugal, reconciliada habia tiempo con la reina y en la mejor armonía, al parecer, con ella, estaba secretamente unida con el obispo y con el conde de Trava; é inopinadamente reunió sus portugueses á las tropas que aun acaudillaban los dos principales jefes de la insurreccion, y sitió á la reina su hermana en Soberoso.

Este hecho demuestra de evidente manera que la infanta doña Teresa era ambiciosa, intrigante y astuta. Quizá ella habria sido la que influiria en el ánimo de su difunto esposo para militar ya en uno ya en otro bando, segun sus miras ambiciosas exigian: por lo menos este triste suceso, ocurrido despues de muerto el conde, prueba que no necesitaba de él su esposa para manifestarse tal cual en realidad era. El conde D. Enrique de Portugal habia fallecido en Astorga el dia 1.º de Mayo de 1114.

Viéndose doña Urraca en aquel conflicto, apeló al valor y fidelidad de sus tropas: estas hicieron una vigorosa salida; rompieron las líneas del ejército insurrecto, y llegaron con la reina á Santiago, desde cuyo punto se trasladó dicha señora á la córte de Leon.

Quedó en Galicia la infanta doña Teresa, probablemente decidi-

da á seguir bajando por la fatal pendiente en que se habia colocado: empero la fué forzoso el regresar á Portugal, á consecuencia del intento demostrado por los mahometanos de atravesar los límites de las posesiones cristianas de dicho reino, viendo desmembrado el ejército lusitano.

De nuevo y con más violenta furia estallaron los motines contra D. Diego Gelmirez, que habia permanecido en Santiago, despues de ausentarse la reina para pasar á Leon; y tan de punto subieron aquellos, que el prelado tuvo que marchar apresuradamente en busca de doña Urraca para pedirle proteccion y auxilio. La reina le recibió tan benignamente como si nada hubiera hecho jamás contra ella, dispensándole los mayores obsequios; y para demostrar la ilimitada confianza que en él depositaba, le encargó la delicada mision de establecer la paz con el príncipe, su hijo, ó más bien con los sublevados nobles que el nombre de aquel habian tomado por bandera.

Negóció con extraordinaria habilidad el prelado, á pesar de lo arduo del asunto que le estaba encomendado, ganando antes la voluntad de los condes que más adictos eran al príncipe, ó más afectos á las revueltas, y la concordia entre D. Alfonso Raimundez y la reina su madre quedó establecida.

A consecuencia de esta grata novedad se dirigió á Galicia doña Urraca, y tuvo el gusto de abrazar con verdadero cariño á su hijo, el cual la recibió tambien con las más grandes muestras de filial amor. Por desgracia este tan fausto suceso, que anunciaba una nueva era de felicidad y bonanza, sirvió de tan poco que solo fué un brevísimo interregno para recomenzar los desórdenes, y nuevos escándalos aun más inauditos é irreverentes que los anteriores, aunque tan grandes fueron.

Apenas habia terminado la cariñosa entrevista entre la reina y su hijo, aquella tomó la vuelta de Santiago, en donde el partido contrario á D. Diego Gelmirez traia alterado el órden. Decidida la reina á castigar á los turbulentos populares, entró en Compostela; y apenas llegada estalló el motin, que tomó instantáneamente colosales proporciones. La tropa permaneció fiel á la reina; empero como circulase la voz de que esta iba á desarmar al pueblo, este se encerró en la sagrada y magnífica basilica, dentro de cuyo respetable y santo recinto tuvo lugar una escena espantosa y repugnante. Allí mismo comenzó una terrible y porfiada lucha, silbando por el aire las saetas y las piedras, al paso que muchos se batian con toda suerte de armas, enrojeciendo el pétreo pavimento sin respeto al sagrado lugar ni á los que descansaban bajo las frias losas durmiendo el sueño eterno.

Los sublevados habian comenzado por asesinar ferozmente á los

que fueron de orden de la reina á mandarles rendirse; y como esta señora supo el horrible hecho y la escena que tenia lugar en la catedral del santo Apóstol, temerosa de ser objeto de las iras de tan desenfadada muchedumbre, abandonó el palacio episcopal, y acompañada del obispo y de los nobles que le seguian, se encerró en la torre llamada de las Señales: tomó á tiempo aquella determinacion; porque pocos momentos despues fué atropellado el palacio, y por segunda vez saqueado y destruido cuanto en su recinto encerraba. No satisfechos con esto los insurrectos, decidieron poner el colmo á sus inauditos desmanes y llevar su horroroso delito hasta el mayor extremo posible.

Despues de haber destrozado y robado cuanto á la mano hallaron en el palacio episcopal, se dirigieron á la torre de las Señales y la tomaron á viva fuerza, despues de haber arrojado diversos combustibles encendidos.

Es seguramente indescriptible la escena de horror, desolacion y luto que tuvo lugar en aquel sitio: las imprecaciones se oian mezcladas á los lamentos y quejidos; el crujido de las incendiadas maderas, se unia al retumbar de las enormes piedras lanzadas por el aire; al siniestro silbar de las mortíferas saetas, las amenazadoras llamas que salian por las pardas ojivas de la elevada torre y subian hácia el cielo, como para demandar venganza contra tamaño y tan inusitado desafuero; y el fragor horrísono, y el estridente crujir, y los desconsolados ayes, y el chocar de las matadoras armas, y el caer de los cuerpos heridos desplomados sobre el pavimento, ahogaban la débil y acongojada voz de la reina de Castilla, que erizado el cabello y oprimida de mortal angustia, veia y no podia creer que la ira pudiese desencadenarse hasta el punto de llevar al último extremo la irreverencia, y el desacato, y la deslealtad.

Olvidada por un momento la augusta soberana de su propio peligro, comenzó á instar al obispo para que huyese; mas el prelado á su vez aconsejó á la reina que saliese; porque creia, y con razon al parecer, que no seria insultada, al paso que él, como principal objeto del odio popular, dificilmente podria salvarse. No tardaron los amotinados en manifestar con desaforadas voces que no se equivocaba D. Diego Gelmirez: muy pronto oyeron decir los refugiados á la multitud, que saliese la reina; pero al mismo tiempo pedian la muerte del prelado.

Animada doña Urraca con las voces que en su favor oia, se decidió á salir, para dar término á tan horrorosa angustia; empero (rubor é invencible disgusto cuesta el decirlo, mas no es posible dejar de consignarlo) la tumultuosa muchedumbre, lejos de hacer lo que su voz favorable á la reina manifestaba, no solamente la insultó de palabra, si que tambien osó poner las manos en la soberana-

na de Castilla y Leon, rasgándola los vestidos, asiéndola de los cabellos y dejándola tendida en el duro suelo.

Mejor libró el prelado, el cual, aprovechando una oportuna ocasion, salió de incógnito, disfrazado con el traje de un campesino, cuyo vestido le fué, segun se asegura, proporcionado por el abad del monasterio de San Martin. Fuera ya de la funesta torre, se dirigió al templo de Santa Maria para reunirse con la reina, que se habia en aquel sagrado asilo refugiado luego que se vió libre de la escandalosa turba de frenéticos.

El término de la horrorosa escena, despues de haber ocasionado victimas sin cuento, entre las que se contaron un hermano y un sobrino de D. Diego Gelmirez, fué una capitulacion vergonzosa, así puede llamarse, con los insurrectos, mediante la cual ofreció la reina nombrar otro obispo, que era la principal exigencia de los amotinados, prometiendo diversas ventajas en la manera de gobernar aquellos dominios, y asegurando que el pacto seria firmado por la soberana, por D. Alfonso, su hijo, y por los condes y principales magnates.

De nada sirvió este pacto, firmado por efecto de la violencia y del temor: extramuros estaba el conde de Trava y el mismo principe con respetable ejército; pero no se atrevian á hostilizar á los revoltosos, por no comprometer la existencia de la reina. En el momento que esta señora llegó al campamento de D. Alfonso, determinaron ir contra la ciudad con decidida resolucion de hacer un castigo ejemplar en los delincuentes.

Para evitarlo acudieron al campamento real las más influyentes personas de Santiago, y suplicaron á la reina el perdon, y al obispo levantase la excomunion que habia fulminado; mas no lo consiguieron sino despues de muy humildes ruegos y promesas. La ofensa habia sido terrible, mas por fin cedió doña Urraca, cuyo carácter, segun se ha visto en más de una ocasion, era muy bueno; los insurrectos depusieron las armas; se disolvió la *germania* (hermandad) que habian formado; juraron fidelidad á la reina y obediencia al prelado; se impuso una multa pecuniaria á la ciudad, y esta entregó cincuenta jóvenes de las principales familias, que servirian de garantía ó de rehenes.

Con estas condiciones indultó doña Urraca de la pena de muerte á los delincuentes; pero desterró á cien personas designadas como jefes de la sedicion, mandando fuesen devueltas las alhajas robadas en la sagrada basilica, y se hizo reparar á costa de los insurrectos el templo y el palacio.

En aquel tiempo ascendió á la Sede pontificia el papa Calixto II, hermano del difunto D. Raimundo de Borgoña, conde de Galicia, y por consiguiente tio del principe D. Alfonso Raimundez, y cuña-

do de la reina doña Urraca. Esta novedad fué muy grata al obispo D. Diego Gelmirez; porque, segun se asegura, pretendia que la sede episcopal de Compostela pasase á ser metropolitana. Para lograrlo interpuso el favor del augusto sobrino del nuevo Pontífice, y dispuso fuesen sus mensajeros á Roma.

Dícese que no otorgó el Sumo Pontífice la gracia pedida sino á fuerza de instancias y ruegos; empero cedió por fin, y desde entonces (1120) hasta nuestros tiempos, la sede metropolitana de Mérida fué trasladada á Santiago, adquiriendo su prelado la legacia apostólica sobre la sede, desde entonces episcopal, de Mérida, y sobre la de Braga.

Poco despues encontramos por centésima vez á la reina indisuelta con el nuevo arzobispo; se cree fué la causa el continuar D. Diego favoreciendo al príncipe en perjuicio de los derechos de la reina. De un modo ó de otro, esta señora partió en direccion de Galicia en persecucion del prelado, aunque presentando como pretexto el intento de recobrar á Tuy, cuya ciudad le habia sido usurpada por su hermana, la infanta doña Teresa.

No desmintió doña Urraca la razon que diera al partir para Galicia: lo mismo sostuvo ante el prelado, al cual comprometió á que la ayudase en su empresa. En consecuencia D. Diego con regular hueste y con la nobleza de Santiago se reunieron al ejército de la reina, y avanzando hasta el territorio portugués, talaron y destruyeron conquistando diversas poblaciones.

Con próspera fortuna caminaba entonces doña Urraca; doña Teresa tuvo que internarse, aunque no pudo evitar el que la reina la sitiase en el fuerte de Lanioso. Entonces fué cuando D. Diego se encontró indeciso, ligado como se veia con la reina, y, segun se supone, con la infanta: viendo el evidente peligro que esta corria y obligado por pactos secretos con ella, al mismo tiempo que se hallaba en poder de la reina, determinó adoptar un término medio para salir del fuerte comprometido. Pidió á doña Urraca permiso para retirarse á Santiago, pretextando la falta que hacia su presencia en su iglesia; mas la reina, que en esta ocasion usó de un disimulo en ella desusado, le negó la peticion, manifestándole de cuánto consuelo era para ella su estancia en el campamento, cuando de su talento y prudencia necesitaba más que en ninguna ocasion.

No pudo menos de acceder Gelmirez al oír tales palabras; mas sin embargo, debió secreta y mañosamente influir para que las dos hermanas se aviniesen, que era para él el punto capital, creyendo que de este modo saldria del conflicto que desasosegado le traia: ignoraba el prelado hasta qué punto llevaba en aquella ocasion la reina el disimulo.

No puede caber duda en que debió mediar un hábil negociador;

porque de pronto se publicó un pacto solemnemente hecho por ambas hermanas, en el cual doña Teresa prometía bajo juramento auxiliar á la reina en todas sus empresas; no hacer armas nunca contra ella; defenderla contra sus enemigos, fuesen españoles ó moros, y no dar asilo en su reino á ningun rebelde á la reina, si en él quisiera refugiarse. Doña Urraca, por su parte, concedía á la viuda condesa de Portugal el dominio de varios lugares en Salamanca, Toro y Zamora.

Tan pronto como quedó solemnizado el predicho pacto, regresó á Galicia el ejército que habia invadido á Portugal. Llegó á la orilla izquierda del caudaloso Miño, y por disposicion de la reina pasó primero el rio la hueste de D. Diego, con los caballeros que le habian acompañado; entonces la soberana, viendo destituido á Gelmirez del auxilio de los suyos, le mandó prender y conducir á un castillo. Creemos que no obró bien la reina; porque inspirar confianza con el intento de abusar de ella, jamás debe aprobarse, puesto que no es proceder honradamente; mas visto el carácter excesivamente bondadoso que doña Urraca demostró en varias ocasiones, y muy especialmente despues de las horrorosas escenas ocurridas en la torre de las Señales, no diremos como otros que el proceder de doña Urraca fué extraño y desleal; diremos que no fué noble, pero que pudo ser preciso, puesto que de otro modo no hubiera podido prender al que tantas convulsiones civiles habia ocasionado, dando márgen á los excesos que tuvieron lugar en la expresáda torre: por lo menos, debemos llamar hábil política á la que en esta ocasion desplegó doña Urraca, como suele llamarse á acciones parecidas y aun menos honrosas, practicadas por otros.

Este incidente, como era natural, produjo dos distintos efectos: los enemigos del prelado se regocijaron extraordinariamente; el cabildo y sus parciales juraron venganza. El cuerpo social estaba muy gravemente dañado, y cualquier enfermedad le alteraba de peligrosa manera.

El príncipe D. Alfonso estaba dominado por su ayo y los amigos de este, cosa nada extraña puesto que desde sus primeros años le conocia y trataba: necesariamente la influencia del de Trava habia de poder mucho en el ánimo del príncipe, y esto se vió ostensiblemente en aquella ocasion; porque hizo completa separacion del partido de la reina, en union con su ayo y con grande número de próceres de Galicia.

Reunido el ejército, que podemos llamar rebelde, estableció su campamento en las márgenes del Tambre; y como los asuntos públicos presentasen muy siniestro aspecto, la reina condescendió en dar la órden para restituir la libertad á Gelmirez. Este exigió acto continuo la devolucion de los bienes y de los castillos que se le ha-

bian confiscado; mas la soberana de Castilla no creyó debia acceder á esta demanda, porque el devolverle los fuertes pudiera traer consigo no pocos peligros, y prefirió ponerse al frente de su ejército y salir á campaña contra los rebeldes, á cuyo frente estaba ya D. Diego.

Ya se veian preparadas las haces para comenzar la batalla en las inmediaciones de Monsacro, cuando la reina recibió un mensaje, por medio del cual su hijo proponia la paz. Llevóse á cabo el tratado, dando en rehenes la soberana sesenta de los principales caballeros de su séquito.

Este fué el último episodio notable de aquel turbulento y tempestuoso reinado; porque aunque no faltaron incidentes poco pacíficos, no fueron de grande importancia, ni era posible esperar dejasen de ocurrir frecuentemente, puesto que la situacion de suyo llevaba consigo los trastornos y disgustos: la reina lo era de derecho, y de hecho lo era su hijo; pero aun esto no sucedia siempre de la misma manera; porque cada uno estaba sostenido por el partido respectivo, y segun el que de ambos dominaba, así tenia más ó menos mando la madre ó el hijo. Autores hay, por cierto muy respetables y fidedignos, que aseguran existir escrituras firmadas por don Alfonso, en vida de su madre, otras firmadas por doña Urraca, y otras por ambos.

La muerte de la reina vino á poner término á tan desastroso reinado (Marzo del año 1126). Créese que falleció en Saldaña; y fué sepultada en San Isidro de Leon, en donde aun permanecen sus restos mortales.

D. ALFONSO VII.—1126. D. Alfonso Raimundez, VII de su nombre, hijo de doña Urraca y de Raimundo de Borgoña, y nieto del gran Alfonso VI, fué solemnemente proclamado rey de Castilla y Leon. La ascension al trono del nuevo soberano hacia que cambiase la precaria y violenta situacion del reino; mas sin embargo, D. Alfonso I de Aragon se decidió entonces á poner por obra sus antiguas miras respecto de Castilla.

Aun continuaban ocupando algunos fuertes del expresado reino las guarniciones aragonesas, y Alfonso VII dispuso fuesen relevadas por tropas de su ejército, excepto aquellas que le reconocian y juraban. D. Alfonso I de Aragon, en su altanero carácter, no podia soportar se le opusiese un jóven bisoño en el arte de la guerra, siendo él tan consumado guerrero y tan esforzado, que mereció el renombre de *Batallador*; mas juzgaba mal de su entenado si le creia menos valeroso: habia faltado á este la ocasion de mostrarse tal cual era, y esta ya habia llegado; su edad ya era á propósito para entrar en campaña, y determinó no dejarse impunemente arrebatarse lo que tan de derecho le pertenecia. El de Aragon

fué el primero que rompió las hostilidades, invadiendo los dominios castellanos y llegando hasta cerca de Palencia (valle de Támara).

Frontero uno de otro estaban los ejércitos de Castilla y de Aragón, en actitud hostil y amenazadora; empero, según se refiere, Alfonso I, á pesar de su esfuerzo y pericia, no se decidió á comenzar la batalla, y el conde de Lara, que mandaba la vanguardia de Castilla, no era completamente leal; fué el favorito de doña Urraca, y por consiguiente, siempre militó en el bando contrario á D. Alfonso VII. Quizá por esto, lejos de realizarse la lucha, se hizo un tratado de paz (1127), por el cual se obligaba D. Alfonso I de Aragón á devolver al soberano de Castilla las fortalezas que aun tenía en su poder, pertenecientes á este último reino.

Mediante el precitado pacto de paz, se dejó en libertad al Batallador de regresar sin obstáculo á Aragón; mas él, lejos de cumplir su compromiso, en su camino fué talando el territorio que atravesaba, como si tal pacto existiese, y del mismo modo que pudiera haber hecho si fuese atravesando por tierra de enemigos.

Continuaron los asuntos durante algun tiempo en un estado anormal y violento, hasta que el rey de Aragón volvió á invadir decididamente el territorio castellano llegando hasta el castillo de Moron, adonde se presentó inmediatamente Alfonso VII con su ejército.

Estaban ambas huestes á punto de comenzar la batalla cuando se trató nuevamente de paz, merced á las diligencias de varios preladados que tambien intervinieron en Támara con el mismo objeto. Mas Alfonso I de Aragón exigió que partiese la propuesta de Alfonso VII de Castilla, porque la vez primera partió de él, por su edad mucho mayor y por el grado de parentesco, aunque de afinidad, que con el jóven rey castellano le ligaba.

No se opuso á este deseo Alfonso VII, cuyo carácter era bueno y generoso; y habiendo propuesto él la paz, como su contrario deseaba, dícese que exclamó el Batallador: «Gracias á Dios que inspiró ese buen pensamiento á mi hijo: si antes hubiese obrado de este modo, no me hubiera visto su enemigo. Ahora nada quiero ya conservar de cuanto le pertenece;» y en el año 1129, cumpliendo su promesa, restituyó el de Aragón al castellano los fuertes que aun conservaba en los dominios de este último.

Estos amagos de guerra y pasajeras turbulencias, fueron los últimos rechazos del azaroso reinado de doña Urraca; tales como los postreros y lejanos truenos que dan fin y recuerdan una horrosa y desecha borrasca, que purifica la cargada atmósfera y son seguros precursores de bonancible tiempo. Ya lo era de que Castilla renovase sus antiguas glorias, y el soberano que habia sucedido á la reina era por todas sus circunstancias el más á propósito para

renovarlas y para adquirirlas nuevas é inmarcesibles. Cierta es que aun tuvo que sujetar á algunos condes rebeldes, que conservaban varios castillos, y que Lara y sus deudos habian formado un partido contrario al rey, del cual ya se habian separado cuando en las inmediaciones de Almazan, al llegar el rey aragonés al castillo de Moron, se celebró el último tratado de paz; pero estas turbulencias fueron parciales, y el enérgico rey, que solo contaba veinte y tres años, sujetó á los malcontentos, deshaciendo todas las cábalas é intrigas, sin dejar por esto de ser tan humano como generoso con los domados rebeldes.

Era Alfonso VII tan jóven como acabamos de manifestar; habia llevado desde sus más tiernos años una vida azarosa, agitada por los partidarios de uno y otro bando, cuyo impulso, á guisa de dos opuestos y encontrados vientos, le habian hecho experimentar frecuentemente no pocos infortunios, en medio de los cuales se habia ostentado siempre, en cuanto de él directamente dependia, generoso, noble, recto, animoso y discreto. A estas naturales y ventajosas prendas reunia la importante enseñanza y práctica del mundo que se adquiere en la escuela de la desgracia, de la cual se toman lecciones de mucho provecho y que tan buenos efectos produce en los príncipes cuando aun no han llegado á empuñar el cetro, compartiendo despues con sus súbditos las inapreciables é infalibles ventajas que de las expresadas lecciones resultan.

Alfonso VII contaba con las grandes ventajas antes enumeradas, cuando fué pública y solemnemente coronado en la catedral de Leon, entre las aclamaciones y aplausos de la muchedumbre, que deseaba con ansia la aparicion de un hombre enérgico y capaz de restaurar los infinitos males que habia producido el funesto reinado que acababa de terminar.

De las sediciones parciales á que antes hemos aludido, dos fueron las de mayor importancia: la de los Laras, que pudieron apoderarse de Palencia bajo la bandera del rey de Aragon, á quien sin anuencia de este tomaron por pretexto, fué la primera.

El rey se dirigió en persona á rendirlos, y hechos prisioneros, los mandó encerrar en las torres de Leon, á excepcion de Rodrigo, que pudo huir y llegar hasta Asturias; mas no libró mejor que sus prisioneros deudos, puesto que el generoso Alfonso VII, apenas encerrados, mandó se les restituyese la libertad. El conde de Lara pasó al servicio del rey de Aragon, y murió en un duelo que tuvo, en el sitio de Bayona, con un pariente del soberano, llamado Alfonso Jordan.

Rodrigo, el que se fugara á Asturias, procuró hacerse fuerte sabiendo que el rey iba en su persecucion. Entró Alfonso en efecto á sangre y fuego en el territorio que el rebelde ocupaba, y asom-

brado este del enérgico proceder del joven soberano, se presentó ante él, y humillado pidió el perdón de sus reiteradas faltas. Otorgósele el magnánimo Alfonso; que no parecía sino que deseaba encontrar las ocasiones de practicar su inagotable generosidad, mostrándose siempre con el audaz, fuerte; con el humillado, generoso. Llevó á tal extremo el rey su bondad y confianza en el arrepentido Rodrigo, que le entregó en seguida la importante tenencia de la ciudad de Toledo; y el noble arrepentido supo agradecer tamaña bondad y tan grande confianza.

La segunda fué la de doña Teresa, tía del rey, que se fortificaba y guarneceía sus castillos en la ribera del Miño, y que preparando la insurrección, contaba con la nobleza de Portugal y con no escaso número de próceres gallegos.

No estuvo remiso Alfonso VII para acudir al lugar en que la fatal rebelión amenazaba levantar la fatídica y ensangrentada cabeza, seguido de un numeroso y escogido ejército, que muy en breve derrotó al de la infanta, obligando á reconocer al rey de Castilla.

Prosiguió adelante este soberano; porque en Guimarahens, ó Guimaranes, estaba rodeado de no pequeña parcialidad el joven hijo del conde D. Enrique y de doña Teresa, llamado Alfonso Enriquez. Cercaron los castellanos y leoneses la ciudad; mas no se rompieron las hostilidades, porque los sitiados pidieron la paz y en nombre del jefe de su bando reconocieron por este y por sí á D. Alfonso VII como su soberano, en virtud de lo cual otorgó el perdón el generoso Alfonso y regresó á Santiago. El arzobispo Gelmírez, que acompañaba al rey, fué el autor de este feliz desenlace.

Terminados todos estos episodios, importantes en su origen y nacimiento, y casi insignificantes considerando su término y desenlace merced á la actividad y energía del rey, este se desposó con doña Berenguela, hija del conde de Barcelona, Ramon Berenguer III. Esta señora fué muy digna esposa del rey de Castilla y Leon; llegó á influir muchísimo en el ánimo del soberano, con ventaja suya y de sus reinos; porque era la reina persona de pronto y buen consejo, cariñosa, magnánima y de tanto talento como hermosura. El matrimonio se verificó en Saldaña (1128), con grande alegría del pueblo, porque era verdaderamente simpática la soberana. Dícese que doña Berenguela y la infanta doña Sancha, hermana del rey, fueron el consejo privado é íntimo del monarca, ayudándole á gobernar con tanta prudencia como justicia. En prueba del acierto con que la hermana, que vivió siempre en su compañía también le aconsejaba, la concedió Alfonso VII *el título honorífico de reina*.

Después de haber el monarca celebrado Cortes en Palencia para atender al gobierno de sus dominios, se preparó á salir á campaña contra los mahometanos; empero queriendo dejar primero comple-

tamente asegurado su reino, puso estrecho sitio al fuerte de Castrojeriz, que apesar del pacto de paz solemnizado en Almazan, continuaba en poder de las tropas del rey de Aragon; y tan enérgicamente procedió el de Castilla, que los defensores de Castrojeriz se rindieron y entregaron la fortaleza (1130).

Poco tiempo habia trascurrido, cuando ocurrió un suceso que dió grande celebridad á Alfonso VII. Abu-Giafar-Ahmed, hijo del difunto Abdel-Melek Amad-Dola, emir de Zaragoza, pidió al rey de Castilla *le admitiese por vasallo*, cediéndole á Rota-^l Yehud y otros fuertes que conservaba en su emirato, como más largamente explicaremos en el respetivo lugar. El monarca cristiano admitió á Abu-Giafar, conocido tambien por Safad-Dola, con su acostumbrada bondad, y le recompensó con darle algunos señoríos en los dominios de Castilla y de Leon (1132).

No tardó mucho Alfonso VII en dar celebridad á su nombre, haciéndole temible á los mahometanos. Uno de sus primeros hechos de guerra le dió grandísima gloria, costando á los infieles tan grande pérdida, que los mismos escritores árabes confiesan que en aquella funesta jornada *fueron muy pocos los almoravides que pudieron escapar de la vengadora espada del rey de Castilla*. Mandaba el ejército africano el mismo hijo del célebre Yussuf, Tachfin-ben-Alí, el cual resistió cuanto fué posible el destrozo de las buidas lanzas é irresistible empuje de los briosos corceles de los guerreros de Castilla; mas á pesar de su grande valor no pudo evitar la derrota ni el extraordinario destrozo, perdiendo el mismo Tachfin el uso de una pierna en la batalla, á consecuencia de una herida.

Cada vez se contemplaban más felices los castellanos y leoneses porque á la difunta soberana habia sucedido un rey tan enérgico y bueno. Este, por su parte, no queriendo dejar en reposo á los vencidos, hizo una invasion en Andalucia, cuya atrevida determinacion le dió inmensa gloria. Reunió su ejército en las orillas del Tajo y le mandó dividir en dos cuerpos, reservándose el mando del primero, y dando el otro á D. Rodrigo Gonzalez de Lara, el honrado caballero castellano rebelde arrepentido de corazon que se fugara de Palencia, segun recordará el lector.

Ofrecióse al rey para servirle de guia su nuevo súbdito Abu-Giafar, y verificando la division ambos cuerpos al atravesar la sierra á fin de allegar más fácilmente los recursos para subsistir, se reunieron en un sitio dado, ya en el territorio de Andalucia.

Comenzó Alfonso VII por incendiar los campos, inspirando tan grande terror á los enemigos, que huyendo le franqueaban todos aquellos puntos que no eran defendibles, sin oponer la menor resistencia, refugiándose unos en los castillos y plazas fuertes, y otros en las cuevas y sitios más recónditos.

El valeroso rey llevó con denodado corazón sus gloriosos estandartes hasta las inmediaciones de Sevilla, en donde estableció su campamento, después de haber incendiado todos los pueblos que encontró abandonados; de haber hecho muchísimos cautivos y de haber provisto el campamento con aceite, trigo, carnes y cuanto podía serle necesario.

Levantó las tiendas después de dar á la valerosa hueste el necesario reposo, y se dirigió á Jerez; destruyó la ciudad y se puso á la vista de Cádiz, imponiendo un terror tan grande é indescriptible á los agarenos, que unidos los emires de Andalucía enviaron un mensaje á Abu-Giafar, rogándole suplicase al rey de Castilla les librase de los almoravides, y le servirían lo mismo que el ex-emir de Zaragoza. Esto solo da clara muestra del pavor y respeto que impuso el glorioso Alfonso VII á los enemigos del nombre cristiano; mas el rey, seguro de haber hecho más de lo que parecia posible, y hallándose tan distante de sus reinos y tan imposibilitado de obtener refuerzos si llegaba, como era muy posible, á necesitarlos, se retiró cubierto de gloria y de riquezas, llegando felizmente hasta la tierra de Toledo (1132).

Aprovecharon algunos ambiciosos la ausencia del rey para levantar la bandera de la sedición en Asturias; mas el regreso del monarca deshizo toda la malvada obra, y los condes D. Rodrigo Gomez y D. Gonzalo Pelaez, cabezas de la conjuración, tuvieron que rendirse (1133).

En el año siguiente ocurrieron varias alteraciones en el reino de Aragon, de las cuales nos ocuparemos detenidamente en el respectivo lugar, que dieron ocasion al rey de Castilla para que pensase en adquirir alguna parte de los dominios del primero de ambos reinos. Ya se habia apoderado de algunas plazas de la Rioja y poseia á Nájera; mas no le bastaba esto: por desgracia se ve que la ambicion es tan connatural al poderoso, que ni Alfonso VII, siendo tan noble, generoso y bueno, se vió libre de ella.

Bajo el pretexto de ir á librar á Zaragoza de los reiterados ataques de los almoravides, se dirigió con un grande ejército á la expresada plaza. La empresa meditada por el rey de Castilla, de suyo era tan difícil como expuesta; mas aunque su esfuerzo y pericia encontraban pocas dificultades al poner por obra sus propósitos, no es fácil calcular cuál hubiera sido el resultado de esta expedición, casi más atrevida que la que hiciera al suelo andaluz, á no haberle favorecido las circunstancias en que el reino de Aragon se encontraba (1134). Habíase ya separado este reino del de Navarra, y esto era en aquel tiempo y en aquellas circunstancias igual á ser enemigos los naturales de uno y otro reino. Esto los obligaba á mirarse con desconfianza y recelo, y mutuamente se temían: valero-

Los aragoneses, y esforzados también los navarros, dudaban del resultado de una lucha decisiva si la emprendían, y veían como muy conveniente el adquirir la poderosa protección del rey de Castilla.

Reinaba á la sazón en Zaragoza Ramiro II, el Monge, y sea por las antedichas razones, ó bien por no creerse con suficientes fuerzas para resistir, es lo cierto que dejó entrar en la ciudad á Alfonso VII, cediéndole su posesión, y con ella toda la parte de un lado del Ebro (Diciembre de 1134). Rindióle, además, pleito-homenaje, reconociéndose su feudatario, y el rey castellano y leonés fué desde aquel día reconocido por rey de Aragón, aunque D. Ramiro, que se retiró á Huesca, continuó llevando dicho título con los de Sobrarbe y Ribagorza.

Alfonso VII, para captarse la voluntad de los aragoneses, confirmó los privilegios otorgados por Alfonso I el Batallador, y después de haber dejado su nueva conquista guardada por tropas de su ejército, regresó lleno de gloria á Leon: fué tanto mayor la expresada gloria, cuanto que fué á la corte de Alfonso García Ramírez, rey de Navarra, á pedirle le admitiese por su vasallo; y antes de esto se habían confederado con el invicto soberano su cuñado Ramon Berenguer IV, conde de Barcelona, el conde de Cominges, los de Pallás, Urgel y Fox, el señor de Mompeller y otros varios señores que se hallaron en Zaragoza: esta fué, sin duda alguna, la mayor prueba del respeto que inspiraba el gran Alfonso VII, y manifiesta de evidente manera hasta qué punto era necesaria su amistad á todos los demás soberanos.

Corría el año 1135, célebre en los fastos de la española historia porque en él se verificó un grande suceso, glorioso para la corte del antiguo reino de Leon, núcleo de la respetable y antigua monarquía.

Había llegado el día de la Pascua de Pentecostés; día en que el mismo sol apareció esplendente y radiante, como si quisiera aumentar el júbilo que todas las clases de la sociedad á porfía demostraban, nacido del gran acontecimiento que iba á realizarse. Don Alfonso VII había mandado convocar Cortes en Leon; en la Iglesia Mayor iban á reunirse; y con el rey habían de asistir á ellas la reina, la infanta doña Sancha, el rey de Navarra, ya tributario de D. Alfonso, y todos los próceres y prelados del reino, incluso el arzobispo de Toledo (D. Raimundo, sucesor de D. Bernardo).

Después de haber tratado de diversos asuntos importantes al gobierno de la vasta monarquía relativos á la parte religiosa y á la política, se realizó el que tan alegre traía á la multitud entusiasmada, porque de él resultaba muy grande gloria al reino en general, y en particular á la corte que había de presenciarle.

El gran D. Alfonso VII, el magnánimo y esforzado rey, que

habia aumentado tanto sus dominios sin haber sido vencido ni una vez; que tenia por súbditos á los reyes de Aragon y de Navarra, y contaba entre sus aliados al conde de Barcelona y á tantos señores como no hace mucho manifestamos, habia decidido ceñir sus sienes con la corona imperial; y el segundo dia de Córtes estaba designado para que en él se verificase la solemne coronacion.

Llegada la hora, el glorioso soberano se trasladó procesionalmente desde su palacio a la iglesia de Santa María, costando no poco trabajo á los hombres de armas el despejar el preciso terreno, para que atravesase la régia comitiva; porque la innumerable muchedumbre obstruia jubilosa la carrera, y con frenético entusiasmo saludaba al insigne soberano que habia hecho borrar de la memoria de los leales el funesto reinado que al suyo habia precedido.

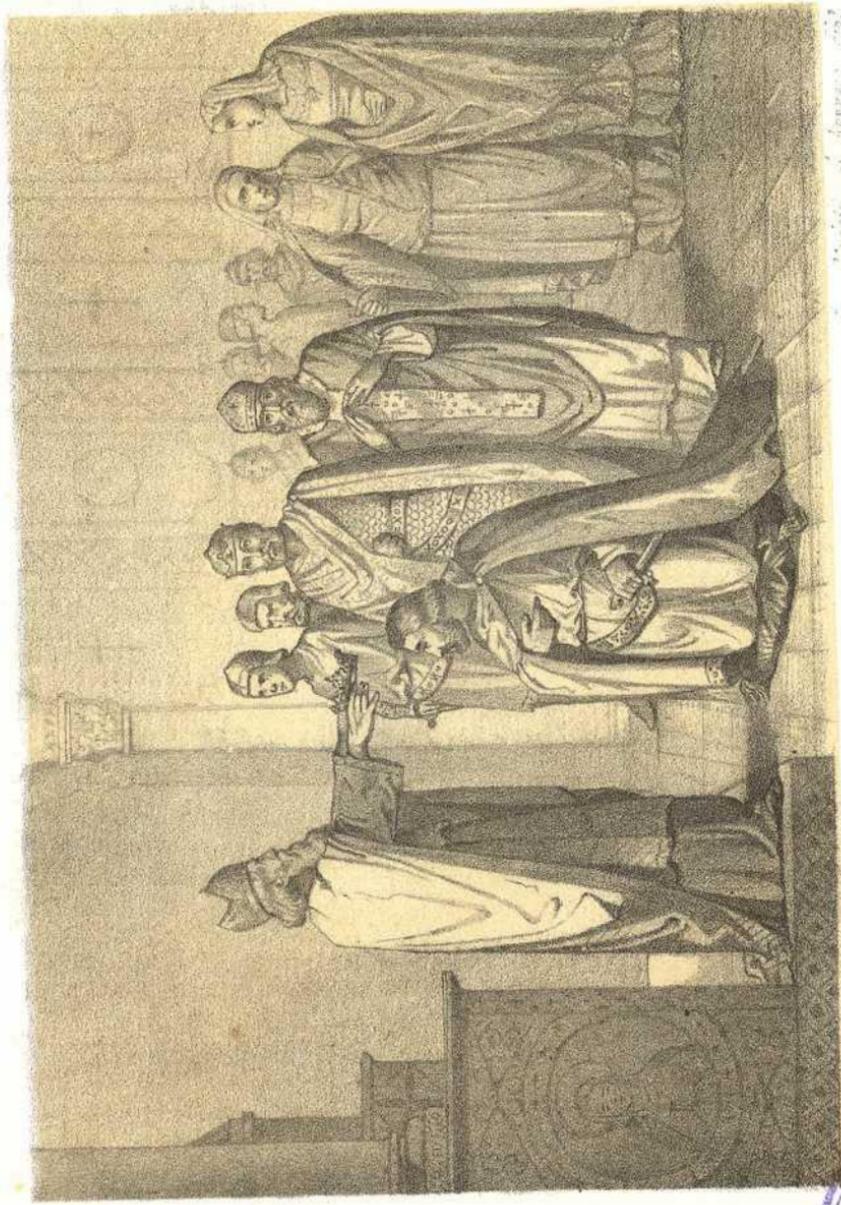
Al divisar el real cortejo el exterior del sagrado y magnifico templo, salieron á recibirle los magnates, los prelados y el clero con un riquísimo palió; y el soberano puso el pié en el templo, llegando hasta el altar mayor, llevando á su derecha al rey de Navarra, y al obispo de Leon á su izquierda.

Vistiéronle solemnemente la imperial púrpura, y el obispo le ceñó la corona, entonando el clero al mismo tiempo las sagradas preces. Despues se cantó un solemne *Te Deum*; el pueblo llenó el espacio con fervorosas y entusiastas aclamaciones que siguiendo rápidamente, como la chispa eléctrica, desde el sagrado recinto á la plaza y de esta á todas las avenidas, en un buen espacio de tiempo no se entendió otra cosa que innumerables voces que exclamaban: «¡Viva el emperador!»

Tanto poder y tanta gloria habian de aumentar naturalmente la importancia de Alfonso VII, cuya amistad era á la sazón tan necesaria, que sin ella ninguno de los reyes cristianos de España podía contarse seguro. Por esta razon se la disputaban los de Aragon y Navarra; y por la misma imploró el primero de ambos soberanos el auxilio de Alfonso VII, en contra del de Navarra.

Avistáronse el emperador y Ramiro II, el Monge, en Alagon, en cuyo punto convino este último en ceder al primero á Calatayud y otros pueblos de las orillas del Ebro, y este en devolver á Ramiro la posesion de Zaragoza. Dicese que tambien dió el monarca aragonés al emperador en rehenes á la infanta doña Petronila, su hija, con la cual habia proyectado el segundo casar á su primogénito el infante D. Sancho.

Debe suponerse que la sumision de los reyes de Aragon y Navarra habia de ser forzada, y que no podrian menos de mirar con envidiosos ojos al poderoso emperador; esto es, se declaraban tributarios suyos solamente por efecto del temor que les inspiraba; y por consecuencia la sumision era completamente ficticia.



Engraving by M. Lopez 1857

CORONACION DE D.^o ALFONSO VII, EL EMPERADOR.



Esta verdad se vió claramente demostrada en la conducta que poco despues observara García de Navarra, aliándose con el conde de Portugal D. Alfonso Enriquez, hijo del ya conocido D. Enrique y de la infanta doña Teresa. D. Alfonso habia heredado de sus padres el espíritu inquieto y el ánimo ambicioso; pero de este nuevo personaje nos ocuparemos más detenidamente al tratar del reino de Portugal, cuyos sucesos separaremos de los que pertenecen exclusivamente á cada uno de los demás reinos, siguiendo el órden desde un principio establecido.

Verificada la alianza entre García y Alfonso Enriquez, movieron guerra al emperador, segun más adelante diremos; y las alternativas de la campaña obligaron al portugués á pedir la paz á Alfonso VII, de la cual tambien hablaremos en otro lugar.

Corria el año 1138 cuando un grave disgusto entristecié el magnánimo corazon del emperador. Animado é impulsado por tantos triunfos y por su belicoso espíritu, haciéndose respetar del portugués y del navarro, determinó llevar sus temidas armas contra los hijos de Mahoma. Al efecto se dirigió al hermoso suelo andaluz con poderoso ejército: habia reunido tropas de Zamora y Ciudad-Rodrigo, de Salamanca y de Osma, de Segovia y de Avila, y juntas á su hueste, caminó apresuradamente, acampando en las bellas riberas del caudaloso Guadalquivir.

Dado el necesario descanso al ejército, le dividió en diversos cuerpos, los cuales, esparciéndose por varios puntos, hicieron cautivos, incendiaron y talaron el territorio enemigo, sin que osasen oponerse los almoravides que contaban tambien por enemigos á los árabes, de quienes eran igualmente mirados como invasores.

Entre los cuerpos volantes que salieron del campamento cristiano, dejando en pos la desolacion y el luto, salió uno de valerosos extremeños: cegado por el botin y aguijado por su valor, se internó mucho más de lo que debia en el territorio enemigo, y para verificarlo tuvo necesidad de vadear el rio. Esto nada hubiera importado, á no haber sido porque durante la noche se desprendió de las nubes tan copiosísima lluvia, que aumentando de extraordinaria manera las aguas del rio, no pudo el brillante cuerpo repararle al querer regresar al campamento. Llegó á la orilla opuesta á la en que estaban los reales del ejército de Alfonso VII; y lo que más acerbo disgusto y más fuerte desesperacion causó al gran general y magnánimo soberano fué el no poder socorrerlos, y tener que ver cómo los enemigos, valiéndose de la fatal ocasion y acudiendo con cuadruplicadas fuerzas, degollaban á los valientes extremeños.

Este desgraciado y sangriento incidente amargó tanto el ánimo

de D. Alfonso, que levantó sus reales y se dirigió melancólico é inconsolable á Toledo (1138).

Pasada la fuerte impresion de aquel grande disgusto, sitió la ciudad de Coria; pero tuvo que levantar el cerco sin lograr rendirla, recibiendo la nueva pesadumbre ocasionada por la muerte del valeroso conde D. Rodrigo Martinez, á quien mucho queria, que pereció delante de la ciudad, atravesado por una saeta.

Llegó el mes de Abril de 1139, y el emperador se preparó á rendir la fortaleza de Aurelia (hoy Oreja, provincia de Toledo); fortaleza de grande importancia que poseian los mahometanos en la frontera y que, según el comun sentir, era sumamente nociva á los cristianos.

Puso el emperador un apretado cerco á la grande é importante fortaleza, á pesar de lo cual su guarnicion resistia con denuedo; empero aquella disminuia diariamente, y el alcaide gobernador y defensor de Aurelia pidió á D. Alfonso un armisticio que este por fin otorgó. Para aprovechar aquel tiempo de paz instó el alcaide al emir africano á fin de que le socorriese, y logró mandase á aquel territorio un ejército, el cual incorporado con otro de Valencia, le hicieron llegar á un total de treinta mil guerreros.

Fuese por distraer la atención del emperador, ó por suponer que dando un golpe de mano en Toledo el levantar el cerco de Aurelia seria obra tan breve como segura, es lo cierto que el expresado ejército se dirigió á la antigua y brillante córte de los godos, cuyos muros guardaban á la emperatriz.

Llegado el ejército á vista de la ciudad, el caudillo determinó rendirla, á cuyo fin comenzó á batir las murallas y fortificaciones con las máquinas de guerra. Entonces ocurrió un hecho que honra no poco al caudillo de los mahometanos, al mismo tiempo que demuestra el animoso corazon de Berenguela. Esta determinó mandar una embajada al campo enemigo; mas no para solicitar la paz, ni menos para exponer humillantes súplicas, sino para hacer al caudillo musulman el siguiente razonamiento: «Mengua es, por cierto, »para los que se precian de caballeros y de valerosos capitanes, el »hacer la guerra á una débil mujer, cuando no lejos teneis al em- »perador; ¿por qué no os dirigis á Aurelia? Id, pues, si quereis »acreditar que teneis honor, y que sois guerreros de valor ver- »dadero.»

Así dijo el embajador de la emperatriz doña Berenguela; el inesperado mensaje dejó suspensos á los caudillos de los mahometanos, y más asombrados quedaron al escuchar la suavísima armonía producida por las voces de las damas de la emperatriz, que rodeando á esta cantaban contentas y tranquilas en el principal balcon del alcázar, acompañando las dulces voces con los más sonoros y gratos instrumentos.

Sorprendidos los enemigos dirigieron la vista hácia el sitio de donde los gratísimos ecos venian, y al ver á doña Berenguela con todas las insignias imperiales, tranquila y entretenida segun la s6lita costumbre en las horas de solaz y recreo, vencidos sin haber peleado, hicieron un profundo saludo á la soberana de Castilla, y levantaron el campamento. Ni aun siguieron el consejo que les diera doña Berenguela por los labios del embajador; no fueron á Aurelia, no; á guisa de hombres avergonzados por una derrota nacida, más que del vencimiento, de haber querido llevar á cabo una empresa bochornosa y poco delicada, apresuradamente regresaron al punto de que partieran para venir á Toledo.

Coincidió este suceso con la rendicion de Aurelia, que capituló con el emperador en Octubre de 1139, pactando con los defensores el dejarles en libertad de retirarse á Calatrava.

En el mismo año se avistaron el conde de Cataluña y el emperador, estando este en Carrion. Presentóse Ramon Berenguer ante el poderoso Alfonso VII con grande ostentacion y con magnífica comitiva de próceres y caballeros de Cataluña y Aragon, de cuyo reino era príncipe, segun veremos en el respectivo lugar, resultando de esta entrevista un pacto de alianza contra el rey de Navarra, porque era sagaz y diestro el conde de Cataluña.

Para lograr captarse la voluntad del emperador, Ramon Berenguer quiso interesarle dándole parte en los dominios de Navarra, como si ya fuesen propiedad suya. En consecuencia de este pacto, habian de ser para Alfonso VII los dominios de la Rioja y la parte de acá del Ebro, que fué posesion de Alfonso VI, el glorioso abuelo del emperador, y para el conde de Barcelona el territorio de Aragon, conforme le tuvieron D. Sancho Ramirez y Pedro I. Respecto de Navarra se pactó que repartirian sus dominios, adjudicando una tercera parte á Alfonso VII y dos á Ramon Berenguer; pero reconociendo este como señor al emperador Alfonso.

Hecho de esta manera el anticipado reparto, y constando que habia de quedar para el de Castilla la ciudad de Estella y para el de Cataluña la de Pamplona, se obligaron á no firmar treguas ninguno de los dos con el navarro sin ponerse ambos préviamente de acuerdo, y se prepararon para comenzar la guerra, haciendo la invasion por dos puntos distintos.

Garca de Navarra era rey animoso, inteligente y diestro; quizá ignoraba los pactos que contra él se hacian, mas no podia dudar de las poco amistosas intenciones que los demás soberanos contra él abrigaban, y estaba preparado con un buen ejército. No le cogió, por consiguiente, la invasion desprevenido, y haciendo frente al de Barcelona, le recibió con bravura y le derrotó en el primer encuentro.

En el momento mismo en que ocurría este desastre para las armas catalanas, se presentó en el lugar de la lucha un cuerpo de ejército castellano, poco numeroso. Esta novedad fué de gran provecho para Ramon Berenguer; porque creyendo Garcia que todo el grueso del ejército imperial llegaba contra él, no solamente no persiguió á los catalanes, sino que se recogió apresuradamente á Pamplona; y los castellanos, sin haberse batido, recogieron los despojos de la pelea; porque vencedores y vencidos abandonaron el campo.

Ya había llegado el año 1140, cuando Alfonso VII por sí mismo determinó emprender las operaciones de campaña contra el rey de Navarra. La lucha hubiera sido funesta sin duda para este soberano, á no haber mediado un primo del emperador, llamado D. Alfonso Jordan de Tolosa, que sirvió de mediador en favor del navarro.

Volvia D. Alfonso Jordan de Compostela, á donde se había dirigido como peregrino, y pasó á Nájera, en donde á la sazón se hallaba el emperador. Este le recibió con su acostumbrada benevolencia, y aquel medió tan diestra y activamente, que logró de D. Alfonso VII el que concediese una entrevista á D. Garcia de Navarra, la cual tuvo lugar entre Calahorra y Alfaro.

Fué amistosa la entrevista, y en ella se deshizo todo proyecto de guerra: lejos de llevar esta á cabo se firmó un tratado de paz, sirviendo á esta de garantía el proyecto de matrimonio entre el infante D. Sancho, primogénito del emperador, y la infanta doña Teresa de Navarra, hija mayor de D. Garcia.

La edad de la infanta no permitía el que se consumase el matrimonio; por esto se pactó que como rehenes para seguridad del cumplimiento de la ajustada paz, doña Teresa quedaria en poder del emperador. Este suceso tuvo lugar en el día 25 de Octubre de 1140, y por efecto de él quedó virtualmente anulada la alianza en Carrion estipulada entre Alfonso VII y el conde de Cataluña.

Terminado este incidente, se dedicó el esforzado emperador á hacer la guerra á los mahometanos en los límites de Castilla, hasta que llegado el año 1142, determinó sitiár nuevamente á Coria. En vano los sitiados pidieron un mes de tregua, para implorar el socorro del emperador africano; no porque denegase la súplica el monarca de Castilla, sino porque no habiendo llegado el demandado auxilio, ni el que pidieran á los emires de Sevilla y de Córdoba, tuvieron que entregarse al emperador.

Después de este brillante hecho de armas, y á consecuencia de un funesto suceso de que daremos cuenta al ocuparnos de la España árabe, Alfonso VII disgustado y lleno de enojo mandó suspender las operaciones de campaña, y comenzó á organizar y disponer un numeroso ejército, señalando á los caudillos como punto de reunión

la ciudad de Toledo, en donde deberian hallarse al comenzar el siguiente año, al frente de sus respectivas banderas.

Entretanto, y siguiendo los sucesos el orden infalible que encadena los dulces y agradables con los ingratos y tristes, un acontecimiento de distinto género vino á proporcionar no escasa alegría á la corte y al vasto reino del emperador. D. García, rey de Navarra, contrajo matrimonio con una hija ilegítima de D. Alfonso VII, llamada doña Urraca, habida en una bella señora llamada doña Gontroda.

El precitado matrimonio tuvo origen en el tratado de paz ajustado ante el emperador y el rey de Navarra, en su entrevista realizada en las orillas del Ebro para afianzar más y más la paz y la amistad entre los soberanos, y aprovechando la circunstancia de haber fallecido doña Margelina, primera esposa de D. García.

Corria el mes de Julio del año 1144 cuando celebraron los esponsales, excediendo á toda la ostentacion acostumbrada desde los más remotos tiempos en la corte de Castilla. Quiso el emperador que el pueblo todo participase del grato, régio y solemne espectáculo; y para lograrlo, mandó se elevase un espacioso tablado, cubierto de brocado de oro y de plata, y enriquecido con los más exquisitos adornos. Sobre el tablado se veía el ostentoso imponente solio imperial, en el cual se colocó el glorioso emperador, teniendo á su izquierda al rey de Navarra.

Era de ver, segun las crónicas refieren, el magnífico espectáculo que presentaba el suntuoso tablado, cuyo pavimento ocupaban todos los prelados, los duques, próceres y magnates, las bellas damas, los pajes: unos ostentando el venerable y tranquilo aspecto de los príncipes de la Iglesia; otros el curtido rostro, negra barba y altiva mirada de los valerosos guerreros; la esplendente belleza de las damas, y todo cuanto podia coincidir para dar á aquel espectáculo un colorido de imponente magestad, de inusitada grandeza, de riqueza infinita.

Indescriptibles serian las brillantes fiestas que allí se celebraron despues de terminados los desposorios. Torneos, cañas, lidia de toros, farsas, coros de lindas doncellas y bellos mancebos, y otras mil cosas á propósito para dar placer y realzar la solemnidad y la riqueza de aquellos esponsales, que fueron tales como jamás se habian visto.

Terminadas las fiestas, que duraron algunos dias, partió el rey de Navarra con su esposa en direccion de sus estados, colmado de riquisimos presentes que le hicieron los emperadores y la infanta doña Sancha.

No dejó reposar Alfonso VII á los mahometanos; mas todos los hechos de armas subsiguientes fueron parciales: no proporcionaban triunfos notables é importantes, pero daban el resultado que se deseaba, puesto que los cristianos traian de continuo en alarma á los

musulmanes, les quitaban algunas fortalezas, les hacían cautivos, y les diezmaban paulatinamente sus huestes. Estos hechos que, sin dejar de ser parciales, no carecían absolutamente de importancia, como acabamos de manifestar, fueron y debieron ser menos considerados porque quedaron oscurecidos con el grande acontecimiento que se realizó despues. La conquista del más importante puerto de cuantos los mahometanos poseían en el Mediterráneo, necesariamente habia de hacer olvidar todos los hechos anteriores, aunque más importantes hubieran sido. Tratamos de la conquista de Almería.

Seria por demás prolijo el referir cuántos males ocasionaban los musulmanes á toda la cristiandad, amparados de aquel baluarte de la media luna, al que muy oportunamente llama un moderno y célebre escritor, *madriguera de piratas*. Alfonso VII fijó en ella su perspicaz vista; y como estaba en paz con todos los monarcas cristianos, y todos ellos acogían con placer la idea de destruir á los que tantos daños ocasionaban en los mares como crueles é impudentes corsarios, los invitó á que tomasén parte en la grande empresa.

Una nueva cruzada se formó en breve tiempo, tomando en ella parte no solamente España, sino tambien la república de Pisa, la de Génova y el conde de Provenza.

Las mismas crónicas legadas por los árabes á la posteridad, al tratar del formidable ejército cristiano que fué sobre Almería, dicen que las huestes de los que ellos llamaban *infieles* ocupaban los llanos y los montes; que no daban los rios ni la tierra agua ni frutos bastantes para alimentar á aquella muchedumbre, y que bajo sus pies temblaba el suelo.

Alfonso VII puso en campaña sus ejércitos de Castilla, Leon, Asturias y Galicia; llevó el suyo García de Navarra; las escuadras de Cataluña y de Italia llenaron la superficie de las aguas, mandadas por el conde de Barcelona; y por tierra sitiaron la ciudad los predichos ejércitos y los aliados.

Era caudillo supremo el gloriosísimo emperador; y lo eran del ejército castellano, D. Gutierre Fernandez de Castro; del leonés, D. Ramiro Florez de Guzman; del de gallegos, el señor de Limia; del de Asturias D. Pedro Alfonso; el rey D. García mandaba á los navárrros; D. Armengol de Urgel la hueste de su condado, así como el de Provenza la suya; y la de Toledo y Extremadura, que tambien tomaron parte en el glorioso y memorable hecho, iban mandadas, por D. Alvaro Rodriguez, la primera; por el conde D. Ponce, la segunda.

No fué tan largo el sitio como debia suponerse de la resistencia que debían presentar los que con perder la ciudad, tanto perdían; empero como el cerco fuese tal y tan estrecho por mar y por tierra que al decir de los escritores árabes en la ciudad *solo podían entrar*

las águilas, sin poder recibir socorro, y viendo asomar la fatídica cabeza al hambre asoladora, despues de pedir y obtener gracia para las vidas, se rindieron al emperador. La entrega se verificó en 17 de Octubre de 1147, dia que debe quedar consignado en la historia española, por la gloria que las armas de sus invictos hijos en tan brillante jornada adquirieran.

Compartió el emperador religiosamente los despojos y presa con los aliados, y despues de regresar á sus dominios triunfante y admirado de todos, dió tregua á las operaciones de la campaña para atender á los asuntos religiosos, á cuyo fin convocó un concilio que se realizó en Palencia (1148).

Un año despues experimentó el esforzado soberano un terrible disgusto, una angustiosa y fuerte pesadumbre: así van en este triste valle de miserias entremezcladas las penas y placeres. En el mes de Febrero de 1149 perdió á su esposa doña Berenguela á quien tanto amaba, que tan bien cumplió sus deberes de esposa y de reina, y cuyo fallecimiento fué sentidísimo de la córte y del pueblo, que en aquella tristísima ocasion cordialmente acompañaron al afligido emperador en su acerbo é inexplicable disgusto.

Entonces fué cuando Alfonso VII, siguiendo la perjudicial costumbre establecida por algunos de sus antecesores, dividió sus dominios, dando el reino de Castilla á su primogénito D. Sancho, y el de Leon á D. Fernando, su segundo hijo. Cierto es que soberanos como los que tal determinacion adoptaron, debieron tener presente alguna fuerte razon para obrar de aquella manera: quizá creerian evitar disturbios dejando á cada hijo un reino; empero Alfonso VII debió recordar que igual resolucion tomada por Fernando I, el Magno, no impidió el que se desarrollase con todo su destructor poder la inmensurable ambicion de Sancho II. Sean cualesquiera las razones que motivaron la determinacion del emperador, es lo cierto que hizo una solemne y pública declaracion de su voluntad respecto de sus hijos.

Iba á terminar la primera mitad del siglo XI, cuando atenuada en lo posible la pena del emperador, y vuelto á ocuparse de los asuntos del reino, la muerte del rey de Navarra vino á sacarle de su forzada inaccion.

El fallecimiento del precitado soberano hizo recordar á Alfonso VII el tratado de alianza con el conde de Barcelona, solemnizado en Carrion; y deseando renovarle, se avistaron ambos soberanos en Tudela de Navarra.

Conviene á nuestro propósito el dar cuenta del resultado de la expresada entrevista al tratar de los sucesos que tuvieron lugar en el año 1151: de ellos nos ocuparemos en el tomo siguiente.



las demás, sin poder recibir socorro, y siendo asombrada la falibilidad
 capera al natural de los reinos, después de haber observado que
 las cosas se iban poniendo en el estado de confusión. La entrada de los
 de Francia en el año 1564, dio lugar a que se acordase en la corte de
 España, por la gloria de las armas de sus invictos hijos, en el
 año 1564, que se acordase el matrimonio de la infanta Catalina de
 Austria con el príncipe de Portugal, para que así se uniesen los
 reinos de España y Portugal, y se acabase el dominio de los portugueses
 en las Indias Orientales, y se restituyesen a sus naturales. Este
 matrimonio se celebró en el año 1580, y se firmó en Madrid el día
 13 de mayo de dicho año. Después de esto se acordó en la corte de
 España, en el año 1580, que se casase el príncipe de Asturias con
 la infanta Catalina de Austria, hija de Felipe II, para que así se
 uniesen los reinos de España y Austria, y se acabase el dominio de
 los austríacos en las Indias Occidentales, y se restituyesen a sus
 naturales. Este matrimonio se celebró en el año 1580, y se firmó
 en Madrid el día 13 de mayo de dicho año. Después de esto se
 acordó en la corte de España, en el año 1580, que se casase el
 príncipe de Asturias con la infanta Catalina de Austria, hija de
 Felipe II, para que así se uniesen los reinos de España y Austria,
 y se acabase el dominio de los austríacos en las Indias Occidentales,
 y se restituyesen a sus naturales. Este matrimonio se celebró en
 el año 1580, y se firmó en Madrid el día 13 de mayo de dicho
 año. Después de esto se acordó en la corte de España, en el año
 1580, que se casase el príncipe de Asturias con la infanta Catalina
 de Austria, hija de Felipe II, para que así se uniesen los reinos de
 España y Austria, y se acabase el dominio de los austríacos en
 las Indias Occidentales, y se restituyesen a sus naturales. Este
 matrimonio se celebró en el año 1580, y se firmó en Madrid el
 día 13 de mayo de dicho año. Después de esto se acordó en la
 corte de España, en el año 1580, que se casase el príncipe de
 Asturias con la infanta Catalina de Austria, hija de Felipe II, para
 que así se uniesen los reinos de España y Austria, y se acabase
 el dominio de los austríacos en las Indias Occidentales, y se
 restituyesen a sus naturales. Este matrimonio se celebró en el año
 1580, y se firmó en Madrid el día 13 de mayo de dicho año.



TABLAS CRONOLÓGICAS

DE LOS

MONARCAS CRISTIANOS DE ESPAÑA.

Principio
del reinado.

Fin
del reinado.

REYES DE ASTURIAS Y DE LEÓN.

SIGLO VIII.

718	Pelayo.	737
737	Favila.	739
739	Alfonso I (el Católico).	756
756	Fruela I.	768
768	Aurelio.	774
774	Silo.	783
783	Mauregato.	789
789	Bermudo I (el Diácono).	791
791	Alfonso II (el Casto).	

SIGLO IX.

	— Murió en	842
842	Ramiro I.	850
850	Ordoño I.	866
866	Alfonso III (el Magno).	

SIGLO X.

	— Falleció en	910
910	García I.	914
914	Ordoño II.	924
924	Alfonso IV (el Monje), abdicó en.	950
950	Ramiro II.	950
950	Ordoño III.	955

Principio
del reinado.Fin
del reinado.

955	Sancho I (el Craso).	967
967	Ramiro III.	982
982	Bermudo II.	999

SIGLO XI.

999	Alfonso V.	1027
1027	Bermudo III.	1037
1037	Doña Sancha y Fernando I (el Magno).	1065
1065	Alfonso VI, destronado por Sancho II.	1071
1071	Sancho II (el Fuerte).	1072
1072	Alfonso VI, segunda vez.	

SIGLO XII.

	— Falleció en	1109
1109	Doña Urraca.	1126
1126	Alfonso VII (el Emperador).	

En el año 1037 se unieron Castilla y Leon, reinando doña Urraca y Fernando I, como se ve en la anterior tabla.

REINO DE NAVARRA.**SIGLO VIII.****CONDES.**

	Garcí Jimenez.	758
758	García Íñiguez.	780

SIGLO IX.

780	Fortun Garcés.	802
802	Sancho Garcés.	815
815	Íñigo Arista.	840

REYES DE NAVARRA.

840	García II.	889
-----	--------------------	-----

Principio
del reinado.Fin
del reinado.889 Sancho I Garcés, *Abarca*.

SIGLO X.

— Faleció en 925
 925 García Sanchez, el Trémulo. 970
 970 Sancho II García, el Mayor.

SIGLO XI.

— Faleció en 1035
 1035 García Sanchez II. 1054
 1054 Sancho III Garcés, el Despeñado. 1076

Por muerte de este soberano se unie-
 ron Navarra y Aragon.

REINO DE ARAGON.

SIGLO VIII.

CONDES.

Aznar I. 761
 Aznar II. 770
 Galindo. 781

SIGLO IX.

Ximen Aznarez. 802
 Ximen Garcés. 859
 Garci Aznarez. 847
 Fortun Ximenez. 885

La hija única de este conde, segun un antiguo manuscrito, contrajo matrimonio con un García de Navarra, y por efecto de aquel quedaron unidos ambos condados, hasta la muerte de Sancho, el Mayor, que legó el de Aragon, erigido en reino, á Ramiro, su hijo bastardo.

1035 Ramiro I. 1065
 1065 Sancho I Ramirez. 1094

Principio
del reinado.Fin
del reinado.

1094 Pedro I.

SIGLO X.

	_____ Murió en	1104
1104	Alfonso I, el Batallador.	1134

CONDADO DE CATALUÑA.**SIGLO IX.**

874	Wifredo, el Velloso, primer conde independiente.	898
898	Wifredo II, ó sea Borrell I.	

SIGLO X.

	_____ Falleció en	912
912	Sunyer, ó Suniario.	953
953	Borrell II y Miron, su hermano, que murió en.	966
966	Borrell II, solo en el mando.	982

SIGLO XI.

982	Borrell III.	1018	
1018	Berenguer Ramon I.	1035	
1035	Ramon Berenguer I.	1076	
1076	Unidos { Ramon Berenguer II, asesinado por Berenguer Ramon II en.	1076	
1076		{ Berenguer Ramon II.	1082
1082		{ Ramon Berenguer III.	1096

ESPAÑA ÁRABE.**SIGLO VIII.****CALIFAS OMMIADAS Ú OMMADITAS.**

	Abderrahman I.	788
788	Hixem I.	796

Principio
del reinado.Fin
del reinado.

796 Al-Hakem I.

SIGLO IX.

	—	Falleció en	822
822	Abderrahman II.		852
852	Mohammed I.		886
886	Almondhir.		888
888	Abdallah.		

SIGLO X.

	—	Falleció en	912
912	Abderrahman III.		961
961	Al-Hakem II.		976
976	Hixem II.		

SIGLO XI.

	—	Desapareció en	1013
1013	Alí-ben-Hamud (el Edrisita).		1017
1017	Alkasim.		1021
1021	Abderrahman IV.		1023
1023	Abderrahman V.		1023
1023	Mohammed III.		1025
1025	Yahia-ben-Alí.		1026
1026	Hixem III, último de los omniadas.		1031

Con la destrucción del imperio omniadita, se fraccionó la España árabe en tantos emiratos como provincias contaba durante el mando de los califas.

1001
1002

1001
1002

1001 Al-Hakem I.

1001

SIGLO IX.

888 Abdallah.
888 Almansur (Abd al-Malik).
888 Mohammed I.
888 Abderrahman II.
888 Falecio en

888
888
888
888
888

SIGLO X.

878 Hixem II.
881 Al-Hakem II.
881 Abderrahman III.
892 Falecio en

878
881
881
892

SIGLO XI.

1020 Hixem III, último de los omayyades.
1025 Yafia-ben-Ali.
1025 Mohammed III.
1025 Abderrahman V.
1025 Abderrahman IV.
1025 Alkasim.
1017 Al-ben-Hanun (el Erbilí).
1017 Abderrahman V.
1015 Falecio en

1020
1025
1025
1025
1025
1017
1017
1021
1025
1025

Con la destrucción del imperio omayyada, se fraccionó la España árabe en tantas emiratos como provincias cogiera durante el mando de los califas:

1001 Hixem III, último de los omayyades.
1001 Abderrahman III.
1001 Hixem II.

1001
1001
1001

ESPAÑA ARÁBICA.

SIGLO VIII.

CALIFAS OMAYYADAS O OMAYYIDAS.

788 Hixem I.
788 Abderrahman I.

788
788

INDICE GENERAL DEL TOMO SEGUNDO.

Siglo VIII.—Año 743 y siguientes.

	Páginas.
Conquistas de Alfonso I, el Católico.	6
Muerte de dicho soberano.	7
Invasión de los habitantes del Magreb.	8
Prisión de Thaalaba, caudillo de los sirios.	8
Término del pequeño reino de Teodomiro.	9
Insurrección de Samail.	10
Destitución de Abulkatar.	10
Elección de Yussuf-ben-Abderrahman.	10
Sube al trono de Leon Fruela I.	11
Derrota de los agarenos.	11
Edificación de la ciudad de Ovetum (Oviedo).	12
Asesinato de Vimarano.	13
Fruela I muere violentamente en Cangas.	13
Elección de Aurelio.	14
Motivo para haber supuesto la existencia del feudo de las cien doncellas.	15
Fallecimiento de Aurelio.	15
Elección del anciano Silo.	15
Muerte del nuevo rey.	16
Anulación de la elección de Alfonso II y elección de Mauregato.	16
Desmientese de nuevo la existencia del feudo de las cien doncellas.	17
Fallecimiento de Mauregato.	17
Desechan por cuarta vez á Alfonso y eligen á Bermudo I, el Diácono.	17
Llama á la corte el nuevo rey al príncipe Alfonso.	18
Le da el mando de las tropas, y abdica luego en él la corona.	18
Ascension al trono de Alfonso II, el Casto.	18
Invasión del ejército francés de Carlomagno.	19
Famosa derrota de Roncesvalles.	20
Himno de guerra de los vascones.	21
Hixem I quita la ciudad de Toledo al rebelde Suleiman.	23
Invasión de Astorga por los musulimes.	23

Idem de Asturias por los mismos.	23
Gran batalla de Lutos.	24
Muerte de Yussuf-ben-Bath.	25
Idem de Hixem I.	25
Invasion en Lusitania por Alfonso II, el Casto.	26
Los herejes expulsan de Roma al Papa Leon III, y Carlomagno lo hace regresar á la Sede pontificia.	26

Siglo IX.

Alianza de Alfonso II y Carlomagno.	30
Insurreccion de algunos nobles asturianos.	31
Deponen al rey.	31
Contrarevolucion en favor de Alfonso II.	32
El rey embellece la corte (Oviedo).	32
Construccion de la Cruz de los Angeles.	33
Aparicion del cuerpo del Apóstol Santiago.	33
Rebelion de Mohammed-ben-Abdelgebir.	34
Muerte de Alfonso II.	35
Construccion de la gran mezquita de Córdoba.	36
Revueltas entre los musulimes.	37
Origen de los condes de Barcelona.	40
Los francos quitan la ciudad de Barcelona á los musulimes.	41
Al-Hakem toma á Tarragona.	42
Catástrofe ocurrida en Toledo.	42
Sanguinario gobierno de Al-Hakem.	43
Toma de Tarragona y sitio de Tortosa por los francos.	45
Derrota de estos en el sitio.	45
Paz entre Carlomagno y el emir de Córdoba.	45
Tercer sitio de Tortosa, infructuoso tambien.	45
Invasion de los francos en la Vasconia.	46
Abderrahman quita parte de la Marca Hispana á los francos.	46
Edicto de Carlomagno en favor de los cristianos.	47
Actos sanguinarios de Al-Hakem.	48
Muerte de este emir, y ascension de Abderrahman II.	49
Rebelion de Abdallah.	49
Irruption de los francos en la Gothia.	49
Alianza de los vasco-navarros con Abderrahman.	50
Sedicion en la Marca Hispana.	50
Sublevacion de los árabes en Mérida.	51
Son vencidos los sublevados.	52
Sublevacion de los musulimes en Toledo.	52
Es sujeta, y Mérida se rebela nuevamente.	53
Sube al trono Ramiro I.	54
Proyecto de usurpacion por el conde Nepociano.	54
Derrota y prision del rebelde.	55
Rebelion de los condes Aldroito y Piniolo, que son tambien vencidos.	55
Persecucion á los salteadores.	55
Desembarco de los normandos en Gijon.	55
Fallecimiento de Ramiro I.	56

Ascension al trono de Ordoño I.	57
Verdadera batalla de Clavijo.	57
Triunfo notable de los cristianos y toma de Albelda.	57
Toma de Salamanca por Ordoño.	58
Muere Ordoño I.	58
Sube al trono Alfonso III, el Magno.	58
Sublevacion del conde de Galicia.	59
Emigra el rey á Castilla.	59
Asesinato del usurpador: Alfonso III vuelve á la córte.	59
Sujeta á los insurrectos de Alava.	59
Derrota á los árabes.	60
Matrimonio del rey con la hija de Iñigo Arista, señor de Navarra.	60
Rebelion y castigo de los hermanos del rey.	61
Triunfo de Alfonso sobre los musulimes en las márgenes del Cea.	62
Sitio de Zamora, y famosa batalla de Polveraria.	63
Insurreccion en Astorga.	63
Gloriosas expediciones de Alfonso III.	64
Conspiraciones contra el soberano.	65

ESPAÑA ÁRABE.

Ataque á la ciudad de Barcelona.	66
Persecucion contra los cristianos.	67
Concilio mozárabe.	69
Muerte de Abderrahman II.	69
Sube al trono Mohammed I.	69
Persigue el nuevo califa á los cristianos.	70
Muza-ben-Zeyad, que se llamaba tercer rey de España.	70
Es derrotado Muza.	72
El rebelde Hafsun.	73
Alianza entre el emperador franco y el emir de Córdoba.	74
Traicion de Hafsun.	74
Hecho horroroso y sangriento del mismo.	75
Destruccion del rebelde y de su hueste.	76
Defensa de Pamplona contra los musulimes.	76
Muerte de Muza.	76
Rebelion de Abdallah, nieto de Muza.	77
Relacion de la catástrofe ocurrida despues de la batalla de Polveraria.	77
Aparece nuevamente Hafsun con grande ejército.	78
Pélea en Eibar con el emir, y es derrotado y muerto.	79
Los musulimes se dirigen á la córte de Leon.	79
Aparicion de Caleb, hijo de Hafsun.	79
Sube Almondhir al trono de Córdoba.	80
Sítian en Toledo al rebelde.	81
Traicion de este.	81
Batalla de musulimes y moros rebeldes.	82
Muerte del emir y ascension de Abdallah.	82
Sublevacion de Mohammed en Sevilla.	83
Idem de Lisboa y de Mérida.	83

Choques y acciones con los rebeldes	84
Triunfo en Loja del emir.	85
Abderrahman, hijo del emir, quita á los rebeldes Carmona y Sevilla.	86
Muerte de Mohammed, el <i>Asesinado</i>	86
Hambre horrorosa y peste asoladora en los dominios musulimicos.	86

Siglo X.

DOMINIOS HISPANO-CRISTIANOS.

Llegan los africanos hasta Zamora, bajo las órdenes de Abulkassim.	88
Acude Alfonso III, el Magno.	88
Muerte en la pelea de Abulkassim y de su hermano Abderrahman-ben-Mohavia.	89
<i>El día de Zamora</i> , memorable triunfo de Alfonso III.	89
Expedición de este á Toledo.	89
Conspiran contra el rey sus propios hijos.	89
Prisión del primogénito.	89
Abdica el rey reservándose á Zamora.	90
Ultimo hecho de armas de este glorioso monarca, y su muerte.	91

REYES DE LEON.

Sube al trono García.	91
Su único hecho de armas.	91
Fallece en Zamora, y sube al trono Ordoño I.	92
Va contra Mérida.	92
Accion de San Estéban de Gormaz.	93
Caen prisioneros en Navarra los obispos de Salamanca y Tuy.	93
Expedición de Ordoño á Córdoba.	93
Castigo terrible de cuatro condes de Castilla.	94
Muerte de la reina y nuevos matrimonios del rey.	95
Fallece en el camino de Zamora á Leon.	95
Sube al trono Fruela II.	95
Muere poco tiempo despues.	96
Alfonso IV, el Monje.	96
Abdica en Ramiro II.	96
Alfonso el Monje abandona el monasterio y se presenta en Leon para recobrar la corona.	97
Toma Ramiro la ciudad por fuerza de armas.	97
Determinase hacer una expedición al Este de España.	97
Sitia el rey y toma á Madrid.	97
Triunfo de leoneses y castellanos.	98
Gran batalla de Simancas y triunfo de Ramiro.	98
Batalla del <i>Foso de Zamora</i>	99
Rebelion de Fernan Gonzalez, conde de Castilla.	100

Triunfo de los árabes, junto á San Estéban de Gormaz.	100
Batalla y triunfo de los cristianos en Talavera.	101
Fallecimiento de Ramiro.	101

CONDADO DE CASTILLA.

Siglo X.

Origen y fundacion del condado.	101
Primeros condes.	102
Jueces de Castilla.	102
Fernan Gonzalez.	103

REINO DE NAVARRA.

Origen del reino.	103
Primeros condes, ó caudillos.	104
Antecedentes de los navarros.	104
Alianza de Alfonso el Magno con Garcia Iñigo, ó Iñigo Arista.	105
Idem del Navarro con Hafsun.	105
Muerte de Garcia Iñiguez.	106
Sancho Garcés, ó Abarca.	106
Alianza entre Navarra y Leon contra los mahometanos.	107
Abarca y su hijo Garcia derrotan á los musulimes en los desfiladeros del Roncal.	108
Ordoño de Leon, aliado con Garcia II, sosiega algunas sublevaciones en Navarra.	108
Muere Sancho Abarca.	108

CONDADO DE CATALUÑA.

Siglo X.

Origen del condado.	108
Primeros condes.	109
Diversos incidentes.	110
Wifredo, el Velloso, primer conde independiente.	111
Armas de Cataluña.	112

ESPAÑA ÁRABE.

Siglo X.

Escrito que dirige el rebelde Amed-ben-Moavia, ó Alkassim, á Alfonso III.	112
Palabras de la crónica musulmana.	112
Amistad entre Alfonso y Abdallah, emir de Córdoba.	113

Castiga el emir á los rebeldes.	113
El rebelde Caleb llega á Bailén.	113
Vuelve á Toledo disfrazado de mendigo.	114
Queda encerrado en la ciudad.	114
Muerte de Abdallah y sube al trono Abderrahman III.	114
Muerte de Mohammed, el Asesinado.	115
Resulta el nuevo emir hijo y nieto de dos cristianas.	116
Marcha sobre Toledo con ejército.	116
Batalla en el territorio de Cuenca.	117
Caleb es perseguido.	117
El califa Abderrahman entra en Zaragoza.	118
Sublevacion en las sierras de Ronda y de las Alpujarras.	119
Muerte del rebelde Caleb.	119
Es derrotado el califa en San Estéban de Gormaz.	119
Batalla de Val-de-Junquera.	120
Sitio de Alhama.	120
Castigo del caudillo rebelde.	120
Evacua Caleb la ciudad de Toledo.	121
Toma de ella posesion el califa, cincuenta años despues de sublevada.	121
Desastre de los mahometanos.	122
Proclamacion de la guerra santa.	122
Batalla, ya conocida, del Foso de Zamora, y queda la ciudad por Ramiro II.	122
Cae prisionero el traidor Omeya.	123
Tregua entre Ramiro y Abderrahman.	123

REINO DE LEON.

Segunda mitad del siglo X.

Sublévase Sancho el Craso contra Ordoño III, su hermano.	124
Repudia Ordoño á su esposa Urraca, hija de Fernan Gonzalez.	124
Sedicion de Galicia.—Acude el rey.—Pasa á la Lusitania y se apodera de Lisboa.	124
Gran triunfo de Ordoño sobre los sarracenos.	125
Fallecimiento del rey.	125
No es elegido Bermudo, hijo de Ordoño, ni el hermano de este, Sancho el Craso.—Sube al trono Ordoño, el Intruso, hijo de Alfonso IV, el Monje.	126
Alíase Sancho con Abderrahman, y va sobre Leon.—Huye el Intruso.	126
Sancho I pide á su aliado la entrega de San Pelayo, mártir.	127
Marcha el rey á Galicia á sofocar una insurreccion.	128
El conde de Viseo envenena al rey en un banquete.	128
Muere Sancho I en el convento de Castrelo de Miño.	129
Sube al trono Ramiro III.	129
Deposicion violenta del obispo de Compostela por un prelado ambicioso.	129
Invasion de normandos en Galicia.	129
Son derrotados.	130

Acertado gobierno de la reina doña Teresa y la infanta doña Elvira, gobernadoras durante la menor edad del rey.	130
Malas circunstancias y cualidades de Ramiro III.	131
Conspiraciones en proyecto.—Realización de la fraguada por los próceres de Galicia.	131
Proclaman á Bermudo II.—Batalla de Portela de Arenas.	131
Fallece Ramiro III.—Sube al trono definitivamente Bermudo II.	131
Pasa Almanzor las fronteras de Leon y de Castilla.	132
Abandona el rey la córte.—Sitio de Leon.—Gloriosa defensa por el conde de Galicia Guillermo Gonzalez.	133
Cae la ciudad en poder de los musulimes.	134
Fallece Bermudo en Villabuena (en el Vierzo).	134

CONDADO DE CASTILLA.

Hechos de Fernan Gonzalez, primer conde independiente.	135
Triunfos de los agarenos.	137
Aislamiento del conde de Castilla.	138
Fallecimiento del mismo.—Ocupa el trono castellano Garcia Fernandez.	139
Abdallah, hijo de Almanzor, se pasa á las huestes de Garcia.	140
Alianza de Castilla y de Navarra contra los musulimes.	141
Desgraciada batalla en que perece Garcia Fernandez.	142

REINO DE NAVARRA.

Hechos de Garcia Sanchez, el Trémulo.	142
Fallece, y le sucede su hijo Sancho II, el Mayor, ó Cuatro-manos.	144
Aliase con Castilla.	144

CONDADO DE CATALUÑA.

Sunyer ó Suniario, sucesor de Wifredo, el Velloso.	145
Muerte de Armengol, primogénito de Suniario.	145
Este abdica en su hijo segundo, llamado Borrell.	146
Divide el poder con Miron, su hermano.	146
Invasión de los musulimes.	146
Propone Cataluña un tratado de paz al califa de Córdoba.	146
Regalo que llevaron los embajadores.	146
Fallece Miron.—Queda solo en el mando Borrell I.	147
Agrégase á Barcelona el condado de Urgel.	147
Invasión del ejército de Almanzor en Cataluña.	147
Es sitiada Barcelona.	148
Abandona el conde la ciudad.—Esta se entrega.	148
Borrell II organiza su ejército en el Pirineo oriental.—Almanzor pasa á Cataluña.—Llega tarde; el conde ha reconquistado á Barcelona.	149
Fallece Borrell y le sucede su hijo Ramon Borrell III.	149

REINO DE ARAGON.

Origen del reino.	149
Primeros condes.	150
Origen del reino de Sobrarbe.	150

ESPAÑA ÁRABE.

Conspiracion de Abdallah contra su padre Abderrahman III.	151
Sorprenden al conspirador.—Su prision y suplicio.	153
Los musulimes invaden á Castilla.	154
Fallece Abderrahman III.—Le sucede su hijo Alhakem II.	154
Proclama del nuevo califa.	155
Defecion del conde D. Vela.	156
Invasion en Castilla.	156
Datos de la matricula general de Córdoba.	157
Fallece Alhakem.—Le sucede su hijo Hixem II.—La sultana Sobheya y Almanzor, tutor del califa, gobiernan el imperio.	157
Expediciones de Almanzor.	158
Destruye á Simancas y Sahagun.	159
Expedicion á Castilla.	160
Rebelion de Abdallah, hijo de Almanzor.	160
Expediciones á Zaragoza.—Hábil manera de prender y castigar al wali Abderrahman-ben-Motarif.	161
Prision y castigo de Abdallah.	162
Batalla de Langa y Alcocer.	162
Ataque á Compostela (Santiago).	163
Horrible saqueo y destruccion.—Respeto al sepulcro del santo Apóstol.	163
Pasa Almanzor á la Coruña.	164

REINO DE LEON.

Siglo IX.

Expedicion de Almanzor al Oriente y al Norte de España.	166
Alianza de Leon, Castilla y Navarra.—Reúnense los ejércitos cerca de la memorable Numancia.	166
Comienzan los choques con el enemigo.—Gran batalla de Calatañazor y derrota de los musulimes.	168
Muere Almanzor en Medinaceli á consecuencia de las heridas.—Le sucede en el mando su hijo Abdelmelik.	168
Matrimonio de Alfonso V.	169
Diferencias de este soberano con el conde de Castilla.	169
Concilio de Leon.	170
Muere Alfonso V de un flechazo, al frente de Visco.—Le sucede su hijo Bermudo III.	171
Casamiento del rey con doña Jimena Teresa, hermana del	

conde de Castilla.	171
Se acuerda pero no se verifica el matrimonio del conde de Castilla con doña Sancha, hermana de Bermudo.	172
El rey de Navarra invade el territorio leonés.	172
Se suspende la batalla por la intervencion de los prelados.	173
Pacto de paz.—Se acuerda el matrimonio de Fernando, hijo segundo del rey de Navarra con doña Sancha, hermana de Bermudo.	173
Nueva invasion del rey de Navarra en Leon.	173
Funesta batalla de Tamaron.—Muere el bizarro Bermudo III.	175

UNION DE LEON Y CASTILLA.

Fernando I y doña Sancha ocupan el sólio.	176
Elogio de Bermudo III.	176
Despues de indecisos los leoneses, admiten por rey á Fernando I.	176
Entrada del rey en la córte.	177
Confirma los fueros.	177
Concilio de Coyanza.	178

REINO DE CASTILLA.

Episodio de los siete infantes de Lara.	178
El conde de Castilla se declara como auxiliar en favor de Wahda.	183
Elogio del conde de Castilla.	184
El conde es llamado D. Sancho <i>el de los buenos fueros</i>	184
Pretenden los próceres castellanos que el rey de Leon conceda al conde de Castilla el titulo de rey.	185
Muerte del conde.	185
Horrible asesinato del nuevo conde.	186
Extinguida la línea de Fernan Gonzalez y sin sucesor directo el condado, invade el rey de Navarra el territorio de Castilla.—Toma posesion su hijo Fernando del condado, erigido en reino.	189

ÚNENSE CASTILLA Y LEON.

REINO DE NAVARRA.

Diversos sucesos ocurridos en Navarra.—Concesion de privilegios y exenciones.	190
Sancho el Mayor prende y castiga á los traidores asesinos del conde de Castilla.	191
Se propone invadir á Leon.	191
Rara ocurrencia sucedida en una cueva, siguiendo el rey de Navarra á un jabalí.	192
Invasion del territorio leonés.	192

Muerte de Sancho el Mayor.	192
Distribucion de sus reinos.	193
Queda en Navarra su hijo Garcia II.	193

CONDADO DE CATALUÑA.

Ramon Borrell III y su hermano Armengol, conde de Urgel, pasan á Andalucía como auxiliares de Mohammed.	194
Batalla de Akbatalbacar ó <i>Colina de los Bucyes</i>	194
Muerte de Armengol.	194
Gloriosos hechos de Borrell III.	195
Muere, y le sucede su hijo Berenguer Ramon I, siendo tutora su madre la condesa Ermesindis.	195
Concesion de exenciones y privilegios.	195
Fallece el conde prematuramente.—Le sucede su hijo Ramon Berenguer I.	195
Circunstancias del nuevo conde.	195
Varios interesantes pormenores.	196

REINO DE ARAGON.

Diversos pormenores relativos al origen de este reino y á sus primeros soberanos ó caudillos.	197
Se denomina reino, y sube al trono Ramiro I, el Bastardo, ó el Espúreo, hijo de Sancho el Mayor.	197
Proyectos ambiciosos del rey respecto de Navarra.	198
Accion de Tafalla entre aragoneses y navarros.	198
Ensancha Ramiro el reino, y se agregan los dominios de Sobrarbe y Ribagorza por muerte del principe Gonzalo.	199

ESPAÑA ÁRABE.

Hechos de Almanzor ya conocidos, por hallarse incluidos en lo referido acerca del reino de Leon.—Hechos del regente de Córdoba hasta su muerte, ocurrida á consecuencia de la batalla de Calatañazor (Kalat-al-Nosor: altura ó cuesta del Aguila).	200
Entierro de Almanzor.	201
Circunstancias de Abdelmelik.—Sus incursiones.	201
Tregua entre Leon y Córdoba.	202
Incursion en Castilla.	203
Sangrienta batalla ganada por los cristianos en Galicia.	203
Muere Abdelmelik.—Le sucede en el poder su hermano Abderrahman.	203
Insurreccion de Mohammed, nieto de Abderrahman III.	204
Los insurrectos toman á Córdoba; el hijo de Almanzor es herido y prisionero.	204
Mohammed trata de asesinar al imbecil Hixem II.—Le encierra á ruegos de Wahda.	204
Horroroso suceso realizado para figurar la muerte del encerra-	

do califa.	205
Terrible choque entre la guardia africana y las tropas fieles á Mohammed.	205
Solicita Suleiman-ben-Alhakem el auxilio del conde de Castilla.	206
Batalla de Geval-Quintos.	206
Mohammed, vencido en la batalla, pide auxilio al conde de Barcelona.	207
Vencen los catalanes auxiliares en Akbatalbacar.	207
Derrota de Mohammed en los campos de Guadairo.	207
Wahda saca de su encierro á Hixem II y le presenta en la mezquita.	208
Es decapitado Mohammed.—Unense los rebeldes Obeidallah y Suleiman.—Sale Wahda en su persecucion.	208
Pide socorro este último al conde de Castilla, y favorecido por él toma á Toledo y vence en Maqueda.	209
Desacertado gobierno de Hixem II.	209
Gana terreno el rebelde Suleiman.	210
El imbécil y cruel califa manda prender á Wahda, su salvador, y le hace decapitar.—Le sucede Hairan.	210
Suleiman se apodera de Córdoba.—Cae Hairan y se le cree muerto.—Destrozos consentidos por Suleiman.	211
Definitiva desaparicion del califa.—Sube Suleiman al trono. Hairan reúne numeroso ejército.—Marcha sobre Córdoba, se bate con la hueste de Suleiman, y la derrota dos veces.	212
Sube al trono Ali-ben-Hamud, wali de Ceuta, jefe supremo del ejército que derrotó á Suleiman.	212
Manda buscar inútilmente á Hixem, y decapita por su propia mano á Alhakem, padre de Suleiman, á este y á su hermano Abderrahman.	212
No habiendo logrado encontrar á Hixem II, es proclamado Ali.	213
No le reconocen algunos walies.	213
Sublevacion de Abderrahman-ben-Mohammed, omniadita. Allí es asesinado en el baño.—Alkasim, su hermano, wali de Algeciras, es proclamado califa.	213
Yahia reclama sus derechos al trono.	214
Despótico mando de Alkasim.—Sublevacion en Córdoba.—El pueblo armado lucha con la guardia del califa.—Emigra este.	214
Es proclamado Abderrahman V.—Circunstancias del nuevo califa.	215
Acertado gobierno de Abderrahman.—El pueblo, sin embargo, se subleva por instigacion de Mohammed.	217
Asesinan al califa.—Es proclamado Mohammed III.	217
Motin contra el nuevo califa.—Huye de la corte.	218
Sube al trono Yahia-ben-Ali, emir de Málaga, Algeciras, Ceuta y Tánger.—Los walies se niegan á reconocerle.	218
Muere Yahia en guerra con el wali de Sevilla.	218
Sube al solio Hixem III.	218
Buenas cualidades del nuevo califa.	219
Se desmembra el imperio.—Se declaran independientes los principales walies.	219

Abandona el califa la córte.—Termina la estirpe de los omiaditas.	220
Disuelto el imperio, Gehwar, ministro de Hixem, es proclamado emir de Córdoba.	221
El emir de Sevilla avanza sobre Carmona.—Es vencido, y muere en la batalla su hijo Ismail.	221
Finge el derrotado emir haber encontrado á Hixem II.	221
Invaden los aliados el territorio sevillano.	222
Los vence Ayub, general de la caballería de Sevilla, y se hace proclamar emir de Huelva.	222
Fallece emigrado Hixem III.	222
Guerra en Málaga á causa de la muerte del emir Edris ben-Ali.	222
Nuevas intrigas del wali de Sevilla.	223
Gobierno de Gehwar en Córdoba.—Su muerte.	223
Sucede á Gehwar su hijo Mohammed Abul-Walid.—En Sevilla muere el emir, y sube al poder su hijo Mohammed Ebn-Abed.	223

REINO DE CASTILLA Y LEON.

Segunda mitad del siglo XI.

Excelente gobierno de Fernando I.	224
Le suscita guerra su hermano el rey de Navarra.—Sinistros proyectos de García.	224
Prende Fernando á García.—Se fuga este de la prision.	225
Entra en los dominios de Fernando al frente de su ejército.	225
Diligencias de Fernando para evitar la batalla.	225
Comienza la lucha.—Notable hecho del ayo de García.	227
Muere el rey de Navarra en los campos de Atapuerca.	228
El rey de Castilla, dando un raro y noble ejemplo de moderación, coloca en el trono de Navarra al hijo de García.	229
Gloriosos hechos de Fernando contra los musulimes.—Toma á Visco.	229
Toma tambien á Coimbra.	230
Hace que se rinda San Estéban de Gormaz.	231
Diversas conquistas hechas por el rey de Castilla y Leon.	231
Sitia á Al-Kalaa-en-Nahr (Alcalá de Henares).	231
Al-Mamun, rey moro de Toledo, pasa á los reales de Castilla con un riquísimo presente para suplicar al rey levante el cerco.	232
Recorre la Extremadura, Lusitania, y llega despues hasta Andalucía.	232
El rey moro de Sevilla suplica al de Castilla no continúe haciéndole la guerra, y le presenta un magnífico regalo.	233
Paz entre ambos soberanos.—Pide Fernando los restos de Santa Justa.	233
Distribuye Fernando sus reinos entre sus hijos.	235
Reune una asamblea despues de recibir solemnemente el cuerpo de San Isidoro.	235

Continúan los multiplicados triunfos del glorioso soberano.	236
Derrota en Paterna á los musulimes, despues de sitiar á Valencia.	236
Enferma el rey.—Muerte ejemplar y piadosa de Fernando el Magno.	237

SEPARASE CASTILLA DE LEON.

REINO DE LEON.

Sube al trono Alfonso VI.	238
Su hermano Sancho, el Fuerte, rey de Castilla, entra en los dominios de Leon.—Batalla de Llantada.—Derrota de Alfonso.	239
Nueva batalla en Golpejar.—Vence Alfonso.—Pérfido consejo del Cid.	239
Alfonso se refugia en el templo de Santa María.—Es llevado prisionero al castillo de Búrgos.—Sancho se apodera del trono de Leon.	240
Huye Alfonso y se refugia en Toledo.—El rey moro le acoge amistosamente.	240
Suceso apócrifo que se supone ocurrido á Alfonso VI.	241
Grato mensaje recibido por el rey de Leon.	242
Honrado proceder de Alfonso y de Al-Mamun.	243
Juramento en Santa Gadea.	244
Recobra Alfonso VI el reino de Leon, y es proclamado rey de Castilla.	245
Socorre á su amigo Al-Mamun.—Entra en Córdoba.	246
Muerte de Al-Mamun.—Le sucede su hijo Hixem Al-Kadir, bajo la tutela de Alfonso.	247
A Hixem sucede Yahia Al-Kadir-Billah.—Despótico gobierno de este.—Los toledanos invitan á Alfonso VI para que sitie la ciudad.	247
El emir de Sevilla propone á Alfonso un tratado de alianza.	247
Comienza la reconquista de Toledo por Alfonso VI.	248
Pactos con el rey moro de Sevilla.	248
Se apodera el rey de Castilla de toda la linea desde Talavera á Madrid.—Estrecha á Toledo.	248
Capitulacion de Toledo.	249
Se apodera el rey de la ciudad, despues de 364 años de haberla tomado y poseido los moros.	250
Incidente desagradable, ocurrido por instigacion de la reina y disposicion del arzobispo.—Enojo del rey.	251
Institucion de la fiesta de Nuestra Señora de la Paz (24 de Enero).	252
Comienza á disgustarse el rey de Sevilla con Alfonso VI.—Gloriosa expedicion de este á Andalucía.	252
Muerte violenta dada al tesorero del rey de Castilla.	253
Correspondencia entre Al-Motamid y Alfonso.	253
Al-Motamid decide llamar á los almoravides.	255
Para hacer frente á la nueva invasion, reúne Alfonso los ejér-	

citos de Leon, Castilla y Galicia, unidos á los de Cataluña y Aragon.	257
Mensaje de Yussuf á Alfonso, y notable respuesta de este.	257
Batalla de Zalaca, desgraciada para las armas cristianas.	258
Yussuf regresa á Africa.	259
Hecho heroico del Cid.	259
Famoso é infructuoso sitio de Aledo, puesto por el ejército africano, en union con los moros de Málaga, Granada, Murcia, Almería, Sevilla, Jaen, Baza, Córdoba, etc.	259
Trátase de levantar el sitio.—Disgusto del wali de Murcia.—Sedicion de este cuerpo de ejército.	261
Sale de Toledo Alfonso VI con sus tropas.	262
Al-Motamid comienza á temer á los almoravides, traídos por él á España.	262
Incursion de Alfonso VI en Extremadura y Lusitania.	263
Fallece la reina Constanza.	263
Casamiento de Isabel (Zaida) con el rey.	263
Nacimiento del infante D. Sancho, hijo de Alfonso VI.	263

REINO DE CASTILLA.

Circunstancias de Sancho II, el Fuerte.	264
Determina apoderarse de los dominios de sus hermanos.—Comienza por invadir los de su primo el rey de Aragon.—Batalla de Viana.	265
Idem de Llantada.	267
Batalla de Golpejar.—Perfidia del Cid.	267
Se apodera Sancho II del reino de Leon.	268
Invade á Galicia.	268
Quita á su hermano Garcia el antedicho reino.	269
Sancho se dirige á la ciudad de Toro, y se la arrebatá á su hermana Elvira.	271
Pasa á Zamora, de la que era soberana su hermana doña Urraca, y pone sitio á la ciudad.	271
Es asesinado el rey por Bellido Dolfos.	272

REINO DE NAVARRA.

Diversos pormenores concernientes á este reino.	274
Batalla de Tamaron.—Funerales del rey.—Sube al trono Sancho III Garcés, el Despeñado.	278
Sancho III establece una confederacion con su primo Sancho de Aragon.	278
Muerte violenta dada al joven rey por su hermano Ramon.	279
Unense Navarra y Aragon.	279

CONDADO DE CATALUÑA.

Carácter y circunstancias de Ramon Berenguer I, el Viejo.—Diferencias con su madre.	280
---	-----

Alianza con el conde de Urgel.—Ensancha los límites de su condado por la línea de Tortosa, Lérida y Tarragona.	281
Muere el de Urgel en el sitio de Barbastro.	282
Convoca el conde de Cataluña un concilio en Gerona.	282
Compilacion del Código llamado <i>los Usages</i> de Cataluña.	283
El rey de Sevilla solicita la alianza con Ramon Berenguer.	283
Agrega á sus dominios los de Tolosa, Narbona, Carcasona, Cominges y otros.	284
Grave disgusto que le priva violentamente de su esposa Almodis.	284
Fallecimiento del conde.—Heredan la corona <i>pro indiviso</i> sus dos hijos Ramon Berenguer II, Cabeza de Estopa, y Berenguer Ramon II, el Fratricida.	285
Mal carácter de Berenguer Ramon, que contrasta con el de su hermano, tan dulce y apacible.	286
Feroz asesinato de Ramon, Cabeza de Estopa.	287
Deja un hijo recién nacido.—Un halcon descubre el sitio donde se hallaba el cadáver del desgraciado conde.	287
Notable hecho ocurrido en la catedral de Gerona al llevar el cuerpo del asesinado conde.	288
Queda solo en el poder el Fratricida por si, y como tutor de su sobrino.	289
Célebre cruzada contra Tarragona.	290
Ríndese Tarragona á las armas cristianas, que estaba en poder de los moros desde la invasion de los mahometanos en 711.	290
Batallas sostenidas contra el Cid.	291
Los partidarios de Cabeza de Estopa determinan apelar al juicio de Dios para probar la culpabilidad de Berenguer Ramon II.	292
Emigra este y se dirige á la Palestina.	293
Sale de la menor edad Ramon Berenguer III, hijo del segundo de este nombre (Cabeza de Estopa) y de su esposa Mahalta.—Ciñe la corona.	293

REINO DE ARAGON.

Términos y extension del reino.	294
Hechos de Ramiro I.	294
Concilio de Jaca.	294
Brillantes hechos del rey, llamado por los musulimes el <i>Tirano</i> .	295
Un moro asesina al rey.—Empuña el cetro su hijo Sancho Ramirez.	296
Conquista de Barbastro.	296
Sancho I de Aragon forma alianza con Sancho III de Navarra, su primo, contra Sancho II de Castilla, primo de ambos.	296
Llega á Aragon un legado del Sumo Pontífice con el objeto de sustituir el Breviario y ritual romano al gótico y mozárabe.	297
Pruebas hechas por disposicion de Alfonso VI para decidir la expresada cuestion.	297
Se unen Aragon y Navarra.	298

Entra Sancho I en Pamplona.—Quita Alfonso algunas plazas á Sancho.	298
Sitia y toma el rey de Aragon y Navarra el fuerte de Munionos.	299
El bizarro rey no da un momento de reposo á los musulimes.	299
Sancho I de Aragon y IV de Navarra se propone conquistar á Huesca.—Recibe un flechazo disparado desde un adarve de la plaza.—Notable juramento que toma á sus hijos.—Muere con el mayor valor.	301
Sube al trono D. Pedro I.	301
Se reúne innumerable ejército musulmico contra el nuevo rey.—Notables palabras de este.	302
Gran batalla en los campos de Alcoraz.—Vence D. Pedro.—Treinta mil mahometanos quedan sobre el campo.	302
Ríndese Huesca al rey de Aragon.	302
Armas de este reino.—Concesiones del Sumo Pontífice.	303
Alianza con el Cid.—Toma del fuerte de Calasanz, del de Pertusa y otros.	303

ESPAÑA ÁRABE.

Mohammed-ben-Gehwar tala é incendia los campos de Toledo.	303
Alianza de Mohammed, emir de Córdoba, con el de Sevilla, y con Mohammed-ben-Al-Afthas, de Algarbe.	304
Batalla de Algodor.	304
Al-Motamid quiere apoderarse de Córdoba.—Su infame conducta.	305
Logra el rey de Sevilla su objeto, traidora y arteramente.	306
Sube al trono de Valencia Abdelmelik Almudhaffar.—Sube al de Sevilla el príncipe Al-Motamid.	307
Reseña de la vida del Cid.	308
Sedicion de los moros de Roda contra el emir de Zaragoza.—El emir pide auxilio á Alfonso VI.—Villana traicion de los moros.	311
Conducta del Cid.	312
Circunstancias de Yussuf, emperador de Marruecos, supremo jefe de los almoravides.	313
Invasión de los almoravides.	313
Al-Motamid comprende todo lo imprudente de su conducta al llamar á Yussuf.	316
Circunstancias del reino de Valencia.	316
Conducta del emir de Zaragoza respecto del de Valencia, y del Cid respecto del mismo y de Alfonso VI.	317
Sitia á Valencia Berenguer el Fratricida.—El Cid hace levantar el sitio.	318
Enojo de Alfonso VI con el Cid.	319
Continúa la lucha entre los almoravides y los cristianos.—Yussuf descubre más sus intenciones de quitar á los musulimes la España árabe.	321
Al-Motamid pide auxilio á Alfonso VI.—Pierde á Sevilla y emigra miserablemente á Marruecos.	322

Unese el Cid al rey de Castilla, y se separa nuevamente de él.	323
Favorece el Cid al emir de Zaragoza, contra Sancho Ramirez, rey de Aragon.	324
Sedicion en Valencia.—Entran en la ciudad los almoravides.—Es asesinado Yabia.	324
Se acerca el Cid á Valencia.—Tala y destruye cuanto encuentra.—Se posesiona de varias fortalezas.	325
Toma el Cid la ciudad.—Hechos del conquistador.—Su alocucion en la asamblea de magnates.	326
Júbilo de los moros, seguido de disgusto por falta de cumplimiento de las promesas del Cid.	329
Persecucion y horroroso castigo de Ben-Gehaf.	331
Los almoravides sitian á Valencia.—Brillantes y gloriosos hechos del Cid.	332
Famosa batalla en que ostentan su gran valor el Cid y Pedro I de Aragon.	333
Noble y digna contestacion, dada por Alfonso VI, al pedirle auxilio el wali de Albarracin y de Murviedro contra el Cid.	334
Derrotan los almoravides á una parte del ejército del Cid, mandada por su segundo, cerca de Cuenca.	334
Segunda derrota cerca de Alcira.	334
Muere de pesadumbre el gran conquistador de Valencia.—Elogio de este como insigne guerrero.	335
Reflexiones acerca del mismo personaje.	336

Siglo XII.

REINO DE CASTILLA Y LEON.

Ponen sitio á Valencia los almoravides.—Defiende la ciudad doña Jimena, viuda del Cid.—Pide socorro al rey de Castilla y Leon.	339
Se dirige á la sitiada ciudad Alfonso VI.—Hace levantar el sitio.—Entra en Valencia.	340
Sitian y toman á Uclés los almoravides.	340
El rey de Castilla, anciano y enfermo, manda salir un fuerte ejército.—A su cabeza va el primogénito del rey, el infante D. Sancho, niño de once años, guardado por su ayudo don García, conde de Cabra, y por otros caballeros.	341
Muere el príncipe en la batalla, y tambien D. García defendiéndole.—Esta sangrienta accion de Uclés fué denominada <i>batalla de los Siete condes</i> .	341
Muere Isabel (Zaida), madre de D. Sancho.	341
Contrae el rey un nuevo matrimonio con doña Beatriz, deseoso de tener un heredero.	342
Fallece el glorioso Alfonso VI.—Elogio de este gran monarca.	342
Sube al trono doña Urraca, hija del rey.	344
Los grandes la instan para que se una en matrimonio á don Alfonso el Batallador, rey de Aragon.	345
Conducta ambiciosa del esposo de la reina de Castilla.	346

Fuertes desavenencias entre los reales esposos.	347
Favor del conde de Candespina con la reina.	347
Se proyecta el divorcio de doña Urraca y D. Alfonso.—El rey encierra á la reina en un castillo.	347
Comienza á servir de bandera á los insurrectos el príncipe D. Alfonso Raimundez, hijo del primer matrimonio de la reina.	348
Comienza á figurar D. Diego Gelmirez, obispo de Santiago.	348
Prenden al príncipe y al obispo los conjurados.—Se subleva Galicia en favor del hijo de la reina.—Dividense los nobles.	348
Batalla de aragoneses y castellanos, en el Campo de la Espina.	349
Proclaman rey de Galicia á D. Alfonso Raimundez.	350
Ataca el rey de Aragon á las fuerzas que custodiaban al nuevo rey de Galicia, cerca de Astorga.	350
El obispo salva al hijo de doña Urraca llevándole al castillo de Orcillon en donde se hallaba la reina.	351
Sitio de Astorga por el rey de Aragon.—El ejército de la reina le obliga á levantar el sitio.—Es sitiado á su vez en el castillo de Peñafiel.	351
Llega á España un legado del Sumo Pontífice.	352
Se reúnen los reyes.—Falta á los pactos el rey.—Nueva guerra.	352
Concilio de Palencia.—Se anula el matrimonio de los reyes.	353
Continúan las revueltas y escisiones.—Desúnense la reina y Gelmirez.—Este favorece al príncipe, en perjuicio de la reina.	353
Saquea el pueblo el palacio episcopal.—Doña Teresa, hermana de doña Urraca, sitia á esta en Soberoso.—Libran á la reina sus fieles tropas.	355
Continúan los motines en Santiago contra el obispo.—Se acoge este á la reina.	356
Negocia Gelmirez la reconciliacion de la reina y del príncipe.	356
Marcha la reina á Compostela á sujetar á los sublevados.—Escandalosos desórdenes.—Término de estos.	357
Nueva separacion del obispo y la reina.—Eleva el Sumo Pontífice á metropolitana la sede episcopal de Compostela.	359
Marcha la reina contra su hermana que se habia apoderado de Tuy.—Lleva consigo el arzobispo, disimulando su enojo.—Influye el prelado para que se avengan ambas hermanas.	359
Regresa el ejército de la reina.—Esta prende á Gelmirez en las orillas del Miño.	360
Reúnese el ejército rebelde en las márgenes del Tambre.—La reina da libertad á Gelmirez.—No se consigue nada, y se prepara la batalla cerca de Monsacro.—El príncipe propone la paz á su madre.	361
Fallecimiento de doña Urraca en Saldaña.	361
Es proclamado Alfonso Raimundez, VII de su nombre.	361
El rey de Aragon invade los dominios de Castilla.—Llega al valle de Támara.	362
Paz entre D. Alfonso de Aragon y D. Alfonso de Castilla y Leon.	362

Nueva invasion del aragonés.—Llega al castillo de Moron.	
—Se ajusta la paz.	362
Circunstancias del jóven Alfonso VII.	363
Sosiega algunas turbulencias.	363
Derrota á su tia la infanta doña Teresa.	364
Se desposa el rey con doña Berenguela, hermana de Ramon Berenguer III, conde de Cataluña.	364
Córtes en Palencia.	
Toma á Castrojeriz.—Abu-Giafar-Ahmed, emir de Zaragoza, pide á Alfonso VII le admita por su vasallo.	365
Hace el rey célebre su nombre derrotando á los almoravides.	
—Invade la Andalucía.	365
Sublevacion en Asturias.—El rey deshace la conjuracion.	366
Se apodera Alfonso VII de varias plazas de la Rioja.	366
Se dirige á Zaragoza.—Los reyes de Aragon y de Navarra piden á Alfonso VII les admita por sus vasallos y reyes tributarios.	367
Córtes en Leon.—El rey D. Alfonso VII ciñe la corona del emperador.	367
El rey de Aragon pide auxilio al emperador contra el rey de Navarra.	368
Gloriosa expedicion á Andalucía.—Desastre de un cuerpo de ejército extremeño.	369
Sitia el emperador á Coria.	370
Sitia á Aurelia (Oreja).—Un ejército mahometano sitia á Toledo, en donde estaba la emperatriz.—Curioso incidente que obliga á levantar el sitio de Toledo.—Toma el emperador á Aurelia.	371
Entrevista del emperador con el conde de Cataluña.—Alianza de ambos contra el rey de Navarra.	371
Trata el emperador de invadir la Navarra.	372
Entrevista del emperador y el rey de Navarra entre Calahorra y Alfaro.	372
Contrae matrimonio doña Urraca, hija del emperador, con don Garcia de Navarra.	373
Sitio y rendicion de Almería.	374
Fallece la emperatriz.	375
Divide Alfonso VII los dominios entre sus hijos.	375
Entrevista del emperador y el conde de Barcelona, en Tudela de Navarra.	375

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO II.

GUIA PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

- PASO DE RONCESVALLES, página 21, dando frente á la 20.
 BATALLA DE LUTOS, 25, id. á la 24.
 CATEDRAL DE CÓRDOBA, 59, id. á la 58.
 ALFONSO III, EL MAGNO, 90, id. á la 91.
 EL CID CAMPEADOR, 251, id. á la 250.
 FUNERALES DE RAMON BERENGUER II, 289, id. á la 288.
 MUERTE DE SANCHO RAMIREZ, 300, id. á la 301.
 CORONACION DE ALFONSO VII, EL EMPERADOR, 369, id. á la 368.

NOTA. A este tomo II corresponden ocho láminas, y al III doce: á medida que los artistas vayan entregándolas se irán repartiendo indistintamente, quedando completas las del tomo II á principios de Mayo.



GUIA PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

Paso de Roncesvalles, página 21, dando frente á la 20.
Batalla de Lutos, 25, id. á la 24.
Catedral de Córdoba, 39, id. á la 38.
Alonso III, el Magno, 90, id. á la 91.
El Cid Campeador, 251, id. á la 250.
Funerales de Ramon Berenguer II, 289, id. á la 288.
Muerte de Sanchez Ramirez, 300, id. á la 301.
Coronacion de Alfonso VII, el Emperador, 569, id. á la 568.

Nota. A este tomo II corresponden ocho láminas, y
al III doce: á medida que los artistas vayan entregándolas
se irán repartiendo indistintamente, quedando completas las
del tomo II á principios de Mayo.

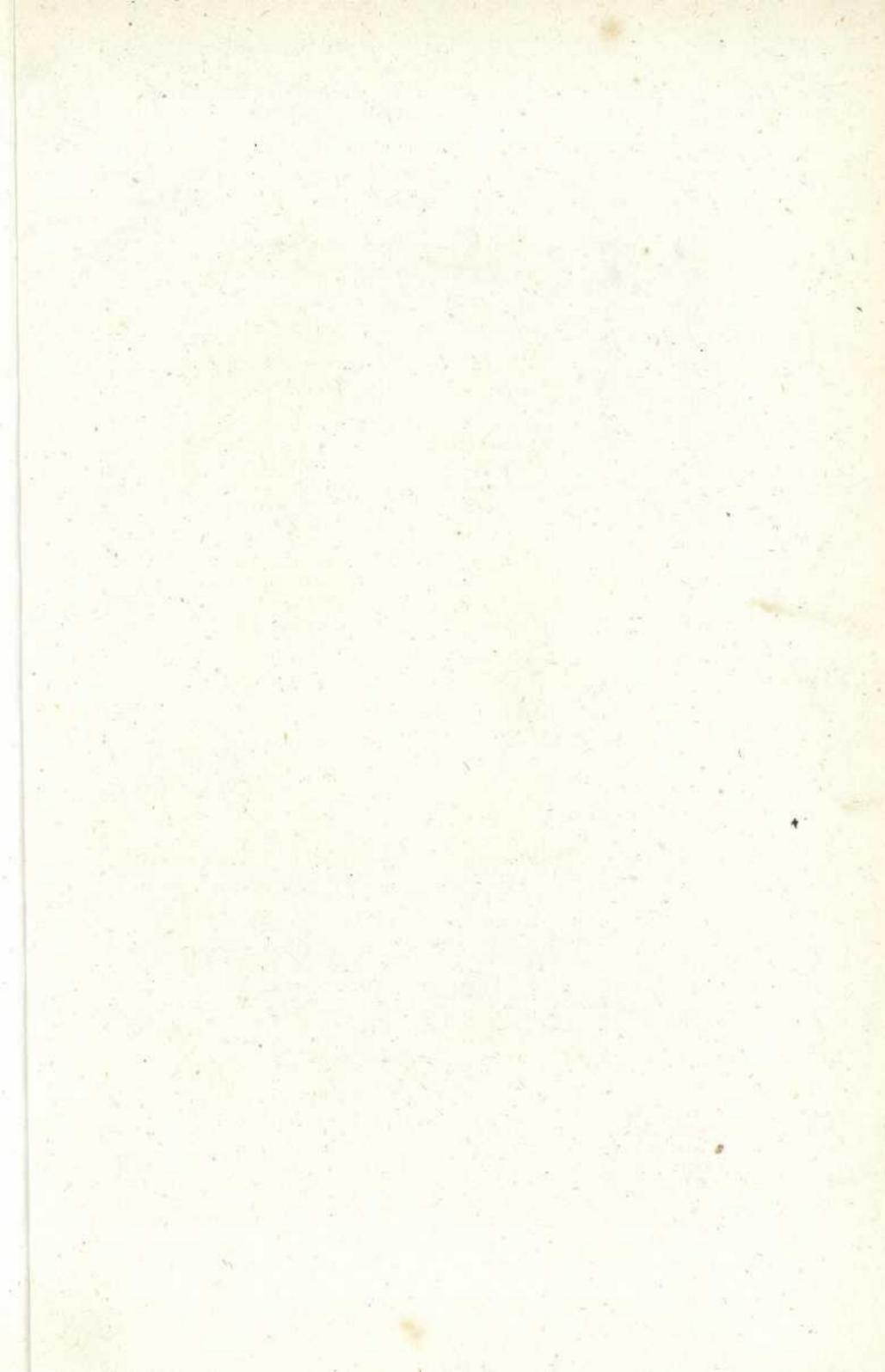
ERRATAS.

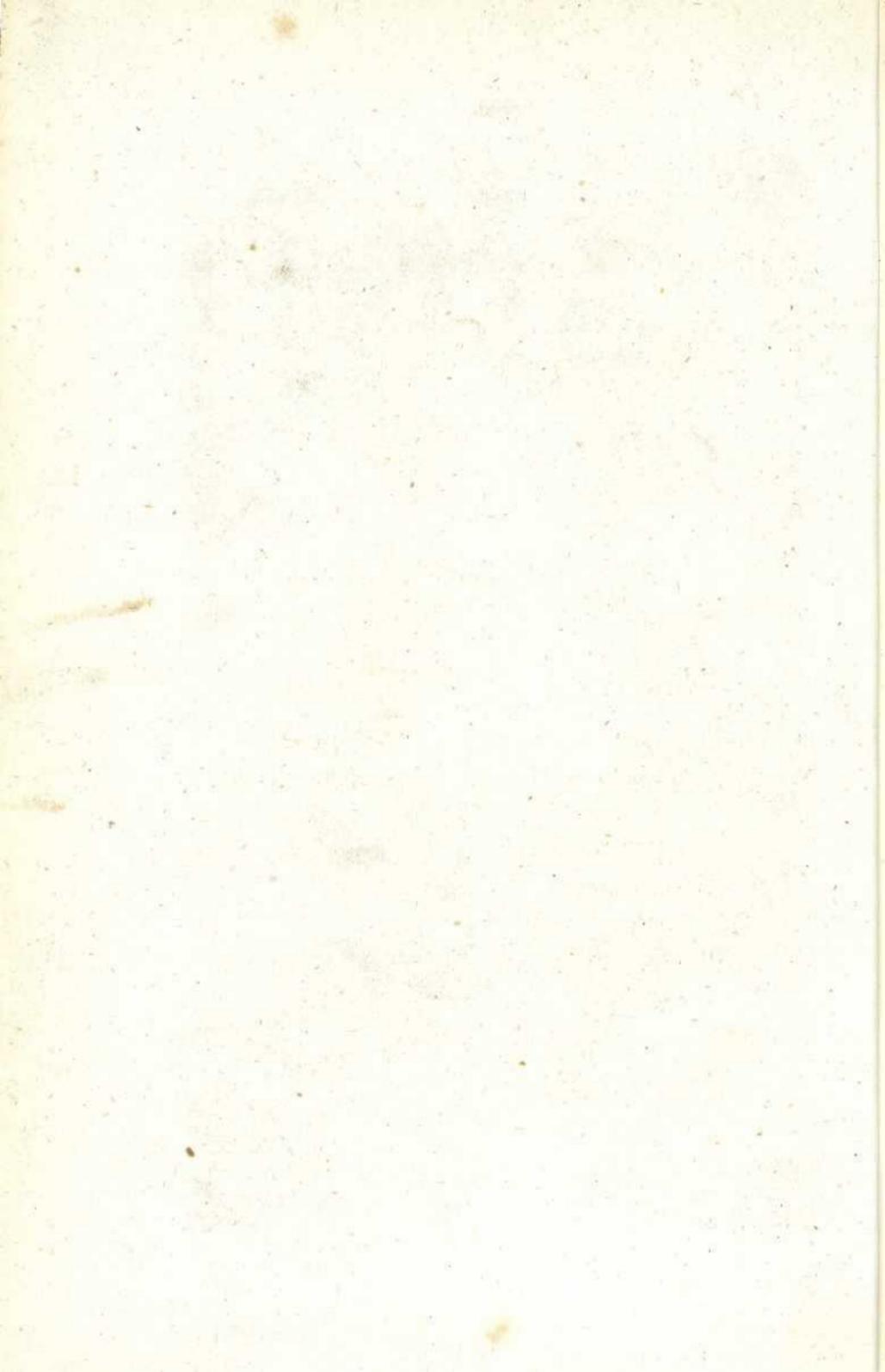
Página.	Línea.	Dice.	Debe decir.
7	22	Seguras	Seguros
7	23	(Castella).	(Castiella).
10	19	Abnkaltar	Abulkatar
10	23	irresistible	irresistible
12	41	siéndole preciso	siéndole preciso tambien
14	39	Alfonso	Aurelio
21	31	brillan	brillan
25	41	bendigan	bendigan
35	6	muertos	heridos
38	31	venia	venir
43	8	Yussuf	Amrú
48	33	esclavos	slavos
49	9	que, lentamente	que lentamente
50	35	completa por fruto una	por fruto una completa
57	42	guarguarnicion	guarnicion
58	28	él	é
68	8	a	en
72	9	Estos	Aquellos
77	18	Polvoraria	Polveraria
80	22	No reparó en	No reparó Caleb en
96	35	episcopal;	episcopal,
99	28	copiosisima sangre	copiosisima la sangre
101	35	desde	de
120	4	mulsumanes	musulmanes
129	8	Ordoño	Ramiro
129	8	hermano	padre
135	25	Gorzalez	Gonzalez
138	38	circunstancias	circunstancia
147	28	dejase	dejasen
154	25	en	con
158	24	les	le
169	23	unidos	unidas
171	18	simismo	si mismo
172	21	téminos	términos
192	1	teritorio	territorio
194	26	hubieran	hubiera
203	2	embago	embargo
205	27	insurrecion	insurreccion
213	11	solidamente	sólidamente
213	35	instántaneamente	intantáneamente
215	25	diera	dieran
220	33	cuatro	tres
225	37	bermano	hermano
227	43	y era más	era más
231	24	Varias fuertes	varios fuertes,
231	38	del	de

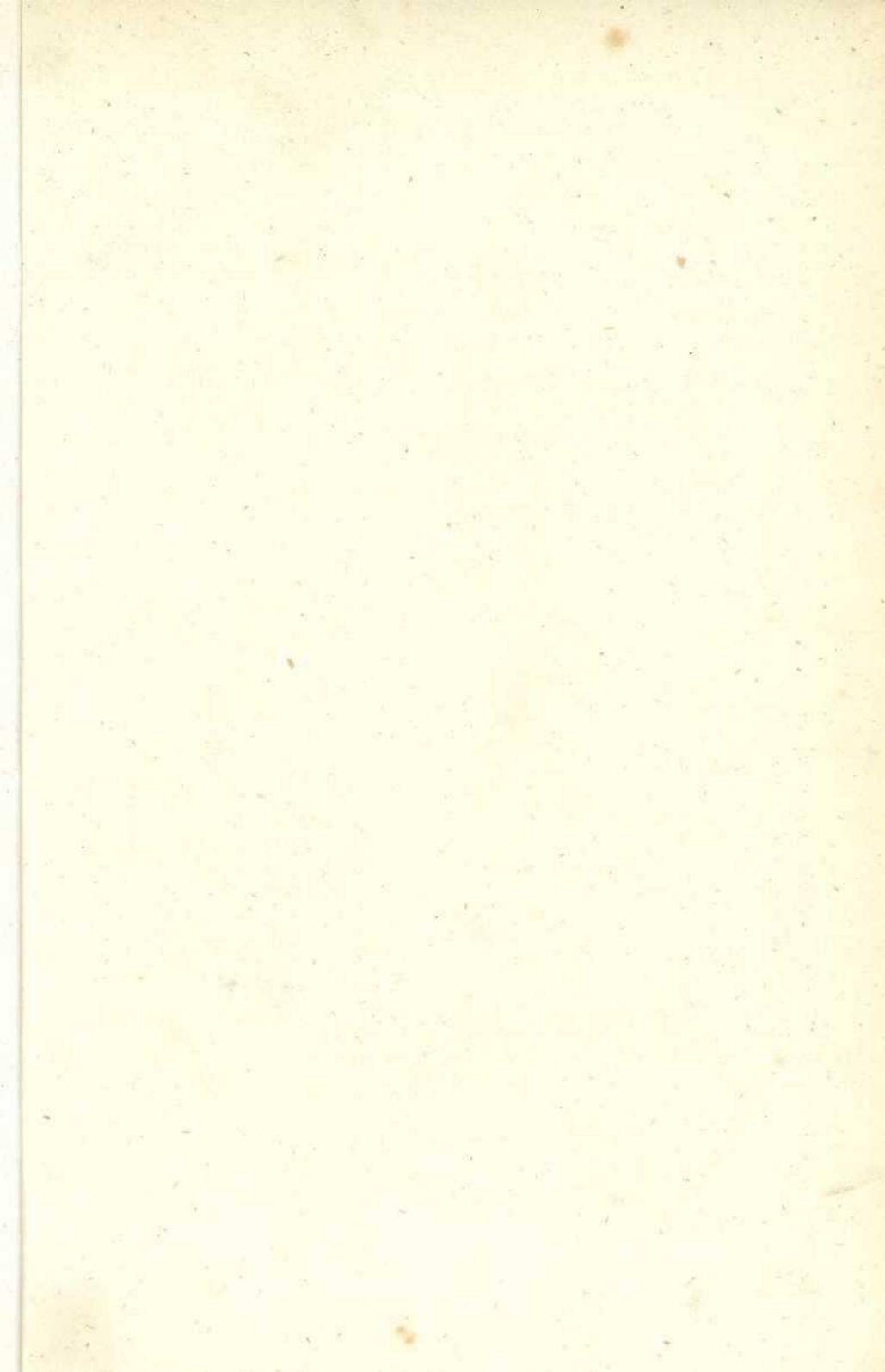


Página.	Línea.	Dice.	Debe decir.
245	31 y 32	afirmarse ó aumen- tarse	afirmarle ó aumentarle
247	36 y 40	Al-Motamid	Al-Motamid
262	14	respectivamente	mercedamente
272	35	daso	paso
277	41	García III	García II
284	8	pertenecian	pertenecía
287	14	cn	en
288	33	fratricida	Fratricida
293	16	horroso	horroso
294	39	os frutos	los frutos
295	37	Ramiro, y	Ramiro y
296	35	habian, ganado	habian ganado
297	22	mozárabe	mozárabe y el gótico
302	7	historiadares	historiadores
330	42	Un hombre	A un hombre
338	1	duante	durante
341	36	numero	número
344	4	praticando	practicando
345	11	gloriosas	gloriosos
361	11	respetivo	respectivo
367	32	demotraban	demonstraban

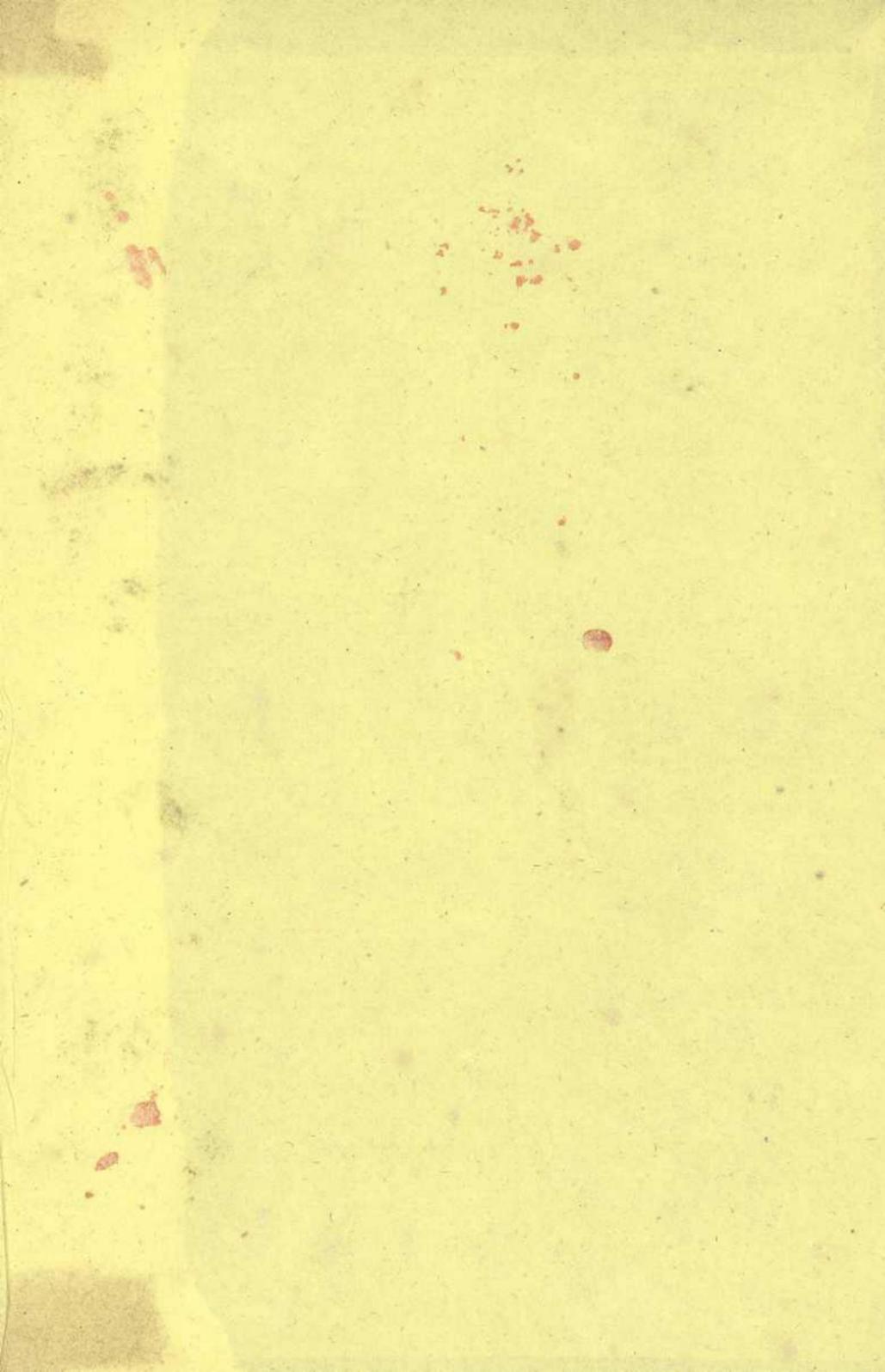


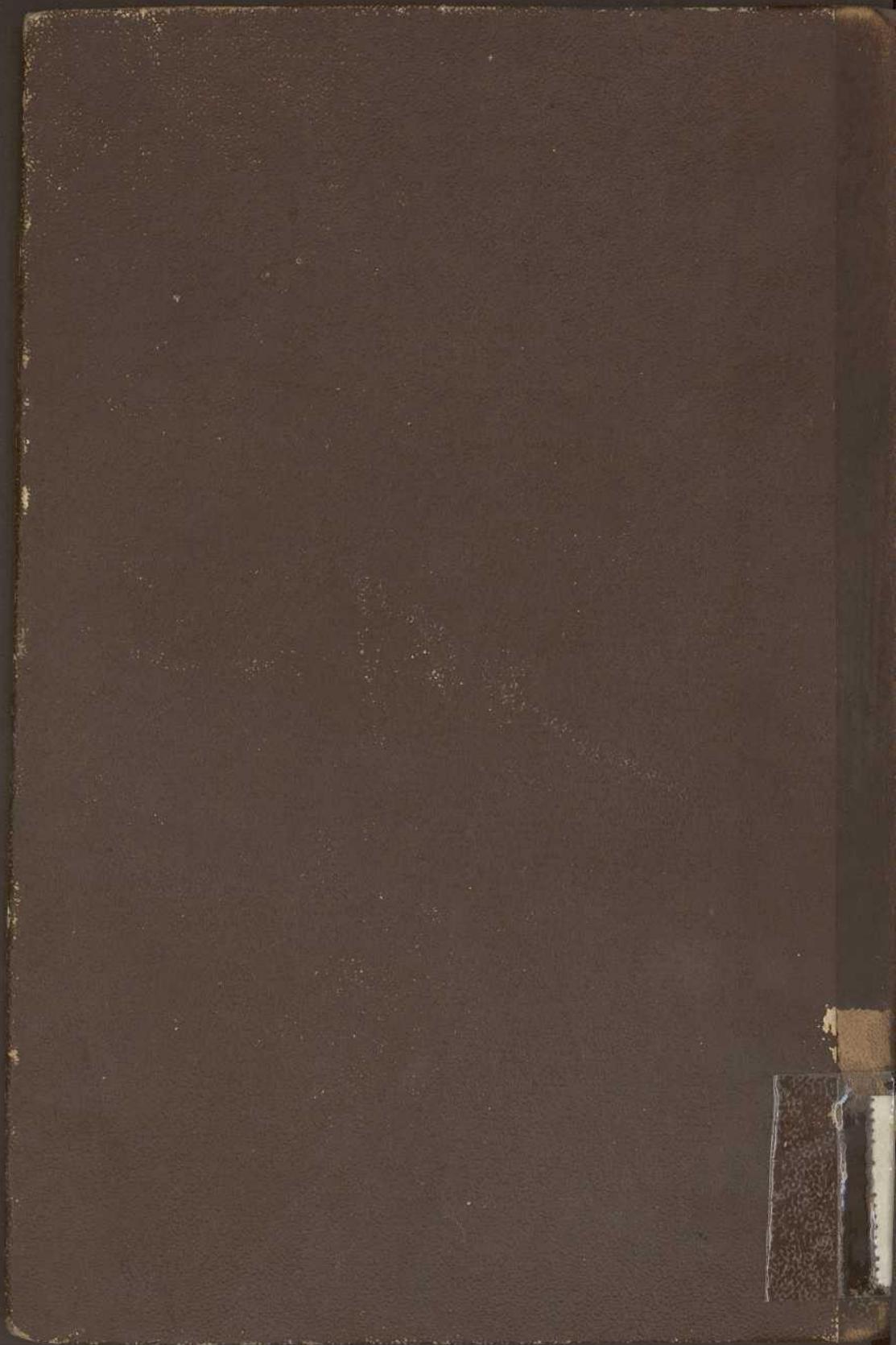














HISTORIA
GENERAL
DE ESPAÑA

2

4326

